

LA ÚLTIMA  
CONFIDENCIA  
DEL ESCRITOR  
HUGO MENDOZA



JOAQUÍN CAMPS

Lectulandia

El atractivo profesor de literatura Víctor Vega decide aceptar la insólita propuesta que le hace la viuda del escritor Hugo Mendoza: investigar si, a pesar de que su muerte fue rigurosamente certificada, su marido sigue vivo y averiguar quién envía, cada tres de diciembre, un nuevo manuscrito del escritor fallecido. Con sus pesquisas Víctor desvelará misterios que pondrán en peligro su vida, pero lo hará acompañado de una bella y enigmática mujer de la que se enamorará irremediabilmente. Paloma, una histriónica experta en matemáticas, y Santa Tecla, monja de clausura que además es un genio informático, también arroparán a Víctor en esta trepidante novela plagada de enigmas. Joaquín Camps logra con maestría una trama entreverada de misterio, de denuncia, de amor. Y de su implacable pareja de baile: el desamor. Sus personajes, de lo más variopintos, tienen una fuerza desgarradora, que obliga al lector a mirar hacia la trastienda interior que todos llevamos dentro.

**Lectulandia**

Joaquín Camps Torres

**La última confidencia del escritor  
Hugo Mendoza**

ePub r1.3

SoporAeternus 23.09.15

Título original: *La última confidencia del escritor Hugo Mendoza*  
Joaquín Camps Torres, 2015

Editor digital: SoporAeternus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

Dedicado a mis padres, Joaquín y Juana.  
Sin ellos, nada hubiese sido posible

Cuando pronuncio la palabra Futuro,  
la primera sílaba pertenece ya al pasado.  
Cuando pronuncio la palabra Silencio,  
lo destruyo.  
Cuando pronuncio la palabra Nada,  
creo algo que no cabe en ninguna no-existencia.

WISLAWA SZYMBORSKA

## PRÓLOGO

Amanecía en el Pacífico Sur. El patrón del *Bamba* observó desesperado cómo los primeros rayos de luz iluminaban el catavientos, totalmente flácido. Hacía seis días que estaba en una zona de calma total, seis días en los que no se había cruzado con ninguna otra embarcación. Fue en la zona de las Kiribati, justo después de cruzar la línea del ecuador en dirección sur, cuando el término *Pacífico* cobró todo su significado: ni una brizna de viento, ni la más ligera ola, nadie ni nada en el horizonte. Solo agua, cielo y alguna que otra bandada de delfines lomeando. Navegar en soledad alrededor del mundo en un velero de veintiocho pies de eslora requería una gran fortaleza interior, fortaleza que él ya había demostrado arrojando múltiples peligros. Sin embargo, en medio de una calma como aquella, en la que el mundo parecía haberse vuelto estático, sentía una soledad mineral, absoluta, que estaba empezando a desarmarlo. La soledad en movimiento deja de ser soledad, pensó esbozando una sonrisa amarga mientras oteaba el horizonte.

En el Atlántico Norte un petrolero con bandera holandesa casi lo embiste seis meses atrás en mitad de la noche. Ya desde entonces andaba sin radio a bordo y no se había preocupado de arreglarla. Al doblar el cabo de Hornos, tuvo que bregar con las peligrosas olas piramidales y unos vientos portantes infernales, y al sur de Honolulu dos tiburones blancos de tamaño descomunal y cara de pocos amigos estuvieron siguiéndolo durante tres días. Esas noches no fue fácil dormir sabiendo que a escasos veinte centímetros tras el casco lo husmeaba salivando una fiera prehistórica de más de mil kilos. Pero ninguna de esas pruebas había alterado ni lo más mínimo su calma interior. Sin embargo, era la calma exterior la que estaba empezando a minarlo por dentro. Ya ni siquiera le apetecía escribir.

«Maldita calma chicha...»

Según sus cálculos, debía de encontrarse a unas seiscientas millas al noreste del atolón de las Funafuti, la tierra firme más cercana. No le preocupaban los víveres: había sido previsor y tres semanas atrás, en las Marshall, se había aprovisionado a conciencia. La gambuza del *Bamba* estaba atestada de latas y conservas de todo tipo. En una tiendecita polvorienta de Majuro, regentada por un filipino que hablaba todos los idiomas imaginables, había encontrado incluso dos latas de perdiz escabechada y una de callos a la madrileña.

Lo que le preocupaba eran las reservas de agua dulce. El bidón todavía le duraría unos diez días, como máximo quince si lo racionaba al máximo y la utilizaba exclusivamente para beber, como llevaba haciendo desde hacía una semana. Pero no podía correr ningún riesgo, no sabía cuánto iba a durar aquella calma chicha, y con el gasoil que tenía el motorcito del *Bamba* a lo sumo podría recorrer cien millas. Y el motor solo se pondría en marcha como último recurso, en caso de emergencia.

Por eso aquella mañana, tras comprobar que el catavientos permanecía muerto, decidió empezar a destilar agua salada. Para ello solo necesitaba agua de mar, que le

sobraba, sol, que aún le sobraba más, un balde como el que tenía ante sus ojos, y un vidrio transparente que cubriera como mínimo la boca del balde. Aquello sí que iba a ser un problema, porque por más que rebuscó por el camarote, la cocina, la bodega y la sentina, no encontró nada útil. Acabó desmontando uno de los ojos de buey de la cabina; prefería mojarse cuando lloviera que morir de sed. Le llevó dos horas desarmarlo, dos horas largas en las que el sol tuvo tiempo de socarrar a fuego lento la bañera del barco. El patrón del *Bamba* falcó el balde lleno de agua de mar entre la cofa y la escotilla y sobre él, anudado con una jarcia, reposó oblicuo el ojo de buey. La idea era que la luz del sol atravesase el vidrio y evaporara el agua, que se condensaría al toparse con el ojo de buey. Debido a la inclinación del vidrio, el agua se vertería poco a poco en el *tupperware* que había colocado junto al balde. El *tupperware* se quedaría con el agua dulce y el balde con la salmuera. Física básica. Era un proceso lento pero seguro, que se intensificaba conforme más sol hacía y menos viento soplaba. Había, por tanto, condiciones óptimas que, teniendo en cuenta la superficie de la boca del balde, le permitirían recoger entre quinientos y setecientos mililitros al día. Con ellos podría alargar un par de semanas más las reservas de agua.

Fue entonces, tras incorporarse y contemplar orgulloso su destartado artilugio, cuando vio el pequeño puntito en el horizonte. ¿Qué era aquello? Corrió atolondrado a por los prismáticos que descansaban en el camarote haciendo de pisapapeles a la carta náutica de la Polinesia, que, al ser liberada, se enrolló violenta y saltó por los aires. Ya en cubierta confirmó que la vista no lo había engañado: a unas treinta millas, un velero de casco azul que debía de tener unos veintiséis pies cabeceaba en aparente desolación. No se veía a nadie en cubierta, y por el escobe le colgaba un metro de cadena al ancla, que bamboleaba libre suspendida en el aire. El foque y la vela mayor, mal cazados, gualdrapeaban mochos al estar izados sin ningún sentido en medio de aquella calma. Parecía una embarcación en buen estado, pero abandonada por su tripulación.

El patrón del *Bamba* dudó. La única manera de alcanzar aquel velero era poniendo en marcha el motor, pero aquella no era una situación de emergencia, y el gasoil del que disponía podía llegar a ser vital si la calma se alargaba. Aunque, ¿cómo sabía que no era una situación de emergencia? Quizá los tripulantes del velero azul estuviesen malheridos bajo cubierta. No era probable que hubieran sufrido un ataque de piratas filipinos, ni los más osados se adentraban tanto en el Pacífico, pero podían haber padecido una intoxicación, o cualquier otro contratiempo. Desde luego, no era normal ver una embarcación tan desamparada en medio del océano. Por otra parte, aquel velero podía ayudarlo con la escasez del agua, aunque también cabía la posibilidad de que él tuviese que ceder parte de sus reservas.

Mientras observaba el puntito azul en el horizonte, se metió las manos en los bolsillos del bañador intentando estrujar sus dudas con mayor facilidad. Por fin tomó una decisión: acudiría a ver qué le pasaba a aquel misterioso velero.

—Vamos, campeón, tú puedes...



El motorcito auxiliar *Mariner* de diez caballos, animado por su dueño, arrancó al tercer intento. Una hora después el *Bamba* se encontraba a escasos cien metros de la proa del velero azul. Sobre su amura podía leerse con claridad el nombre de la embarcación: *Quimera*. Escrita con «q» solo podía ser una palabra castellana. Y la matrícula de la embarcación era española. Aquello sí que era una casualidad. Casi un milagro. Seguía sin verse a nadie en cubierta, ni señales de vida de ningún tipo.

—¿Hay alguien a bordo?!

No obtuvo respuesta.

—*Is anyone on board?!*

El silencio, junto con el sol, seguía achicharrándolo todo. Manióbró con cuidado hasta conseguir colocar las dos embarcaciones en andana, y con un cabo amarró ambas amuras de manera que las popas permaneciesen lo suficientemente juntas como para saltar sin problemas de barco a barco. Colocó un viejo neumático de amortiguación para evitar que los ligeros cabeceos dañaran los cascos y de un salto abordó el misterioso velero.

En la cubierta no parecía haber nada extraño. Recorrió la bañera por babor y estribor, y, a excepción del velamen izado, todo le pareció normal. Por los ojos de buey de la carroza no se podía ver nada en el interior, estaban sucios y rayados. El *Quimera* era un velero muy parecido al *Bamba*, pero unos diez años más viejo, y era obvio que su propietario no dedicaba a su mantenimiento todo el tiempo que debiera. Pero no podía considerarse en absoluto decrepito o abandonado. Más bien se veía muy marinero, un barco navegado que no tenía nada que ver con los veleros de niño rico que se pasaban el año durmiendo en su amarre.

La escotilla que bajaba a la cabina estaba cerrada. Cuando la abrió, un olor pestilente lo abofeteó dejándolo mareado. De manera instintiva dio un salto hacia atrás para alejarse de aquel tufo. Fue entonces cuando escuchó con nitidez el susurro.

—¿Hay alguien ahí? ¿Puede oírme alguien?

Era una voz débil que hablaba un castellano con resonancias vascas. El patrón del *Bamba* se quitó la camiseta, la hizo una bola y se tapó con ella nariz y boca a modo de mascarilla rudimentaria. Empezó a bajar las escalerillas que conducían a la cabina, con la sensación de que aquel hedor era tan denso que podía cortarse con un cuchillo. Parecía una mezcla de excrementos y pescado putrefacto. Mientras descendía, aserró con sus pupilas cada rincón de la cabina: dentro de aquella marmita de atmósfera sulfurosa todo estaba extremadamente ordenado, incluso la cocinita relucía más limpia que la del propio *Bamba*. En medio de semejante orden, la pestilencia era aún más incongruente. Pero la voz no provenía de allí, no se veía a nadie.

—Por favor, ayúdenme...

El susurro implorante salió por la portezuela que parecía dar acceso al camarote. Al asomar la cabeza por el vano entreabierto, el patrón del *Bamba* se encontró con el origen de la voz y del tufo: en la litera de abajo estaba tendido, semiinconsciente, un hombre al que era difícil precisarle la edad debido a su estado ruinoso. El que parecía

ser el patrón del *Quimera* llevaba solo unos calzoncillos desgomados que dejaban ver un cuerpo de una delgadez extrema. La sábana y el colchón estaban empapados de excrementos líquidos que ya habían empezado a encharcar los maderos del piso. Aquel pobre desgraciado se deshacía por dentro, y, a tenor de su aspecto cadavérico, no le quedaba ya mucho que expulsar. El espectro entreabrió unos ojos sin pulpa y se quedó mirando al patrón del *Bamba*.

—Bienvenido a bordo.

Su nuez, emballestada entre los cartílagos de un cuello nudoso, subió y bajo trabajosamente para dejar pasar las palabras por la garganta. El hombre parecía haber dedicado sus últimas energías a dar la bienvenida a su invitado, porque tras hacerlo cerró los ojos y cayó en un estado de inconsciencia.

—Dios mío...

El patrón del *Bamba* se precipitó hacia la litera y empezó a buscar con el índice la yugular. El pálpito era tenue, pero aún vivía. Tenía que actuar con rapidez. Lo primero era sacar a aquel desgraciado de semejante pocilga; lo más probable era que las heces estuviesen retroalimentando la infección que le licuaba las entrañas. Lo cogió en brazos y, como pudo, lo subió a cubierta. Allí lo desnudó y con agua de mar y jabón intentó asearlo. Media hora más tarde el patrón del *Quimera* descansaba en la litera del *Bamba*, todavía inconsciente, pero al menos vivo. Parecía un don Quijote tras ser vapuleado por los molinos de viento.

Lo siguiente era averiguar el origen de la infección. Fue sencillo. Al inspeccionar la cocinilla del *Quimera*, tras la portezuela de la basura, los restos de un pez globo lleno de gusanos lo miraron con sus ojos bobalicones. Esa había sido la última cena de aquel infeliz. Todo marinero acostumbrado al Pacífico y al Índico sabía que navegando en solitario lejos de un hospital era una locura comer pez globo. La infección por tetrodotoxinas no era habitual, pero cuando aparecía solía mostrar sus efectos tan solo media hora después de la ingesta. Aunque estos se limitaban al principio a un ligero malestar que la víctima atribuía a un empacho, sus consecuencias eran inexorables. Los balleneros japoneses lo sabían bien desde hacía siglos, y en todas las islas del Pacífico los viejos, para asustar a los niños, contaban historias de muertes horribles por culpa del bobo pez globo. El incauto patrón del *Quimera* seguramente se fue a dormir sin darle demasiada importancia a aquel malestar, pero a la mañana siguiente habría despertado con fuertes dolores de estómago. No tendría ya control muscular, con lo que le sería imposible moverse de la cama y dominar sus esfínteres, que empezarían a expulsar heces y líquidos como si fuesen surtidores. La fiebre y la debilidad estarían ya produciéndole alucinaciones y destellos luminosos. En cuestión de horas, sin el tratamiento adecuado, la muerte era segura. Y el *Bamba* no tenía en su botiquín más que esparadrapo, alcohol y un frasco de Cotibin.

Registró de forma somera el *Quimera* y tan solo encontró un bidón con cincuenta litros de agua dulce. Ni medicinas ni víveres. La calma había pillado a aquel pobre

diablo mal pertrechado, y tal vez por eso se alimentaba de pesca sin demasiadas precauciones. El patrón del *Bamba* se sentó al lado de su don Quijote y esperó a que recuperara la conciencia con un vaso de agua en una mano y dos píldoras de Cotibin en la otra. Si conseguía que se tomase el antipirético, al menos se rehidrataría y le bajaría algo la fiebre.

«Dos españoles navegando en solitario coinciden por casualidad en medio del Pacífico Sur.»

Se quedó observando a aquel desdichado. La intoxicación lo había envejecido y aparentaba cincuenta años, pero no tendría más de treinta y cinco. La tetrodotoxina había desmoronado sus facciones, pero debía de haber sido un hombre atractivo, de complexión atlética. Sus manos retorcidas evidenciaban que estaban acostumbradas a la vida marinera: parecían fardos de higos secos.

«Si esto no es un milagro, se le parece mucho.»

Tras dos horas de espera, cuando ya anochecía, el pobre hombre entreabrió los ojillos y observó al patrón del *Bamba*, incrédulo. Con gran esfuerzo sonrió.

—Puto pez globo de los cojones... —Arrastró las palabras con dificultad pero animoso.

—No gaste energías. Tómese esto, le aliviará.

El hombre obedeció y tragó lentamente el agua y los Cotibin. Después volvió a desplomar la cabeza sobre la almohada y pronunció un *gracias* lacónico. Habló con voz sin fuelle.

—Chico, ¿sabes lo que dicen en Costa de Marfil? —El silencio lo autorizó a continuar—: Pues dicen..., dicen que quien se traga un coco entero, debe confiar en su culo.

Se rio de su propio chascarrillo hasta que una hipada le subió hasta la garganta y lo hizo vomitar. Por fortuna, el balde estaba cerca.

—Y parece ser que..., que mi culo me ha fallado.

Volvió a recostarse, con el rostro congestionado.

—Tome, beba un poco más y aclárese la boca.

Los tragos eran cortitos y entre ellos tenía que parar para recuperar el resuello.

—Gracias por sacarme de aquella pocilga. ¿Dónde estoy?

—En el camarote del *Bamba*. No se preocupe por el *Quimera*, está bien amarrado.

El hombre dejó escapar un suspiro.

—No me preocupa el *Quimera*, me preocupan mis tripas. —Cerró los ojos con intensidad y los volvió a abrir antes de proseguir—. Dime una cosa, chaval, ¿voy a morirme?

Al patrón del *Bamba* se le secó la boca, y una sensación de oblea rancia se le pegó al paladar. Nunca antes había estado frente a un moribundo. Decidió mentir.

—No, hombre, no, ya verá como...

—Déjate de mamarrachadas. Los dos somos marinos, y tú, si has llegado hasta

aquí, debes de ser de los buenos...

Empezó a toser y otra vez el vómito llenó su boca. Tras escupir varias veces en el balde, siguió hablando.

—Entre marinos de verdad no caben las mentiras. La sinceridad limpia; las conversaciones de ascensor tan solo cambian el polvo de sitio. Eres la única persona en mil millas a la redonda, y... no quiero irme al otro barrio con una conversación de ascensor.

Empezó a eructar con estruendo.

—Dime la verdad, por favor, pareces un chico listo y seguro que sabes de medicina más que yo...

La mirada que acompañó sus palabras fue tan triste que parecía haber pintado todo el camarote con brochazos de velatorio. Tosió con fuerza y un reguerito de sangre asomó por la comisura de sus labios.

—¿Voy... voy a morirme?

El patrón del *Bamba* tuvo la sensación de que aquel hombre no estaba asustado, sino que se hacía el valiente, lo cual le delataba los temores de manera aún más trágica.

—Si antes de cinco o seis horas no ingresa en un hospital, no creo que sobreviva a la noche. —Ambos tragaron saliva—. Lo siento, aquí no hay medios para hacer nada por usted.

El hombre se recostó intentando digerir aquellas palabras tan duras, que parecían ser el único sólido que podía entrarle en el cuerpo. El patrón del *Bamba* necesitaba romper el silencio espeso que inundaba el camarote.

—¿Quiere que me ponga en contacto con alguien en España? Alguna carta...

—No tengo a nadie. —Ahora el hombre miraba fijamente el somier de la litera de arriba—. Nadie me espera... —No había amargura en sus palabras—. Rompí con todo, y cuando salí de Bilbao juré que no volvería. ¡Y *mecagüen* la hostia si lo voy a cumplir!

Se quedó callado, pensativo durante unos minutos. El reguero de sangre de la boca se hizo más caudaloso y empezó a emparar la sábana y la almohada.

—Me voy a morir aquí..., con este somier encima de mi cabeza como despedida... —Tomó aliento y giró el rostro hacia el patrón del *Bamba*. Además del reguero de sangre, las lágrimas empezaron a surcar su rostro—. La vida es una puta nevera de diseño, y ahora le estoy viendo la parte de atrás... Mira que es fea y jodida la parte de atrás de una nevera.

No pudo continuar. Perdió el conocimiento y su cabeza se desplomó por el lateral de la cama hasta casi tocar el suelo, chorreando sangre por la boca. Estaba muerto.

El patrón del *Bamba* nunca antes había convivido con la muerte tan de cerca, y se dio cuenta de que era una compañera de camarote problemática. Con la noche tan cerrada, devolver al *Quimera* el cuerpo de su capitán era una operación arriesgada. Cuando la boca dejó de sangrar, recogió todo el líquido en un balde que dejó en

cubierta, colocó el cadáver en su litera en una posición digna e intentó conciliar el sueño en la litera de arriba. Fue imposible: a la muerte, al igual que a una nueva cama o a una prótesis dental, hay que acostumbrarse. Si se va metiendo en tu espíritu poco a poco, capilarmente a través de los años de la vejez, la muerte parece algo propio. Pero si te asalta así, de sopetón... Acabó levantándose a mitad de la noche incapaz de dormir con todas aquellas ideas rondándole la cabeza. Amortajó el cadáver con las sábanas y lo subió a cubierta dejándolo junto al timón bajo las estrellas. Al día siguiente decidiría qué hacer con él y con el *Quimera*, necesitaba descansar.

Al amanecer, después de tres horas de sueño titubeante, lo tuvo todo más claro. Hundiría el *Quimera* con su capitán dentro. «No hay mejor ataúd para un marino que su barco», pensó. Cargó el bidón de agua en el *Bamba* y desmontó el ancla del *Quimera*, que seguía suspendida en el aire. Tenía uñas afiladas, era perfecta. Unos cuantos golpes bien dados con ella en la sentina abrirían una vía de agua que en pocas horas hundiría el barco. El cadáver lo dejó sentadito en la taza del retrete del *Quimera*, y, tras salir, cerró la portezuela. Allí las morenas no podrían entrar y devorarlo en un periquete. Con el ancla a cuestras bajó a la sentina y palpó el casco buscando el lugar más adecuado. Cuando lo encontró, le asestó un golpe tremendo que no hizo la menor mella en él: aquello iba ser más trabajoso de lo esperado, el *Quimera* había sido construido a conciencia.

Fue entonces cuando, entre las sombras y los cachivaches que se esparcían por doquier, la vio. Era una maleta vieja de cantos enlatonados, cuadrada y sólida como un cajón. Dentro de esa maleta de emigrante podría haberse escondido una hogaza de pan y unos quesos de oveja, pero al zarandearla no escuchó nada. Subió con ella a cubierta buscando luz y deshizo los correajes de piel que la cerraban. Dentro olía a naftalina y solo había tres papeles amarillentos: la partida de nacimiento del capitán del *Quimera*, su documento nacional de identidad y una carta manuscrita. La leyó con la conciencia tranquila al saber que a su destinatario, sentado a escasos metros en el retrete, ya no le podía importar. Eran unas breves líneas, duras y despechadas, de una antigua novia, en las que le decía que la olvidara, que se hiciese a la idea de que para ella él ya estaba muerto. Dobló con cuidado la carta y la volvió a introducir en el sobre. Parecía obvio que el capitán del *Quimera* lo había dejado todo atrás por problemas de desamor. En la partida de nacimiento comprobó que aquel hombre había nacido en Baracaldo y, aunque aparentaba quince más, tenía tan solo treinta años. Pero fue al ver la fotografía del DNI cuando una idea entró en su cuerpo por el ombligo y le erizó el espinazo conforme avanzaba a través de las vértebras hasta alcanzarle la cerviz: el parecido era asombroso.

El capitán del *Bamba* intentó serenarse. Debía centrarse en lo importante, y lo importante era que el destino, al fin, se había apiadado de él. Tras una vida vapuleándolo de modo feroz, ahora había propiciado aquel pequeño milagro. Aquel encuentro casual en medio del Pacífico Sur. Con otro español. Tan solo cinco años mayor que él. Parecido físicamente. Y muerto.

«Las vidas bien cosidas, esas que ha valido la pena vivir, siempre arrancan con una decisión valiente.»

Ese pensamiento, que se le quedó prendido a las neuronas como si fuese un mechón de algas enganchado entre los bastoncillos de un arrecife de coral, fue decisivo. Despreciar aquel regalo del destino hubiese sido una locura.

Se pasó todo el día limpiando a conciencia el *Quimera* y trasladando sus cosas desde el *Bamba*. Comprobó que el motorcillo auxiliar del barco funcionaba, y que el velamen y los aparejos estaban en perfectas condiciones. La radio, como la suya, era inservible. Lo más desagradable fue deshacerse del cuerpo. Desgraciadamente, para adoptar la identidad del patrón del *Quimera*, el cadáver de este debía desaparecer para siempre, y la mejor manera de conseguir que nunca nadie lo encontrara e intentase identificarlo estaba al alcance de su mano. Cogió el balde con la sangre que había recogido la noche anterior y la arrojó al mar. Cinco minutos después llegaron puntuales a su cita media docena de tiburones blancos. Dos de ellos, de al menos cuatro metros, empezaron a nadar en círculo alrededor de los veleros, que bien amarrados el uno al otro parecían darse besitos tiernos con el extremo de sus popas cuando el mar los bamboleaba. Arrojó el cadáver por la borda y, en cuanto los animales percibieron el olor a sangre que desprendía, se lanzaron como locos a despedazarlo.

Tras semejante espectáculo, hundir su propio barco le pareció un juego de niños. Bajó a la sentina del *Bamba* armado con el ancla del *Quimera* y, con la imagen aún fresca de los miembros humanos desgajados entre las fauces de los tiburones, empezó a golpear con fuerza el casco. Tras media hora un fuerte chorro de agua a presión le salpicó el rostro. No había tiempo que perder. Salió con prisas a cubierta y liberó el cabo que unía ambas embarcaciones. Se arrodilló, le dio un beso en la cubierta a su barco y saltó al *Quimera* acarreando el ancla. Mientras el ronroneo del motor lo alejaba, las nubes cubrieron el sol y el Pacífico Sur fue inundado por una luz grumosa dispuesta a desovar con empeño toda su carga de tristeza. Una hora después el patrón del *Bamba* vio en la distancia cómo se sumergía el extremo del mástil de su velero. Una fina brisa empezó entonces a soplar, hinchando el velamen. Era hora de volver a casa. Corría el año 1988 y el nuevo patrón del *Quimera* nunca olvidaría la sensación de soledad con sabor a bronce que sintió en el cielo del paladar mientras cazaba el foque.

## EL REGALO ENVENENADO

Ana abrió los ojos y en la oscuridad observó al despertador desmigajar los minutos en segundos con una lentitud desesperante: «6:46 AM. Viernes. 3-XII-2010». Aún no eran ni las siete de la mañana y ella ya estaba cansada de estar en vela. La ansiedad no le había dejado dormir en toda la noche. Llevaba ya varios días sin poder conciliar el sueño por culpa del ligero dolor que sentía en el bajo vientre cada vez que contraía, aunque fuese mínimamente, los músculos abdominales. El cirujano le recetó unos calmantes y le dijo que no debía preocuparse, aquello era perfectamente normal tras un aborto. No le dijo, sin embargo, nada sobre cómo tratar el inmenso vacío que sentía en sus entrañas, que era el auténtico responsable de su insomnio.

Giró la cabeza sobre la almohada y contempló entre tinieblas la silueta del ventanal. Gracias a la luz de las farolas de la calle, ayudada por los cortinajes de batista que colgaban del riel, aquella cristalera, templada hacía más de cien años, resplandecía en medio de la oscuridad como un fantasma cansado, sin fuerzas ya para asustar a nadie. Ana decidió levantarse y bajar a la cocina: si seguía dándole vueltas a la cabeza, la tristeza acabaría enrollándose alrededor de su cuello con demasiada fuerza, y tal vez la estrangulara definitivamente.

—Señora, qué madrugadora es usted. ¿Quiere que le prepare algo para desayunar? ¿Un café?

Lucrecia ya trasteaba con cuidado y sin hacer ruido para no despertar a nadie.

—No te preocupes, Lucre, sigue con lo tuyo, yo misma me apaño.

Se puso un tazón de leche, lo metió en el microondas para calentarlo y, mientras escuchaba al aparato ronronear, cogió de la alacena de los dulces dos galletas María Fontaneda.

«¡Madre mía, me he pasado con el micro!»

Al dar el primer sorbo a la leche sintió tal ardor en el estómago que creyó haberse tragado el sol de un bocado: el líquido estaba demasiado caliente, tendría que esperar un rato antes de poder bebérselo.

—Señora, yo voy arriba a hacer las camas. Si necesita algo, llámeme.

—Descuida, Lucre, descuida...

Ana cruzó el vestíbulo royendo las galletas y haciendo equilibristas con las manos para recoger las migas a la vez que sostenía el tazón de leche. En cuanto entró en la biblioteca, la luz del amanecer, delgada como oreja de gato, le arañó los ojos forzándola a acurrucarlos. A pesar de eso, se escabulló tras los cortinajes que cubrían las cristaleras del mirador.

—Nieve...

Mordisqueó la palabra junto con un pedacito de María Fontaneda. Fuera, en las alturas, un cielo de color panza de burro le aplastaba la cara a Madrid. El jardín aparecía cubierto por un fino manto blanco, que, al llegar a la piscina, se deslavazaba en islitas de hielo, como si fueran ridículos icebergs de ir por casa. Ana se alegró, la

nieve le gustaba. Era agradable intuir el frío mientras los pies desnudos se tibiaban gracias a la calefacción radiante que circulaba bajo el mármol del piso.

¡Dong, dong, dong, dong, dong, dong, dong!

Sobresaltada, giró la cabeza hacia la momia de un viejo reloj de pared que acumulaba años y nostalgia en un rincón de la sala. Su tañido, además de asustarla, había llenado con su gravedad muelle todo el espacio de la biblioteca, que pareció ensancharse por su culpa.

«Dios mío, aún son las siete.»

Faltaban tres horas para que se abriese el horario de visitas del hospital. Necesitaba descansar un poco antes de ir a ver a Antonio, quería tener la cabeza despejada para que él no notase nada. El día anterior su marido había despertado del coma, pero ella aún no se había atrevido a contarle lo del aborto: todavía estaba muy débil para escuchar una noticia tan dura.

«Tengo que intentar dormir, no puedo seguir así...»

Cruzó la biblioteca dirigiéndose hacia el sofá chéster. El mueble, varado sobre el mármol blanco del piso y con su capitoné acolchado en piel negra, destacaba como si fuese un lunar en medio del rostro de una *geisha*.

«Tengo que intentar dormir un poco, debo descansar...»

Con ese mantra en la cabeza dejó el tazón sobre la mesa de café y se tendió en el sofá, acurrucándose y abrazando con fuerza un cojín contra el pecho. Ana contempló entre ensoñaciones cómo la negrura de la noche retrocedía con rapidez, atrincherándose tras los muebles, concentrándose en sombras alargadas ante las primeras embestidas del sol. Sin darse cuenta se quedó dormida. A las dos horas Lucrecia la despertó zarandeándola con suavidad.

—Señora, señora... El cartero ha traído un paquete para usted.

—¿Para mí?

—Sí, para usted. Perdona que la haya despertado, pero si no empieza a arreglarse, llegará tarde al hospital.

Ana se incorporó medio adormilada e inconsciente de que en la cara se le habían marcado los rectángulos acolchados del sofá. Lucrecia tampoco creyó necesario advertirle de las marcas antes de abandonar la biblioteca, la señora no iba a recibir visitas esa mañana. Sobre la mesa de café vio el paquete junto al tazón de leche, ya completamente fría. Lo examinó con desconfianza. El envoltorio de papel de estraza llevaba pegada, junto a los sellos, una etiqueta con su nombre y dirección mecanografiados. Matasellos de Madrid. Sin remite.

—Qué extraño...

Rasgó el papel con cuidado. Una caja de zapatos Camper la miró indiferente. Al retirarle la tapa, se llevó una nueva sorpresa: frente a ella aparecía un folio en blanco, el primero de un taco de unos quinientos. Extrajo el mazo de hojas y lo depositó sobre su regazo, comprobando que no estaban encuadernadas y, excepto la primera, venían impresas a una cara. Retiró esa cuartilla inicial en blanco y se topó con un



título: *Pan con chocolate*. Sin autor. Pasó página y, completamente intrigada, empezó a leer.

«He desperdiciado mi vida esperando una llamada de teléfono que siempre supe que no iba a contestar. Y que nunca llegó. Como cualquier mujer que se ha quedado sin vida por culpa del desamor, intenté recuperarla aferrándome a los recuerdos. Pero fue inútil: los recuerdos no son la vida, al igual que el mapa no es el territorio. Toda aquella obsesión empezó poco después de...»

No pudo seguir leyendo. Las lágrimas corrían por sus mejillas y acabaron humedeciendo las cuartillas. Se recostó y cerró los ojos, respirando profundamente para intentar tranquilizarse.

—Esto..., esto no es posible...

El corazón le aporreaba el costillar desde dentro amenazando con abrirle un boquete en el pecho, mientras los dolores del abdomen se le acentuaban por culpa de la ansiedad.

—No, no puede ser...

Percibía claramente que le faltaba el aire. Como un corredor de maratones agotado tras la carrera, que en un despiste se ha metido en una cámara de vacío, Ana hacía esfuerzos brutales para hinchar los pulmones, pero las aletas de su nariz se aplastaban contra el tabique nasal al no hallar nada que sorber: vacío, aquel taco de folios había creado en la atmósfera de la biblioteca el más hermético e inhumano de los vacíos.

—Esto no puede estar pasando...

Ese día no fue al hospital. Todas sus horas las pasó en el viejo sofá chéster alternando el llanto con la lectura, y ya al anochecer, con los ojos cansados y arrugados por la sal, supo que aquel misterioso regalo envenenado iba a acabar de destrozarle su ya maltrecha vida.

## INVIERNO

En cuanto Víctor enfiló la calle Colón, con todos sus semáforos encadenados en verde, presionó el acelerador del Aston Martin y al instante pudo sentir cómo el asiento de piel se pegaba con fuerza a su espalda. Sin previo aviso frenó con brusquedad y dobló por Hernán Cortés al tiempo que reducía dos marchas. El coche derrapó al salir disparado.

—¿Qué son, 450 caballos?

—456 para ser exactos, señor Vega.

A esas horas el centro de Valencia estaba atestado de gente que giraba la cabeza asustada al escuchar el rugido que el motor emitía bajo presión. El vendedor del concesionario, sentado en el asiento del copiloto, se agarraba con fuerza a la manilla de la puerta como si en ello le fuese la vida.

—Tal vez, señor Vega, no debería usted ir tan deprisa por esta zona...

La voz temblorosa y entrecortada fue amordazada por un frenazo que dejó sobre el asfalto de la Gran Vía unas marcas negras de neumático y olor a goma quemada. Los viandantes se quedaron mirando atónitos aquel coche que había estado a punto de impactar contra un autobús urbano que se incorporaba a la circulación desde su parada.

—Veo que anda bien de frenos, pero culea un poco en las curvas.

El vendedor se quedó mudo mientras el cliente contravolanteaba con brusquedad para evitar a un taxi que se había detenido de repente ante la señal de un viandante.

—Señor Vega, veo que sabe usted lo que se hace, pero...

—Soy solo un buen aficionado.

—... pero recuerde por favor que vamos montados en un automóvil que vale doscientos mil euros.

La avenida del Puerto, con sus dos kilómetros que unían el centro de la ciudad con el mar, se abría ante ellos desplegando una perspectiva de semáforos que justo en aquellos instantes mudaban uno tras otro del rojo al verde. El vendedor tragó saliva: aquel rosario de lucecitas recordaba a una pista de aeropuerto invitando a despegar. Una pista de aeropuerto abarrotada de vehículos.

—No se preocupe por nada. —El cliente se mordió la lengua para intensificar su concentración—. Usted y este coche están más seguros que un bebé en el regazo de su madre. Disculpe si soy un poco brusco en la conducción, pero me gustaría llegar al puerto en una tacada de semáforos.

El vendedor, incapaz de hablar, lo miró aterrorizado.

—No ponga esa cara, ya sabe: estos coches, si no los exprimes al máximo, no sabes lo que son capaces de ofrecerte.

El Aston Martin saltó encabritado, con sus ruedas silbando histéricas, en cuanto apretó a fondo el acelerador. En menos de cinco segundos ya evolucionaba a más de 150 kilómetros por hora sorteando el tráfico de la avenida. Los radares de proximidad

del coche, a esa velocidad y rodeados de vehículos, zumbaban como locos alertando del peligro. El último semáforo que daba paso a la gran rotonda del puerto se puso en ámbar y en ese preciso instante el automóvil lo rebasó ante la mirada atónita de un policía municipal al que tan solo le faltó ondear la bandera a cuadros negros y blancos.

—¡Lo hemos logrado! *Fastest lap!*

Las estructuras metálicas con forma de costillar de dinosaurio del Museo de las Ciencias que Santiago Calatrava había diseñado para la ciudad pasaban ahora fugaces junto a ellos. El vendedor tartamudeó unas palabras para intentar tranquilizarse.

—Qué bonita está quedando Valencia...

Con facciones reconcentradas, el conductor no giró el rostro para responder: parecía tener mucho en lo que pensar al mando de aquella máquina.

—¿Se refiere a ese zurullaco?

Con la cabeza señaló al Museo de las Ciencias. El vendedor seguía tartamudeando.

—Bueno..., a mí me gusta...

Su cliente le atajó sin contemplaciones.

—¡No me joda! ¿Diez edificios pegados el uno al otro, todos en el mismo color y con la misma estética? —Esbozó un rictus burlón—. Es como si tienes tu primera cita con una chica y te aparece con zapatos rosas, medias rosas, falda rosa, blusa rosa y lacito rosa, ¿qué haría usted?

El vendedor, con la garganta seca por el miedo, fue incapaz de responder.

—Le diré lo que yo haría: echar a correr para escapar de esa garrula, dejando una estela de fuego en la huida. Tenga cuidado con esas mujeres y con esa arquitectura, amigo mío: La belleza está en los contrastes, demasiado rosa en tu vida hace subir el azúcar.

Para reafirmar sus palabras el conductor le bajó de nuevo dos marchas al Aston Martin, que respondió rugiendo lleno de furia. El vendedor tan solo acertó a articular un susurro suplicante.

—Señor Vega, creo..., creo que deberíamos volver al concesionario. Mi jefe ya debe de estar un poco preocupado...

—Como quiera, no le hagamos esperar. Démonos prisa.

Aquellas últimas palabras pusieron los pelos de punta al vendedor, que se agarró con más ahínco a la manilla: horrorizado, comprobó que el sudor de sus manos había dejado una marca de humedad sobre la piel de búfalo normando de la tapicería.

Media hora más tarde Víctor Vega salía del concesionario y subía a su Porsche 911 Classic, un ST de 1970. No era lo mismo que un Aston Martin DB9, pero seguía siendo un deportivo muy digno que había sabido envejecer. Sin embargo, había días, especialmente aquellos en los que el desánimo lo inundaba, que necesitaba emociones más fuertes, emociones que su entrañable Porsche no le podía ofrecer. Esos días se rasuraba con un apurado perfecto y se ponía su mejor traje para repasar

la revista *Automóvil* del último mes, que siempre reposaba en el bidé. Elegía algún último modelo que sabía que jamás iba a poder comprarse con su magro sueldo y se dirigía al concesionario para hacerse pasar por un cliente adinerado que, antes de decidirse, obviamente, quería probar el vehículo: no hacía daño a nadie, pensaba él, y aquel chute de adrenalina siempre le devolvía el ánimo.

Mucho más relajado tras su experiencia con el Aston Martin, condujo su Porsche hacia la universidad. El viejo edificio de la facultad de Filología no tenía parking para profesores y aparcar a esas horas en Blasco Ibáñez era poco menos que misión imposible. Dejó el coche en doble fila, iba a ser rápido, tan solo quería recoger un material para la clase de prácticas del día siguiente.

—Buenos días..., hola..., buenos días...

Era hora de descanso entre clase y clase, así que se dejó puestas las gafas de sol para no tener que saludar ni enfrentar las miradas curiosas que le dirigían muchos estudiantes: él era un personaje popular en la facultad, y llevaba dos semanas apareciendo en la televisión un día sí y otro también. Si a esto se le sumaba lo escabroso de toda aquella historia, las miradas eran comprensibles. «Que les den a todos por el culo.»

—Conchi, reina mora, ¿cómo va?

El departamento de Literatura Española se encontraba en el sexto piso. Conchi, una de las secretarias, levantó la cabeza del teclado del ordenador al oír el saludo. Como siempre, iba engalanada como si ella fuese el abeto del Rockefeller Center y todos los días Navidad.

—Víctor, don Claudio te anda buscando. Y con cara de pocos amigos.

La secretaria sonreía mientras elevaba los ojillos por encima de sus gafas para la presbicia. En ellos Víctor no pudo ver más que cariño. Ni morbo, ni curiosidad, ni reproche alguno. Solo cariño. La abrazó por detrás, le atenazó las manos y estampó un beso de granadero en la mejilla caramelizada de aquella cincuentona rolliza y simpática.

—Conchi, decir que Yo Claudio tiene cara de pocos amigos es muy optimista. Ya sabes que no tiene absolutamente ningún amigo.

Ella simuló escandalizarse y le chistó entre risas.

—Calla, loco. Si el señor catedrático oye lo que dices y te ve besándome aunque sea en la mejilla, nos excomulga a los dos.

—Tú no me has visto ni sabes nada de mí, lo último que me apetece en estos momentos es un sermón de la montaña. Te debo una. —Le dedicó una sonrisa desde el vano de la puerta—. Por cierto, qué bien hueles... Si no fuese porque estás casada y trabajamos juntos...

—Anda, anda, lárgate, zalamero. Qué más quisieras tú... ¡Demasiado barco para tan poco marinero!

Se lanzaron un beso al aire como despedida. Víctor entró en su despacho y cogió la carpeta con las notas para la clase del día siguiente. Salió rápido y, para no esperar

el ascensor, bajó por las escaleras. A la altura del tercer piso alguien le dio unos golpecitos en el hombro.

—Víctor, ¿ya no saludas?

Era Cécile, una de las chicas con las que compartía casa: el divorcio lo había dejado sin su apartamento y poco menos que arruinado, por lo que desde hacía cinco meses convivía con dos erasmus belgas y un alemán. Tuvo cuidado de que ninguno fuese alumno suyo, no quería más problemas.

—Me gusta esa *ameguicana* que llevas.

Cécile hablaba un español perfecto, pero a sabiendas de lo sexi que resultaba su delicado acento francés, se empeñaba en conservarlo.

—Perdona, Cécile, no te había visto. Ando un poco atolondrado, dejé el coche en doble fila.

—Te vi anoche en el *telediaguio*.

—Sí, me ha visto media ciudad. —Víctor respondió esquivo, no tenía ganas de hablar del tema.

—Si te *sigve* de consuelo, das muy bien en *cámaga*. Estabas muy guapo.

Lo miraba comedida con sus ojos almendrados y húmedos de antílope joven. El profesor casi podía escuchar a las hormonas recorrer con estruendo el cuerpo de la muchacha: Cécile llevaba ya tiempo buscándole las vueltas, pero Víctor no quería volver a caer en aquella dinámica que tantos disgustos le había traído.

—Gracias, Cécile, la verdad es que estos últimos días no están siendo fáciles. Cualquier apoyo es bienvenido.

Ella se pasó un mechón de su cabello negro por detrás de la oreja y con los dedos de las dos manos empezó a acariciarlo como si quisiese sacarle lustre. Se había quedado un par de escalones por encima de él y lo miraba desde arriba.

—¿*Vendgás* a cenar esta noche a casa? Voy a preparar las coles de Bruselas esas que tanto te gustaron, con la receta de mi madre.

—Tengo el cumpleaños de Sofía, no podré. Y es una lástima... —Entornó los ojos, coqueto—. Sabes que me encantan tus coles de Bruselas.

Contempló simpático los enormes pechos de Cécile, que, a la altura justa de sus ojos, lo vigilaban como dos misiles teledirigidos que él a duras penas había conseguido esquivar durante los últimos meses.

—¡Víctor!

—¿Qué?

Tenía confianza suficiente como para gastarle a la joven belga ese tipo de bromas: dos semanas después de llegar él a la casa le dieron una fiesta de bienvenida y, con el alcohol y la excitación, acabaron acostándose. Víctor se juró que esa había sido la primera y la última vez; lo que menos necesitaba era un romance con una estudiante de la facultad con la que compartía vivienda. Pero desde entonces Cécile no había dejado de rondarlo, a pesar de que su novio la llamaba todas las noches desde Brujas.

—*Egues* un cochino. —Ella le dio una palmada en el pecho a modo de regañina

fingida y, sonriéndole, humilló los ojos con suavidad para componer un gesto dócil, mil veces ensayado, con el que pretendía aparentar timidez—. No te *pogtas* nada bien conmigo...

—Cécile, tengo que irme. Mi hija me espera.

—De acuerdo, pero recuerda que aún me debes una cena. Dale un beso a Sofi de mi *pagte*.

El tráfico hacia La Eliana era fluido. Salir de Valencia a esas horas era fácil, pero en sentido contrario un intenso chorro de vehículos llenaba la autopista: la semana siguiente era Nochebuena y los residentes de las urbanizaciones necesitaban hacer sus compras navideñas en la ciudad. Al aparcar el Porsche en la puerta del chalé, Víctor miró su reloj. Llegaba media hora tarde.

«Razonable.»

Bajó del coche y sintió frío. Con su traje caro y elegante con el que engañaba a los vendedores de coches lujosos iba a congelarse, en La Eliana la temperatura siempre era tres o cuatro grados menor que en la ciudad. Ese día debían de andar por los diez grados, con esa temperatura los muñecos de nieve que presidían muchos de los jardines de aquella avenida de chalés clónicos, obviamente, eran de poliuretano blanco. La fachada de la casa donde vivía su exmujer con su nueva pareja y con su hija Sofía estaba decorada con globos de colores que anunciaban una fiesta de cumpleaños. En la puerta, escrito con espumillón, podía leerse un mensaje acogedor: «Seas quien seas, te deseamos Feliz Navidad y próspero año 2012». Víctor suspiró melancólico y golpeó con los nudillos la puerta.

Desde su despacho de la planta 47 de la Torre de Cristal, en la Business Area, Pilar Boluda podía contemplar una panorámica espectacular de todo Madrid.

—Señora Boluda, los señores Balan han llegado.

La agente literaria observó el reloj de sobremesa antes de presionar el interfono. Las once en punto. Esa visita la inquietaba. No era la primera vez que trataba con aquellos tipos, pero bajar a las alcantarillas del negocio siempre le resultaba desagradable. Esa gente le recordaba otra época de su vida, en la que los escrúpulos no habían sido una prioridad para ella.

—Hazlos pasar, Nati.

Una época ya muy lejana que Pilar Boluda quería olvidar. Buscó consuelo en la fotografía del Santo Padre Fundador que descansaba sobre su escritorio. El espíritu de aquel gran hombre era su norte. Ignacio de Loyola, [Luigi Giussani](#), Kiko Argüello, Escrivá de Balaguer, Juan Bosco... Ella había estudiado en profundidad las biografías de aquellos grandes hombres, pero con ellos no había sentido la llamada. Sin duda, sus respectivas organizaciones religiosas realizaban una labor cristiana admirable, pero no tenían el espíritu que el Santo Padre Fundador había conseguido imbuir en el Sacrum Corpus: ese que embriagaba a millones de adeptos en todo el mundo, el espíritu que a ella le daba consuelo y ánimo para afrontar su enfermedad.

—Adelante, caballeros, pasen y siéntense.

Cada vez que se encontraba con los Balan, la agente literaria se preguntaba por los misterios de la genética: ¿cómo podían ser hermanos aquellos dos hombres? El de menor edad y estatura tenía aspecto de mantis religiosa, con un cuerpo nervudo que parecía alimentarse de electricidad. Siempre agitado, lo observaba todo con ansiedad. Su hermano, por contra, era de un tamaño descomunal. Tenía una musculatura hipertrofiada que parecía querer reventar las costuras del tres cuartos de cuero negro que nunca se quitaba de encima. Su cuello de toro sostenía un semblante anguloso que jamás sonreía y que a Pilar Boluda le recordaba a los rostros de las esculturas del Valle de los Caídos.

—¿Y bien? ¿Qué noticias me traen? —La agente literaria se quedó observando al hermano con aspecto de mantis religiosa; sabía que el otro jamás hablaba.

—Buenos días, señora Boluda. Siempre es un placer verla. Los datos que tenemos sobre el señor Vega tras dos semanas de seguimiento e investigación son alentadores, pienso yo, muy alentadores. —Hablaba un español perfecto, pero de dicción trabajosa, con un leve acento extranjero—. No sé cuáles serán sus intereses, señora Boluda, pero el señor Vega tiene más puntos débiles que la seguridad del Carrefour. —Se rio entrecortadamente.

Pilar no sabía de dónde procedían los hermanos, ni siquiera sus nombres reales. El amigo que le dio el número de teléfono de contacto solo le dijo que eran de plena confianza: a cambio del dinero suficiente, hacían cualquier cosa que se les pidiese, con una discreción absoluta. Justo lo que ella necesitaba.

—Al grano, cuénteme lo que hayan averiguado.

—Disculpe, revisaré mis notas, no quisiera olvidar nada...

El hombre eléctrico, con el nerviosismo del que parece que se está orinando, sacó una libretita de camarero de bar llena de garabatos y la repasó saltando de hoja en hoja. Mientras, el gigante miraba a la agente literaria con una indiferencia obtusa, como si le diese exactamente igual que su hermano eléctrico le ordenase violarla y desmembrarla allí mismo, o decidiese que era mejor montarle a aquella anciana una fiesta de cumpleaños.

—Es para hoy. No tengo toda la mañana.

—Disculpe la demora, señora Boluda, no quisiera cometer ningún error..., aquí está. El señor Víctor Vega trabaja como profesor ayudante en el departamento de Literatura Española de la facultad de Filología de la Universidad de Valencia...

—Eso aparece en Internet. Cuénteme cosas que no sepa.

Pilar Boluda sabía por experiencia que con aquella gente más valía no contemporizar ni mostrarse amable. Solo profesional, sobre todo teniendo en cuenta lo que cobraban.

—Tan impaciente como siempre, señora Boluda... —Mordisqueó una risilla inquietante—. Bueno, sigamos... Está divorciado y su exmujer es sargento de la Guardia Civil, destinada en la comandancia de Sagunto. Las infidelidades por parte

del señor Vega fueron la causa principal de la separación. Tienen una hija en común, Sofía, de seis años, que vive con su madre y la nueva pareja de esta.

La agente literaria se dispuso a atravesar al hombrecillo eléctrico con una pregunta que más bien parecía un arpón.

—¿Le tiene que pasar una pensión a su exmujer? ¿Cómo anda de dinero el señor Vega?

Nicolae Balan amoló su sonrisilla, afilándola tanto que acabó transformándola en una discreta mueca sarcástica: a la agente literaria le pareció más que nunca estar hablando con una siniestra mantis religiosa.

—Como dirían ustedes, los españoles, en una expresión que me parece adorable, está más tieso que la mojama. Su sueldo de mil quinientos euros brutos se queda en la mitad tras pasarle la pensión de manutención a su exmujer. —Antes de proseguir consultó de nuevo su libretita—. Tras el divorcio se quedó sin el piso y, por si eso fuese poco, tiene una deuda de juego desde hace tres años con unos mafiosos rusos de Benidorm que le sangran trescientos euros al mes.

Pilar Boluda se incorporó en su butaca. El menor de los Balan, al advertir esa muestra de interés, se esponjó de gusto antes de proseguir:

—El tipo es vicioso pero listo, sabe que como un mes deje de pagar su deuda aparecerá al día siguiente en un contenedor trinchado como un bistec. Conozco a esos rusos por otros asuntos y son gente muy profesional y de pocas bromas, montan partidas de póquer fuertes en la costa de Alicante. El tal Víctor se metió donde no debía y en una noche le soplaron los quince mil euros que llevaba encima y otros nueve mil que pidió a crédito. Pero se ha reformado, por lo visto el susto le sirvió de escarmiento, lleva tres años sin tocar las cartas.

—Vaya, vaya..., interesante.

El hombre se relamió satisfecho ante la aprobación de su cliente.

—La verdad es que es un milagro que subsista. De hecho, vive en una casa semiabandonada en el barrio del Carmen de Valencia, con tres estudiantes extranjeros. En el banco tiene un saldo medio de doscientos euros, pero conduce un Porsche clásico por el que conseguiría fácilmente treinta mil euros. Una preciosidad, si me lo permite. Es un enamorado de los automóviles. De vez en cuando acude a concesionarios de lujo haciéndose pasar por comprador, y prueba deportivos de alta gama de una manera un tanto... agresiva. Nos ha costado conseguir no perderlo en esas ocasiones.

—*Da, da, a fost amuzant.*

Por primera vez desde que recordaba Pilar, Vlad Balan había hablado. Parecía un gorila esperando seriecito cacahuets tras los barrotes del zoo, pero ni su hermano eléctrico le prestó atención.

—El tipo, además de su trabajo en la universidad, es colaborador habitual en una revista literaria que se edita en Zaragoza; la han montado unos amigos suyos. Es alternativa y se distribuye solo por correo entre gente..., no sé cómo decirlo,



¿intelectual? Espere y le digo el nombre.

Nicolae Balan se puso a rebuscar entre sus notas, pero la agente literaria no le dejó acabar de hacerlo.

—No se moleste, la conozco, se llama *Art&Mañas*.

—Sí, en efecto, señora Boluda, ese es el nombre. —Repasaba su libretita entre risas nerviosas que en otro tipo de persona hubiesen recordado a un primer beso—. Estos aragoneses..., simpático juego de palabras... Bueno, a lo que íbamos, esa colaboración le permite unos ingresos extra que lo ayudan a sobrevivir. En su pequeño mundo universitario no es un don nadie; tiene prestigio; acude a congresos; da conferencias, seminarios; tiene numerosas publicaciones profesionales fruto de sus investigaciones... No quiero decir que vayan a invitarlo mañana a escribir en *Babelia* o en *El Cultural* de *El Mundo*, pero la verdad es que académicamente es un hombre respetado. También ha viajado a Estados Unidos varias veces a dar clase de Literatura Hispana en buenas universidades del medio oeste, pero todo ese dinerillo que ha ganado, con el divorcio, se esfumó. El señor Vega no cuenta tampoco con ayuda familiar, es hijo único y sus padres han fallecido.

—Ya veo... Le esperan entonces unas Navidades solitarias. —No había sarcasmo en el tono de la agente literaria. Tan solo un sabor férreo.

—Pues considerando que el señor Vega no tiene pareja estable, sino tan solo relaciones ocasionales mayormente de índole sexual, y que su exmujer vive con otro hombre, es más que probable que, en efecto, pase las Navidades solo. Pero lo mejor... —Hizo una pausa que pretendía ser dramática— es que tiene una denuncia por violación.

El menor de los hermanos Balan observó a Pilar Boluda esperando una reacción de sorpresa ante sus palabras. Pero la agente literaria ni se inmutó.

—Sáltese esa parte. Ya me he informado por otra vía.

A Nicolae Balan le sorprendió aquella respuesta. En su rostro seco como la yesca, de palidez tísica, apareció una mueca llena de decepción.

—Señora Boluda, creo que debería escucharme...

—¿En la academia de matones no asistió a clase el día que explicaron que hay que obedecer sin rechistar al que paga la factura? —Pilar Boluda estaba cansada y no quería tratar con aquellos tipos siniestros más que el tiempo imprescindible—. Ya le he dicho que ese asunto lo he averiguado por otra vía.

Al percibir que le faltaban al respeto a su hermano, el mayor de los Balan giró su cabeza de bisonte hacia Nicolae con la precisión y frialdad con la que lo hubiese hecho la torreta de un tanque. Sus ojillos tristes esperaban instrucciones: ¿acaso debía meter en vereda a aquella vieja impertinente?

—Tranquilo, Vlad, todo va bien...

El gigantón emitió un gruñido y atravesó con la mirada a la agente literaria, que permaneció con el rostro inmutable. Si el cerebro de Vlad Balan no hubiese sido tan limitado, habría sabido que, incluso para un exmercenario curtido en la guerra de los

Balcanes, no es fácil asustar a alguien que ya ha sido condenado a muerte. Su hermano, conocedor de ese principio básico, volvió a hablar con sonrisa postiza.

—Señora Boluda, disculpe a Vlad, se pone nervioso con facilidad... Usted ya sabe que nosotros estamos aquí para servirle.

Le había costado un gran esfuerzo averiguar los detalles más escabrosos de toda aquella historia de la violación y le resultaba molesto haber perdido el tiempo. Pero se consoló: el cliente pagaba, el cliente mandaba. Siguió rebuscando entre sus notas cuando, sin previo aviso, Pilar Boluda le interrumpió con voz oleosa.

—Dígame una cosa, señor Balan, ¿cree que el tal Víctor Vega es un tipo que estaría dispuesto a hacer cualquier cosa por dinero?

La mantis religiosa no esperaba esa pregunta y tuvo que reflexionar. Se preciaba de ser un buen conocedor de la psicología humana: llevaba años inmerso en un mundo lleno de gente desesperada, y creía saber discernir entre los diferentes tipos de desesperación y los efectos que esta causaba.

—Pregunta difícil, señora Boluda... Obviamente, su situación económica no es buena, pero tampoco se puede considerar dramática. Por otra parte, nunca ha demostrado demasiados escrúpulos en temas de mujeres o vicios. Exceptuando las drogas, parece que los tiene todos. Bebe en exceso y lo intenta compensar al día siguiente haciendo deporte; engañaba a su mujer, pero siente pasión por su hija, a la que le aterroriza decepcionar... —Se quedó pensativo durante unos segundos—. Yo diría que el señor Vega, a pesar de sus incoherencias, tiene conciencia, valores.

—Valores... —La agente literaria masculló la palabra entre dientes.

—En efecto, valores. Si me lo permite, le narraré una anécdota que lo confirma.

Mientras esbozaba una sonrisilla que parecía exigencia del guion, empezó a revolver de modo compulsivo las hojas de su libretita.

—No fue fácil averiguar esto... Hace un par de años, en una noche de borrachera poco después del divorcio, conoció a una camarera en una discoteca. Se acostaron un par de veces, nada serio para él, aunque la chica pareció encariñarse. Pues bien, al poco tiempo ella tuvo un accidente de tráfico grave. Estuvo ingresada varios meses, tuvo que someterse a seis o siete intervenciones quirúrgicas. Cualquier otro hubiese desaparecido, total, habían sido tres... —Meditó la palabra— revolcones. Era obvio que él no estaba interesado en la chica, era una camarera atractiva pero vulgar. Sin embargo, nuestro amigo Víctor la estuvo visitando en el hospital todas las semanas que estuvo ingresada. Cuando se recuperó, cortó el contacto con ella radicalmente.

Enroscó la mirada para poder así estrangular a su interlocutora.

—Parece ser que nuestro hombre tiene una ética un tanto particular. Cuando se ve envuelto en una situación que lo compromete, aunque sea involuntariamente, es consecuente con ese compromiso hasta el final, pero intenta mantenerse emocionalmente distante. Es lo que los americanos llamarían un *emotional detached*.

El rostro de Pilar Boluda no manifestó ninguna reacción ante las palabras del menor de los Balan. El hombre continuó:

—Es tozudo y constante en su trabajo, lucha por lo que quiere de una manera obstinada y noble. Salta la línea de vez en cuando, sí, pero no es mala gente, lo hace impulsado por su personalidad... —Dudó unos segundos— epicúrea, creo que sería la palabra adecuada.

En la mueca torcida de la agente, Nicolae Balan leyó entre líneas: «¿Qué hace este mafioso ignorante utilizando la palabra *epicúrea*?». Al hombre eléctrico siempre le pasaba lo mismo con sus clientes: ninguno podía entender, arrastrado por los prejuicios, que en su profesión la precisión era esencial. Y él esa precisión la extendía a cualquier actividad humana, incluida la adjetivación.

—Dígame, señor Balan, si yo quisiese algo de ese hombre, ¿cree que el soborno funcionaría?

—Lo dudo.

A ella le contrarió tanto la respuesta como la contundencia con la que había sido emitida.

—¿Y las amenazas?

—Si me permite el atrevimiento, señora Boluda, le daré un consejo: intentar asustar a un desesperado es como recomendar comer con poca sal a los presos del corredor de la muerte. Una completa pérdida de tiempo. —Satisfecho ante lo campanudo de la frase, recostó su espinazo de lagartija contra el respaldo de la silla.

—¿Desesperado, dice usted?

—Sí, señora Boluda. No sé de dónde le viene ni el porqué, pero el señor Víctor Vega padece de un extraño tipo de desesperación que no sabría muy bien cómo catalogar. Señora Boluda, si yo quisiese algo de ese hombre, no intentaría manipularlo: iría de frente. —De inmediato volvió a sonreír a la vez que frotaba sus zarpas—. Pero ya sabe que, si no entra en razón, no hay nada que mi hermano y yo no estemos dispuestos a hacer por usted.

El mayor de los Balan pareció confirmar el ofrecimiento de su hermano rascándose pensativo su quijada de asno. Se hizo un silencio que Pilar Boluda aprovechó para zanjar la conversación.

—Está bien, lo tengo en cuenta, señor Balan, lo tengo en cuenta. Pueden marcharse. Su trabajo ha acabado, ya sé todo lo que necesitaba saber. Aclaren con mi secretaria sus honorarios y olvídense del señor Vega por el momento. Si les necesito, ya me pondré en contacto con ustedes. Buenos días.

Pilar Boluda impulsó su butacón con el pie para hacerlo girar, y dar así la espalda a los hermanos rumanos: la conversación había finalizado. Frente a ella, tras la cristalera, la ciudad parecía supurar envuelta en humo.

Al golpear con los nudillos, Víctor advirtió que la puerta del chalé estaba entreabierta. Los muebles Bauhaus del recibidor lo saludaron elegantes pero fríos, como siempre saludan los muebles Bauhaus. Y las personas Bauhaus.

—¿Hay alguien por aquí?! Me han dicho que hoy es el cumpleaños de una niña

muy guapa...

Se escuchaban gritos y risas infantiles, pero salió a recibirlo un guardia civil de uniforme immaculado con el tricornio bajo el brazo y la funda de la pistola vacía. Se besaron en las mejillas.

—Hola, Víctor, llegas tarde.

—¿Qué haces con el uniforme de gala dentro de casa?

—Cosas de tu hija, se ha empeñado en que en el día de su cumpleaños quería verme vestida así. Incluso me dijo que ese era su regalo. —Alzó los ojos al cielo fingiendo paciencia de beata—. Tú has venido muy guapo, deberías ponerte traje más a menudo, te sienta bien.

Una niña de seis años morena y sonriente apareció corriendo y se colgó del cuello de Víctor.

—¿Cómo estás, princesa?! ¡Felicidades! ¿Te han traído muchos regalos?

La pequeña, debido a la alegría, se agitaba tanto entre los brazos de su padre que recordaba a una caja de salmonetes frescos recién desembarcada en puerto.

—¡Papá, vamos, deprisa, te voy a enseñar las Bratz que me ha regalado la tía Silvia!

El resto de la tarde fue un continuo ir y venir cogido de la mano de su hija, que quería enseñárselo todo, presentarle a todo el mundo y estar con él el máximo tiempo posible. Cuando el payaso contratado estaba a punto de realizar su número estrella junto a la piscina, Sofía, al no ver a su padre por allí, se levantó dejando plantados a sus invitados para buscarlo por toda la casa. Lo encontró orinando en el baño.

—¡Papá, que te estás perdiendo el truco de magia del payaso! ¡Vamos, vamos al jardín!

Él iba a responder, pero se le adelantó una voz masculina a sus espaldas.

—Sofía, no molestes a papá, está ocupado.

Era Jorge, la nueva pareja de Rebeca y el dueño del chalé. También iba de uniforme, enfundado en su eterno traje insípido de Cortefiel. A Víctor le caía bien, era un tipo educado y cordial que quería mucho a su hija, y eso para él era lo más importante.

—Jorge, ¿cómo va? ¿Llegas ahora?

Se chocaron la mano mientras Sofía volvía al jardín enfurruñada porque papá se había quedado a hablar con el novio de mamá: todos los salmonetes de la caja recién desembarcada en puerto parecían haber fallecido por muerte súbita.

—Sí, acabo de llegar. No sabes cómo vamos de trabajo...

Víctor recordó que no se había lavado las manos tras orinar, pero a Jorge no pareció importarle.

—Estamos haciendo en la empresa más horas que un reloj..., maldita crisis. El jefe de zona quiere un incremento de ventas del diez por ciento para el próximo semestre, y lo único que sugiere para conseguirlo es que doblemos las visitas. Si los nuevos conmutadores...

A Jorge le apasionaban los conmutadores eléctricos, los partidos del Valencia y las barbacoas de los domingos. Víctor le sonreía sin tan siquiera escuchar: con esa clase de personas, su mente, como si ella misma tuviese un conmutador eléctrico de seguridad, entraba automáticamente en modo *stand by* a la espera de estímulos externos más interesantes.

—... el cableado entonces interrumpe la corriente alterna y...

Víctor había clasificado a Jorge desde el principio como un perfil básico, un tipo simpático pero simplón, en perpetua lucha contra la trascendencia. «Salud, dinero y amor, esa es mi receta para la felicidad. Y un poquito de fútbol, claro.» Para Rebeca no había sido más que un hombre tirita con el que curar las heridas del divorcio y la soledad.

—... y los jodidos distribuidores nos aprietan...

Afortunadamente, a Jorge lo llamaron al teléfono móvil y Víctor aprovechó para escabullirse con una excusa. Fuera, el payaso andaba lanzando sus zapatones a la piscina entre las risas de los niños. Rebeca recogía los restos de pan Bimbo con Nocilla que se esparcían sobre el mantel que cubría la mesa del comedor. Víctor, recién llegado desde el jardín, la miró apoyado contra el marco de la puerta sin que ella se diese cuenta de su presencia. Le pareció que, vestida de uniforme y rodeada de globos de colores, estaba muy atractiva.

—¿Te ayudo en algo?

—No, no te preocupes, solo quería aprovechar que están entretenidos.

Víctor permaneció de pie, en silencio, observándola. A sus treinta y nueve años, Rebeca estaba más guapa que nunca. No era esa belleza explosiva y rezumante de las veinteañeras que veía todos los días en las aulas: era la belleza serena de una mujer que ya sabía lo que era la vida. Un vaso lleno de Coca-Cola se le escurrió de entre las manos a la guardia civil.

—¡Mierda! ¡Ya me he manchado el uniforme! Y lo saqué ayer de la tintorería... Víctor, ¿por qué me miras así? Me estás poniendo nerviosa. —Con un pañuelo se frotaba la mancha para empapar la Coca-Cola—. ¿Qué pasa?

Él esbozó una sonrisa rota.

—Solo pensaba...

Dejó colgada la frase. Ella desistió de frotar la mancha y se le quedó mirando, retadora.

—¿Solo pensabas en qué?

Rebeca siempre había sido muy directa y él no tenía ánimos para encajar un nuevo rapapolvo.

—En nada, déjalo estar.

Ella puso los brazos en jarras. Desde la alacena que tenía detrás, el tricornio los miraba ridículo.

—Víctor, nos conocemos de sobra. Vas de duro e impenetrable como si no te hiciese falta hablar con nadie de tus problemas, pero lo necesitas como todo hijo de

vecino. Así es que venga, ¿en qué pensabas?

Él dejó que su mirada resbalase hasta el suelo.

—Pues..., solo pensaba cómo pudimos dejar que lo nuestro se jodiese. Hacíamos una pareja perfecta, y tenemos una hija maravillosa.

Rebeca tuvo que contenerse, se había jurado que nunca volvería a echarle nada en cara. Cuando lo hacía, se sentía como el personaje de una canción de su adorado Sabina, «el fantoche que va en romería con la cofradía del Santo Reproche». Sin embargo, no pudo dominarse y cedió, era demasiado tentador.

—¿Dejar que lo nuestro se jodiese? —Un retintín ácido impregnaba su voz—. Perdona, pero no te he entendido bien, ¿has dicho «dejar que lo nuestro se jodiese»?

Víctor se dio cuenta de que todas las preocupaciones que tenía en la cabeza le habían abocado a una conversación que ni venía a cuento ni llevaría a nada. Ella prosiguió vehemente.

—Sé un poco más preciso, Víctor, por favor: lo nuestro se jodió porque tú no parabas de joder con otras. Y a nuestra hija maravillosa... —Sus palabras estaban cargadas de sarcasmo dolido—: cuando te pregunte por qué tan solo os veis cada quince días, le puedes responder que es debido a que papá es un cretino que se equivocó y puso una semillita en el culo de alguna chica que da la casualidad de que no era mamá, y el cretino de papá entonces se puso a empujar la maldita semillita bien a gustito.

Víctor se tragó sin protestar el merecido supositorio.

—Tienes razón, Rebeca, la cagué bien cagada desde el principio.

Él nunca había levantado la voz ante los reproches de su exmujer, odiaba discutir. Siempre había aceptado su total responsabilidad, sus infidelidades, su inmadurez absoluta en la manera de llevar la relación. Pero esa docilidad ante sus recriminaciones a ella la desarmaba. Quería pegarle y a la vez abrazarlo.

—¿Tengo razón?! ¿Eso es todo lo que tienes que decirme, que tengo razón?!

Rebeca se esforzó en recordar los consejos de su psicoterapeuta: no podía ser débil, no podía claudicar ante el instinto, ya había padecido demasiado. No podía volver a la época en la que, empeñada en ganar batallas conyugales, acabó perdiendo la guerra. Se calmó.

—Ya sé que tengo razón, Víctor, no necesito que me la des.

«Ahora estoy con un hombre que me quiere, que me quiere de verdad, de manera incondicional. No me conviene tener ningún tipo de implicación emocional con Víctor. Es un crío, un crío travieso que añora el refugio de mamá ahora que tiene problemas.»

De manera incoherente con esos pensamientos, Rebeca no pudo refrenar las palabras que le salieron por la boca.

—Víctor, ¿estás bien? ¿Quieres que hablemos?

—No me vendría mal. Tú siempre has sabido escucharme mejor que nadie.

—Vamos a dar un paseo; al payaso aún le quedan veinte minutos.

Ella cogió su abrigo y salieron a la calle. Ya empezaba a anochecer y la temperatura había bajado. No se veía un alma por ningún lado, excepto las de las velas encendidas tras las ventanas de las casas, que, rodeadas de espumillón y bolas de colores, iluminaban la Navidad.

—Te estás haciendo popular, sales mucho en el *Telediario*.

—Demasiado popular... Y eso también me está jodiendo.

Hacía tiempo que Rebeca no lo veía así, tan abiertamente honesto. A Víctor le costaba hablar de sentimientos. Ella, en los buenos tiempos, le llamaba *El Hombre Isotermo*: pasase lo que pasase en su interior, por fuera siempre mostraba la misma temperatura.

—¿Cuándo tienes el juicio?

—Primero viene la audiencia previa. Falta mes y medio.

—¿Cómo ve el tema tu abogado?

—Es Beni.

—Ya sé que es el capullo de Beni. Solo espero, por tu bien, que sea mejor abogado que persona.

—Beni no es mala persona, tan solo un poco...

—Dejémoslo, él no es el tema. ¿Cómo está el asunto?

Por culpa del frío y la humedad, el aliento se les condensaba en forma de vapor frente a la cara con cada palabra.

—Bien. Esa idiota no tiene nada que hacer, es una denuncia falsa y hay un montón de indicios que Beni cree que forzarán al juez a sobreeser el caso. Me ha dicho que no me preocupe por nada. —A pesar de sus palabras optimistas, la tristeza parecía haberle arañado el rostro con sus uñas de cristal—. Rebeca, lo que me preocupa es otra cosa.

Ella guardó silencio. Tras unos segundos él prosiguió.

—Lo que te quería preguntar es... ¿cómo está encajando todo esto Sofía? Los niños son crueles y seguro que desde que salgo en la tele le han hecho burlas en el colegio. Ella ¿te ha preguntado o dicho algo?

Rebeca se detuvo y lo cogió del brazo.

—Víctor, no seas idiota, eso es lo que menos te tiene que preocupar ahora. Sofía confía en ti. Creo que no he visto una niña más enamorada de su padre en mi vida: te idolatra.

Él le sostuvo la mirada.

—Estás esquivando la pregunta. ¿Te ha dicho algo ella sobre toda esta historia?

Su exmujer bajó los ojos buscando las palabras adecuadas. Reemprendió el paseo para ver si las encontraba con mayor facilidad.

—Bueno, hace dos días me preguntó si papá había hecho algo malo. Estábamos viendo la tele y apareciste rodeado de periodistas en la puerta de los juzgados. Eso le llamó la atención.

—¿Y tú que le dijiste?

—Pues que era gente mala que decía mentiras sobre papá.

—¿Y ya está?

—Ya está, eso es todo.

—¿No le explicaste que yo no forcé a esa chica?

—¡Víctor! ¡¿Estás loco?! Tu hija tiene solo seis años, no pienso hablarle de sexo ni de acusaciones de violación ni de nada por el estilo. —Suspiró—. No te obsesiones, ella es fuerte y en unos meses, cuando todo haya pasado, ni se acordará de esto.

Siguieron caminando, pero la mente de Víctor no podía dejar de despeluchar aquella siniestra margarita, mientras las sombras del atardecer cubrían el cielo y su ánimo.

—No me quito de la cabeza que Sofía pueda estar pensando que su padre es un violador. Me está volviendo loco esa idea.

Rebeca lo conocía bien: una confesión tan descarnada evidenciaba que realmente estaba pasándolo mal.

—Sofía no sabe ni lo que es una violación, olvídate de eso. —Para ayudar a su exmarido decidió dejar de hablar de la niña—. ¿Cuál va a ser tu estrategia ante el juez?

—Contar la verdad. Esa tipa era alumna mía, es cierto que nos acostamos, pero en ningún momento la forcé. Eso es lo que declararé. Fue sexo consentido. Es su palabra contra la mía, pero Beni dice que hemos tenido suerte porque podemos demostrar que ella me incitó, y que teníamos una relación previa... Y además, yo no tengo ningún antecedente. Si no fuese así, otro gallo nos cantarí.

La punzada que Rebeca sintió en el estómago al escuchar que Víctor había tenido sexo con otra mujer, una punzada similar a las que había sentido cuando durante su matrimonio se enteró de alguna infidelidad de su esposo, le recordó que él era un cabrón que la había hecho llorar lo indecible. Y también le recordó que seguía tan enamorada de él como el primer día, por mucho que, con la inestimable ayuda de su psicoterapeuta, intentase convencerse a sí misma de lo contrario desde hacía dos años. Se rehízo para aparentar serenidad.

—Y si dices que es tan obvio que el juicio está ganado, ¿para qué se mete esa chica en líos denunciándote falsamente?

Víctor se encendió un cigarrillo. Con los pulmones abiertos por la ansiedad, la primera calada se le metió hasta el calcañar.

—Pues no me lo explico. Es un poco *choni*, yo sospecho que lo que quiere es popularidad y fama para luego sacar dinero en la telebasura y en las revistas de cotilleo. Vender morbo, vamos. Y para conseguir eso no le ha importado destrozarse mi reputación de por vida.

—No exageres, Víctor.

Ahora fue Rebeca la que sintió cómo él la tomaba del brazo para detenerla. Cuando se topó con los ojos de su exmarido, pudo notar como estos la vareaban.



—¿Que no exagere? En la universidad la reputación lo es todo. ¿Acaso a ti te gustaría que a Sofía, cuando crezca, le diese clases en la facultad un tipo acusado de violación?

—Pero has dicho que no habrá ni juicio...

—Eso da igual. En este país de mierda, cuando te cuelgan un sambenito ya no te lo quitas de encima de por vida. Después de toda esta historia la gente me verá en los congresos, en las aulas, en los seminarios..., ¿y sabes qué pensará?

—Pues nada, Víctor, la gente no pensará nada...

—Yo te diré lo que pensará la gente de este país de pandereta: cuando el río suena, es que baja lleno de mierda. —Arrojó con rabia el cigarrillo a un imbornal—. En cuanto salió a la luz toda esta historia, el catedrático de mi departamento me llamó a su despacho y me lo dejó clarito: me apoyarían para que esa puta pedorra que me ha denunciado no se salga con la suya, pero una condena por violación implicaría mi no renovación y la expulsión de la universidad.

—Bueno, Víctor, no pienses en eso. Beni te ha dicho que eso no va a pasar, no te van a condenar.

—Ya lo sé. Pero mi reputación ahora ya es pura mierda... Un río de pura mierda. —Bajó la mirada hasta que esta se topó con los zapatos de gala del uniforme de guardia civil de su exmujer—. Rebeca, esto te lo confieso a ti y no lo he hablado con nadie más. Sabes que no soy muy dado a sentimentalismos, pero me aterra pensar que no vaya a poder seguir enseñando Literatura. Es lo único que hago bien. Es para lo que he nacido. Enseñar me apasiona, es mi mundo, tú lo sabes. Si por culpa de toda esta historia no pudiese seguir dedicándome a esto..., no sé qué demonios haría con mi vida.

Guardaron silencio. Rebeca era demasiado inteligente como para rellenar los temores de su ex con frases hechas. Los «No te preocupes» y «Todo se arreglará» sobaban. Sencillamente lo abrazó.

Siguieron caminando en silencio adentrándose por una zona de casitas que nada tenían que ver con los adosados nuevos y clónicos que habían dejado atrás. Eran callejuelas estrechas e irregulares, bordeadas por setos viejos, con pinos de jardín romano. Desde los caminitos sin luz se podían ver casas de veraneo con solera, envueltas en la humedad del invierno, con farolillos en la cancela o junto a la puerta de entrada que les daban un aire de cuento de Navidad. Casas con un encanto imperfecto, de veraneo antiguo de tres meses. Dos perros abandonados, entre sombras, pasaron junto a la pareja muy deprisa, como si fuesen fantasmas, y su estela se mezcló con los miedos que flotaban en el aire.

—Rebeca, ¿puedo hacerte una pregunta?

—Sí, claro.

—¿Qué demonios haces con Jorge?

Ella estuvo tentada de reaccionar a la defensiva. Tenía cientos de argumentos para echarle cosas en cara, pero le volvió a pasar por la cabeza la estrofa de Sabina.

Además, Víctor se había abierto a ella de un modo tan sumiso que parecía un desconocido. No era momento de reproches.

—Jorge me cuida. Y me quiere. Con él me siento segura. Y además, adora a Sofía.

—Pero ¿tú le quieres?

Lo soltó a bocajarro. A ella le temblaron las piernas: todo un sargento de la Guardia Civil se vio obligado a tragar saliva para ayudarse a digerir la pregunta.

—Prefiero no hablar de eso.

Un minuto en silencio, y cien metros más de paseo, fueron suficientes para macerar la respuesta.

—Le quiero de una manera diferente a como te quería a ti. Supongo que él es lo que tú llamabas burlándote *pareja Samsonite*: resistente, fiable, seguro. El perfecto compañero de viaje, la mejor maleta. Pero si lo que quieres es saber si hay pasión...

—Parecía avergonzada de reconocer ante él, y sobre todo ante sí misma, sus sentimientos—. La respuesta es no, nadie siente pasión por su maleta.

Tardó diez segundos en añadir una frase más:

—Y eres un hijo de puta porque acabas de cargarte de un plumazo dos años de terapia.

Lo dijo con una media sonrisa, no había acritud en sus palabras. Con Víctor, en las escasas ocasiones en las que había tenido la intimidad de una auténtica conversación, nunca había podido mostrarse despechada.

—Entonces lo que te gusta de él es..., ¿que te da seguridad?

—Sí, Víctor, seguridad, no es tan difícil de entender. Voy para los cuarenta y dentro de nada entraré en esa edad peligrosa en la que las mujeres presumidas, cuando hacemos el amor, empezamos a preferir estar debajo. Y no es para hacerle creer al ego de nuestro hombretón que se mueve como un dios, sino para hacerle creer que nuestra cara y nuestras tetas siguen tersas y no se descuelgan. Follamos *con* nuestra pareja y *contra* la maldita gravedad... Ya ves, un trío en la cama. —De nuevo dibujó una sonrisa sin alegría—. Y además de todo eso, tengo una hija: supongo que entenderás que busque más seguridad y menos pasión.

Víctor supo que no era momento de rebatir. Como si fuesen arqueólogos de la Comunidad del Anillo en busca del sentido de la vida, durante cinco minutos recorrieron en silencio los vericuetos de aquellos jardincillos solitarios, hasta que una fina brisa les recordó que la vida no tiene sentido, y que Gollum puede aparecer detrás de cualquier arbusto.

—Yo nunca fui capaz de ofrecerte esa seguridad que has encontrado en Jorge. Lo siento, Rebeca.

Ella lo observó con ojos añorantes. Víctor le había pedido disculpas en multitud de ocasiones, pero esta vez, viéndolo tan desvalido, fue diferente.

—Sabes tan bien como yo que ya no tienes que disculparte. Sencillamente no está en tu naturaleza, el compromiso no va contigo. —Las últimas palabras tan solo las

susurró—. Pero... quisiera hacerte una pregunta, Víctor.

—Dime.

Ella tomo aire antes de detenerse y mirarle a los ojos de nuevo.

—¿Me quisiste alguna vez?

Víctor respiró hondo, preparándose para mentir.

—Estuve loco por ti.

Para mentir piadosamente. Rebeca aguantó el tirón al escuchar la forma verbal pretérita.

—¿Cuándo se fue todo a la mierda, Víctor? ¿Por qué?

Él se había planteado en multitud de ocasiones aquella pregunta tras el divorcio, intuyendo la respuesta, pero sin ser capaz de verbalizarla. Fue una tarde solitaria de domingo, viendo una película argentina en la televisión, cuando escuchó en boca de un personaje la respuesta que él tanto tiempo había estado buscando: sencillamente a Víctor le gustaban las mujeres que supiesen volar, y Rebeca nunca supo volar. Era inteligente, atractiva, responsable, siempre correcta..., pero no sabía volar: Rebeca era una chica perfecta con la que él se aburría perfectamente.

—No lo sé, Rebeca... Sinceramente, no lo sé.

En realidad, sí lo sabía, lo supo desde el principio: todos y cada uno de los días en los que estuvo casado con ella había salido de casa cada mañana con la ilusión de que le pasase algo. Con la ilusión de que le pasase alguien.

—Lo único que sé es que tuviste suerte de darte cuenta a tiempo de cómo soy... Arruino la vida a la gente buena que me rodea.

Rebeca lo miró suplicante.

—¿Me estás diciendo la verdad?

En su matrimonio Víctor había disfrutado de la paz de los cementerios: nunca pasaba nada. Nada malo. Ni nada bueno.

—Pues claro que te digo la verdad, no seas tonta... —Como las mentiras, aunque sean piadosas, deben hermostarse con detalles para así disfrazarlas de verdad, él siguió hablando—: Eres una mujer increíble, y yo, un pobre idiota que no supe verlo a tiempo. Tan listo que me creo que soy, y hasta una humilde Samsonite me gana la partida.

Sonrió dulce. Por fortuna, Rebeca, aunque experta en interrogatorios policiales, todavía no era capaz de escuchar pensamientos ajenos. Él le dio un pico sin sexualidad alguna y la abrazó.

—Volvamos a casa, se está haciendo tarde y el payaso ya habrá acabado la actuación. Seguro que Sofía nos está buscando. Y además, aún tengo que darle su regalo...

Se dieron la vuelta y Víctor dibujó una mueca burlona.

—No puedes tener queja, has tenido esta tarde dos payasos actuando en casa por el precio de uno.

Ella lo cogió de la cintura y apoyó la cabeza en su hombro sin dejar de caminar.

—Estás bobo.

La muchacha, sentada tras el escritorio, aporreaba el teclado con pasión. Cada dos minutos, como si se tratase de un ritual obsesivo con el que ayudarse a engrasar el cerebro, soltaba el ratón para tomar de un cuenco un puñadito de kikos que se metía en la boca sin dejar de observar muy reconcentrada la pantalla. Al ir vestida con el hábito de novicia, el potente ordenador y el crujido de los kikos le sentaban a la joven como a un santo le sientan dos pistolas.

—Estás viendo porno codificado, ¿a que sí, cochinota? Y comes kikos porque al masticarlos la vibración de la cabeza compensa las rayas y se ve la imagen perfecta. Qué pillina eres... Yo cuando tenía tu edad también veía el cine X del Canal Plus usando esa estrategia. —Paloma soltó una risotada antes de proseguir con su ristra de tonterías—: Es que en casa pasábamos fatiga, no teníamos para decodificadores. Con decirte que freíamos los huevos con saliva.

De nuevo rio desgarrada, mientras la joven se persignaba sin dejar de atender al ordenador.

—Virgen del Monte Carmelo, ilumíname y no me dejes caer en el desespero...

Como si la súplica hubiese sido efectivamente escuchada por la Virgen, las risotadas cesaron y fueron sustituidas por un estornudo.

—¡Paloma! ¿Te encuentras bien?

Con rostro de infinita preocupación, la novicia cruzó el cuarto en dirección a la cama. A pesar de su delgadez, por culpa del hábito parecía un fardo empaquetado.

—Madre del Amor Hermoso, Madre del Amor Hermoso...

Avanzaba muy deprisa con pasitos cortos, como si en lugar de pies tuviese bajo los faldones ruedecillas que la impulsaban con vigor.

—¿Ves lo que pasa por culpa de tanta blasfemia y sacrilegio? El Señor te ha castigado, el Señor te ha castigado... —Se sentó en el borde de la cama y puso el dorso de la mano sobre la frente de su compañera de cuarto—. Menudo resfriado, la fiebre te ha subido, estás caliente.

—¿Caliente? Más que los empastes de un dragón. —Paloma suspiró divertida—. ¡Ay, Santa! Lo que yo daría por un marinerito guapo recién desembarcado tras seis meses en alta mar... ¿Te importaría pasarte por el puerto y repartir mi tarjeta?

—Dios bendito, cuánta barbaridad. —La novicia se santiguaba mientras hacía esfuerzos para contener la risa y mantenerse adusta—. Sin duda deliras por culpa de la fiebre. ¡Y no me llames Santa! ¡Ya sabes que mi nombre es Eduvigis!

Su bondad natural volvió tierno aquel intento de enfado.

—¿Eduvigis? —En la inmensa cara de luna de Paloma apareció una mueca teatral—. Eso no es un nombre, eso es un crimen. A ver si te lo explico: eres una friki de los ordenadores, y además medio monja, por lo que para mí eres y siempre serás... Santaaaaaaa Teclaaaaaaa: la monja de Silicon Valley.

—Sacrílega, una sacrílega es lo que tú eres. —Mientras reprendía a Paloma, la

arropaba con ternura maternal entre las mantas.

—¿Tu madre ya se llamaba Eduvigis? Porque si no, no lo entiendo...

—Qué va, qué va, mi madre se llamaba Juana, la mujer más buena del mundo. Seguro que en el cielo cuida de los ángeles como aquí en este valle de lágrimas cuidó de mí. —El rostro dulce de la novicia se entristeció, como si una nube hubiese cubierto de repente un sol de domingo—. Mi nombre fue cosa de mi padre una noche de borrachera con los amigos. Un pobre hombre, una oveja descarriada... Cuánto tenemos llorado en casa por su culpa.

La melancolía y bondad que destilaban aquellas palabras disiparon cualquier intento de broma por parte de Paloma.

—No te preocupes, Santa, mi padre también era un malnacido. Nos dejó tiradas a mi madre y a mí cuando yo tenía tan solo cinco años. Por suerte no me acuerdo ni de su jeta.

—Pobrecilla. Y pobrecilla tu madre, sola, tan joven...

A sus veinte años la novicia tenía una belleza vertical, cuyos trazos hubiesen hecho las delicias de Modigliani. Sin embargo, sus hábitos negros, contrastando geométricamente con la banda blanca del griñón que le cubría frente y cuello, volvían aquel semblante mondrianesco.

—Pues sí, pobrecilla mamá. Pero las monjas fueron muy buenas con nosotras, pidieron una dispensa al arzobispado para que una seglar y su hija pudiesen vivir en el convento, eso rompía la clausura. Mamá ayudaba en todo, en todo, hasta que el jodido cáncer la dejó a la pobre inútil... Y por eso tu compañera de cuarto es esta loca.

Los ojos de cacahuete de Paloma ahora temblaban emocionados.

—Pero bueno, Santa, dime la verdad, estabas viendo porno codificado en el ordenador, ¿a que sí? Lo de los kikos te ha *delatao*.

Ante la melancolía vital, el humor es un mecanismo de defensa como cualquier otro, pero se vuelve mucho más trágico cuando el destinatario es una monja. Solo el cinismo y la erudición lo superan en patetismo. Santa Tecla, a pesar de su juventud, conocía este principio básico.

—Déjate de tonterías, Paloma. La echas de menos, ¿verdad?

—¿A quién?

—A quién va a ser, a tu madre.

—Pues... —Pareció dudar, como si observase la bifurcación de un camino justo en su vértice—. Ya te lo he dicho antes, lo que echo de menos es un marinerito *aseao*, a ser posible con sus musculitos bien puestos y el culete prieto.

De nuevo optó por la senda de la frivolidad: Paloma quería cambiar de tema, la arqueología interior le hacía daño.

—Tú a mí no me engañas, con todas esas barbaridades y bromas no creas que me engañas: tú te sientes sola. ¿Por qué no buscas a alguien? A un buen chico que te quiera mucho. —Hablabas como un *boy scout* en prácticas deseoso de ayudar a un

anciano a cruzar la calle, sin plantearse siquiera que a veces un viejo quiere quedarse en su acera—. Tienes ya treinta años y, por lo que he visto en estos últimos quince días, no haces más que salir con amigos y emborracharte.

—¿Un chico, dices?! No tengo tiempo para esas tonterías, Santa, no tengo tiempo, yo ando siempre muy liada. Las clases y los niños en el colegio me consumen, y luego ya sabes que estoy haciendo una tesis doctoral, y además aquí en el convento ayudo en...

—Tonterías, tú lo que necesitas es un buen chico a tu lado. Y no pongas excusas: a veces utilizamos lo urgente para no ver lo importante.

Paloma rechifló guasona.

—¡Aiba la hostia, mátame camionero! Y el junco es más fuerte que el roble y el agua todo lo puede. ¡Que fluyan las energías! ¡Hamburguesas de tofu para todos!

—Sí, tú búrlate de mí, pero un buen chico a tu lado solucionaría todos tus problemas.

Paloma, sin que las bromas y tonterías que le salían por la boca pudiesen evitarlo, se conmovió: era imposible escapar de tanta inocencia.

—Pero, Santa, ¿sabes lo que dices? —El rostro se le fue entristeciendo muy poco a poco—. ¿Tú me has visto?

En su semblante ya no había rastro ni de cinismo ni de humor barriobajero, solo desolación. Con el brazo, lentamente, retiró la manta para exponer su cuerpo, que sobre la cama parecía el de un león marino en camión varado en la playa. Un león marino muy triste.

—Peso ciento cincuenta kilos, mido casi uno noventa, calzo un cuarenta y seis, tengo piel grasa y un pelo que es más áspero que el nanas con el que sor Asunción friega los peroles... ¿Quién demonios va a quererme a mí?

No podía creer que estuviese desnudando sus miedos más profundos ante una chica diez años más joven que ella, y a la que conocía desde hacía tan solo dos semanas. Aquel *boy scout* sin duda llegaría lejos.

—No seas tonta, todo eso del físico no tiene importancia. Confía en Nuestro Señor, que solo ve la belleza interior, estoy segura de...

Paloma la interrumpió con un bufido, que hizo flamear su papada como si fuese la vela de un barco gualdrapeando.

—¡Pues qué suerte tenéis las monjas de estar casadas con ese tipo! Te informo, para tu conocimiento, de que a los hombres del planeta Tierra lo único que les interesa en una mujer son tetas gordas y una cinturita de avispa.

Santa Tecla, sabedora de que a veces el silencio es el argumento más difícil de rebatir, se limitó a contemplar a su nueva amiga con mirada candorosa. Treinta segundos de tratamiento bastaron para que Paloma, sin casi creérselo, se decidiese a hacer una confesión muy íntima que jamás había revelado a nadie.

—Hace cinco años, me... me enamoré de un chico —dijo avergonzada.

—Vaya. Te enamoraste...

—Pues sí, Santa, yo creo que era amor... Pero ¿por qué se te ha puesto ese careto?

En efecto, el semblante puro Modigliani de Santa Tecla había mudado: ya no reflejaba serenidad e ingenua ilusión, sino desasosiego. Incertidumbre.

—¿Te acaba de bajar la regla? Si quieres una compresa o tampones, cógelos de la mesita, son *king size* pero yo creo que te servirán.

El problema de la religiosa no era físico. Desde hacía un tiempo, cada vez que escuchaba palabras como *amor, hijos, romanticismo*, experimentaba dentro de sí un temor inaprensible: sentía miedo de que los hábitos conventuales que vestía acabasen asfixiando esas ilusiones. Amor, hijos, romanticismo... Que todos esos sueños de juventud fuesen desapareciendo sin ella darse cuenta. Difuminándose de modo suave, sin alharacas, como un cartelón de autopista que tras rebasarlo se va haciendo pequeñito en el espejo retrovisor, sin que nadie se fije ya nunca más en él.

—No, qué va, estoy bien... —La religiosa intentó recuperar el valor del explorador, que es el orgullo de todo *boy scout*: quería saber, aunque temía saber—. ¿Quién era él?

—Se llamaba Hans, era alemán. Le conocí durante las prácticas en el colegio, cuando acabé la carrera. Mi clase de matemáticas iba justo antes que la suya. La verdad es que no sé cómo pudo gustarme, mira que era feo..., más que el Fary comiéndose un limón.

Los ojos de Paloma, como dos almorrانillas en medio de su rostro cular, se habían vuelto soñadores: ya no conversaba con su compañera de cuarto, sino con sus recuerdos.

—Te estoy mintiendo, Santa, sí sé lo que me gustó de Hans. Era pequeñito y delicado, con una voz de flautín tan quebradiza e indefensa como todo él. Creo que fue de eso de lo que me enamoré, de su debilidad, quería protegerlo entre mis brazos, cuidarlo para siempre.

—¿Fue amor correspondido, Paloma?

—Pues no. Hans no sabía ni que yo existía, y mira que me esforcé. Aunque no lo creas viéndome ahora, hice lo que toda chica hace cuando se enamora, cosas que yo no había hecho nunca antes, gilipolleces. Empecé a arreglarme el pelo, compré maquillaje por primera vez en mi vida... Me hacía la encontradiza, me detenía en los escaparates simulando ver ropa, pero comprobando en realidad si iba guapa.

Incomprensiblemente, el rostro dolido que mostraba Paloma, lleno de desamor, a Santa Tecla le produjo envidia. Ese sentimiento le evidenció a la religiosa el nihilismo emocional que habitaba: su vida dentro de aquel convento, aunque ella se forzase a no reconocerlo, era un paraíso derrotado lleno de calma. Una sensación de perpetua resaca tras una noche de fiesta que no había existido.

—Pero ni por esas, Hans no me hacía ni caso y decidí echar toda la carne en el asador: un día me encaré con él en la puerta de la basílica de la Mare de Déu.

—Bendito milagro, sin duda la Virgen velaba por ti y propició ese encuentro.

—Santa, no seas pava. La Virgen a esas horas debía de andar liada con otras cosas, seguramente estaría en la peluquería haciéndose un alisado japonés. A ver si te enteras: cuando a una chica le gusta un chico, absolutamente nada es casual. Yo llevaba tres horas haciendo guardia en la plaza, esperándolo, sabía que para ir a su casa no tenía más narices que cruzar por allí y yo estaba cansada de toda esa incertidumbre. Tengo una mente básicamente matemática, me gusta pisar terreno seguro, así es que me planté en medio de la plaza, le corté el paso... y le declaré mi amor. Así, con dos cojones.

Paloma no podía creerse que estuviese confesándole todo aquello a una chica que conocía desde hacía tan solo dos semanas. A ella no le gustaba hablar de sentimientos íntimos, nunca lo hacía: acostumbrada como todos a habitar su cliché, construido para proteger la intimidad de miradas intrusas, al transgredirlo se sentía ajena a sí misma.

—Y él... ¿qué te respondió?

—Pues él se quedó hecho de pasta de boniato, alucinó, y al final me dijo que me olvidase del tema. —Aunque lo intentó disimular, se le agostaron la voz y la mirada—. Resulta que a Hans le iban los rabos.

De nuevo, sin poder evitarlo, Santa Tecla sintió envidia del rostro dolido de Paloma: sufría, pero había vivido. Lo mismo le había pasado en una de las últimas conversaciones cómplices que había tenido antes de ingresar en el convento. Su amiga Rosa, la más descerebrada de la pandilla, le confesó que se había echado novio escapando de la soledad de los domingos por la tarde. Santa Tecla, gran teórica, la abroncó, explicándole que una relación no puede basarse en la soledad, sino en el amor. Poco sabía la religiosa que unos meses después ella misma tendría la sensación de que su vida era como un eterno domingo por la tarde sin novio.

—Pobrecilla, te enamoraste de un desviado... Rezaré por él.

—No malgastes rezos, Santa, no vale la pena.

La novicia tomó la mano de Paloma, intentando consolarla.

—¿Qué pasó con Hans? Al menos..., al menos mantendría la amistad, ¿no?

—La amistad... —Paloma musitó la palabra, pensativa—. Santa, si tienes un acuario, lo puedes transformar en sopa de pescado, ¿verdad?

—¿En sopa de pescado?! —A la religiosa le sorprendió aquel brusco cambio de tercio—. Pues... sí, supongo que sí, si sabes cocinar...

—Pero si tienes sopa de pescado, ¿puedes convertirla en un acuario?

Santa Tecla negó con la cabeza, dubitativa.

—Pues con el amor y la amistad pasa lo mismo: una amistad puede pasar a ser amor, pero transformar el amor en amistad... Lo dicho, más difícil que transformar la sopa de pescado en un acuario.

Santa Tecla vio claro de repente que, en esos diez minutos de conversación, estaba aprendiendo más sobre la vida que en los cientos de horas de rezos que llevaba ya acumulados en su cuentakilómetros. Y recordó la letra de una canción: «hablando



se pasan los días que nos quedan para irnos»; y recordó las líneas del escritor: «las palabras son solo piedras dispuestas para atravesar la corriente de un riachuelo... Las palabras son en realidad un puentecillo que nos permite cruzar a la otra orilla».

—Ya veo... Entonces ¿no quedó nada de tu historia con Hans?

Paloma permaneció pensativa durante unos segundos.

—Pues si te digo la verdad, Santa, sí. Sí quedó algo... Quedó algo maravilloso.

—¿Tus recuerdos de él?

—No, no me refería a eso. —Aquel rostro estepario ahora presentaba una seriedad sacramental, por lo que Santa Tecla, sentada a su lado en el borde de la cama, parecía estar dándole la extremaunción—. Los recuerdos del primer amor siempre los mitificamos, como hacemos con todo lo que ya no es posible recuperar porque el tiempo se lo llevó... No, cuando dije que quedó algo maravilloso no me refería a los recuerdos.

—¿A qué, entonces?

—A la poesía.

La mirada de la novicia era tan interrogadora que no fue necesario verbalizar la pregunta.

—Hans era profesor de Literatura, y por agradarle me leí un libro que me dejó una tarde en el colegio. Era un libro de poesía, un tema del que yo lo desconocía todo. Mi mundo giraba alrededor de las ecuaciones y las integrales, y todas esas historias que sabes que me gustan tanto. Pero ese librito me cambió la vida.

—Te..., te cambió la vida...

—Sí, Santa, Jaime Gil de Biedma me cambió la vida.

—Vaya... —La novicia hablaba ensimismada, sin su habitual energía rosa—. ¿Ese no es el poeta del que estás haciendo la tesis doctoral?

—Tienes buena memoria: «La influencia de Gil de Biedma en la poesía española del siglo XXI», toma del frasco, Carrasco. Menudo truño. —Los ojillos de Paloma seguían añorantes, a pesar de que su dueña se empeñaba en que pareciesen mundanos—. Matemática y filóloga, está visto que soy más rara que un gitano con gafas. ¿Tú has leído poesía, Santa?

—Bueno, algo de santa Teresa de Ávila.

—Eso no cuenta, menuda mierda seca. Debes empezar a leer poesía de verdad cuanto antes. —Ahora miraba a la novicia con ternura, como si hubiese adivinado que bajo los hábitos se escondía una adolescente que había usurpado el espíritu de una mujer del futuro que aún estaba por venir, creciendo en su interior—. Yo, desde que la descubrí, me la tomo como una vía de escape, como una terapia.

En efecto, Paloma, tras bregar con apasionantes problemas de combinatoria o probabilística, se iba a la biblioteca del convento y con una copa de vino en la mano leía a Blake Morrison. Por la noche, cuando su cerebro ya estaba saturado de números e integrales, y mientras todas las hermanas oraban en la capilla, ella se metía en el refectorio, se preparaba algo para cenar y comía obnubilada por culpa de Yo

*siempre regreso a los pezones y al punto 7 del Tractatus*, de Fernández Mallo: había descubierto que el choque brutal entre lo técnico y lo lírico la relajaba enormemente, con un efecto parecido a los baños de contraste en un *spa* entre piscinas de agua helada y piscinas de agua caliente.

—De hecho, Santa, creo que quien no lee poesía es imposible que se conozca a sí mismo. —Tras una conversación tan intensa, estaba agotada: Necesitaba regresar a su cliché—. Pero bueno, dejémonos de moñadas, que esto empieza a parecerse a *La casa de la pradera*, ¿estabas viendo porno en el ordenador mientras comías kikos? ¿Sí o no?

Por suerte para ella el *boy scout* se había relajado: estaba convencido de que ya había dejado seguro y a salvo en la otra acera al anciano, sin darse cuenta de que el único que había cruzado la calle era él.

—Calla, calla, atrevida, estaba estudiando. La madre superiora me ha dicho que no debo desatender mi formación, el convento no tan solo necesita rezo: *Ora et labora, ora et labora...* Ya sabes que antes de entrar en la orden de las Clavariesas del Amor me diplomé en Informática, y mi campo está siempre actualizándose.

—¿Eso es entonces lo que haces todas las noches cuando yo me meto a roncar en la cama? —Al igual que la religiosa, Paloma hablaba ahora más animada, gracias al efecto terapéutico de las cosas concretas.

—Pues sí, mis tareas diarias no me dejan tiempo para estudiar, pero como la madre superiora ha sido tan buena que me ha permitido instalar mi ordenador aquí en el cuarto, pues aunque le robe horas al sueño, creo que Dios ve con buenos ojos que estudie y me forme.

—No sé cómo pueden gustarte esos aparatitos. A mí los ordenadores me producen ronchas en las ingles.

—Madre del Amor Hermoso, qué exagerada eres. Pues tú, que das clases de Matemáticas a los niños, deberías saber que con la informática podrías hacer maravillas.

—Déjate, déjate... Yo esos cacharros los odio. A mí dame lápiz y papel.

La religiosa dibujó en el rostro un rictus de admiración.

—Pues las hermanas dicen que eres un genio, que cuando acabaste la carrera te ofrecieron irte becada a Harvard, pero que tú preferiste quedarte aquí en Valencia a dar clases en el colegio para niños huérfanos que la orden tiene en Nazaret.

Paloma, aunque intentó disimularlo, se hinchó de gusto.

—No les hagas demasiado caso a esa pandilla de locas: las monjas de este convento son unas *exagerás*, te lo digo yo que llevo toda la vida aquí viviendo con ellas. Con decirte que siguen creyendo que Juan Pablo II es el que mete desde el cielo todos los meses ese sobre lleno de pasta en el buzón de las limosnas.

—¡No me digas que ha vuelto a pasar!

—¿A que alucinas, vecina? Y ya van cuatro. Me lo ha contado sor Vicenta, esta mañana, al abrir el buzón, allí estaba: un sobre cerrado y sin identificación con diez

mil euracos dentro.

—Dios bendito, Dios bendito... Menos mal que ese benefactor se apiada de nosotras, porque si no, a ver cómo sobrevivíamos.

Paloma compuso un rostro intrigante.

—Oye, Santa, tú que eres informática y sabes de toda esa mierda electrónica, ¿no podrías instalar una cámara o algo así para pillar a ese zumbado que nos regala tanta pasta? Me muero de ganas por saber quién es el membrillo ese...

La novicia la interrumpió, escandalizada.

—¡No seas loca! ¡Eso sería pecado mortal! ¡Ese buen cristiano...!

—Buenooooo, soooooo, para el carro, Ramona, para el carro que no es *pa* tanto. Yo era tan solo por hacerle un homenaje al tipo ese, un guatequito, le regalamos unos quesos de tetilla, contratamos unas putitas... Seguro que si ese buen cristiano echa unas monedas en la hucha de las limosnas de la capilla, el Cristo se nos anima y baja de la cruz en su honor para bailar haciendo el robot. ¡Menudo fiestón! —Su cara de luna de nuevo lucía arrolladora y divertida—. Hablando de *fiestones*, ¿tú lo has *catao*?

—¿*Catao*? —La religiosa se mostró confundida, dibujando un rostro más mondrianesco que nunca—. Si he *catao* ¿el qué?

—¡¿Qué coño va a ser?! ¡Pues un buen pollón! Una verga gorda, una cigala rica, carne en barra de la buena...

Santa Tecla interrumpió la retahíla poniéndose en pie completamente escandalizada: estaba roja de vergüenza y agarraba con ambas manos el crucifijo de madera que pendía de su pecho.

—Al infierno, al infierno irás de cabeza. —Se miró la hora en el reloj de pulsera buscando una excusa desesperadamente, mientras Paloma reía a carcajadas—. ¡Dios mío! ¡Son casi las nueve! Por tu culpa llegaré tarde al rezo de completas. ¡Y en el día de la Natividad de nuestro Santísimo Redentor! Me voy..., ¡me voy!

Atolondrada y nerviosa, puso en marcha las ruedecillas que parecía llevar bajo los hábitos, pero la frenó en seco un sonoro estornudo de su compañera de habitación.

—¡Madre del Amor Hermoso! Tú no estás bien, ese resfriado... ¡Y tanto pecado! ¿Te echo encima otra manta antes de irme?

Paloma se limpió con la manga del camisón el moquillo que le colgaba de la nariz.

—Va, lárgate a rezar, beata, no quiero más mantas. Con dos pedos y una bufa, la cama como una estufa.

Esta vez Santa Tecla, aunque lo intentó como siempre con ahínco, no pudo evitar reír ante el chascarrillo de Paloma. La risa le bajó las defensas.

—¿Por qué me miras así, Santa? Lárgate o llegarás tarde.

Dentro de aquel cuerpo de mujer joven, a pesar de estar cubierto como un fardo por los hábitos conventuales, la curiosidad era más fuerte que el miedo al pecado: gracias a aquella conversación, el *boy scout* había cruzado la calle y ya miraba a su

compañera de cuarto desde la otra acera.

—Tú..., Paloma, tú...

—¿Yo qué?

—¿Tú..., tú lo has...?

—¡Joder! ¡Suéltalo de una vez! ¡Pareces tartaja!

—¿Tú lo has... *catao*?

Paloma, dibujando en los labios una sonrisa maléfica, fingió con gesto teatral estar olfateando el aire como si fuese un sabueso trufero cojo buscando rastro.

—¿Huelo a bragas de monja húmedas? Sí, confirmado... Y creo que no se trata de lo habitual, una pérdida de orina, porque la monja culpable es la única del convento que tiene menos de sesenta años.

Empezó a reír escandalosamente mientras Santa Tecla enrojecía.

—¡Paloma, por favor!

La religiosa no sabía dónde esconderse, pero la curiosidad le impedía dar un solo paso. Al final Paloma se calmó, y, apiadándose de su nueva amiga, le respondió seria y con mirada comprensiva.

—Claro que lo he *catao*.

—¿Con..., con quién? Si no tienes novio...

Paloma suspiró, pacienczuda ante tanta candidez. La conversación se había vuelto densa y poco azucarada, como un buen pudín: el sustrato ideal donde asentar los cimientos de una sólida amistad.

—¿Con quién? Pues con un negrazo que me zumbo cada dos semanas. Se llama Samuel. Me cuesta caro, pero es bizarrón, bizarrón, un *gladiator* de tomo y lomo. Si le vieras la cachimba, flipabas.

A Santa Tecla a punto estuvo de caérsele al suelo la mandíbula. Por fortuna, el griñón y la toca la sostuvieron en su sitio.

—¿Co-co-cómo dices?

—Sí, no pongas esa cara: ten-go-un-pu-to. Lo llamo, él remueve el pucherito, le pago y santas pascuas. ¿No querrás que este cuerpo serrano que se van a zampar los gusanos no se lo disfruten los humanos?

—Pe-pero... —La novicia estaba patidifusa— haces *eso*... ¿aquí?

—¡Pero ¿tú estás loca?! No, mujer, no, a Samuel no lo meto en el convento; a las monjas les da un telele en cadena y se me mueren todas en una tarde, que están ya mayores. Mira que las quiero, las muy *jodías* son la monda... A Samuel me lo tiro en mi pisito, ese que te dije que me compré *pa* invertir. Bueno, *pa* invertir y *pal triki-triki*.

Ahora Paloma miraba con ternura. Eso animó a la religiosa a lanzar otra pregunta, mientras le temblaban las piernas dentro del hábito.

—Y... qué..., ¿podrías decirme qué..., qué se...?

—No te entiendo ni papa.

—¿Podrías de-decirme... qué se siente cuando haces... *eso*?

Paloma estuvo tentada de hacer otra broma, pero el rostro implorante de la novicia le hizo ver que hubiese sido cruel. Y ella no era cruel.

—Santa, he visto esa mirada antes en muchas monjas de este convento... —Tenía enfrente a una mujer joven y buena, que era obvio que sufría al luchar contra sus instintos naturales—, esa mirada llena de dudas la he visto antes en otras compañeras tuyas...

En esos ojos inocentes que tenía frente a ella, podía leer con claridad una pregunta que Santa Tecla no se atrevía a hacerse ni a sí misma: ¿Y si todo mi mundo no es más que una fantasía, una mentira, un gran capullo de seda tejido durante centurias por teólogos arrugados y llenos de telarañas? Un capullo que, tal vez, ha crecido tanto que ahora nadie se atreve a reconocer que no contiene más que la calavera de una crisálida.

—Igual meto la pata diciéndote esto, Santa, y te genero más dudas, pero leí en un libro esta descripción una vez y... creo que no puedo mejorarla. —Paloma hablaba sólida, mientras su nueva amiga la ensartaba con una mirada llena de incertidumbre—. Yo, por desgracia, nunca he hecho el amor, tan solo he tenido sexo, pero..., pero cuando un hombre hace en la cama lo que tiene que hacer y consigue subirte al cielo para que allí te derritas de placer, en esas ocasiones es como..., es como si, por un instante, tú en persona estuvieses estrenando el mundo.

Santa Tecla, tras unos segundos en silencio, respondió con un susurro tembloroso:

—Me... me tengo que ir... Rezaré por ti, Paloma. Feliz Nochebuena.

—Feliz Nochebuena, Santa.

Cuando su compañera de cuarto cerró la puerta, una sensación diáfana de vacío y desnudez inundó cada una de las células del enorme cuerpo de Paloma. Aquel *striptease* emocional al que le había forzado la religiosa había acabado socavando la tierra bajo sus pies: la sensación de soledad, ahora consustancial a su piel como si fuese una mancha de humedad asomando sobre una pared ya vieja y desconchada, había acabado cubriéndolo todo. Empapándolo todo en su interior hasta condensar en forma de lágrimas.

Se sonó los mocos y los recuerdos con un clínex que arrojó al suelo sin miramientos. Para intentar calmarse, alargó el brazo y sacó del cajón de la mesilla de noche un sobre blanco que siempre descansaba allí, bajo la ropa interior, al alcance de su mano. En su centro, como si el papel hubiese sangrado al recibir un tiro certero, aparecía una chapeta de lacre rojo ya violada. Un lacre que alguna vez selló la solapa de aquella carta con remite del más allá.

*Hola, Paloma.*

*Antes que nada quiero darte un beso, un beso muy fuerte de esos que odias porque te dejan la mejilla medio dormida y húmeda. De esos besos que solo pueden significar te quiero, te echo de menos. No sé exactamente dónde*

*estaré cuando tú leas estas líneas, lo que sé es dónde no estaré: en ese mundo, a tu lado viéndote crecer. Que es donde más me gustaría estar. Al infierno con el cielo, y que me perdonen las monjitas, que son unas santas.*

*Supongo que te preguntarás por qué tu madre te escribe esta carta. Es por miedo. Por eso aprovecho el refugio seguro del más allá para descargar mi conciencia, y pedirte de paso disculpas por mi cobardía.*

*Mi trabajo no fue nunca interesante, pero al menos ha sido digno y nos dio de comer. Además, en todos los trabajos se aprende algo. El mayor peligro de una limpiadora está en el decaimiento. Lo aprendí pronto. Cuando empiezas de buena mañana estás llena de ánimo, dispuesta a lucirte ante la jefa que te paga el jornal. Abrillantas los metales con esmero, vacías los armarios de la cocina para limpiarlos y volverlos a llenar, te obsesiona que el dobladillo de las sábanas quede perfecto. Pero conforme la mañana avanza, vas decayendo: dejas de sacudir las sábanas antes de hacer las camas, el polvo tras los libros que nadie lee no te preocupas en quitarlo, y ya no barres bajo los butacones, tan solo mocheas. La buena limpiadora se caracteriza porque es capaz de vencer el decaimiento. En mi profesión lo conseguí. En mi vida no. Que no te confundan mis risas, mis coplas, mi aparente alegría. Por dentro mi corazón ha estado siempre muerto. Mi vida se quedó congelada el día que me casé con tu padre. Me transformé entonces en una niña eterna que ve el mundo pasar desde los cristales del autobús del colegio, sin poder bajar ya nunca a la calle... Y desde mi cristal de autobús me dediqué a observar añorante la vida de los otros. Sobre todo la tuya.*

*De lo que más orgullosa me siento es de haberte educado alegre y libre. No cambies nunca. No dejes que la vida te transforme en lo que me transformó a mí, en una sopa fría de recuerdos melancólicos. No decaigas, Paloma. No decaigas jamás, por favor. Acaba de limpiar tu casa con la misma fuerza con la que comenzaste, que nadie pueda nunca decir de ti que te volviste con los años una descuidada nostálgica.*

*Me aterra pensar que, por culpa mía, por culpa del mal ejemplo que te di al no ser capaz de rehacer mi mundo sentimental, vayas a desconfiar de los hombres. Te aseguro que ahí fuera hay uno maravilloso que te está esperando, que te está esperando a ti. Lo difícil será distinguir quién es ese hombre, y esa es la razón por la que te he escrito esta carta: cariño, cástate con alguien que sepa conversar, y que mientras conversa contigo, sepa acariciarte. Cuando envejecáis juntos lo único que quedará es eso, charla y*

caricias.

*El resto de las cosas que te gustan o te gustarán de los hombres, aunque ahora no lo creas, no son más que trampas frívolas que la madre naturaleza, que no es tan sabia como dicen, nos pone a las mujeres en el camino hacia nuestra felicidad. Olvídate de si es guapo y viril, olvídate de si es osado y atrevido, de sus galanteos de pavo real. La vida es como el sol que drena las uvas volviéndolas pasas: nos envejece, nos seca hasta dejar tan solo nuestra esencia. Y será entonces, cuando una mañana te despiertes ya anciana y veas la uva pasa que habitas, y también veas la uva pasa que tienes tendida a tu lado en la cama, será entonces cuando te darás cuenta de que acertaste el día que decidiste casarte con alguien que sabía conversar, y que mientras conversaba, te sabía acariciar. Y te alegrarás de haber sido capaz de mandar al infierno a las amigas que te decían que era feo, o gordo, o apocado, o temeroso. Hazme caso, te lo dice tu madre, que es la que más te quiere en el mundo, y que ha muerto girándose por las mañanas en la cama para encontrarse tan solo con la compañía de la soledad.*

*Recuérdalo, hay ahí fuera un hombre maravilloso esperándote. Sé consciente de ello cuando andes por el mundo y alguien que no te merezca te haga llorar lágrimas de desamor. Por desgracia, cariño mío, eso pasará antes o después. Un beso desde dondequiera que yo esté cuando tú leas esta carta. Tu madre que te quiere,*

*Elena*

Había leído aquella carta cientos de veces, desde que diez años atrás el abogado que ejecutó las últimas voluntades de su madre se la había entregado en la notaría. Pero esa Nochebuena, seguramente por culpa de la conversación con su compañera de cuarto, la relectura le había afectado especialmente. Sin poder seguir tumbada en la cama, se levantó. A través del ventanal no se veía a nadie en la calle.

«Claro, todos están ya en casa con sus familias, preparándose para la cena de Navidad...»

El silencio era absoluto. Tan solo una farola en la acera de enfrente, junto al Mercadona, parecía querer romperlo con su aureola de santidad amarilla. Pero la luz, por mucho que se empeñe, es tan inútil a la hora de quebrar el silencio como lo es la razón cuando intenta transformar el cariño en pasión: todos esos elementos habitan dimensiones vecinas, pero insolubles.

«Paloma, tú no puedes quedarte aquí sola esta noche, te estás volviendo loca por culpa de la pena y ya empiezas a ponerte redicha.»

El caserón se alzaba imponente en una calleja del barrio viejo con olor a orines, junto a la arcada del Portal de Valldigna. Sus incontables ventanas estaban cubiertas por rejonos de parrilla gruesa, con lo que toda la construcción, a pesar de sus muchas fisuras, parecía conservarse sólida y de una pieza gracias a aquellas garras de alambre.

—Cotilla asquerosa... —Una anciana vestida de viuda, que pelaba ajos sentada en un balcón vecino, observó a Paloma desde las alturas llamar a la puerta—, ¿qué miras, viejuna?

Mientras musitaba las palabras, le sacó la lengua a la mujer enlutada, que la ignoró. Custodiada en su hornacina de hierro forjado, parecía pretender ser una Virgen negra.

«Joder, menuda rasca.»

Las aldabas atronaron contra el portalón por segunda vez mientras Paloma, enfundada en un chándal reluciente, daba pataditas contra el suelo para vencer al frío.

—¿Qué coño haces aquí vestida de Hugo Chávez?! Es Nochebuena, ¿no tienes a otro al que ir a dar el coñazo?

—¡Viva el espíritu de la Navidad! ¡Yo también le quiero, señor Scrooge! —El rostro de Paloma dibujó una amplia sonrisa llena de sarcasmo—. Joder, has tardado mil años en abrir y hace un frío de cojones, las estalactitas en el potorro ya me empezaban a pinchar.

—Pues haberte puesto bragas de neopreno, ¿qué es lo que quieres a estas horas, pesá?

—Nada, que estaba ya metida en la cama con un trancazo que ni te cuento y he tenido una charla con mi nueva mejor amiga, una friki informática... Y se me ha *quedao* muy mal cuerpo. Me apetecía compañía, y como sé que estás aún más *colgao* que yo...

—Pasa, pesadilla.

Víctor le dio un cálido abrazo a su amiga, que le devolvió el achuchón.

—Joder..., ¡menudo frío! —Ya dentro de casa, Paloma se frotaba las manos con energía—. Además de bragas, también necesito un sujetador de neopreno, tengo los pezones como timbres de castillo.

—Pues cuidado con sacarme un ojo si llevas las largas puestas. ¡Y deja de contarme las reacciones de tu cuerpo ante el cambio climático! Si tienes frío, haz como todo el mundo, ponte un buen abrigo... y no esa horterada de chándal. —La miró burlón de arriba abajo—. Dios mío, pareces una *latin king* que viene de robar cobre.

—Serás *joputa*.

Cada vez que entraba en aquel caserón, Paloma tenía la sensación de que se adentraba en otra época, en un mundo de alacenas repletas de vasos de jerez con telarañas.

—¿Cómo va la tesis? Hace semanas que no me envías nada.



—Trabajo y trabajo, siempre pensando en trabajo. ¡Desconecta, Víctor, joder! — El tono de ella era socarrón—. ¿Y tus compis de piso?

Aquel vestíbulo de monasterio estaba presidido por una chimenea que ahora crepitaba, rodeada de mantas, cojines y pufes de estilo turco repletos de flecos: allí era donde los tres erasmus y Víctor hacían vida. La escalera que conducía a la planta superior, inhabitable, se había reciclado en estantería, y sobre sus escalones reposaban ordenaditos los cientos de volúmenes de la biblioteca del profesor.

—Pues se han ido con sus familias, ¿dónde coño van a estar en Navidad?

—Mmm..., me encanta: noche romántica con el profe. Más de una en la facultad daría un brazo y media teta por estar en mi lugar.

Paloma rio ante lo esperpéntico de la idea: si algo tenían claro ambos amigos es que eran sexualmente invisibles el uno para el otro. Víctor no era uno de esos profesores de universidad a los que ella estaba acostumbrada, de piel lechosa y sin hombros, con pechito cóncavo y cabeza desproporcionada. Él era un tipo apuesto según los cánones contemporáneos: uno noventa de estatura, de complexión atlética, pelo castaño lacio siempre revuelto, barba de tres días, rostro anguloso y ojos color miel. No se podía decir que fuese guapo, pero su físico, junto con el aire informal y bohemio que siempre lo acompañaba, lo volvían atractivo para multitud de alumnas que le idolatraban como si él fuese un dios, y la tarima, su pedestal. A Paloma sin embargo, todo esto le traía sin cuidado. Estaba blindada frente a los tipos con vaqueros, americana *sport* y camisas abiertas estilo Robert Redford en *Los tres días del cóndor*. A ella le gustaban los hombres como Hans, desvalidos, inseguros, hombres que ella pudiese cuidar a través de un amor de madre que sabía enfermizo, pero era el que le salía de muy adentro.

—Cierra la boca y deja caer tu enorme culo en el suelo.

—Ya no me acordaba de lo acogedora que es tu casa, ¿habrá al menos güisqui en este tugurio?

—Pues claro, está ahí, junto a la chimenea.

—Podríamos hacer un día de estos una visitilla al Ikea, no sé..., una mesa, cuatro sillitas. Para evitar que las ratas me pellizquen el culazo mientras ceno.

—Eres matemática, ¿no sabes sumar dos más dos? ¡Soy pobre!

—Y yo que creía que vivías con erasmus para hacerte el joven...

A Paloma lo que le había gustado de Víctor en la facultad no era su físico, sino sus clases. El carácter del profesor, inmoral e inmaduro por una parte, pero noble y extremadamente responsable por otra, se reflejaba en sus sesiones docentes. Eran creativas, desenfadadas, con una constante apelación y respeto por las opiniones de los alumnos. Totalmente alejadas de la retórica unidireccional y pretenciosa a la que la mayoría de los profesores la habían acostumbrado. Recordaba que Víctor, como trabajo con el que iba a evaluar su asignatura, encargó que cada estudiante seleccionase una novela contemporánea y cualquier otra obra artística del siglo xx, y trazasen un paralelismo estético entre ambas creaciones. Con total libertad. A ella la

propuesta le pareció original y provocadora. Eligió dos obras que instintivamente siempre había conectado en su mente, aunque perteneciesen a momentos y espacios muy distantes: *La insoportable levedad del ser*, de Kundera, y *Midnight Hawks*, de Hopper. Paloma siempre había pensado que, aunque Kundera y Hopper jamás se conocieron, parecía que se hubiesen puesto de acuerdo a la hora de crear a sus personajes: las figuras del cuadro hubiesen encajado a la perfección en la trama de la novela, y viceversa. Víctor la suspendió injustamente, y ese suspenso abrió la caja de los truenos.

—Habrás traído cena, ¿no? Porque si vienes en plan gorrón, lo único que tengo es un paquete de leche y cereales All Brand.

Paloma no hizo caso de los comentarios huraños de su amigo y se arrodilló para hacerse hueco entre los cojines frente a la chimenea.

—¿Cereales All Brand? ¿Qué pasa? ¿Que vas estreñado? Es que tanta mala leche no puede ser sana, angelito mío... —Le dio dos cachetes a Víctor, que se había arrodillado a su lado, y sin hacerle más caso se puso a trastear con las bolsas de la compra que había dejado frente a la chimenea—. Pues claro que he traído cena, antes de venir aquí he pasado por un chinito que conozco *puta madre* y he comprado comida para parar un barco. Además de una botella de genuino *champagne* francés, hecho en Shenzhen, provincia de Cantón.

Mientras hablaba, disponía junto al fuego media docena de *tuppers* de comida china, acompañados de una botella que, en efecto, parecía de *champagne*, pero tenía la etiqueta repleta de caracteres orientales.

—No me gusta la comida china... y, menos aún, el *champagne* chino.

—¿A la princesita no le gusta su cenita? Pues a joderse toca, princesita. ¡Dios mío, qué paciencia he de tener contigo! Siempre quejándote... A quien nunca ha llevado bragas, las costuras le hacen llagas. —Se metió entero en la boca un enorme trozo de cerdo agridulce—. Bueno, hablemos de cosas importantes, ¿cómo llevas lo del juicio?

—No hago otra cosa que hablar de eso. —Puso cara de limón amargo—. Paso del tema.

—Pues te jodes y bailas... y además cantas. ¿Qué te ha dicho ese amigo tuyo, el abogado, cómo se llama?

—Benito.

—Eso, ¿qué te ha dicho Benito?

Víctor suspiró mirando al cielo.

—Dios, dame paciencia...

—Pues ya que se pone, que a ti te dé paciencia y a mí *paletras*, que de números ya ando yo sobradita.

Ella miraba descarada: Víctor supo que no tenía escapatoria.

—Te lo cuento, pero con la condición de que acabe este festival del humor, es ya un poco cargante y me produce gastritis... —Paloma asintió, sonriente y con la boca

llena—. Pues nada, Beni dice que todo lo que ha presentado esa pedorra es mierda, cree que no habrá ni juicio.

—Ya veo... Pero ese tal Benito, ¿es un buen abogado? ¿Te fías?

—Beni es amigo mío de toda la vida... Un buen civilista, aunque yo lo que necesito en realidad es un penalista. Pero teniendo en cuenta que le voy a pagar con cromos de El Coyote, Benito es lo mejor a lo que puedo aspirar. —Se levantó de un tirón como si quisiera deshacerse de su mala suerte, agarró la pata desmembrada de una vieja silla Luis XVI que descansaba junto a la escalera, y la arrojó al fuego.

—Bonito leño, campeón.

Él ya estaba otra vez sentado en el suelo junto a su amiga.

—Tendrías que ver la *boiserie* que tenemos arriba para acabar de pasar el invierno... El dueño nos ha dicho que lo quememos todo si queremos. —Se encendió un cigarrillo con una brasa de la chimenea.

—¡Anoréxico de mierda! ¡¿No vas a comer más?! ¡¿Tan solo un rollito de primavera?! A ver qué hago yo ahora con todo esto...

—Tranquila, estoy seguro de que algo se te ocurrirá... Últimamente no tengo mucho apetito. —Se repantigó sobre los almohadones turcos y siguió hablando mientras contemplaba el fuego—. No habrá ni juicio, pero la gente en la facultad me mira como si me comiese a los niños crudos..., putos cabrones.

Paloma no dijo nada, seguía sorbiendo sus fideos tres delicias.

—Pam, tú me crees, ¿verdad?

Ella de nuevo farfulló, sin esperar a tragarse la bola de fideos.

—Claro que te creo, si llevabas dos meses zumbándote a ese zorrón en el despacho y en todos lados, ¿para qué hostias ibas a violarla? —Con los carrillos a reventar, un poco de salsa agrídulce le rebosó por la comisura de los labios—. ¿Seguro que no quieres fideos antes de que me los acabe?

—¡No, Pam, no quiero fideos! ¡Y sobre todo no quiero que me creas por eso! ¿De verdad piensas que, aunque no me la hubiese tirado nunca, soy de esos tipos que en un calentón pueden violar a una chica?

Paloma, antes de responder, le dio un sorbo al *champagne* chino.

—Joder, Víctor, no seas tan florecitas. Qué *delicao* estás... ¿Crees que vendría a pasar la Nochebuena con un violador? —Se quedó cavilosa—. Aunque, teniendo en cuenta que mi mejor alternativa era pasarla rodeada de monjas que van a estar toda la noche cantando como locas *Kumbayá Aleluya Kumbayá*, quizás la opción del violador no sea tan descabellada.

Víctor rio, y le dio una calada larga y pensativa al cigarrillo. Aún recordaba la primera vez que Paloma entró en su despacho de la facultad hecha un basilisco, sin llamar a la puerta ni pedir permiso. Con la violencia contenida de una tarta nupcial precipitándose al vacío. Nunca habían hablado antes, pero ella, resuelta, apoyó los puños sobre la mesa, escaneó roja de ira las estanterías repletas de libros que forraban cada rincón del cubículo, y al final encaró a su profesor con mirada olímpica:

«Mi amiga La Seisdedos, que es muy leída, dice que si te metes en la madriguera de un tío y ves que no tiene libros, no te lo folles. —Acercó el rostro al de su profesor, amenazante y suicida—. ¿Tú, qué pasa, que como te pasas el día chingando no tienes tiempo de corregir los trabajos que te entregamos los alumnos? ¿Los tiras al aire y el que cae *parriba* lo apruebas y el que cae *pabajo* que le den por culo?»

Víctor no podía creer que aquello estuviese sucediendo: esa alumna debía de estar loca hablándole así. Su orgullo estuvo tentado de topetar, pero, sin saber por qué, aquella personalidad a lo grande, sobreactuada y ciclónica, le pareció tierna: los ojillos que le destripaban intentando parecer fieros en el fondo traslucían que su propietaria no era más que una niña de mirada limpia que añoraba que alguien la abrazase.

Repasaron juntos el trabajo y al final él tuvo que reconocer que había sido víctima de los prejuicios: la contraposición de la obra de Kundera y Hopper que había realizado Paloma era extraña, muy extraña. Pero también era original y profunda. Víctor acabó rectificándole la nota, y, para enterrar el hacha de guerra, invitó a aquella alumna tan particular a tomar una cerveza esa tarde. Ella, al salir por la puerta del despacho, todavía refunfuñona, se limitó a mirar a su profesor con aire operístico.

«Sabes reconocer un error y recular. Eso me gusta, por un momento llegué a pensar que eras un gilipollas.»

Con el tiempo Víctor sabría que Paloma, como si quisiera descubrirle al mundo su fortaleza, intentaba no mostrar asombro por nada. Pero con poco éxito: su naturaleza era apasionada, curiosa, y aunque el miedo a ser percibida como débil le hacía esbozar una perenne cara de «qué me vas a contar tú a mí que yo no sepa; yo he vivido mucho», el instinto la traicionaba constantemente. Esa malsana dualidad de Paloma entre su yo público y su yo privado, tan parecida a la que Víctor experimentaba en carne propia, tan autodestructiva, tan vampírica y a la vez enternecedora, fue la que enganchó al profesor.

«Sí que soy un gilipollas, pero no se lo digas al resto de la clase, al menos hasta que pasen los exámenes. Ahora, largo, nos vemos esta tarde.»

A Víctor ella le había intentado engañar como engañan las grandes urbes estadounidenses al europeo incauto, pero a la inversa: si visitas solo las afueras de esas ciudades, llenas de zonas residenciales limpias y civilizadas, acabas creyendo que el centro será aún más magnífico. Pero cuando entras en el corazón de la urbe, miserable y violento, el mundo se te cae a los pies. Con Paloma, Víctor había descubierto que sucedía justo lo contrario: sus alrededores eran toscos, pero si se tenía la paciencia y el coraje de acceder a su centro, se topaba uno con un corazón achuchable y tierno. Noble. Por fortuna, Víctor había dado clases en Estados Unidos, y sabía bien lo engañosos que pueden ser sus núcleos urbanos.

—Pam, gracias por venir. —Cogió su vaso de plástico lleno de sucedáneo de *champagne* y lo alzó—. Brindemos. Por la Navidad, que, aunque sea una puta mierda, nos recuerda quiénes son nuestros amigos.

Ambos bebieron. Tras el rejón de la chimenea, jabardillos de pavesas saltaban al consumirse la vieja madera.

—Por cierto, se me olvidaba, te he traído un regalo. —Paloma sacó de una de las bolsas de plástico un paquete.

—Pam, no debías haberme comprado nada. Yo...

—Cierra la boca y ábrelo: tú pones la casa, yo cena y regalo. He pasado por El Corte Inglés justo antes de que chaparan.

Tras rasgar el papel, Víctor sonrió mientras sostenía un libro entre las manos. Enseguida le dio un abrazo a su amiga y dos besos.

—Gracias, Pam.

—Va, suéltame ya, no te pongas moñas... —Paloma fingía cara de hartazgo—. Esto parece el abrazo de una pareja de enfermos terminales... intentando disimular que en realidad se abrazan para sostenerse el uno al otro y no caer.

—Gilipollas, eres la única idiota que conozco aún más ácida que yo.

—¿Este amariconamiento te va a durar mucho? ¡Suéltame ya, Mary Poppins!

—Has acertado, joder —Víctor se separó de su amiga—, pensaba ir la semana que viene a comprarlo.

—Lo sé. Al verlo en el escaparate supe que te gustaría.

—Es mi autor preferido. No sé si sabes que mi tesis doctoral la hice sobre su primera novela.

Paloma compuso en su cara de luna una mueca cómica.

—¿*Que no sabes si sé?*! ¡Pero si me lo has dicho un millón de veces! Eres un cansino, siempre arriba y abajo con el tipo ese... Hugo Mendoza.

Víctor rio mientras las llamas daban dentelladas voraces a la pata de la silla, y sus sombras, filtradas por el rejón que rodeaba la chimenea, zascandileaban por las paredes del gran vestíbulo.

—Sí, la verdad es que ya empiezo a contar batallitas en plan abuelo cebolleta. Y aún no tengo ni cuarenta años...

Paloma le interrumpió.

—El título me ha gustado, hace pensar.

Él observó la portada. *Para un ratón, los murciélagos son ángeles*. Habló ensimismado.

—Sí, es verdad, hace pensar... y sintetiza muy bien la razón por la que sus libros me cautivaron desde el primer momento.

—A ver, *motivao* de la vida, explícate mejor, que cuando te pones tan intenso, no te pillo el hilo.

Víctor dejó de mirar el libro y encaró a su amiga.

—Cuando empecé mi tesis doctoral sobre él, Hugo Mendoza era un absoluto desconocido. Solo había publicado su primer libro, *Botavara*. La distribución fue pésima; lo había sacado una vieja editorial de Barcelona que estaba a punto de desaparecer. —Hablabas mientras las llamas del fuego se reflejaban en sus ojos—. Fui

el primero en escribir un artículo literario sobre *Botavara*, en *Art&Mañas*. Obviamente lo leyeron cuatro gatos, pero recibí críticas muy motivadoras. Poco después el libro arrasó, pero a mí, desde el primer momento, Mendoza, siendo aún un absoluto desconocido, ya me había impresionado. Tenía un estilo florido, brillante, ágil. Como los buenos escritores, picoteaba de la realidad para luego regurgitarlo todo en un torrente... mágico. Por eso definí su estilo como «realismo mágico mediterráneo». Además de su estilo, el libro me cautivó porque giraba en torno a una idea que me ha obsesionado siempre: la subjetividad de todo, absolutamente todo lo que nos pasa en la vida. —Víctor solemnizó su voz—. No vemos las cosas como son, vemos las cosas como somos. Por eso este nuevo título me parece tan acertado.

Paloma dejó de beber *champagne* chino para poder hablar con su desparpajo habitual.

—Lo que yo decía, hoy estás intensito intensito. Miedo me das cuando veas que ese ripio que te sacaste de la manga, lo del realismo mágico mediterráneo, lo ha utilizado la editorial en el texto de contracubierta. Sabio Yoda, ¿piensa usted levitar en plan dron por culpa del gustirrinín en la bajoca que veo reflejado en su rostro integraláctico?

—¡¿En serio que aparece?! —Ilusionado, el profesor le dio la vuelta al ejemplar y leyó entre dientes durante medio minuto—. Joder, es verdad... Me alegro de que el editor se haya dado cuenta al fin de que mi definición del estilo de Mendoza le encaja como un guante.

Paloma ahuecó un par de almohadas antes de recostarse.

—Va, deja de ponerte medallitas, que te sube el azúcar. Oye, no entiendo una cosa: si Mendoza está muerto, ¿cómo es posible que sigan apareciendo novelas tuyas? Esta ya es la cuarta.

—El puto mercado, querida Pam. Mendoza ya estaba muerto cuando apareció *Botavara*. Murió en un accidente náutico, navegaba en solitario en su velero cuando le asaltó una tormenta en la costa norte de Alicante. Acababa de enviar su primera novela al editor, que al leerla debió de flipar: aquella editorial estaba a punto de desaparecer, sus títulos en cartera eran viejos, sin ventas, y de repente, le llega una joya. —Víctor apuró el cigarrillo y arrojó la colilla al fuego—. Les tocó la lotería. *Botavara* lleva nueve años en el mercado y solo en castellano ha vendido dos millones de copias. Está traducida a dieciséis idiomas, y esas ediciones extranjeras han vendido más de diez millones de ejemplares.

—O sea, que el editor y la familia se deben de estar forrando.

Víctor asintió.

—Ahí está el tema. Seguramente han tirado del baúl de los recuerdos y han sacado todo el material que Mendoza escribió y nunca publicó. La verdad es que están ordeñando la vaca de puta madre, las tres nuevas novelas han aparecido siempre de cara a la temporada de Navidad, cuando se disparan las ventas. En lugar de sacarlas de un tirón en unas obras completas, saben que el público está ansioso de

más y más Mendoza y le racionan la dosis, así lo mantienen enganchado a su droga. Son... bueno, me incluyo, *somos* verdaderos yonquis de Mendoza que esperamos la Navidad con más ilusión que un niño pequeño. Con cada novela el editor avanza el próximo título, así crea expectativas. A ver dónde lo pone... —Víctor hojeó el libro—. Mira, aquí está: *Dejad que los niños se acerquen a mí*.

En la televisión silenciada empezaban a emitir la enésima reposición de *¡Qué bello es vivir!*

—Aunque es cierto que están exprimiendo económicamente la obra al máximo, hay que reconocer que la calidad no ha mermado en absoluto. Después de *Botavara* apareció *Pan con chocolate*, y un año después, *Cálido invierno*. Si te digo la verdad, Pam, no sé cuál de las tres es mejor; cada título de Mendoza parece que supera al anterior. Mañana mismo me pongo con este. Ojalá queden muchos en la recámara, aunque no confío, Mendoza murió joven, no debe de tener mucha más obra inédita.

Paloma le escuchaba mientras se preparaba el primer güisqui.

—Ponme uno a mí también, tengo la boca seca de tanto hablar.

Ella le tendió el vaso de plástico y empezó a escanciar otro.

—Un día tenemos que hacer una excursión a la tumba de Hugo Mendoza. Está a un par de horas en coche, cerca de Denia, en un valle al norte de la provincia de Alicante.

Su amiga lo miró con cara guasona.

—Sí, hombre, y luego, si te parece, desenterramos el cadáver y nos hacemos fotos con él. —Simuló enfocar con una cámara—. Como las calaveras siempre están sonriendo, no hará falta ni que digamos *pa-ta-ta*.

—No seas idiota, te digo que te va a encantar.

—Y luego dicen que los matemáticos somos frikis... Déjate, no me va ese rollo gótico, los cementerios me producen tirria.

—Eres una boba de baba. A mí tampoco me gustan, y no soy nada mitómano, pero cuando lo visité, entendí por qué Hugo Mendoza pidió a la familia que lo enterrasen allí. Está en la Vall de Gallinera, un valle encantador y nada turístico próximo a la costa. Sus ocho pueblitos tienen la esencia de las novelas de Hugo Mendoza, eso que bauticé como realismo mágico mediterráneo. —Víctor se bebió todo su vaso de güisqui parsimoniosamente, con la precisión con la que un faquir se hubiese tragado un sable.

—Ese es mi chico... Luego la borrachuza soy yo.

—Calla, pedorra. Ponme otro. —A pesar de sus rezongos iniciales, era obvio que al profesor la visita de su amiga le había alegrado la noche—. Como te decía, por lo visto Mendoza y su mujer hacían excursiones a ese valle cuando eran novios, antes de casarse e irse a vivir a Madrid. Por eso lo enterraron en uno de sus pueblos, Benisivá. Es un cementerio que parece sacado de un cuento, en medio de bancales de cerezos, olivos, almendros...

—*Pesao* eres... —Soltó un eructo con sabor a güisqui—. Ya te he dicho que yo

no piso un cementerio, y no me gusta el campo. Soy urbanita y los grillos me dan picores.

La cuestión estaba zanjada. Se pasaron el resto de la noche bebiendo, fumando y resolviendo los problemas del mundo. A las cinco de la madrugada Paloma entreabrió los ojos: se había quedado dormida frente al fuego, del que ya solo quedaban unos rescoldos que se resistían a morir. A su lado, Víctor, tirado sobre los cojines, dormía profundamente.

Salió del caserón sin hacer ruido. Aún medio alcoholizada, se puso a vagar por el entramado de hilos de tender y geranios de ganchillo que zurcían los callejones del barrio viejo volando de balcón a balcón. No se veía ni un alma.

Encontró su Volkswagen Escarabajo donde lo había dejado, junto a la puerta principal del Mercado Central, frente a La Lonja. Cuando al tercer intento el viejo motor alemán, con cuarenta años a sus espaldas, volvió a valvular con alegría, Paloma dibujó una triste sonrisa de borracha. Diez minutos más tarde aparcaba justo frente al convento, en la calle de Císcar. Allí paró el motor y se quedó pensativa. Había sido una Nochebuena extraña, extraña e intensa. Sin saber por qué, susurró una estrofa de un poema que no recordaba bien, y que muy probablemente tan solo había soñado: «En ocasiones dos personas solas destruyen la soledad con su compañía mutua; otras veces dos solitarios, al juntarse, multiplican por mil la soledad que ya tenían». Por suerte, Víctor y ella pertenecían al primer grupo.

Ana miraba el fuego de la biblioteca embelesada. Fuera, Madrid tiritaba de frío. Las llamas, el mar y una exhibición de patinaje artístico sobre hielo siempre producían en ella el mismo efecto: la transportaban a un mundo de ensoñación del que le costaba escapar.

La casa ya descansaba en silencio. Cuando todos se levantaron para irse a dormir después de brindar con *champagne* y desearse feliz Navidad, ella se quedó recogiendo la mesa. Podría haberlo hecho el servicio al día siguiente, pero no le importaba mantenerse ocupada. El insomnio, además de crónico, era cada vez más severo, y un poco de actividad física la ayudaba a dormir mejor. Había bebido un poco y esa noche no quería tomarse el Trankimazín.

El ruido de la cancela del jardín la despabiló. A los pocos segundos asomó la cabeza de su marido por la puerta de la biblioteca.

—Antonio, estás empapado. Corre a cambiarte o te enfriarás.

—No te preocupes, no estoy hecho de algodón, no me encojo. ¿Qué haces ahí despierta a estas horas? —Su tono era agrio.

—Nada, me iba a dormir ya. Sube tú, voy en un minuto.

—He conectado la alarma, no salgas al jardín.

Ana habló sin ni tan siquiera girarse para observar a su marido, que seguía de pie junto a la puerta entreabierta.

—Está bien, descuida. ¿Cómo estaba mamá?



—Pues como siempre, ausente y repitiendo su palabra mágica: París arriba, París abajo... —Suspiró— y de ahí no la sacas.

—Antonio, ya sabes que ella pasó allí su luna de miel. El médico nos explicó que por eso no deja de repetir esa palabra.

—Sí, ya lo sé, me has contado esa historia cuarenta veces. Le han dado la sedación de la noche y la han acostado. Ha sido una tontería traerla, ya te dije que no era buena idea.

—Eso ya lo discutimos, Antonio, no me apetece hablar más del tema. Mientras mamá viva, quiero que pase la Nochebuena con nosotros.

—Ana, con todos mis respetos, tu madre está completamente senil. Igual le hubiese dado a la pobre mujer cenar con nosotros que con los Aristogatos. No se entera de nada, y creo que para ella habría sido mejor quedarse tranquila en la residencia.

Ella dejó de contemplar el fuego, se giró hacia él y como única respuesta se le quedó mirando.

—Eres imposible. Yo me subo, estoy reventado, te espero arriba. Ven cuando te dé la gana.

Tras cerrarse la puerta, Ana encendió la televisión. Lo último que le apetecía era subir a la habitación antes de que su marido se durmiese. En Antena 3 estaban dando las noticias de la madrugada. En ese momento pasaban un popurrí de eventos de escasa relevancia: la cosecha de uva en La Rioja estaba siendo excelente, un brote de legionela detectado en la torre de refrigeración de una fábrica de Santander, profesor de universidad acusado por una alumna de violación... Ana vio en la pantalla una cara que le resultó familiar. ¿De qué recordaba a ese hombre que entraba en unos juzgados?

«¡Claro!»

Fue justo después del accidente, tras la muerte de Hugo. Era ese chico tan simpático y atractivo que estuvo insistiéndole durante semanas para que le concediese una entrevista. Estaba haciendo la tesis doctoral sobre *Botavara* y quería saber cosas de la vida de su marido. De eso hacía ya casi diez años, fue antes de que toda aquella pesadilla empezase. Al final insistió tanto que ella acabó recibéndolo, en el pisito de Torrejón en el que vivía en aquella época. Había sido algo reservada con él, pero eran malos tiempos. Luego empeoraron aún más.

«¿Cómo se llamaba...?»

Víctor..., Víctor Vega, eso es, así se llamaba. Le había inspirado en su momento una confianza instintiva: no tenía nada que ver con la corte de palmeros y relamidos que aparecieron después para preguntar por Hugo, atraídos por su éxito. Él le había parecido noble, idealista, esforzado. Un verdadero apasionado de la literatura. Y además era una de las personas que mejor conocía la obra de su difunto marido. Una idea empezó a rondarle por la cabeza a Ana mientras subía las escaleras.

Víctor pasó toda la tarde del día de Reyes con su hija Sofía. Se la llevó a ver la

cabalgata, que ese año arrancaba en el puerto y acababa como siempre en la plaza del Ayuntamiento. La niña y su padre, bien abrigados, esperaron pacientes junto a miles de niños a que llegara el barco que traía a sus majestades desde el lejano oriente. Al verlos bajar montados en sus camellos, cuyas grupas iban cargadas de regalos, Sofía abrió la boca alucinada y su aliento tibio fue condensado por el frío: aquello era demasiado maravilloso para ser verdad.

A las nueve, Víctor dejó a la niña en casa de su madre. Por desgracia, a la mañana siguiente no podría ver a su hija correr ilusionada escaleras abajo para buscar sus regalos bajo el árbol: iba a ser otro, un comercial de conmutadores eléctricos, el que presenciaría cómo Sofía abría los regalos de Navidad. Y todo por culpa suya.

Para no pensar en todo aquello, conectó el equipo del coche. Sonó *The Sporting Life*, de The Decemberists. Fue una suerte, su estado de ánimo no hubiese soportado una canción romántica. El centro de la ciudad estaba abarrotado y le costó llegar al barrio antiguo. Allí, sin embargo, la soledad volvía a ser la reina de los callejones. Dejó el coche en el garaje, se acercó al *döner kebab* de la plaza de Tossal, compró una pita de cordero con yogur y un poco de queso feta, y se encaminó hacia el caserón. Aquel inmenso palacio, tan vacío y desangelado, se le caía encima. Su hija, el juicio, sin un duro... Al entrar, escuchó risas y cháchara: Cécile, Kristien y Helmut ya habían vuelto de las vacaciones de Navidad y, para celebrar su reencuentro, tomaban chupitos de licor tirados sobre los cojines alrededor del fuego.

—*Herr professor*, ¡bienvenido a casa! —Era Helmut quien le hablaba alegre, con su fuerte acento alemán de la Baja Sajonia—. Te voy a poner un chupito de un licor de mi tierra. Se llama Jägermeister, el maestro cazador.

Las jóvenes belgas empezaron a aullar; ya andaban algo borrachas. Víctor se alegraba de tener compañía. Se tomó el trago de golpe.

—Helmut, ¿qué mierda es esta?

Las chicas rieron. Media hora más tarde, los cuatro estaban sentados en la barra de la Tasca Caballeros, ante un damero de platitos a rebosar de *sang amb ceba*, *figatells amb allioli*, *coques de dacsá* y *gamba amb blea*.

—¡Mierda! ¡El móvil! —Víctor saltó del taburete y empezó a escarbarse los bolsillos.

—Tranqui, *estagá* en casa. Además, no creo que te vayan a *llamag* los Reyes Magos esta noche. —Cécile sonreía—. ¿Qué pedimos para *bebeg*?

Víctor se volvió a sentar, melancólico.

—Lo que queráis, pero con mucho alcohol. Hoy quiero emborracharme.

—Eso está hecho, *herr professor*. ¡Isabel! ¿¡No vas a hacer caso a estos *pobrrres* hambrientos!?

Cuando se acababan ya la tercera botella de tinto peleón, entraron en el bar tres gitanos renegridos y malcarados. Uno de ellos iba armado con una funda de guitarra.

—*Izabelita*, mi *arma*, ¿ze puede *zubí parriba*? *Queríamo* *hacé* un *poquitico* de mal.

—Adelante, compadres.

Los gitanos enfilaron la escalerita metálica casi vertical que subía al altillo del bar. Los cuatro amigos no lo dudaron, ya conocían a esa gente de otras ocasiones: agarraron una cuarta botella de vino y se subieron tras los gitanos antes de que el diminuto altillo se llenara hasta los topes. Allí pasaron la siguiente hora escuchando flamenco auténtico, guardando un silencio supersticioso que solo interrumpían para darles sorbos a sus vasos de vino y tocar palmas. Completamente borrachos, salieron al fresco de la noche cuando Isabel los echó a todos a la calle porque tenía que cerrar. Ya se difuminaban por un callejón las siluetas de los gitanos cuando Helmut corrió tras ellos.

—¿Qué les has comprado? —Quiso saber Víctor en cuanto el muchacho regresó.

—Vuestro regalo de Reyes. —Sacó cuatro cartoncillos con dibujitos en su superficie.

—No, gracias, Helmut, se agradece, pero no quiero ácido de mierda. Necesito tener la cabeza despejada mañana. Además, ya no tengo edad... Solo me faltaba esto, cartones mágicos.

—Como quieras, *herr professor*. Chicas, ¿empezamos a *viajarrrrr*?!

Ellas rieron y los tres le dieron un lametón a su cartoncito y se lo volvieron a guardar. Se pasaron la noche bebiendo y bailando como posesos en Calcatta. Por los bafles atronaba el último éxito de David Guetta, con todo el público extasiado, sumido en la chusca y ridícula épica interior que produce combinar alcohol, música *dance* y láser de discoteca.

—*Herr profesor!* —Helmut berreaba, apuntando con el dedo hacia Cécile y Kristien: las dos belgas, en medio de la pista, se acariciaban y besaban con sensualidad—. ¡Esto prueba que la reconciliación entre flamencos y valones es posible!

A las siete decidieron que ya estaba bien de fiesta y se fueron a casa cantando y riendo. El fuego de la chimenea, aunque débil, aún estaba vivo.

—Chicos, me voy a dormir, ha sido una noche estupenda.

—Profe, no te vayas... —Cécile se humedeció los labios con la lengua mientras sonreía pícara—. Aún nos queda *otga* botella de esa mierda de cazador que nos trajo Helmut.

Víctor miró el reloj. Las siete y media. A esa hora, Sofía, nerviosa, sin haber podido dormir en toda la noche, debía de estar ya rebuscando bajo el árbol de Navidad. Sintió una punzada en el estómago.

—Estoy cansado, me voy a la cama. Además, mañana tengo que ir sin falta a sacar dinero al banco, y luego trabajar un poco.

Todos aullaron en tono desaprobador.

—Buenas noches, chicos.

—*Gute nacht, herr professor!*

—*Bone nuit!*

—*Goedenacht!*

En la cama todo le daba vueltas, estaba muy borracho. Al final consiguió conciliar un sueñecito titubeante, como prendido con alfileres a la conciencia. Sin saber al principio si era realidad o sueño, notó que una mano se metía bajo las sabanas y empezaba a palparle el sexo. Una mujer, completamente desnuda, buscaba su boca. Él apartó la cara.

—Cécile, ¿qué haces?

—¿Usted qué *cgee* que estoy haciendo, señor profesor?

—Esto no es una buena idea...

Él intentó zafarse.

—Cécile, déjalo, no tengo fuerzas ni para...

Mientras con una mano la chica le masajeaba el sexo, con la otra cogió un preservativo de la caja que había dejado sobre la mesita.

—¿Fuerzas? —Consiguió atrapar la boca del profesor, propinándole un beso largo y húmedo—. Tú de eso no te *pgeocupes*, yo me encargo...

Cuando Cécile retiró la lengua, Víctor pudo sentir en su paladar un cuerpo extraño. Estuvo intentando identificarlo con su propia lengua durante unos segundos, hasta que al final lo escupió en la mano.

—Eres una hija de puta...

Ya era demasiado tarde: el cartoncito mágico había empezado a hacer efecto, desatando una energía desbocada, visceral.

—*Mon cher professeur, c'est la vie...*

Lo último que Víctor recordaba es haber sentido cómo ella, con la boca, le desenrollaba el preservativo en el pene erecto, entre destellos que su cerebro desorientado le hacía ver por toda la habitación. Las siguientes tres horas se las pasaron practicando sexo. Aquellos cartoncitos parecían haberles dado energía inacabable, pero cuando ella le susurró por cuarta vez «*Encore une fois*», él tuvo que decirle basta. Al despertarse, vio a Cécile desnuda durmiendo con la cabeza apoyada sobre su pecho. Eran las tres de la tarde y la casa entera parecía descansar.

—Cécile, Cécile, despierta.

Ella entreabrió los ojos al oír el susurro.

—Cécile, vete a tu habitación.

—*Pour quoi?* —balbuceó medio dormida.

—No quiero que Helmut vea que nos hemos acostado.

Cécile se incorporó ligeramente, hablando con voz empastada.

—Qué le den por culo al *kartofen*, quiero *dogmig* contigo. Y descansa, profe, cuando *despegtemos* vas a *teneg* que follarme un *pag* de veces más. —Volvió a desplomar su cabeza contra el pecho de Víctor.

—Esto ha sido un error; el pobre Helmut lleva enamorado de ti todo el curso. No quiero que se joda el buen rollo que tenemos todos.

La empujó con suavidad hasta que Cécile cayó sobre la alfombra: ella se dio

cuenta de que Víctor lo tenía claro. Enfadada, se enrolló una sábana alrededor del cuerpo desnudo.

—Eres un *cabgón*; esta noche *hablaquemos*. —Cerró de un portazo.

Víctor se despezó, se alegraba de estar solo. Estaba despejado y los efectos del ácido ya parecían haber desaparecido. Al girar la cabeza vio su móvil sobre la mesita. Tenía una llamada perdida de la noche anterior, poco antes de las once, justo después de salir todos de casa. Era un número desconocido que había dejado un mensaje grabado. Al escucharlo se topó con una voz de mujer, dubitativa y entrecortada, que parecía haber estado dudando si dejar el mensaje o colgar.

*Buenas noches..., siento llamar a estas horas, pero..., señor Vega, soy Ana Cifuentes, quizá me recuerde, nos conocimos hace varios años... Usted, usted me entrevistó para hablar sobre mi marido, Hugo Mendoza... Bueno, necesitaría, necesitaría contactar con usted, que hablásemos... Es importante. Llámeme, por favor, en cuanto pueda, no importa que sea tarde..., tendré el móvil encendido.*

Y colgó. Víctor, sin saber muy bien si aquel mensaje apremiante solo había existido en su cabeza por culpa del ácido, volvió a comprobar el móvil. En efecto, allí estaba: «Registro de llamadas perdidas: 22:54».

—Joder...

Por supuesto que recordaba a Ana Cifuentes. Si él hubiese tenido habilidades para el dibujo, podría, diez años después, haber reproducido con fidelidad absoluta su rostro angelical: era una mujer con aspecto de Lady Ginebra delicada, de cabellos rojizos y tez pálida. Pero la entrevista que mantuvieron fue tempestuosa. Ella, con su dulzura inquebrantable, se negó a hablar del pasado de su marido. Víctor no consiguió sacarle ningún dato biográfico que le aclarase quién era Hugo Mendoza. Con mucha amabilidad, ella le dejó claro que la vida de su marido recién fallecido, un absoluto desconocido en aquella época, era algo muy íntimo: el público solo tenía derecho a disfrutar de su obra; pretender conocer detalles personales del difunto era algo morboso. Y de ese razonamiento no hubo manera de sacarla. De nada sirvió que Víctor argumentase que era un investigador intentando contextualizar biográficamente una obra.

La voz dulce y las formas amables de Ana le habían confundido: su espíritu era tozudo y valeroso cuando tenía una convicción, y ella estaba convencida de que la vida de su difunto marido no le interesaba a nadie. De hecho, diez años después, y con Hugo Mendoza ya consagrado como uno de los más grandes escritores contemporáneos en castellano, el público seguía sin saber nada sobre la vida del autor. La única nota biográfica que había hecho pública la editorial en todos esos años había sido escueta en extremo: «Hugo Mendoza falleció ahogado a la edad de cuarenta y cinco años en un accidente náutico en la localidad alicantina de Jávea».

Muchos críticos creían que era una estrategia más de los editores para incrementar el misterio, y por tanto las ventas, que rodeaba a Hugo Mendoza. Sin embargo, Víctor, que conoció a su viuda cuando *Botavara* no había vendido ni doscientas copias, sabía que detrás de la escasa información sobre la vida de Mendoza solo había razones personales: una viuda que no quería lectores morbosos más preocupados por el escritor que por lo escrito.

«¿Para qué me llamará diez años después...?»

Estaba perdiendo el tiempo, saldría de dudas.

—¿Sí, dígame?

—Hola, soy Víctor Vega, ¿es usted Ana?

—Hola, señor Vega, esperaba su llamada. Disculpe un segundo.

Víctor pudo escuchar rumor de voces y ruidos de fondo.

—Aquí puedo hablar con más tranquilidad.

La voz tenía una dulzura embelesadora que Víctor volvía a recordar después de tanto tiempo, como si fuese un aroma que se hubiese quedado impregnado en su cerebro.

—La verdad, Ana, es que me tiene usted intrigado, ha sido una sorpresa su llamada.

—Bueno, en realidad..., necesito aclarar unas cuestiones y creo que usted me será de gran ayuda.

—Usted dirá.

—No, por teléfono no. Es algo delicado.

—¿Delicado?

—Señor Vega, ¿podría..., podría usted desplazarse a Madrid para que hablásemos personalmente de un asunto? Sé que es un asalto a mano armada lo que le pido, pero para mí sería muy importante.

Víctor cada vez sentía más curiosidad: todo lo que rodeaba a Hugo Mendoza le apasionaba, y el que su viuda quisiese hablar con él urgentemente le resultaba desconcertante.

—Ana, yo no tendría ningún inconveniente en desplazarme a Madrid, pero me gustaría que antes me adelantara algo sobre qué tema quiere usted tratar conmigo.

Hubo un silencio.

—Señor Vega, por favor, le pido que confíe en mí. No es algo que se deba hablar por teléfono. Si pudiese viajar yo a Valencia, no dude que lo haría, pero esta semana mi marido está en casa y... —La voz dudó—, si hago ese viaje imprevisto, pues... no podría explicárselo a Antonio.

Aquella respuesta insegura lo sorprendió. Ana imprimía a cada palabra un halo de misterio, y, en su negativa a darle información previa, le recordó a su hija Sofía, que, tierna y tozuda, se negaba a dormir con la luz apagada a pesar de que le perjurasen que no había fantasmas.

—Está bien, Ana. ¿Cuándo quiere que quedemos?

—Hoy a las siete sale un AVE que llega a las ocho y media a Madrid. Si a usted le parece, reservaría billetes y una habitación de hotel para usted, ¿el Ritz le va bien?

«¿Viajar esa misma tarde?!» Estaba muy intrigado, pero decidió no parecer tan sumiso.

—Eso va a ser imposible, Ana, esta tarde tengo trabajo —mintió mientras pensaba con rapidez.

Al día siguiente tenía una reunión con Claudio Serratosa, el catedrático del departamento. Llevaba semanas tras él, pero a Víctor no le apetecía verlo, era muy cansino. Si le hacía esperar un par de días más, no iba a pasar nada.

—Pero mañana por la mañana podría ir a Madrid.

—Eso sería estupendo. A las nueve y media sale un tren que llega a la capital a las once, ¿le vendría bien?

—Me vendría perfecto, pero nunca viajo en tren. Iré con mi coche. Solo deme una dirección.

—Señor Vega, lo que usted prefiera. Pero si quiere venir en coche, mi chófer puede ir a recogerle a Valencia y devolverle luego, así no es tan agotador para usted.

«¿Un chófer?» Obviamente, Ana ya no vivía en el humilde pisito de Torrejón donde él la había conocido.

—No, no se moleste, prefiero conducir. Me encanta conducir. Dígame tan solo la dirección y a las once estaré allí.

Ana parecía contrariada, pero su voz dulce no rechistó. Víctor anotó la dirección que ella le dio.

—Señor Vega...

—Llámeme Víctor.

—Víctor, una cosita más. Por favor, no comente esto con nadie.

Él volvió a notar en la voz de ella temor y duda.

—No se preocupe, Ana, no pensaba hacerlo.

—Muchas..., muchas gracias por todo. —La voz era apagada.

—Nos vemos mañana.

Cuando Víctor colgó, estaba intrigado, pero el dolor de cabeza le forzó a no pensar demasiado. Ya se resolvería el misterio al día siguiente. Se tragó un Efferalgán y se tapó con la manta para intentar conciliar de nuevo el sueño. Le despertaron unos golpes atronadores en el portalón de entrada. Solo había podido dormir media hora más. Sabía que ninguno de sus compañeros se levantaría a abrir, por lo que se enrolló una manta alrededor del cuerpo y, con los ojos entrecerrados y aún medio dormido, se acercó a la entrada: cegado por la luz de la calle, vio dibujada en el vano de la puerta una figura mastodóntica que le resultó familiar.

—Buenas tardes, Víctor. Día de cobro.

«Mierda.» Era Dimitri. Aquella mole entró en la casa apartando a Víctor sin contemplaciones: a las cuatro de la tarde, el tercer jueves de cada mes, Dimitri, puntual y obtuso como un buey, acudía a cobrar sus trescientos euros mensuales.

«Putas cartas.»

—¿Puedo pasar? —Dimitri, irónico y ya en medio del salón, observaba curioso la botella que yacía vacía en el suelo—. ¿Jägermeister? ¿Bebes esta mierda alemana, la preferida de los putos soldados nazis? Me decepcionas, donde esté un buen vodka...

Víctor se maldijo a sí mismo: con la borrachera, el ácido y Cécile en la cama, no había recordado que tenía que sacar dinero. Y hoy era día de cobro. Como siempre que estaba en una situación comprometida, al profesor tan solo se le ocurrió decir una tontería.

—Buenos días, osito Misha.

Dimitri se le acercó, destripándolo con su rostro óseo y cincelado. Tenía la misma altura que Víctor, pero una envergadura dos veces mayor. Tras ellos, la puerta de la calle permanecía abierta.

—Gilipollas, dame lo mío, tengo prisa. Hay más clientes aparte de ti.

Hablaba un español perfecto, sin acento. Su cabeza de mazacote completamente rapada, y los ojos azul husky con los que lo miraba a tan corta distancia, no invitaban precisamente a la conversación.

—Dimitri, se me ha olvidado ir al banco, pero me visto y...

El ruso, con una rapidez sorprendente teniendo en cuenta su corpulencia, encajó su índice y su pulgar en el cuello de Víctor, estampándolo contra la pared y desprendiéndolo de su manta.

—Y una puta mierda, las cosas no funcionan así: yo no te acompaño a ningún sitio, y tú me das los trescientos ahora..., o ya sabes lo que te va a pasar. —Aquella tenaza de hierro empezaba a asfixiar al profesor—. Mi jefe te lo explicó con mucho detalle hace tres años, y parecías haberlo entendido. Es la primera vez que me das problemas y es una lástima, me caes bien.

Pronunció cada palabra con la inquietante serenidad del vórtice de un ciclón: calma impregnada de violencia contenida. A cinco centímetros del suelo y con las manos aferradas a aquel brazo macizo que le impedía respirar, Víctor intentó explicarse sin conseguirlo por falta de aire en los pulmones.

—Bueno, empieza a dolerme el brazo, ¿y el puto dinero?

El profesor pataleaba impotente como un conejo al que van a degollar tras agarrarlo por las orejas. Tras golpear aquel brazo de leviatán y comprobar la inutilidad de esa estrategia, se echó mano a los bolsillos del pantalón instintivamente, sin recordar que iba en calzoncillos. Buscaba las llaves del coche: contra aquellos tipos Terminator que tantas veces se encontraba uno en la puerta de una discoteca, la única esperanza en caso de pelea era colocarse entre el índice y el anular la llave del coche a modo de berbiquí, y darle al oponente en la cabeza tan fuerte como se pudiera. Con un poco de suerte, la llave le reventaría un ojo o le perforaría la sien, y eso daba un pequeño margen de tiempo para salir corriendo como alma que lleva el diablo. Pero Víctor solo llevaba puestos unos *slips*, y empezaba a nublársele la vista.

—Los pavos nunca aplauden la llegada de la Navidad, pero tengo malas noticias



para ti: la Navidad ha llegado. ¡¿Dónde están mis putos trescientos euros?!

—Grrrrr... bggggg...

—¡¿Y mi dinero?!

—Grrrrr... bggggg...

—Mucho profesor y mucha universidad y no tienes ni para pagar tus deudas. — Dimitri giró su cabeza con precisión mecánica para registrar el caserón, como si fuese el periscopio de un submarino nuclear recién emergido del Atlántico Norte—. Menuda pocilga... Hasta la chica que limpia mi casa vive mejor que tú, ¿quieres que le pregunte si la puedes ayudar con el mocho, y te sacas un dinerillo?

—Grrrrr... bggggg...

Al observar que su víctima quería decir algo, aflojó ligeramente la garra sobre su cuello para permitir que pasase un poco de aire.

—O-osí-osito Misha, escucha..., escúchame bien.

A pesar del dolor que sentía, Víctor fue capaz de sonreír con ironía antes de enunciar una frase suicida:

—En mi hambre, mando yo.

El rostro de Dimitri se crispó, no se esperaba aquella respuesta.

—Y si tanto te gusta el mocho, ve y métete el que hay en la cocina por el culo.

La reacción del ruso, ante la provocación, fue rabiosa e instintiva: contrajo hacia atrás el brazo que tenía libre cerrando el puño, dispuesto a lanzar un contundente croché contra el rostro de Víctor.

—Ублюдох...

Odiaba a los españoles, odiaba su coraje de hojalata, odiaba la fanfarronería hueca que les hacía cometer locuras con las que proteger su negra honrilla, sin atender a las consecuencias.

—¡¡¡Nooooooooo!!!

Aquel yunque con forma de puño se acercaba a toda velocidad a la cabeza de Víctor, dispuesto a reventársela: todo iba a acabar muy pronto... y muy mal.

—¡¿Has dicho trescientos euros?! ¡¿Como estos?!

La voz femenina llegó clara y sólida desde detrás de la espalda esteparia del ruso. Este se asustó y dejó caer a Víctor al suelo para poder buscar en su sobaquera izquierda el revólver. No hizo falta desenfundarlo: al girarse, Dimitri vio a una chica grande y fea vestida con un chándal destellante, que lo observaba retadora, pero desarmada.

—Ya has oído al profe: en su hambre manda él. Pero yo de vez en cuando le hago un bocadillo, así que coge el dinero y lárgate de aquí. —En el extremo de su brazo, Paloma sostenía un fajo de billetes.

—Y tú ¿quién eres? —El ruso se desentendió de Víctor, en el suelo semiinconsciente.

—Yo soy la que te va a pagar tus jodidos trescientos euros este mes. Cógelos y lárgate.

La mole se controló para no descerrajarle el cargador en la cabeza a aquella tipa que se atrevía a darle órdenes.

—¿Qué pasa, idiota?! Ya sé que con la patata hervida que tienes bajo el cráneo solo te alcanza a tomar decisiones binarias simples, así que te lo explicaré bien sencillito, subnormal: o nos rompes el cuello a mí y a mi amigo, con lo cual no va a haber ningún otro día de cobro, o coges este dinero y te largas por donde has venido.

El ruso farfulló entre dientes algo en una lengua incomprensible y se acercó amenazador a Paloma. Esta aguantó el tirón y no se movió ni un milímetro, sosteniéndole la mirada a aquel saco de cemento. Entonces se escuchó la voz agónica de Víctor, tirado aún en el suelo.

—¿No quieres..., no quieres un cafetito antes de irte, osito Misha?

Dimitri lo miró rojo de ira, pero debió de entender que si le daba gusto al cuerpo, su jefe se iba a enfadar. Cogió el fajo de billetes de un zarpazo y se fue hacia la puerta, que seguía abierta. Diez segundos después, su Kawasaki ZX12R bramaba apurando el par motor. Paloma suspiró aliviada.

—Víctor, ¿estás bien?

Él, en cuclillas, se recuperaba buscando el aire.

—Sí, no te preocupes... Ya..., ya estoy bien. Puto cabrón...

Paloma lo ayudó a levantarse y volvió a echar la manta sobre sus hombros. Evitó los ojos de su amigo para no hacerle sentir avergonzado, centrando su mirada en las canillas de Víctor, ridículas como dos bambúes a los que les hubiese brotado pelo. Ridículas como cualquier canilla de hombre que tan solo viste *slips* y calcetines.

—Joder, Pam, tienes..., tienes dos cojones como dos melones.

Se sentaron en los escalones que subían a la primera planta del caserón, junto a los libros de la biblioteca de Víctor.

—¿Quién era esa mala bestia? ¿En qué lío estás metido?

—Nadie, un amigo. —Tosió ahogado.

—Si esos son los amigos típicos de un profesor de Literatura, no quiero ni imaginarme los de un marinero. ¿Por qué te persigue un matón ruso como si fueses el puto agente 007?

Víctor recuperaba poco a poco su color natural.

—Mejor que no lo sepas, Pam. —Seguía con los ojos inyectados en sangre.

—Y una mierda. Me acabas de costar trescientos euros, y has tenido suerte de que pasase por aquí y con dinero encima, venía a ver si me acompañabas a comprarme un par de chándales nuevos. Así es que empieza a contarme. ¿Quién era ese tipo?

Víctor se quedó observando a su amiga, pálido todavía.

—Tienes razón, me has salvado la vida. Gracias. —Se acercó a ella y le dio un beso en la mejilla.

—Déjate de gracias y de mariconadas. ¿De dónde ha salido semejante energúmeno? ¡Habla, hostias!

Víctor carraspeó. Su voz todavía era un hilillo débil.

—Bueno, hace algunos años me aficioné al póquer... La verdad es que desde niño me gusta jugar. Empecé a meterme en timbas cada vez más importantes y acabé en un lío que me viene algo grande.

—¿Qué clase de lío?

El profesor tomó aire, resignado: ya se encontraba mejor y sabía que Paloma no pararía hasta conocer toda la historia.

—En todos los pueblos de alrededor de Valencia hay timbas... sustanciosas. Son ilegales, pero la Guardia Civil hace la vista gorda. Suelen ser jugadores inofensivos con ganas de gastarse dinero, nada que ver con mafias y delincuencia. Por eso hay una cierta tolerancia. Entrar en esas timbas es cuestión de amigos y contactos. Yo me movía en ese círculo y no me iba mal, se me dan bien las cartas. —Tosió de nuevo; la garganta aún le dolía.

—¿Se te dan bien las cartas? —El tono de reproche era obvio—. Eres un puto zumbado...

—Sí, Pam, seguramente, pero ya que he empezado a contarte la historia, déjame acabarla. Una noche, en una partida en Cullera, me fue especialmente bien. Desplumé a todo el mundo y salí de allí con quince mil euracos. Estaba eufórico, jamás me había pasado algo así.

—¡¿Quince mil euros?! ¡¿En una noche?!

—No es algo excesivo para el nivel al que se mueven algunos tipos en ese mundillo. Pero para mí, sí, aquello fue algo excepcional. Me sentía poderoso con todo ese dinero en el bolsillo..., ganador. Quería más.

—Puto ludópata... Te he librado del ruso, pero tengo la sensación de que hoy aún te van a caer un par de hostiones como panes. Vamos, sigue, ¿qué pasó esa noche?

—La adrenalina me jugó una mala pasada. Uno de los tipos de la partida, un empresario potente que había perdido cinco mil euros aquella noche y estaba más fresco que una lechuga, me preguntó si me apetecían emociones más fuertes. Ya sabes, soy como Oscar Wilde, puedo resistir cualquier cosa... excepto una tentación.

Víctor, buscando cobijo, insinuó una sonrisa dolorosa, pero su amiga no se la devolvió: Paloma parecía ahora una institutriz alemana dispuesta a reprender a un chico díscolo.

—Continúa, letritas.

—Ese tipo hizo un par de llamadas y nos subimos en su Cayane rumbo a Benidorm. Llegamos a la una de la madrugada a un chalé espectacular. Durante el camino me explicó que la partida era de alto nivel, la montaban unos rusos muy profesionales que no se andaban con tonterías. Ellos contactaban con los jugadores, ponían las instalaciones y los crupieres, y, si lo necesitabas, te ofrecían financiación. A cambio se quedaban con el diez por ciento de todas las fichas que cambiaras y exigían una cantidad mínima para entrar a jugar de quince mil euros. Justo lo que yo llevaba en el bolsillo.

—¿Te metiste en la partida?

Víctor tomó aliento, abochornado, pero con gesto de truhan.

—Pam, ¿necesitas que te cite otra vez a Oscar Wilde?

—Ni se te ocurra. —Parecía enfadada—. No estoy para escuchar paparruchadas. Al turrón, ¿qué es lo que pasó en ese chalé de Benidorm?

—Joder, no seas tan dura conmigo... Aún estoy convaleciente. —Se masajeaba el cuello y sonreía, como un niño buscando mimos.

—Eres un descerebrado.

Refunfuñando, Paloma subió un escalón y se sentó detrás de su amigo para así poder masajearle el cuello con más facilidad.

—Vamos, Pimpinela, canta, ¿qué hostias pasó en ese chalé?

—¿Hace falta que te lo explique? Imagínatelo... Solo fichas de cien, trescientos y quinientos euros. En dos horas me habían desplumado.

—¡¿Lo perdiste todo en dos horas?! ¡¿Cómo es posible?! —Le giró la cabeza sin contemplaciones para encararlo—. ¿Trampas?

—¡Ay, bestia, me haces daño! Nada de trampas, ya te dije que eran profesionales, aquello a mí me venía grande. Dos de ellos habían estado en las World Series of Poker de Las Vegas. Lo que tenía enfrente no eran los típicos jugadores de timba de pueblo, puteros y con dinero, que con el puro en la boca y la copa de coñac creen que su intuición y sus cojones son infalibles a la hora de echarse faroles. Lo que tenía enfrente eran mentes matemáticas. Fui idiota..., me metí en un tiroteo armado con un tenedor.

—¿Mentes matemáticas, has dicho?

—Sí, eso es, Pam. El póquer del más alto nivel se juega fundamentalmente con estadística. Las grandes partidas están plagadas de cerebritos de universidad especializados en matemáticas; ha dejado de ser un juego de azar para ser un juego de estrategia, como lo es el ajedrez... y obviamente en ese contexto yo no daba la talla.

Paloma le escuchaba con atención.

—Y entonces, si te desplumaron, ¿por qué te persiguen los rusos que montaron la partida?

—Me volví loco... Nunca en mi vida había perdido así el control: venía de arrasarse tres horas antes y aquellos desconocidos estaban humillándome. Se me fue la pinza y les pedí a los rusos nueve mil euros. Tardé una hora en perderlos. Esa es la razón por la que todos los meses hay un día de cobro.

Ahora Víctor sí parecía genuinamente avergonzado, sin rastro alguno de sarcasmo en sus palabras que encubriese el sentimiento.

—A ver, que yo me entere, el orangután ese que casi te estrangula ¿quería matarte porque le debes nueve mil euros de mierda?

Víctor suspiró.

—A él no, a su jefe. Dimitri es un *mandao*, el que de verdad da miedo es el otro. —Tomó aire y carraspeó—. Cuando acabó la partida y se esfumaron los nueve mil euros que Dimitri me había entregado en préstamo, me retuvieron *ablemente* hasta

que todos los jugadores se largaron del chalé. Entonces apareció el jefe. No sé ni su nombre. Era un tipo elegante, de aspecto inofensivo, parecía un notario... Me chocó la mano, le dio la vuelta a una silla que había frente a mí y se sentó a horcajadas. Me entregó un libro.

—¿Un libro?!

—Sí, lo que has oído. *Crónica del pájaro que da cuerda al mundo*. Yo ya lo había leído, me encanta Murakami. No entendí nada... Y como siempre que estoy cagado de miedo, me hice el gracioso y le dije que mejor me dejaba otro, que ese ya lo había sacado de la biblioteca.

—Así me gusta, campeón, tú siempre con la frase inadecuada en el momento inadecuado... Nunca decepcionas.

—Pues sí... Pero la hostia que me soltó Dimitri me dejó claro enseguida que aquello iba en serio. Tras el guantazo fue su jefe el que volvió a hablar. —A Víctor se le ensombreció el rostro al recordar el momento, pero Paloma no pudo verlo, seguía tras él masajeándole el cuello—. Su voz daba miedo: «Esto es un regalo que le hacemos a todo aquel que nos pide financiación», eso es lo que me dijo.

—Vaya, unos mafiosos rusos aficionados a la literatura. Esos tipos son muy cinematográficos...

—Puede ser, pero te aseguro que yo no estaba para películas. Los tenía puestos de corbata, *acojonao*. Todo aquel lío me venía grande. —Víctor forzó voz de barítono, a pesar del dolor que todavía sentía en la garganta—: «Nos debes nueve mil euros», me dijo el ruso cabrón ese. «Y, tal y como se te ha informado adecuadamente antes de entregártelos, tienen un módico interés del cuarenta por ciento TAE. No saldarás tu cuenta completa aunque dispongas de liquidez, este préstamo no es amortizable por anticipado: durante los próximos ocho años y tres meses, a las cuatro de la tarde cada tercer jueves de mes, esperarás en casa a Dimitri. No hay excusa alguna, no irás al banco o a pedirselos a un amigo. Ni Dimitri ni yo podemos perder el tiempo. Serán trescientos euros en efectivo y al instante, de ese modo no tendrás ningún tipo de problema. Eso sí, si un solo mes Dimitri no te encuentra en casa, las cosas se complicarán para ti. Por trescientos miserables euros te buscaremos aunque te escondas debajo de la piedra más recóndita del desierto más solitario del planeta. En ese libro que te acabo de regalar, a partir de la página 169, se describe exactamente qué es lo que te pasará cuando te encontremos. Y te encontraremos. Dimitri sirvió durante años en las tropas de elite del ejército ruso destinadas en la frontera con Mongolia, te aseguro que no sería la primera vez que pondría en práctica lo que describe el libro. Y, por favor, Víctor, no te tomes esto como una amenaza. Son sencillamente condiciones comerciales.»

Lo recitó de un tirón, solemne y empachoso, como si fuese un mal actor declamando *Hamlet*.

—Vaya, vaya con los rusos. Un poco sobreactuados, ¿no crees?

—Lo único que sé, Pam, es que al llegar a casa releí las páginas de Murakami que

el ruso me había indicado y no dejé de vomitar en toda la noche. Desde entonces nunca me he retrasado en el pago.

—¿Qué dicen esas páginas?

—Mejor que no lo sepas, solo con recordarlas y pensar en la cara de Dimitri me dan arcadas.

—Menudo sarasa flojeras estás hecho... Pero dime una cosa, por trescientos euros de mierda, ¿esa bestia que acaba de irse te hubiese matado?

—Es probable. Lo de menos son los trescientos euros, esa gente vive de su reputación: si a mí me matan, en efecto dejan de cobrar mi dinero, pero todo el mundo entiende que con ellos no se juega... Bueno, tal vez no sea la palabra adecuada, sí se juega, pero se paga.

—Ya veo. Víctor, yo te puedo dejar la pasta... —Paloma dejó de masajear el cuello de su amigo.

Él negó con la cabeza.

—Ni lo sueñes, en este lío me metí yo y yo saldré de él.

Ella no quiso insistir, sabía que para un hombre como Víctor podía llegar a ser humillante que le evidenciaran en exceso su maltrecha situación económica. Él se giró para encararla.

—Gracias de nuevo, Pam. Te devolveré tu dinero, te lo juro.

Paloma, con los brazos cruzados sobre su corpachón, lo miraba condescendiente desde el escalón de arriba.

—Cierra el pico, Mary Poppins. Oye, ¿has dicho que el póquer de alto nivel hoy en día es pura matemática?

—Sí, los mejores jugadores del mundo vienen de formarse en facultades politécnicas.

Ella esbozó una sonrisa traviesa, que le plegó aún más la papada.

—Pues entonces olvídate de esos trescientos euros. A cambio quiero que me enseñes a jugar a ese maldito juego.

Víctor alargó los brazos y estiró los mofletes aerostáticos de su amiga, como una odiosa tía solterona de visita en casa de su sobrina.

—Ni lo sueñes: prefiero hacerme travelo y prostituirme para poder devolverte cada euro antes que meterte en ese mundo de mierda. Las cartas son basura. Tema zanjado.

A Paloma se le descolgó la sonrisa por culpa de la decepción: sabía que una negativa tan rotunda de su amigo era inapelable.

Víctor aparcó el coche en la calle de Serrano, a la altura de la Biblioteca Nacional. Se arrepentía de haberse puesto aquel cuello cisne negro, le presionaba a la altura de la garganta y su cuello aún estaba resentido de su desagradable encuentro del día anterior con Dimitri. Localizó la casa junto a la plaza del Marqués de Salamanca.

«Vaya vaya...»

Rodeada por edificios de lujosos pisos y oficinas, aquella mansión con su amplio jardín parecía una de las embajadas extranjeras tan frecuentes en la zona. Bajo la atenta mirada de dos cámaras de seguridad que lo observaban desde las alturas, Víctor llamó por el interfono. Ana lo estaba esperando.

—Salgo ahora mismo.

Al abrirse la cancela, el profesor se encontró exactamente con el rostro que esperaba. Ana le dio dos besos y lo invitó a pasar con su tono de voz dulce y armonioso. Bajo la rebeca que se había puesto para protegerse del frío, llevaba un vestidito negro de tirantes, largo, espolvoreado de margaritas diminutas y simpáticas: la prenda perfecta para un cuerpo que parecía hecho de porcelana fina. Zapatitos planos.

—Menudo frío se nos ha echado encima esta noche, menos mal que el sol ya empieza a caldear. Pase, Víctor, siéntase como en su casa.

Cruzaron a buen paso el césped sobre el que aún había restos de escarcha. Las rosaledas y los parterres, cuidados con mimo, arropaban la vivienda. Era un palacete estilo Tudor con la fachada cubierta de hiedra, cuyas rebabas cortaba algún jardinero con esmero para que no cubriesen ventanales y vidrieras. La mayoría de esos ventanales ya lucían desplegados de par en par los postigos de madera que los protegían. Sin embargo, unos pocos, somnolientos, permanecían entreabiertos como si fuesen párpados legañosos acurrucados por culpa del sol de la mañana.

—Qué calorcito más bueno hace aquí dentro.

—¿Bajo la calefacción? Es que yo siempre tengo frío...

—No, Ana, para mí es perfecta esta temperatura.

La decoración del vestíbulo era como la dueña de la casa, sencilla, pero de un gusto exquisito.

—Estaremos más cómodos en la biblioteca.

Se sentaron en un sofá chéster, junto a los ventanales que enmarcaban la rosaleda. El profesor contemplaba impresionado las paredes repletas de libros.

—Tiene usted una biblioteca magnífica.

—Mi padre es un gran lector, y ya lo fue mi abuelo antes que él. Yo soy la única que sigo la tradición, mi hermana no creo que haya conseguido leer hasta el final un libro en su vida.

Llamaron a la puerta y apareció una mujer, de unos cincuenta años, de aspecto andino. Llevaba cofia y delantalito de blonda.

—Buenos días, ¿los señores desean tomar alguna cosa?

Ana se giró hacia Víctor.

—¿Le apetece algo? ¿Un zumo, un café? ¿Cerveza?

—No, gracias, nada, he almorzado bien a mitad camino. Y, por favor, tutéame, creo que somos de la misma edad y no soporto el usted.

Ella le sonrió y se giró hacia la criada, que esperaba paciente.

—No queremos nada, gracias, Lucrecia. Por favor, que nadie nos moleste, ni me pases llamadas.

—Muy bien, señora, como usted diga.

Se cerraron las puertas y la biblioteca volvió a quedar en silencio. Víctor observó a Ana con detenimiento mientras ella, con aire distraído, parecía ordenar las revistas que descansaban sobre la mesita de café.

—Bueno, te confieso que me tienes intrigado.

Era obvio que su anfitriona no había descansado bien esa noche, su cara delicada traslucía fatiga y sus ojos añoraban un buen sueño.

—En realidad..., en realidad solo quería hacerte unas preguntas más bien... técnicas. He de confesarte que, aunque te parezca extraño después de tanto tiempo, me causaste una excelente impresión cuando nos conocimos. —Ana se observaba las manos mientras hablaba, como queriendo desenroscar sus dudas girando una y otra vez el anillo de casada.

—La verdad es que a mí también me encantó conocerte. No fue fácil conseguir que me recibieras, pero valió la pena.

Víctor sonreía intentando rebajar la tensión.

—Siento no haber podido ser de más ayuda en aquella ocasión, pero pasaba por un momento muy malo.

—No te preocupes, lo entendí perfectamente: acababa de fallecer tu marido, cualquier otra en tu situación ni tan siquiera me hubiese recibido. Más bien soy yo el que debería pedirte disculpas, creo que fui demasiado... insistente. Cuando me encabezono con algo, a veces pierdo la perspectiva y me vuelvo muy pesado.

Ella alzó el rostro y sonrió. Víctor creyó poder escuchar el oleaje del mar de dudas que atronaba en el interior de aquella cabecita delicada.

—No creas que no sé valorar que fuiste el primero que me pidió una entrevista para hablar sobre Hugo cuando él era un completo desconocido. Tu artículo en *Art&Mañas* para mí es muy especial.

—¿Lo leíste?

—Por supuesto, lo tengo guardado, fue el primero sobre *Botavara*.

Víctor se sintió halagado.

—He visto que en la última novela utilizáis mi denominación de *realismo mágico mediterráneo* que apareció en ese artículo por primera vez. Por cierto, me ha encantado el libro. A pesar de que la trama transcurre en el siglo XIX, es muy fresco y actual. Si no fuera porque sé que las novelas de Hugo Mendoza llevan años escritas, pensaría que esta acaba de salir del horno.



El profesor sonreía para evidenciar la naturaleza jocosa del comentario, pero a Ana se le mudó el rostro. Como si una borrasca hubiese cubierto el cielo de Madrid, la biblioteca dejó de ser una estancia acogedora.

—Víctor, te he hecho venir porque... necesito saber, bueno..., me gustaría saber..., tras *Botavara*, ¿qué piensas del resto de los libros de Hugo?

Víctor se quedó sorprendido, no tanto por la pregunta, sino por la timidez y prudencia con que su anfitriona la había planteado.

—Ana, es una pregunta muy abierta, no sé bien a qué te refieres.

Ella seguía torturando obsesiva a su anillo de casada.

—Bueno, sé que eres seguramente el mejor especialista de la obra de Hugo que hay en España, y la literatura comparada es un campo que dominas. En esos trabajos tengo entendido que analizáis las diferencias entre obras, estilos... Me gustaría saber qué piensas de los cuatro libros de Hugo que hay en el mercado.

Víctor se detuvo a reflexionar. Nunca había hecho un estudio académico y exhaustivo de tipo comparativo entre los libros de Mendoza, pero se sentía capacitado para ello, los conocía a la perfección.

—En realidad, la literatura comparada analiza textos de diferentes autores y orígenes diversos para intentar enmarcar esas obras en corrientes homogéneas o divergentes. Lo que tú me preguntas no sé si podría considerarse literatura comparada, pero creo saber a lo que te refieres.

Ella escuchaba absorta, con total atención.

—La obra de Hugo es toda ella excepcional. Es raro ver tanta calidad; normalmente, los autores tienen altibajos y, junto a obras maestras, aparecen otros libros más flojos. En mi opinión, *Botavara*, aunque fue el primero en ser publicado, pertenece a un periodo de mayor madurez que *Pan con chocolate* y *Cálido invierno*, seguramente fue escrito con posterioridad a estos. Claro que puedo estar equivocado, pero el uso de metáforas es más maduro, se abusa menos de recursos estilísticos superfluos y recargados. En ella se observa un proceso de simplificación propio de escritores maduros, ya bien cuajados, lo cual es extraordinario teniendo en cuenta la edad a la que murió Hugo. Por eso me sorprendí tanto estas Navidades al leer *Para un ratón, los murciélagos son ángeles*.

—¿Por qué?

—Es todavía más evolucionado en su estilo que *Botavara*. Si me equivoco, disculpa, pero, en mi opinión, de los cuatro, es el último que escribió. La depuración estilística es excelente. Casi todos los autores pecan en sus años de juventud de una adjetivación exagerada, de una sintaxis rebuscada o de descripciones recargadas que tan solo pretenden hacer muy frondoso el texto. No les entra en la mollera que el mejor amigo de un buen escritor es la papelera. Pero en *Para un ratón, los murciélagos son ángeles* no sobra ni un adjetivo, sin caer por ello en los ridículos esquematismos minimalistas que tan solo pretenden ser originales, en plan urinario de Duchamp. En ese libro no se ve ninguna de las típicas reglas absurdas de taller de

escritura, tan habituales entre los escritores contemporáneos, reglas que estrangulan su originalidad: «Cuidado con los adverbios, la partícula *-mente* es tu enemiga. Veinticinco por ciento de planteamiento, cincuenta por ciento de desarrollo, veinticinco de desenlace». Hugo se ríe de esas majaderías.

Ana lo escuchaba con ojos temblorosos. Al oír hablar a Víctor, algo muy íntimo se agitaba en su interior.

—Teniendo en cuenta todo eso, ¿dirías, entonces, que la obra de Hugo es..., es homogénea? —preguntó con un hilillo de voz.

—Es extremadamente homogénea. Las particularidades estilísticas que te comentaba son las propias de un escritor que evoluciona, pero sus argumentos, sus maneras sintácticas y semánticas, su robustez conceptual..., todo evidencia una coherencia estilística enorme.

—Ya veo... Tus opiniones parecen tan sólidas...

Él la vio perdida y quiso ayudarla.

—Ana, ¿pasa algo? ¿Qué es lo que de verdad te preocupa? Disculpa la franqueza, y en absoluto te lo tomes como un reproche, pero tengo la sensación de que no estás siendo del todo sincera conmigo.

Fue un error. En lugar de ayudar a liberar toda la tensión que Ana guardaba en su interior, esas palabras la asustaron como un disparo asusta a una bandada de gorriones.

—Tenemos dudas sobre el orden cronológico en el que Hugo escribió las novelas, por eso tus comentarios me han sido de gran ayuda. —Estaba muy nerviosa e intentaba disimularlo hablando con aplomo—. Él era un auténtico desastre con esas cosas, no fechaba sus escritos, pero estamos pensando en lanzar sus obras completas y quisiéramos trazar una línea cronológica coherente.

—Me parece fenomenal. Yo estaría encantado de colaborar en lo que pudiese. Sin cobrar nada, desde luego, la obra de Hugo es mi pasión.

Ella estaba cada vez más y más incomprensiblemente tensa.

—Desde luego, es un proyecto aún en fase de desarrollo, pero más adelante me pondría en contacto contigo. Me has sido de gran ayuda.

Ante la sorpresa de Víctor, su anfitriona se puso en pie dando por concluida la conversación. Volvía así a aparecer la Ana de años atrás, reservada y opaca. Él permaneció sentado.

—Ana, ¿realmente me has hecho venir para preguntarme solo eso? ¿Qué pensaba de la obra de Hugo?

Ella parecía incómoda y turbada.

—Disculpa, sé que puede parecerme extraño, pero para mí era importante. Desde luego, quisiera abonarte tus gastos y minuta por el desplazamiento y tu tiempo. No quiero que pienses que soy una aprovechada, iré a por mi chequera.

Víctor se levantó y la detuvo tomándole los antebrazos. A ella el contacto físico inesperado pareció sorprenderla.

—Ana, por favor, tranquilízate. —Él sintió que ella era pequeñita, con huesos de pajarillo que se agitaban, osados y nerviosos—. No quiero ni un céntimo, no he hecho nada para ganármelo.

Aquella mujer, de manera instintiva, le despertaba ternura. Sus dudas parecían una manada de ñus remolones que no se decidían a vadear el río por miedo a los cocodrilos: una vez el primero se lanzase al agua, todos irían detrás a borbotones. Víctor decidió realizar un último intento para lograr que el primer ñu saltase.

—No me conoces demasiado, pero..., no sé cómo explicarte esto sin parecer pretencioso. Mira, mi abuela me dio un consejo de niño que no he olvidado jamás: «De lo que sepas, Víctor, habla con prudencia. De lo que no sepas, cierra la boca, escucha y aprende». —La miró intentando transmitirle seguridad y cariño, sin el más leve regusto de fatuidad—. Yo sé de pocas cosas, pero de literatura española sí me atrevo a hablar, he leído mucho y he reflexionado mucho sobre lo que he leído. Por eso me atrevo a decir que el noventa por ciento de los escritores consagrados por el público de este país están sobrevalorados.

Ella escuchaba con tanta atención que por un momento a Víctor le pareció que las curvas de los pabellones auditivos de su anfitriona eran en realidad las curvas de dos signos de interrogación: la solitaria perla que lucía en cada lóbulo, sin duda, hacía las funciones de puntito de cierre inferior.

—¿Sobrevalorados? ¿Por qué dices eso, Víctor?

—Porque los lectores suelen ser ingenuos, tienden a confundir la melancolía con la genialidad. Son sensibleros, no sensibles. En la música y en la pintura es también un fenómeno bastante habitual.

Ana parecía estar analizando con microscopio cada una de las palabras de su invitado, que hablaba mientras la arponeaba con sus ojos.

—Eso hace que haya por ahí un montón de tipos que se llaman escritores y que venden miles de libros porque se dedican a halagar a ese público ingenuo: mezclan máximas solemnes con metáforas ingeniosas, añaden algo de introspección, vidas muy atormentadas, toques de sexo y algún que otro chistecillo simpático. Se agita bien la coctelera y... ¡basura al canto! No hay que dejarse engañar, eso en realidad no son escritores, no son artistas. A lo sumo, son artesanos. Hugo no tenía nada que ver con esa gente, vivía en otra dimensión.

—¿Qué... quieres decir con eso? —preguntó ella con temor.

—Quiero decir que a Hugo los convencionalismos de la literatura le traían sin cuidado. No escribía para satisfacer a su público, escribía para él. De hecho, a veces, cuando lo lees, te das cuenta de que te has enamorado de su literatura *a pesar* de lo difícil que el escritor te lo ha puesto. Lo lees a contrapelo, como cuando te afeitas: molesta, pero al final el apurado es perfecto... Y creo que esa es la razón por la que engancha tanto. Me recuerda a una chica que conocí hace años, que no me hacía caso y por eso cada vez me gustaba más. —Sonrió para relajar el ambiente, pero su anfitriona permaneció impávida—. Hugo adjetivaba como le venía en gana, te metía

veinte páginas de diálogo febril y luego otras veinte de introspecciones neuróticas del narrador, no se preocupaba por acabar un capítulo con un giro argumental original que obligase al lector a seguir leyendo... No necesitaba describir hechos, los suyos no son libros «de carreritas», sus protagonistas no están haciendo cosas constantemente, porque él a lo que se dedicaba era a describir emociones, que es lo que hacen los verdaderos escritores.

Apuntalado por el despliegue de sinceridad que acababa de llevar a cabo con aquella perorata, decidió lanzar un órdago final:

—Ana, ¿no quieres contarme nada más? Tal vez pueda ayudarte.

La reacción de ella ante el órdago fue defensiva: se zafó de la mirada de Víctor y adoptó una postura muy digna. Ahora más que nunca Ana Cifuentes parecía una joven Lady Ginebra, débil pero valerosa.

—No tengo nada que contarte ni necesito ayuda alguna. Pero gracias por ofrecérmela. Creo que todo esto ha sido un malentendido. Te agradezco muchísimo que hayas venido y aún te lo agradecería más si me permitieses abonarte tus honorarios.

Víctor sabía reconocer cuándo una batalla estaba perdida. Rebuscó en el bolsillo interior de su americana y sacó una tarjeta de visita y un bolígrafo. Se apoyó en la mesa de café y anotó algo.

—Toma, Ana, aquí tienes mi dirección personal y mi *e-mail*. Cualquier cosa que necesites, llámame o escíbeme. Olvídate de mis honorarios, ha sido un placer volver a verte. Y siento haberte asustado, no era mi intención.

Ella simuló no haber escuchado el último comentario, y acompañó en silencio a Víctor hasta la puerta del jardín.

—Gracias de nuevo por venir.

Ana Cifuentes, como el pajarillo asustado que era, cerró la portezuela de su jaula de oro. Mientras caminaba hacia el coche, Víctor decidió que iba a intentar no pensar más en la viuda de Hugo Mendoza, tenía preocupaciones más apremiantes. Pero, sin duda, la conversación le había parecido muy extraña. «¿Para qué coño me habrá hecho venir esta mujer a Madrid?», se dijo a sí mismo con más curiosidad que enfado.

La entrevista con Ana Cifuentes había sido más breve de lo previsto, y le apetecía estirar las piernas antes de coger el Porsche para volverse a Valencia, por lo que bajó hasta Castellana y se puso a caminar en dirección a Cibeles. En un puesto frente al edificio de Correos, compró media docenita de churros y le pidió a la mujer que lo regentaba, vestida de chulapona para atraer a los turistas, que echara mucho azúcar.

—El señor es goloso, ¡pues venga *azuquita* del bueno!

La ciudad estaba radiante y los edificios del Madrid más imperial refulgían con la luz invernal. Los japoneses bajaban sonrientes de los autobuses blandiendo sus cámaras fotográficas, y se topaban con ejecutivos atareados que los sorteaban como podían. Sobre su fachada, un gran cartel anunciaba que en el museo Thyssen había

una exposición temporal de dibujos de juventud de Picasso. Víctor decidió entrar a echarles un vistazo. Cuando salió del museo, una hora después, con la retina saturada de cuerpos deformes de una belleza inquietante, bajó el paseo del Prado y enfiló Atocha cuesta arriba. Al llegar a la plazoleta de Santa Cruz, en la esquina con la calle de la Bolsa, vio un cajero automático del Banco Santander. Sacaría los trescientos euros que le debía a Paloma y así saldaría su deuda esa misma tarde cuando llegase a Valencia.

«Putaluz...»

El sol se reflejaba contra el cristal del cajero y le costaba ver la pantalla. Como pudo, tecleó el código secreto y la cantidad. El cajero le informó de que había superado el saldo de su cuenta, que ascendía tan solo a doscientos sesenta y seis euros.

«¡Joder!»

Marcó un reintegro de doscientos sesenta euros y dejó seis en la cuenta. Técnicamente estaba sin blanca, y se arrepintió de no haber aceptado el dinero que Ana Cifuentes le había ofrecido.

«Puto orgullo...»

Paloma iba a tener que esperar para recuperar sus trescientos euros, de otro modo él no iba a poder comer en lo que quedaba de mes. El cajero rumiaba mientras Víctor esperaba su dinero cuando sintió unos fuertes tirones en el faldón izquierdo de su americana.

—¡Deme algo, señor, deme algo! Es para comer.

Una niña de no más de nueve o diez años lo observaba implorante mientras tiraba con fuerza de la chaqueta de Víctor.

—Señor, por favor, tengo hambre.

A pesar de su aspecto cetrino, tenía una mirada de un azul muy intenso. Por sus ropas, parecía una cingara. Víctor se quedó observando aquellos ojos hipnóticos.

—Deme algo, señor...

Todo sucedió muy deprisa. Mientras Víctor tenía la cabeza girada hacia la niña, pudo escuchar el sonido metálico inconfundible del cajero expulsando el dinero. Volteó el rostro hacia la pantalla esperando los billetes, pero en ese mismo instante la niña tiró con más fuerza del faldón izquierdo de la americana. Instintivamente Víctor se giró de nuevo hacia ella y sintió un roce veloz por el lado derecho de su cuerpo. Al volverse, pudo ver a un chavalín desarrapado, de la misma edad que la niña, corriendo como una liebre calle Esparteros abajo. Rápidamente miró la ranura del cajero. El dinero no estaba. Y la niña se había esfumado también. Entendió la situación al instante: él era el *pringao*.

—¡Cabrón! ¡Vuelve aquí!

Como un rayo, salió disparado detrás del mocososo, que le había sacado treinta metros de ventaja. El niño, pequeño y ágil, zigzagueaba con facilidad entre los transeúntes.

—¡Detengan a ese niño, párenlo!

Antes del cruce con Postas, tropezó con el carrito de la compra de una anciana que empezó a insultarlo muy castiza. Víctor se levantó del suelo como un resorte, justo a tiempo de ver cómo el crío alcanzaba la calle Mayor y dudaba unos segundos si dirigirse hacia la izquierda o hacia la derecha. A la derecha, a escasos metros, estaba la Puerta del Sol, atestada de gentío entre el que era fácil escabullirse. Sin embargo, siempre había por allí media docena de municipales rondando por las aceras. Su misión era intentar controlar a los rateros, trileros, chaperos, navajeros, putas, sablistas, mendigos... y todo tipo de gente de malvivir que, como hienas risueñas, intentaban darles un bocado a los turistas que paseaban admirando el Madrid de los Austrias.

El chaval debió de reflexionar sobre todo aquello y decidió torcer hacia la izquierda. Víctor salió catapultado tras él. Ya en la calle Mayor le dio tiempo a ver cómo el rufián tomaba la travesía del Arenal. Cuando él llegó a la bocacalle, el crío seguía llevándole treinta metros de ventaja, pero había aminorado el ritmo de carrera.

—Ahora o nunca, Víctor... Ahora o nunca.

Tenía por delante de él ochenta metros de calle estrecha sin posibilidades de cobijo alguno, todo se reducía a ver quién corría más. Por su mente cruzaron preocupaciones varias: la pensión de manutención de Sofía, Dimitri, comer y vestirse, devolverle el dinero a Paloma... Todo aquello impulsó sus piernas como si fuesen muelles.

—¡Ya eres mío!

Justo al final de la travesía, poco antes de llegar al Palacio Gaviria, el ladronzuelo sintió el zarpazo de Víctor en el pescuezo.

—¡Dame el dinero y lárgate, no quiero hacerte daño!

El chico se revolvió escurridizo como una anguila y consiguió zafarse de la mano de Víctor, enfrentándose a él dispuesto para la lucha: no tendría más de diez años, y un cuerpo que parecía hecho de palillos de dientes. Su cara, sin embargo, mostraba una determinación total. Como la niña, era agitanado y extremadamente guapo, con ojos muy azules.

—*Shampona-mi-ai flocii cu saliva!*

Víctor no lo entendió, pero, por la expresión del chaval, no debía de ser algo muy agradable. Como dos luchadores grecorromanos de tamaño desigual, se observaban en posición de ataque.

—Devuélveme mi dinero y lárgate.

La respuesta del pequeño fue contundente: sacó del bolsillo de sus pantalones turcos una navajilla con diez relucientes centímetros de hoja. La rabia con la que la empuñaba evidenciaba que no iba a tener inconveniente en destriparle el bajo vientre al maldito *pringao* que le había obligado a echar el bofe. Víctor no se amilanó: decidió probar con la estrategia del miedo.

—Guarda eso, no te vayas a hacer daño. Si te pones tontorrón, te voy a tener que

meter por el culo ese cortaúñas y te hará mucha pupita.

No funcionó. El chaval se abalanzó sobre él con más rabia que técnica. Víctor lo esquivó y, aprovechando el ligero desequilibrio del chico, le agarró con fuerza la muñeca que sostenía el arma. Se la retorció hasta que la navaja salió volando y desapareció bajo un coche aparcado.

—Quieto paraooooo...

El chico, de espaldas a Víctor y con el brazo completamente luxado, aullaba de dolor con un fuerte acento extranjero.

—¡¡¡Suéltame, hijo puta!!! ¡¡¡Suéltame!!!

—¿Dónde está el dinero?! ¡Dame el dinero y te dejaré marchar!

—¡No tengo dinero! ¡Se lo llevó chica!

Víctor sabía que aquello no era posible, no le había quitado el ojo de encima al chaval en toda la carrera.

—¡Déjate de hostias! Mira, en otras circunstancias me darían igual doscientos euros de mierda, pero te aseguro que los necesito más que tú.

Le retorció el brazo con algo más de intensidad y escuchó el alarido de dolor del pequeño. Un par de conserjes de finca, atildados como si fuesen empleados de funeraria fina, salieron a ver lo que pasaba. De inmediato se volvieron a meter en sus porterías, indiferentes: por lo visto ese tipo de espectáculos eran habituales en la barriada.

—¡Que te den por culo, *pringao* mierda! Marilyn comerrabos...

El chaval era duro de verdad. Víctor decidió que tendría que encontrar el dinero por sus propios medios.

—Estate quieto, cabrón...

Mientras con una mano seguía inmovilizando al chico, con la otra empezó a escarbarle los bolsillos del pantalón turco.

—¡Tú gustar tocarme, ¿eh?! Marilyn..., maricón mierda...

En el bolsillo derecho Víctor encontró su fajo de billetes. Se lo metió en la americana y liberó el brazo del crío, que cayó al suelo maldiciendo en su lengua y masajeándose la dolorida muñeca. En ese momento un coche de la Policía Nacional con las sirenas encendidas, que venía a toda velocidad desde la calle Arenal, dio un frenazo y se detuvo.

—Caballero, ¿se encuentra usted bien?

Hablaba un cincuentón de prominente panza que se esforzaba por salir de detrás del volante. Su joven compañero, un gigante con rostro de niño tierno que juega a ser un hombre a base de apretar mucho las mandíbulas, ya estaba de pie frente al chaval cerrándole el paso. Este, aún dolorido, se miraba la muñeca sentado en el bordillo de la acera.

—Todo está bien, no hay problema.

Víctor recuperaba el aliento después de tantas carreras y emociones. El policía de mayor edad le soltó un pescozón al chico.

—¿De vuelta a las andadas, Traian? ¿Cómo te tengo que decir que dejes en paz a la gente de bien y te vuelvas *pa* tu puto país?

El muchacho ahora se miraba la muñeca sin hacer caso al policía. Este tenía aspecto de Sancho Panza: amplia coronilla, ancho de espaldas, corto de estatura y con antebrazos de macetero de los que brotaban, en lugar de geranios, unos dedos morcillones de amasador de embutidos.

—Caballero, ¿qué ha sido? ¿Tirón, navaja, cajero?

—Cajero, él y una niña.

El policía se rascó el cráneo con sus dedos morcillones. Al bajar el brazo dejó caer los nudillos con fuerza sobre la cabeza del chico, que seguía sentado a sus pies. Hasta a Víctor le dolió semejante coscorrón.

—Es Marilena, su hermana, trabajan juntos. ¿Cuánto se han llevado?

Víctor ya estaba más tranquilo.

—No se preocupe por el dinero, lo he recuperado.

El agente esbozó una sonrisa socarrona.

—¿El *joputa* este le ha devuelto el dinero? ¿Así? ¿Por las buenas? Muy raro me parece eso a mí... Este es más malo que Caín, y más duro que los clavos de un ataúd.

—Bueno, tuve que convencerlo. No estaba muy por la labor.

El policía cincuentón se dirigió a su compañero, que seguía plantado frente al niño bloqueándole cualquier posible escapatoria.

—Has visto, Jacinto, lo que te tengo dicho: si más gente les diera de vez en cuando un par de hostias a estos chavales, no habría tanta chusma en la ciudad. Pero claro, luego están los putos defensores de los derechos humanos y toda esa mierda...

—Se giró hacia Víctor—. Caballero, he de pedirle que me acompañe a comisaría, aquí al lado, en Leganitos. Es para poner la denuncia. No es que vaya a servir para mucho... En realidad no va a servir *pa na*, este ya se conoce aquello mejor que yo, lo hemos detenido más de cincuenta veces, entrará por una puerta y saldrá por la otra, pero bueno..., así hacemos el paripé.

Víctor escuchaba al policía mientras desde el suelo el chaval lo miraba con sus ojos zarcos e implorantes: al profesor ese azul tan intenso, varado en medio de un rostro huesudo y de tez cetrina que parecía haber pasado hambre, le pareció puro Velázquez.

—No, no voy a denunciar. Es solo un niño.

El policía, sorprendido, habló en tono destemplado.

—Caballero, que no le confunda su aspecto indefenso, ya le he dicho que este es más malo que Caín. A usted le ha robado al descuido, pero mañana le pondrá una navaja en el cuello a una abuela y, si se pone chula y no le da la pensión, la pinchará y se quedará tan pancho. Todos estos se saben la ley mejor que nosotros, el juez no puede hacer nada contra ellos, pero me veo en la obligación de recomendarle que denuncie, de ese modo podemos al menos tener estadísticas fiables.

Víctor apartó los ojos del niño para enfrentar los del policía.



—Ya le he dicho que no voy a denunciar. Fin de la conversación.

Sancho Panza relinchó:

—Usted mismo. Sabe qué le digo, que mejor, así me ahorro el papeleo. —Se giró hacia su compañero y habló a gritos—. ¡Vámonos, Jacinto, aquí estamos perdiendo el tiempo! Putos rojos de mierda, si Franco levantara la cabeza, también íbamos a estar todo el día tú y yo corriendo detrás de esta gentuza que se ríe de nosotros.

Subieron al coche patrulla y se fueron a toda velocidad. Víctor se quedó observando al chico, que ahora permanecía cabizbajo.

—¿Cómo dijo el policía que te llamabas?

Preguntó mientras se sentaba a su lado. El chaval, tras unos segundos de duda, respondió con voz débil.

—Traian.

—¿Y qué edad tienes?

—Nueve.

Su cuerpo era tan delgado, y su cráneo estaba tan rasurado que Víctor tuvo la impresión de que, rozando con fuerza aquella cabeza contra el asfalto, brotaría de ella fuego como si fuese un fósforo.

—Perdona por lo del brazo. Pero es que estoy pasando un mal momento, esa pasta me hace falta.

Le sonó algo ridículo justificarse por querer recuperar su dinero, pero se sentía culpable por haberle hecho daño a un crío de nueve años que casi podría haber sido compañero de clase de su hija.

—No problema. —El muchacho alzó la cabeza y miró con sus ojos de azul fiero, que contrastaba sin compasión con la piel morena—. Ser parte oficio.

—¿Desde cuándo te dedicas a esto?

—Hacer tres años. Nada más llegar España.

Hablaba muy serio, con un tono solemne.

—¿Por qué lo haces? ¿Tus padres lo saben?

—Mis padres muertos, son jefes los que me obligan.

—¿Jefes?

El chico volvió a mirar al suelo. Por el imbornal de la alcantarilla asomó una rata que, curiosa, se quedó observándolos unos segundos mientras se acicalaba los bigotes, para enseguida zambullirse de nuevo en las entrañas de la ciudad.

—Nos cargan en coche de muy mañana y nos bajan desde Cañada Real Galiana, allí vivo con hermana. Nos recogen a las diez de la noche. Si no hemos conseguido recaudación mínima, nos pegan paliza.

Víctor le rascó la cabeza con cariño. Ante el contacto físico, el muchacho por primera vez esbozó una sonrisa.

—Toma, creo que te lo has ganado, corres como un demonio.

Mientras hablaba, el profesor sacó un billete de cincuenta euros y se lo puso en la mano al chico. Este lo cogió sin pronunciar palabra. En lugar de eso, rebuscó en su

calcetín derecho y sacó las llaves del Porsche.

—Toma, creo que tú también te las has ganado. Eres un *pringao* puta madre. Te las cogí mientras tú buscabas dinero.

Víctor observó las llaves, incrédulo, y también sonrió.

—Eres hábil, no me di ni cuenta.

El chico se esponjó, orgulloso por el piropo.

—En realidad, especialidad mía ser carteras. Soy muy bueno con carteras. Y el policía mentir, yo nunca atraco abuelas ni pincho a mujeres. Eso hacerlo solo cobardes y marylins comerrabos.

—¿Qué ibas a hacer con esto? —Víctor sopesaba las llaves.

—Seguirte, ver dónde habías aparcado coche y luego llevármelo.

—¿Llévartelo? ¿Sabes conducir?

El muchacho pareció ofenderse.

—Mejor que tú.

Víctor rio a gusto al ver al chico, muy ufano, sacar pecho. Al hacerlo echó atrás la cabeza: vio, entonces, de refilón, bajo el coche que tenían aparcado al lado, el brillo de la navaja. Alargó el brazo y la recogió. La empuñadura de marfil labrado era una pequeña obra de arte.

—Toma, esto es tuyo Traian.

—Decirse Traian.

El chico empuñó de nuevo su arma y se quedó mirando a Víctor. Cerró la navaja y habló muy serio.

—En mi tierra, Rumanía, padre enseñó a mí que cuando un hombre te hace un favor, si eres un hombre de verdad, tienes que agradecerse. Esta navaja es para ti. Gracias por no denunciar a policía.

Víctor estaba impresionado.

—No..., no puedo aceptarla, esta navaja es una preciosidad...

El chico se la tendió insistente.

—Toma, si no coges, yo ofenderme.

El profesor dudó, pero al final no tuvo más remedio que hacer caso al muchacho. Este se levantó y echo a caminar calle abajo. Cuando estaba a unos diez metros, se giró.

—Si alguna vez tú necesitar ayuda, pregunta por Traian a los chaperos de Sol. Todo el mundo me conoce por aquí o por Cañada Real. Eres un *pringao* puta madre.

Se dio la vuelta y siguió caminando.

*Hay madres enternecedoras que intentan convencerte de que su hijo es el más guapo, o el más inteligente. Yo les diría a esas pobres ingenuas: «No te equivoques, tu hijo no es el más guapo, ni el más inteligente: tu hijo es el tuyo, y por eso es el que más quieres, porque con él has compartido experiencias imposibles de narrar». Lo mismo pasa con las ciudades: uno es*

*de la ciudad donde vivió su primer amor. Y tu ciudad, esa en la que te enamoraste por primera vez, es siempre la que más quieres. Pero no porque sea la de arquitectura más bella, la más histórica, la más sofisticada o cosmopolita. No. Es la que más quieres porque es la tuya, y es la tuya porque a veces aún se te encoge el estómago al imaginar que, tras una esquina, aparecerá la sombra de esa chica con la que en una época de tu vida soñabas cada vez que cerrabas los ojos metido en la cama..., añorando voraz que amaneciese de nuevo... para volver a tener la oportunidad de coincidir con ella en cualquier plaza, callejuela o café...*

*Exactamente por la misma regla de tres hay que ignorar a esos supuestos patriotas de la lengua, muchos de ellos académicos solemnes y rigoristas, que intentan convencerte de que tu idioma es el más hermoso, el de vocabulario más rico y preciso, el de historia más épica... Tu idioma seguramente es tan feo como lo es tu hijo o tu ciudad, pero es el que tú más quieres porque es el que dijiste por primera vez «Te quiero». En el que escuchaste por primera vez «Eres mi vida». Es el idioma en el que te despediste de tu madre en su lecho de muerte, y en el que tus hijos se despedirán de ti cuando tú te vayas para siempre. Por eso es el idioma que más quieres...*

Víctor cerró su ejemplar de *Botavara* y durante unos segundos se ensimismó observando el fuego. Tras la conversación con Ana Cifuentes le había apetecido, de forma instintiva, releer la obra de Hugo Mendoza. Tal vez fuese porque no se quitaba de la cabeza las extrañas dudas que parecían atormentar a aquella mujer delicada. O tal vez fuese porque no había otro escritor que a Víctor le permitiese con tanta facilidad evadirse de su propia realidad, últimamente poco acogedora.

«Joder, Beni, qué hostia te voy a dar cuando llegues...»

Le esperaban en los juzgados y se encontraba algo nervioso, lo cual, bien mirado, era comprensible: nunca antes había prestado declaración ante un juez. A su nerviosismo no le ayudaba en nada el retraso de su amigo.

*Tititatatototututu...*

Miró la pantalla del móvil: número privado.

—Sí, ¿dígame?

—Hola, Víctor, soy Claudio.

«Mierda.» El catedrático del departamento, la última persona con la que le apetecía hablar.

—Hola, don Claudio, ¿cómo va todo? Hace tiempo que no le veo. —Intentó imprimir a sus palabras un tono de normalidad, sabiendo que sería inútil: Yo Claudio era cualquier cosa excepto ingenuo.

—Déjate de majaderías, Víctor, hace un mes que ando detrás de ti y me estás evitando. ¿Qué narices pasa, hijo mío?

«Puto paternalismo...»

—Nada, don Claudio, que he estado muy liado. Ya sabe, los exámenes, un par de artículos que tenía que preparar, el tema de la denuncia...

—Bueno, bueno, historias y más historias. —No parecía enfadado, más bien decepcionado ante aquella falta de interés hacia su persona—. Necesito verte, es urgente. Mañana ven al colegio y hablamos, a las nueve en punto.

Debía de ser importante, don Claudio jamás recibía en el colegio mayor universitario del que era director, propiedad del Sacrum Corpus.

—Allí estaré.

—Por cierto, ¿cómo va... nuestro tema?

De los labios de don Claudio jamás salían palabras como *violación*, *sexo*... Las evitaba con asquitos exquisitos como si solo con pronunciarlas se fuese a apartar de su camino hacia la santidad.

—Hoy voy a declarar. Mañana le comentaré como va todo.

—Ánimo, hijo mío, rezaré por ti. Y recuerda las palabras de nuestro Santo Padre Fundador: «Cuando la vida del cristiano se vuelve atormentada, es porque no la encauza por los caminos de Dios». Estoy seguro de que esta experiencia te fortalecerá y servirá de lección.

Víctor rebufó: el catedrático no era mal tipo, pero lo último que necesitaba en aquellos momentos era un predicador. Bienintencionado, pero predicador al fin y al cabo. Escuchó un claxon.

—Gracias, don Claudio. Perdona, me llaman, mañana le cuento.

—Hasta mañana, hijo mío, hasta mañana... Rezaré por ti.

Benito lo estaba esperando dentro del coche.

—¡Cabrón, ¿qué te ha pasado?! ¡Llegamos tarde!

Al entrar al vehículo un bofetón propinado por Varon Dandy casi lo noquea.

—Mi querido Víctor, recuerda: vísteme despacio, que tengo prisa. —Con toda la parsimonia del mundo, Beni se arreglaba coqueto la punta del pañuelo que le asomaba por el bolsillo de la americana.

—¡Vamos, joder! ¡Déjate de mariconadas y arranca!

Su amigo, indiferente, se ajustaba el alfiler de la corbata.

—¡¿Sabes cómo estará el tráfico de aquí a la Ciudad de la Justicia?! Vamos a llegar tarde, seguro... ¡Deja de mirarte en el espejo!

El estilo de Benito, al igual que su carácter, era más propio de un petimetre decimonónico que de un profesional del siglo XXI que aún no había cumplido los cuarenta años. Cuando quería burlarse de su amigo, Víctor le recordaba la época en la que al abogado le dio por llevar leontina y capa española.

—Ni preocuparse, la tuya sería la primera declaración en la historia de la judicatura española que empezase puntual. —Puso el coche en circulación con pachorra.

—¿Me dejas conducir a mí? Llegaríamos antes. Y ponte el cinturón: el barrigón,

aunque no lo creas, no te hace de airbag.

El abogado le respondió sonriente y con hablar ensortijado:

—A tu pregunta he de responder que... y una mierda. A tu sugerencia, y a riesgo de ser redundante, he de responderte que... y una remierda: si sé sumar, ya llevamos tres mojones. Mi coche solo lo conduzco yo, y este traje vale dos mil euros, te aseguro que no me lo voy a arrugar con un *cinturoncito de seguridad* tan solo porque a la Benemérita le haya dado ahora por cuidarnos como si fuese nuestro angelito de la guarda.

El estilo barroco y aforístico de su amigo desesperaba a Víctor, pero era muy congruente con los aires versallescos de Benito.

—Eres imposible... ¡Cuidado con esa vieja! Toda la vida serás un tardón y un desastre de conductor. Sabes que hoy es un día importante para mí, ¡¿cómo llegas tarde?!

—Te presento mis más sinceras disculpas, camarada del alma. —Hizo una reverencia teatral, limitada por el volante y su gran panzón—. Pero es que me he dormido; anoche me acosté tarde: me comí un coñazo de película. Húngara.

—¡El juicio de tu mejor amigo es al día siguiente y tú en plan cultureta viendo películas raras hasta la madrugada! Me cago en tu puta estampa.

—Creo que no me has entendido, Vic. —Benito emitió una risita pícaro antes de continuar—. La húngara de la que te hablo valía la pena. ¡Qué hembra!

Al profesor la indignación se le tornó enfado: gracias a la ayuda de su amigo, ya había captado el juego de palabras.

—¿Te fuiste de putas anoche? ¡¿Un martes?!

Benito se giró hacia el asiento del copiloto y esculpió una sonrisa en su rostro sonrosadote, agrandándola hasta que los dientes acabaron pareciendo el teclado combado de un piano.

—No, mucho mejor: ligué. Ciento veinte kilos de pura hembra venida del Este.

—Beni, hostia, déjalo ya..., no quiero saber *na*.

—Pero es que no te la puedes ni imaginar, Vic, casi no cabía en la cama... —El abogado hablaba con la misma pasión con la que hubiese defendido a un condenado a muerte—. Tenía un tatuaje de una caracola en el interior del muslo, y si te acercabas mucho, mucho, mucho..., podías oler el mar, a bacalao concretamente.

Tras fingir un ligero aire de ensoñación, soltó una carcajada.

—Qué raro que eres, joder...

—Ya te lo he dicho antes, Vic, un coñazo *de película, de película*, nunca vi nada igual. —Entre risas, se atusaba los cuatro pelos rubios que le mal disimulaban la coronilla—. Eso es un tatuaje, y no las mierdas que llevan hoy en día esas adolescentes anoréxicas. Me encantaría tener una máquina del tiempo y viajar al futuro para ver a esas jovencitas transformadas en ancianas repletas de hadas en los hombros y *tribals* en la rabadilla, descolgados y fofos.

Víctor, con cara de asco, habló desganado mientras miraba por la ventanilla: no

entendía la libido de su amigo.

—No te gastes dinero en una máquina del tiempo, te basta con irte a Benidorm en agosto y pasearte por la playa de los ingleses.

El abogado redobló sus carcajadas.

—Pues la semana pasada conocí a una lituana...

Víctor le interrumpió brusco.

—Beni, léeme los labios: no me des más información de la que necesito, me importa una mierda tu vida sexual. Y ya debemos de llevar por lo menos cinco mojones y aún no hemos llegado al juzgado. El sexto fijo que me cae allí...

—No seas así, Vic, me conoces desde que éramos niños, ya sabes que siempre he tenido gustos raritos con las mujeres, pero también sabes que soy un buen tipo y un excelente profesional...

Víctor fingió voz de falsete para parecer un *showman* televisivo:

—Hoy, en nuestro capítulo de megaconstrucciones, tras el petrolero más grande del mundo, les presentamos... —Simuló un redoble de tambor—: ¡El ego del letrado Benito de la Hoz!

Teatralmente dolido ante la broma, el abogado miró con ojos llorosos de perro pachón a su amigo, que siguió hablando:

—Joder, eres un raro de cojones..., cuando acabe este juicio, tengo que borrar tu número.

Benito alzó la voz intentando defenderse.

—¿Solo porque me atraen las chicas rellenitas? Si yo te contara a la gente que conozco en mi profesión... Sin ir más lejos, el otro día me enteré de que hay un concejal del Ayuntamiento de la capital de esta augusta nación, *uséase*, España, hombre de vida impoluta y misa dominical, que por las noches se disfraza de lagarterana y se va con los travelos a prostituirse a la Casa de Campo. Eso sí que es ser un raro de cojones. Lo mío son... pequeñas particularidades.

Benito suspiró pacienzudo y tomó resuello. Su cuello carnoso, atrapado por el nudo Windsor de la corbata, le dificultaba la respiración.

—Dejémonos de cháchara improductiva y vayamos a lo nuestro, ¿tienes claro lo que hablamos la semana pasada?

—Como el agua. Sé muy bien lo que tengo que decir delante del juez: es prioritario dejar muy claro que esa puta me intentó chantajear, amenazándome el día de la revisión del examen con acusarme de violación si no la aprobaba.

—Eso es, y recuerda, nada de discursitos grandilocuentes, esas chorradas solo pasan en las películas americanas. Limitate a responder a las preguntas del juez, del abogado y del fiscal, siempre muy educado. Al juez le llamas *señoría*, que no se te olvide... Nos ha tocado Puchol, de la vieja escuela.

—OK.

—Hoy es uno de esos días en los que tienes que meterte el orgullo y la adrenalina por el culo; a los jueces no les gustan los salvapatrias indignados. Nada de rollo

reivindicativo estilo perroflauta.

—He pillado la idea, no insistas. Y ale, apriétale un poco a este trasto y cambia de marcha, parecemos un cortacésped.

En el control de seguridad del palacio de Justicia, Víctor tuvo que dejar la navajilla que dos semanas atrás le había regalado en Madrid el pequeño Traian: se había encariñado con ella y la llevaba a todas partes.

—¿Y esa mariconada de cortaúñas? —A Benito le extrañó que su amigo fuese armado como un vulgar sirlero.

—Regalo de un colega.

Con sus cortas patitas moviéndose a toda velocidad por los pasillos del palacio de Justicia, el cuerpo de barrilete de Benito ya empezaba a sudar.

—A ver, Victorito, si has *pillao* el enfoque, cuando el juez te pregunte: «¿Cómo se declara el acusado?», tú ¿qué dices?

—Yo digo: «Muerto de envidia por lo bien que le sienta a su señoría la toga». — El profesor resopló mostrando hartazgo—. Déjalo ya, Beni, lo hemos repasado mil veces y ahora estoy tenso, no me hables. —Víctor caminaba con decisión mirando al frente, intentando eludir los nervios que le atenazaban las tripas.

—No sé cómo pudiste tirarte a ese putón, Vic... —Casi sin resuello, Benito rezongaba entre dientes—. Vale, está buena, pero mírala, es lo más vulgar que he visto en mi vida. Una verdulera, para nada tu estilo.

—Beni, joder, cierra la boca, justo ahora esos comentarios no me animan demasiado. —Al final del largo pasillo, en la puerta del juzgado número tres, estaba ya esperando su exalumna acompañada por el abogado.

—Estaba pasando muy mala época: el divorcio de Rebeca, la custodia de Sofía... Se me fue la pinza, y tú eres el menos indicado para dar consejos.

—¡Vaya! Habló el angelito de la guarda... Te recuerdo que vamos a un juicio donde se te acusa de violar a una alumna en el despacho, alumna a la que se le encontró tu semen metido en el culo... —El abogado refunfuñaba entre jadeos.

—Vete a la mierda, Beni... Cada vez que abres la boca, me acojono más.

Cuando llegaron a la puerta del juzgado no hubo saludos. Aún tuvieron que esperar veinte minutos, en medio de un tenso silencio.

—¡¡Víctor Vega!!

El agente judicial comprobó la identidad del acusado con el DNI y, tras ese formalismo, todos pasaron a la sala de vistas.

En el seno de una ciudad rugiente, el colegio mayor que dirigía Claudio Serratosa, junto al campus de Tarongers, era un relicario de serenidad lleno de estudiantes con pajarita a la inglesa.

—Buenos días.

En cuanto Víctor entró en aquel vestíbulo de sobriedad geológica, la naturaleza

religiosa de la institución se hizo evidente: un enorme crucifijo de leños sin desbatar, rústico e impactante, colgaba de la pared del fondo, custodiado por una fotografía del Santo Padre Fundador. Bajo el crucifijo, sentado tras el mostrador de recepción, un cura joven con sotana y alzacuellos elevó sus ojillos sobre unas gafitas de montura plateada que parecía haberle robado a su abuela.

—Buenos días nos dé Dios, ¿puedo ayudarle en algo? —Mientras hablaba se frotó las manos melindroso.

—Me espera don Claudio, soy Víctor Vega.

El curita, con una sonrisa pontificia, hizo un par de gestiones por teléfono y volvió a encarar al profesor con su palidez de endibia.

—Le acompaño al despacho de don Claudio, sígame, por favor.

Se adentraron por un pasillo que, forrado de cristaleras, dejaba ver el interior de lo que parecía el comedor de la institución.

—¿Es masculino el colegio? Solo veo chicos... —Víctor preguntó al cura, que se detuvo frente a una de las cristaleras.

—En efecto. Las muchachas están en el colegio de enfrente, justo al otro lado de la avenida. Evita la ocasión y evitarás el peligro... —Rio entre dientes de manera afectada, juntando las manos en señal de plegaria—. Estos chicos tienen las mentes más brillantes del país, y están consagrados al estudio: no deben tener distracciones que les aparten de la pureza espiritual e intelectual.

Víctor sintió un asco instintivo. Habló en tono irónico.

—Vaya, un entorno universitario muy sano, lleno de estímulos y experiencias enriquecedoras...

El joven cura detectó al instante el sarcasmo, borrándosele la sonrisa pontificia que hasta ese momento había sido tan perenne que parecía un rasgo más de su rostro, junto con su naricilla aguileña o el escaso pelo. Habló solemne.

—Los que bailan son locos para los que no escuchan la música. Y le aseguro, señor Vega, que en La Misión sí escuchamos música. Siempre y en todo momento. Música celestial. Ahora sígame, por favor, no debemos hacer esperar a don Claudio.

Quería quitarse de encima cuanto antes a aquel desagradable visitante que obviamente no era un adepto. Subieron unas escaleritas de caracol y llegaron a un minúsculo rellano donde el catedrático, en pie junto a la puerta de lo que parecía ser su despacho, les esperaba con una sonrisa de oreja a oreja. Víctor se quedó sorprendido: ese gesto de bienvenida era poco habitual en él, que acostumbraba a conceder audiencia repantigado en su trono.

—Víctor, hijo mío, cuánto tiempo detrás de ti, dichosos los ojos. Puede retirarse, Abel, gracias por traerme sano y salvo a este buen amigo.

Abel dio la vuelta y se marchó sin decir palabra. Los dos hombres se sentaron en las sillas confidente, quedando el sillón de director vacío tras la mesa. «Demasiada amabilidad... Yo Claudio parece que quiere jugar hoy a que somos amiguitos», pensó Víctor.



—Bueno, ¿qué tal te fue todo ayer? El terreno de la justicia siempre es pantanoso, solo la justicia divina todo lo ve y lo sabe juzgar.

El cátedro enfatizaba el tuteo con tanta condescendencia que su interlocutor se sentía obligado a hablarle de usted.

—Fue todo bien, don Claudio, ahora solo queda esperar el juicio, será dentro de un par de meses, y quizás ni se celebre: después de la audiencia previa de ayer, mi abogado dice que no hay nada de qué preocuparse, esa zo... —Se contuvo a tiempo, sabía que el catedrático no toleraba tacos en su presencia—. Esa chica carece de toda credibilidad.

—Estoy seguro de que todo saldrá bien. Ya sabes que cuentas con todo el apoyo del departamento, no vamos a dejar que una muchacha descarriada que vive en la mentira destrozé tu vida.

—Gracias, don Claudio, su apoyo significa mucho para mí.

Desgraciadamente, Víctor sabía que ese apoyo no podía ser material: el departamento tenía un presupuesto muy ajustado.

—¿Y tu hija? Debe de estar ya hecha una mujercita.

—La verdad es que crece muy deprisa, es una niña fantástica.

Víctor estaba intrigado, no sabía para qué le había hecho ir al colegio el cátedro, ni el porqué de tanto rodeo. Solía ser un hombre mucho más directo. Nunca brusco, pero sí directo. Sonó el teléfono.

—Disculpa, hijo mío...

Don Claudio se enfrascó en una conversación sobre un evento festivo que por lo visto se estaba organizando en el colegio. Víctor se entretuvo echando un vistazo al despacho. En un rincón un ficus benjamina celebraba la Navidad luciendo avergonzado entre sus hojas unas guirnaldas alegres y repletas de bombillas de colores. Las paredes estaban repletas de orlas atestadas de retratos de muchachos jóvenes.

—... ese *catering* recuerda que nos falló la última vez...

Don Claudio era miembro custodio del Sacrum Corpus, más conocida como *La Misión*.

—... he de dejarte, tengo gente en el despacho esperando...

Los custodios eran laicos colaboradores que no tenían por qué guardar celibato, pero Víctor sabía que el catedrático sí había tomado esa opción personal. Por eso no era extraño que no hubiese en el despacho ninguna fotografía de esposa o hijos.

—No quiero entretenerme demasiado, los dos somos gente muy ocupada... —Tras colgar el teléfono, lo miraba con una sonrisa meliflua—. Disculpa que te haya hecho venir hasta aquí, pero mañana salgo para Tokio y estaré fuera más de un mes; la Universidad de Okinawa ha montado un congreso muy interesante sobre lírica medieval europea y estoy en el comité organizador. Aprovecharé para hacer también un poco de turismo, pero quería dejar esta cuestión aclarada antes de irme.

—Usted dirá. —A pesar de la curiosidad que sentía, intentó parecer anodino.

—Hijo mío, creo que ya sabes que soy miembro custodio del Sacrum Corpus. No te viene de nuevas, ¿verdad?

—No, don Claudio, en el departamento todos sabemos que pertenece a esa orden religiosa.

El catedrático de inmediato alzó su dedo índice, puntilloso.

—No te confundas, hijo mío, no te confundas. En los temas de Dios la precisión es importante: los franciscanos o los cartujos sí son órdenes religiosas; los hermanos maristas son una congregación; el Opus Dei es una prelatura; el Camino Neocatecumenal, un movimiento eclesial... Hay muchas organizaciones dentro del mundo cristiano, pero el Sacrum Corpus es otra cosa: el Sacrum Corpus es una sociedad redentora capitular, no dependemos de la Iglesia católica, somos cristianos bautismales. No lo olvides, por favor, hijo mío, no lo olvides...

Víctor aguantó la lección fingiendo interés, mientras su anfitrión sonreía encantado de escucharse: el catedrático solía aprovechar cualquier oportunidad para mostrar cuán docto era.

—Como te decía, hijo mío, hace ya muchos años que soy miembro del Sacrum Corpus, y una buena amiga de La Misión me pidió ayuda. Me he permitido darle tu móvil; te llamará. Es una persona de plena confianza, se llama Pilar Boluda, quizás te suene su nombre.

Por supuesto que sabía quién era Pilar Boluda, la agente literaria con la mejor cartera de autores en lengua castellana. No concedía entrevistas, nunca aparecía en prensa o televisión, y solo se conocían de ella fotografías de su infancia. Su discreción rayaba en la paranoia, pero su fama la precedía: defendía a capa y espada a sus autores como si le fuese la vida en ello.

—Pilar es miembro del Sacrum Corpus desde hace años, una colaboradora fiel que contribuye con su tiempo y, por qué no decirlo, con su dinero, a multitud de proyectos. Bueno, resumiendo, es alguien a quien no se puede decepcionar.

Víctor no sabía muy bien dónde encajaba él en toda esta historia. Don Claudio pareció leerle el pensamiento.

—Y tú te preguntarás, ¿qué tiene esto que ver conmigo? Pues bien, Pilar me ha pedido que intercediera en su nombre: quiere conocerte... y pedirte un favor.

—¿A mí?

—Sí, a ti. —Esbozó una sonrisa alambicada—. No sé de qué se trata, fue muy discreta en eso, y yo, obviamente, no quise violentarla. Pero, Víctor, sea lo que sea lo que Pilar vaya a solicitarte, sería para mí un auténtico orgullo... y entendería como un favor personal el que...

No sabía muy bien cómo acabar la frase: no estaba acostumbrado a pedir, prefería ordenar. Víctor decidió ayudarlo:

—El que mostrara buena predisposición a la hora de hacerle el favor a la señora Boluda.

El cátedro sonrió aliviado.

—Eso es exactamente lo que quería expresar.

Víctor dejó pasar unos segundos para no parecer ansioso. Evidentemente, le apetecía conocer a la famosa Pilar Boluda; ella representaba a los más grandes, y sentía curiosidad por saber qué podía necesitar de él una mujer así.

—Delo por hecho, don Claudio.

—¡Estupendo! Sabía que no me fallarías. En el fondo sé que eres un buen chico, algo alocado, pero un buen chico.

El cátedro parecía satisfecho. A Víctor le asqueaba su permanente actitud condescendiente y beata, pero, por otro lado, era un buen profesional y un buen hombre. Como director de su tesis doctoral, le había dedicado tiempo y esfuerzo, cosa de la que no todos los doctorandos podían presumir. Y nunca se había opuesto a los innovadores métodos pedagógicos de Víctor. A cambio de todo ello, solo pedía que le hicieses sentirse César: don Claudio era el que lo autorizaba todo, el capitán del barco.

—De inmediato le comunicaré a la buena de Pilar que estás deseando conocerla. Se alegrará de saber que...

Se le reconocía como un experto mundial en poesía española medieval, especialmente la de corte religioso. Aunque su espíritu era puritano y autoritario, a Víctor siempre le había tratado con respeto. Cuando diez años atrás, al finalizar los cursos de doctorado, fue a plantearle el tema de su tesis doctoral, don Claudio no solo le apoyó con entusiasmo, sino que se prestó a dirigírsela a pesar de que Hugo Mendoza era un auténtico desconocido y su obra estaba muy alejada de los intereses académicos del catedrático. Volvieron a llamar por teléfono.

—¡¿Qué la floristería dice que no podrá tener preparados los arreglos de crisantemos y orquídeas para la capilla?! ¡Diles que voy a verlos ahora mismo! — Colgó enfadado y volvió a encarar a Víctor—. Hijo mío, ya ves que mis obligaciones me reclaman, te acompaño a la salida.

Por el camino la charla fue animada. Al llegar al vestíbulo, una gran sábana blanca cubría el arranque de la escalera que parecía dar acceso a las habitaciones.

—Don Claudio, ¿y esa sábana?

El curita melindroso los miraba por encima de sus gafitas plateadas, desde el mostrador de recepción.

—Hijo mío, los caminos del diablo son variados y sibilinos, tú lo sabes bien por propia experiencia... —Juntó las yemas de los dedos de ambas manos y regaló a su invitado una sonrisa empalagosa—. Es hora de limpieza de habitaciones, las monjas custodias están ahora realizando su tarea. Los chicos no deben verlas jamás, así evitan cualquier tentación: les hacemos salir de sus cuartos y ponemos esta sábana; un vistazo curioso podría conducirlos a tener pensamientos impuros... tú ya me entiendes.

Víctor sonrió sin ganas ante la mirada de complicidad del catedrático. Aquel ambiente amarillo y triste le hacía sentirse prisionero, rehén en el interior de un

hostiario con olor a incienso rancio. Quería salir cuanto antes de allí. Don Claudio pareció percibir su disgusto.

—Hijo mío, deberías recordar las palabras sabias de nuestro Santo Padre Fundador: «Si Dios hizo a la mujer de la costilla del hombre, ¿no parece lógico que la mujer dedique su vida a cuidar del hogar de ese hombre?»... Pues este, querido Víctor, es nuestro hogar.

Caía barro sobre la ciudad dormida, porque la lluvia llegaba cargada de arena del desierto. Tirado sobre los cojines turcos, junto al fuego encendido, Víctor repasaba el capítulo de la tesis de Paloma que le había llegado esa mañana al correo electrónico. Le parecía sorprendente la tremenda dualidad intelectual de su amiga, que era capaz de dividir el tiempo libre que le dejaban las clases en el colegio entre dos actividades diametralmente opuestas: estudiar artículos científicos de probabilística y combinatoria, su especialidad, y redactar páginas delicadas como las que él estaba leyendo ahora, en las que se describían sutiles conexiones entre la obra de Gil de Biedma y la poesía pospoética.

*Que la vida iba en serio  
uno lo empieza a comprender más tarde...*

El caserón estaba tranquilo; nada más el crepitar de las llamas y el de la lluvia en la calle rompían el silencio. Aunque era viernes por la noche, Víctor había preferido quedarse en casa, al día siguiente tenía que recoger a Sofía para pasar el fin de semana con ella y no le apetecía tener resaca.

*... envejecer, morir, eran tan solo  
las dimensiones del teatro...*

Quería estar al cien por cien para poder disfrutar al máximo de su hija, por eso le dio calabazas a Beni cuando lo llamó para salir a tomar unas copas. Cécile, Kristien y Helmut se habían ido a esquiar a Sierra Nevada.

*... envejecer, morir,  
es el único argumento de la obra.*

Al principio Víctor no estuvo seguro de si habían llamado a la puerta o era el crujir de las viejas vigas carcomidas que se combaban amenazadoras sobre su cabeza. Siguió leyendo; los versos de Gil de Biedma eran cautivadores. Cuando escuchó por segunda vez el delicado golpeteo contra la madera, ya supo que alguien llamaba. Se levantó a abrir arrebujándose en la gruesa rebeca de lana que llevaba; lejos del fuego

el caserón estaba helado. Al otro lado del vano se encontró con la figura de porcelana de Ana Cifuentes, empapada bajo la lluvia.

—Hola, Víctor, ¿puedo pasar?

—¡Ana, qué sorpresa! Pasa, por favor, adelante. Madre mía, estás calada hasta los huesos. —Al mirarla a los ojos advirtió que había estado llorando—. Te traigo una toalla y te secas un poco. Acércate al fuego, estarás más calentita.

—No, Víctor, no te molestes.

—No es molestia. Haz lo que te digo, no quiero que cojas una pulmonía, esta casa está helada.

Le sonrió y se perdió por el pasillo. Cuando regresó con la toalla, Ana estaba arrodillada frente al fuego, observando las llamas.

—Vives en una casa... fuera de lo común, espectacular.

Víctor supo reconocer la buena educación de su invitada.

—Bueno, es una manera elegante de decirlo. Vivo en una casa que se cae a pedazos, pero es lo único que puedo pagar.

Mientras hablaba le tendió la toalla y ella empezó a secarse el pelo con delicadeza, arrodillada frente a las llamas. Víctor preparó dos copas de güisqui con hielo y se tendió de nuevo en los cojines frente al fuego, observando al contraluz la extraña aparición. Cuando Ana acabó con la toalla, se sintió incómoda, sin saber muy bien qué hacer.

—Siéntate aquí, en el suelo. No hay sillas en esta casa. —Estaba realmente sorprendido, nunca hubiese imaginado aquella visita inesperada—. Toma, te ayudará a entrar en calor.

—Nunca bebo alcohol. —Temblaba como una hoja bajo la lluvia.

—Pues hoy creo que es un buen día para empezar. No es un güisqui muy bueno, pero seguro que te reanimará.

Ella se incorporó para tomar el vaso y volvió a recostarse. Con su pelo rojizo suelto y húmedo, al contraluz de las llamas, parecía más que nunca una delicada virgen normanda cobijada junto al fuego de Camelot.

—Perdóname, Víctor, no debí haber venido sin avisar. No es propio de mí, pero...

—No te preocupes. Como ves, estoy solo. —Dibujó una sonrisa acogedora—. Y no estaba haciendo nada que no pueda esperar.

Ella se quedó observándolo y, de improviso, rompió a llorar. Víctor se acercó dubitativo: no tenía confianza suficiente como para abrazarla, pero tampoco se sentía cómodo mirándola impasible. Fue ella la que resolvió el dilema recobrando la compostura con rapidez.

—Perdona, Víctor, menudo numerito te estoy montando, no sé lo que me pasa, pensarás que soy una loca que...

—Deja de disculparte, Ana, relájate.

Era obvio que estaba emocionalmente deshecha. Pasaron dos minutos en los que observaron el fuego sin decir palabra.

—Víctor, vengo a preguntarte algo. —Las llamas palpitaban sobre su rostro delicado—. Lo que no me atreví a preguntarte en Madrid el mes pasado.

—Adelante, Ana, no tienes nada que temer.

Ella titubeó.

—¿Tú crees que Hugo..., crees que... podría haber alguna posibilidad de...?

Al final la reina de Camelot acopió el valor suficiente y desenvainó a Excalibur.

—¿Podría Hugo Mendoza estar vivo?

Víctor estaba petrificado. De un trago se acabó su güisqui.

—¿Cómo? Pero... tu marido, bueno, exmarido, en realidad no sé cómo llamarlo.

—Técnicamente es exmarido, me volví a casar hace cinco años.

Ella parecía más calmada después de haber soltado lo que llevaba dentro. Era ahora Víctor el alterado por culpa de la curiosidad.

—Bueno, Ana, tu exmarido, Hugo Mendoza está muerto. Falleció en un accidente náutico hace...

—Nueve años y tres meses, en noviembre del año 2003.

—Exacto. ¿Por qué me preguntas eso? Yo mismo he estado frente a su tumba.

—Es todo un poco más complicado. Sí, Hugo está muerto, pero... es una historia larga..., larga y confusa...

Él estaba ansioso por saber más: todo aquello le parecía incomprensible, intrigantemente incomprensible.

—Cuéntamela, tengo todo el tiempo del mundo.

Ella reflexionó, como si estuviese alabeando posibilidades.

—Antes de contarte nada necesito que respondas a una pregunta.

—Tú dirás.

Lady Ginebra, incluso con Excalibur en la mano, volvió a dudar.

—Todo esto es totalmente confidencial, el riesgo que corro es muy alto, y si he venido a verte es porque..., porque necesito contarle esto a alguien. No me deja vivir, va a explotarme dentro si no lo comparto. —Se detuvo y dos lágrimas temblaron en su mirada sin decidirse a rodar por las mejillas—. Pero necesito asegurarme de que no me he equivocado al valorarte. Necesito hacerte una pregunta antes de contártelo todo.

—Adelante, Ana, te confieso que estoy intrigado.

Ella le dio un sorbo de pajarito a su vaso de güisqui.

—Sea lo que sea lo que esta noche vayas a escuchar de mi boca..., me prometes..., ¿me prometes que jamás se lo revelarás a nadie?

Víctor no podía creer que aquella conversación estuviese teniendo lugar. Todo le parecía irreal.

—Por supuesto que te lo prometo.

Ella no dijo nada. Tan solo contemplaba los ojos miel de Víctor. Le escudriñaba cada pupila como si creyera que, buceando en su acuosidad, iba a poder escarbar en el cerebro del profesor hasta dilucidar si la respuesta que le había dado era sincera.

—Ana, no nos conocemos demasiado, lo sé. De hecho, las noticias que seguramente estás viendo en la televisión sobre mí no me dejan en muy buen lugar, y pueden quitarme credibilidad...

Ana le interrumpió firme.

—Todo eso no me lo creo, Víctor: alguien que escribe artículos como los que tú escribes no me encaja en el perfil de violador. Sé lo ruines que pueden llegar a ser algunos periodistas.

Durante unos segundos se materializó un silencio sólido como un pedazo de queso, que el crepitar del fuego se encargó de picotear.

—Ana, puedes confiar en mí. Lo que me cuentes esta noche aquí no saldrá jamás de mi boca.

Ella bajó la mirada y dejó caer dos lágrimas.

—Soy una idiota, una idiota cerril. Vengo a pedirte ayuda, a desahogarme contigo... y te insulto desconfiando de ti.

Víctor le tomó la mano y la apretó, como si aquel torniquete fuese a cortar el llanto.

—Ana, deja de decir tonterías y cuéntame esa historia, salta a la vista que te está destrozando por dentro.

Ella alzó los ojos, aún encharcados, pero algo más serenos.

—Ponte cómodo, esto no va a ser sencillo.

Lady Ginebra cerró los párpados como si intentase imaginar una época muy lejana, en tierras míticas llenas de caballeros y dragones. Al abrirlos se encontró a Víctor con las piernas cruzadas y la barbilla apoyada sobre una mano, como si fuese un niño grande esperando ansioso una historia de miedo a la luz de un fuego de campamento.

—El principio implica hablar de mi infancia, hace ya mucho tiempo de esto, tengo treinta y seis años... Dios mío, me siento tan ridícula... —Empezó a darle vueltas a su anillo de casada, como si estuviese desenroscando una espita—. Mi niñez estuvo llena de comodidades y lujos... Mi padre fue un empresario de éxito, se dedicaba a la construcción, y durante los años de Franco hizo una fortuna. La casa que viste en Madrid la compró él, tenía muy buenos contactos en el Ministerio de la Gobernación, era íntimo amigo de Emiliano Gañoso, un falangista que llegó a lo más alto. Con esos enchufes, papá consiguió la adjudicación de la mitad de las casernas de la Guardia Civil que se hicieron en España.

Se detuvo para tomar aire con delicadeza de colibrí, mientras hundía una mirada triste y perdida entre las llamas, como si fuese consciente de que iba a abrasarse las alas al rememorar el pasado.

—¿Estás hablando de los años sesenta? Tú aún no habías nacido.

—Sí, pero lo importante es que te ponga en antecedentes. Mi padre llegó a sonar en los corrillos como ministrable, pero al final Franco cayó enfermo y la cosa no cuajó. Yo y mi hermana pequeña, Bea, nos criamos como reinas. Vivíamos en Madrid

y los veranos los pasábamos en Jávea, en un chalé frente al mar, en el cabo de la Nao.

—Conozco el cabo, es espectacular. Los acantilados del faro quitan el aliento.

Ana lo corroboró con una sonrisa asmática.

—Los veranos allí son la época más bonita de mi infancia. Eran mágicos. Soy una apasionada de la vela, y papá tenía un barco con el que salíamos a navegar todos los días. Fueron años en los que no me faltó de nada, pero no creo que sea justo decir que fui feliz... La felicidad es la ausencia de miedos, y yo, desde que tengo recuerdos, he vivido rodeada por ellos.

No apartaba la vista del fuego, como si este la ayudase a afrontar aquella realidad que verbalizaba triste pero sin amargura.

—La verdad es que siempre he sido una persona débil, insegura. Creo que es debido a la sobreprotección que mi madre me dio de niña. Mamá es una santa, la pobre tiene demencia senil muy avanzada ya, pero es la persona más buena del mundo. Yo de pequeña tuve problemas de salud; una neumonía casi acaba conmigo, y ella se volcó tanto en mí que crecí entre algodones. Creo que por eso he sido siempre tan débil, no me enseñaron a afrontar las dificultades de la vida, siempre decidieron por mí, hablaron por mí...

Víctor creyó que era su obligación reactivar la conversación: considerando el estado de ánimo de Ana, regodearse en aquellos pensamientos no le hacía ningún bien. Preguntó lo primero que le vino a la cabeza.

—¿Así que tienes una hermana?

—Sí, Bea, es un sol, tiene tres años menos que yo. Cuando la conozcas, verás que no nos parecemos en nada. Ella es un terremoto, tiene una belleza salvaje y una energía increíble. A veces esa energía se ha descontrolado y le ha traído problemas... Hubo una época en la que hizo muchas locuras, pero desde que tuvo a su hijo está mucho más tranquila... Ahora solo piensa en el deporte y en su niño.

—Suele pasar. Los hijos nos hacen levantar el pie del acelerador. ¿Cómo se llama tu sobrino?

—Bertito, aunque él odia el diminutivo, tiene ya ocho años y quiere que le llamemos Alberto. Es una ricura. —Ahora Ana sonreía dulce—. Bea y yo estamos muy unidas, nos lo contamos todo. De hecho, me siento culpable porque no le dije que venía a verte. A pesar de ser tan diferentes, nos adoramos, siempre hemos cuidado la una de la otra..., bueno, Bea ha cuidado de mí más que yo de ella, tiene una fuerza que la hace capaz de enfrentarse a todo. Incluido mi padre.

De nuevo se le ensombreció el semblante. Víctor creyó intuir el porqué y decidió escarbar en esa dirección.

—¿Vive tu padre?

—Sí, ya no cumple los ochenta, pero sigue en plena forma. Vive con nosotros en la casa que conoces, mamá está ingresada desde hace tiempo en un centro especializado, a mí me parece un pudridero, un sitio donde esperar a la muerte... Si esto fuese un país civilizado, le habrían puesto una inyección para que se muriese



feliz, estoy segura de que ella lo hubiese preferido mil veces. —La melancolía apareció diáfana en su rostro—. Papá no tiene nada que ver con mamá..., siempre me he preguntado cómo llegaron a casarse dos personas tan opuestas. Él es autoritario, chapado a la antigua, de los que piensan que tanto tienes tanto vales..., ya sabes, todo muy tópico: él ganaba el dinero y en casa quería una mujer dócil que a todo le dijese que sí. Mamá tuvo que adaptarse a ese papel, resignarse a sabiendas, porque de tonta no tenía ni un pelo. De haber nacido en estos tiempos, a buenas horas hubiese aguantado. Aún recuerdo verla, yo niña, pelándole las uvas a mi padre para que él se las comiese mientras veía el fútbol...

Víctor guardó un silencio respetuoso: hablar de todo aquello no estaba siendo fácil para Ana. Ella prosiguió con su tono pausado.

—Él la engañó con unas y con otras. No te revelo ningún secreto, era vox pópuli entre la alta sociedad de Madrid. El muy cretino ya ni siquiera va a visitar a mamá, dice que para hablar con un vegetal se compra en el Carrefour una lechuga. Ahora tiene una amiguita, pero no se atreve a traerla a casa. Además, yo se lo he prohibido, ese es ahora mi hogar, y solo le dejo vivir allí porque es mi padre, pero te confieso que ni yo ni Bea sentimos por él ningún cariño.

—No entiendo, Ana, me dijiste que la casa de Madrid que conozco la compró él, ¿por qué dices que esa es ahora tu casa?

—Para entenderlo tengo que contarte qué pasó. Aún queda mucha historia, y Hugo no tardará en aparecer. —Solo con pronunciar el nombre, la voz se le achispó—. Como te dije, yo era una chica muy retraída. Los chicos se acercaban, me invitaban a salir, intentaban ligar...

Dejó caer el rostro con una vergüenza genuina.

—En una palabra, me cortejaban, que se decía antes.

—*Cortejar* me parece una palabra preciosa, antigua y encantadora... Como bordar con las iniciales las fundas de las almohadas.

Él la miró divertido para intentar diluir la densidad de los recuerdos, lo cual hizo sonreír a Ana, agradecida.

—Estoy totalmente de acuerdo, es una lástima que se esté perdiendo esa palabra... Y te confieso que a mí me encanta bordar.

Al profesor no le costó imaginársela con una aguja entre los dedos frente a un bastidor. Serena y delicada.

—Como te decía, los chicos se acercaban, era algo normal, en la época de la que te hablo yo tenía diecinueve años, estaba en segundo de Derecho. Pero a mí no me interesaban, nunca había estado con nadie ni me apetecía. He de confesarte que ni tan siquiera había..., había dejado que me besasen todavía. —Se sonrojó de un modo que a Víctor le pareció encantador—. Bea se burlaba de mí llamándome *ameba asexual*. Ella, con dieciséis años, tenía un novio diferente cada semana, pero a mí me daba igual, me bastaba con estar con mamá y con mi hermana, y con mis tres o cuatro buenas amigas que me entendían. Sencillamente, me daba miedo que me hiciesen

daño, los hombres me parecían... pillos inmaduros que iban a lo que iban.

—Hasta que Hugo se cruzó en tu camino.

—Eso es. —A Ana se le iluminó la mirada—. La verdad es que fue gracias a mi padre, cosas de la vida...

La lluvia sobre el tejado mordisqueó el silencio, humedeciéndolo.

—Fue en el verano del noventa y cinco, nunca lo olvidaré... Papá había comprado un nuevo velero más grande, un *ketch* de dos palos precioso, *Rimbombante*, se llamaba. Nuestro amarre en el puerto de Jávea era demasiado pequeño para el nuevo barco, por lo que tuvimos que comprar uno más grande en el puerto de Denia, que está a veinte minutos del de Jávea. Ese verano, todas las mañanas, cogíamos los bártulos y nos íbamos mamá, papá, Bea y yo a navegar con *Rimbombante*. Hugo era monitor de vela para chavales en el Club Náutico de Denia.

—¿Amor a primera vista? —Víctor trabó una mueca pícaro.

—Sin duda. Con Hugo sentí lo que nunca antes había sentido por ningún chico... Era el ser más dulce que jamás he conocido. —La luz de sus ojos parecía ahora abrasar más que el fuego de la chimenea—. Tenía en esa época treinta y siete años, aunque físicamente parecía más joven. Era una persona introvertida, muy reservada, le costaba coger confianza... De hecho, cuando más feliz se le veía era trabajando con los niños.

Suspiró para intentar sacar de su interior la melancolía.

—Víctor, esto es muy íntimo, pero... lo que me enamoró de él fue su delicadeza, su fragilidad... —Hablaba obnubilada—. En cierto modo, éramos muy parecidos, por eso me sentía tan cómoda con él. Leí en algún sitio que hay investigaciones en psicología que han demostrado que el dicho popular sobre que los polos opuestos se atraen es falso: son las personalidades parecidas las que forjan las parejas más estables y con más capacidad para quererse. Sin duda, ese fue nuestro caso. Nos enamoramos como dos tontos, al instante.

A Víctor toda aquella historia le resultaba cautivadora, estaba averiguando todo aquello que fue a buscar al pisito de Torrejón diez años atrás: la vida de Hugo Mendoza contada de primera mano.

—¿Cómo llegó Hugo a Denia? Su pasado es tan oscuro...

—No solo es oscuro para el público en general, también lo es para mí, que fui su mujer. —Apretó los labios para soportar mejor la angostura del güisqui y de los recuerdos—. Él nunca me lo confesó, pero yo siempre pensé que Hugo se pasó la vida huyendo de algo que le sucedió mucho antes de que nos conociéramos. Era obvio que algo en su pasado lo atormentaba, algo tan turbador que incluso a mí me lo ocultó siempre. De hecho, a los pocos días de conocernos, una noche que fuimos a bañarnos a la Cova Tallada...

—Esa cueva es increíble.

—Sí, allí, allí nos dimos nuestro primer beso. —Ana, azorada, se ruborizó—. Y fue también allí, en la Cova Tallada, antes de besarnos por primera vez, donde me

dijo que para que pudiésemos estar juntos era esencial que nunca le preguntase sobre su pasado. Su vida antes de conocerme no tenía importancia, no debía escarbar en ella. Yo se lo prometí y mantuve siempre mi palabra. Esa noche nos hicimos novios.

De nuevo se sumergió en el fuego antes de seguir hablando.

—Novios..., otra palabra que se está perdiendo. ¿Por qué será que la gente cada vez teme más a las palabras románticas?

—Seguramente es por culpa de la maldita programación neurolingüística, que nos tiene a todos *acojonados*. —Víctor estaba ansioso por saber cómo continuaba la historia—. Aclárame una cosa, Ana, ¿me estás diciendo que te casaste con un hombre del que desconocías su pasado? ¿Nunca le preguntaste dónde nació, quiénes eran sus amigos...? ¡Parece increíble!

Ana sonrió.

—Víctor, ¿alguna vez te has enamorado?

Él no se esperaba esa respuesta en forma de pregunta, que le cogió desprevenido. Ella retomó la palabra.

—Veo que no... Cuando dudas, es siempre que no.

Víctor intentó defenderse, pero calló a tiempo: nadie lo estaba atacando.

—Hay chicas que se enamoran de malotes, su peligro les genera morbo. A otras, como a mí, nos pasa todo lo contrario. Siempre he pensado que los hombres que más se empeñan en exteriorizar su virilidad son los que interiormente están más cargados de inseguridades y complejos. Siempre me han repelido los machos alfa tipo El Duque, ese de *Sin tetas no hay paraíso*... No sé, me dan penita...

Antes de proseguir sonrió tímida, como si pidiera disculpas.

—Cuando conocí a Hugo me enamoré de él al darme cuenta de que era de esa clase de hombres que sabes que nunca te hará daño. No, al menos, conscientemente. Por eso todo lo que ha pasado después me parece tan inexplicable...

Su rostro, de repente, reflejó una pena inmensa.

—Pero tienes razón, Víctor, parece increíble que me casase con un hombre del que lo desconocía todo. Pero me enamoré de él como jamás lo he estado de nadie, y sé que si hubiese roto mi palabra y le hubiese preguntado por su pasado..., sé que Hugo se habría ido de mi lado. Lo que le atormentaba estaba muy dentro de él, era muy..., cómo decirlo, creo que la palabra adecuada para describirlo es *telúrico*. Enraizado en sus entrañas. Por supuesto que yo sentía una curiosidad tremenda, pero por nada del mundo iba a poner en riesgo estar junto a él. Ahora supongo que entenderás por qué fui tan discreta cuando viniste hace diez años a preguntarme sobre su vida: sencillamente no sabía nada de ella.

Él asintió antes de que Ana retomara el relato.

—Yo lo atribuí a tu estado de ánimo tras su fallecimiento.

—No, Víctor, la verdad es que yo sabía sobre su pasado lo mismo que sabía todo el mundo en el puerto de Denia: nada. Había llegado una mañana de invierno a bordo de su velerito, el *Quimera*, seis años antes de yo conocerle, en las Navidades del año

ochenta y ocho. Pidió trabajo, y cuando vieron en el club náutico que era un marinero excepcional y se llevaba bien con los niños, lo contrataron como monitor de vela. El sueldo era una miseria, pero él no necesitaba mucho para vivir. Compartía casa con un pescador viudo del pueblo y prácticamente no se relacionaba con nadie fuera del trabajo. Si preguntas, todos te dirán lo mismo: era agradable y dulce, poco hablador, físicamente pequeñito, fibroso pero delicado... —Cerró los ojos como si intentase paladear con mayor deleitación un buen vino—. Se pasaba el día navegando y escribiendo, esa era su vida. Eso es todo lo que te dirían por Denia si preguntases... y eso es todo lo que yo puedo contarte.

—Ya veo. ¿Cómo se tomó tu familia el noviazgo?

Ana se despabiló ante la pregunta.

—Al principio intentamos disimularlo, me daba miedo la reacción de mi padre. Pero nos pasábamos el día juntos y se me acababan las excusas. Cuando acabó el verano reunimos valor y... una noche lo llevé a cenar a casa. Lo presenté como mi novio.

—¿Y lo aceptaron?

—Qué va. Mi padre no abrió la boca en toda la noche; gracias a Dios, mi madre distendió el ambiente. Al irse Hugo, papá me montó un numerito. Según él, yo era muy joven, Hugo era muy mayor y, además, no tenía dónde caerse muerto. Ahí radicaba el problema: si Hugo hubiera sido el hijo de un rico empresario, a papá se le hubiese caído la baba. Pero Hugo no tenía dinero..., así es *papá*.

—¿Y qué hiciste?

—Pues algo increíble: por primera vez en mi vida me enfrenté a alguien. Le dije a mi padre que Hugo era mi novio, si lo aceptaba, bien, y si no lo aceptaba, haría las maletas y me iría a vivir con él.

—¿Cómo reaccionó?

—Se puso hecho una furia. Dijo que si me iba a vivir con ese pelagatos cazadotes se plantaba en el club náutico y le pegaba dos tiros «al marinerito». Pero mamá y Bea me apoyaron a muerte, adoraban a Hugo. En realidad, todo el mundo adoraba a Hugo excepto papá. Mi madre poco a poco le fue haciendo entrar en razón, y con el tiempo, gracias a ella y a la paciencia de Hugo, la convivencia fue posible. Cada vez que nos juntábamos todos, papá soltaba provocaciones idiotas del tipo: «Ya ha venido a cenar el *artistazo* de la familia, ¡a ver cuándo las gambas las pagas tú!». Pero Hugo nunca entraba al trapo, era lo suficientemente hombre como para saber que haciéndolo se hubiese puesto a la altura del cerril de mi padre.

—Menudo elemento, el señor Cifuentes...

Ella asintió con rostro resignado.

—Ana, por lo que dices, Hugo ya escribía en esos años de noviazgo.

—Mucho, sobre todo por las noches. Eso sí, jamás me dejó leer ni una línea. — De nuevo se ensimismó, volviéndose pequeña, replegándose hacia dentro como el chubasquero de un senderista hecho bola—. Pienso que escribía sobre todo para

aliviar la tensión interior que le generaba ese pasado tormentoso del que nunca me habló. Yo lo animaba a que enviase algo a una editorial, pero Hugo decía que eran cosas suyas. Escribía para él.

Eso explicaba, pensó Víctor, que no hubiese ninguna referencia, nada publicado a nombre de Hugo Mendoza previo a *Botavara*. La mayoría de los escritores de ese nivel ya habían ganado en su adolescencia algún premio literario juvenil, o tenían publicados relatos cortos o cuentos. Pero la obra de Hugo Mendoza aparecía de la nada.

—Nos casamos al año siguiente. Yo tenía que seguir estudiando y nos fuimos a vivir a Madrid. Fue un sacrificio muy grande para él, estar lejos del mar le resultaba insoportable, pero sabía que mis estudios eran importantes para mí. Eso sí, todos los fines de semana que podíamos nos escapábamos al chalé de Jávea y los dos solos navegábamos durante horas a bordo del *Quimera*, casi sin hablar. Eran unos fines de semana muy..., muy místicos.

—¿Dónde vivíais en Madrid?

—Al principio nos instalamos en la casa del barrio de Salamanca que conoces, con papá, mamá y Bea. Pero la convivencia se hizo insoportable. Mi padre puede llegar a ser muy desagradable si se lo propone. A los pocos meses Hugo encontró un trabajo en el centro, en una academia de español para extranjeros, y con su sueldecito nos alquilamos el piso de Torrejón en el que estuviste. Yo iba a clases en la facultad, y él por las mañanas trabajaba y por las tardes escribía. Esa era nuestra vida, sencilla pero feliz. Cuando acabé la carrera, mi padre insistió en que entrase a trabajar en la empresa familiar, pero yo me negué.

—Supongo que el señor Cifuentes no reaccionaría demasiado bien...

—Imagínatelo, se puso hecho una furia, y le echaba las culpas de todo al pobre Hugo. Pero a nosotros nos daba igual. Conseguí un puesto de cajera en el Banesto y con los dos sueldos vivíamos la mar de bien... Hugo y yo no teníamos ambiciones económicas, éramos felices con poco. Mi abuela materna, al morir, nos dejó a Bea y a mí una buhardilla muy pequeña en la calle Alcalá, y allí Hugo montó su estudio. Se llevó todos sus libros y papeles, y su ordenador. Todas las tardes se iba allí a escribir, aquel era su reino; nosotras lo sabíamos y no nos entrometíamos. Fueron unos años maravillosos.

De nuevo el fuego y el pasado parecieron embrujarla.

—Un año antes del accidente las cosas empezaron a cambiar. Algo le pasó a Hugo. Él siempre había sido reservado, pero conmigo se abría. Sin embargo, durante ese último año hasta en casa parecía ausente. Se volvió taciturno, asustadizo...

—¿Tienes idea de cuál fue la causa?

—No lo sé, Víctor, pero... se marchitó, incluso perdió peso. No quería salir de casa y hasta el estudio de la calle Alcalá lo tenía medio abandonado. Yo insistí para saber qué le pasaba, pero nunca me respondió más que con evasivas. Decía que eran cosas de mi imaginación, él estaba bien..., pero yo siempre he sospechado que algo

de su pasado, de ese lado oscuro de su vida que nadie conocía, de algún modo había vuelto... Y entonces se produjo el maldito accidente.

Suspiró con resignación de mulo de noria.

—¿Qué es lo que recuerdas de ese día Ana?

Ella tragó saliva.

—Fue un fin de semana de noviembre muy frío. Hugo se fue a Jávea, le apetecía navegar, pero yo no pude acompañarlo. Bea se había ido a Berlín a unas competiciones con el club de natación, y mamá me pidió que la ayudara a preparar una cena de compromiso que papá había montado en casa para un montón de gente importante. Él estaba de viaje de negocios y mamá tenía que organizarlo todo, necesitaba ayuda. —Una lágrima no se atrevió a surcar sus mejillas y Ana tuvo que evacuarla por la garganta, sintiendo su rastro amargo—. Siempre he pensado que si yo hubiese ido a Jávea ese fin de semana podría haber evitado que...

Se rehízo y prosiguió con entereza.

—El sábado por la mañana llamé a Hugo al chalé: se acercaba un temporal muy fuerte hacia la costa de Alicante, con vientos que podían alcanzar fuerza doce; le dije que ni se le ocurriera salir al mar. Estaba muy raro, me respondió con monosílabos y parecía que en cualquier momento iba a romper a llorar... Pero llevaba un año muy raro, no le di mayor importancia. Sí recuerdo que antes de colgar le pregunté: «Hugo, ¿te pasa algo? ¿Estás bien?». Se quedó en silencio, como si deseara contarme algo, pero no se decidió. Su respuesta fue de compromiso: «Sí, cariño, estoy bien, no te preocupes por mí». Esas fueron las últimas palabras que oí de su boca, las tengo grabadas a fuego aquí... en mi cerebro.

Las lágrimas volvieron a temblarle en los ojos, muertas de frío. Tal vez por eso no se atrevieron a abandonar el abrigo de los párpados.

—Con todo el trabajo que teníamos mi madre y yo, no volví a pensar en ello. Al día siguiente me llamó la Guardia Civil: la tarde del sábado Hugo había salido a navegar con el *Quimera*. Me quedé petrificada. Nadie se lo explicaba, durante la mañana del sábado el tiempo había sido bueno, pero ya al mediodía se había levantado un temporal huracanado. Ni los más viejos del lugar recordaban algo así.

—Y a pesar de eso, ¿Hugo salió a navegar? Parece increíble...

—Es increíble, Víctor. A las seis de la tarde el responsable de radio del club lo vio salir por la bocana, solo al timón. Intentó ponerse en contacto con él, pero Hugo tenía los equipos del *Quimera* apagados. —De nuevo se ensombreció su rostro—. Encontraron los restos del barco, destrozados, el domingo por la mañana, frente a la isla del Descubridor, muy cerca de donde nosotros tenemos la casa. No había rastro de Hugo. Hasta el domingo por la tarde no se calmó el temporal y fue entonces cuando la Guardia Civil empezó la búsqueda. Nos fuimos toda la familia de inmediato a la casa de Jávea, a esperar un milagro. Tres días más tarde apareció el cuerpo, cincuenta millas mar adentro.

Mordisqueaba las palabras ensimismada, en voz baja, como si recordando todo

aquello estuviese cometiendo un sacrilegio.

—En honor a la verdad, he de decir que papá se encargó de todo. Yo estaba desquiciada. Él estuvo al pie del cañón y en contacto permanente con la Guardia Civil, y luego organizó el funeral y no dejó que yo me dedicara a otra cosa que no fuese..., pues a desmigajarme viva. El cadáver estaba deshecho, el mar lo había estado vapuleando durante tres días, y las alimañas habían empezado a... —La mirada se le quedó de nuevo perdida—. No pude ni ir a identificarlo, estaba destrozada.

—Debió de ser muy duro.

—Sí, lo fue. Me pasé semanas con mamá y con Bea llorando, encerrada en el chalé de Jávea, imaginándome, como si estuviese loca, que Hugo aparecería un día por la puerta tan tranquilo, ajeno a todo lo sucedido... Me sentía culpable por no haber estado al lado de mi marido cuando, obviamente, algo le sucedía... Se trastornó, enloqueció por alguna cosa, si no, no hubiese salido a navegar..., conocía el mar mejor que nadie.

Víctor la escuchaba atento, sin atreverse a interrumpir.

—El siguiente año fue terrible. Quería morirme. Aunque suene ridículamente melodramático, sentía que había desaparecido la razón de mi existir. Volví a casa de mis padres buscando refugio..., pero la pérdida de Hugo fue solo el primero de mis problemas. Te lo resumo: se me había muerto el amor de mi vida en un accidente incomprensible, mi hermana se largó, y la familia se arruinó.

—Vaya... Un *annus horribilis*.

—Nunca mejor dicho. —Volvía a contemplar el fuego, que proyectaba sombras trémulas por el enorme vestíbulo—. Mi hermana Bea, tras una pelea terrible con mi padre, una mañana se despidió de mí y de mamá y desapareció. No era la primera vez que lo hacía, ya antes se había largado escapando de papá... Bea es muy impulsiva, y el control y la rigidez que reinaban en esa casa...

Cabeceó con condescendencia cariñosa.

—Bea siempre ha sido caprichosa, y cuando conseguía lo que quería, se aburría enseguida de ello. Eso desquiciaba a mi padre. Tuvo problemas con las drogas, nada grave, pero tonteó con ellas... Esta vez, por lo menos, se despidió antes de irse...

—Tu hermana debe de ser una mujer de carácter.

—Ya lo puedes decir, en esa época estaba como una cabra. —Por primera vez a lo largo de la conversación, sonrió con ganas—. Dos años después apareció con un regalito: Berto. Bea había estado por Sudamérica «disfrutando de la vida». En Costa Rica conoció a un hombre y nació mi sobrino, que llegó aquí con un añito. Imagínate si es fuerte mi hermana, en la otra parte del mundo, sola y con un bebé.

Él notó cierta envidia sana en sus palabras.

—Bea se lo suavizó a mamá diciendo que se enamoró y... cosas de la vida. A mí me confesó la verdad: fue un lío de una noche en Puerto Viejo, nunca volvió a saber nada del padre de Berto. Al enterarse de que estaba embarazada, decidió que le

apetecía ser madre: así es Bea, impulsiva, todo energía. —Suspiró de nuevo—. Ella y Bertito viven ahora con nosotros en casa... Menos mal, sin ellos aquello sería un cementerio. La verdad es que ser madre la reformó, ya te lo dije antes, ahora solo piensa en su hijo y en el deporte.

Víctor se acercó al armario leñero. Sacó un viejo escabel raído por los años, lo arrojó sin contemplaciones a la chimenea y volvió a sentarse. Ana lo observó extrañada, pero no dijo nada.

—Sigue contando, por favor, toda esta historia es interesantísima y muy literaria si me lo permites. Dices que ese mismo año en que huyó tu hermana, la familia, además, se arruinó.

—En efecto. Mi padre nunca había sido un empresario, sino un hombre de influencias y contactos, y cuando le fallaron sus amigos, la cosa se desmoronó. Invirtió una fortuna en unas tierras yermas en la provincia de Toledo, en medio de la nada. Eran rústicas, pero ya había sobornado al Ayuntamiento para que se las recalificasen como urbanas, tenía previsto construir en ella una macroubanización. Luego papá se gastó otra fortuna untando a gente en el Ministerio de Fomento, para que la autovía de Andalucía se desviara de su trazado original y pasase cerca de la zona, de forma que gente de Madrid capital comprase los adosados. —Su rostro se llenó de repulsión—. Vamos, no me da vergüenza reconocerlo: mi padre era el típico chanchullero, tan habitual en este país, en el que muchos cretinos tienen la poca vergüenza de hacerse llamar empresarios. Solo le faltaba ser presidente de un club de fútbol para tener la estampa completa. Pero a *papaíto* le salió mal la jugada.

—¿Y eso? Esos pasteleos suelen estar muy bien atados.

—El destino. En las dehesas que había adquirido mi padre, unos botánicos de la Complutense localizaron unas florecillas aparentemente insignificantes que resultaron ser endémicas. Por lo visto era un descubrimiento importante. Los ecologistas empezaron a hacer campaña y a exigir la protección del área. Papá tuvo que seguir gastando dinero para aplacar conciencias, pero la gente de Greenpeace sacó a la luz toda la porquería de las recalificaciones. Fue un escándalo político, rodaron un par de cabezas de alcaldes y consejeros. El Gobierno autonómico, con las elecciones cerca, quiso sacar pecho ecologista y declaró todo aquello reserva natural. —Ana sonrió sin malicia, pero complacida—. A papá casi le da un ataque, había metido todo lo que tenía en ese proyecto... Lo que tenía y lo que no tenía, porque se había financiado avalando con todas sus propiedades: y, a cambio, poseía miles de hectáreas en las que no podía construir ni una caseta para el perro. Se sentía avergonzado, indignado..., quería morir. ¡Él arruinado! Inconcebible.

Su tono ahora era irónico.

—Es paradójico, unas inofensivas florecillas habían acabado con el ego más grande y déspota que he conocido jamás... A veces, unas pocas veces, el sistema acaba siendo justo.

Ana se quedó observando cómo el fuego devoraba ansioso el terciopelo del



escabel.

—¿Y qué sucedió entonces? ¿Cómo os salvasteis?

Ella lo miró muy solemne y orgullosa:

—Pues el que nos salvó fue Hugo.

—¿Hugo?!

—Te explico. Los bancos empezaron a ejecutar y a embargar. La casa de Madrid, el chalé de Jávea, el velero, el apartamento de Baqueira, solares..., todo iba a perderse. Papá y mamá se fueron a vivir al pisito de Torrejón conmigo, que, al estar a mi nombre, era intocable. Imagínate la humillación de mi padre, viviendo del sueldecito de cajera de su hija en un pisito de barrio obrero. Fue una cura de humildad en toda regla.

—Me lo puedo imaginar.

—Pero entonces sucedió un milagro. —Sonrió, esta vez con brío—. Hugo, aunque muerto, vino en nuestro auxilio.

—Explícate, Ana, me tienes en ascuas.

Ella se acabó su güisqui antes de continuar:

—Una tarde recibí una llamada de teléfono. Era Rodrigo Botet, el propietario de Ediciones Cariátides, desde Barcelona. Por aquel entonces Cariátides estaba a punto de desaparecer, sus títulos eran viejos y ya nadie los compraba, poesía y novela del XIX...

—Sí, la conozco bien, Cariátides es un clásico del mundo editorial menos comercial.

Ana asintió. Tras el llanto, su rostro lucía sombrío pero atractivo, fresco como la atmósfera tras un chaparrón de verano.

—Rodrigo, que ahora es un buen amigo, llevaba meses intentando localizar a Hugo, desde poco después de su muerte, de la que no tenía conocimiento. Al final consiguió nuestro teléfono de Torrejón. Por lo visto, Hugo, poco antes de morir, le había enviado el manuscrito de *Botavara*, y a Rodrigo, claro está, le encantó, estaba entusiasmado con el libro.

Víctor, antes de preguntar, se mordió la lengua, pensativo.

—¿Conocía Hugo a Rodrigo? ¿Por qué envió a Cariátides el manuscrito, una editorial tan pequeña?

—Yo también me lo he planteado en muchas ocasiones. Rodrigo y Hugo sí se conocieron. Yo no lo sabía, pero Hugo le llevó personalmente a Barcelona unos cuantos. Fue la única vez que se vieron. Rodrigo le pidió más material, y mi marido le envió el manuscrito de *Botavara*. El resto de la historia ya lo conoces: los libros de Hugo ya han vendido en todo el mundo treinta y seis millones de copias, y creciendo. Teniendo en cuenta un precio medio de veinte euros, no hay más que multiplicar. Eso sin contar los derechos cinematográficos. De esos ochocientos millones de euros, los herederos de Hugo, en este caso yo soy la única, nos llevamos un doce por ciento.

Aquellos cálculos, expuestos por una persona de naturaleza tan etérea, no tenían

el menor rastro de soberbia.

—Víctor, te hablo de dinero para que entiendas que Hugo, además de un referente literario, es un gran negocio para mucha gente: el restante ochenta y ocho por ciento de esos ochocientos millones llena muchos bolsillos. Ahora comprenderás cómo pude reflotar el patrimonio familiar. Eso sí, en la negociación con los bancos para saldar las deudas de mi padre todo pasó a estar a mi nombre: él es un invitado en mi casa, pero vive de una pensión no contributiva de miseria. Obviamente, yo corro con todos sus gastos, si no, sería imposible que llevara el estilo de vida que le gusta. Con lo que él ingresa no podría pagar ni la cuota del Casino de Madrid, del que es socio de toda la vida.

—Es curioso, Ana, al final de la historia tu padre vive de Hugo... al que consideraba un paria.

—En efecto, y sé que es algo que le corroe por dentro. —Esbozó una leve sonrisa amarga—. Y no te lo negaré, me alegro por ello.

Lo dijo sin ningún tipo de emoción.

—Por lo que me cuentas, Hugo no tenía ningún agente literario ni nada por el estilo.

—No, ni intención de publicar. Ya te lo dije, cuando yo le animaba a enviar algo a una editorial, siempre me respondía que él solo escribía para sí mismo. Por eso me sorprendió tanto la llamada de Rodrigo. Yo no tenía ánimos para nada en esa época, entre lo de Hugo, los problemas económicos de la familia, sin Bea a mi lado... Pero Rodrigo me hizo entender que *Botavara* era un libro genial, y permitiría que todo el mundo supiese quién fue Hugo Mendoza. Y tenía razón. Los libros de Hugo son Hugo...

De nuevo se le nublaron los ojos por culpa de la nostalgia.

—Leerlos es como estar delante de él, escuchando sus reflexiones, su manera de entender la vida... Son él.

Ana estaba inmersa en uno de esos momentos dolorosos, llenos de nostalgia, que a la vez generan un placer morboso. Víctor no pudo evitar verse a sí mismo frente al espejo rabiando mientras apretaba un poro, hasta contemplar con deleite cómo brotaba el sebo. Placer y dolor. Catarsis purificadora.

—Tras el éxito de *Botavara*, empezaron a agobiarme montones de editoriales y representantes literarios, todos al olor del dinero. Pero yo ya había trabado una amistad sólida con Rodrigo. En este mundo de sanguijuelas en el que se ha transformado la publicación de libros, él es un verdadero ángel, uno de esos editores de antes que adora su oficio. Otros grupos editoriales mucho más fuertes nos han tentado, pero Hugo decidió enviar su manuscrito a Cariátides, y jamás me hubiese atrevido yo a cambiar su decisión. Antonio insiste en que debemos irnos a otro sello, pero yo lo tengo claro.

—¿Antonio?

—Antonio es mi marido.

La frase sonó extraña, y creó un breve pero incómodo silencio.

—Las ediciones extranjeras de *Botavara* requerían contratos complejos con distribuidores en otros países, y todo aquello le venía grande a Rodrigo. Recurrimos a un despacho especializado de Barcelona. Allí conocí a Antonio, nos caímos bien, él me aportaba tranquilidad... Acabamos casándonos tres años después.

Víctor intentó disimular su asombro, pero Ana lo captó al instante.

—Si te digo la verdad, yo también me pregunto, como tú te estás preguntando ahora, cómo pude casarme si seguía enamorada de Hugo... —La verbalización de esos pensamientos la dejaron aturdida—. No sé cómo puedo estar contándote esto, apenas nos conocemos...

Al profesor le impresionó aquella apabullante sinceridad: la mayoría de las mujeres que conocía no habrían sido capaces de confesar, sobre todo ante sí mismas, una realidad tan descarnada. Pero tras la aparente delicadeza de Ana, parecía esconderse un espíritu lleno de coraje.

—Antonio no tiene nada que ver con Hugo. Es un hombre... prosaico, terrenal. Es práctico, ambicioso, trabajador, muy responsable y transparente. Al mes de conocerlo ya era como un libro abierto para mí.

—No sé si debería decir esto, Ana, pero... —Víctor hablaba con precaución, sabedor del terreno peligroso que pisaba—. Yo creo que cuando tu pareja es como un libro abierto para ti, la relación está muerta.

Ella asintió, de nuevo resignada.

—No te preocupe ser cruel, Víctor. Pienso lo mismo que tú. Antonio me quiere, y me cuida mucho, y...

No sabía cómo expresar su desazón. Tras unos segundos, decidió atajar por el camino de en medio para evitar tanto circunloquio.

—Para qué negarlo: no estoy enamorada de mi marido, no lo he estado nunca. No al menos de la misma forma... Con Hugo fue todo muy diferente. Pero ya habían pasado cuatro años desde el accidente, y yo no sabía cómo salir de un pozo que seguía igual de oscuro que el primer día. Me sentía enormemente sola, necesitaba a alguien a mi lado, quería ser madre... y apareció Antonio.

A Víctor le pareció estar escuchando a su exmujer Rebeca hablando de su actual pareja: ambas habían buscado, consciente o inconscientemente, un compañero de viaje. Una relación Samsonite.

—¿Todavía..., todavía echas de menos a Hugo?

—Víctor... —Dejó pasar el tiempo, con una sonrisa triste y pensativa flotando en sus labios—. Cuando se va alguien al que has querido, crees que echas de menos a la persona, pero eso es un espejismo. Lo que echas de menos son las emociones que viviste con esa persona. Te echas de menos a ti mismo sintiendo lo que sentías..., en realidad, es puro egoísmo.

El profesor supo que aquel camino psicoanalítico, como todo el análisis freudiano, era hermoso, pero no llevaba a ninguna parte. Decidió tomar otra vereda

más práctica y transitable.

—Se te cae la baba cuando hablas de tu sobrino Berto, te gustan los niños, Ana, eso se nota... ¿Por qué Hugo y tú no tuvisteis familia?

—Nos apetecía un montón, pero lo planificamos para un poco más adelante. Creíamos que teníamos todo el tiempo del mundo... y resultó ser que no. Hace poco más de dos años me quedé embarazada. Estaba solo de un par de meses cuando Antonio tuvo un grave accidente de coche, casi se mata... —Sus palabras destilaban amargura, eran una especie de melaza pegajosa y lejana que parecía haber sido recolectada por entre el ramaje de sus recuerdos—. Estuvo ingresado en la UVI durante semanas, toda aquella tensión me afectó mucho... y tuve un aborto.

En un gesto que a Víctor ya le resultaba familiar, Ana empezó a rodar obsesivamente su anillo de casada, estrangulándose por dentro.

—¿Por qué no habéis vuelto a probar?

—Ese fue el segundo intento, ya había tenido antes otro aborto espontáneo... Soy de cadera estrecha, mala paridora... —Una sonrisa de pulpa ácida se dibujó en su semblante—, nadie me querría en una feria de ganado.

Víctor intentó transformar aquella sonrisa de pomelo en una de mandarina:

—Eres aún joven, Ana, seguro que si lo volvéis a intentar esta vez todo sale bien.

Pero la mandarina no apareció por ningún lado.

—Antonio y yo hace tiempo que no estamos bien. Es por culpa de esos malditos libros, es todo culpa mía... —La congoja empezó a inundar su rostro—. Hemos decidido que en unos meses me someteré a un tratamiento de fertilidad, pero... no estoy convencida... Es todo culpa mía...

Sin previo aviso, rompió a llorar de nuevo. Víctor esta vez sí supo lo que tenía que hacer: la abrazó hasta que el llanto se detuvo.

—Toma. —Le tendió un clínex.

—Gracias, menudo espectáculo estoy dando.

—No seas tonta. Cuéntame, ¿qué está pasando con esos malditos libros que te altera tanto?

Ana se tomó unos segundos para limpiarse las lágrimas. Por fortuna, su rostro de porcelana no llevaba maquillaje alguno.

—Todo empezó poco antes de las Navidades del 2010, hace ahora algo más de dos años. *Botavara* llevaba tiempo siendo un éxito arrollador, yo estaba casada con Antonio, y en casa, con Bea y Bertito, al menos se respiraba cierta alegría... Mal que bien me convencía a mí misma de que era feliz. Tal vez la palabra felicidad es demasiado grande, más bien estaba tranquila con la vida que llevaba: no había olvidado a Hugo, pero formaba parte de un rincón de mis recuerdos que mi ordenada vida contribuía a mantener en un segundo plano. Y entonces, ese mes de diciembre, el día tres por la mañana...

Víctor estaba a punto de reventar de curiosidad. Ella prosiguió:

—El cartero trajo a casa un paquete. Iba a mi nombre, el matasellos era de Madrid

y no tenía remite. Dentro encontré una caja de zapatos... Al abrirla, me topé de nuevo... —Las lágrimas volvieron a brotar de sus ojos—. Hugo volvió a pasar al primer plano de mi vida como un ciclón.

Lloraba de nuevo con amargura. Esta vez él creyó más conveniente dejar que se calmase por sí sola. A los pocos minutos Ana prosiguió.

—La caja de zapatos contenía quinientas páginas mecanografiadas. La primera solo llevaba un título: *Pan con chocolate*. Sin autor ni ninguna referencia de quién había escrito todas esas hojas. Pero, al leerlas, no había duda alguna..., era Hugo en estado puro.

Víctor estaba anonadado: no podía creer lo que acababa de escuchar.

—¿Qué?! ¿Me estás diciendo que la segunda gran novela de Hugo Mendoza te llegó a casa por correo dentro de una caja de zapatos seis años después de que él muriese en el accidente?!

—Eso es.

Ana, como si no fuese consciente de lo sorprendente de aquella revelación, permaneció unos segundos contemplando en silencio la chimenea: jabardillos de pavesas saltaban entre los maderos, riéndose del fuego como si fuesen chiquillos traviosos. Al final salió de su letargo.

—Imagínate, Víctor, mi reacción. Si Hugo estaba muerto, ¿quién enviaba esa novela? Solo podía haberla escrito él..., su estilo es tan...

La nostalgia era el mayor enemigo de Ana, pero ella parecía tener muy calado a semejante cobardón, por lo que se forzó a avivar el tono para escapar de él.

—Necesitaba una segunda opinión, yo estaba emocionalmente muy implicada. Le enseñé el manuscrito a Bea y coincidió conmigo: aquello era de Hugo, sin duda... No tenía ningún sentido, pero esas hojas las había escrito él.

—¿Qué hicisteis? —Víctor preguntó ansioso, todo aquello le resultaba apasionante.

—Fuimos las dos al estudio de la calle Alcalá, por si entre los papeles de Hugo encontrábamos alguna pista. Hacía seis años que no iba por allí nadie, estaba sucio y lleno de polvo. Revisamos sus cosas, pero no encontramos nada de interés, en su ordenador no vimos ningún archivo de texto.

—¿Ningún documento?

—Nada. Era como si nunca hubiese escrito..., o como si hubiese querido desaparecer sin dejar rastro.

Seguía pensativa, observando sus manos como si estas fuesen dos talismanes engarzados.

—Ana, es muy extraño que el ordenador estuviese vacío, ¿quizás lo guardaba todo en otra máquina?

—No sé. Yo nunca la encontré.

Ahora miraba a Víctor implorante, suplicando ayuda o consuelo.

—La verdad es que entiendo tu sorpresa al recibir semejante regalito... No tiene

sentido. —El cerebro del profesor rebullía analizando alternativas—. ¿Qué hiciste tras registrar las cosas de Hugo?

—Fui a hablar con Rodrigo, quería saber su opinión sobre *Pan con chocolate*. Al principio no le expliqué cómo había llegado a mis manos el libro, para así conocer su punto de vista sin crearle prejuicios. Le dije que el manuscrito lo había encontrado entre los archivos de Hugo.

—¿Y cuál fue su opinión?

—Se quedó maravillado... Dijo que era una novela más que digna sucesora de *Botavara*.

—Y tenía razón. ¿Le llegaste a contar la verdad?

—Al instante, Rodrigo es de plena confianza... y todo aquello le pareció inexplicable. Nos planteamos varias hipótesis. Una era que un imitador, un mitómano desquiciado, había conseguido escribir una novela de la misma calidad y estilo que *Botavara*. Pero esa opción era descabellada, no tan solo por la dificultad de meterse de esa manera en la piel de Hugo, sino porque ¿para qué iba a enviármela a mí? Lo normal es que la publicase con su nombre.

Víctor reflexionó unos segundos.

—Estoy de acuerdo, no es nada fácil escribir una novela como *Pan con chocolate*. Está llena de referencias personales, muy similares a las de *Botavara*, que configuran un mundo propio muy, muy..., un mundo muy Hugo Mendoza.

—Exactamente. Eso mismo pensamos nosotros. Una segunda opción sería que alguien hubiese conseguido los manuscritos de Hugo. Podría haber sido un robo, pero lo dudo, mi marido fue en vida un absoluto desconocido. Además, un robo de ese tipo parece lógico que condujese, a la vista del éxito de *Botavara*, a un intento de rentabilización económica. Pero el libro me llegó regalado, sin exigir contraprestación alguna.

—Tal vez Hugo, antes de morir, cedió sus manuscritos a alguien.

—También pensamos en esa posibilidad. Ese alguien, sin ánimo de lucro, estaría devolviéndole a la familia de Hugo las obras que él cedió. Pero entonces, ¿por qué no se da a conocer? Una acción tan loable no es muy lógico que se haga de modo anónimo y misterioso.

Víctor se quedó pensativo y frunció los labios.

—Sí, no parece tener mucho sentido.

Ana dudó antes de seguir hablando.

—Víctor, hay otra posible explicación sobre la que te confieso que he estado meditando mucho, y que no me he atrevido a comentar con nadie, es demasiado... increíble. —Ana bajó la mirada para desenvainar de nuevo a Excalibur—. Y a la vez demasiado dura para mí.

Guardó silencio mientras las llamas, cizañeras, jugaban sobre sus pupilas perdidas.

—He llegado a pensar que Hugo no murió.

Víctor la miró fijamente a los ojos, pero ella no los alzó.

—Ana, me dijiste antes que la Guardia Civil encontró el cuerpo.

—El cadáver estaba irreconocible, Víctor. Es cierto que la Guardia Civil le hizo las pruebas de identificación. Yo misma les entregué las fichas dentales de Hugo, pero... ¿y si se equivocaron? ¡¿Y si hubo algún error?!

Pronunció aquellas palabras mirando implorante a Víctor, a la vez que se daba cuenta de la escasa credibilidad de las mismas.

—Ana, la identificación a través de la dentadura es casi infalible.

Lady Ginebra, muy aturdida, se refugió de nuevo entre las llamas de su Camelot interior.

—Sí, ya lo sé. Me agarro a un clavo ardiendo porque no soy capaz de hacerme a la idea de que él se fue para siempre... Hugo estaba ya tan lejos en mi memoria... —El fuego y las lágrimas parecían ser ahora su única compañía—. Era como una de esas fotografías de la niñez, de esas que vuelves a ver ya de adulto y te dejan los ojos rugosos y llenos de sal por culpa de la nostalgia... todavía estaba en mi álbum de recuerdos, pero ya despegada y suelta entre las páginas, haciendo equilibrios para no resbalar al suelo. Muy escondidita en el fondo del desván. Y de repente, por sorpresa, con ese manuscrito, Hugo inunda de nuevo toda mi vida.

—Por eso te asustaste tanto cuando te dije que la homogeneidad de la obra de Hugo es enorme: al descartar a un imitador, esa teoría reforzaría la idea de que él sigue vivo.

Ella asintió.

—Cualquier esperanza me hace no poder descansar, estar ansiosa. Me agarro a imposibles solo para ensoñar que todo fue una pesadilla y él no murió. Soy tan tonta que no entiendo que, si esta opción fuese cierta y Hugo estuviese vivo, para mí aún sería más duro: significaría que me abandonó y no quiere saber nada de mí.

Víctor decidió que aquel harakiri, ejecutado no con catana, sino con la noble Excalibur, debía detenerse a toda costa.

—Ana, no creo que tenga ningún sentido pensar que Hugo sigue vivo. Como bien dices, te estás agarrando a un clavo ardiendo, sé que es duro, pero, sin duda, su muerte es la alternativa más razonable. —Hizo una pausa y cambió de tema—. Dime, ¿por qué publicasteis el manuscrito si no estabais seguros de quién era su autor?

Ella se rehízo y limpió las lágrimas de su rostro con el clínex.

—Bueno, en realidad sí estábamos seguros, pero no teníamos pruebas. Yo no quería sacarlo al mercado, pero Antonio insistió mucho. La verdad es que a mi marido le gusta demasiado el dinero. —Un mohín que Víctor no supo descifrar apareció en su rostro—. De hecho, creo que nuestros problemas empezaron cuando él se empeñó en que ese manuscrito debía publicarse con la firma de Hugo Mendoza.

—¿Por qué tenía tanto interés?

—Pues porque Antonio es un hombre de empresa, y las expectativas comerciales de *Pan con chocolate* eran fabulosas: el morbo de un autor difunto ayudaría a vender

una novela que ya de por sí era excelente. Pero yo no me sentía cómoda: íbamos a hacer creer a la gente que Hugo había dejado ese manuscrito en un cajón del escritorio, y no era cierto. ¿Y si quien nos había enviado el manuscrito revelaba la verdad? Antonio decía que legalmente estábamos bien cubiertos, había comprobado los registros de la propiedad intelectual y no constaba nada parecido a *Pan con chocolate*.

Tomó aliento y aprovechó para torturar de nuevo a su anillo de casada.

—El dinero a mí me traía sin cuidado, con lo que dejaba *Botavara* tenía más que suficiente, pero Antonio no paró hasta convencernos a Rodrigo y a mí. Bea se mantuvo al margen, creía que era una decisión que debía tomar yo. Al final fui demasiado débil y cedí... Y nos metimos en una dinámica que me está destruyendo.

El tono de culpabilidad ensombreció aún más su rostro.

—¿Qué quieres decir con «una dinámica»?

—Pues que el 3 de diciembre del año siguiente llegó el manuscrito de *Cálido invierno*, y el 3 de diciembre del siguiente, o sea, hace apenas tres meses, recibí *Para un ratón, los murciélagos son ángeles*. Siempre a mi nombre, sin remite y en una caja de zapatos.

Víctor por un instante creyó que el corazón iba a parársele. Ni el polvo en suspensión que flotaba en el aire se atrevió a moverse.

—Me... ¿¿me estás diciendo que, excepto *Botavara*, nadie sabe en realidad quién ha escrito toda la obra de Hugo Mendoza?!

Ella se limitó a asentir, todavía con una mezcla en el rostro de culpabilidad e incertidumbre. Víctor aún tardó unos segundos en recuperar la calma.

—Esto es increíble...

El profesor tenía sentimientos encontrados. Por un lado, se tambaleaba el mito que había creado en su mente alrededor de la figura de Hugo Mendoza. Por otro, el morbo que produce el misterio hacía aún más atractiva la enigmática figura del gran escritor. Como siempre había pasado en su vida, el morbo venció: quería saber más.

—¿Tienes idea de por qué te llegan los manuscritos el 3 de diciembre?

—Ni la más remota. Esa fecha no tiene ninguna significación especial.

Víctor reflexionó.

—¿Cómo es que sois capaces de anticipar el próximo título? He visto que habéis vuelto a hacerlo: en *Para un ratón, los murciélagos son ángeles* se anuncia que en las próximas Navidades aparecerá *Dejad que los niños se acerquen a mí*.

—Quien nos envía los manuscritos parece un profesional del marketing; sabe que, anticipando el futuro título, entre el público se generan expectativas. La gente espera ansiosa las Navidades para poder así leer el libro prometido. Pero nosotros corremos un gran riesgo, ¿y si no llega el manuscrito? Antonio dice que la apuesta compensa sobradamente, pero yo vivo en una tensión total... Tenemos peleas constantes por culpa de esos malditos libros.

Ana entornó los ojos y miró a Víctor. De repente se sintió desnuda, y tuvo la



necesidad de seguir hablando.

—No debo engañarme a mí misma, y no quiero engañarte a ti, Víctor: los manuscritos han sido la chispa desencadenante, pero las discusiones, en realidad, se deben a que Hugo no se va de mi cabeza..., y cuando en un matrimonio hay tres personas, las cosas jamás pueden andar bien. Yo soy el eslabón débil en esta relación...

Víctor, al verla tan desvalida por culpa de su brutal honestidad, entendió que aquella mujer era víctima del suicida arrojo que sufren aquellos que hacen de la autocrítica un principio vital. Las lágrimas de Ana eran las lágrimas del que jamás se boicotea a sí mismo, del que prefiere socavar la tierra bajo los propios pies antes que ceder ante la cretinez de la autoindulgencia.

—Quiero enterrarlo definitivamente y pasar página en mi vida, pero a la vez... Te confieso que espero ansiosa durante todo el año el 3 de diciembre. Es como si Hugo viniese a visitarme desde el más allá... Paradójicamente, el muerto es él, pero soy yo la que necesita descansar en paz.

Víctor la contempló y, de nuevo, se sintió como se suelen sentir los hombres tópicos cuando presencian una explosión emocional descarnada: no supo muy bien qué hacer ni qué decir.

—Entiendo cómo te sientes, Ana, estás metida en una tela de araña que te tiene atrapada por todos lados.

—Sí, cada vez que pienso en una salida me doy cuenta de que haga lo que haga, solo conseguiré enredarme más y más en la madeja.

Ella seguía llorando desconsoladamente mientras se observaba las manos. El cerebro de Víctor, todavía sin saber qué hacer o qué decir ante aquel despliegue emocional, rebullía intentando ofrecer lo que los hombres tópicos quieren ofrecer cuando una mujer les cuenta un problema: una solución. No un abrazo, o consuelo: tan solo una vulgar solución.

—Ana, ¿has pensado en ir a la Policía?

—No puedo ir a la Policía, Víctor. No puedo pedirles que averigüen quién me envía unos manuscritos que yo he publicado bajo el nombre de Hugo Mendoza ganando mucho dinero con ello. En el secreto de los manuscritos solo estamos Bea, Antonio, Rodrigo y yo misma. Y ahora tú..., y, por supuesto, quien los envía. La Policía no debe saber esto jamás...

Incapaz de ofrecer una solución, Víctor intuyó que debía dejar de comportarse como un hombre típico. Él no era un hombre típico. Había llegado el momento de escarbar sobre sentimientos, no sobre hechos.

—Ana, ¿por qué has venido a contarme todo esto?

—Es difícil de explicar, Víctor. Yo misma no lo tengo muy claro... —Parecía estar batallando dentro de su cerebro para encontrar las sensaciones y las palabras adecuadas—. ¿Recuerdas..., recuerdas cuando de niños jugábamos en la playa a intentar mantener una pelota bajo el agua con el trasero? Hacías equilibristas

sentado sobre ella intentando contenerla el máximo tiempo posible, pero al final la pelota siempre acababa buscando la superficie a borbotones. ¿Tú también jugabas a eso?

Él se sonrió ante la inesperada e incomprensible metáfora.

—Sigo haciéndolo, Ana, con mi hija, todos los veranos. Lo llamamos *aguanta la cagarruta*, y Sofía siempre me gana.

Por primera vez a lo largo de la noche, ella se rio con una carcajada sana que consiguió refrescar la viscosidad del ambiente, lógica tras una conversación tan densa.

—Me encanta el nombre, y no te preocupes, yo tampoco era muy buena «aguantando la cagarruta». ¿Tienes una hija? No lo sabía.

—Sí, acaba de cumplir seis años.

—Seguro que es una ricura.

—Sí, sí que lo es..., pero sigue, por favor, me tienes en ascuas, y no entiendo muy bien lo de la cagarruta.

—Es muy sencillo, Víctor, creo que esta noche he venido aquí a contarte todo esto porque..., porque creo que, desde que recibí el manuscrito de *Pan con chocolate*, he estado haciendo equilibrios para aguantar debajo del agua mis dudas, pero, al final, las dudas, al igual que las pelotas de playa, acaban siempre buscando la superficie a bocanadas. —Su tono de voz se había vuelto a amustiar—. Ya no soporto más esta tensión; desde hace tres años mi estado de ánimo parece una vagoneta de montaña rusa. Necesitaba compartir todo esto con alguien fuera de mi entorno, que está viciado; necesitaba aire fresco... Me estoy volviendo loca por culpa de toda esta incertidumbre.

—Pero ¿por qué a mí, Ana? ¿Por qué ahora?

Ella tan solo era capaz de contener las lágrimas gracias a la concreción de las preguntas.

—Por qué te lo he contado a ti es sencillo de responder: me transmites una confianza instintiva, que es la única confianza auténtica. Después de leer todo lo que has escrito sobre Hugo, sé que le conociste muy bien, aunque nunca os vieseis... Creo que me siento cómoda hablando de Hugo contigo porque me da la sensación de que no estoy ante un académico, sino ante un antiguo amigo suyo...

—Me halagas, Ana, pero...

—No, por favor, déjame acabar. Después de aguantar toda la tabarra que te he dado esta noche, mereces algún piropo. —Con aquella frase sólida, la delicadeza de porcelana de Ana evidenció su lado más tenaz—. Algunos críticos son tan necios que, sin haber conocido a Hugo, se atreven a atribuirle etiquetas o intenciones que sé que él nunca albergó, y que habría rechazado de haberlas escuchado en vida. Da la sensación de que esos idiotas escriben más para lucirse ellos mismos que para aportar algo de valor a la obra... Tus críticas, sin embargo, son honestas. Ya te dije que la obra de Hugo es Hugo, y tú la has interpretado tan acertadamente que..., que no me

imagino nadie mejor para hablar con él de todo esto.

Víctor escabulló su vanidad tras un gesto de falsa modestia.

—Contéstame ahora a la segunda pregunta, porque, como sigas por ese camino, me vas a ruborizar.

—¿Por qué ahora? Para eso creo que no tengo una respuesta tan clara... La tensión se ha acumulado de tal manera bajo mi trasero que al final la pelota ha salido disparada buscando la superficie, ya te lo dije. Y creo que la tensión se ha acumulado porque Antonio quiere un hijo, y tiene derecho a ello, pero yo sigo soñando cada noche con que Hugo no ha muerto y es él quien me envía los manuscritos...

De nuevo empezaron a humedecerse los ojos.

—Pero, Ana, eso es imposi...

—Ya lo sé, Víctor, pero no puedo controlar esa ilusión. Y por culpa de ella siento que le estoy siendo infiel a mi marido, que le estoy engañando. Cuando llegan los manuscritos yo... me siento viva de nuevo, y a la vez me siento sucia porque Antonio es mi marido y...

Víctor le tomó la mano para intentar calmar toda aquella impotencia.

—No digas tonterías, Ana, tú no le estás siendo infiel a nadie...

—Tú no puedes entenderlo, Víctor... Los hombres creéis que las infidelidades consisten en meterse en la cama con alguien, pero no es así... Las infidelidades son algo mucho más complejo, las mujeres las vivimos de manera muy diferente.

Él se sintió injustamente encasillado, víctima de un lugar común, pero entendió que solo un idiota hubiese elegido aquel momento para enarbolar una bandera.

—Cuando llega un manuscrito, me siento infiel de una manera extraña, es una culpabilidad incierta, difusa..., parecida a la que siento cuando hago dieta y, muerta de hambre, me planto frente al horno donde se está asando una pierna de cordero que es para mi familia y sé que yo no probaré, pero cuyo aroma me hace salivar de gusto... y, durante minutos y minutos, absorbo ese aroma... y me llena de mala conciencia. Lo mismo me pasa cuando recibo el manuscrito, me siento culpable por culpa del aroma, de los malos pensamientos que despierta en mí, y esa noche me meto en la cama junto a Antonio y siento que allí dentro, bajo las sábanas, somos tres...

Llorando se abrazó a Víctor, que la acogió con ternura. El profesor entendía esa sensación de fracaso y culpabilidad; él mismo la había experimentado en sus años de matrimonio, cuando su vida estaba vacía, vacía como solo puede estarlo una vida gobernada por la inercia.

—Eso es, Ana, llora, desahógate.

Con la diferencia de que Víctor no se limitó a oler el aroma de una pierna de cordero: se la zampó a dentelladas.

—Bueno, ya está bien, ya he hecho bastante el ridículo... —Ana se separó, avergonzada—. Gracias por todo, Víctor.

—No me des las gracias, no... no he hecho nada.

—Me has escuchado, que es lo que necesitaba. Aunque no lo creas, me has ayudado mucho..., has tenido mucha paciencia.

—No digas tonterías, Ana... Ahora creo que deberías descansar. Te prepararé la habitación de Cécile, es una estudiante que vive...

—Mil gracias, Víctor, pero tengo que regresar a Madrid. —Se levantó y sacudió su vestido.

—¿A Madrid a estas horas de la madrugada?! ¡Estás loca!

Ana le interrumpió con suavidad.

—Mi chófer me espera fuera. Antonio no sabe que estoy aquí y vuelve de viaje mañana temprano.

Con decisión, empezó a caminar hacia la puerta. Víctor, sorprendido, la acompañó a regañadientes.

—Creía que los profesores solo sabían hablar, pero estaba equivocada. Al menos tú también sabes escuchar.

Él contemplaba la silueta nebulosa de Ana, dudando aún de que toda aquella conversación hubiese tenido lugar.

—¿Y ahora qué, Ana? Me cuentas todo esto y...

—Ahora nada, Víctor. Esto es algo que debo resolver yo... y aún no sé cómo hacerlo. Pero te aseguro que el compartir contigo todas mis dudas e incertidumbres me ha ayudado mucho.

—No sé, Ana... Has llegado aquí, me cuentas una historia alucinante sobre un genio al que idolatro y que ahora no podré volver a releer con los mismos ojos, y ahora te vas así, sin más.

—Tengo que irme, Víctor... Ya te lo he dicho, esto es algo que debo resolver yo. Gracias por escucharme. Si vienes a Madrid, llámame.

Ana Cifuentes le dio un beso en la mejilla y salió de la casa igual que había llegado, como si fuese una ensoñación.

## PRIMAVERA

*Gingko biloba*, *Phoenix dactylifera*, *Populus angulata*... Las chapitas en latín colgadas de los troncos, junto con el silencio, conferían al jardín botánico una paz de catedral en medio del bullicio de la ciudad. El hombre desvió por un instante la mirada de su objetivo y se observó la mano, amarilla como todo él. El silencio es más silencio cuando sabes que está rodeado de estruendo, pensó. Por eso el silencio de un jardín urbano es tan absoluto, tan parecido al silencio que separa dos truenos en una tormenta. *Adansonia digitata*.

Comprobó que su objetivo seguía allí, rodeado de compañeros de clase, escuchando las explicaciones de la profesora. El hombre amarillo había aprendido a ser paciente. Podría haberse llevado a aquel querubín de un zarpazo en cualquier descuido de la profesora, pero eso, además de estúpido y arriesgado, habría sido un barbarismo. Estaba postergando a conciencia el pequeño placer de la posesión, del éxito. Desde que lo vio tres meses atrás por primera vez en el parque del Retiro, no había dudado de que aquel angelote acabaría siendo suyo. Pero prefería disfrutar al máximo aquel placer insano retrasándolo como un hojaldre de crema que te compras para merendar y dejas en la alacena toda la tarde hasta que llegue la hora. Relamiéndote. A lo sumo, te acercas para echarle un vistazo, pero ni lo tocas..., seguro como estás de que nadie va a poder interponerse entre tú y él para evitar que te lo zampes.

Con suma discreción, tres meses atrás había vuelto sobre sus pasos en El Retiro para observar al crío cruzar Alcalá y meterse por Velázquez cogido de la mano de su madre. Torcieron por la callecita del Conde de Aranda y allí entraron en una mercería, donde estuvieron más de quince minutos. El hombre amarillo los esperó paciente fumándose un cigarrillo a una distancia prudente, y en cuanto salieron, reemprendió la marcha. A los cinco minutos madre e hijo se metieron en un portalón señorial de la calle Jorge Juan, número 36. El portero de la finca saludó formal a la madre y le gastó una broma al chaval pellizcándole por todo el cuerpo, consiguiendo que el chico se desternillase de risa. Al hombre amarillo se le hizo la boca agua, pero, experimentado y profesional como era en la caza, pensó que tendría que andarse con cuidado: las fincas con portería siempre eran un problema, la vigilancia podía tornarse complicada si un portero demasiado concienzudo se fijaba en ti.

Una vez supo dónde vivía el niño, tuvo que esperar un tiempo hasta conseguir en el trabajo un mes libre. Esas cuatro semanas las dedicaría a la cacería, a averiguar todas las costumbres y rutinas de su hojaldrito. Así, conoció sus horarios de salida al parque, el colegio al que iba y el chalé en la sierra donde pasaba los fines de semana. Su padre se llamaba Blas, un alto directivo del Banco Urquijo, y su madre, María, un ama de casa responsable que, a pesar de su buena posición social y económica, se negaba a tener servicio en casa. El niño se llamaba como su padre. «¿Cuál es el diminutivo de Blas?», pensó el hombre amarillo. Le gustaban los diminutivos

infantiles, tan tiernos.

En todo el entramado protector que rodeaba al niño, solo había observado una fisura que seguramente a sus padres les había parecido insignificante, pero que un cazador experto como él había valorado enseguida como una oportunidad para lanzar su ataque con ciertas posibilidades de éxito. El autobús del colegio dejaba al niño en la esquina de Príncipe de Vergara con Goya. Todas las tardes su madre estaba allí, puntual a las seis: lo llevaba a dar una vuelta por El Retiro para darle la merienda, y luego, a casa. Todas las tardes, excepto los jueves. Le costó dos semanas averiguar que ese día la madre tenía clases de pintura en el Círculo de Bellas Artes. Por eso los jueves Blas recorría los doscientos metros que lo separaban de su casa junto a un compañero de autobús llamado Javier, de su misma edad, que vivía en el portal de enfrente. Era jueves, y a Javier no se le veía por ningún lado. Seguramente cayó enfermo la noche anterior y se había perdido la excursión al jardín botánico. «Son tan delicaditos a esas edades... Jueves y solo... Este podría ser el día perfecto.» Salivando, el cazador contempló su hojaldre con deleite.

La profesora estaba señalando el majestuoso tronco de una *Sequoia sempervirens*. Los pequeños alzaban sus caras embobadas para contemplar la copa del árbol, que les observaba desde muy arriba. Seguramente, la maestra les estaba explicando, pensó el hombre amarillo, que se encontraban ante la especie arbórea más grande y longeva que existía. A los niños los términos superlativos les cautivaban. El mejor futbolista del mundo, el animal más veloz, la ciudad más grande... Era sencillo embelesarlos con ese tipo de discurso, él lo sabía bien.

—¡Ahora seguidme todos hacia la salida! ¡Ana, deja en paz a Pepe!

Parecía que habían dado por finalizada la excursión, por lo que el hombre emprendió la marcha tras ellos simulando interés por el bosque de bambú. Su silueta alta y enjuta se mimetizaba a la perfección entre aquellos troncos. Salieron por la puerta enrejada del paseo del Prado y la profesora los obligó a que se cogieran de la mano. El hombre observó cómo la hilera de niños caminaba en dirección a Castellana con la intención de bordear el jardín botánico, seguramente para buscar el autocar que les esperaba en una calle secundaria sin molestar al tráfico. En efecto, en la calle de Ruiz de Alarcón estaba el autobús que los había traído. El hombre amarillo corrió hacia la calle de Moreto, donde había aparcado su coche. Al escucharse el resuello y sentir las tetillas botándole al bajar deprisa las escaleras de la plaza, pensó que tenía que ponerse en forma; su delgadez natural le estaba volviendo confiado. Nervioso ante el temor de perder la oportunidad que llevaba tantas semanas esperando, arrancó el coche y condujo precipitadamente por la calle de Espalter hasta toparse de bruces con el autobús, que en ese momento arrancaba.

A pesar de que la casa del niño se encontraba a escasos cinco minutos, el autobús inició su ruta habitual, lo cual implicaba una hora como mínimo antes de llegar al cruce de Príncipe de Vergara con Goya. Tendría tiempo de ensayar mentalmente la estrategia a seguir y las palabras exactas que emplearía.

El autobús avanzaba penosamente por una zona despoblada a las afueras de Pozuelo, atenazado entre el intenso tráfico. Seguía su ruta habitual, que, básicamente, discurría por las zonas acomodadas del norte de Madrid, razón por la cual Blas bajaría de los últimos, ya cansado. De hecho, en más de una ocasión, durante seguimientos anteriores, cuando el autobús se había detenido en algún semáforo, el cazador colocó su coche en paralelo para poder observar al niño con la cabeza apoyada contra el ventanal, dormitando sin saber que estaba siendo contemplado. El hombre amarillo en esas situaciones entraba en un éxtasis incontrolable, en una excitación que le hacía perder la conciencia de la realidad. Perder la conciencia de la realidad le enfurecía, no era estratégicamente adecuado. Pero no podía evitarlo. Sus glándulas salivales empezaban a secretar, y su rostro enrojecía abrasado al contemplar los rizos sudados del niño pegados contra el cristal, los mofletes sonrosados después de un día de juegos y emociones. En un par de ocasiones, los coches de detrás habían tenido que darle de bocinazos para advertirle que el semáforo ya estaba en verde.

A las siete, con retraso por culpa del tráfico y la excursión al botánico, el autobús llegó al cruce de Príncipe de Vergara con Goya. Era el momento clave. ¿Habrían enviado a alguien a recoger al pequeño Blas para que no volviese solo a casa? El niño descendió del autobús y se puso a caminar rápido por la acera de Príncipe de Vergara, con su mochila de Rayo McQueen a la espalda. Solo. El hombre amarillo, agazapado dentro de su coche tras el autobús, lo observó satisfecho: debía de tener siete años y se lo imaginaba tozudo la noche anterior, empeñado en convencer a sus papás de que era un hombrecito que ya podía andar solo por la ciudad.

Era ahora o nunca; tenía por delante los escasos cien metros de Príncipe de Vergara, y otros cien de la calle de Jorge Juan. Pero con estos últimos no podía contar porque la dirección del tráfico era en sentido contrario y, además, el portero de la finca podía estar atento, advertido por la madre de que el niño hoy por primera vez volvía solo a casa. El chaval ya había recorrido la mitad del trayecto, y en escasos segundos doblaría la esquina y él perdería su oportunidad hasta Dios sabe cuándo. Ese pensamiento le espoleó decidiéndole a actuar.

«El hojaldre ya ha estado demasiado tiempo en la alacena...»

Bajó la ventanilla del copiloto y comprobó que el pañuelo estaba donde debía. Entonces acompasó la marcha al ritmo del niño, que caminaba distraído mirando los escaparates.

—¡Perdona! ¡Sí, tú, tú, ¿podrías ayudarme?!

El pequeño se giró, extrañado ante aquel desconocido que parecía dirigirse a él. Miró a un lado y otro de la acera, pero no había nadie más en las proximidades. Sin duda, aquel señor le hablaba a él.

—¡Busco una calle cerca de aquí, quizás puedas ayudarme!

Su presa observaba el frontal del coche con atención. «Le gustan los coches, como a todos los niños», pensó el cazador. Y el suyo era un Mercedes clásico

imponente. Punto a favor.

—¿Puedes ayudarme?!

Pero el chico no sonreía, y eso era una mala señal. Sin embargo, dio unos pasos titubeantes hacia la calzada: el atuendo del extraño y su coche de marca le habían inspirado confianza.

—¡Busco la calle Jorge Juan, me han dicho que está por aquí! ¿Podrías ayudarme?!

El niño pareció sorprendido, pero seguía sin sonreír. Dio un tímido paso más hacia el coche, del que ya solo le separaba un escaso metro.

—La calle Jorge Juan es mi calle. Es esa, justo ahí, en esa esquina.

Con la manita hizo el gesto de torcer a la derecha. Seguramente, pensó el hombre amarillo, aún no le habían enseñado en el colegio a distinguir entre derecha e izquierda.

—¡Vaya casualidad, hombre! Pues entonces podrás decirme a qué altura está el número 36. Esa calle es en dirección contraria y no sé hasta dónde tendré que ir por la siguiente para dar la vuelta.

El pequeño se sorprendió, aunque seguía serio.

—En ese número vivo yo también.

Era vergonzoso, pero no desconfiado. Había apoyado ya una mano en el marco de la ventanilla, y con la otra sostenía su mochila.

—Está al girar la esquina, muy cerca.

—¡Vaya por Dios! Mira que tengo suerte, he ido a preguntarle a la persona que *más* podía ayudarme en todo Madrid...

Al niño le gustó el halago superlativo, y pareció esbozar una sonrisa, dispuesto ya a irse. El hombre amarillo pronunció entonces las palabras mágicas, con un placer pausado, como si las sílabas fuesen chinchetas penetrando un corcho.

—Oye, ahora que caigo, con esa cara y viviendo en el 36 de Jorge Juan... ¡Tú tienes que ser el chico de Blas! ¿A que sí?! ¡Tienes la misma cara que él! ¡Seguro que no me equivoco, tú eres el chaval de Blas!

Ahora el pequeño sí sonrió. Con una sonrisa de melón llena de sustancia, todo molla. El hombre amarillo podía oler el triunfo.

—¿Co-conoce a mi padre?

—¿Me preguntas que si lo conozco?! ¡Fuimos juntos a la universidad! Entonces tu padre tenía pelo, un pelo como el tuyo, rubio y rizado, pero de tanto trabajar se ha quedado calvo. —Rio exagerado—. Me ha hablado mucho de ti, ya me dijo que estabas hecho un hombre.

La boca infantil todavía ensanchó más su sonrisa.

—¿No te dijeron que el tío Juan iba hoy a cenar? Pues a tu padre puede que se le haya olvidado, es un despistado, pero no creo que tu madre no te lo haya dicho. ¿Cómo le va en las clases de pintura?

El niño ya tenía las dos manos en la ventanilla del coche y hablaba con total



naturalidad con aquel hombre tan simpático.

—Pues ayer traje a casa un cuadro muy bonito. Era un campo lleno de girasoles y nos dijo que se llamaba acuere..., acura...

—Acuarela, una acuarela.

—¡Sí, sí! ¡Acuarela, el cuadro se llama acuarela! ¿Cómo es que sabe cómo se llama el cuadro de mamá? ¿A usted también se lo enseñó?

—No, no lo he visto, pero me lo dijo por teléfono. Oye, Blas, ¿o es Blasito? ¿Cómo te llama tu mamá?

—Ahora ya soy Blas, tengo siete años.

Contestó muy ufano y seriecito, abriendo todos los dedos de una mano y el pulgar de la otra, sin ser consciente de que faltaba un índice.

—Muy bien, Blas. Estaba pensando que ya que tú también vas hacia allí, podrías subir al coche y guiarme, así seguro que no me pierdo.

El pequeño no se lo pensó: llegar a casa en un Mercedes acompañando al amigo de papá, todo ello el primer día que le dejaban volver solo del colegio, era demasiado tentador. Así, sus padres se convencerían de una vez de que ya era todo un hombre. Abrió la portezuela, se sentó en el asiento de piel negra y puso la mochilita en su regazo cogiéndola con ambos brazos.

—Ahora tiene que seguir hasta la siguiente calle, torcer así y luego volver a torcer así. Eso es lo que siempre hace papá.

El hombre amarillo lo observó conteniendo a duras penas la emoción. El éxtasis estaba empezando a embotarlo, pero debía concentrarse, no podía fallar: el golpe de efecto final sería rápido. Todo había ido sobre ruedas, pensó, y nunca mejor dicho.

—Y ¿de dónde es usted, tío Juan?

El niño, confiado, empezó a hablar mientras el coche avanzaba hacia el semáforo, en rojo. El cierre centralizado bloqueó las puertas.

—Yo soy de Sevilla, ¡sevillano como el Guadalquivir!

—¿Qué es el Guadalquivir?

—El río con más agua de España, que pasa por Sevilla.

Blas estaba deslumbrado. Los superlativos, aunque fuesen falsos, siempre les impresionaban, pensó el cazador mientras el semáforo se ponía en verde.

—Entonces, ¿por qué no habla usted raro como todos los sevillanos? Los sevillanos hablan diciendo mucho zzzzz.

Ya no sonreía, más bien miraba con extrañeza.

—Bueno..., en realidad... —El hombre se quedó sin palabras.

El niño no le dejó acabar.

—¿Y por qué la matrícula de su coche es de Madrid si usted es de Sevilla? Me sé todas las matrículas viejas de España, y la de Sevilla es una «ese» y una «e». Bueno, eso era antes, ahora ya da igual de dónde sean los coches.

El pequeño observaba fijamente al hombre, esperando serio una respuesta convincente.

—Vaya chico listo... Tu papá tiene que buscarte pronto un puesto en el banco.

Rio sin convicción: aquella no era una respuesta a la altura, y el cazador lo sabía. Algún instinto dentro del niño le empezó a susurrar que no debía haber subido a aquel coche, tal y como su madre le había repetido miles de veces. Sencillamente, había piezas que no encajaban.

—¡¡¡Se ha equivocado, tenía que torcer por esa calle, era por esa!!! —Ahora Blas se retorció en el asiento para girarse hacia la bocacalle de Núñez de Balboa, que acababan de rebasar.

El hombre amarillo lo cogió por el muslo con fuerza para intentar tranquilizarlo.

—No, yo sé un camino mejor, no te preocupes, llegaremos antes.

El instinto del niño tomó cuerpo.

—¡¡¡Quiero bajar!!! ¡¡¡Quiero ir andando a casa!!! ¡¡¡Quiero...!!!

El hombre amarillo cogió el pañuelo empapado de cloroformo que tenía entre los pies y se lo aplicó con fuerza contra el rostro, mientras con la otra mano seguía conduciendo por la calle Villanueva en dirección a Recoletos. A los pocos segundos el cuerpo de Blas dejó de luchar y quedó inerte en el asiento, con la cabeza reposando sobre el pechito como si durmiese.

—Así me gusta... Tranquilízate... Muy bien...

El cazador le puso el cinturón de seguridad, no fuese que algún policía municipal especialmente meticuloso le estropeará la fiesta. Luego le acarició los rizos con dulzura. Durante las siguientes cuatro horas, condujo hacia la casa luchando a la vez contra la excitación y contra las campanillas tozudas que le tintineaban junto a la conciencia. Se sentía con el cuerpo encogido de temor, arrebujado hasta el dolor por esos tintineos que le decían que aquello no estaba bien. Pero aunque la mala conciencia triunfaría al día siguiente, esa noche la fuerza de la excitación iba a arrasarlo con todo. Durante las siguientes quince horas, la vida de Blas se convertiría en un infierno, extinguiéndose lenta y dolorosamente sin que nadie pudiese evitarlo.

El Porsche 911 Classic de Víctor avanzaba en dirección a Madrid, atravesando la meseta castellana entre secarrales desolados repletos de mechones de nieve.

—¡No sé para qué coño te has venido! Te pedí que me acompañases para tener a alguien con quien charlar y llevas una hora leyendo esa mierda sin hacerme ni caso. Pareces una autista.

Paloma, muy concentrada en el asiento del copiloto, sostenía entre las manos el último número del *Journal of Mathematics*.

—Cierra la boca, cansino, ya acabo —respondió sin mirar a su amigo, mordiéndose la lengua para reconcentrar sus esfuerzos mentales en lo que tenía entre manos.

—¿Puedo al menos poner música? ¡Me aburro!

—Negativo. Haz pompas.

Víctor suspiró. El paisaje era horrible y la carretera, entre las brumas del

amanecer, estaba desierta.

—Alucino... Tras esto ya puedo morirme tranquila. Qué cerebro... Desde mañana solo como ensaladilla rusa.

Paloma cerró la revista y recostó la cabeza mirando hacia el horizonte en actitud sublime. La papada, vibrando por culpa del temblequeo del coche, estropeaba su pose augusta.

—Va, pedorra, no te pongas intensa, ¿qué coño era eso que leías?

—La demostración de Grigori Perelman de la [conjetura de geometrización de Thurston](#), mediante [ecuaciones Riemann](#) y [topología](#), con la que se ha resuelto después de más de cien años la hipótesis [de Poincaré](#). —Hablabas con tono admirado, sin dejar de contemplar el infinito manchego—. Y con dos cojones ese puto ruso ha rechazado el millón de dólares que el Instituto Clay daba a quien resolviese el problema matemático del milenio. Olé tus huevos, Grigori.

—No he entendido ni papa, ¿podrías explicarte mejor?

Paloma rebufó.

—¿Pa qué? Es más fácil que el gato del convento deje preñada a la madre superiora que no que tú entiendas lo que yo acabo de leer. Y te informo de que sor Anunciación tiene 79 años y Félix está capado.

—Va, inténtalo. Hazlo sencillito, como si yo fuese uno de tus alumnos del cole. ¡A lo mejor te sorprende!

—No me hagas perder el tiempo. Tu cerebrín acostumbrado tan solo a la literatura no está capacitado para dimensiones de pensamiento de orden superior: sigue entreteniéndote con tus tebeos y deja que los mayores hagamos cosas serias e importantes de verdad.

Les encantaba chincharse mutuamente.

—Vaaaaaaa, diosa del conocimiento con sobrepeso, ilústrame...

—Negativo.

—Porfaaaa...

—¡Que no pierdo mi tiempo! ¡Todos los que tenéis miedo a los números me dais pena! Os perdéis la parte más imaginativa del mundo y, para no sentirnos unos gilipollas miedosos, os intentáis convencer de que la verdadera creatividad, *la sensibilité*, solo puede encontrarse en el arte.

—¿Has dicho *gilipollas miedosos*?

—Sí, eso es lo que sois. Y ahora cállate, déjame paladear la elegante majestuosidad de las ecuaciones Riemann que aún bailan en la retina de mis ojos...

Mirando en lontananza de forma teatral, Paloma empezó a chasquear la lengua como si fuese un sumiller catando vino de *brik*. Víctor se dio por vencido.

—Si no vas a hablarme y solo vas a insultarme, ¿para qué cojones me has acompañado entonces?! Pedorra friki...

—Pues para esperar a que acabes tu reunión con esa tal Boluda y llevarte luego a Casa Nubla. Allí nos meteremos entre pecho y espalda un cocido que no se lo salta un

galgo, y litros de vino peleón. Menudo homenaje nos espera, ya estoy salivando.

—Vaya, y yo que creía que te alimentabas de ecuaciones Riemann... Pero no, la panza no viene de ahí.

—Claro que no, gilipollas, mi problema es hormonal.

Tras unos segundos de suspense, los dos se descacharraron de risa. Cruzaban en ese momento un bosque de generadores eólicos, que, en medio de aquella planicie lunar, parecían un ejército de estúpidos gigantes espaciales haciendo gimnasia.

—Bueno, ¿y a ti qué te pasa? Este último mes estás muy rarito. ¿Es por los rusos de Benidorm? ¿O por la Boluda esa que vas a ver ahora a las nueve?

Víctor contemplaba ensimismado la carretera.

—No, qué va, Dimitri está tranquilito últimamente, y la entrevista de ahora en Madrid no me preocupa. Es cierto que siento curiosidad por saber qué querrá esa mujer, pero lo más probable es que se trate de una colaboración en alguna edición, o de la coordinación de alguna colección. Me vendrá bien el dinero, y la verdad es que meter cabeza en esos círculos me resulta interesante, esa mujer representa a los más grandes. Pero lo que me tiene mosca es otra cosa, no hago más que darle vueltas..., me tiene obsesionado, la verdad. Ni duermo.

—¿Qué es? ¿La mierda esa de la denuncia?

—No, no es por eso... Las medidas cautelares tras la vista previa que tuvimos están al caer, pero Beni dice que el caso será sobreseído y ni tan siquiera llegaremos a juicio.

—¿Entonces? ¿Qué te preocupa? ¡¿Vas a contármelo de una puta vez o te lo tengo que sacar con fórceps?! O a hostias, como prefieras.

Él se encendió un cigarrillo y bajó dos dedos la ventanilla.

—Está bien, pero esto es confidencial. Y cuando digo *confidencial* me refiero a *completamente confidencial*.

Paloma se incorporó en su asiento: los secretos le encantaban.

—Soy una tumba. Tamaño XXXL, pero una tumba.

Víctor sonrió y le dio una calada al cigarrillo.

—¿Recuerdas la extraña entrevista que tuve con la viuda de Hugo Mendoza hace más de dos meses? El mismo día que el gitanillo me birló la pasta en el cajero.

—Claro que me acuerdo. Me estuve riendo de ti una hora por hacer un viaje en balde a Madrid y, además, echar el bofe detrás de un choricillo de medio pelo.

—Pues la historia no acabó ahí: Ana Cifuentes vino a verme poco después a mi casa por sorpresa.

—No me dijiste nada.

Él la miró burlón.

—Deja que mi vida tenga algún secreto para ti.

Víctor le relató a su amiga con todo lujo de detalles la conversación que un mes antes había mantenido con Ana en el viejo caserón del Carmen. Estaba traicionando la promesa de confidencialidad que le había hecho a la viuda de Hugo Mendoza,

pero, al igual que ella, el profesor necesitaba compartir aquella intrigante historia con alguien: desde que la había escuchado de labios de Ana, le tenía sorbidos los sesos, pero seguía sin encontrarle una explicación lógica a pesar de haber estado rumiándola cientos de veces en el último mes.

—Y recuerda, no puedes hablar de esto con nadie, Pam. No me jodas y me metas en un lío por bocazas.

—Tranquilo, neuras, descuida.

Paloma era su mejor amiga y una persona de absoluta confianza. Además, tenía el cerebro más privilegiado que él había conocido jamás, quizás le ayudase a vislumbrar algo de luz en todo aquel misterio.

—Joder, menuda historieta. De aquí salía una novelita guapa que te sacaba de pobre. Qué calladito te lo tenías, cabroncete... —Enfiló de nuevo lontananza con sus ojillos, para así ayudarse a estrujar mejor las ideas—. Entonces, si te he entendido bien, a excepción de *Botavara*, los libros que medio mundo está leyendo creyendo que son de Hugo Mendoza nadie sabe a ciencia cierta quién los ha escrito.

—Eso es, Pam. Los manuscritos le llegan a Ana de forma anónima. Y ahí está el maldito problema ¿Quién puede ser tan gilipollas como para hacer ese regalo sin exigir nada a cambio?

Ella volvió a quedarse pensativa antes de responder.

—Si descartamos, lo cual parece bastante razonable considerando las pruebas de identificación que se le hicieron al cadáver, que Mendoza sigue vivo, una alternativa sería que alguien hubiese conseguido de forma fraudulenta todo el material del difunto, y no pudiese entregárselo a la viuda sin tener que dar explicaciones incómodas sobre cómo lo obtuvo.

—Ya pensé en eso, pero entonces, ¿para qué robó un material que ahora quiere devolver a sus legítimos propietarios? Me parece un ladrón un tanto idiota.

Paloma le cogió el cigarrillo a su amigo para darle una calada.

—Para eso no tengo explicación. Quizá no fuese un robo, no sé.

Antes de seguir hablando, se quedó mirando a través de la ventanilla los aerogeneradores, que parecían dar la bienvenida al amanecer moviendo estúpidamente los brazos.

—¿Y por qué esa mujer te contó todo eso a ti, Vic? No te conoce de nada...

—Está desesperada, necesitaba desahogarse, y dice que le inspiro confianza, y sí que nos conocíamos. La visité cuando preparaba mi tesis doctoral sobre Mendoza.

—Sí, pero es extraño... Si yo fuese ella, no iría contando una historia como esa por ahí, corre mucho riesgo haciéndolo...

Paloma se puso unas gafas de sol de pasta negra pasadas de moda y se recostó en el asiento. Durante unos segundos tan solo el ronroneo del motor del Porsche rompió el silencio.

—Aunque, la verdad, entiendo que esa chica esté volviéndose loca: el hombre que adora se muere, y cuando ella empieza a rehacer su vida y se intenta convencer

de que de nuevo es feliz, su pasado vuelve del más allá en forma de libros, menuda putada.

—Joder, Pam. —Víctor suspiró—. Lo has *clavao*.

Un teléfono móvil los interrumpió. Sonaba destartado.

—A ver si te cambias ese cacharro, ¿quién es?

Víctor observaba la pantalla.

—Es Beni, qué raro que llame tan temprano...

—¿Por qué coño no conozco yo a tu amigo Beni?

—No sé, no habréis coincidido nunca. Pero no te preocupes, no te pierdes nada.

—Redució la velocidad, miró por el retrovisor por si había cerca alguna patrulla de la Guardia Civil y, al ver el campo libre, respondió—: Dime, figura, ¿qué pasa?

Paloma solo escuchaba los monosílabos de Víctor. Al otro lado de la línea, Benito parecía hablar con vehemencia. Cuando acabó la conversación, ante el silencio de su amigo, ella estalló.

—¿Qué coño pasa?! ¿Por qué se te ha puesto esa cara de muerto?

En efecto, Víctor estaba lívido.

—Pues Beni me ha dicho que el juez ya ha dictado las medidas cautelares, y...

—¿Y? ¡Habla de una puta vez!

Víctor agarraba con fuerza el volante.

—Joder... Beni no se lo explica, dice que lo ha consultado con un amigo suyo catedrático y no lo entiende tampoco. Nadie se esperaba una resolución tan dura.

—¡Suéltalo ya! ¡Me estás asustando!

Víctor observaba con mirada perdida la carretera.

—Prisión provisional inmediata hasta el juicio o fianza de cien mil euros.

—Hostias... —Paloma silbó—. ¡Pero ¿se ha vuelto loco ese juez?!

Se había quitado las gafas de sol y ahora, incorporada en el asiento, atravesaba a Víctor con ojos incrédulos.

—No sé, no ha aceptado ninguna de nuestras alegaciones.

—Vic, yo puedo dejarte pasta, tengo ahorrados doce mil euros...

—No, Pam, gracias, pero no. Esto tengo que solucionarlo yo. Además, con doce mil euros no resuelvo nada.

—¿Y qué coño vas a hacer? ¡Entrar en el trullo!

—Tengo una semana para depositar la fianza, fecha tope el 10 de abril. Algo se me ocurrirá...

Hablaba aturdido, como si aún no hubiese sido capaz de asimilar la noticia.

—¿Algo se me ocurrirá? ¡¿Quieres dejar de hacerte el héroe y aceptar la ayuda de los amigos?! —El tono de Paloma ahora era ácido y destemplado—. A un guapete pijo como tú, en la cárcel a la primera semana ya le han dejado el culo como la bandera de Japón. Pedazo gilipollas orgulloso eres...

Víctor no respondió. Seguía expresando con los ojos el horizonte. Allí, como si fuese una nebulosa siniestra, empezaba a vislumbrarse el perpetuo paraguas de

contaminación que asfixia a Madrid.

El ascensor panorámico de la Torre de Cristal elevaba a Víctor a toda velocidad hacia las alturas de la Business Area, sobre la Castellana madrileña. Él nunca había tenido vértigo, pero dentro de aquella pecera, con la frente apoyada sobre el vidrio mirando al vacío, le temblaron ligeramente las piernas al observar cómo se iban empequeñeciendo de manera vertiginosa las personas, los automóviles, los árboles. Una voz de mujer enlatada lo sacó de su ensimismamiento: planta 47. Despegó la frente del cristal y giró sobre sus talones, sonriendo como un niño travieso al ver la aureola oleosa que su piel había dejado sobre el vidrio impoluto.

No tuvo que buscar mucho. Justo frente a la puerta del ascensor, un vestíbulo espacioso de paredes transparentes daba la bienvenida al visitante. Toda la planta era de la empresa. Serigrafiado sobre el cristal de las paredes, con tipografías, tamaños y orientaciones diferentes, podía leerse de manera casi obsesiva un único mensaje: «A. L. B., Agencia Literaria Boluda». Tras él, un amplísimo espacio diáfano bullía de actividad.

—Bienvenido, señor Vega, espero que haya tenido un buen viaje desde Valencia. Tome asiento, por favor, la señora Boluda lleva un poco de retraso, pero le recibirá enseguida. ¿Quiere un café? ¿Algún refresco?

—Nada, gracias, estoy bien.

Se acercó al sofá de mil colores que había frente a la mesa de la secretaria y se arrellanó con gusto. Era un Mah Jong original, el diseño que Hopfer hizo en los setenta para Roche Bobois. Víctor se entretuvo calculando que, si dedicase su sueldo íntegro a ello, tardaría dos años en poder pagar aquel mueble.

—La señora Boluda le espera al fondo de la sala.

La secretaria abrió una de las hojas de la enorme puerta de mobila vieja. Dentro, la penumbra lo envolvía todo y el silencio era absoluto. Solo el reflejo de una fuente de luz natural, que se percibía lejana, permitía observar a duras penas lo que parecía ser una biblioteca repleta de decenas de estanterías dispuestas laberínticamente: cientos de libros antiguos, ordenados en actitud marcial sobre los anaqueles de roble, contrastaban con las modernas estructuras de metacrilato que los sostenían.

—¿Qué..., qué demonios es esto?

Aquello no era un despacho al uso de una poderosa ejecutiva empresarial. Todo el misterio que rodeaba a Pilar Boluda, su retiro absoluto de la vida pública, sus negativas a conceder entrevistas, su discreción total..., todo era coherente con el aire inmóvil, con la atmósfera de oblea rancia que se respiraba allí dentro. Cautivado por el espectáculo, se acercó a una balda para acariciarle el lomo a uno de aquellos libros con aspecto de incunable: el vértigo de la eternidad lo tentó con su tacto rugoso y escamado, y él no pudo resistirse.

—Qué maravilla...

Musitó las palabras mientras extraía con sumo cuidado el ejemplar de la balda.

Sus cubiertas estaban hechas de madera forrada de cuero, como era habitual encuadernar antes del siglo XVII en Centroeuropa. Al abrirlo, el viejo libro exhaló una fina muselina de polvo, que enseguida se mimetizó con la penumbra. *De summo bono*, rezaba la primera página. A Víctor se le aceleró el corazón, sin casi poder contener el temblor de las manos, que se aferraban a aquella joya: cualquier aficionado a los libros antiguos sabía que solo había catalogados en el mundo seis ejemplares del *De summo bono* de Arnaldo de Colonia, todos ellos perfectamente localizados en bibliotecas y colecciones particulares. Sin embargo, se sabía con certeza que al menos otros cuatro ejemplares habían salido de su imprenta de Leipzig en el año 1493. Los investigadores creían que esos otros cuatro ejemplares o bien habían desaparecido o bien los coleccionistas no los declaraban para ahorrarse incómodas preguntas sobre su procedencia... Y ahora él tenía entre las manos una de aquellas maravillas. Una más de entre los miles que lo rodeaban.

—Joder...

Por un momento se olvidó de su inminente y más que probable ingreso en prisión: estaba extasiado, no podía apartar la mirada de las letras impresas con la inconfundible irregularidad de los tipos móviles hechos con placas de madera que caracterizan a los incunables puros, los editados entre el año 1453 y el día de Pascua de 1501. Aquello era un original sin duda alguna; la filigrana del papel era la marca de la casa inconfundible del maestro impresor alemán. Una voz débil, en la lejanía, lo sacó de su limbo.

—Señor Vega, ¿está usted por ahí? ¿Pretende que yo misma me vuelva un incunable mientras le espero?

El reproche sonó benévolo. Víctor volvió a introducir rápido, pero con cuidado, el libro en la balda e intentó orientarse en aquel laberinto. Decidió que buscaría la fuente de luz natural, que era de donde parecía provenir la voz. Salió de aquel entramado de pasillos y estanterías para toparse con un espacio diáfano enmarcado por una gigantesca cristalera a cuyos pies se desplegaba Madrid. La vista de la ciudad era espectacular. Ante la cristalera, una mesa de caoba negra con aspecto troncal aparecía repleta de libros y papeles, y tras ella un butacón giratorio permanecía de espaldas a Víctor y de cara a la cristalera. El butacón giró y, de manera en exceso melodramática para el gusto del profesor, Pilar Boluda apareció ante él y le habló con una voz color hueso.

—Buenos días, señor Vega, dichosos los ojos. —El tono era desventado, a su dueña le costaba respirar—. En el fondo me halaga su tardanza, entiendo que significa que le ha impresionado mi pequeña colección...

Tosió aparatosamente antes de proseguir.

—Me lo tengo merecido, por vanidosa.

Víctor observaba a la mujer que tenía ante él: nunca se hubiese imaginado que Pilar Boluda, la agente literaria más respetada del mundo de habla hispana, fuese una anciana a todas luces enferma que ahora le sonreía cadavérica mostrándole unos



dientes transparentes.

—Señora Boluda, he de reconocer que no me esperaba algo así. El par de libros que he visto son sencillamente impresionantes.

Ella le hizo un ademán amable para que se sentase en una de las sillas confidente. Víctor aprovechó para observar con atención el rostro de la mujer. Tenía una cara larga, vertical y apergaminada que recordaba a los lomos de sus libros viejos. Su cuerpo minúsculo se acurrucaba escorado contra un lateral del butacón inmenso en el que parecía refugiarse: era una anciana que ya había entrado en la fase sin retorno del encogimiento menguante que antecede a la muerte.

—Señor Vega, viniendo de usted, eso es un verdadero piropo, no crea que no sé que es un experto consumado.

Víctor no fue capaz de detectar sarcasmo en el piropo. Ella prosiguió mientras se abotonaba distraída su rebequita de lana fresca.

—El *De summo bono* que estaba usted ojeando no fue fácil de conseguir, esos malditos japoneses se han aficionado a los incunables y han disparado los precios. El que ha visto proviene de una abadía cisterciense del sur de Italia. No se consiguió en puja, sino tras una muy paciente labor de investigación. Nos llevó once años localizarlo. Y luego los monjes se mostraron muy reticentes a la hora de desprenderse de él...

Sonaba distraída y amigable, con la misma sencillez con la que podría haberle dado a Víctor un consejo sobre cómo preparar unas buenas torrijas. El profesor, sin embargo, no sabía si sentirse avergonzado por figón o enfadado por haber sido espiado: obviamente, la anciana tenía cámaras. Ella le resolvió la duda con una sonrisa cordial que sus dientes transparentes estropearon.

—Señor Vega, siento haberle estado observando sin su consentimiento, pero espero que lo entienda... —Con un ligero carraspeo pareció intentar aclarar sus dudas sobre qué palabras utilizar—, no puedo tener ese tesoro ahí fuera a disposición de mis invitados sin unas mínimas medidas de seguridad. En este negocio no siempre trata una con trigo limpio..., y acaban pagando justos por pecadores: caballeros como usted sufren intromisiones imperdonables en su intimidad.

Era el segundo piropo que aquella mujer le lanzaba, y, al igual que en el primero, Víctor intentó encontrar en él alguna traza de sarcasmo. Sin éxito.

—No se preocupe, señora Boluda, lo entiendo perfectamente.

El aspecto de la agente literaria era tan débil que parecía que el primer estornudo desmigajaría en virutas secas el pellejín de la anciana, dejando sobre la enorme mesa su calavera desdentada y la nube deshilachada que le hacía las funciones de pelo.

—¿Colecciona usted alguna cosa, señor Vega?

—No, es uno de los pocos vicios que no tengo.

Ella rio sin fuelle.

—Hace usted bien, hace usted bien. Los coleccionistas somos gente ingenua, muy ingenua... —Miraba resignada, con ojos ya huecos—. Pretendemos con nuestras

colecciones domesticar el tiempo, sojuzgar su brutalidad, su inexorable paso sin vuelta atrás.

Tras soltar en plano aquella lápida de mármol sobre la conversación, la agente literaria trepó trabajosamente sobre su butacón, sabedora de que su invitado no se atrevería a interrumpir.

—Soy una coleccionista impenitente, señor Vega. Me interesan sobre todo los incunables científicos, he recorrido el mundo buscándolos. Aparte de incunables, cualquier documento antiguo de carácter técnico me apasiona. Sin ser pretenciosa, después de la Biblioteca Vaticana, tengo, sin duda, la mejor colección de libros científicos del Renacimiento; en esas estanterías que acaba usted de recorrer reposan dos Da Vinci y un Galilei.

Había hablado con tono profesional, en absoluto jactancioso. De repente tosió con tanta fuerza que su pechito de nuez pareció que iba a quebrarse. Esperó durante largos segundos hasta reponerse.

—Me gusta la ciencia porque me acerca a Dios. Me ayuda a definirlo por exclusión: «Esto no puede ser Dios, la ciencia lo entiende. Esto tampoco. Esto tal vez sí, es inexplicable para la ciencia...». Los físicos teóricos ya hace lustros que tienen muy claro que no podrán seguir contestando indefinidamente, basándose en la lógica científica, a la gran pregunta: «Y antes de esto que ya entendemos, ¿qué hubo?». A Dios lo vamos arrinconando poquito a poco entre todos, y le aseguro que al final conseguiremos que confiese: «Sí, yo soy Dios, me habéis descubierto, ¡yo soy el culpable de todo esto que ya no podéis entender!».

Víctor escuchó el soliloquio impertérrito. Pilar Boluda era, en los ambientes literarios, un mito discreto y misterioso del que se contaban historias que nadie sabía si eran ciertas o falsas: sus amistades con premios Nobel, su habilidad en la negociación, sus peleas sangrientas con editores para conseguir defender a sus representados... Esa aureola de leyenda había estado en los días previos socavando la entereza de Víctor, que, sin confesárselo a sí mismo, estaba algo intimidado en presencia de la agente. Como siempre que se sentía tenso, reaccionó con una frase sincera pero inapropiada, que de inmediato se arrepintió de haber pronunciado.

—Arrinconar a Dios... No sé qué pensaría el Santo Padre del Sacrum Corpus al respecto: no creo que sea un punto de vista demasiado... ortodoxo. —Víctor observaba la fotografía del fundador de La Misión, que, junto a un delicado crucifijo de marfil finamente labrado, constituía el único adorno que lucía la mesa.

—Mi querido señor Vega, hay muchos prejuicios sobre el Sacrum Corpus.

La anciana no parecía haberse enfadado por las bruscas palabras de Víctor. Todo lo contrario, sonreía complacida. Pero era obvio que la acidez del comentario la había hecho reaccionar: ahora sus ojos estaban tan llenos de energía que le chisporroteaban amenazando con transformarla en un pajarito frito.

—Es muy fácil frivolar acerca de lo que no se conoce. Le aseguro que en su seno disfrutamos de más libertad de la que la opinión pública, siempre tan

manipulable, estaría dispuesta a aceptar. Por ponerle tan solo un pequeño ejemplo: es más férrea la disciplina de voto de los partidos políticos de este país de chiste que la disciplina que La Misión aplica sobre nuestras conciencias.

El tono de la mujer no había sido agresivo, más bien pedagógico. Víctor decidió retomar el camino de la prudencia, al menos hasta saber qué quería Pilar Boluda de él.

—Desde luego no era mi intención molestarla con mi comentario. Ha estado fuera de lugar.

—En absoluto. Nunca le preocupe ser sincero conmigo, más bien todo lo contrario, señor Vega. En esta empresa todo el mundo me da la razón de una manera tan cansina que llega a ser insoportable. Pago cuarenta nóminas y son cuarenta nóminas sumisas..., perrunas diría yo. Se agradece que de vez en cuando alguien te haga saltar del asiento. —La agente literaria intentó esbozar una sonrisa acogedora, pero de nuevo sus dientes enfermos le arruinaron el ensayo—. ¿Le importa si fumo? ¿Le apetece?

Sacó de un cajón un estuchito de palisandro y, tras abrirlo, se lo ofreció a Víctor. Dentro había una docena de puritos extrafinos Dux.

—No, gracias, prefiero un Fortuna. —Víctor extrajo un paquete del bolsillo de la americana y se puso un cigarrillo en la boca—. Pero me sabe mal por los libros, no les hace ningún bien el humo del tabaco.

Ella acariciaba ya uno de los puritos.

—No se preocupe, tengo instalado un sistema de ventilación que garantiza una temperatura, humedad y pureza de aire totalmente estable. Justo donde acaba el laberinto de la biblioteca hay una cortina de aire que impide que este veneno los llegue siquiera a rozar... —Miraba fijamente el purito que sostenía entre los dedos—. Este veneno es todo para mí, se va directito a mis pulmones.

Víctor guardó silencio. Ella prosiguió con su monólogo.

—A veces, por las noches, entre esas estanterías y en absoluto silencio, si me concentro mucho, me parece escuchar al cáncer royéndome las entrañas... Pero supongo que es mi imaginación, o quizás son las polillas comiéndose mis queridos libros. —Volvió a mirar a Víctor—. Sé que se ha sorprendido al verme, no se esperaba a una mujer tan... anciana. Anciana y decrepita. —Sonrió con sus labios finos y sin color.

Víctor intentó protestar, pero ella se lo impidió con un gesto suave.

—Le voy a hacer una confesión un tanto coqueta: no soy tan mayor como cree. Es esta maldita enfermedad.

El profesor se sentía incómodo, no sabía muy bien qué decir ante aquellas intimidades. Ella, de nuevo, pareció leerle el pensamiento.

—Pero bueno, le estoy aburriendo y haciéndole perder su preciado tiempo. Supongo que se preguntará por qué le he hecho venir.

—La verdad es que estoy intrigado; el profesor Serratos no me dijo

absolutamente nada sobre el objeto de esta entrevista.

Pilar Boluda le dio una profunda calada a su Dux, satisfecha.

—El bueno de Claudio, siempre tan atento. Esta misma tarde le voy a enviar una cajita de vino, para que cuando vuelva de Japón se lleve una alegría. —Cogió un lápiz y anotó algo con rapidez en una libretita—. Claudio no le ha dicho nada porque no sabe nada. Y así debe seguir siendo: nadie debe estar al corriente de lo que hablemos hoy aquí.

El profesor guardó silencio ante aquellas misteriosas palabras. La anciana prosiguió con tono solemne.

—Voy a ir directa al grano; comprobaré con el tiempo que ese es mi estilo. Me han dicho que conoce usted a Ana Cifuentes, ¿es cierto?

Víctor se sobresaltó; jamás hubiese imaginado que el objeto de aquel encuentro tuviese algo que ver con la mujer que desde hacía semanas no conseguía quitarse de la cabeza por culpa de la misteriosa historia de los manuscritos.

—Disculpe si he sido algo brusca, no era mi intención parecer... entrometida. Pero ya le dije que el bueno de Claudio es un gran amigo. Me estuvo comentando que en la elaboración de su tesis doctoral, dirigida por él, se entrevistó con la viuda de Hugo Mendoza.

El profesor se tranquilizó al encajar dentro de su cerebro la lógica de la explicación.

—En efecto, la conocí durante la elaboración de mi tesis.

—¿Hasta qué punto la conoce? —Ahora Pilar Boluda le engatillaba con unos ojos inyectados de energía y curiosidad.

—Es una amiga. —Víctor creyó no mentir.

—Me alegra oír eso, es exactamente lo que necesitaba escuchar. —La mujer irguió su espalda, que, encorvada como una cuaderna de barco, pareció emitir un gemido al ponerse tiesa—. Voy a explicarle muy claramente la situación, pienso que es lo mejor.

—Se lo agradecería enormemente, señora Boluda.

Antes de empezar a hablar, se recostó, cerró los párpados y le dio una honda calada a su Dux. Fue tan intensa que Víctor creyó que de un momento a otro el pellejito de aquella mujer empezaría a expeler por sus poros el humo aspirado, como si se tratase de una plancha de vapor.

—Hace veinticinco años Hugo Mendoza vino a verme.

—¿Vino a verla? ¿A usted? —Víctor no se esperaba aquel comienzo.

—Sí, una mañana de invierno, no se me olvidará jamás. Semanas atrás me había enviado el manuscrito de *Botavara*. En aquella época yo aún leía personalmente gran parte de los originales que nos llegaban a la agencia, mi vista no era lo que es ahora. No hace falta que le diga cómo me quedé al leer aquella maravilla: era un diamante en estado puro, y además sin necesidad de pulir, venía ya bien lustroso y engarzado.

A Víctor el corazón le latía desbocado. Le parecía increíble que en menos de un

mes su escritor más idolatrado, a pesar de estar muerto, se estuviese metiendo en su vida de un modo tan incontrolable: ¿por qué últimamente todo el mundo parecía querer hablarle de Hugo Mendoza?

—Después de leer el libro, Mendoza vino a verme al despacho del centro; en aquella época las oficinas no las teníamos aquí. Me acuerdo como si fuese ahora de aquella mañana fría y lluviosa... —La anciana cerró de nuevo los ojos para ayudarse a recordar—, me quedé de piedra al verlo entrar, nunca me hubiese imaginado que aquella maravilla de libro la hubiese escrito un chico que por aquella época no parecía tener más de veintiséis o veintisiete años.

Hizo una pausa en la que tan solo el humo del tabaco ensució el silencio. Al final abrió sus ojos de corcho antes de seguir hablando.

—Mi querido Víctor, me precio de tener cierta facilidad para reconocer la naturaleza humana, la esencia de los individuos, sus valores... *primigenios*, los llamaría yo. Y Hugo a los diez minutos ya se había desnudado ante mí..., en el sentido metafórico, por supuesto.

Abrazó la broma con sonrisa amable, pero de trasfondo arenoso.

—¿A qué se refiere, señora Boluda?

—Pilar, por favor, llámeme Pilar... —La agente, antes de hablar, se quedó observando muy solemne a su interlocutor—. Víctor, ¿qué pensaría si le dijese que la persona que recibió a Hugo Mendoza aquella mañana era una prestigiosa agente literaria, se llamaba Pilar Boluda..., pero no era la misma persona que tiene usted enfrente ahora?

—Pues la verdad, le diría que no entiendo nada.

La agente dio otra calada a su purito y habló cerrando de nuevo los ojos y recostando la cabeza contra el butacón. Parecía muy cansada.

—Mi querido Víctor, la Pilar Boluda de hace veinticinco años no tiene nada que ver con la que tiene usted ahora delante. Y no me refiero a mi estado físico, a todas luces desastroso, me refiero a *esto*. —De manera suave, y a la vez que abría sus ojos fofos, se golpeó con el puño el corazón—: La Pilar Boluda que recibió aquella mañana a Hugo Mendoza era una mujer fría, fría y sin escrúpulos.

Aquella revelación tan descarnada dejó descolocado al profesor.

—Siento tener que forzarle a oír unas confesiones tan personales, que a todas luces demuestran por mi parte una absoluta falta de consideración. Pero le aseguro que es esencial que sepa usted todo esto para entender lo que voy a contarle... —La anciana parecía afligida—. Es tan poco elegante por mi parte obligarle a escuchar todo esto...

—Por favor, no se preocupe, le aseguro que me tiene usted intrigado, y en absoluto está siendo poco elegante.

—Es usted muy amable, Víctor, ya me había dicho Claudio que era todo un caballero. —Se acercó a la mesa para reposar el purito en un cenicero de plata y volvió a recostarse en el butacón—. Siempre he pensado que ser elegante es una

actitud ante la vida. No tiene nada que ver ni con la ropa que llevas, ni con el coche que conduces, ni con el vino que pides en los restaurantes... Solo los paletos intentan parecer elegantes a través de esos subterfugios.

Tomó aire para insuflarse algo de vida.

—Ser elegante es hacer sentir cómodo *siempre* a cualquiera que esté contigo, sea un príncipe o un mendigo. Y, por supuesto, con absoluta discreción; la exageración y la elegancia son incompatibles. —Su tono de voz se fue apagando y sus párpados, en consonancia, se cerraron avergonzados hasta que los ojos no fueron más que un susurro—. Y por eso me siento tan desolada al forzarle a escuchar estas intimidades, de alguien que conoce desde hace tan solo diez minutos...

—Le aseguro, señora Boluda...

—Señor Vega —lo detuvo con un gesto lleno de delicadeza de su mano marchita—, usted siente curiosidad ante mis palabras, no en balde es un apasionado de Hugo Mendoza. Y esa curiosidad le inmuniza ante mi falta de elegancia, pero entienda que necesitaba pedirle excusas antes de proseguir con estas..., cómo lo diría, con estas confesiones impropias.

Víctor entendió que cualquier comentario por su parte sobraba; aquella mujer hacía honor a su reputación: a pesar de su debilidad física, destilaba por todos sus poros inteligencia y perspicacia.

—Como le decía, he cambiado, he cambiado mucho en estos últimos veinticinco años... Ahora sé qué es lo realmente importante. Pero no voy a negárselo, la antigua Pilar Boluda pensaba y hacía cosas de las que..., de las que no me siento especialmente orgullosa.

Se incorporó en su butacón, tomó de nuevo el purito y siguió hablando con algo más de energía.

—Y esa Pilar Boluda fue la que recibió hace veinticinco años en su despacho a Hugo Mendoza, y, tras diez minutos de conversación, quedó totalmente convencida de que tenía frente a ella a un cobarde.

La frase había descalabrado la conversación. Víctor habló con prudencia.

—Y, ¿en qué se basa para afirmar semejante cosa?

Tras reflexionar, en el rostro de la agente apareció un rictus de amargura.

—Aquella Pilar Boluda tenía una concepción un tanto mezquina sobre la bondad humana. Pensaba que las buenas personas no existen. Pensaba que noventa de cada cien de las denominadas buenas personas son en realidad mansos miedosos incapaces de exigir lo que es suyo. Mansos que se refugian en su aparente bondad solo porque son incapaces de mirar de frente a su cobardía. En una palabra: pensaba que los buenos son buenos solo porque no se atreven a ser otra cosa.

Víctor se asustó instintivamente ante aquellas palabras tan crudas. Como buen neurótico, con la velocidad del rayo se autoanalizó a la luz de aquellas premisas, pero las descartó a la misma velocidad: solo alguien muy cínico puede confundir la bondad con la cobardía.

—No se asuste, querido Víctor, en la actualidad esa idea a mí también me parece cruel. Pero ahora entenderá por qué era necesario confesarle mi proceso de transformación personal: no quería que pensara que frente a usted se sentaba un monstruo. Le aseguro que aquella Pilar Boluda se fue hace ya muchos años.

Víctor no supo muy bien qué responder, por lo que guardó silencio.

—Sé que mi concepción de la bondad era muy cínica, pero aquellos eran por aquel entonces mis valores..., un tanto mezquinos, lo sé. No obstante, sí que he de decirle que el Hugo Mendoza que yo conocí era sin duda un hombre que tenía un absoluto miedo a vivir. Solo con escucharle hablar de sí mismo se hacían evidentes sus inseguridades. Incluso me sorprendió que hubiese sido capaz de enviarme el manuscrito, le temblaban las piernas cuando entró en mi despacho.

Víctor escuchaba atentamente cada palabra: las valoraciones de la agente en parte coincidían con la descripción de Hugo que le había hecho su viuda.

—Señora Boluda, si le gustó tanto el libro, ¿por qué no lo publicó?

La mujer, sin asomo de displicencia alguna, hizo girar el butacón empujándolo con sus piececillos de coral muerto. Encarada con la cristalera y dándole la espalda a Víctor, ahora él solo veía de ella el humo del purito que se elevaba hacia el techo de la gran sala. Y su espesa voz en *off*.

—Pues le voy a ser sincera, señor Vega: quise aprovecharme de la situación, pequé de demasiado ambiciosa... y de ruin.

Aquella voz color hueso pareció ruborizarse ante la confesión, avergonzada. El butacón giró de nuevo y las caras se enfrentaron.

—Hugo Mendoza tenía una inseguridad y una falta de autoestima absolutas..., y yo, una falta de escrúpulos igualmente absoluta. —Los ojos vacuos de la anciana no sabían muy bien dónde mirar, abochornados por la sinceridad de su dueña—. Me quise aprovechar de la situación. Aposté fuerte y perdí.

—¿Aprovechar? ¿Cómo?

—Le mentí. —Apagó la colilla del purito para evitar la mirada de Víctor—. Le dije que el manuscrito no era del todo malo, pero que una obra así, con seiscientas páginas, de un autor desconocido, estilísticamente con muchas cosas que mejorar..., era arriesgado. En resumen, le dije que el único modo de representarlo y ponerme a negociar con las editoriales, perdiendo mi tiempo y desgastando mis contactos, era que firmásemos él y yo un contrato de exclusividad con una duración de veinte años, dividiéndonos a partes iguales el doce por ciento sobre ventas de todas las obras que él escribiera en ese tiempo, doce por ciento que yo estaba segura de conseguir al enseñar a cualquier editor potente una joya como *Botavara*.

Víctor no podía creer lo que escuchaba. Habló dubitativo.

—O sea, que le..., le propuso una verdadera usura. El porcentaje habitual de los agentes es el quince por ciento de lo que se lleva el escritor.

Ella encajó sin quejas el tono de reproche.

—En aquella época mi única obsesión era no pertenecer a ese noventa por ciento

de buenos cobardes. Me consideraba una mujer de negocios por encima de sensiblerías, y aquella era una ocasión inmejorable para ganar dinero. Como el tiempo ha demostrado, a nivel comercial y literario no me equivoqué, Mendoza ha sido y es una mina de oro y un escritor genial. —Amansó el tono—. A nivel humano, le aseguro que la vida me ha puesto en mi sitio.

Víctor intentó dilucidar la sinceridad de las palabras de la agente, pero abrumado por todas aquellas revelaciones, se sintió incapaz de hacerlo.

—Puede suponer que para mí contarle todo esto no es demasiado agradable, señor Vega, y la verdad, a estas alturas de mi vida, no tengo ya necesidad alguna de hablar con tanta franqueza, especialmente con un..., con un desconocido, y le ruego perdone la expresión, no quisiera bajo ningún concepto ofenderlo. Pero creo que contarle la historia completa es lo mínimo que puedo hacer considerando lo que dentro de nada le voy a proponer.

—Soy todo oídos, se lo aseguro.

Ella tomó aire para insuflarse energías.

—Hoy en día tengo muy claro que la única manera de retener a un buen escritor en tu cartera es transformándolo en un buen amigo. Y la única manera de ser amigo de alguien inteligente, y los buenos escritores suelen serlo, es la sinceridad. Los contratos, por mucho que los blindes, pueden impugnarse, pero cuando le demuestras a alguien que eres sincero, y que vas a partirte el pecho por defender sus intereses, ese alguien confía en ti... Y la confianza es sin duda el mejor contrato que existe.

Al profesor le pareció que hablaba como hablaría un bistrú si pudiese: delicadamente, cortante y con precisión.

—Tradicionalmente, en la tarta de un libro, el diez por ciento del bocado, o el doce si son grandes autores, se lo llevaba el escritor. El resto iba para librerías, distribuidores, editores... Con las descargas en Internet todo está cambiando. Los grandes autores ya no están dispuestos a conformarse ni siquiera con el veinticinco por ciento que actualmente negocian como cifra estándar en todo el mundo por los libros electrónicos. Saben que los ejemplares vendidos en ese formato tienen un coste marginal para el editor próximo a cero, por lo que, con toda la lógica del mundo, exigen su parte del pastel. Muchos autores potentes ya cuelgan sus obras en una página propia. Sin ir más lejos, Ryu Murakami ha anunciado que quiere editar directamente sus libros con Apple, una compañía que le ofrece bastantes más beneficios que Kodansha, su editor tradicional. Todos los eslabones de la cadena nos estamos volviendo prescindibles, incluidos los agentes, porque cada vez más los escritores quieren llegar directamente a su público sin intermediarios. Ese es el futuro de mi negocio, muy negro como puede ver. Si mi agencia es la más grande y sigue estando en la cumbre, es porque yo me bato el cobre defendiendo a mis escritores frente a los editores en este nuevo contexto digital. Necesito que confíen en mí, lo necesito como profesional y... lo necesito como persona. —La agente suspiró y miró fijamente a Víctor—. Le cuento todo esto, señor Vega, para que entienda que la Pilar



Boluda de hace veinticinco años, la Pilar Boluda que quiso aprovecharse de Hugo Mendoza se fue ya hace mucho tiempo.

Víctor se quedó contemplando el rostro hierático de la agente sin saber muy bien qué pensar: aquella mujer insistía demasiado sobre la cuestión de su evolución personal. Decidió averiguar más.

—¿Qué pasó? ¿Qué respondió Mendoza ante su propuesta?

—Pues no reaccionó como yo esperaba. Lo dejé macerar unos días sus dudas. Con mucha habilidad..., o mezquindad, elija usted el adjetivo, lo convencí de que yo lo apoyaría en todo, que juntos podríamos aflorar al gran escritor que había dentro de él, pero que necesitaba ser pulido. Confiaba en que esa actitud positiva lo animaría a ponerse en mis manos firmando el contrato. Pero por lo visto fue contraproducente. La última vez que hablé con él por teléfono me dijo casi llorando que había cometido un gran error: las grandes editoriales, las ruedas de prensa, las acciones comerciales que iban a ser necesarias para sacarle del anonimato y disparar sus ventas..., ese mundo no era para él. Le aterrorizaba firmar un compromiso de veinte años. De hecho, le aterrorizaba hasta comprometerse a ir a comer conmigo al día siguiente a un restaurante. —Dibujó una mueca lastimosa en su rostro—. A ese chico algo le asustaba mucho, algo le atenazaba por dentro.

—¿Algo le asustaba? ¿A qué se refiere?

La anciana cruzó las manos a la vez que fruncía los labios.

—Pues que destilaba miedo. Miraba acobardado, a las personas y a la vida. Era muy reservado, demasiado prudente, no daba ninguna confianza... No quiso ni decirme cuál era su nombre.

—¿No le dijo su nombre?!

—No. Me envió el manuscrito de *Botavara* sin firmar, y tan solo me indicaba en su carta un apartado de correos para poder ponerme en contacto con él. Ni un teléfono, ni una dirección... Cuando vino a verme y le pregunté por su nombre, se limitó a responderme: «Eso no tiene importancia, hablemos, por favor, de mi libro». Le pedí un teléfono de contacto, y me dijo que él me llamaría a mí. Muy educado, pero inflexible. Preservaba a toda costa su intimidad, pero de un modo que yo calificaría de... enfermizo. —La agente reflexionó—. Pero Dios debía de protegerlo desde las alturas, porque esos miedos le permitieron no caer en mi red.

Víctor estaba intrigado. Necesitaba saber cómo acababa toda aquella historia, por lo que se limitó a pronunciar una frase de relleno.

—Ya se sabe lo que dicen, señora Boluda: a un neurótico, que siempre teme lo peor, paradójicamente no le suele suceder nada malo... ni nada bueno. ¿Qué pasó entonces? ¿Cómo reaccionó Mendoza?

La agente ladeó la cabeza y habló contemplando la boina gris de contaminación que cubría la ciudad.

—Pues lo que sucedió es que Hugo Mendoza se esfumó.

—¿Se esfumó?!

—Sí, se esfumó. Yo no tenía manera de contactar, jamás respondió a las cartas que le envié al apartado de correos y nunca más me telefoneó ni supe nada de él. Quince años después me enteré de que el chico que vino a visitarme esa fría mañana de invierno para hablar de su maravilloso libro se llamaba Hugo Mendoza: *Botavara* arrasaba ya en las librerías. Supe entonces también que su autor había muerto en un accidente náutico en Alicante. El resto de la historia y la fulgurante carrera de Mendoza los conoce usted mejor que yo.

Víctor intentaba armar un puzle en su cabeza, combinando con dificultad las piezas proporcionadas por Ana Cifuentes, un mes atrás, con las que le ofrecía ahora Pilar Boluda.

—Durante esos quince años me arrepentí en innumerables ocasiones de no haber jugado mejor mis cartas, de haber sido tan... manipuladora, creo que es la palabra adecuada. Pero bueno, me resigné, *c'est la vie*. Sin embargo, con el éxito de *Botavara*, le confieso que mi orgullo profesional se sintió profundamente herido: sin menospreciar a Ediciones Cariátides, que sin duda hace una labor muy digna, me dolió mucho que una editorial tan insignificante me ganara la mano con un escritor como Mendoza, que aparece una vez cada cien años. Y sobre todo que me ganara la mano por culpa mía, por ser tan...

De nuevo un rictus amargo se le dibujó en el rostro. Tras escasos segundos, la agente volvió a hablar atravesando a Víctor con sus palabras y con sus ojos de muñeca muerta.

—Hace seis meses me detectaron un cáncer de laringe. Me quedan dos, a lo sumo tres años de vida..., tal vez menos, teniendo en cuenta que no pienso dejar de fumar por mucho que insista mi médico.

El giro inesperado del discurso hizo saltar de su silla a Víctor.

—Vaya, lo siento, no sabía nad...

—No, por favor, Víctor, se lo ruego, lo último que quiero es compasión. La vida no debería medirse en años, sino en experiencias. Ignorar esta obviedad hace que la mayoría de la gente muera sin pasar de párvulos..., pero yo, por suerte, de experiencias ando sobrada. No me tenga lástima, por favor. —Su rostro parecía genuinamente sereno—. Ya le dije al principio de nuestra charla que obligarle a escuchar estas confesiones, incómodas tanto para usted como para mí, no es muy elegante por mi parte. Pero es necesario.

—No..., no entiendo dónde quiere usted ir a parar, señora Boluda.

—Lo entenderá enseguida, porque ha llegado el momento de plantearle la propuesta por la que le he citado hoy.

Ceremoniosa, volvió a abrir el estuchito de palisandro y sacó otro purito extrafino que trabó entre los dedos, pero no encendió: parecía querer utilizarlo a modo de calzador, apoyándose en él para, así, con mayor facilidad, ser capaz de descalzar sus pensamientos.

—Todos sabemos que vamos a morir, pero cuando le ponen fecha a la cita...,

bueno, no quiero ponerme melodramática, lo sintetizaré en una frase un poco manida, pero que expresa muy bien la idea: cuando la cita tiene fecha, intentas dejar tus cosas en orden. Y entre mis cosas hay una espinita que no me he podido quitar, la tengo clavada en la garganta y cada vez que trago saliva me recuerda el error que cometí. Esa espinita se llama Hugo Mendoza.

Víctor pensó que la metáfora no era muy adecuada teniendo en cuenta que aquella mujer iba a morir en pocos meses por culpa de un cáncer de laringe, pero apartó de su mente con un zarpazo ese pensamiento cruel y guardó un respetuoso silencio.

—Por favor, no me tome por una pretenciosa, señor Vega, pero usted sabe que represento a la elite de las letras hispanas, todos confían en mí. La nueva Pilar Boluda, la Pilar Boluda que tiene ante usted, ha trabajado duro para borrar el estigma de la desalmada que empezó en este negocio hace ya casi cincuenta años, y su esfuerzo ha dado frutos. Los escritores más grandes están conmigo, y, puedo decirlo con orgullo, son..., son mis amigos. —La voz empezó a temblar, llena de emoción—. Pero la historia es cruel y morbosa, un fracaso pondera más que cien éxitos. Cuando muera, no quiero ser recordada como lo es André Gide, ese gran idiota que rechazó a Proust y su manuscrito de *En busca del tiempo perdido*, o como Carlos Barral, que dicen que dejó escapar *Cien años de soledad*. De la época oscura de mi vida solo queda una mancha, una mancha que cada Navidad, con cada nuevo libro de Hugo Mendoza, me retuerce las entrañas... Y esa mancha quiero limpiarla antes de morir.

—¿Y cómo quiere limpiarla?

—Quiero conseguir la obra póstuma de Hugo Mendoza para así poder morir tranquila.

Los ojos secos de la anciana se humedecieron, pero no llegaron a desbordar. Víctor estaba confundido con toda aquella historia.

—Señora Boluda, como estudioso de la obra de Mendoza, me parece interesantísimo todo lo que me acaba de contar, y comprendo su frustración en unos momentos tan duros como los que está viviendo, pero... la verdad es que no entiendo qué puedo yo hacer por usted.

Pilar Boluda respondió con solidez a pesar de su debilidad.

—Se lo explicaré. Me he intentado poner en contacto con Ana Cifuentes y con su marido actual, que es el que lleva las riendas del... negocio familiar, llamémoslo así, para plantearles una propuesta comercial. Víctor, le aseguro que el dinero no es ningún problema, gracias a Dios, me ha ido bien en la vida, y, como ya sabe, las razones que persigo no son económicas, me trae sin cuidado que esta operación no sea rentable. Pero no hay manera, la señora Cifuentes no quiere ni oír hablar del tema, dice que está muy a gusto trabajando con Cariátides. Su marido es más flexible, pero es ella quien tiene que tomar la decisión...

En la mirada de Víctor se dibujaba la misma pregunta que ya había formulado: «¿Y qué pinto yo en todo esto?». La anciana escuchó a los ojos de su invitado y prosiguió.

—Como le he dicho, la confianza es el instrumento más útil para hacer negocios. Y usted tiene la de la señora Cifuentes: yo no. Por eso quiero proponerle algo... — Dudó. Parecía querer elegir las palabras perfectas—. Víctor, quiero que trabaje para mí.

—¿Que..., que trabaje para usted?

—Sí, que trabaje para mí. Yo no poseo la inteligencia que admiro, pero creo que tengo el don de imitar su sonido. Por eso me rodeo siempre de buenos colaboradores...; mi cartera de escritores lo demuestra. Colabore conmigo, por favor. Trabaje para mí.

—Gracias, señora Boluda, me halaga usted, pero... ¿haciendo qué?

Ella le atravesó con la mirada, que volvía a ser profesional.

—Quiero que consiga que *Dejad que los niños se acerquen a mí* sea negociado con las editoriales por esta agencia. Ese y todos los libros que queden aún por salir. Eso quiero que haga por mí.

Víctor se quedó petrificado.

—No sé muy bien cómo podría yo...

Por primera vez a lo largo de toda la conversación, Pilar Boluda fue brusca.

—Por favor, señor Vega, ambos somos personas inteligentes: quiero que utilice todas sus influencias, y cuando digo todas, me refiero a *todas*.

A Víctor le pareció intuir que la agente, con su énfasis en la palabra *todas*, estaba intentando insinuar una posible relación adúltera entre Ana y él. Escrutó los ojos de la anciana para dilucidar la cuestión, pero no tuvo éxito. Ante el silencio de la agente, decidió no aclarar el malentendido.

—Desde luego, como le dije, el dinero no va a ser un problema, estoy dispuesta a igualar cualquier oferta económica. Además, le aseguro, señor Vega, que sabré recompensárselo.

—¿Recompensármelo?

La representante literaria apoyó ambos codos sobre la mesa y posó sobre él sus pupilas enteladas.

—El mismo día que firme con Ana Cifuentes el contrato de representación de la obra de Hugo Mendoza, firmaré también un cheque de dos millones de euros a su nombre, mi querido Víctor. Mire hasta dónde estoy dispuesta a llegar. Y además... — Le tendió la mano a través de la mesa—, le regalaré el libro que usted elija de entre los que tiene a sus espaldas. El *De summo bono* que estaba usted ojeando antes o cualquier otro que le guste más. Tendrá todo el tiempo que quiera para revisar mi colección. Considérelo, y no se ofenda, por favor, como una pequeña propina por sus servicios.

Víctor se quedó mirando la mano mustia que ella le tendía por encima de la mesa. Dudó durante unos instantes. Dos millones de euros y un incunable..., dos millones de euros. Al final alargó la suya y, al sentir la calidez mohosa de la anciana sobre su piel, un escalofrío le recorrió el espinazo.

Al salir al paseo de la Castellana, Víctor aspiró con fuerza una bocanada de aire fresco. Necesitaba limpiarse el regusto rancio que aquella entrevista le había dejado en la garganta: tenía la desagradable sensación de llevar pegadas al paladar cientos de alas de mosca.

«La decisión está tomada. Vamos allá.»

Sacó el teléfono móvil y marcó el número de Ana Cifuentes.

—¡Hola, Víctor! Qué alegría que me hayas llamado.

—Hola, Ana, ¿qué tal? ¿Cómo va todo?

—Bien..., sin novedades, ¿y tú?

—Pues estoy en Madrid, y me gustaría hablar contigo.

El tono de ella de inmediato se hizo más vivo.

—Claro, ¿quieres que comamos juntos?

—Me parece perfecto, ¿dónde y a qué hora?

—¿Conoces Le petit bistrot, junto a Huertas?

Aquella mujer nunca decepcionaba: adoraba Le petit bistrot.

—Lo conozco, ¿llamo yo para reservar?

—Déjalo en mis manos, los dueños son amigos. ¿Quieres que pase el chófer a recogerte? Si me dices dónde estás...

—No, Ana, no te preocupes, nos vemos allí a las dos, ¿de acuerdo?

—Perfecto, Víctor... —Hubo una pausa—. Me alegro mucho de que me hayas llamado.

Cuando colgó, aún estuvo unos segundos paladeando la voz de Ana: seguía siendo apagada y triste, pero su llamada sin duda la había aderezado de ilusión. Intuyó que aquello podía salir bien. Volvió a marcar un número de teléfono.

—Pam, corazón de melón, ¿qué haces?

—Pues *na*, aquí, lavándome el coño en el Manzanares..., vaya agua fresquita y cristalina... ¡¿Qué hostias voy a hacer?! ¡Darle vueltas y más vueltas a lo de tu puta fianza! No me lo quito de la cabeza, Vic, tenemos que conseguir dinero para que no ingreses en prisión y para contratar a un verdadero abogado de cara al juicio, necesitas el mejor penalista que haya en España. Te ha *pasao* lo que te ha *pasao* porque ese amigo tuyo que tienes como abogado es un puto desastre.

—Pam, ya te he dicho antes que esto lo tengo que solucionar yo.

—¡Pero...!

—¡Tema zanjado, Pam! Y no te preocupes, tengo un plan.

—¿Un plan? ¿Tú tienes un plan? Miedo me das... ¿En qué cojones te vas a meter? —Una idea cruzó su mente y la hizo temblar—. ¡¿No estarás pensando en pedir más pasta a tus amiguitos rusos de Benidorm?!

—No, Pam, no tiene nada que ver con esa gente, pero ahora no te lo puedo contar, tengo prisa. Solo te llamaba para decirte que no podré comer contigo. —Siguió hablando en tono mucho más amigable, temeroso de la reacción de su amiga ante lo que le iba a decir—. De hecho, lo más probable es que me quede a pasar la noche

aquí en Madrid. ¿Te..., te importa volverte a Valencia en el AVE tú sola?

La voz de Paloma rugió como un volcán.

—¡No! ¡Qué va a importarme! ¡Y si quieres, me corto el culo en lonchas antes de irme y te las llevo en un *tupper* para que mañana desayunes fiambre! —Estaba realmente enfadada—. ¡¿Me dejas tirada como un trapo y encima no quieres contarme cuál es tu puto plan de los cojones?! ¡Sabes que estoy muy preocupada y...!

—Pam, tengo prisa, debo dejarte.

—¡No me pongas excusas, cobarde de mierda! ¡No hay derecho...!

—¿Excusas? Yo nunca te pondría excusas. Y ahora, perdona, pero no puedo hablar, voy pilotando un caza y llevo en cola un MiG 25 chino.

Víctor colgó el teléfono con una media sonrisa en los labios: Por supuesto que se lo iba a contar todo a su amiga, pero no por teléfono ni en ese momento. Debía hacer algo mucho más urgente.

Subió al Porsche y condujo Castellana abajo hasta el centro de la ciudad. Se metió en el parking de El Corte Inglés de Callao y bajó al sótano. Estaba prácticamente vacío, pero para comprobar lo que quería no era suficiente. Bajó al segundo sótano. Allí no había ni un solo vehículo, estaba desierto. Aparcó junto a la caja de pago, bajó del coche e introdujo el tique en la máquina. Tras meter las monedas y cancelarlo, volvió al Porsche a esperar cinco minutos tras el volante. Nadie apareció. Si alguien lo estaba siguiendo, era necesario que bajase al sótano desierto en el que él se encontraba e hiciese las mismas operaciones que Víctor había hecho, muy extrañas: la gente normal no entra en un parking solo para pagar el tique y salir. Más tranquilo, volvió a conducir hasta la superficie.

Pilar Boluda observó a través de la cámara tres cómo Víctor Vega abandonaba su despacho-biblioteca. Sonó el teléfono; era la línea privada cuyo número muy poca gente conocía.

—Pilar, cómo ha ido la conversación con el señor Vega.

Ella adoptó un tono de voz respetuoso.

—Todo bien, puede usted perder cuidado. Ha entrado en el juego.

—¿Seguro? Esta vez no quiero fallos. Todo debe salir perfecto.

—Descuide, creo que va a colaborar con ganas. La oferta que le hemos hecho es inmejorable.

—Eso es lo que quería oír, no ha sido fácil conseguir tanto dinero. Confío en ti, dejo el asunto en tus manos.

—Todo saldrá bien, se lo aseguro. Le mantendré informado.

La comunicación se cortó con brusquedad. Pilar dio la vuelta al butacón y se quedó observando la ciudad, pensativa. Se preguntaba si realmente todo iba a salir bien, tal y como acababa de prometer. Odiaba no ser capaz de cumplir su palabra.

Cuando Víctor llegó a Le petit bistrot, Ana ya le esperaba sentada en una pequeña mesita en un rincón, el más discreto del restaurante. En el ambiente acogedor del local, su sonrisa encajaba a la perfección.

—Hola, Víctor, estaba empezando a preocuparme.

Se levantó y le dio dos besos. Él, a pesar del discreto maquillaje, pudo notar que había estado llorando, pero prefirió no decir nada.

—Disculpa, Ana, siento el retraso, pero ahora, cuando te cuente, entenderás.

Ella lo miró sin ansia.

—Ana, ¿conoces a Pilar Boluda?

Ante lo inesperado de la pregunta, los ojos siempre dulces de aquella mujer delicada se afilaron, atravesando el entrecejo de Víctor como si estuviesen espetando un conejo.

—¿Pilar..., Pilar Boluda? No entiendo...

—Sí, Ana, Pilar Boluda, la agente literaria.

Ella no esperaba que la conversación fuese a ir por aquellos derroteros.

—Bueno..., personalmente no la conozco, pero hemos hablado en un par de ocasiones por teléfono. Está empeñada en hacerse con la representación de la obra de Hugo. Es muy insistente, ya le dije que no quería saber nada del asunto, pero desde hace tiempo le está dando la tabarra a Antonio... Víctor, ¿para qué quieres saber si la conozco?

Él no respondió a la pregunta, estaba tenso.

—Y tu marido, ¿qué opina sobre la cesión de los derechos?

—Él estaría encantado de aceptar la oferta de esa mujer. No recuerdo las cifras, pero por lo visto las condiciones que nos ofreció son excelentes. Además, Antonio y Rodrigo...

—¿Rodrigo?

—Rodrigo Botet, nuestro editor de Barcelona.

—Tienes razón, disculpa, se me había olvidado su nombre.

—Pues lo que te decía, Antonio y Rodrigo no se llevan muy bien. Mi marido es un empresario, Rodrigo es..., no sabría cómo definirlo, pero te aseguro que no está en este negocio por dinero. Pero bueno, respondiendo a tu pregunta, Antonio pagaría por perder de vista a Rodrigo y trabajar con Pilar Boluda.

—Ya veo...

—En cualquier caso, ya le dije a mi marido que se quitase de la cabeza esa idea de prescindir de Rodrigo. Y no es solo porque no sepamos quién envía los manuscritos, es porque Hugo decidió que era Rodrigo su editor y así es como va a seguir siendo. Es sobre todo una cuestión..., una cuestión sentimental, no económica.

Agostó la mirada y empezó a enroscarse el anillo de casada. El profesor ya sabía que en aquella mujer eso significaba que las dudas y la melancolía la abrasaban por dentro, pero Víctor prefirió no preguntar.

—Dime..., dime una cosa, ¿qué tiene que ver Pilar Boluda en todo esto? ¿Me has

llamado para hablar de ella?

—Me pidió que fuese a verla. Esta mañana la he conocido.

—¿Para..., para qué?

Víctor de nuevo ignoró la pregunta.

—¿Sabías que antes de enviarle el manuscrito a Botet, Hugo estuvo en negociaciones con ella? Fue mucho tiempo atrás, quince años antes de morir.

En el rostro de Ana la tristeza mudó a sorpresa.

—No tenía ni idea... Ya te dije que Hugo no me contaba nada referente a sus libros, ni siquiera me dejó nunca leer ni una línea. —La voz se le agarrotó—. Pero, si te digo la verdad, cada vez me doy más cuenta de lo poco que conocía a mi marido...

Víctor creyó que ella iba a continuar, aclarando esa frase final en la que se podía intuir el resentimiento. Pero Ana prefirió volver a enroscarse el anillo de modo obsesivo. El camarero les interrumpió: iba empaquetado en un rostro de seriedad sacramental y en un traje negro. Ambos, rostro y traje, de corte antiguo pero muy elegante.

—¿Los señores han decidido ya qué van a tomar?

Víctor pidió una *cassoulet* al estilo Toulouse y Ana ensalada *niçoise*.

—Pero dime, Víctor, ¿qué quería esa mujer de ti?

Él, muy serio, enfiló los ojos de ella antes de hablar.

—Quería contratarme.

—¿A..., a ti? —Ana iba de sorpresa en sorpresa—. ¿Para qué?

—Para que te convenza, por cualquier medio, de que le transfieras los derechos de toda la obra de Hugo. A cambio me prometió, si lo consigo, dos millones de euros.

—Y tú... —Estaba desconcertada—, ¿qué le dijiste?

—Acepté, por supuesto. —Dibujó una sonrisa de oreja a oreja.

Aturdida por la respuesta, Ana no sabía si aquello iba en serio o era una broma pesada.

—Pero..., pero, Víctor, ¿para eso me has llamado..., para convencerme? —Sonaba desolada.

—Ana, he aceptado el trato por ti.

—¡Por mí! Yo no quiero saber nada de esa mujer... —Su voz ahora era una mezcla de indignación y desconcierto—. Ya te dije que Hugo quiso que Rodrigo fuese su...

—Ana, escúchame: yo tampoco quiero saber nada de esa mujer. —La tensión de Víctor iba volviéndose excitación por momentos—. Pero si aceptas el plan que vengo a proponerte, hacerle creer que trabajo para ella puede sernos muy útil: Pilar Boluda tiene gran cantidad de información sobre el mundo editorial, y contactos e influencias que abren muchas puertas. La verdad es que también es bastante siniestra, creo que puede llegar a ser peligroso manipularla, pero si tú estás de acuerdo con el plan, yo estoy dispuesto a correr el riesgo.

—Víctor, pero..., pero... —Estaba confundida— ¿de qué plan estás hablando?



—Ana, lo he pensado bien. —Le sonrió campanudo—: Quiero ayudarte a averiguar quién demonios te envía esos manuscritos.

El rostro de ella no reaccionó. Se quedó observando la boca de Víctor, como si no acabase de creer las palabras que acababan de salir por ella.

—¿Estás..., estás seguro de lo que acabas de decir, Víctor? Por favor, no juegues conmigo, no soportaría otro...

—Sí, totalmente seguro. —Hablaba firme y sólido, como el que, tras rumiar mucho, acaba tomando una decisión sin saber si es la acertada, pero sabiendo al menos que se ha liberado de la duda—. Cuanto más pienso sobre el asunto, más convencido estoy de que todo este misterio tiene una explicación que arranca en esos años oscuros de la vida de Hugo de los que nunca quiso hablarte. Y la conversación con Boluda esta mañana me lo ha confirmado: Hugo escapaba de algo o de alguien. Estoy seguro de que si averiguamos qué era ese algo o quién era ese alguien, sabremos de dónde vienen los manuscritos.

El entusiasmo de él pareció contagiar a Ana, porque en su rostro serio poco a poco fue apareciendo una sonrisa llena de ilusión.

—Víctor, no puedes ni imaginarte lo feliz que me haces...

—Me he puesto de plazo hasta la llegada del próximo manuscrito; tenemos por delante nueve meses. Pero no quiero que te hagas ilusiones... No sé si seré capaz de desentrañar este misterio; mis dotes de detective creo que dejan mucho que desear...

Sonrió con modestia.

—No te preocupes, Víctor, solo con saber que estás ahí, ayudándome, para mí es suficiente. —En sus ojos se condensaba el agradecimiento—. Creo que mi vida está estancada por eso que llaman parálisis por análisis... Pero tu decisión de ayudarme me va a permitir desatranclarla, y pasar a la acción. Y decidir yo, y solo yo, qué hago con ella. —Asintió con vehemencia, como si intentase convencerse más a sí misma que a Víctor—. Y la primera decisión ya la tengo clara: si no tenemos éxito, y el próximo 3 de diciembre llega el manuscrito de *Dejad que los niños se acerquen a mí* sin que sepamos quién lo ha enviado, no autorizaré su publicación. Se ponga Antonio como se ponga.

—Bien hecho, Ana. Te aseguro que por mi parte me dedicaré a ello en cuerpo y alma: antes del próximo 3 de diciembre tenemos que saber de dónde salen esos manuscritos.

—Ojalá, Víctor, ojalá... Pero ¿y tus clases en la universidad?

—Ya lo he pensado todo. Acabo de llamar a recursos humanos y tengo derecho a una excedencia sin sueldo de hasta un año. He decidido que voy a solicitarla, no quiero que nada me distraiga.

Ana protestó.

—Pero, Víctor, tu carrera profesional...

Él la interrumpió.

—Ana, no lo hago solo por ti, lo hago también por mí. Me vendrá bien cambiar

de aires una temporada..., y, además, tú lo sabes, Hugo Mendoza siempre fue mi pasión profesional, pero desde hace un mes, por tu culpa, es también mi pasión personal... Cuando me conozcas más, sabrás que soy lo que los americanos llaman un *emotion seeker*, que en español castizo no suena tan bien pero se entiende mejor: un culo de mal asiento. Yo aprendo siempre de lo que no entiendo, y esta historia no la entiendo. —Sonrió intentando quitarse importancia—. Pero antes de que sigamos hablando, quiero hacerte una pregunta, es importante.

—Dime.

—Ana, ¿sabe alguien que viniste a mi casa en Valencia? Intenta recordar si se lo contaste a alguien, tal vez sin darte cuenta.

Ante el tono apremiante de la voz de Víctor, ella se preocupó.

—A nadie, ni siquiera se lo dije a mi hermana, que es lo que más quiero en el mundo. Agustín, el chófer, me llevó a Valencia aquella noche, pero es de plena confianza. Es amigo de la infancia de mi madre, jamás traicionaría a la familia, especialmente a mí o a Bea, nos adora. Pero, Víctor, ¿por qué me preguntas eso?

—Porque Pilar Boluda ha insinuado que tú y yo teníamos un lío.

—¿Cómo?!

—De hecho, creo que su oferta se basa en esa suposición: si Ana Cifuentes le está poniendo los cuernos a su marido con el profesorcito, quizás el profesorcito pueda convencerla de que ceda los derechos. —Víctor habló con retintín—. Pero la única razón que esa mujer puede tener para pensar tal cosa, es que sepa de tu visita a mi casa: noche de lluvia, viaje a Valencia de madrugada, tres horas encerrados solos, tu marido de viaje...

Ella fue trabando en su cabeza el argumento de Víctor.

—Entiendo... Si lo sabe y ni tú ni yo se lo hemos contado a nadie, es porque nos han vigilado.

—Eso es. Son todo elucubraciones mías, y no sé si me han estado siguiendo a mí o te han seguido a ti. De hecho, ni siquiera estoy seguro de que nos hayan seguido, quizá sea todo una paranoia mía, pero yo, por si acaso, me acabo de montar una pirula en el parking de El Corte Inglés y creo estar seguro de que, *ahora*, nadie anda detrás de mí. —La miró con ojos preocupados—. Pero quiero que tengas cuidado.

El rostro de ella permanecía muy calmado.

—Además, Ana, no quiero que hables nunca conmigo desde un teléfono fijo, solo desde móviles, son más complicados de pinchar. —Le parecía estar hablando como un personaje de telefilme de serie B.

—Víctor, no tengo miedo. Mi vida ya hace tiempo que es un sinsentido, y por volver a enderezarla estoy dispuesta a todo.

Rebuscó en el bolso mientras seguía hablando.

—Y después de meterte en este lío, al menos debes dejarme que te lo compense, no vas a estar los próximos meses dedicándome tu tiempo y tu esfuerzo a cambio de nada... —Sacó del bolso una chequera y un bolígrafo y empezó a escribir—, y

encima vas a pedir una excedencia.

—Ana, por favor, no quiero que hagas eso...

Aunque conscientemente Víctor no lo hubiese reconocido jamás, el momento crucial del plan que había trazado en su mente mientras le chocaba la mano a Pilar Boluda acababa de llegar. Su acomplejado orgullo masculino le había impedido plantearle a Ana abiertamente una retribución económica como contraprestación por su implicación en el proyecto, pero Víctor sabía que Ana era generosa, sabía que le ofrecería dinero motu proprio. De la cantidad que ella le entregase dependía todo: en la cárcel poco iba a poder ayudar a esa mujer temblorosa que ahora, frente a él, garabateaba ceros en un cheque.

—No puedo aceptarlo, Ana..., no es necesario...

Mientras mentía para sostener en pie lo que él creía que era su virilidad, Víctor se dijo a sí mismo que no se embarcaba en aquella aventura solo por dinero. Y eso era cierto, pero el dinero era necesario para llevarla a cabo. Trajeron la comida, pero ninguno de los dos le prestó atención.

—Víctor, cállate y pide dos copas de vino, será un segundo...

Si la motivación de Víctor hubiese sido puramente económica, habría chocado la mano de Pilar Boluda de corazón, no de manera fingida. Pero al profesor en ningún momento se le había pasado por la cabeza trabajar para una mujer así; toda aquella historia que la agente literaria le había contado sobre su evolución personal y su cáncer le daba mala espina.

—Si no te pago al menos los gastos, no voy a poder pegar ojo en los próximos meses..., y te aseguro que insomnio ya tengo suficiente.

Víctor siempre había intentado no ser un cínico desconfiado, creía en el cambio y en la evolución personal. De hecho, esa era la capacidad que pensaba que caracterizaba al ser humano: una autoconciencia que nos permite evolucionar cuando algo en nosotros no nos agrada. A Víctor le daban pena los pobres desgraciados que ante una crítica respondían: «Yo soy así». Le parecían chimpancés primitivos guiados por instintos y preocupados tan solo por comer plátanos. Pero una cosa era evolucionar, y otra muy diferente hacer lo que Pilar Boluda pretendía haber hecho con su vida: darle la vuelta como si los valores fuesen un calcetín.

—Toma, espero que sea suficiente para empezar. Si no es así, por favor, dímelo, sin ningún reparo.

—Tr-tres... —él empezó a tartamudear—. ¡Trescientos mil euros!

La cantidad que había imaginado en sus previsiones más optimistas era diez veces inferior. Ella rio, sin prepotencia alguna.

—Víctor, no pongas esa cara, yo soy la que tengo que estarte agradecida, sabes de sobra que mi vida se va a pique si no cambia de rumbo. Los marinos curtidos dicen que no hay buen viento para quien no sabe adónde va, y yo no sabía dónde ir... hasta ahora. —Tras las risas, de nuevo su rostro se mostraba sombrío—. Hugo siempre me decía que en el barco yo era un desastre, y tenía razón: hasta que has entrado hoy por

esa puerta y me has propuesto tu plan, yo no sabía cómo manejar el timón de mi vida.

—Todo eso está muy bien, Ana, y me halaga, pero este cheque... ¿Y si desaparezco y no me vuelves a ver?

Ella le cortó con dulzura.

—No digas bobadas, Víctor, si creyera que eres de esos, no habría ido a Valencia. —Sonrió tímida—. Además..., no te ofendas, pero creo que el dinero te hace falta, ese caserón donde nos vimos necesita una buena reforma...

El comentario fue dicho con tal gracia que Víctor se sintió un idiota manteniendo su pose quijotesca.

—No te quiero engañar, Ana, el dinero me hace mucha falta..., más de la que te imaginas. Pero ni se te ocurra pensar que estoy en esto para ganar pasta. Desde que me contaste la historia de los manuscritos, no pienso en otra cosa. Creo que desentrañar este misterio a mí también me va a ayudar a encontrar un buen viento para redireccionar mi vida.

Ella posó una mano en su antebrazo.

—¿Sabes lo que decía Hugo cuando, recién casados, pasábamos penurias económicas?

Víctor advirtió que era la segunda vez que Ana citaba palabras de su difunto esposo. «Tal vez por culpa de ese jugueteo con el pasado, siempre suicida, los ojos de ella vuelven a estar entelados por la tristeza», pensó el profesor. Se equivocaba.

—Pues decía que hay que saber equilibrar y llevar bien las cuentas, las del banco... y las del corazón: por ganar dinero no hay que hacer cualquier cosa. Por eso me alegro de que este proyecto te importe tanto como me importa a mí, no me gustaría estar trabajando con un mercenario..., una especie de Rambo de las letras.

Él rio ante la broma. Aquellas risas parecieron reactivar a Ana.

—Víctor, ¿no crees que lo mejor sería que te vinieses a Madrid y te instalases en el estudio donde Hugo escribía? Allí podrías revisar todo su material; su biblioteca es extensa y quizás esconda alguna clave. —Ahora ella se expresaba de manera muy ordenada—. Además, podrías hablar con todos los que lo conocimos, y hacerte una idea más aproximada de quién era mi marido. Los sentimientos que tengo hacia él creo que confunden absolutamente mi objetividad, mientras que tu visión de nosotros es externa, serás un nuevo observador, y eso puede permitirte ver las cosas desde otro punto de vista..., valorar algún dato que a mí me haya pasado desapercibido...

—Sí, estoy de acuerdo, Ana. Pero me preocupa una cosa, ¿tu familia no se extrañará cuando empiece a hacer preguntas sobre Hugo?

Ella no dudó.

—Tú escribes en *Art&Mañas*, les diremos a todos que estás preparando un artículo para la revista y necesitas su colaboración. O una biografía, algo se me ocurrirá. No te preocupes por eso, si yo se lo pido, no pondrán problemas, te lo aseguro.

Víctor tuvo entonces una especie de epifanía. Vio la luz, con tanta claridad que el

murmullo generado por el resto de las mesas del restaurante, que tras él rebullían como un guiso, se volvió dentro de su cabeza silencio absoluto. Entendió que, de nuevo, era un *pringao*: aquella mujer aparentemente ingenua, pero con un fondo tenaz, había estado manejándolo a su antojo con gran habilidad y ternura.

—Ana, tengo la extraña sensación de que yo aquí he venido hoy a presentarte un plan que en tu cabeza ya hacía mucho tiempo que había sido trazado.

Ella rio de nuevo sin alegría, pero también sin malicia.

—¿Por qué dices eso, Víctor?

—Pues porque percibo que, aunque estás disimulando, lo tenías todo pensado: me quedo en el estudio de Hugo, la excusa para tu familia, el cheque... —A Víctor le había asaltado la sensación de ser un pelele—. Ahora entiendo por qué viniste a Valencia hace un mes a contarme toda la historia: querías desahogarte, sí, pero también querías despertar en mí el gusanillo de la curiosidad.

Ana, antes de hablar, por primera vez lo miró con picardía.

—Gusanillo que me parece que ha resultado ser una auténtica boa constrictora...

Él no estaba enfadado, sino sorprendido: era muy difícil enfadarse con la reina de Camelot.

—Las mujeres sois imposibles... ¿Por qué no me planteaste directamente lo que querías de mí cuando viniste a mi casa?!

Ana de nuevo le tomó con ternura los antebrazos, todavía con la sonrisa traviesa en la boca.

—Víctor, no soy tan ingenua como parezco. Aunque tú no lo creas, te conozco ya bastante bien, y sé que un hombre como tú... necesita sentirse cazador.

Dibujó en el rostro una mueca simpática, que él le devolvió, incapaz de seguir fingiendo enfado.

—Además, Víctor, tú eres un hombre muy leído, recuerda al clásico: es mejor hacer por vicio lo que otros incautos se imponen como obligación. Sencillamente, seguí el consejo..., te tenté para que así disfrutes mucho más con la investigación. —Esbozó una carantoña—. ¿No te enfadas, verdad?

—No, Ana. Creo que contigo va a ser muy difícil que me enfade nunca.

—Bueno, eso me gusta. Y como eres tan listo, ya no es necesario que disimule. —Todavía con una sonrisa en los labios volvió a escarbar en el bolso y sacó un sobre y un manojito de llaves, del que colgaba un llaverito con una dirección escrita—. Cuando me llamaste esta mañana, pasé por casa para recoger esto... Ya sabes, por si picabas el anzuelo.

Acentuó la sonrisa: a Víctor aquella nueva faceta pícaro de Ana le resultaba sorprendente, y a la vez tan encantadora como su habitual dulzura.

—Toma, estas llaves son de la buhardilla de Alcalá, puedes instalarte cuando quieras. Llámame, si te parece, mañana, y te enseño todo aquello. Y este es un retrato de Hugo, quizás te sea útil.

Le tendió el sobre y Víctor sacó de dentro una fotografía en blanco y negro. En

ella se veía a un hombre joven, que aparentaba tener treinta o treinta y cinco años. No era muy alto ni corpulento, pero su cuerpo enjuto dibujaba líneas fibrosas y nervudas. En la fotografía aparecía sobre la cubierta de un velero, tirando con fuerza de un obenque.

—Se la hice a Hugo pocas semanas antes de morir. Navegábamos juntos en el *Quimera* cerca de la costa de Altea. Si te fijas, puedes ver el campanario del pueblo al fondo, en el horizonte...

Sin duda, Ana había pillado por sorpresa a su marido. Sus ojos delataban estupor, se habían girado hacia la cámara ante algún reclamo de su mujer, topándose con el objetivo de la lente.

—Se enfadó mucho cuando se la hice. Fue como una broma, pero no le hizo ni pizca de gracia... Ya sabes que odiaba que le fotografiasen. Decía que, al contrario que Cortázar, él no quería combatir la nada a base de retratos, prefería mimetizarse con ella... —Como en las ocasiones anteriores, al recordar las palabras de su esposo, a Ana le desapareció la sonrisa y se le nublaron las pupilas—. Me hizo prometerle que la guardaría y sería solo para mí, que no se la enseñaría a nadie...

Parecía sentirse compungida por estar rompiendo su promesa. El rostro que miraba ahora a Víctor desde el papel tenía facciones romanas. Pelo negro ensortijado y revuelto por el viento, nariz orgullosa, barba de varios días, pómulos sagaces. Pero esa severidad de César ante las legiones se suavizaba con la dulzura de sus labios carnosos y unos ojos almendrados: allí, encerrada en el papel, suspendida en el tiempo hasta la eternidad, la cara de Hugo Mendoza traslucía melancolía y miedo.

—Ana, ¿qué es esto?

La camiseta de tirantes del escritor permitía ver, sobre su hombro izquierdo, una marca en la piel. Eran cuatro letras mayúsculas de tipografía extraña engarzadas sin sentido aparente, al modo de los hierros de las ganaderías.

—Una especie de tatuaje. Una vez que le pregunté qué significaba se limitó a decirme: «Nada. Todos los marineros llevamos tatuajes». Yo entonces, cansada de tantos misterios, le contesté un poco ácida: «Los marineros y los presidiarios».

—¿Qué te respondió?

—Él se limitó a mirar al horizonte, con esa dulzura y melancolía que nunca le abandonaban, y murmuró tan solo: «Sí, los marineros y los presidiarios». Me arrepentí al instante de haber sido sarcástica, y de haber roto mi promesa de no indagar en su pasado... Jamás lo volví a hacer.

Era la primera vez que el profesor veía el rostro de Hugo Mendoza. No había fotografías de él publicadas, al menos Víctor nunca las encontró por mucho que las había buscado durante la elaboración de su tesis doctoral.

—¿Puedo quedármela? Temporalmente me refiero, hago una copia y te la devuelvo.

—Claro que te la puedes quedar, y no es necesario que hagas una copia. Solo te pido que la cuides mucho, le tengo cariño.

Víctor se la metió en el bolsillo interior de la americana. Se tomaron el café en silencio. Eran ya las cuatro de la tarde y en la calle llovía. Él intentó pagar la comida, pero el camarero fue inflexible: Ana ya había dejado encargado que lo cargasen todo en su cuenta, era cliente habitual. Tras levantarse, se dirigieron hacia la puerta. Desde la entrada del restaurante vieron cómo fuera la lluvia arreciaba. El imponente Mercedes 600SL de Ana esperaba fuera, a pesar de que aquella era una calle peatonal, con el chófer dispuesto a acudir con el paraguas ante la menor señal de ella.

—Víctor, ¿dónde tienes el coche?

—Muy cerca, en Moratín.

—Sube, te acerco.

—No te preocupes, Ana, no es necesario...

—¿Me vas a volver a hacer enfadar?

Sonriéndole, se cogió de su brazo y salió con él a la calle. El chófer ya les esperaba con el paraguas abierto.

—Sube, deprisa, que hace frío y está lloviendo.

Se arrebujaron en el acolchado de piel de los asientos. Víctor notó que ella volvía a caer en la melancolía. Observaba a través de la ventanilla, ensimismada, a la lluvia repiquetear sobre el asfalto.

—Ana, antes me has dicho que te alegrabas de que te ayudase en este proyecto, y, sin embargo..., ¿por qué llevo durante toda la comida viéndote esa cara tan triste?

Ella se giró hacia él casi con lágrimas en los ojos.

—Eres mejor detective de lo que crees... Tengo que enseñarte algo, pero no quería hacerlo en el restaurante... —Se estaba hundiendo por momentos—, tenía miedo de emocionarme y montar una escenita... Por eso te he hecho subir al coche...

Rompió a llorar con la naturalidad con la que un niño emboca el pezón de su madre. Víctor, con la sensación viciada de que aquello ya lo había vivido antes, la abrazó. Durante un par de minutos permanecieron así, en silencio.

—Soy una idiota...

Al final Ana se calmó y por tercera vez rebuscó en su bolso. Sacó una hoja de papel de carta, doblada por la mitad. Antes de entregársela a Víctor, la sostuvo entre las manos con mucho cuidado, tomándola por los bordes casi sin rozarlos, como si aquel papel fuese una reliquia milenaria. Ella observaba la cuartilla con ojos hirvientes mientras sobre el capó del Mercedes las gotas de lluvia tamborileaban doloridas.

—Ana...

Víctor, al darse cuenta de que ella no podía ni escucharle por culpa del ensimismamiento, le tomó la carta de entre los dedos. Empezó a leerla en voz alta, iluminado tan solo por la escasa luz, mortecina y mojada, que entraba a través de la ventanilla del coche.

*Por favor, deja de buscarme. A estas alturas ya debes de saber que soy un*

*ser extraño. Soy un alma triste, que disfruta más con el recuerdo de las personas que con las personas mismas. Quiero alejarme de todo y acercarme así a lo que más amo. A veces los paraísos perdidos es mejor que sigan así, perdidos, de ese modo siempre tienes un sueño al que aferrarte. Deja, por favor, de perseguirme, es la única manera de que pueda seguir respirando, es la única manera de que pueda seguir escribiendo. Espero que seas capaz de perdonarme.*

Hugo

Estaba escrita con letra elegante y apuntillada.

—¿Es esta la letra..., es la letra de tu..., de Hugo?

Ana asintió con la cabeza. Víctor entendió entonces por qué durante la conversación ella había estado tan turbada y melancólica, citando a su exmarido en varias ocasiones.

—¿Cómo ha llegado a tus manos? ¿Cuándo?

—Pues eso... —Hablabla todavía afectada por el llanto—, eso es lo más inexplicable de todo, apareció dentro de mi bolso, de este bolso.

Los dos se quedaron mirando el Hermes, un Nelly negro que descansaba sobre el asiento.

—¿Cómo? Aclárame eso, Ana.

—Anoche, al llegar a casa, vacié el bolso como hago siempre. Y dentro estaba esa carta. Hugo... —se corrigió, avergonzada—, alguien la metió en mi bolso a lo largo del día sin que me diese cuenta.

Víctor releía la carta con atención.

—¿Estuviste..., estuviste en algún sitio fuera de lo normal?

Ella negó con la cabeza.

—No. Por la mañana estuve de compras en Velázquez, luego comí con Antonio, pasé por la residencia a ver a mamá..., fui a recoger unas entradas para la ópera y me tomé un café cerca de allí, en la barra de un bar de la calle Arenal. En algún descuido alguien me metió la carta en el bolso, y no me di cuenta hasta que llegué a casa por la noche y lo vacié.

Él la miró, muy confundido, pero intentando transmitir entereza.

—Ana, no quiero que nos precipitemos. Vamos a ir poco a poco en este asunto.

—¡Pero, Víctor! ¡Esa es la letra de Hugo! No tengo duda alguna, y te aseguro que no me confunde el deseo de encontrarlo vivo. —Ahora hablaba atolondrada—. La carta la ha escrito él. «Quiero alejarme de todo y acercarme así a lo que más amo.» ¡¿A qué o a quién se está refiriendo?!

El dolor en su pregunta era evidente.

—Ana, incluso suponiendo que Hugo Mendoza pudiese estar vivo, ¿cómo demonios habría averiguado que tú y yo vamos a trabajar juntos para encontrarlo? ¡Si



acabamos de decidirlo!

Ella tan solo pudo responder con la consternación de su rostro.

—No lo sé Víctor, no lo sé...

Pasaron unos segundos en los cuales ambos tan solo conversaron con sus pensamientos, a gritos pero en silencio.

—Está bien, Ana, esta es otra pieza del puzle, que cada vez se hace más complicado. Vamos a dejar abiertas todas las posibilidades, pero no quiero que te obsesiones ni con que Hugo pueda estar vivo, ni con que... —Meditó las palabras—, ni con que está vivo y te...

—Y me rechaza. —Su tono era pesaroso—. De acuerdo, Víctor, voy a hacer ese esfuerzo. Pero te confieso que todo esto me está matando, por eso tu ofrecimiento de hoy significa tanto para mí.

Inclinó la mirada antes de seguir hablando.

—Cuando pierdes a alguien que amas, la gente cree que lo que más te duele son los recuerdos de las grandes cosas vividas juntos. Pero no es así. Lo que más duele, los navajazos más traicioneros, te los dan objetos aparentemente inofensivos con los que te vas topando en la vida diaria... —Hablaban casi en un susurro, observando sus propias manos torturándose la una a la otra—. Un día te haces el ánimo y vas a la compra, y cuando vuelves a casa y abres la nevera, te encuentras media gaseosa desventada que sabes que solo le gustaba a él... y eres incapaz de tirarla por el sumidero, y acabas escondiéndola como una reliquia en el altillo de un armario. Otro día decides cepillarte el pelo para empezar a aparentar ser una persona normal, y te encuentras cabellos de él en el peine, y recuerdas con una sonrisa lo mucho que le preocupaba empezar a perder pelo... Esos objetos aparentemente inofensivos se esconden, agazapados en cada rincón de la casa, y cuando menos te los esperas, te acuchillan sin conmiseración... y te impiden levantar cabeza. Imagínate, Víctor, después de haber vivido todo eso, lo que esta carta escrita de su puño y letra significa para mí. Solo quiero que intentes entenderlo.

Él la abrazó de nuevo; era lo único que podía hacer por el momento. Ya habían llegado a la calle de Moratín.

—Quiero que te tranquilices, todo esto se va a aclarar.

—Gracias, Víctor... Desde el principio supe que eras una persona en la que podía confiar.

—Me quedo la carta. No te preocupes, la guardaré con cuidado. Mañana me pasaré todo el día en el estudio de la calle Alcalá; yo mismo lo encontraré, no hace falta que me acompañes. Tú quiero que hables con Antonio, con tu padre, con tu hermana y con Botet. Les cuentas la historia de la biografía, y les dices que en las próximas semanas iré a hablar con ellos..., y, sobre todo, quiero que intentes descansar.

Ella asintió. Víctor dobló la carta con cuidado y se la metió en el bolsillo interior de su americana, junto con la fotografía y el cheque. Le dio un beso en la mejilla a

Ana y bajó del coche para ir corriendo al suyo bajo el intenso aguacero. Tras el volante del Porsche vio cómo el Mercedes se alejaba. Sacó la carta y la leyó de nuevo.

«Hugo Mendoza..., ¿a qué coño estás jugando?»

En la FNAC Paloma primero compró el libro que buscaba. Luego fue a la sección de electrónica.

—Me llevaré dos. Y aparte un buen trozo de papel de regalo.

Salió a la cuesta de Preciados y miró al cielo. Empezaba a encapotarse. Marcó el número del convento.

—¡Sor Genoveva, póngame con la novata!

—Paloma, hija mía, no te lo vas a creer; esta mañana Dios ha hecho otro milagro, en el buzón de las limosnas hemos vuelto a encontrar otro sobre con mucho dinero...

—¡Corte el rollo, sor Genoveva, que tengo prisa!

—No es cosa de risa, no... ¡Es un milagro!

—¡Prisa! ¡Tengo prisa! ¡Póngame con la novata!

Dos prostitutas miraban a Paloma, extrañadas ante sus berridos: las pobres no sabían que, en un nefasto error de gestión de personal, la superiora del convento de las Clavariesas del Amor había encargado de la centralita a sor Genoveva, de ochenta años y con doble Sonotone.

—¡Con la novata! ¡Póngame con la novata!

—¿Qué beata? Creo que te confundes, hija mía, la misa por la beata de Padua es el mes que viene...

—¡Con Eduvigis!

—Mala cosa, la crisis..., pero ¿qué tiene que ver la crisis con...?

Tras cinco minutos bregando con sor Genoveva, Paloma consiguió que su compañera de cuarto se pusiese al teléfono.

—Santa, necesito que me hagas un favor.

—Dime, Paloma, si está en mis manos y en las de Dios...

—Estoy en Madrid, quiero que cojas el próximo AVE y te vengas *pacá* echando hostias... Bueno, no literalmente, que vosotras las monjas las tenéis muy a mano...

—Pe-pero Paloma, ¿cómo voy a irme a Madrid?!

—Ya te lo he dicho, en AVE.

—Pe-pero... ¡Estás trastornada! No sé si recuerdas que esto es un convento de clausura, y la sagrada *Verbi Sponsa* nos prohíbe salir de aquí si no es por urgentes razones médicas...

—¡Pues dices que tienes visita en el ginecólogo porque te has quedado preñada! ¡O que la *esteticien* te espera para hacerte las ingles a la brasileña! ¡Yo que coño sé! Invéntate lo que quieras, pero mueve el culo, esto es importante. El AVE en horita y media te deja en Atocha, allí pilla un taxi. Anota esta dirección; te espero picando algo... *pa* matar la gazuza...

Tras colgar, Paloma empezó a caminar deprisa en dirección a Sol. Tomó la calle de las Postas y cinco minutos después entraba en la plaza Mayor. A pesar de que ya empezaba a caer un ligero chirimiri, en lugar de bordear bajo los soportales el rectángulo perfecto de la plaza, la cruzó en diagonal sin mirar siquiera la estatua ecuestre de Felipe III. Su chándal negro y las deportivas empezaban a empaparse. El pelo ya parecía un mocho. Apretó el paso. «En este bar nunca estuvo Ernest Hemingway.» Paloma se sonrió ante la ocurrencia sin dejar de caminar. Salió de la plaza por la calle de Toledo y anduvo deprisa con la cabeza gacha cinco minutos más, justo los necesarios para llegar a Casa Nubla. Dentro estaba atestado de trabajadores de la zona que querían comer de cuchara intentando imaginarse que estaban en casa de sus madres. Paloma subió por unas escalerillas al comedor, mucho más tranquilo, y se sentó en la mesa del fondo, junto a la ventana que daba a la calle. La sala era oscura y castellana, como las comidas que allí se servían.

—Muy buenos días, ¿qué va a tomar la señora?

Paloma levantó la cabeza para observar al camarero.

—Cocido y vino de la casa.

El hombre giró sobre sus talones sin sonreír. Era un profesional con nervio y parecía tener mucho trabajo que hacer, por lo que su cuerpo de sacacorchos articulado recogió deprisa el servicio completo de una mesa de cinco personas que acababan de levantarse y se perdió escaleras abajo haciendo equilibrios.

«Un buen camarero...», pensó Paloma, «... nunca un viaje de vacío».

Miró a través de la ventana para entretenerse mientras llegaba la comida: en la calle, las señoras del barrio de La Latina que venían de la peluquería se ponían en la cabeza bolsas del DIA para proteger la permanente, que debía durarles al menos dos semanas. No se cobraban muy buenas pensiones por aquella zona.

—Aquí le traigo el cocidito señora, ¿me permite?

Paloma empezó a salivar en cuanto el camarero desplegó ante ella la comida: un tazón de sopa de fideos humeante y densa, un vaso de Duralex lleno hasta el borde de tinto, y una fuente con morcillas de arroz, repollo, costillas ahumadas, garbanzos, tocino veteadado, zanahorias y dos muslos de gallina.

—Muchas gracias.

—Que aproveche.

—Por cierto, en un ratín llegará una monja que anda un poco *despistá*. Mándemela *pacá*.

—Así se hará —se cuadró marcial antes de irse—. A mandar.

Paloma sacó el ejemplar de *Botavara* de la bolsa de la FNAC y, tras desempaquetarlo, se puso a leer a la vez que sorbía fideos ruidosamente.

—Señora, ¿está todo bien? ¿Necesita algo más?

El camarero dejó sobre la mesa palillos de dientes.

—Sí, necesito algo más... —Ella se quedó pensativa durante unos segundos, que aprovechó para dar un largo trago de vino—, pero usted no puede dármele.

El camarero entendió que aquello era un «no» y se dio la vuelta sin hacer más preguntas. La siguiente hora Paloma la pasó leyendo *Botavara*, conociendo a Hugo Mendoza.

—¿La señora quiere tomar otro café?

El camarero la miraba sin emoción.

—Sí. Y una de esas torrijas que he visto en la barra al entrar.

Miró a su alrededor. No quedaba nadie.

—¿Estoy molestando? ¿Quería cerrar ya el comedor?

El camarero, muy flamenco, se cuadró de nuevo.

—Señora, en esta casa ningún cliente molesta jamás. Tómese todo el tiempo que necesite, que aquí estoy yo *pa servirla*.

Se dio media vuelta y volvió a perderse por las escaleras. Paloma siguió leyendo una hora más, tan abstraída que, al alzar la cabeza para darle otro bocado a su tercera torrija, se llevó un susto de muerte.

—¡Hostia puta!

—Blasfema, vas a condenarte, y me condenarás a mí también... Hacerme salir del convento. Espero que sea importante, porque no he tenido ni tiempo de comer, y encima me he perdido el ángelus y le he mentado a la madre superiora... Estoy en pecado. ¡En pecado mortal!

—¿Pero qué mierda es esa que llevas en la cara?

—Un velo, ¿es que no lo ves?

—La que no debe de ver ni un carajo eres tú, con eso colgando delante de los ojos, ¿cómo cojones voy a hablar contigo con esa tela negra tapándote la cara? Entre eso y el hábito pareces una cucaracha.

—Perdónala, Señor, porque no sabe lo que dice... —La religiosa juntó las manos y miró al cielo en señal de plegaria—. Eres una ignorante, deberías saber que la *Verbi Sponsa* nos recomienda guardar nuestro rostro de miradas ajenas cuando rompemos por necesidad imperiosa la sagrada clausura...

Las interrumpió el camarero.

—Su torrija, señora —tras depositar el plato sobre la mesa, miró a Santa Tecla, pero, al toparse con la muselina del velo y no encontrar ningún rostro al que preguntar, se giró de nuevo hacia Paloma y habló castizo—. ¿Su amiga tomará algo? Si es bebido, tenemos pajitas.

La novicia, sofocada ante la mirada castigadora del camarero, había hundido la cabeza hincándola en el pecho.

—Sí, a Sor Citroën tráigale un buen chuletón de Ávila con guarnición, que la tenemos desfallecida. Y un vaso de vino lleno hasta el borde.

—A mandar, señora.

Santa Tecla, todavía con el rostro gacho, susurró un quejido cuando estuvo segura de que el camarero ya no la oía.

—Por el amor de Dios, Paloma, si sabes que soy vegana...

—Sí, claro, tú vegana y yo *inviegna*, no te jode... Estás hecha un cadáver, tienes que hacer sangre y la carne le gusta a todo el mundo, aunque lo niegue. Además, la de aquí es *bocatto di cardinale*, así es que si el cardenal se la come, tú también tienes bula. Ya verás como te gusta, dejarás el hueso de ese chuletón más limpio que los calzoncillos del papa.

—Dios bendito, Dios bendito, cuánta barbaridad...

—Menos rezos y al turrón. Te he hecho venir porque le he comprado un regalito a un amigo. —Sacó de la bolsa de la FNAC uno de los dos iPhone que había comprado y lo dejó encima de la mesa—. Como tú sabes de maquinitas, quiero que le hagas *unos apaños...*, es que se lo tengo que dar a mi amigo esta misma tarde sin falta.

—¿Unos... apaños? ¿A ese teléfono?

—Sí, nada complicado. En primer lugar, quiero que le instales el politono de *La Macarena*.

—¡Me has hecho venir para...!

—¡No te alteres, Mari Nieves! Que se te corta la leche y tienes que criar. Lo de *La Macarena* es solo una bromita, lo importante de verdad es otra cosa. Mi amigo es un auténtico imán para los problemas, y estoy muy preocupada por él. Por eso quiero que...

Cuando el Porsche rebasó el imponente edificio del Banco de España, torció por la callecita de los Madrazo. El segundo desvío a la derecha desembocaba en Alcalá. Calle del Marqués de Casa Riera.

«Vaya nombre pomposo para una callejuela tan estrecha...»

Encontró un huequecito para aparcar, justo frente a unos portones de forja que parecían dar paso a un cuidado jardincillo. Tras ellos la ventisca de la tormenta abofeteaba cruel las copas de los árboles. Víctor bajó del coche, cogió la bolsa de deportes con las dos mudas que había comprado en El Corte Inglés, y salió a la carrera para no mojarse. Había pensado pasar la noche en una pensión barata que conocía por Chueca, pero era una tontería gastarse dinero teniendo las llaves del antiguo estudio de Hugo Mendoza.

«¿Derecha o izquierda? ¿Dónde estará el maldito número 44?»

El callejoncito donde había aparcado desembocaba en la plaza sin nombre conformada por la confluencia de la Gran Vía con Alcalá. No tenía mucho tiempo para pensar: se estaba calando hasta los huesos, era de noche y hacía frío. Alzó la cabeza hacia el cielo y, acurrucando los ojos para esquivar las gotas de lluvia, pudo ver a su izquierda el rostro de granito negro de la estatua de Minerva, coronando el Círculo de Bellas Artes. A su derecha leyó con claridad una inscripción en grandes letras de bronce dorado: *Edificio Zurich*.

«A ver si hay suerte...»

Corrió hacia el portal de aquella finca, que parecía dedicada íntegramente a

oficinas y despachos. Madrid estaba mojado y desierto.

«Alcalá 44..., de puta madre.»

Al probar con una de las dos llaves que Ana le había dado, el portalón abrió sin problemas. Dentro, un vestíbulo de grandes proporciones con reminiscencias de mausoleo permanecía en semipenumbra. Sus paredes laterales se elevaban hasta muy arriba, forradas de jaspe rojo borgoñés. Sendas hornacinas enfrentadas con búcaros falsos de yeso eran su único adorno. Al fondo del vestíbulo una mesa imponente conformada por tres lápidas de piedra, toda ella hecha de mármol veteadado, confería a todo el espacio un aspecto de altar de iglesia. Pero aquella era tan solo la mesa del portero.

Víctor bordeó aquel trono y abrió las portezuelas del ascensor. Como todo en el edificio, era antiguo, seguramente uno de los primeros eléctricos que se instalaron en la ciudad. Si el estudio de Hugo Mendoza estaba en la buhardilla, parecía lógico subir al último piso. Cerró las portezuelas desvencijadas y toda la marquetería del viejo ascensor empezó a crujir conforme iba elevándose. Se detuvo con una sacudida brusca en la última planta. Fuera le esperaba un largo y mugriento pasillo lleno de puertas a ambos lados, cada una de ellas con un cartelito identificador de la empresa o negocio que allí se alojaba.

«¿Dónde estará la puta buhardilla...?»

Probó a subir por la escalera que se enroscaba como una serpiente alrededor del hueco del ascensor. Llegó a un pequeño descansillo, iluminado por una claraboya sobre la que repiqueteaba la lluvia y la luz de la luna. Allí solo había una puerta, con una mirilla dorada y antigua, que podría haber sido el sumidero de una gigantesca bañera *art déco*. Sin duda, esa era la buhardilla. Al otro lado de la puerta, a través de esa mirilla mágica, podría haber estado Gaudí de puntillas espiándole. Tras llamar con los nudillos, el maestro catalán no abrió, por lo que Víctor buscó la llave.

«De puta madre..., esta es la buhardilla..., hogar dulce hogar.»

Abrió la puerta y palpó a tientas la pared interior hasta que encontró un interruptor de porcelana: se iluminó una sala espaciosa, gracias a la gran araña que colgaba del techo con sus fauces medio desdentadas al haberse fundido la mitad de las bombillas. El profesor dejó caer la bolsa de deportes.

«Así es que es aquí donde escribías...»

Dos de las paredes formaban un ángulo recto perfecto, y la tercera cerraba el espacio describiendo un cuarto de circunferencia, todo él cubierto de ventanales de madera antigua. Sin duda, daban a la calle. Fuera, la tormenta golpeaba sin conmiseración las persianas, que, bajadas totalmente, no permitían pasar ni un resquicio de la luz de la calle. Avanzó hasta el centro de la sala, notando al parqué gemir bajo sus pies: estaba violando el refugio de un escritor. La pared más larga de aquel salón anacrónico estaba forrada con estanterías repletas de libros. Los techos eran muy altos, ribeteados con molduras llenas de ramilletes de escayola tan pasados de moda como el resto de la decoración.

«Por cada página escrita, mil leídas...»

En el centro de la estancia, una mesa enorme de madera vieja y relamida aparecía cubierta de papeles. En una de sus esquinas, como ridículos *carabinieri* pasados de moda, hacían guardia la pantalla y el teclado de un viejo ordenador Olivetti. Al verlos, Víctor tuvo una idea.

—Hola, Pam, ¿por dónde andas? ¿Ya estás en Valencia?

—Sí, vestida de fallera y moliendo chufas para la horchata del desayuno... ¡Aún estoy en Madrid, cabrón! Cuando he acabado de comer, *sola*, me he ido a hacer unas compritas.

—¿Unos cuantos chándales de esos que retiran del Carrefour porque no los quieren ni los internos de Carabanchel?

—Vaya, gracias, yo también te quiero. Me has llamado solo para hacerme sentir como una mierda o quiere el señor alguna otra cosa. Es que mi AVE sale en un par de horas.

—Genial, nos da tiempo. Te llamaba porque antes de que te vayas quisiera pedirte un favor, ¿podrías pasarte por la dirección que voy a darte?

—¡Pues claro que sí! ¡El oso debe bailar, porque Víctor el gitano toca el pandero!

—Va, tontorrón, te lo compensaré.

—Mira, puto negrero, solo me paso porque yo también tengo que darte algo a ti; de hecho, iba a llamarte ahora.

—¿Darme algo? ¿El qué?

—Una colleja en los cojones..., cotilla. ¡¿Dónde estás?!

Víctor le detalló las señas del estudio.

—Voy *pallá*.

—Pilla un taxi, con la que está cayendo no quiero que se te rice el pelo, fijo que está tarde te lo has planchado.

—*Joputa...* Voy acompañada, no te asustes.

Víctor iba a preguntar, pero su amiga ya había colgado. Dejó el teléfono sobre la mesa escritorio y miró a su alrededor. Vio una puertecita cerrada justo a la izquierda de la entrada del estudio. La abrió y accedió a una habitación espaciosa. Por los muebles y la Virgen del Perpetuo Socorro sobre el cabezal, dedujo que había sido el dormitorio de los abuelos de Ana. Bajo la mesita podía verse un orinal, y un rosario colgaba del cabezal de la enorme cama de matrimonio. Suspendida del techo, una bombilla famélica, con tulipa de leprosería, se esforzaba en alegrar aquel ambiente de mortaja: por todos lados se veían tapetitos de ganchillo. Junto al tocador que había a los pies de la cama, una puerta entreabierta dejaba ver el lavabo y el espejo del aseo, que a Víctor le recordaron de inmediato a un cuadro que había visto de Antonio López. Al asomar por allí la cabeza, pudo observar un plato de ducha y una vieja nevera Kelvinator. Sobre una repisa descansaban un hornillo eléctrico, una tostadora y una mini lavadora Jata.

«Vaya, qué original, un baño-cocina...»

Volvió a la sala y se quedó inmóvil ante la biblioteca de Hugo Mendoza. Pasó un dedo por una de las baldas y lo recogió repleto de pelusa: decididamente, en las charcas de polvo de aquella buhardilla, el tiempo se había detenido a abreviar hacía ya muchos años. Un trueno retumbó ensordecedor sobre la vertical de su cabeza y la luz se apagó.

«Mierda.»

Habían saltado los fusibles, o quizás fuese un apagón general. Miró a su alrededor, pero la negritud era total, espesa y sin grumos, como una buena bechamel. Buscó el móvil en su bolsillo para iluminarse con la pantalla, pero recordó que tras hablar con Paloma lo había dejado sobre la mesa escritorio, y ahora, con sus ojos todavía no habituados a la oscuridad, no tenía ni idea de dónde estaba esa mesa.

«Joder, menudo hostión voy a pegarme...»

A tuestas intentó orientarse buscando la puerta de entrada: la abriría y así al menos la luz de la claraboya del descansillo le iluminaría. Fue fácil localizar la puerta; la raya de luz débil que entraba desde el exterior por la holgura de su base contrastaba con la oscuridad total que reinaba en la buhardilla. Pero esa raya perfecta era interrumpida por dos sombras, dos sombras que no podían ser otra cosa que... dos pies.

A Víctor el corazón se le encabritó: había alguien tras la puerta. Intentó pensar con rapidez, sin dejar que el miedo o la imprudencia le traicionasen. Debía ser práctico.

«Tranquilo, Víctor, mantén la calma...»

Decidió que podía serle útil desenmascarar, fuese quien fuese, a la persona que le espiaba tras la puerta con tanto sigilo: tal vez estuviese relacionada de algún modo con el misterio de los manuscritos. No sabía a quién iba a enfrentarse, era arriesgado, pero valía la pena.

Empezó a caminar muy sigilosamente en medio de la oscuridad hacía la línea de luz que le indicaba dónde estaba la puerta. Tan solo escuchaba la lluvia caer en la calle y su corazón desbocado dentro del pecho. Las dos sombras permanecían allí, totalmente inmóviles. Un relámpago seguido de inmediato por un trueno apocalíptico debió de iluminar por completo la ciudad, porque la línea de luz bajo la puerta se intensificó delatando de modo aún más diáfano a las dos sombras. Paso tras paso, Víctor se acercaba a la puerta, notando cómo sus ventrículos le atronaban por dentro. Se quitó el cinturón, enrollándolo por la parte opuesta a la hebilla en su mano derecha.

«Ahora o nunca, Víctor, ahora o nunca...»

Estaba ya a tan solo a un par de metros de la línea de luz cuando decidió que a partir de ese punto debía utilizar el factor sorpresa, de tal manera que el individuo que había fuera no tuviese tiempo de reacción si le escuchaba acercarse: lanzó hacia delante con fuerza su pierna derecha, pero cuando intentó que la izquierda le siguiese



con rapidez, sintió como esta se trababa con algún objeto fofo, pero grande y sólido. Todo su cuerpo se precipitó violento contra el parqué con un gran estruendo.

«¡Hostia! ¡La puta bolsa de deportes!»

Con un dolor intenso en la rodilla derecha, y tendido completamente sobre el suelo, su rostro quedó a escasos cinco centímetros de la línea de luz: pudo ver entonces cómo las dos sombras desaparecían con rapidez, y escuchar unos pies atolondrados bajar las escaleras. Sin duda, el estrépito de su caída le había delatado.

—¡Hijo de puta...!

Se levantó de prisa y abrió la puerta. El descansillo estaba desierto, pero, podía escucharse a alguien bajar a toda velocidad las escaleras del edificio. Intentó emprender la persecución, pero tras el primer paso, la rodilla derecha le propinó un latigazo.

—¡Joder! —Tuvo que sentarse en el suelo lleno de rabia y dolor—. ¡Hijo de puta! ¡Vuelve si eres hombre! ¡Cuando te coja te voy a...!

En la lejanía pudo escuchar el portalón de la entrada de la finca cerrarse con violencia: era inútil seguir vociferando. Se quedó allí masajeándose la rodilla bajo la claraboya. Un minuto después volvió la luz, y con ella sonó un timbre dentro del estudio. Víctor se levantó renqueante para localizar su origen. Era el interfono, Paloma estaba ya abajo. Segundos después su amiga entraba por la puerta de la buhardilla, acompañada por Santa Tecla, que, cabizbaja, juntaba las manos sobre el pecho como si fuese un espectro doliente.

—Menuda casa de los horrores te has agenciado. Esto tira más *patrás* que el aliento de mi colega la Cacahuetes...

Víctor miraba a Paloma anonadado, sin poder creer que una monja con velo estuviese en medio del salón. La religiosa, temerosa y cabizbaja, no parecía tener ninguna intención de hablar con nadie.

—Pam, ¿no..., no deberías presentarme a..., a tu amiga?

—Ni caso, Víctor, la del burka viene de comparsa y no habla con extraños. Bueno, ¿qué favor querías pedirme? ¿Esta vez quiere el señor un riñoncete tal vez?

Paloma, plantada en jarras junto a Santa Tecla en medio del salón, y con el chándal empapado de arriba abajo, goteaba sobre el parqué como si fuese una bayeta húmeda.

—Pam, antes que nada, ¿has visto a alguien salir corriendo del edificio? Hace nada, un par de minutos a lo sumo.

Ella le miró extrañada.

—No, el taxi acaba de dejarnos en la puerta, y con el aguacero que cae, no se veía ni hostia. Mira cómo me he puesto de sopa solo con caminar hasta el portal. ¿Por qué lo dices?

—No, por nada...

—A mí tú no me engañas, aquí ha pasado algo... —Mechones de pelo mojado se le pegaban a los repliegues carnosos del cuello—. A ver, para empezar, ¿esta puta

casa de quién es? ¿Y qué coño haces tú aquí?

Su amigo se arrastró dolorido hasta el sofá antes de responder, desplomándose sobre él con un suspiro.

—Este es el apartamento donde escribía Hugo Mendoza. Y ese es su ordenador. —Señaló hacia el escritorio donde reposaba el Olivetti—. Te he hecho venir porque quiero que te lo lleves a Valencia y le pidas un favor a esa amiga tuya que decías que era una *crack* de la informática.

—Vaya, esto está empezando a ponerse interesante. ¿Qué favor?

—Pam... —Víctor dudó—, no puedo contarte más... ahora...

La referencia a Santa Tecla intentó ser educada, pero era obvia. Paloma caminó hacia el sofá mojándolo todo a su paso. Cuando lo alcanzó, se despanzurró junto a su amigo.

—Profe, te informo de que mi amiga la informática es ese fardo que tienes plantado en medio del salón.

—¡Ella!

—Sí, ella. Víctor, te presento a Santa Tecla. Santa Tecla, te presento a Víctor, el único profesor que, cuando acaba una clase, pide perdón por el estropicio.

La religiosa, cabizbaja y penitente, ni se inmutó.

—¡Joder, Santa! ¡Si no quieres hablar, no hables, pero vente *pacá* de una puta vez y siéntate con nosotros!

Como un fantasma silencioso, la novicia hizo lo que se le había pedido. Paloma volvió su rostro de luna mojada hacia Víctor.

—Puedes hablar, Santa es amiga mía, de absoluta confianza, y además futura monja de clausura con voto de silencio, ¿alguien da más? —Se giró hacia la religiosa con desparpajo de crupier—. Santa, de lo que hablemos hoy aquí, tú ni mu, te lo contamos bajo secreto de confesión.

La religiosa, sin pronunciar palabra, se santiguó presurosa, como si estuviese escandalizada.

—Eso en su idioma significa que está de acuerdo. —Paloma volvía a encarar a Víctor, con una mueca burlona en el rostro—. Yo le hago de traductora simultánea cuando lleva puesto el burka.

—Bueno, pues... —Él aún dudó, pero al final empezó a hablar mientras seguía masajeándose la rodilla—. Pues ponte cómoda Pam, hoy me han pasado muchas cosas... Poneos cómodas, quería decir...

Con todo lujo de detalles, Víctor puso primero en antecedentes a la novicia, narrándole la historia de los manuscritos misteriosos, sin que ella abriese la boca o alzase los ojos tras el velo. A continuación les contó a las dos su encuentro con Pilar Boluda, y la propuesta que la agente literaria le había hecho. Luego les narró la entrevista con Ana Cifuentes y el compromiso que habían alcanzado. Cuando Víctor llegó a la parte de la supuesta carta de Hugo Mendoza a su viuda, Paloma, que le había estado escuchando muerta de curiosidad, no pudo reprimir un grito.

—¡Aiba la hostia con el puto muerto!

—Pues espera, que aún viene lo mejor, Pam.

Él les narró entonces su encuentro con el misterioso personaje que le había estado espiando tras la puerta de la buhardilla.

—Joder, Víctor, este asunto me parece que se está poniendo un poco turbio... — Paloma, pensativa, se encendió un cigarrillo olvidándose de ofrecerle uno a su amigo—. ¿Quieres que te consiga un arma? Conozco a un tipo en el puerto de Valencia que me debe un par de favores; entran revólveres de contrabando todas las semanas. Es gente de confianza, podría conseguirte un arma limpia.

Santa Tecla se persignó, dibujando en el aire trazadas frenéticas.

—Paso, Pam, no quiero meterme en esas historias.

Su amiga encogió los hombros y echó un vistazo a su alrededor.

—¿Crees que el que te vigilaba esta noche puede haberlo enviado Boluda? Tal vez sea el mismo tipo que os espió a ti y a Ana en tu casa.

—No tengo ni idea, pero no vale la pena hacer elucubraciones al respecto. — Víctor rebuscó en el bolsillo interior de su americana—. Échale un vistazo a la carta, a ver tú qué opinas.

Sacó la fotografía de Hugo y la carta y se las tendió a su amiga. Paloma observó primero el retrato, y luego leyó la carta con atención.

—Víctor, ¿no pensarás que el que estaba al otro lado de la puerta era Hugo Mendoza?

Él cerró los ojos. La rodilla le dolía mucho.

—Pam, ya te lo he dicho, por el momento no quiero suponer nada. Pero, la verdad..., no le encuentro una explicación lógica a esa carta.

Ella guardó silencio. Le dio una calada al cigarrillo apurando la colilla y se levantó buscando donde apagarlo. Empezó a husmear por el apartamento. Unos segundos después, tras tirar de la cadena del váter, volvió a aparecer por la puerta que daba a la habitación.

—Vaya, un aseo con nevera y tostadora. Nunca había visto este nuevo concepto de cocina *office*, no integrada en el salón, sino en el cuarto de baño... Abramos estos ventanales, a ver las vistas que tiene tu castillo.

Víctor se levantó cojeando y la ayudó. Algunas de las persianas se resistían a subir: las lamas de madera, durante mucho tiempo sin uso, no se deslizaban con facilidad por dentro de los rieles.

—Madre mía, qué maravilla...

Paloma musitó las palabras mientras se metía las manos en los bolsillos del chándal para contemplar absorta el espectáculo. Tras los ventanales, un balcón semicircular, que corría paralelo a la pared interior de la buhardilla, se volcaba sobre la calle de Alcalá. La marquesina del balcón era sostenida por ocho columnas de capiteles dóricos: tras ellas podía contemplarse un Madrid mágico.

—Ayúdame, Pam, vamos a salir fuera. Esta puerta está atrancada.

Tras bregar con ella, consiguieron abrir las portezuelas de uno de los ventanales. Fuera, el viento aullaba escupiéndoles a la cara gotas de lluvia, pero el balcón era ancho y estaba bien cubierto, por lo que el agua apenas les alcanzaba. A la altura de sus ojos, a escasos metros justo al otro lado de la callecita donde Víctor había aparcado, la espectral silueta de la estatua de Minerva que coronaba la terraza del Círculo de Bellas Artes se iluminaba en medio de la noche, al ritmo de los relámpagos. A esa distancia su presencia era descomunal, imponente.

—Vaya vistas, chaval...

Al otro lado de Alcalá, también a la altura de sus ojos, deslumbraba, a pesar de la tormenta, la cúpula del edificio Metrópolis, con su maravillosa iluminación nocturna. Tras ella la Gran Vía descendía suave y dócil hasta confluír con Alcalá.

—Buen sitio para esperar a las musas de la inspiración.

Paloma y Víctor contemplaron las agujas iluminadas del palacio de Comunicaciones, que podían otearse sobre las azoteas del Banco de España. Frente a ellos, tras la cúpula de la iglesia de San José, un bosque oscuro conformado por miles de tejados del viejo Madrid soportaba estoico el aguacero. Víctor se asomó sobre la balaustrada y pudo ver justo bajo el balcón las enormes letras metálicas que una hora antes le habían parecido minúsculas debido a la distancia: *Edificio Zurich*. El efecto túnel de las gotas de lluvia precipitándose hacia el vacío alrededor de su cabeza le hizo sentir algo de vértigo. Volvió a refugiarse en el balcón.

—Entremos, Pam, nos estamos helando.

Al cerrar el ventanal, la tormenta fue amordazada con brusquedad. Paloma se acercó al Olivetti.

—Bueno, metámonos en faena y dejémonos de cháchara, que el AVE se nos va a mí y a la alegría de la huerta.

Con la cabeza señaló hacia el cuerpo inmóvil de Santa Tecla, que seguía sentadita en el borde del sofá.

—¿Qué hay que buscar en este ordenador? Te ayudaremos en lo que podamos, en mi caso porque soy tu amiga, en el de Santa porque está consagrada a auxiliar a los desgraciados.

Víctor no sabía si mirar a Paloma o a la religiosa, pero el velo negro que cegaba los ojos de esta última le decidió por su amiga.

—Pam, yo voy a pasarme los próximos días instalándome aquí y revisando todo esto. Quiero ver si entre los libros y papeles de Mendoza hay alguna pista, algún hilo del que podamos empezar a tirar. Mientras quiero que... —dudó a la hora de pronunciar el nombre, no quería ser irrespetuoso—, que Santa Tecla se meta en este ordenador y busque cualquier cosa que pueda sernos útil. Ana me dijo que estaba vacío, pero eso es muy extraño, era la máquina que Mendoza utilizaba para escribir. Por eso quiero que lo revise a fondo.

Paloma dejó de mirar a Víctor y giró el rostro hacia la religiosa.

—¿Podrás hacerlo, Santa?

Esta, como un alma en pena, se limitó a asentir en silencio.

—Pues andandito, que el tren no espera. Necesitaremos algo para llevarnos este cacharro, si no, se mojará.

Vaciaron entre los dos la bolsa de deportes de Víctor y Paloma introdujo en ella la CPU.

—¿Os llamo un taxi, Pam?

—Sí, y dile que se dé prisa, vamos muy justas.

Víctor marcó el número.

—Está aquí en dos minutos.

—Por cierto, esto me recuerda algo. —Paloma rebuscó en uno de los bolsillos de su chándal y extrajo uno de los i-Phone que había comprado y envuelto en papel de regalo—. Es para ti, estoy harta de no poder escucharte como Dios manda. Hoy he estado en la FNAC comprándome uno para mí y me he acordado del cabronazo de mi mejor amigo, ese que me trae a Madrid y luego me deja todo el día tirada.

Víctor sonrió mientras rasgaba el papel. Santa Tecla de nuevo se persignaba a toda velocidad musitando una letanía lejana e incomprensible.

—¿Un móvil?... ¡Gracias, Pam! —Abrazó a su amiga mientras seguía volteando el i-Phone en todas direcciones—, la verdad es que lo necesitaba, pero no tenías que haberte molestado... ¿Qué dice Santa Tecla por lo bajini? Parece preocupada...

—Lo que todas, que estás tan buenorro que la pobre te comía hasta las uñas de los pies si no fuese porque ha hecho voto de castidad. —Con descaro, le dio unos cachetitos a Víctor—. Bueno, que nos tenemos que ir, mañana te pasas por una tienda Movistar, lo das de alta y a funcionar. Recuerda que ahora, ceporro tecnológico, aunque te parezca increíble..., tachán, tachán..., abracadabra, pata de cabra..., ¡Ya tienes Internet en el teléfono! Vaya maravilla bocadillo de *Nocilla*.

Le dio dos besos burlones a su amigo y cargó con la bolsa de deportes que contenía el ordenador.

—Andando, Santa, que con un poco de suerte ligamos en el tren.

Tras cerrar la puerta de la buhardilla, Víctor salió al balcón y se apoyó de nuevo sobre la balaustrada. No se quedó tranquilo hasta ver cómo la religiosa entraba en el taxi, y tras ella, el enorme corpachón de Paloma cargado con la bolsa del ordenador. Sin embargo, antes de que arrancara el vehículo, su amiga sacó la cabeza por la ventanilla y miró hacia arriba acurrucando sus ojillos de cacahuete para protegerlos de la lluvia: las miradas de Víctor y Paloma se cruzaron a través de la noche.

«Pero... ¿qué coño hace?»

Pudo ver desde el balcón, sin entender nada, cómo Paloma volvía a bajar del taxi sin la bolsa de deportes. El vehículo partió con Santa Tecla dentro mientras su amiga entraba de nuevo en el portal. Sonó el interfono y un minuto más tarde Víctor tenía de nuevo frente a él a Paloma.

—¿Qué se te ha olvidado? ¡Vas a perder el tren!

—No se me ha olvidado nada. Voy a dormir aquí, mañana cogeré el tren.

Cuidadín con meterme mano esta noche, tengo muy mal despertar cuando me tocan el chichi sin previo aviso y podrían caerte un par de hostiones como melones.

Sin contemplaciones, cruzó el vano de la puerta apartando a Víctor y se plantó en jarras frente a los ventanales, mientras mojaba el parqué con su chándal, que no dejaba de gotear.

—¿Y ese cambio de opinión? ¿Estás cansada?

Paloma respondió sin dejar de contemplar al viejo Madrid.

—Si a quien he de responder es a tu ego de machito ibérico, la respuesta es sí, estoy cansada y no me apetece chuparme dos horas de tren.

Víctor empezaba a entender.

—Pam, tú me conoces bien, sabes que no tengo ego..., es tan solo un poco de chulería de ir por casa.

Ella siguió hablando sin dejar de contemplar la tormenta.

—Pues entonces la respuesta es no, no estoy cansada. Pero creo que después de lo que te ha pasado esta noche tienes miedo, y prefiero hacerte compañía. Mañana, con la luz del día, cuando ya no veas fantasmas en cualquier rincón oscuro, me largo. Así que cuidadito con acostumbrarte a que mamá te acune.

Giró la cabeza hacia su amigo y le dedicó una sonrisa sincera. Víctor supo que no debía protestar: entendió que la enorme humanidad de su amiga no era tan solo corpórea, y le devolvió la sonrisa.

—Gracias, Pam.

—Cierra el pico, cacho moñas.

Frente a ellos la diosa Minerva seguía enfrentando la tormenta, imperturbable.

Intentando dormirse, había dado mil vueltas en el sofá, y con cada una de ellas, su rostro helado sentía cómo la manta, actuando de fuelle, exhalaba un aire tibio y orgánico que recordaba a los ollares de un mulo. Lleno de envidia, escuchaba los ronquidos de Paloma, que dormía a pierna suelta como una bendita en la habitación de al lado.

A las dos de la madrugada se levantó para encajar una silla contra la manilla de la puerta de entrada, y sobre ella, en un equilibrio precario, puso el orinal de porcelana: era una medida de seguridad muy rudimentaria, pero de esa manera, si alguien intentaba entrar en el apartamento, al menos el estruendo del orinal al caer al suelo le despertaría. Pero a pesar de todas esas precauciones, no se durmió hasta las cuatro de la madrugada. Tres horas después abrió los ojos y, confundido, vio sobre su cabeza la orla de escayola amarillenta que, con aspecto de isobaras concéntricas, enmarcaba el plafón de la lámpara.

«¿Dónde coño estoy...?»

Enseguida recuperó la conciencia. Había muchas cosas que hacer, y por fortuna la rodilla ya casi no le dolía. Se levantó y, con mucho cuidado para no despertar a Paloma, cruzó la habitación en dirección al baño-cocina. Tras la inquietante noche

que había pasado, el murmullo del chorrillo de su orina taladrando la lámina de agua del retrete le reconfortó. Era un sonido real, hogareño.

Conectó el calentador eléctrico. Funcionaba, pero tardaría una hora como mínimo en tibar el agua. Además, no había gel ni champú, solo una pastilla de jabón seca y cuarteada. Seguramente su último usuario había sido Hugo Mendoza. Se pasó la maquinilla eléctrica y decidió ducharse con agua fría.

«Hos-hostia... pu-pu-puta..., qué..., ¡qué frío!»

Tras vestirse conectó la nevera y el viejo motor de la Kelvinator respondió al instante. Dentro, tan solo una cafetera italiana le hacía compañía al fantasma que habita los frigoríficos de los pisos de soltero.

«Algo habrá que comer...»

Inspeccionó el único armario de la cocinilla, pero, como era previsible, no contenía comida. Tan solo platos y vasos pasados de moda y rayados tras mil fregadas. Desentonaba un tarrito de cristal que parecía contener hierbas provenzales. Lo abrió y aspiró con fuerza el aroma, ya algo reseco. Un escalofrío recorrió sus vertebras haciéndole sentir profanador de tumbas: la última nariz que había respirado aquel aire encerrado en el tarro era seguramente la de Hugo Mendoza, y ahora él, buscando inspiración... lo había inspirado. El corazón se le aceleró ante la truculenta y rebuscada idea.

«Mejor será que me dé un poco el aire...»

Se metió la cartera y las llaves del apartamento en un bolsillo del vaquero y en el otro su antiguo móvil y el nuevo i-Phone. Cruzó de nuevo con sigilo la habitación donde Paloma seguía durmiendo y salió a la sala. Allí vio su dispositivo de seguridad completamente intacto y ridículo. Desatrancó la puerta y dejó el orinal sobre la silla. Antes de salir, conectó a la luz un viejo radiador eléctrico que encontró bajo el escritorio para que así la estancia se fuese caldeando; iba a pasar allí muchas horas en los próximos días y no quería morir de una pulmonía.

En el vestíbulo de la finca, la mesa del portero seguía desierta a aquellas horas. Salió a la calle e inspiró con fuerza el aire de la mañana aún oscura, dejando que el frío pellizcara sus pulmones al escarcharlos por dentro: volvía a sentirse limpio. Justo al doblar la esquina de Alcalá con Marqués de Riera, en los bajos del propio edificio Zurich, vio un toldo azul que anunciaba el Café Casa Riera. Dentro se estaba caliente y el surtido de bollería era excelente. Sin embargo, Víctor seguía nervioso y, a pesar del hambre, tenía el estómago cerrado; tan solo se tomó un café y un agua. Compró cinco paquetes de Fortuna Light y encargó para llevar un chocolate y una docena de porras para Paloma: a su amiga le encantaba el dulce.

El camarero le indicó que si cogía la calle de los Madrazo a la derecha y luego torcía a la izquierda por Jovellanos, encontraría una tiendecita de comestibles que no cerraba nunca. La localizó sin problemas, justo al lado de una pizzería con muy buena pinta. Pasta Nostra.

«Con ese nombre seguro que la regenta algún político..., pero habrá que

probarla.»

La tienducha era un antiguo colmado muy castizo gobernado ahora por una familia pakistaní: en treinta metros cuadrados podía comprarse cualquier cosa, desde detergente a casquería. Llenó dos bolsas con cervezas, café, quince latas de conservas variadas, media docena de peras, gel, champú y una barra de pan Bimbo, además de útiles para el aseo personal. Callejeó hasta localizar una tienda Movistar en la calle de Zorrilla y puso a punto el i-Phone. En una oficina del Banco Santander cercana, ingresó el cheque y ordenó una transferencia.

«Habrá que ir pensando en volver a casa.»

Apretó el paso y unos minutos después pasaba junto a su Porsche, con las manos doloridas por culpa de las asas de las bolsas. Vio que el parabrisas acumulaba multas de aparcamiento. Se detuvo a descansar unos segundos, aprovechando para observar todo el callejón en ambas direcciones. Estaba completamente desierto. Nadie parecía seguirle, o si lo hacía, era muy bueno en su oficio. Intentó no pensar en ello, no quería caer en la paranoia. Un minuto después entraba en el apartamento, que ya estaba caldeado, ordenaba las cosas en la cocina-baño y ponía una cafetera al fuego. Paloma seguía roncando; por lo visto, las emociones intensas no afectaban a su sueño. Mientras esperaba a que el café saliese, se acercó a la sala y contempló la biblioteca de Hugo Mendoza: tenía mucho trabajo por delante.

Ya la noche anterior, tras su primer registro, había concluido que la única fuente de información útil sobre el escritor podía estar en la mesa de trabajo o en su biblioteca. En el resto de la buhardilla solo había encontrado cosas de los abuelos de Ana, los propietarios originales de la vivienda. Aquel apartamento parecía ser estrictamente el lugar de trabajo de Hugo Mendoza, no contenía ningún objeto personal del escritor.

Víctor contó las baldas de las estanterías. Cincuenta. Unos cuarenta libros por balda. Dos mil libros que revisar. En ellos podía haber alguna anotación, algún documento trasapelado, una factura, algún dibujo. Cualquier cosa que le diera una pista podía ser útil, aunque era consciente de que la mayor dificultad residía en no saber qué estaba buscando. Suspiró.

«Vamos allá... Empecemos por el escritorio.»

Preparó café y con una taza en la mano se sentó en el butacón de trabajo tras la mesa. Era cómodo. Frente a él los ventanales le ofrecían una panorámica del centro de la ciudad, que la noche anterior había contemplado a la luz de los relámpagos. Seguramente Hugo Mendoza había estado cientos de veces sentado allí mismo, escribiendo sus maravillosos libros... Al observar el rostro severo de la diosa Minerva en la azotea del Círculo de Bellas Artes, se sintió culpable.

«Déjate de gilipolleces y ponte a trabajar.»

Comprobó que las cajoneras del escritorio estaban totalmente vacías, por lo que solo tendría que revisar los folios esparcidos por encima de la mesa en aparente desorden. En ellos podía verse la misma letra oblicua y afilada que Víctor ya conocía



por la carta que Ana le había dado. Eran anotaciones breves, llenas de tachaduras y borrones, escritas de cualquier modo y sin orden aparente. Algunos folios estaban llenos de ellas por las dos caras, conectadas con flechas y diagramas. Otros tan solo tenían una o dos anotaciones. Todas ellas parecían girar alrededor de un argumento que por lo visto era en lo que trabajaba el escritor antes de desaparecer. Sin duda la estructuración del libro aún estaba en sus fases iniciales, porque Hugo Mendoza parecía haber dudado constantemente sobre la línea argumental, tachando y rehaciendo sucesos y comentarios. Era imposible hacerse una idea detallada y completa del libro, pero alguna de las sentencias impresionaron a Víctor al detectar en ellas la inequívoca épica del escritor, certera y siempre intrusiva. La misma épica que algunos críticos de Hugo Mendoza tildaban de *mesiánica*. Una de aquellas frases le impactó especialmente. La volvió a leer, esta vez susurrándola.

—El miedo, al igual que el amor, si no se solidifica en un acto o se verbaliza en una palabra, puedes llegar a convencerte de que no existe...

Sin duda era un pensamiento que el escritor tenía la intención de poner en boca de algún personaje. Víctor se sintió identificado, al recordarse a sí mismo pocas horas antes, de madrugada, con un orinal en la mano instalando su rudimentario sistema de seguridad en la puerta de la buhardilla. Solidificando el miedo a través de un acto.

—El miedo, al igual que el amor...

Y se recordó también a sí mismo años atrás, olvidándose de acariciar a Rebeca, de regalarle algo sin venir a cuento, de decirle lo guapa que estaba acabada de salir de la ducha... Olvidándose de solidificar el amor en un acto. O en una palabra.

—¡Dale a tu cuerpo alegría Macarena, que tu cuerpo es *pa* dar...!

Un horrible sonido se apoderó de la sala: su i-Phone nuevo bramaba a todo volumen.

«Paloma, voy a estrangularte..., putas bromitas, menudo susto.»

La que llamaba era Ana.

—Hola, Víctor, ¿cómo va todo?

—Buenos días, Ana. Aquí estoy, revisando los papeles de Hugo.

—¿Ya te has instalado? Qué trabajador eres, te llamaba por si querías que te acompañase para ayudarte a asear un poco todo aquello, debe de estar hecho una pocilga. ¿Te ha costado encontrarlo?

—No, que va, fue fácil. Al final me vine anoche, quería meterme en faena cuanto antes. Espero que no te importe.

Decidió no contarle nada del desagradable encuentro de la noche anterior. No creía necesario asustarla.

—Claro que no, siéntete como en tu casa. También quería decirte que ya he hablado con la familia, todo arreglado.

—¿Cómo reaccionaron?

—Bien, nadie puso ninguna pega, aunque les extrañó un poco lo de la biografía, pero no dijeron nada. Mañana por la tarde mi padre te espera en el Casino, a las seis.

Te pilla muy cerca del estudio, está en Alcalá 15. ¿Te va bien? ¿Quieres que te acompañe para presentaros?

—¿Mañana? Perfecto. Mejor no vengas, Ana, quiero que hable con total libertad. ¿Y tú cómo estás? ¿Te encuentras hoy más animada?

Ella no esquivó la pregunta.

—Estoy mucho mejor, sobre todo sabiendo que ya estás manos a la obra... — Caramelizó el tono—. Gracias por todo, Víctor.

—Nada de gracias: soy un currante y lo que como me lo gano con el lomo.

Ella rio.

—Lámame si necesitas cualquier cosa.

—OK, un beso, Ana.

—*Ciao*, un beso.

Víctor se desperezó con estruendo y se puso a buscar en el escritorio alguna hoja en la que las anotaciones de Hugo Mendoza fuesen claras y sin tachaduras. Tras localizarla, se levantó para coger la carta que había encontrado Ana en su bolso. Los dos papeles los dobló con cuidado y los metió en el bolsillo de su americana: en cuanto Paloma se despertase, se los daría para que los llevara a Valencia; quería que su amiga se encargase de buscar un grafólogo competente que pudiera cotejar las letras. Ana estaba segura de que la carta había sido escrita por su exmarido, pero más valía asegurarse.

«Grubgrabgrib...»

Las tripas de Víctor le recordaron que tenía hambre. Fue a la cocina-baño y abrió una lata de ventresca de atún y otra de escalivada, puso dos rebanadas de pan Bimbo en la tostadora y sacó una cerveza de la nevera. De nuevo sonó *La Macarena* en el salón.

—Dime, Beni, ¿cómo va todo?

—Bien, tirando, ¿dónde estás? Pasé por tu casa y me dijeron que llevabas días sin aparecer. Oye, qué buenorra está la francesita.

Víctor sonrió ante el comentario de su amigo sobre Cécile.

—No es francesa, es belga. Yo estoy ahora en Madrid.

—Coño, de puta madre. Yo también estoy en Madrid, tengo a la una un juicio en plaza Castilla. Dame una dirección y me acerco en un periquete, tenemos que hablar.

Víctor le dio las señas de la buhardilla a su amigo y colgó.

«¿A qué huele...? ¡Mierda!»

Un penetrante olor a pan quemado lo inundaba todo. En el baño-cocina se había organizado un pequeño desastre: las tostadas, totalmente carbonizadas, emitían un humo denso y penetrante que se hacía irrespirable. Víctor tiró con fuerza del cable de la tostadora. Como pudo, abrió el ventanuco del baño-cocina que daba al patio interior de la finca, y salió de allí dejando que se ventilara un poco.

«Joder, menudo desastre... Mañana antes de ir al Casino tengo que comprar sin falta una tostadora como Dios manda.»

A pesar del olor y el trasteo, Paloma seguía roncando como si fuese una locomotora averiada. Veinte minutos más tarde Víctor había dado buena cuenta de la escalivada y la ventresca. Sonó el interfono.

—Sube, Beni, es la buhardilla. En el último piso donde te deje el ascensor, tomas la escalera, no hay pérdida.

Cerró la puerta de la habitación para apagar los ronquidos de Paloma y esperó de pie en el rellano a que apareciese su amigo. Un minuto más tarde Benito se acomodaba en el sofá, tras estirar los faldones de su americana cara y ajustarse el alfiler de la corbata. Se quedó mirando la silla y el orinal de porcelana, plantados junto a la entrada.

—¿Y eso? ¿Escultura postmoderna, Vic? Te advierto de que no eres muy original, Duchamp ya hizo algo parecido en 1917.

—Ya te lo explico otro día, Beni, es una historia muy larga.

Víctor cogió una silla y se sentó ante su amigo, que se limitó a encogerse de hombros ante el secretismo del profesor.

—¿Quieres un café?

—No, ya llevo tres hoy. Dime, ¿qué haces aquí? ¿Este picadero que te has agenciado no te parece un poco casposo?

—Voy a quedarme en Madrid una temporada, me ha salido un trabajito. La empresa ha puesto a mi disposición esta vivienda.

Sin mentir, consideró conveniente no dar más información a su amigo. Benito decidió no ahondar en la cuestión.

—¿Un trabajito? Pues, por tu bien, Vic, espero que el sueldo sea bueno. Quería hablar contigo cuanto antes; tenemos una semana para depositar la fianza, si no lo hacemos... —Tragó saliva buscando las palabras adecuadas—. Bueno, dejémonos de tonterías, tú ya sabes cómo está la cosa, si en una semana no hemos depositado la pasta, te vas al trullo hasta el juicio... y eso son un mínimo de cinco-seis meses.

Víctor compuso una mueca de asceta fingido: estaba disfrutando con la cara desolada de su amigo. No era fácil conseguir hacer sufrir a Benito, curtido como estaba en mil batallas judiciales.

—Beni, esta misma mañana he ingresado un cheque en mi cuenta, y he dado orden de que en cuanto se haga efectivo, te transfieran a la tuya cien mil euros. Con ese dinero, paga la fianza.

El rostro orondo y sonrosadote del abogado se congestionó.

—Rehostias... ¿Estás de broma? ¡Llevo dos días sin dormir por culpa de este asunto!

—No, Beni, hablo completamente en serio.

—Víctor, ¿a quién has tenido que matar? ¿Cómo has conseguido la pasta? La verdad, tío, me dejas alucinado... ¡Me alegro un montón!

—Es una historia un poco larga, ya te la contaré otro día con más calma. —Víctor quería esquivar la cuestión, por lo que cambió con brusquedad de tema—. Oye, Beni,

hay algo que me preocupa, pensarás que soy un gilipollas, pero para mí es importante..., se trata de mi reputación.

—¿Tu reputación?

—Sí, mi reputación, me preocupa dejarla limpia. Cuando acabe todo esto, y se aclare que yo no violé a nadie, ¿puedo reclamarle a la zorra esos daños y perjuicios por destrozar mi reputación? No es por el dinero, sino porq...

Benito le frenó autoritario con su mano regordeta, como si fuese un guardia de tráfico deteniendo la circulación.

—Pero, Vic, ¿tú estás gilipollas o qué te pasa? No me seas *teletabi*... ¿Pero qué coño te crees? ¡¿Que vivimos en un país serio?!

Víctor notó enseguida que había tocado en su amigo un punto sensible: Benito estaba lanzado, arrollador como un Panzer nazi comandado por el mismísimo general Rommel en un día de borrachera.

—Vamos a ver si te enteras de una puta vez de que lo que aparece en las noticias de la tele es todo mentira, preparado para que creamos que este es un país avanzado que funciona, dirigido por políticos responsables: la puñetera verdad, amigo mío, es que vives en un país de pandereta con políticos que hacen leyes de pandereta por las que se merecen que nos cisquemos en sus putas caras con nuestros pandereros.

El profesor maldijo su pregunta: ya conocía estos arranques de Benito, normalmente una de las personas más pacíficas que había conocido jamás. Pero la injusticia le sublevaba.

—Sin ir más lejos, el año pasado un compañero tuvo que defender a un niño de veinte años acusado de secuestro y asesinato. Culpable hasta las trancas. No te lo pierdas, secuestró a la hija de un empresario forrado, la violó, la mató y la hizo trocitos en la bañera de casa, como quien se corta unas rebanaditas de choped. La ricura enterró los trozos por toda la provincia de Madrid, pero fue lo suficientemente desgraciado como para guardarse una de las manos de la chica en formol. Y empezó a enviarles a los padres de la niña dedos de la mano exigiéndoles dinero si no querían que matase a su hija. Así, como quien no quiere la cosa, sin casi premeditación y alevosía. Y además de criminal, subnormal: los forenses se dieron cuenta al instante de que lo que llegaban eran dedos de muerta. Bueno, pues lo cazan y lo condenan a una pena de cuatrocientos años, para que la noticia abra los telediarios, y todo el mundo piense que se ha hecho justicia. Con todas las eximentes y beneficios penitenciarios, le supondrá como máximo estar quince años en la cárcel, saldrá con treinta y cinco y, ala, a tomar chatitos por Triana. Pero lo peor no es eso, ¡¿sabes qué es lo peor?!

Benito estaba encolerizado, pero sin saber muy bien contra quién dirigir su enfado.

—Lo peor es que ese hijo de la gran puta ya ha publicado un libro donde cuenta con detalle toda la historia, sin negar nada, sino todo lo contrario, presentándose como un tipo concienzudo y profesional que se dedica a secuestrar, violar y

descuartizar como quien se dedica a diseñar proyectos urbanísticos para el ayuntamiento de Fuengirola. Pero eso tampoco es lo peor, ¿sabes qué es lo peor?!

Víctor se preguntaba cuánto iba a durar aquel discurso lleno de rabia: cuando Benito se disparaba con sus historias sórdidas, a él se le quedaba un mal cuerpo del que tardaba horas en recuperarse.

—Pues lo peor, Vic, es que la gente compra el libro, y el cabrón ese se está forrando, ¡y en este país no pasa nada! Ya hay cola de programas de televisión que quieren entrevistarlo en la cárcel. Imagínate los padres de la chica cómo deben de estar... Con todo esto creo que he contestado a tu pregunta: ese zorrón puede destrozar tu reputación bien a gusto, que en este país de mierda ni Dios le va a toser. Y si pusieses esa demanda, cosa que no te recomiendo, y la ganases tras diez años de juicios, la indemnización con la que esa puta *repararía tu honor maltrecho*, como mucho te alcanzaría para pagarme una ronda de cervezas.

Para vencer el malestar que le producían las peroratas exaltadas de Benito, Víctor se refugiaba en sus creencias más arraigadas: «El sistema, mal que bien, funciona, y la rehabilitación de los criminales es posible... ¡Tiene que ser posible! Todo esto son historias de Beni, que es un puto fanático...». Pero a pesar de ese esfuerzo interior, el abogado, con sus discursos extremistas, conseguía siempre hacerle dudar, resquebrajar su confianza en el sistema: Víctor acababa viéndose a sí mismo indefenso como una gacelita Thompson a merced de los leones.

—No te engañes, Vic, tenemos leyes de mierda porque tenemos políticos de mierda, y tenemos políticos de mierda porque somos votantes de mierda. ¡Ese es nuestro puto país, Víctor, el de verdad!

—¡A qué coño viene tanto escándalo! ¡Es que una no puede dormir tranquilamente hasta las doce sin que le toquen los cojones!

En el fragor del discurso de Benito, ninguno de los dos amigos había notado que la puerta de la habitación se había abierto, y junto a ella estaba plantada Paloma. Lucía cara de pocos amigos, con el pelo revuelto como si fuese un nido de águilas y los ojos todavía embotados por el sueño. Su enorme cuerpo estaba cubierto por una camiseta gigantesca de *Iron Maden* que le llegaba hasta las rodillas.

—¡¿Quién coño es este que grita tanto?!

Paloma observaba a Benito todavía medio atontada y con los brazos caídos, en plan mazacote, como si fuese una bala de paja esperando a ser recogida: con ese aspecto y en aquel contexto urbano, que los ventanales del apartamento no permitían olvidar, recordaba a Santiago Segura en *El día de la bestia*.

—Vaya, vaya, Víctor..., ¿y tú te dices amigo mío? La próxima vez que te acusen de violación, te va a defender Rita la Cantaora. ¿Dónde tenías este bombón escondido? ¿Lo querías todo para ti?

La cara de Benito, antes llena de furia, se había metamorfoseado en la de un panoli. Su voz sonaba galante y zalamera.

—Beni, no te pases con Paloma... —Víctor, tenso, intentó defender a su amiga

ante lo que había interpretado como una burla—, y mejor cierra la boca, que tú tampoco estás como para echar cohetes.

—Así que esta beldad lleva por nombre Paloma... Muy apropiado, sí, señor, muy apropiado...

Benito se levantó con esfuerzo del sofá y se acercó hacia ella. Parecían dos acorazados frente a frente, separados por la silla que ocupaba Víctor: uno engalanado como si fuese el día de su botadura, el otro en pleno proceso de desguace.

—Señorita, permítame que me presente: Benito la Hoz de Albornoz, abogado civilista. Mi bufete, con toda mi persona incluida en él, está a su entera disposición.

El galán inclinó su corpachón de manera cortesana y teatral, a la vez que tomaba una de las manos de Paloma. Completamente fofa, esta se dejaba hacer como si fuese un pelele.

—Y disculpe mi atrevimiento, pero quisiera saber algo que desde que la he visto me atormenta. —Benito besuqueó la mano de Paloma mientras la castigaba con una mirada tórrida de encantador de serpientes—. Tengo comprobado que a partir de una determinada edad la mujer o se ajamona o se amojama... Tiene que explicarme cómo usted consiguió escapar de esa ley divina e inexorable: luce como una quinceañera.

Juguetón, remató la picardía con una sonrisa de domador de circo. Paloma parecía obnubilada, pero Víctor saltó como un resorte.

—Benito, no seas patán y vete a burlarte de tu puta ma...

—¿Patán yo?! —Ignorando a Víctor, el abogado seguía aún frente a Paloma, atravesándola con la mirada y tomándole la mano con delicadeza de entomólogo—. ¡Pero si soy un sumiller de los sentimientos! Paloma, no haga caso a este botarate, mi sensibilidad es legendaria... De hecho, muchas mujeres han tenido que suplicarme: «Se lo ruego, Benito, deje usted ya de mirarme a los ojos... y fíjese de una vez en mis tetas».

—Pam, no le hagas ni caso. —Víctor intentaba prevenir una explosión de ira—. Como habrás deducido, este tipo con pinta de presentador venezolano de culebrones es Benito, un auténtico gilipollas...

—Ángel mío... —El abogado, embobado, parecía que ni tan siquiera reparaba en la presencia de Víctor—. Hoy es sin duda uno de los días más felices de mi vida, tengo la oportunidad de rescatar de las garras de presidio a mi mejor amigo, y el destino me premia poniendo ante mis ojos a una damisela como usted. Si me permite el atrevimiento, no hay nada que me guste más que la calidad... acompañada de cantidad.

Víctor se quedó contemplando a su amigo esperando que en su cara apareciese una sonrisa llena de cinismo y burla. Pero pasaron los segundos de rigor necesarios para hornear una broma cruel, y la sonrisa burlona no apareció. En su lugar, Benito exhibía un gesto de galán trasnochado. Lentamente, Víctor giró el rostro ciento ochenta grados, asustado y con los dientes apretados esperando el chaparrón: de un momento a otro se temía que la boca de Paloma, a modo de cráter en erupción,

empezase a expulsar tacos llenos de ira y desprecio.

«Paloma, no, por favor, no..., contente...»

Ante su sorpresa, en lugar de con una lluvia de insultos, Víctor se topó con el rostro apapado de su amiga sonriendo coqueto, y con los ojos gachos en aparente sumisión. No entendía nada: él había visto en un par de ocasiones cómo Paloma se liaba a puñetazos con tipos que le habían lanzado provocaciones mucho menos insidiosas.

—Señorita, además de irresistible, veo que es usted tímida... ¿Sabe que si sigue jugando con mi corazón de este modo me veré en la obligación de pedirle hoy mismo en matrimonio? Eso sí, he de rogarle que, cuando conozca a mi madre, no me la preocupe diciéndole que soy abogado... La pobre mujer sigue viviendo muy tranquila en el pueblo creyendo que soy portero de noche en un prostíbulo de Malasaña.

Benito, como un muflón en plena berrea, amenazaba con nuevos topetazos ridículos. Víctor estaba estupefacto; al final lo había entendido todo: los galanteos decimonónicos de su amigo iban totalmente en serio, y, ante su incredulidad, Paloma los acogía ruborizada y con sonrisas avergonzadas de adolescente en la edad del pavo. De repente Víctor se sintió como el convidado de piedra en aquel cortejo grotesco: no estaba dispuesto a consentir que Paloma y Benito se olisqueasen la entrepierna en su presencia. Decidió cortar por lo sano.

—Bueno, ya he tenido suficiente... —Con energía se levantó de la silla y de un zarpazo cogió a su amigo por el brazo, empujándolo hasta la puerta—. Paloma, en el banco de la cocina te he dejado unas porras y chocolate. Yo me llevo a este fuera, a ver si el frío le aplaca las hormonas.

—¡Pero qué haces, loco! ¡Señorita, no haga caso a este rufián! Tan solo soy mediterráneo, por lo que tengo cierta facilidad barroca para el desahogo verbal ¡Hasta un próximo encuentro, amada mía...!

Ella, por toda respuesta, se quedó mirando a Benito mientras sonreía bobalicona, aún con la mirada gacha. Alzó la mano y, sin pronunciar palabra, se despidió con un tímido ademán propio de una novicia vergonzosa. Víctor no se lo podía creer: aquellas peroratas recargadas y ridículas de Benito, junto con su aire gatuno y vividor, en lugar de producirle rechazo habían embelesado a su amiga hasta conseguir lo imposible..., dejarla muda.

—¡Baja por la puta escalera, hostia! —Víctor, a empellones, obligó a su amigo a salir al rellano y dio un portazo—. Beni, no me jodas, no me jodas que te conozco, que tú eres un salido.

Ya en el ascensor se encaró con el abogado.

—Deja a Paloma tranquila, es una buena chica y además es mi mejor amiga. Ha sufrido mucho y no quiero que padezca más... y menos por culpa de un tipo como tú, que solo busca divertirse.

—¡Una loba herida! —Benito sacó la lengua y ladeó la cabeza fingiendo lamerse el hombro—. Mmmmm..., me encanta...

—¡No te burles de Pam! Eres una rata...

El abogado cambió el semblante y muy serio miró a su amigo.

—¡¿Una rata?! Como mucho, un ratoncillo de campo..., y recuerda el libro del agonías ese del que hiciste la tesis doctoral: *para un ratón, los murciélagos son ángeles*. —Solemne, apoyó una mano sobre el hombro del profesor—. Te informo, amigo Víctor, de que me acabo de enamorar, y darme cuenta no ha sido fácil, pero es definitivo: Paloma es mi *Batwoman*.

—Y una mierda. Conozco tus antecedentes, y no voy a dejar que un facha salidorro como tú le destroce la vida a la pobre Pam. Después del primer polvo ya estarías pidiéndole que te preparase unos pajaritos fritos y te trajese la caja de palillos mientras tú ves el fútbol con los amigotes.

Benito replicó triste, pero con mucha simpatía, simulando sentirse ofendido.

—¡No digas barbaridades, Vic! —Salieron del ascensor—. El palillo no pensaba pedírselo hasta la tercera cita, justo después de comunicarle que estoy a punto de heredar la funeraria de papá. ¿O es que te crees que yo no sé hacer soñar a una mujer?

—Eres imposible... Olvídate de Paloma si no quieres que me metan en la cárcel, pero no por violación, sino por asesinato..., ¡el tuyo!

Benito se dio cuenta de que su amigo hablaba en serio. Con rictus mortuario, salió a la calle sin ganas de conversar.

Cuando una hora después Víctor volvió al apartamento tras haber empaquetado a Benito en un taxi, Paloma ya no estaba.

«¡Mierda!»

Había olvidado darle la carta para que su amiga la llevase a un grafólogo. Al día siguiente sin falta se la enviaría por mensajero.

«Bueno, a la faena. Esto no ha hecho más que empezar.»

Encendió la vieja araña de la sala y decidió seguir un orden estricto en el registro de las baldas de la biblioteca; era la única manera de asegurarse de que nada quedaba por revisar. Los libros llevaban años acumulando polvo, pero estaban bien conservados. No parecían guardar ningún sistema lógico en su ordenación, ni por temáticas, ni por autores, ni por títulos. Tampoco había ninguna colección completa, parecían haber sido comprados sueltos, lo que delataba un verdadero interés hacia ellos: no eran libros decorativos. Tal vez estuviesen clasificados según su orden cronológico de adquisición, pero esto era imposible de saber, ya que Hugo Mendoza parecía haber sido de esos lectores que cuidan en extremo sus libros, limitándose a escribir su nombre en la primera página en blanco tras la portada. Sin fecha de adquisición.

Tras seis baldas revisadas, era obvio que los libros iban a arrojar poca información: absolutamente ninguna anotación, ni un subrayado delator de interés, ni tan siquiera una esquina de hoja doblada para marcar el final de un día de lectura. Obviamente, habían sido leídos y manoseados, pero tratados con un cuidado



exquisito.

«Vaya, un tipo *aseao*...»

Víctor creía que había dos tipos de lectores: los que conservaban los libros inmaculados como si fuesen sagrarios, y los que los destruían a base de anotaciones y subrayados con los que confiaban reencontrarse en una hipotética relectura. Además, estaba convencido de que tras comportamientos tan dispares se escondían profundas diferencias psíquicas. Hugo Mendoza sin duda pertenecía al primer grupo. Víctor al segundo, por eso jamás prestaba sus libros. Ni siquiera durante su matrimonio se los dejó a Rebeca: estaba convencido de que a través de los párrafos que alguien subraya en un libro se puede olfatear su más íntima personalidad, mucho más profundamente que con una sesión de psicoanálisis. La sinceridad es absoluta. Desafortunadamente, Hugo Mendoza no le hacía compañía en ese segundo grupo de lectores *destrozalibros*.

Uno por uno Víctor iba tomando cada volumen, lo revisaba concienzudamente página por página, y volvía a dejarlo en el mismo sitio. Mendoza parecía ser un lector ecléctico; junto a autores consagrados como Stendhal, Proust, Tolstoi o Thomas Mann, aparecían libros de escritores de los que Víctor, a pesar de su profesión, no había oído hablar jamás. También le llamó la atención *El Proceso* de Kafka. Era una edición de bolsillo, de los años cuarenta, extremadamente sobada. Parecía evidente que Hugo la había releído en multitud de ocasiones, por lo que Víctor la inspeccionó con especial cuidado. Pero los resultados fueron igual de descorazonadores. Ni una anotación, ni un subrayado. Nada.

Tras seis horas de trabajo había inspeccionado ya un tercio aproximadamente de los volúmenes, y tres cosas eran evidentes: el escritor solo leía en castellano, trataba con cuidado exquisito los libros, y no leía poesía. En efecto, la gran mayoría de los ejemplares eran novelas, pero muy de vez en cuando aparecía algún ensayo. Parecían gustarle las obras sobre ética de Peter Singer y los trabajos de estética de George Steiner. Karl Popper o Steven Pinker también pululaban por aquí y por allá. Pero ni un solo libro de poesía había aparecido hasta el momento, y era extraño, teniendo en cuenta la prosa tan lírica de Mendoza.

*Dong, dong, dong, dong, dong, dong, dong, dong.*

Sonaron en el campanario de la iglesia de San José las nueve de la noche. La columna de baldas que inspeccionaba en aquel momento la revisaba de abajo hacia arriba. Para alcanzar la balda del extremo superior de la estantería, se acercó el butacón, se descalzó y se subió en él. Observó entonces una anomalía que le animó: por primera vez, sobre los libros encajados verticalmente, reposaba acostado un pequeño volumen de tapas blandas y cubiertas descoloridas. Víctor lo cogió y descendió del butacón. Le esperaba la segunda sorpresa: era un poemario, con un título en extremo poco original. *Desamores*.

«Vaya, al final un libro de poesía... Neustädter, parece alemán».

No le sonaba el nombre del autor. Al observar el lomo del ejemplar, se topó con

una nueva sorpresa: *Ediciones Cariátides*. Era el primer libro de esa editorial que había visto en la biblioteca del escritor. El volumen había sido editado en 1956, y según rezaba la contraportada se trataba de la primera traducción al castellano del desconocido poeta alemán. Víctor pasó la página en la que aparecía, como siempre, el nombre manuscrito del propietario del libro, y leyó el primer poema. No tenía título.

*Se desvanece mi cara  
arrebolada de olvido,  
la tuya la llevo  
tatuada en mi instinto  
Me desplomo al vacío  
tiniebla deforme,  
por gárgolas de frío  
de frío camino*

Le pareció un tanto cursi, típico producto lírico de la Europa de entreguerras. Comprobó la fecha de la primera edición en alemán: en efecto, 1921. El autor podría haber sido perfectamente un discípulo desafortunado de Rilke que hubiese leído con demasiada pasión sus famosas *Cartas a un joven poeta*. Pero parecía obvio que el libro era diferente al resto de los volúmenes de la biblioteca inspeccionados hasta el momento: su disposición en la estantería, la editorial, poesía.

Víctor se sentó en el butacón y examinó el libro con detenimiento. Cada página contenía un único poema, siempre rezumante de tristeza y soledad. Al llegar a la penúltima hoja, el profesor obtuvo su recompensa. El poema, como el resto de los del libro, no tenía título. Sin embargo, sí lucía una anotación manuscrita en un margen que llamó la atención de Víctor: aquella era la letra de Hugo Mendoza, fina y vertical como un cortejo de bayonetas.

*A veces inventamos personas,  
y las inventamos tan bien y tan a nuestra medida  
que se hace muy difícil olvidarlas.  
Y muy doloroso.  
Es como si mataras algo en tu interior,  
porque, en efecto, solo es allí donde han habitado.*

Parecía una reflexión de Hugo Mendoza suscitada por el poema, obviamente muy personal. Aquello podía significar algo. Víctor se quedó pensativo rumiando sobre las palabras del escritor. *A veces inventamos personas...* El poema que había parecido originar la reflexión era tan triste como todos los del resto del libro.

*Cabría en mi pena un mundo  
imposible de resumir en un poema  
Cabrían caricias tristes  
caricias de mariposas de metal  
Pero solo tengo viejas postales  
cartones doblados por el dolor  
arrugados por la sal*

Apenas acababa de leer el último verso cuando se sobresaltó: alguien estaba intentando abrir la puerta. Se levantó como un resorte e instintivamente buscó con la mirada algún objeto contundente. No encontró nada, por lo que, cuando la puerta se abrió, su única arma era un ridículo libro de poesía alemana.

—Tú debes de ser Bea.

Una chica joven con atuendo deportivo sacó la llave de la cerradura y al alzar la cabeza se sorprendió: por lo visto no esperaba ver a nadie allí dentro. Ambos intentaban digerir el susto con dignidad.

—Y tú debes de ser el profe que nos va a examinar a todos.

Si la frase hubiese estado rematada por una sonrisa, podría haber sido incluso simpática. Pero la sonrisa no apareció.

—Sí, soy Víctor, encantado de conocerte.

Dejó el libro sobre la mesa y se acercó con la intención de darle dos besos, pero ella le ofreció la mano. Le escrutaba sin disimulo. Su rostro no tenía nada que ver con el de su hermana Ana; en lugar de serenidad y dulzura, Bea irradiaba una belleza salvaje y abrasiva.

—Siento haber invadido el estudio, ¿no te dijo nada Ana?

—Pues igual sí, pero no le prestaría atención. ¿Vas a quedarte aquí?

Cerró la puerta y dejó en el suelo la pequeña bolsa de deportes que acarrea. Parecía sofocada y sudorosa.

—Sí, tu hermana me lo ofreció. Le pareció que era la mejor manera de que empezase a familiarizarme con las cosas de Hugo.

Ella no dijo nada. Seguía ensartándolo con una mirada obviamente poco amistosa, mientras caminaba con pasos felinos hacia la mesa escritorio. Los *leggings* que llevaba delataban un cuerpo atlético, propio de una gimnasta profesional. Pasó junto a Víctor casi rozándole y se desplomó en el butacón. Ahora miraba desde abajo, retadora.

—Así que quieres familiarizarte con las cosas de Hugo... para lo de la biografía...

Despanzurrada en el butacón, con piernas abiertas y manos cruzadas sobre el regazo, sonrió con ironía. Llevaba el pelo recogido en una cola de caballo negra y tirante, que resaltaba una nuca esbelta. Nariz suave, boca carnosa y ojos algo rasgados. De gata china. A Víctor le recordó a Lara Croft interpretada por Angelina Jolie.

—Sí, eso es. Estoy recopilando datos sobre Hugo, querría escribir una biografía poco convencional...

—Y una mierda.

Él se quedó descolocado. Se sentó en la mesa frente a ella, intentando reducir las distancias.

—¿Qué quieres decir? No entiendo...

—Pues puedo decirlo más alto, pero no más claro: y u-na-mier-da. Eres profesor de Literatura, seguro que conoces la expresión.

Víctor se dio cuenta de que era inútil seguir interpretando, no tenía enfrente a una ingenua.

—Ya me habían advertido de que sueles decir lo que piensas.

Ella sonrió.

—¿Te molesta?

Sin esperar respuesta, se incorporó en el butacón adoptando una postura más cortés. Con las manos simuló abanicarse el rostro.

—Qué calor hace aquí, ¿tienes puesta la estufa? Vengo del gimnasio y estoy abrasada...

Sin levantarse del butacón, se quitó la cazadora del chándal y la tiró descuidada sobre la mesa. Llevaba una camiseta de tirantes muy ceñida bajo la que transparentaba ligeramente un sujetador deportivo.

—Sí, me he pasado todo el día revisando los papeles y los libros de Hugo... — Víctor no pudo evitar desviar una décima de segundo la mirada hacia los pechos de ella—, y aquí hacía frío.

Bea se mostraba ahora más relajada. Su mirada faraónica, que antes parecía haber estado escaneando suspicaz cada centímetro cuadrado de Víctor, parecía más cordial.

—Has hecho bien. Yo solo venía a ducharme, voy al gimnasio que hay junto al Metrópolis, pero los vestuarios están hechos una guarrada.

—Pues ese calentador eléctrico no es muy práctico, para caldear el agua tarda una eternidad.

Ella respondió gélida.

—Siempre me ducho con agua fría..., es lo mejor para que las tetas se conserven duras.

Seguía engatillándolo con la mirada.

—Y por el repaso que me acabas de dar hace un momento cuando me he quitado la cazadora, parece que el tratamiento está dando resultados... apetecibles.

Víctor, descubierto, no pudo hacer otra cosa que sonreír incómodo: hacía menos de tres minutos que conocía a aquella mujer y ya era la segunda vez que le dejaba fuera de juego y en evidencia.

—He..., he preparado café —el profesor se puso en pie intentando mostrar aplomo—, ¿quieres una taza?

—Perfecto, me vendrá bien.

De un salto Bea Cifuentes se puso también en pie, cogió la bolsa de deportes y acompañó a Víctor hacia el baño-cocina. Él empezó a trastear con el hornillo para calentar el café, dando la espalda a la joven.

—Huele a quemado.

—He tenido un pequeño accidente con la tostadora. Nada grave.

Ella se puso a sacar cosas de la bolsa de deportes.

—Ahora, Víctor, sé buen chico y no te gires. —Forzó una voz grave y cómica, de actor sobreactuando—. *Voy a tener que hacer lo que había venido a hacer.*

—¿Qué quieres decir? —Él preguntó sin atreverse a voltear la cabeza.

No obtuvo respuesta, pero los susurros de ropa deslizándose se lo dejaron claro: ella se estaba desnudando. Efectivamente, diez segundos después, Víctor escuchó el chorro de agua caer.

—He..., he comprado gel y champú... —Como ya le había advertido Ana, Bea parecía ser una mujer acostumbrada a hacer lo que le viniese en gana—. Están en la repisa.

—No te preocupes, he traído.

Una vez más, Víctor se sentía descolocado, incómodo. Decidió coger el toro por los cuernos: alzó la voz con fuerza por encima del murmullo del agua, quería parecer seguro de sí mismo.

—¿Acostumbras a desnudarte delante de desconocidos?!

—¡Solo si son guapos!

Una risa fresca y espontánea volvió a dejarlo fuera de combate. Sabía cuándo una batalla estaba perdida.

—¡El café está listo, te espero fuera en la sala!

Habló como si la boca se le hubiese empastado, llena de serrín húmedo por culpa de la desorientación.

—¡Voy en un minuto!

Víctor se dio la vuelta con la bandeja del café entre las manos y se escabulló rápido hacia la habitación. Ya tras el marco de la puerta y seguro de no ser descubierto, no pudo evitar girarse a observar: tras la cortinilla de la ducha se intuían difusas las curvas de Bea enjabonándose. Hacía ya bastantes semanas que Víctor no tenía sexo, desde la noche con Cécile. Tal vez debido a ello, por unos segundos fantaseó con la idea de arrojar la bandeja al suelo, desnudarse y meterse bajo la ducha. Pero en lugar de eso caminó hasta la sala y se sentó a esperar a que aquella mujer descarada saliese a hacerle compañía.

—Qué bueno... Después de dos horas machacándote en el gimnasio, el agua helada te deja como nueva.

Llevaba puesto un suéter cuello cisne de angora negra, combinado con un vaquero muy ceñido y unas Converse All Star.

—¿Vas mucho al gimnasio?

—Tres días *gym* y dos piscina. Me encanta nadar. ¿Tú nadas?

—Solo en verano y en la playa. Soy un poco patoso.

Sentados en el sofá cogieron una taza de café cada uno. Ella volvió a arrellanarse sin miramientos, de manera muy poco femenina.

—A mí me entró el gusanillo de jovencita, con las competiciones —se acercó el tazón a los labios—. Desde entonces ya no he podido parar, es como una droga.

—¿Competías?

—Sí —respondió bebiendo y apuntillándole con sus ojos de gata china—, llegué a ser subcampeona de España sub 17.

Se hizo un silencio que a Víctor le resultó incómodo, pero en el que ella parecía encontrarse como pez en el agua. Él decidió romperlo.

—Las vistas del apartamento son espectaculares.

Bea se levantó para acercarse al ventanal antes de hablar.

—Adoro este sitio. Especialmente la compañía que hace la diosa Minerva..., la diosa de la sabiduría. —Se giró hacia Víctor—. Si fuese más grande y hubiese otra habitación, me vendría a vivir aquí con Berto.

—¿Tu hijo?

—Sí, mi hijo. —Hizo una pausa para dar un trago al café y volvió a sentarse junto a Víctor—. Veo que Ana te ha hablado de nosotros.

—Algo me ha dicho. Pero me gustaría conversar con calma con cada miembro de la familia, para que me contéis cosas de Hugo.

—No hay problema, pero hoy no va a poder ser. En un minuto me voy, tengo que recoger a Berto, está en un cumpleaños, y se enfada si le hago esperar.

—No hay prisa, tranquila. Mañana he quedado con tu padre.

Ella respiró hondo, dejó la taza de café en el suelo y apoyó los codos sobre las rodillas. Sus ojos volvían a parecer fieros.

—Mira, Víctor, pareces un buen tipo y me han dicho que eres listo, pero no me gustaría que pensases que aquí nos chupamos el dedo. Así es que te voy a aclarar las cosas. —Su voz, al contrario que su mirada, sonaba serena—. No me creo nada de la mierda esa de la biografía de Hugo. Conozco a mi hermana mejor que a mí misma, y la pobre lo está pasando mal. Te ha contratado para que le digas que él está muerto y bien muerto, o peor aún, para que le digas que está vivo. No sé hasta dónde sabes y dónde dejas de saber, mi hermana puede ser muy ingenua y tal vez te haya contado más de lo debido. Lo que sí sé es que ella es, junto con Berto, lo que más quiero en el mundo, la mejor persona que hay sobre la faz de la tierra, y no permitiré que *nadie* le haga daño alimentando falsas esperanzas para sacarle dinero. ¿Estamos?

Aquella mujer podía llegar a asustar si se lo proponía. Había mostrado sus cartas de manera muy honesta y Víctor creyó que lo justo era corresponderle siendo sincero.

—Bea, yo no estoy en esto por dinero. Tu hermana me pidió ayuda y a mí me apasionan la figura y la obra de Hugo Mendoza. Conozco la historia de los manuscritos anónimos, me lo contó todo Ana, y sé que solo lo sabéis tú, ella, Antonio y Rodrigo Botet. Y conmigo el secreto seguirá igual de bien guardado que hasta

ahora. Te aseguro que podéis confiar en mí. Lo único que tu hermana y yo queremos esclarecer es quién está escribiendo y enviando los manuscritos.

Ella permaneció unos instantes observándolo sin expresión alguna en el rostro, como si estuviese valorando hasta qué punto podía confiar en él. Al final pareció quedar satisfecha, porque volvió a reclinar la espalda contra el respaldo del sofá y habló mucho más relajada.

—¿Para qué quieres hablar con toda la familia?

—Pues por lo mismo que estoy revisando la biblioteca de Hugo: quiero encontrar alguna pista que me permita empezar a tirar del hilo.

—Ya... —No parecía muy convencida—. Yo no tengo ningún problema, cuando quieras hablamos, pero creo que no hay mucho que podamos contarte, Hugo era muy reservado. Yo le adoraba porque fue el único hombre que ha hecho feliz a mi hermana..., pero te advierto que no todo el mundo piensa igual en la familia.

—¿A qué te refieres?

—Mira, Víctor, creo que ya te has dado cuenta de que yo voy directa al grano, digo lo que pienso. Y me la suda si el que me escucha no está preparado para mi sinceridad... Ya ves, soy así de egoísta. —Miraba desafiante, más parecida que nunca a Lara Croft—. A mi padre lo conocerás mañana; si eres listo, te darás cuenta de que es un cretino integral. Mi cuñado Antonio no conoció a Hugo, pero, al igual que *papá*, también vive de él. Es una sanguijuela que nos vendería a todos a cambio de una buena comisión. Y mamá es un sol, pero la pobre está hecha un vegetal y no sabe ni cómo se llama. Poco más vas a poder averiguar.

Se puso en pie y de un trago se acabó el café.

—Tengo que irme, llego tarde. Queda con Ana cuando quieras y hablemos con calma de todo esto, en lo que pueda ayudar, ayudaré.

—Está bien, lo haré. Y gracias por tu colaboración.

La acompañó a la puerta. Ella ya estaba fuera con la bolsa de deportes al hombro, pero antes de empezar a bajar las escaleras se giró.

—Perdona si he sido un poco brusca al principio..., creo que te había juzgado mal.

El pelo suelto, mojado y revuelto tras la ducha, le daba un aspecto salvaje. Fresco y transpirable.

—No te preocupes, me pasa con frecuencia. Suelo caer mal al principio, luego la cosa suele... empeorar.

Ambos sonrieron ante la broma. Víctor siguió hablando.

—Y vuelve a ducharte cuando quieras, prometo no mirar. —Aderezó el comentario con una mueca ingenua para no parecer insinuante.

—Tú te lo pierdes.

«*Touché.*» Le guiñó simpática un ojo y desapareció trotando escaleras abajo. Víctor cerró la puerta y se sentó en el butacón con el café en la mano: hacía tiempo que una mujer no le sorprendía y atraía tanto. Irreverente, arrogante, lista.

Increíblemente sexi. Intentó borrar de un manotazo los malos pensamientos que le acudían a la cabeza.

«Víctor, mantén la bragueta cerrada, por una vez en tu vida, no la cagues por culpa de una mujer.»

La investigación en la que estaba inmerso era apasionante y no podía defraudar la confianza que Ana había depositado en él. Cogió el poemario y releyó la anotación escrita a lápiz por Hugo Mendoza.

—*A veces inventamos personas...*

«¿A quién demonios te referías, Huguito...?» Decidió seguir pensando sobre el asunto al día siguiente, estaba cansado.

—Watson, aquí Sherlock.

—Sherlock, aquí tu abuela Ramona. ¿Qué quieres, *pesá*?

—¿Puedes hablar?

«Cric.» Paloma parecía estar comiendo pipas.

—Según la Dirección General de Tráfico, no. Estoy conduciendo hacia el Carrefour de Parla para comprar una tostadora, pero dime, ¿qué pasa?

—¿A comprar una tostadora al Carrefour de Parla? Cágate, lorito, para que luego digan que la vida de los investigadores no es apasionante...

—Es una historia muy larga. Pero, Pam, al grano, que me meto en la M-30 y hay un tráfico de mil pares de cojones.

—¿Cómo van las cosas? ¿Has averiguado algo en el apartamento del conde Drácula?

—Pues poca cosa, pero ya he revisado toda la biblioteca. Ayer localicé una anotación curiosa de Mendoza en un poemario, pero es muy vaga, no le encuentro sentido. Cuando nos veamos, te la enseño. Por cierto, te he enviado por Seur la carta que le metieron en el bolso a Ana y otra manuscrita por Mendoza. Busca un buen grafólogo que las coteje.

—Hecho. ¿Alguna visita inesperada? ¿El tipo que la otra noche te asustó tras la puerta ha dado señales de vida?

—Ni rastro, todo tranquilo. Miento: ayer conocí a la hermana de Ana. Un personaje. Pero aparte de eso, nada interesante. Ahora, cuando salga de Carrefour, me voy al Casino de Madrid para habl...

—¿Del Carrefour de Parla al Casino de Madrid sin pasar por la casilla de salida?! Uf... Vaya contraste... Ándate con cuidado no se te vaya a desajustar el marcapasos por el *shock*. ¿Vas bien arregladito?

—Descuida, me he puesto guapo, sé que es un sitio pijo.

—Por eso estoy preocupada: un chico guapo y bien vestido en el Carrefour de Parla... Si se corre la voz, estás perdido, no doy un céntimo por tu pellejo.

—Gilipollas. He quedado en el Casino con el padre de Ana. Deséame suerte, por lo visto es un híbrido entre Adolf Hitler y Jaime de Mora y Aragón. Pero dime, ¿para



qué me llamabas?

—Antes de decirte para qué te llamaba contéstame a una cosa, ¿le dijiste a tu amigo Beni que vivo en el convento?

—No, pero él es muy listo, cuando algo le interesa... ¿Por qué?

—Pues porque esta mañana han llegado a recepción tres docenas de rosas rojas con una nota para mí... Madre mía lo que ha costado meter por el torno los ramos. Y ahora, por culpa del gilipollas de tu amigo, tengo a las monjas medio locas a punto de bailarme la balalaika, peor que si se hubiesen bebido una botella de anís cada una... Ese tío es un hortera, la nota daba ganas de vomitar, menudo *chalo*.

A pesar de que había intentado ser despectiva, Víctor pudo notar en el tono de su amiga un resquicio de ilusión.

—Sí, sí, ganas de vomitar... —Las palabras del profesor rezumaban sarcasmo—. Por eso parecías una yegua en celo cuando Beni te piropeaba delante de mí.

—No digas tonterías, me pilló desprevenida. ¡Pero si el *flipao* ese habla como si fuese Alfonso XII...!

—Tú ándate con ojo, fijo que si ha averiguado que vives en el convento, ya tiene también tu teléfono. Bueno, al grano, que con este tráfico y hablando por el móvil me voy a matar, ¿para qué me llamabas?

—Pues porque Santa ya ha destripado el Olivetti.

—Vamos, Pam, aligera, que me tienes en ascuas.

—Ha encontrado algo muy curioso. Lo ha comprobado tres veces para estar segura, creo que es importante.

—¡Pam! ¡Suéltalo de una puta vez!

—Tranqui, pecholobo... Escucha bien: todos los archivos de texto del ordenador fueron borrados, tras hacer una copia a un disco externo.

—¿Y?

—Lo interesante es que..., tachín, tachán...

Le encantaba chincar a su amigo haciéndose de rogar.

—¡Pam!

—¡Abracadabra! Agárrate los machos: los archivos fueron copiados y borrados *el día siguiente* a la desaparición de Mendoza. Si murió en la tormenta ahogado, fue otra persona la que accedió a su ordenador, copió los archivos y luego lo borró todo. Si no murió, tal vez lo hizo él.

—¿Estás segura de lo que dices? ¿No hay duda?

—Ya te lo he dicho, Santa lo ha comprobado tres veces. Por lo visto Hugo creó un disco, al que llamó *F*, donde solo tenía archivos de texto. Los nombres que puso a los archivos son poco orientativos, números correlativos empezando por el uno..., para que luego digan que los escritores son originales. Pero Santa dice que eran todos de texto, y por el tamaño opina que se trataba de documentos de unas cuatrocientas o quinientas páginas. O sea, más o menos del tamaño de un libro. Había quince archivos, aunque no sabemos si todos eran novelas. Santa ha comprobado que el reloj

interno del ordenador no ha sido manipulado, y lo refleja bien claro: los archivos del disco F fueron copiados y luego borrados el domingo 20 de noviembre del año 2003, justo el día después de la tormenta en la que *supuestamente* Hugo la palmó.

—Joder, Pam, eso que dices es importantísimo. Dale un besazo a Santa de mi parte.

—Y una mierda, ¿qué quieres? ¿Qué se pase un mes flagelándose por haber tocado a otra mujer? ¡Pecado mortal!

Víctor ignoró las tonterías de su amiga.

—Oye, ¿y no podríais recuperar esos quince archivos borrados?

La voz excitada de Víctor delataba que su cerebro estaba en plena ebullición. Paloma suspiró impotente ante la pregunta de su amigo.

—A ver, Víctor, ¿cuál es la silaba de *bo-rra-dos* que no entiendes? Mi amiga se llama santa Tecla, no Harry Potter.

—Pues si es una Santa..., ¿por qué no hace un milagrito y recupera esos archivos?

—Pues porque esto no es una novela de Stieg Larsson, esto es la vida real, y en la vida real un ordenador no es una varita mágica...

Víctor la interrumpió a gritos.

—¡Mierda! ¡¿Qué cojones pasa?!  
La última frase, histérica, Paloma la escuchó lejana.

—Víctor, ¿estás bien? ¡¿Qué ocurre?!  
—¡Dios! ¡Esto no frena...!

—¡Dios! ¡Esto no frena...!

Su amigo ya no estaba al teléfono, parecía como si hubiese soltado el aparato sin tiempo siquiera para apagarlo.

—¡Víctor!

Paloma escuchó a través de su i-Phone un estrépito horrible y confuso. Tras él, se perdió la comunicación.

Cuando Víctor abrió los ojos, entre tinieblas, pudo oler el aroma inconfundible que desprenden los hospitales. Una cara de luna redonda y carnosa, con ojillos de cacahuete, le miraba desde arriba.

—Bella durmiente, ¿te despiertas ya o qué?

—Pam, ¿dón-dónde estoy?

—En La Paz. Ayer tuviste un accidente, menudo susto, joder...

A Víctor le vino todo a la mente. Recordó estar apretando con fuerza el freno de su Porsche y desesperarse ante la impotencia al comprobar que no funcionaba.

—¿Cómo te encuentras?

—Tengo el cuello agarrotado... pero estoy bien.

—Es el latigazo cervical, por las vueltas de campana. —Paloma le miraba maternal sentada en el borde de la cama—. Pero tranqui, te han hecho todo tipo de pruebas y nos han *asegurao* que de esta no te mueres.

—¿Nos?

—Ana Cifuentes vino en cuanto la llamé. Está abajo en el bar, comiendo algo, no se ha movido de aquí en toda la noche.

—Pues si estoy bien, dame mi ropa, quiero salir de aquí cuanto antes. Hay mucho trabajo por hacer todavía...

Se incorporó, pero un intenso mareo le hizo volver a recostarse.

—De eso nada —Paloma habló seria—. Te vas a quedar aquí el tiempo que haga falta en observación, perdiste el conocimiento y eso es algo grave. Hasta que no estemos seguros de que estás bien, tú no te mueves del hospital.

Él cedió: sabía que Paloma era muy tozuda cuando se empeñaba en algo.

—Víctor, ¿qué pasó exactamente?

—Pues... estaba hablando contigo por teléfono, había mucho tráfico..., de repente intenté frenar, pero el pedal estaba blando... Fue algo muy extraño, jamás me había pasado. Me iba a comer un camión que marchaba delante de mí y tuve que dar un volantazo hacia el arcén; luego ya solo recuerdo caer por un terraplén. ¿Cómo llegué hasta aquí, Pam?

Ella suspiró antes de responder, hinchando su inmenso tórax.

—Menudo susto me llevé... Al oír el estrépito por el teléfono, deduje que habías tenido un accidente... —El rostro de Paloma, siempre tan orgulloso y seguro de sí mismo, se torció en una mueca que parecía recordar al llanto—. Si llega a pasarte algo, me muero, Víctor, fui yo la que te llamó, te distraje. Por culpa mía...

La cortó tajante cogiéndole la mano: jamás había visto llorar a su amiga, y no iba a permitir que esa tradición se rompiera.

—Pam, parafraseándote: ¿pero tú estás gilipollas o qué te pasa?

Ella sonrió agradecida, pero esa sonrisa chirriaba con su mirada, llena aún de preocupación.

—Como sabía que estabas en la M-30 dirección Parla llamé de inmediato al Samur de Madrid, luego me hice con el teléfono de Ana y la avisé también, y me vine para aquí escopetada. Por lo visto, diste tres vueltas de campana, los bomberos te sacaron del coche y el Samur te trajo a La Paz.

—Joder, he vuelto a nacer... ¿Y el Porsche? ¿Qué ha sido de él?

—Si te digo la verdad, a mí me da la impresión de que está para el desguace, pero como el seguro te permitía llevarlo a cualquier garaje, les dije que lo enviaran a Valencia, al taller de tu amigo Jaime.

—Bien hecho, Pam, Jaime es de plena confianza. Le tengo cariño a ese coche; si alguien puede hacer algo para recuperarlo, es él.

En el i-Phone de Víctor, sobre la mesita, sonó La Macarena. Paloma se levantó para acercárselo.

—Menuda *cancioncita* me pusiste en el móvil, cabrona. Hablando del rey de Roma... —Víctor descolgó—. ¡Jaime, campeón! ¿Cómo va todo? Me han dicho que te he enviado un regalito complicado.

—...

—No, estoy bien. Perdí el conocimiento, pero ha sido solo el susto. ¿Y el Porsche? Dame una alegría y dime que me lo vas a devolver mejor que si fuese de trinca.

—...

—Eres un figura. Y mírale bien los frenos, debería habértelo llevado a ti para la revisión en vez de al concesionario oficial, no me hubiese pasado lo que me ha pasado.

—...

—¿Qué quieres decir?

El rostro de Víctor fue demudando hasta lucir completamente sombrío. Un minuto después la conversación había acabado.

—Víctor, ¿qué es lo que te ha dicho tu amigo? —Paloma le apremiaba—. Se te ha puesto una cara que da miedo.

Él la miró, dudando. Tragó saliva.

—No quiero asustarte, pero Jaime ha estado mirando el coche...

Su rostro estaba tan lívido que se mimetizaba con las sábanas.

—¡Víctor, mierda! ¡Te has salvado del accidente, pero yo te asfixio con la almohada si no me explicas qué ha pasado!

—Pues que no fue un accidente..., los frenos no fallaron: alguien saboteó el circuito del líquido de frenos.

A Paloma se le embotó el rostro, que ahora supuraba rabia.

—Hijos de la gran puta...

Víctor la cortó.

—No vamos a ponernos nerviosos, solo tenemos que tomar precauciones, eso es todo. Parece que nos enfrentamos a alguien que no se anda con chiquitas, pero no va a conseguir acobardarnos.

Ella crispó los puños: lo que más odiaba en el mundo era que le hiciesen daño a un amigo suyo, incluso más que si le hacían daño a ella.

—Hijos de la gran puta... Mañana mismo me hago con un revólver. Seguro que ha sido el mismo que te estuvo espiando tras la puerta... Si tiene cojones, que vuelva a intentarlo, que me lo cargo.

Víctor cogió de nuevo su mano rolliza. Ella estaba fuera de sí, con la mandíbula apretada mascando furia.

—Pam, tú no vas a hacer nada ni a comprar nada. Por el momento no tenemos ni idea de quién ha sido, y nadie va a llevar armas. Un revólver, ¿para qué? No pienso consentir que con el miedo me obliguen a renunciar a mis principios. Nada de armas.

El temperamento sanguíneo de Paloma le hinchaba las venas del cuello como si fuesen maromas de barco.

—Toda la vida serás una nenaza... A ese tipo yo me lo cargo...

—¡Pam!

Tras unos segundos se tranquilizó.

—¿Quién crees que puede haber sido? —Todavía hablaba tensa.

—No tengo ni puta idea, pero sé quién no ha sido: creo que podemos descartar a Boluda, no tiene sentido que quiera intentar contratarme ofreciéndome dos kilos para poco después matarme.

Paloma asintió con la cabeza.

—Eso suena razonable.

—Y Hugo Mendoza, mientras nadie demuestre lo contrario, está muerto, por lo que debemos descartarlo también.

Paloma le miró y dudó antes de hablar.

—Víctor, ¿no deberíamos ir a la Policía? Han intentado matarte.

—Tal vez debiéramos, pero no podemos: tendríamos que contárselo todo, y lo tenemos jodido para explicar el origen de unos manuscritos que Ana ha publicado bajo el nombre de Hugo Mendoza.

—Joder, Vic... —Parecía preocupada—. Esto se está poniendo chungo, tal vez deberías replanteártelo... y mandarlo todo a la mierda.

Él le sonrió intentando parecerse al vaquero de Marlboro.

—Ya me conoces, cuando empiezo algo en lo que creo, no paro hasta acabarlo. Y en este proyecto creo: voy a averiguar quién está tras esos manuscritos cueste lo que cueste. Ahora es algo personal.

Paloma le dio un cachetito tierno.

—Puto cabezota..., eres peor que yo.

—Del sabotaje de los frenos ni una palabra a nadie, especialmente a Ana. Se asustaría y le haría sentirse culpable.

Fue Ana precisamente la que acababa de entrar en la habitación.

—¿Ya te has despertado?! ¡¿Cómo te encuentras?! —Se sentó junto a Víctor en la cama, frente a Paloma—. No puedes ni imaginarte el susto que hemos pasado, vine ayer en cuanto Pam me llamó.

En su rostro de porcelana fina él pudo ver preocupación.

—¿Qué sucedió, Víctor?

—Pues sucedió que soy un imbécil. Conducía mientras hablaba por el móvil por la M-30 y en un despiste se cruzó un camión y tuve que dar volantazo. —Sonrió a su amiga intentando mostrar seguridad en sí mismo—. Hablemos de cosas más importantes, ¿te ha contado Pam lo que hemos descubierto en el ordenador de Hugo?

Ambas mujeres asintieron. Él continuó.

—En primer lugar, quiero que sepas que Pam está en el secreto, es mi mejor amiga y su ayuda es imprescindible. Puedes confiar en ella como confías en mí... Siento no haber podido presentaros antes.

—Llevamos muchas horas juntas, ya sé que es de confianza, no hay problema por eso. —Miró a Paloma con cariño.

—En segundo lugar, Ana, quiero que mantengas la calma. Sé que todos los

indicios parecen indicar que Hugo está vivo, pero tal vez eso es lo que alguien quiere hacernos creer por alguna razón que aún no entendemos. Seguro que has echado a volar la imaginación y estás pensando que tu exmarido simuló su muerte, copió y borró toda su obra en el ordenador tras el accidente, ha estado estos años enviándote los manuscritos, te escribió la carta del otro día y te la metió en el bolso... —El semblante de ella, mientras escuchaba, iba enlutándose—. Bien, quiero que elimines de tu mente todos esos pensamientos. Es una opción más, pero no hay pruebas concluyentes de *absolutamente nada*, ¿entendido?

Ana asintió, pesarosa.

—Mañana mismo quiero hablar con tu padre, le dices que...

—¿Cómo?! Yo acepto no hacer elucubraciones, pero tú te vas a quedar aquí tranquilo y en observación el tiempo que haga falta.

Ana Cifuentes había mudado de la tristeza a la solidez.

—¡Eso es, Ana! Métele cañita, que este gilipollas está acostumbrado a hacer lo que le sale del ciruelo.

Ante aquel frente común, Víctor se resignó.

—Está bien, pero en cuanto salga de aquí, quiero empezar a hablar con la gente. Prepárame una entrevista con tu padre.

—Eso me parece más razonable. Por cierto... —Esbozó una sonrisa poco inocente—, me ha dicho un pajarito que conociste a mi hermana anteayer.

—Sí. —Con solo recordar a Bea, se puso nervioso, sin saber dónde mirar—. Es una chica muy particular, no os parecéis en nada.

Ana rio.

—No sé si tomarme eso como un piropo o como una ofensa. —Volvió a mirarle con picardía—. Tú ándate con ojo, mi hermana puede llegar a ser adictiva.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que los hombres a veces sois muy tontos, y cuanto más os zurrán, más os gusta.

Volvió a reír de buena gana ante el rostro incrédulo del profesor.

El taxi dejó a Víctor frente a la imponente fachada del Casino de Madrid. Cuando entró en el vestíbulo, la visión sobrecogedora de su famosa escalera modernista de tres tramos le recordó que no era la primera vez que estaba allí. Había sido muchos años atrás, en la presentación de un libro de Mario Vargas Llosa. Él aún era un estudiante, y, ataviado con su sencilla indumentaria universitaria, recordaba haberse sentido apabullado por el empaque de los socios y el edificio: frisos de mármol repletos de follajes, pinturas al fresco en las bovedillas, majestuosos cortinajes, esculturas clásicas que plagaban cada rincón de amocillos, diosas, liras, cuernos de la abundancia. Veinte años después la indumentaria de Víctor seguía siendo estudiantil, pero ya no sintió ningún apabullamiento ante aquel despliegue empalagoso del siempre excesivo neobarroco francés. Más bien le parecía ridículo,

tan anacrónico como la pléyade de petimetres acartonados y rancios que deambulaban por el vestíbulo añorando tiempos mejores, mientras cuidaban con esmero que el pañuelo les asomase perfecto por el bolsillo de la pechera de la chaqueta.

—Disculpe, Gabriel Cifuentes me esperaba a las cinco.

El conserje, ataviado con librea de aire circense, le miró como si estuviese por encima del bien y del mal. Andaba anegado en sudor bajo el grotesco casacón de fieltro.

—En efecto, el señor Cifuentes de Quiroga dejó indicado que tenía un invitado esta tarde, ¿el señor Vega? —Víctor asintió—. Permítame que le acompañe, le espera en la terraza de verano.

Tomaron el ascensor y el conserje lo condujo hasta las puertas de cristal que daban paso a la enorme terraza.

—Don Gabriel le espera bajo la pérgola. Buenas tardes.

Conforme caminaba bajo el sol, Víctor escaneó instintivamente al patriarca de la familia Cifuentes. A pesar de sus casi ochenta años, su porte espigado revelaba que se mantenía en buena forma: vientre plano, tez bronceada, cocochas bruñidas, pelo canoso pero fértil y un bigotito fino a lo Clark Gable. Cruzaba las piernas elegante, mientras se llevaba a la boca lo que parecía un Martini blanco. En cuanto advirtió que el que se acercaba era su invitado, dejó la copa y se puso en pie.

—¿Usted debe de ser el famoso señor Vega?

Se quitó las gafas de sol Carrera y extendió el brazo con brío.

—El mismo.

—Tome asiento, por favor. —El apretón fue recio, para demostrar que el que lo daba no era aún un viejo—. Gabriel Cifuentes de Quiroga, para servirle.

Era obvio que aquel hombre con rostro de cazador inglés de rinocerontes no había servido a nadie en su vida.

—¿Qué desea tomar? —Chascó los dedos en el aire con displicencia y al segundo se acercó un camarero.

—Ese Martini tiene buena pinta, tomaré uno igual.

—Buena elección, señor Vega. Pero si me permite corregirle, esto no es un Martini. De hecho, los italianos no tienen ni idea de vermut blanco, ellos que se dediquen al *rosso*. Para beber un buen vermut blanco, por desgracia, tenemos que recurrir a los malditos gabachos. En cuanto lo pruebe, no beberá otra cosa, hoy ha sido usted *condenado* de por vida. —Rio con arrogancia wagneriana y se dirigió al camarero, que esperaba junto a él—. Tráigale al señor Vega un Noilly Prat. Dígale a Paco que lo prepare como me lo prepara a mí.

Gabriel Cifuentes llevaba un traje de lino blanco impecable, tal vez algo prematuro, considerando que aún no era verano. Bajo la americana lucía una camisa de nansú negra con las iniciales bordadas, desabotonada hasta el segundo ojal: como con sus apretones de manos recios, así parecía querer demostrar ser un hombre aún

saludable.

—Iba a esperarle en el Salón Real, así hubiese usted podido disfrutar de los frescos de Sala y Pla, son excelentes. Pero con el día tan fantástico que ha salido, creo que aquí estaremos mejor, ¿no cree?

—Me parece fantástica esta terraza, gran elección.

A Víctor todo aquel despliegue de fuegos de artificio le evidenció que Gabriel Cifuentes, como toda persona que exagera su pose, no era ni tan señor ni tan saludable como pretendía aparentar.

—Me alegra que esté a gusto. —El viejo había dejado de mirar a su invitado para observar con descaro unas piernas de mujer interminables—. Señor Vega, el calorcito ha llegado a la capital del reino y las señoras han sacado sus vestiditos de los armarios. A los hombres nos esperan unos meses largos y duros...

Volvió a reír, mientras esbozaba una mirada sesgada de gigoló ridículo entrado en años.

—Sí, tiene usted razón, el verano será duro.

—Bueno, ¿cómo va la biografía de mi exyerno? Mi hija Ana me pidió que colaborase y a mi niña no le puedo negar nada.

Ningún sarcasmo se atisbaba en la pregunta: si no se había creído la patraña de la biografía, había decidido no manifestarlo.

—Todavía estoy en la fase de documentación, por eso quisiera hablar con todos los miembros de la familia y que me cuenten sus opiniones sobre Hugo Mendoza, anécdotas, experiencias. Cualquier detalle puede ser interesante; las biografías con toques humanos ganan mucha fuerza, son más... reales.

Sin que se le cayese la sonrisa de la boca, el patriarca de los Cifuentes habló tras sorber su vermut.

—Según tengo entendido, conoce a mis dos hijas, por lo que estoy seguro de que ellas le habrán ayudado de manera muy *generosa* a formarse una opinión sobre mí y sobre mi relación con Hugo.

—Señor Cifuentes...

—Gabriel, por favor.

—Gabriel, siempre que puedo, intento no ser víctima de los prejuicios.

—Vaya..., hace usted bien... —De repente la gravedad de su voz desmontó en un segundo la estética hueca y frívola que, hasta el momento, le había caracterizado—, pero eso es como intentar no ser víctima de la polución en Madrid: tendría que dejar de respirar para conseguirlo.

Apoyó ambos codos en la mesa para acercarse más a Víctor.

—Mire, sé que mis dos hijas me odian, y tal vez me lo tenga merecido. Pero yo no puedo evitarlo: las adoro.

Era obvio que tenía ganas de hablar. Aunque su aspecto le hacía parecer un *bon vivant*, aquella sinceridad brutal, de sopetón, evidenció que era uno más de esos pobres ancianos a los que ya no escucha nadie.



—Y le diré algo más: no me arrepiento de nada de lo que hice en esta vida. Aunque mis niñas lo nieguen y usted no me crea, casi todo lo que he hecho, bueno y malo, ha sido por ese par de tontas.

—¿A qué se refiere?

—¿Que a qué me refiero? Pues me refiero a que es muy fácil ir acusando a papá de lo autoritario que es, lo tirano que es, lo poco ético que es..., pero, eso sí... —Abrió los brazos con las palmas boca arriba—: estando bien calentitas en un palacio en el barrio de Salamanca. En efecto, puede que no haya sido el padre más cariñoso del mundo, pero gracias a esa dureza nunca les faltó de nada y vivieron como reinas.

El viejo, casi sin aliento, continuó con aquel discurso forzado.

—Los progres con vena humanista siempre tienen el estómago bien lleno. No se puede pedir que uno sea un ángel en su hogar y un demonio en los negocios, no se puede estar en misa y repicando. Me hubiese gustado ver a mis hijas, tan sensibles y monas ellas, malviviendo en un pisito de protección oficial en Carabanchel... Pero, claro, lo fácil es acusar a papá de ogro. —Frunció los labios mientras atravesaba a Víctor con una mirada enjuta—. Mire, yo no sé cuál es el camino del éxito en esta vida, pero el del fracaso lo tengo muy claro: intentar contentar a todo el mundo en todas las ocasiones. Yo, a eso, no juego.

A Víctor aquella confesión tan precipitada, sin venir a cuento, le resultó violenta. Traslucía soledad. Sin duda Gabriel Cifuentes, tal y como le habían advertido sus hijas, era un tipo correoso y de trato difícil.

—Bueno, tengo entendido que su hija Ana estuvo viviendo con Hugo Mendoza en un pisito de Torrejón... y parece ser que se adaptó bastante bien a esa vida sencilla.

—Veo que mi hija le ha contado toda la historia... —Los ojos del viejo parecía que iban a incendiar el mantelito de hilo—. Seguro que le ha hablado también de cómo hice mi fortuna, y de cómo la perdí.

El camarero le interrumpió al depositar sobre la mesa el vermut de Víctor. Desapareció al instante.

—Pues permítame que le diga una cosa, y puede usted poner todo eso en la biografía de Hugo, así como se lo voy a decir, textual: «Su suegro fue un facha perteneciente a la oligarquía franquista». Todo es cierto y no me avergüenzo de nada. Hice negocios y llegué a millonario gracias a contactos con los ministros de Franco. ¿Y qué pasa?

Se irguió en la silla sacando pecho y adoptando un tono retador.

—Un hombre sale adelante haciendo lo que tiene que hacer, y un hombre que no está dispuesto a todo para que a su familia no le falte de nada no es un hombre, es un... —Buscó la palabra adecuada y, al no encontrarla, tiró por la calle de en medio—, es una maricon, un mierda.

Se había puesto nervioso y por primera vez la edad le delató: le temblaba la mandíbula y la dentadura postiza se encajaba y desencajaba una y otra vez contra las

encías desnudas, haciendo ventosa y emitiendo un desagradable ruido. Su pose de George Hamilton ibérico se había desmoronado por completo. Siguió hablando alterado.

—Mire, normalmente, los hombres callados que nunca dicen nada resulta que no hablan por la sencilla razón de que no tienen nada interesante que decir. Pero siempre hay alguna boba como mi hija Ana que cree que esos silencios indican que son hombres misteriosos e interesantes, hombres que hay que... *descubrir*.

El tono era burlón.

—Antes los hombres estábamos hechos de otra pasta. Antes los hombres éramos hombres. Y si yo no soportaba a mi yerno *el escritorcito*, es precisamente por eso, porque estaba más preocupado por su *realización personal* que por darle a su familia un porvenir. —La dentadura seguía haciendo equilibristas para no salir disparada—. Y sí, es verdad, no me avergüenzo, cada veinte de noviembre voy al Valle de los Caídos a llorar la muerte del Caudillo de España. ¡Ojalá hubiese vivido otros ochenta años más, otro gallo nos cantarí! Ahora se roba más que antes, y los políticos..., para qué hablar de esa chusma. ¿Qué nos ha traído la España de la democracia y las autonomías? Yo se lo diré: nos ha traído el *mioísmo*.

—¿El *mioísmo*? —Víctor, ante el vendaval verborreico, había decidido soltar carrete para ver hasta dónde nadaba aquel atún.

—Sí, el *mioísmo*, señor Vega. Ahora la frase de cabecera en España es: «Todo eso está muy bien, pero ¿qué hay de *lo mío*?». Los funcionarios buscan *lo mío* robando tiempo de trabajo a la Administración, los empresarios buscan *lo mío* defraudando impuestos a espuestas, las autonomías buscan *lo mío* ciscándose en el resto del país, y los políticos buscan *lo mío* robando a todo el mundo, pero poniendo cara de solemnes *hombres de estado* preocupados tan solo por la sacrosanta democracia... Desde que han probado la poltrona del poder, esos hippies melenudos se han vuelto más fachas que los franquistas de toda la vida. Aquí ya solo se piensa en *lo mío*... Maldito *mioísmo*. ¡¿Y España?! La respuesta es siempre la misma: ¿España? ¿Y esa quién es? A mí háblame de *lo mío*.

Se recostó agotado y con un sorbito se acabó su copa, dejando la aceituna huérfana en el fondo. Parecía que, tras sacar de dentro todo aquel rencor, Gabriel Cifuentes reclamaba paz.

—¿Le gusta el Noilly Prat?

—Es excelente este vermut.

Pero Víctor de momento no quería paz.

—Dígame, Gabriel, a pesar de que no soportaba a su yerno, parece ser que su éxito le ha permitido recuperar sus propiedades.

Aquel *staccato* que no esperaba de inmediato frunció arrugas en su ceño. Sin embargo, el viejo optó por el sarcasmo en lugar del enfado.

—Me habían dicho que era usted un tipo listo, ¿no pensará que va a conseguir provocarme con algo tan... obvio?

La pregunta era, por supuesto, retórica.

—El que mi yerno acabase teniendo éxito no cambia en absoluto mi percepción sobre él, porque su éxito fue casual: su voluntad no era la de luchar por su familia, eso le llegó regalado. Él se priorizaba a sí mismo por encima de todo. Él y su *arte* y su *realización personal*. —El retintín era obvio—. Puede que le hayan dicho que el egoísta de la familia soy yo, pero el egoísta de la familia fue Hugo Mendoza. Eso es lo que pienso, y si tiene cojones, póngalo escrito así en la biografía, con todas las letras.

Su tono era de una cordialidad amenazante. Víctor decidió cambiar el rumbo, no se esperaba un arranque tan intenso.

—¿Cómo vivió la muerte de su yerno?

—Pues qué quiere que le diga, un dramón en la familia, sobre todo por mi hija.

—¿Dónde estaba usted el día de la desaparición de Hugo?

A él mismo la pregunta le había parecido demasiado acusadora. Policial. Pero Gabriel Cifuentes volvía a estar relajado y no se inmutó. La dentadura de nuevo se afianzaba sobre sus maxilares.

—Teníamos la cena de gala del congreso de la asociación nacional de constructores. Yo era por aquel entonces el presidente, por lo que tuve que hacer de anfitrión. Más de ochocientos invitados, imagínese. Y de postre todo el asunto de la tormenta y... bueno, ya sabe.

—No, cuénteme, ¿qué pasó?

—Hace ya tiempo de todo esto... Mi hija Ana me llamó el domingo por la tarde; por lo visto el loco de mi yerno había salido a navegar el día anterior aun sabiendo que se avecinaba un huracán. Típico en él, ya se lo he dicho, un egoísta que solo pensaba en su *realización personal* y en sus *experiencias inspiradoras*, olvidando sus responsabilidades familiares. Pero bueno, a lo que iba, el domingo por la mañana se habían encontrado los restos destrozados del barco frente a nuestro chalé, en los acantilados de la isla del Descubridor. Mi hija estaba histérica. Eché mano de los contactos que aún me quedaban en el ministerio y, al instante, la Guardia Civil se puso las pilas y redobló las dotaciones. —El alardeo era descarado, de pavo real—. Tres días después encontraron el cuerpo mar adentro, a cincuenta millas de la costa. Yo mismo acudí a intentar identificarlo al cuartel de la Guardia Civil, mi hija era incapaz, sobrevivía a base de tranquilizantes. Aquello no había quien pudiese reconocerlo, era un amasijo de carne, los peces y las alimañas se habían puesto las botas. Pero la ropa era la de Hugo, la que le vieron que llevaba puesta cuando embarcó. Y luego las pruebas dentales fueron concluyentes. Monté el funeral, lo enterramos donde mi hija dijo que lo enterrásemos, en un pueblecito cercano a Denia que a los dos les encantaba, y Santas Pascuas. A otra cosa, mariposa. Mi hija ha rehecho su vida y todos somos ahora felices.

Una vez más no parecía haber ironía en sus palabras. Por si acaso, Víctor decidió escarbar.

—¿Realmente cree que Ana es ahora feliz?

La pregunta, tan descarnada y personal, hizo suspirar al viejo.

—Felicidad..., esa maldita palabrita está demasiado de moda. Mire, a mí Antonio, mi yerno, me parece un tipo genial. Gracias a él la obra de Hugo ha llegado a ser lo que es, porque una cosa es escribir los *libritos* esos que, según dicen, no están mal..., yo no lo sé, no he leído ninguno..., pero otra cosa es conseguir que se vendan en todo el mundo. Y en eso Antonio se ha batido el cobre como un jabato. Lo que tendrían que hacer él y mi hija es darme un nieto de verdad y se olvidarían de todas esas zarandajas de *la felicidad*.

Víctor cazó el desliz del viejo al vuelo.

—¿Qué quiere decir con un nieto *de verdad*?

—Pues eso, un nieto de verdad. Un nieto con un padre y una madre, no como...

Dudó, parecía avergonzado de sus propios pensamientos.

—¿Como Berto?

La provocación de Víctor dio resultado: el viejo volvió a acelerarse al ver una oportunidad para el desahogo. La dentadura de nuevo empezó a bailar sobre la mandíbula, nerviosa.

—¡Pues sí! ¡Si quiere saber lo que pienso, sí! No estoy orgulloso de tener un nieto que es un..., ¡un bastardo! —La palabra, hasta a él mismo, que la acababa de pronunciar, debió de parecerle excesiva, porque su tono se calmó—. Yo quiero al niño, él no tiene la culpa de nada, pero mi hija..., a saber qué desgraciado se la benefició..., prefiero no pensarlo. Bea no nos ha matado a todos a disgustos porque Dios no ha querido.

Dudó un segundo, en el que advirtió que su impulsividad le había traicionado. Intentó calmarse suspirando y poniéndose las Carrera.

—Esto último hágame el favor de no ponerlo en el libro, no quisiera que mis hijas pensasen...

De haber habitado un entorno social menos aparente, el adjetivo con el que cualquiera hubiese definido a Gabriel Cifuentes habría sido patético: patético como un viejo en un asilo público un domingo por la tarde, solo, sin visitas. Sentado en una silla de plástico con publicidad de Coca-Cola sobre el respaldo, de cara a una carretera viendo pasar coches.

—Descuide, le entiendo. ¿Bea les ha hecho sufrir?

—Sí, ya lo creo. A mí mucho, pero más que a nadie a mi mujer, sobre todo cuando la pobre tenía los cinco sentidos, ahora ya le da igual ocho que ochenta. —Tras su metedura de pata, ahora hablaba mucho más calmado, casi ensimismado—. Señor Vega, ¿ha oído usted hablar del mal holandés?

A Víctor le sorprendió la pregunta. Hizo memoria.

—Bueno..., creo recordar que sí. ¿Se refiere a esa teoría económica que afirma que algunos países, al disponer de grandes recursos naturales, acaban empobreciéndose porque confían demasiado en ellos y no invierten en formación y

desarrollo?

—Eso es, señor Vega, veo que es usted un hombre leído. —Sonrió con aplomo—. Pues yo creo que el mal holandés no solo afecta a los países, algunas mujeres también lo padecen: demasiada belleza en una mente femenina inmadura es tan peligrosa como demasiado petróleo en un país inmaduro. Y, por desgracia, mi hija Bea no tiene la madurez de Noruega... sino la de Venezuela.

Al viejo se le entristeció durante unos segundos la mirada, pero de inmediato endureció el rostro para zanjar aquella contrariedad.

—De jovencita Bea nos volvía locos, sin estudiar, saliendo de noche y volviendo borracha, siempre andaba con chicos a los que toreaba a su antojo... La naturaleza le ha dado un físico espectacular y una personalidad arrolladora, y siempre se ha aprovechado de ambos para conseguir lo que ha querido sin esforzarse. Lo que le decía antes, el mal holandés. En una ocasión incluso tuve que ir a por ella a comisaría, en una redada la habían pillado con marihuana y cocaína en una discoteca de mala muerte... Nos ha hecho padecer mucho a su madre y a mí.

Suspiró resignado, olvidándose por un instante de su aura viril.

—Por suerte, el deporte la centró un poco, y el ser madre, mucho más aún. Pero su naturaleza es salvaje y la cabra tira *pal* monte: Bea siempre ha hecho lo que le ha venido en gana, es tan..., es tan como yo.

—¿Como usted? —Víctor sintió un regusto amargo en el estómago.

—Sí, como yo. —Se quitó las Carrera—. Por eso me odia tanto, porque se da cuenta de que su esencia es como la mía, dominante.

El rostro del anciano había recuperado su fiereza natural.

—Ante una amenaza hay animales que huyen y se refugian, otros pelean. Bea y yo siempre peleamos. Por eso la pobre lucha y lucha... contra lo inevitable: lleva mis genes y mi carácter dentro de ella, y eso le reconcome las entrañas.

A Víctor, sin saber por qué, un escalofrío le recorrió la espalda.

—La verdad es que lo que más me enorgullece de mis hijas es lo mucho que se quieren a pesar de ser tan diferentes. Moriría la una por la otra. Se protegen, cada una a su manera. Cuando Bea volvió con la criatura de su... aventura americana, llamémoslo así, Ana los acogió con los brazos abiertos. A ese niño y a su madre sé que no les faltará nunca de nada gracias a ella. De hecho, Ana incluso obligó a su hermana a ir a un loquero, uno de esos psicólogos que están ahora tan de moda.

Rio para sí, condescendiente.

—Yo me burlaba, pero he de reconocer que creo que le está haciendo bien... la estabiliza. Bea en el fondo no es mala chica, algo impulsiva..., y adora a su hermana, y la protege... a su modo.

—¿De qué modo?

—Bea es más..., más básica que Ana. Más física. Yo diría que más masculina. —Su tono de voz se encabritó—. ¡Qué demonios! ¡Bea es un maldito macho alfa! ¡Es como yo! Ella no se calla nunca nada, y le trae sin cuidado lo que los demás piensen

de sus opiniones. Así es su protección hacia los que quiere, muy instintiva, animal. Ana es la reina de la esgrima... A Bea no le gusta el florete, prefiere los guantes de boxeo.

Su rostro marcial ahora delataba orgullo.

—Por cierto, debe de estar ya abajo esperándome con el coche. Le pedí que pasara a recogerme para llevarme a casa. Si quiere, acompañenos y seguimos charlando por el camino.

Víctor intentó convencerse de que el cosquilleo en el estómago que empezaba a sentir no tenía nada que ver con que estuviese a punto de volver a ver a Bea: consideró que era, junto a los ligeros mareos que padecía muy de vez en cuando, una secuela más de su reciente accidente de tráfico.

—Perfecto, vamos para allá.

Bajaron en el ascensor hasta el vestíbulo y lo cruzaron a buen paso. El viejo respondía con un ligero cabeceo y una sonrisa untuosa a los saludos que recibía de otros socios. Cuando alcanzó al conserje de librea circense, le dio unos cachetitos afables en la mejilla.

—Manolito, este sábado ve preparándote, que os machacamos en el Calderón... ¿Sabes lo que hace un colchonero cuando acaba de ver a su equipo jugar la Champions? Se despierta a toda prisa y se viste: hay que desayunar antes de irse al trabajo.

Parecía disfrutar con aquella campechanía popular, de forma folclórica, como se disfruta un día de colecta contra el cáncer cuando eres rico: sabedor de que en pocos minutos toda esa vulgaridad que otros habitan estará lejos de ti.

—Señor Cifuentes..., cómo son ustedes, los del Madrid..., siempre de broma...

Ya casi en la entrada, ante el imponente portalón de cuatro hojas de hierro forjado, el viejo cogió con suavidad del brazo a Víctor.

—¿Ve usted estas esculturas?

Cuatro soberbias estatuas de Venus les observaban, una desde cada esquina del vestíbulo, rodeándolos majestuosas.

—Mi querido Víctor, le voy a confesar un secreto, me ha caído usted bien. Es osado sin ser maleducado, ni ensalza para agradar, y eso a un viejo como yo le gusta. Y además es pillo, y eso aún me gusta más. —Rio estruendoso sin soltarle el brazo—. Estas estatuas son huecas. Fueron un regalo de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, pero los muy miserables regalaron los moldes; las esculturas originales están en el Louvre y en el Prado. La paradoja es que son perfectas, son los mejores custodios del edificio que pudiéramos imaginar, ¿y sabe por qué?

Ahora sonreía enroscado e intrigante.

—Porque estas estatuas que vigilan el Casino de Madrid son tan falsas y huecas como casi todos los socios que hay dentro, yo incluido. Son tan solo apariencia.

Ante la mirada incrédula de Víctor, sonrió suntuoso antes de rematar con el estoque.

—Señor Vega, no ponga esa cara, lo mejor que podemos hacer en esta vida es ser conscientes del cliché que habitamos, y disfrutarlo en vez de evitarlo. Recuérdelo siempre.

Encantado con su metáfora, siguió caminando hacia el portalón con donaire de dandi crepuscular. Víctor echó en falta que algún diente del viejo emitiese un destello, a la manera de las estrellas de cine del Hollywood más decadente, pero el destello no se produjo. Se había confundido en su primera valoración: Gabriel Cifuentes no era un cretino, era un cínico, lo cual aún le hacía más desagradable. Un Twingo azul se detuvo de un frenazo frente a la entrada.

—Subid. Hola, Víctor, ¿qué tal?

Gabriel se sentó en el asiento del copiloto, con su elegante traje blanco y su enorme ego completamente desacoplados dentro de aquel minúsculo cochecito. Víctor pasó al asiento de atrás.

—¿Dónde quieres que te deje?

—Vuestra casa me va bien, quería acercarme al Zara de Serrano.

Mintió para poder hacer el viaje con ellos. Bea arrancó.

—¿Ya estás bien? Ana me dijo que tuviste un accidente de tráfico.

—Todo bien. El único que salió malparado fue el coche.

Hicieron el resto del camino en medio de un silencio incómodo. Víctor, desde atrás, observaba a padre e hija. ¿Eran realmente tan parecidos como el viejo decía? A simple vista se respetaban el uno al otro como si cohabitasen en una especie de guerra fría. Gabriel se agarraba con fuerza al tirador de la puerta, mientras su hija conducía a trompicones entre el tráfico intenso. Cuando llegaron a la casa, ella frenó en seco y se giró hacia Víctor.

—¿Te apetece que nos vayamos a cenar?

Él no se lo esperaba. Intentó mostrar aplomo.

—Perfecto, si dejas que invite yo.

—Eso ya lo veremos. Pasa delante, no quiero parecer un taxista. Papá, dile a Berto que si vuelvo y me dice Lucre que se ha dejado un solo guisante en la cena, mañana le doy diez pellizcos de monja.

El viejo no respondió. Ni tan siquiera se giró para despedirse de su hija o de Víctor. De repente parecía enfadado. Bajó del coche y caminó con cara de pocos amigos hacia la puerta de la casa. Al segundo, el Twingo volvió a salir disparado.

No hubo cena. En el primer semáforo en rojo en el que se detuvieron, el de Ortega y Gasset con Serrano, Bea se giró hacia Víctor y le dio un beso lento y jugoso. Sin mediar palabra siguió conduciendo. Así, en silencio, aparcó en el callejoncito del Marqués de Casa Riera y dos minutos después estaban frente al portal del estudio de la calle de Alcalá. En el ascensor Víctor intentó hablar, pero ella le tapó la boca con dos dedos y volvió a enroscarle un beso que no admitía discusiones. Del mismo modo, en silencio, se metieron en la cama y estuvieron practicando un sexo intenso,

pero torpe por culpa de la novedad. Al final, extenuados, se tumbaron boca arriba desnudos y con la respiración aún agitada.

—¿Haces esto habitualmente?

Ella lo miró, desafiante, como siempre.

—¿El qué? ¿Follar?

—Pues... —Él no encontraba la palabra adecuada, se arrepentía de haber sentido la necesidad de romper el silencio—. Tomar la iniciativa.

—¿Quieres que te diga que no y así te hago sentir especial? —Ella se rio sin maldada mientras se levantaba para ir al baño.

Tenía un cuerpo espléndido, moldeado por el deporte hasta su punto justo. Tiró de la cadena y al minuto ya estaba de nuevo en la cama.

—Víctor, desde que me viste entrar por esa puerta, te morías de ganas de que esto pasara. Qué importa quién tomase la iniciativa.

A él le pareció atisbar un ápice de cariño en sus palabras, pero quizás habían sido imaginaciones suyas.

—¿Que yo quería acostarme contigo? No, qué va, estás loca, estoy muy acostumbrado a que mujeres imponentes se duchen desnudas delante de mí a los cinco minutos de haberlas conocido.

Ambos rieron la ironía. Tendidos en la cama, ninguno acariciaba al otro. Él lo hubiese hecho, pero no quería dar su brazo a torcer ante aquella mujer esquiva y testaruda.

—Si a tu hipertrofiado ego masculino le sirve de consuelo, te diré que ha sido el mejor polvo que he pegado con un hombre en años.

Víctor alzó los ojos.

—Vaya, marcaré una muesca más en la culata de mi revólver. Otra mujer satisfecha. Solo me asusta lo de «con un hombre», ¿el sexo con dos o tres hombres lo puntuamos aparte?

Él la miraba con cara de broma, pero temeroso de su respuesta. Bea por primera vez le acarició el cabello, muy seria.

—El sexo de una mujer con otra mujer es otro mundo. Ni mejor ni peor, está sencillamente en otra dimensión, no puede compararse.

La seguridad en sí mismo que Víctor creía tener con el sexo femenino se desmoronaba ante Bea. Ella lo notó.

—Víctor, en esta vida hay que probarlo todo.

Esa mujer tenía la habilidad especial de ser capaz de descolocararlo con tan solo una frase. Víctor utilizó el sentido del humor como estrategia defensiva.

—¿Todo? ¿Equipos de fútbol? ¿Caballos?

—Lo mejor, tripulaciones enteras de balleneros recién desembarcadas.

Volvieron a reír. Ella le dio un beso en la axila y se puso seria de nuevo.

—Lo que no quiero es que te encapriches de mí.

Él sintió la necesidad de defenderse.



—¿No te parece un comentario un poco pretencioso?

—Ese brillo en los ojitos de un hombre lo conozco bien. Yo ya te lo he advertido, no te obsesiones conmigo. Es solo sexo, eso es todo: quizás vuelva a pasar o tal vez nunca más nos acostemos. Solo quiero que lo tengas claro y no empieces a fantasear con cosas raras.

—¿Obsesionarme contigo? —Por primera vez desde que, muchos años atrás, había empezado a tener relaciones con mujeres, el profesor tenía la desagradable sensación de haber sido utilizado—. No sé de qué me hablas, creo que te estás precipitando un poco.

La dignidad herida de Víctor intentaba sobreponerse a trompicones. Ella cogió con fuerza su barbilla para enfiarle la mirada.

—Tú y yo sabemos de qué estoy hablando. En cuestiones sentimentales nunca escucho lo que dice la boca, es una puta mentirosa: escucho lo que dicen los ojos, jamás engañan a quien sabe leerlos. Conmigo no necesitas interpretar el papel de macho remacho español, me parece ridículo. Prefiero que seas tú mismo. De hecho, me gusta que seas tú mismo... Cuando juegas a tipo duro, me pareces igual de acomplejado que el noventa y nueve por ciento de los hombres de este país.

La mirada de ella era sólida, material.

—Ese modelo de masculinidad siempre me ha parecido propio de hombres acomplejados, no de hombres complejos..., y a mí, Víctor, los que me gustan son los hombres complejos. Es mejor que lo sepas.

Él intentó mostrarse tan civilizado como Bea le pedía, pero su orgullo había salido maltrecho de aquel trance: no estaba acostumbrado a que le rechazaran, ese normalmente no era su papel en las relaciones.

—Bueno, menos mal que el polvo te ha gustado, algo es algo. ¿Le contarás al psicólogo al menos que me has conocido, o no he dejado suficiente huella en ti?

Bea lo miró retadora. De repente le lanzó un salvavidas con forma de sonrisa.

—Oye, no te pases, tampoco el polvo ha sido tan increíble.

Al enfrentar la ironía con sentido del humor, ella le desarmó de nuevo. Rieron y él no pudo resistirse a apoyar la cabeza sobre su vientre. Era hora de cambiar de tema de conversación.

—Lo del psicólogo me lo contó tu padre. Espero que no te importe, sé que me estoy transformando en una mosca cojonera.

—Ya suponía que había sido él, ya te dije que es un bocazas y un gilipollas. Pero no me importa, no es ningún secreto. Ana me lo pidió y no me pude negar..., aunque creo que ella lo necesita más que yo.

Víctor alargó el brazo hasta la mesita y cogió un cigarrillo. Lo encendió y volvió a apoyar la cabeza sobre el vientre de Bea: la lámpara, desde arriba, podía ver sobre la gran cama una «T» humana.

—Veo a tu hermana muy mal. No está llevando bien toda esta historia de los manuscritos misteriosos.

—Ana siempre ha sido débil, se derrumba con facilidad. Y el problema es Antonio, no es ningún apoyo para ella, todo lo contrario.

—¿Por qué se casó con él?

Durante unos segundos la pregunta se quedó suspendida en el aire, haciéndole compañía a los círculos de humo que Víctor trazaba con el compás de su boca.

—Ya te lo dije, porque es débil. No soportaba la soledad y la ausencia de Hugo..., y en lugar de enfrentar el vacío, quiso rellenarlo con el primer cretino que se cruzó en su camino. Ya sabes, la gilipollez esa de que una mancha quita otra mancha: una mancha encima de otra mancha lo único que consigue es que la camisa acabe hecha una mierda.

Ella hablaba con un aplomo apabullante. Apoyado en su vientre, Víctor observaba cómo los círculos de humo abrazaban a las molduras de escayola. Bea le parecía más sensata de lo que le habían anticipado.

—¿Qué opinas tú del origen de los manuscritos?

Se hizo un silencio largo y espeso.

—¿Que qué opino? —Una mueca de escepticismo, que tan solo pudo contemplar la lámpara desde el techo, se dibujó en el rostro de Bea—. La verdad es que no tengo ni idea de quién puede estar enviándolos. De lo que sí estoy segura es de que Hugo no es; está muerto y bien muerto. Las pruebas forenses no engañan. El problema es que Ana no es capaz de olvidarlo y se agarra a un clavo ardiendo. Si no fuese por toda esta mierda de los manuscritos anónimos, deberíamos exhumar el cadáver y que la Guardia Civil volviese a hacerle las pruebas, para que Ana se quedase convencida. El problema es la cantidad de explicaciones que tendríamos que dar y lo peligroso que es revolver el asunto: si llegan a enterarse de que los libros publicados no los ha escrito Hugo, podría armarse una buena, en menuda mierda se metería mi hermana, hay millones de lectores por todo el mundo que lo idolatran. A mí la única explicación que se me ocurre es que algún admirador de Hugo, un friki rayado pero muy brillante, escribe los libros y, como se le va un poco la pinza, quiere que se publiquen con el nombre de su autor amado. Por eso los envía sin exigir nada a cambio.

—Ya pensé en eso, Bea, pero no. El estilo literario es tan homogéneo, tan brillante... Además, el esfuerzo que supone escribir todas esas obras, el dinero que están generando, creo que ningún loco, por trastornado y obsesionado que esté por su ídolo, sería capaz de soportar tanto tiempo ese anonimato. Hay algo más detrás de todo este misterio.

—Tal vez sí, Víctor, pero a mí no se me ocurre qué.

Él se incorporó para mirarla fijamente. Sus ojos de gata china le ofrecieron confianza.

—¿Qué pasa, Víctor? ¿Por qué me miras así? Ya te dije que no te enamoras de mí.

Empezó a reír, pero esta vez él no la acompañó. Alargó el brazo y sacó del cajón

de la mesita el poemario. Marcando la página donde estaba la anotación de Hugo, reposaba su fotografía y una fotocopia que Víctor había hecho de la carta. El original se lo había enviado a Paloma.

—Quiero enseñarte algo, me gustaría conocer tu opinión. Esta carta la encontró hace unas semanas tu hermana en su bolso, no sabe cómo llegó hasta allí. Es la letra de Hugo.

Bea leyó la carta y su rostro fue mudando hacia el estupor.

—Esto es..., esto es incomprensible. Hugo está muerto... —Levantó la vista y lo miró aturdida—. Pero según esto podría pensarse que está vivo y escondido, escribiendo los libros y enviándoselos a Ana.

—Eso parece. Pero ahí no acaban los indicios en esa dirección.

Le contó las averiguaciones que Santa Tecla había hecho analizando el disco duro del viejo ordenador Olivetti. Bea habló excitada.

—Víctor, eso podría significar que Hugo simuló su muerte, recuperó los archivos del ordenador y se los envía de manera anónima a Ana. —Le brillaban los ojos—. Te aseguro que estoy alucinando.

—No podemos ir tan deprisa, hay puntos débiles en esa teoría. ¿Por qué ir tras la tormenta a por sus archivos? Si hubiese querido simular su muerte, podría haberlos cogido antes, sin arriesgarse a que alguien lo viera luego acceder a este apartamento cuando se suponía que estaba muerto. Y por otra parte, si quería desaparecer, ¿por qué levantar sospechas luego enviando los manuscritos?

Bea parecía pensar intensamente. Al final habló.

—Quizás no planificó su desaparición, se le presentó la oportunidad con la tormenta y la aprovechó. Luego se dio cuenta del éxito de *Botavara* y decidió seguir ayudando a Ana con los otros libros. —Se mordía el labio—. Pero está el problema de las pruebas forenses...

—En efecto, ese es un gran escollo en nuestra teoría, por eso la contemplo solo como una hipótesis más de trabajo. En cualquier caso, si se confirmase, que es mucho suponer, tendríamos que averiguar la causa por la que Hugo desapareció para luego volver a aparecer a través de su literatura. Hay muchas cosas que no veo claras. En realidad no veo nada claro..., y a alguien le está molestando mucho que empecemos a hacer indagaciones.

—¿Por qué dices eso?

Víctor le explicó su desagradable encuentro la noche que llegó a la buhardilla y el intento fallido de matarlo sabotando su coche.

—¿¿Cómo dices?! ¿Intentaron matarte?!

La expresión de Bea denotaba asombro y temor.

—¿No me digas que te preocupa que puedan matarme? Tal vez deberías empezar a hablarle a tu psicólogo de mí...

Bea ignoró la sonrisa vanidosa y habló muy seria.

—Esto está dejando de ser una broma... No creo que valga la pena que te juegues

la vida por una obsesión de mi hermana.

A Víctor le pareció que en el duro caparazón de Bea se había abierto una pequeña brecha: lo disimulaba, pero era obvio que no le era indiferente lo que le sucediese a él.

—Bea, voy a llegar en esto hasta el final. No es ya solo por tu hermana. Es por mí.

Le hubiese dado un beso, pero se contuvo y le alargó el poemario de Hans Neustädter.

—¿Te dice algo esa frase que Hugo escribió junto al poema? Por lo visto era importante para él, es la única nota que hizo en un libro, revisé toda su biblioteca.

—*A veces inventamos personas, y las inventamos tan bien y tan a nuestra medida que se hace muy difícil olvidarlas. Y muy doloroso. Es como si mataras algo en tu interior, porque, en efecto, solo es allí donde han habitado.*

Bea leyó despacio y reflexionó unos segundos.

—La verdad es que no tengo ni idea de qué puede significar esto. Es como si estuviese arrepintiéndose de haber conocido e idealizado a alguien al que, con el tiempo, desmitificó completamente.

—Sí, esa es una opción. Todos nos hemos desengañado alguna vez con alguien al que sin querer habíamos puesto en un pedestal. En ese sentido, tal vez estuviese refiriéndose a tu hermana Ana, a que se desenamoró de ella. Otra alternativa para explicar la frase es que Hugo acabase arrepintiéndose de haberse inventado a sí mismo.

—¿Qué quieres decir?

—Por lo poco que sé de tu cuñado, parecía obsesionado por pasar desapercibido y ocultar su pasado. Odiaba que le hiciesen fotos, ir a actos públicos, que le preguntasen sobre su vida anterior... Se me ocurre que tal vez en un momento dado de esa vida anterior se reinventó, montando una identidad nueva. Es solo una idea.

Ella de nuevo se quedó pensativa.

—Puede ser, es cierto que Hugo nunca hablaba con nadie de su pasado..., pero esto supondría que, de ser cierta la hipótesis de que en la tormenta Hugo quiso simular su muerte, estaría realizando su segunda reinvención. —Ahora Bea miraba la fotografía con atención—. Parece ser que Hugo era un tipo más retorcido de lo que aparentaba... No conocía esta foto, es muy buena.

—Me la ha dejado tu hermana. Un robado, que, por cierto, no le hizo ninguna gracia a Hugo.

Ella la miraba ensimismada.

—La verdad es que él era un gran tipo..., nuestra familia se hizo más..., más humana con su llegada. Es una lástima que todo se fuese a la mierda, mi hermana no ha vuelto a levantar cabeza.

—Bea, ¿puedo preguntarte una cosa?

—Claro, adelante. Después de pasarnos la tarde follando, creo que es lo mínimo

que te debo.

De nuevo Bea se escondía tras su caparazón. Víctor empezaba a conocerla: a veces utilizaba el sentido del humor, otras veces el sarcasmo, en ocasiones la agresividad. Todo eran defensas.

—Quiero ir a Denia y Jávea para repasar sobre el terreno qué pasó el día de la tormenta. Hablar con la gente del puerto y con la Guardia Civil que llevó a cabo la investigación. Quisiera pasar allí cuatro o cinco días. Me gustaría que me acompañases y que me enseñases vuestra casa del acantilado, por lo visto era un sitio muy especial para Hugo. ¿Te apetece venir conmigo y ayudarme en esto?

Ella siguió mirando la fotografía como si no hubiese escuchado la propuesta. Él confirmó que no era de esas mujeres que dan su brazo a torcer con facilidad.

—Lo de la carta de Hugo me ha dejado alucinada, sugiere que podría estar vivo...

—No nos precipitemos todavía, Bea. Pero esa no es la cuestión ahora, ¿te vienes conmigo o no?

Ella le clavó la mirada en el entrecejo. Dudó. Se levantó de la cama, cogió un cigarrillo de la mesita y, mientras aspiraba con fuerza, mareó sus dudas con el humo.

—De acuerdo, te ayudaré. Pero recuerda...

—Sí, lo sé... «Por favor, no te enamores de mí», ya me conozco esa cancioncita, suena a bolero rancio. Pero estate tranquila, con lo insoportable que puedes llegar a ser, no creo que corra un gran riesgo.

Rieron, él le dio un beso y empezaron de nuevo a hacer el amor.

Ella se fue del apartamento de madrugada. Víctor durmió hasta el mediodía, estaba agotado. Tras levantarse puso una cafetera al fuego y decidió que iría a alquilar un coche y a comprar provisiones. Según le había dicho Bea, en el chalé de Jávea no había nada comestible, estaba cerrado desde que Hugo murió. Si es que había muerto.

Con el café en la mano, salió a la terraza de la buhardilla y se apoyó en la balaustrada. El bullicio de Alcalá empezó a empaparle desde abajo. El día era espléndido, primaveral y soleado, y acababa de pasar la noche con una mujer que, además de gustarle por fuera, le gustaba por dentro. Mientras observaba la estatua de Minerva, se regodeó en la euforia un tanto primitiva de macho exitoso tras la conquista. Pero la diosa de la sabiduría cumplió con su cometido, porque Víctor, a los pocos segundos de estar contemplando la estatua, advirtió que la euforia que experimentaba era ridícula: él no había conquistado nada ni a nadie. Bea decidió qué, cuándo y cómo. Quizás por eso le gustaba tanto.

Tras una ducha bajó a la calle y, al salir a Alcalá, comprobó que el portero no estaba ni en su mesa ni en la acera. Torció por el callejón de Casa Riera y cinco minutos después ya estaba en el colmado regentado por la familia pakistaní. Como no sabía los gustos de Bea, cargó con un poco de todo. Más dos sepias congeladas que se cenaría él esa noche.

—Perdone, ¿tiene polvos de talco?

—Yo tener de todo. Ahí, Ausonia.

Cogió también dos botellas de Ribera del Duero y un *pack* de cervezas Franciskaner, y así, bien cargado, salió a la calle en dirección a la buhardilla. Por la tarde alquilaría el coche. De vez en cuando giraba la cabeza y miraba a su alrededor, para encontrarse con la más absoluta soledad: desde el incidente del coche estaba inquieto, pero había decidido que no iba a hacer nada más que estar atento. Solo mantener la guardia en alto. La sugerencia de Paloma sobre llevar un arma era una opción que por el momento descartaba, no era su estilo. Además, hubiese significado solidificar el miedo en un pedazo de metal.

—El miedo, al igual que el amor, si no se solidifica en un acto o se verbaliza en una palabra, puedes llegar a convencerte de que no existe.

Murmurando las palabras de Hugo Mendoza, entró en el portal del edificio Zurich topándose de bruces con el portero: sesentón, calvo, bajito y corpulento, le sonreía con sus dientes garrapiñados como si fuese un tonelete bonachón y simpático.

—Usted debe de ser el nuevo inquilino de doña Ana, ¿verdá?

Olía a alacena cerrada, llena de pan de pueblo ya duro.

—En efecto, pasaré aquí una temporada. Soy Víctor Vega.

Le tendió la mano. El portero se sorprendió ante el gesto, pero enseguida se la estrechó efusivo.

—Eustaquio López, para servirle. —Seguía aferrado a la mano, agradecido como un destripaterrones cachazudo al que el señorito ha piropeado tras él levantarle una perdiz—. Pues me alegro mucho de tenerle como vecino, un apartamento tan *apañado* es una lástima que esté *cerrao* tanto tiempo. ¿A qué se dedica *usté*, si no es indiscreción?

—Soy profesor de Literatura. He venido para trabajar con la familia Cifuentes, estamos preparando la biografía de Hugo Mendoza.

—¿Del señor Mendoza?! Vaya alegría que me da, mire que me caía a mí bien don Hugo, siempre tan sencillo y *educao*. —Se acercó a Víctor con ojillos confidentes y bajando el tono de voz—. Es que la gente de aquí es muy *estirá*, ya se dará usted cuenta, y por eso el señor Mendoza me caía tan bien. Fue una lástima *mu* grande todo lo que le pasó.

Víctor dejó las bolsas sobre la mesa de mármol y se apoyó en ella predispuesto a conversar. El portero se relamió de gusto.

—¿Entonces conoció usted al señor Mendoza? Pues me interesa su opinión, una biografía debe abarcar todos los aspectos del personaje.

—¿Qué si le conocí?! ¡Pos claro! —Pareció tomar conciencia de que su reacción tal vez había sido demasiado apasionada—. Bueno, él era muy *reservao*, esa es la verdad, pero siempre tenía una palabra amable. No era hablador, pero buena gente sí que era, *mu* buena gente...

—¿Lo vio alguna vez con alguien? ¿Recibía visitas?

Se quedó pensativo.

—Eso es curioso..., en *tos* los años que estuvo por aquí, nunca vino nadie a verlo. Ahí no subía ni el Espíritu Santo. Don Hugo se pasaba el día solo, con sus libros y sus papelorios..., bajaba al bar, comía algo, y volvía a subir. Mala cosa, tanto libro y tan poco palique.

—¿Ni siquiera una chica para la limpieza? ¿Algún amigo?

Eustaquio apretó los labios: negaba con la cabeza solemne y grave, como si estuviese testificando en los juicios de Núremberg.

—Nadie. Hágame caso, señor Vega, que a mí no se me escapa *na*: ahí no subía nadie. Bien que me alegré cuando se hizo tan famoso..., con las horas que echaba ahí arriba escribiendo y escribiendo... y luego morirse de una manera tan triste. Y es que no somos *na*, venimos a este mundo de viaje, a pasar un rato *na* más...

Víctor calló al advertir que Eustaquio parecía ser de esas personas que en un silencio de su interlocutor lo único que ven es una oportunidad para seguir hablando.

—Aunque, señor Vega, si quiere que le diga la verdad, yo me veía venir que algo malo iba a pasar.

Volvió a bajar el tono de voz y a esculpir un rostro confidente, como si fuese un miembro de la *résistance* que en cualquier sombra atisbase a un agente de la Gestapo.

—¿Qué quiere decir?

—Yo no debería contar *na*, en mi trabajo hay que ser *mu* discreto... y yo otra cosa no, pero a profesional no me gana ni el más *planta*.

Estaba deseando hablar. Víctor le ayudó.

—Eustaquio, me gustaría que entendiese que esta biografía es la *primera* y *única* autorizada por la familia, y voy a citar todas las fuentes que colaboren en ofrecer una visión del artista lo más amplia posible.

Al portero los ojos le hicieron chiribitas.

—Bueno, bueno, si es por cultura y *to* eso yo creo que debo contárselo. De hecho, si la Policía hubiese venido a preguntar, yo enseguida hubiese *colabora*, pero nadie apareció por aquí y a mí en líos no me gusta meterme..., y es que yo soy *mu* discreto, señor Vega, *demasia*, dice mi mujer, pero yo le contesto que...

—Eustaquio —Víctor embridó al portero para reconducir la conversación—, ¿por qué dice que veía venir que algo malo iba a pasar?

—Pues miré, yo no soy muy leído... La verdad, el único libro que he leído en mi vida es el de la instrucción militar cuando hice la mili en Lugo. A lo *mejó* lo que le cuento le parecen cuentos de ignorante, pero...

Víctor estaba intrigado.

—No se preocupe, Eustaquio, cualquier cosa puede sernos útil para rehacer la vida de Hugo.

—¿Sí? ¿De *verdá*? —Miró ilusionado—. Pues mire, a lo que me refería yo es a que, un año antes de la muerte del señor Mendoza, apareció rondando por aquí un pajarraco de mal agüero.

—¿Un..., un pájaro de mal agüero?

—Le explico. Yo soy de pueblo, don Víctor. De Fresnedelo, provincia de León. ¿Conoce usted? ¡¿No?! Madre mía lo que se pierde, ¡aquello sí es vida! Es un pueblito, pero tenemos *ganao* y prados que...

—Eustaquio, ¿y el pájaro de mal agüero?

La interrupción recentró al portero.

—A eso iba, don Víctor, que en el pueblo a esas cosas les hacemos mucho caso: nada sucede por casualidad. Al señor Hugo alguien no le quería bien, y eso acabó por pasarle factura..., yo creo que le trajo la desgracia. El otro día en la tele en un reportaje oí que le llamaban a eso *vampiros energéticos*, arrea... Si se te arrima uno de esos, te roba *toa* la vida, te trae la desgracia. Lo de *vampiros energéticos* suena *mu* americano, pero en el pueblo nosotros hemos *llamao* a eso *toa* la vida *pajarracos de mal agüero*.

—¿Quién se arrimó al señor Mendoza?

El portero estaba encantado con la atención recibida.

—Pues *to* empezó un año antes del accidente. Yo al principio no me di cuenta, usted no sabe la gente rara que pasa *tos* los días por esa acera, pero empezó a rondar el portal un tipo extraño. Nunca le vi la cara, se cuidaba mucho de acercarse cuando yo estaba, pero le *jipié*..., bueno soy yo. Era alto, flaco y siempre *vestío* de negro, con mal color de cara... Yo creo que a ese el hígado no le marchaba a la hora. Pantalones y chaqueta *mu* finos, de gente bien, y negros, hasta la camisa la llevaba siempre oscura. Con el pelo blanco..., andaría por los cincuenta largos.

—¿Lo reconocería si volviese a verlo?

—No, qué va, ya le digo que nunca se dejaba ver la cara de cerca. Si yo estaba en la portería, ni se arrimaba. Andaba disimulando al otro lado de la calle, viendo escaparates, haciendo como que esperaba a alguien..., pero sin quitarle ojo a la portería. A mí no se me escapa *na*.

Orgulloso, infló el pecho como si fuese una gran bota de vino.

—Pero hay algo que no entiendo, Eustaquio, ¿qué tiene que ver ese misterioso hombre de negro con Hugo Mendoza?

—Le explico. Cuando me di cuenta de que ese tipo rondaba mi portería, fui yo el que empezó a no quitarle el ojo de encima a él. Y noté que siempre aparecía cuando don Hugo estaba en el estudio. Lo tenía *comprobao*: era llegar el señor Mendoza, y a los cinco minutos empezar a revolotear esa urraca. Un día que desaparecí de la portería cinco minutos para ir a comprar tabaco, al regresar, lo vi curioseando en los interfonos. Estoy seguro de que husmeaba a ver cuál era el timbre de la buhardilla... Pero esa urraca era *mu* prudente: yo apreté el paso para sorprenderlo, pero antes de llegar debió de verme por el rabillo del ojo y se largó ligerito, dándome la espalda y con la cabeza gacha.

—¿No le dijo nada al señor Mendoza de todo esto?

—Pues al principio no, porque quería estar seguro. Pero don Hugo debió de darse



cuenta él mismo, porque el último año le cambió el carácter. Él, siempre tan amable y *educado*, con una palabra agradable al llegar y al irse, se volvió *mu seco*. Parecía siempre *asustado*, incluso llegó a perder peso... y, vaya coincidencia, justo le cambia el carácter cuando empieza a rondar por aquí el pajarraco ese.

Víctor escuchaba con atención; la anécdota cuadraba con las apreciaciones de Ana sobre el abatimiento de su marido un año antes de su desaparición: el misterioso hombre de negro parecía ser el causante.

—Al final decidí hablar con el señor Mendoza. Le dije que estaba *preocupado* porque parecía rondarle el tío raro ese... De hecho, le pregunté si quería que llamase a la Policía si lo volvía a ver por aquí. Si *usted* hubiese visto la cara de susto que se le puso..., más blanco que esos jarrones de yeso —señaló las hornacinas del vestíbulo—. Le dije que si no quería que se metiese la Policía, mi hijo y un amigo podían darle un susto al viejo..., se conocen del gimnasio de Malasaña, son buenos chicos. *Na grave*, solo dos hostias bien *pegás* para que a esa urraca se le bajasen los humos... Es que no se *pue* ir por ahí molestando a la gente de bien. ¿No cree *usted*? Pero don Hugo dijo que me olvidase, que *to* eran imaginaciones mías. Al ponerse así, pues yo me callé, ya se lo dije, don Víctor, a discreto a mí no me gana nadie.

—¿Y qué pasó con el hombre de negro?

—Pues lo que pasa siempre, don Víctor... Si usted se hubiese *criado* como yo, entre los abuelos de Fresnedelo, lo sabría.

Ante la mirada curiosa de Víctor, el portero continuó, pedagógico y condescendiente.

—El pájaro de mal agüero, una vez se ha *cagado* bien *cagado* en el nido del infeliz, desaparece: fue morir el pobre don Hugo y no volvérselo a ver el plumajo por aquí nunca más a la urraca esa. Se esfumó.

Víctor alquiló un Saab 9-3 Cabrio color *champagne*. Se esperaban unos días primaverales en la costa mediterránea, y le apetecía replegar la capota y conducir con el viento en la cara. Un pequeño capricho. Eran las ocho de la mañana y, tal como habían acordado, le hizo una llamada perdida a Bea en cuanto aparcó frente al palacete del barrio de Salamanca. Pero ella se retrasaba. Sentado en el coche esperando a que apareciese, dudó sobre cómo debía saludarla. Le había asaltado una desazón parecida en otras ocasiones, cuando quedaba para tomar un café con alguna chica prácticamente desconocida, dos o tres días después de haberse acostado con ella. En esos casos siempre dudaba en el saludo: darle dos besos en las mejillas podía parecer frío teniendo en cuenta que habían tenido sexo juntos, y en ocasiones incluso se habían corrido abrazados. Pero un beso superficial en los labios encerraba tanto cariño que la escasa complicidad del sexo solo físico lo volvía ridículo. ¿Lo que habían tenido había sido sexo solo físico? Ella decía que sí... Parecía evidente que el saludo adecuado eran dos besos en las mejillas. Sin embargo, Víctor había estado pensando tanto en Bea durante los últimos días, habían pasado tanto tiempo juntos en

su mente, que de manera intuitiva le hubiese dado un piquito natural al subir ella al coche.

—Hola, Víctor, ¿cómo estás?

Cuando Bea entró en el Saab, se dieron dos besos en las mejillas. Las de ella estaban frescas, se acababa de duchar.

—Disculpa el retraso, Berto se ha puesto tristón al decirle que me iba unos días fuera. Bonito coche, me encantan los descapotables.

—¿Solo traes eso? —Víctor señalaba con la cabeza al pequeño *trolley* que descansaba en el asiento de atrás.

—Soy una chica moderna, me gusta ir por la vida ligera de equipaje. Y no le busques segundas intenciones.

Soltó una carcajada tan fresca como sus mejillas, se puso el cinturón de seguridad, unas gafas de sol Gucci, se giró hacia Víctor y descalabró sus dudas escolásticas estampándole un beso en los labios.

—Guapetón, písale fuerte.

El viaje fue muy agradable. Conversaron sobre multitud de temas intrascendentes a través de los cuales Víctor confirmó sus primeras impresiones sobre ella: tenía una personalidad muy fuerte, unas opiniones definidas sobre casi todo. Pero si se le argumentaba sin dogmatismos, estaba siempre dispuesta a flexibilizar su postura. En otra chica esa adaptabilidad podría haberse interpretado como un intento de agradar a un hombre al que se está conociendo. En Bea parecía ser solo sinceridad.

—¿Para ir a Jávea no tendrías que haber tomado el desvío hacia Alicante? —Los doscientos diez caballos del Saab volaban sobre la autovía, impidiendo descapotar el coche—. Por aquí entramos en Valencia.

—Antes tenemos que pasar por La Eliana.

—¿La Eliana?

—Está junto a Valencia. Allí vive Rebeca, mi exmujer, con mi hija y su nueva pareja. Necesito hablar con ella.

—¿Has estado casado? No me habías dicho nada.

—¿Preguntaste? —Él sonreía—. No solo tú vas a tener secretos.

—Y tienes una hija, ¿de qué edad?

—Seis años. Ahora la conocerás.

Una hora después aparcaban frente a la puerta del chalé. La cancela estaba abierta. Aunque la temperatura solo rondaba los veinticinco grados, toda la familia chapoteaba alrededor de la piscina.

—¡Papá!

Sofía salió corriendo del agua y se abalanzó sobre su padre, que la cogió en volandas empapándose por completo. Jorge y Rebeca se acercaron a saludarlos. Ella escrutaba con disimulo a Bea, sin poder evitar que su cerebro animal estableciese a la velocidad de la luz odiosas comparaciones físicas en las que, muy a su pesar, la guardia civil salió malparada.

—¡Víctor! ¿Cómo estás? Menuda sorpresa. —Jorge le alargaba la mano con sincera cordialidad—. ¡Nos tienes abandonados!

—Y tú ¿quién eres?

Sofía, en los brazos de su padre, esperaba una respuesta con curiosidad. Con casi tanta curiosidad como su madre.

—Soy una amiga de papá, me llamo Bea.

Se hicieron todas las presentaciones. Pasaron la siguiente media hora sentados alrededor de la mesa del jardín tomando una leche merengada con canela que Jorge había preparado esa misma mañana. Sofía acaparaba la atención de su padre, y la conversación era animada y distendida. En un momento dado, la niña cogió a Bea de la mano.

—Ven, que te voy a enseñar una cosa.

La oferta no admitía discusión: las dos salieron caminando hacia la casita de madera que Jorge le había construido a Sofía en el otro extremo del jardín. Al minuto fue él quien se levantó.

—Voy a ver qué hace vuestra hija con Bea. Creo que tu amiga no es consciente de lo terremoto que es Sofía.

Rebeca aprovechó para hablar a solas con Víctor.

—¿Quién es? ¿Tu nueva *amiguita*? —El soniquete era obvio.

—Bea me está ayudando en una investigación, nada más.

—Ya, seguro... La cabra tira *pal* monte, no cambiarás nunca.

—Rebeca, por favor... Con las tetas tan bonitas que has tenido siempre, ¿cómo es que te encuentro hoy tan despechada?

Víctor había respondido a la vez que dibujaba una amplia sonrisa, con la que eliminaba cualquier posible acritud que pudiese contener el juego de palabras. Su exmujer recapacitó unos segundos.

—Perdona, soy una idiota..., pero no me lo esperaba. Cuando llamaste diciendo que pasarías, no mencionaste que vendrías con alguien.

—No sabía todavía si me acompañaría.

—Siendo sincera, he de reconocer que es muy maja. Y guapísima.

Que Rebeca piropease de ese modo a la que sospechaba que era la nueva pareja de su ex era un milagro, y Víctor supo valorar el esfuerzo que eso le suponía. Pero a él no le apetecía hablar de relaciones.

—Sí, la verdad es que es un encanto..., pero es solo una amiga. Rebeca, he venido a pedirte un favor.

—¿Tiene algo que ver con esa investigación misteriosa que has mencionado? Cuando me lo dijiste el otro día por teléfono, pensé: «Si no tenía bastantes líos, se mete en otro».

—Sí, tiene que ver con la investigación, pero no puedo contarte nada al respecto. Lo haría encantado, confío en ti como en mí mismo. —Recapacitó—. No, más que en mí mismo, pero es algo confidencial: la persona que me la ha encargado me exigió

ante todo discreción total.

—Descuida, lo entiendo. —Rebeca estaba intrigada, pero no era guardia civil por casualidad, sabía ser disciplinada—. Solo espero que no te hayas metido en un lío de los tuyos.

—Un lío sí es, pero te aseguro que apasionante. Para empezar, me ha permitido pagar la fianza para no ir a prisión preventiva..., pero no puedo decirte más. Entendería que me enviases a la mierda por pedirte favores sin darte información a cambio.

Ella suspiró.

—Va, habla por esa boquita. Si quieres engatusar a alguien con zalamerías caballerescas, Bea parece muy dispuesta. Conmigo no hace falta, ya te conozco, ¿qué es lo que quieres?

Los dos se sonrieron con cariño.

—De aquí nos vamos a Jávea. Necesito hablar con el comandante de la Guardia Civil del cuartel de Denia, un tal Leopoldo Carrasqueta. Quería saber si podrías llamarle para que nos recibiese y..., de compañero a compañero, pedirle que nos trate como amigos. Necesito que me dé toda la información disponible sobre un asunto delicado, y, seguramente, si voy como un particular anónimo, no me hará ni caso.

Rebeca observaba a su exmarido: no estaba segura de si era debido a los celos que había sentido al verlo llegar con otra mujer, celos que jamás reconocería, pero lo encontró más atractivo que nunca.

—Has nacido de pie, todos los canallas tenéis suerte. Carrasqueta fue instructor mío en la academia, y la verdad es que tenemos una relación personal muy buena. Yo fui su mejor alumna, su ojito derecho.

—¿Qué tal es?

—Buen tipo, un guardia civil chapado a la antigua. Militarote. Recto, disciplinado, serio, pero cordial y siempre correcto. No creo que acabéis yéndoos a tomar chatos de vino y a hablar de mujeres, pero seguro que te trata bien.

—¿Lo llamarás?

—Dalo por hecho, esta misma tarde.

—Eso se merece un besazo.

Se acercó a ella y le estampó un beso en la mejilla. En ese momento ya se acercaban Jorge, Bea y Sofía entre risas, pero ninguno pareció sorprendido ni molesto por la efusividad del arrumaco.

—Princesa mía, papá tiene que irse.

—Nooooooo..., acabas de llegar.

—No me hagas pucheritos, que ya eres mayor, ¿qué va a pensar Bea si te pones a llorar delante de ella?

—A Bea no le importa, ya es mi amiga.

Todos rieron. Diez minutos después el Saab enfilaba de nuevo la autovía hacia el sur. Decidieron desviarse y tomar la carretera de la costa. Tardarían un poco más,

pero así podían descapotar el coche y disfrutar del sol. Víctor condujo por la ciudad de Valencia hasta el viejo cauce del río Turia y de allí a la zona portuaria. El mar rebosaba de lamparones de aceite con olor a cinc.

—¿Por dónde me llevas? —Bea no conocía aquella ruta.

—¿Tenemos prisa?

—Ninguna.

—Iremos por los caminos de la costa; vosotros, los de Madrid, no conocéis esto: autopista y deprisita, deprisita al apartamento para chapotear en la playa. —Sonreía burlón.

—Pues si esta mierda de sitio es el *maravilloso camino de la costa*, tampoco somos tan tontos los de Madrid. —Extendió los brazos a lo Jesucristo, aprovechando que el Saab iba ya descapotado.

Circulaban por una carreterita mal asfaltada encajonada entre barracas abandonadas y muros de seis plantas de contenedores portuarios. Un drogadicto espectral, cuyo costillar troquelaba un pecho de lira, les sonreía sentadito sobre un caballón de boniatos recién regados. Al fondo, la Ciudad de las Artes y las Ciencias lucía sin pudor su aire de fantoche intergaláctico.

—Este es el barrio de Nazaret, uno de los más pobres de Valencia. Aquí arranca esta carreterita que, por la costa, si sabes orientarte, te puede llevar hasta el cabo de la Nao en Jávea. Siempre que tengo tiempo, vengo por aquí; la autopista es para turistas.

Seguía sonriendo con guasa.

—Vaya, vaya, con el romancicón... Desde el culo del mundo a las calas de coral de Jávea ribeteando la costa. —Bea ponía voz cómica—. Sospecho que quieres impresionar a esta pobre incauta.

—Soy profesor de Literatura, tengo mis armas. Y recuerda... —Engoló la voz de manera ridícula—: «por favor, no te enamores de mí».

El Saab avanzaba en dirección sur bajo un sol suave. Tras superar las instalaciones del club náutico de Valencia, la zona portuaria quedó atrás y empezaron a circular bajo una cúpula de pinos a través de la reserva natural de El Saler, con el lago de la Albufera a la derecha y los bosques y las dunas de la playa a la izquierda. Cruzaron los apartamentos de El Perellonet y, ya en zona arrocera, bordearon el mar junto al faro de Cullera. Atravesaron las urbanizaciones de la playa, que en la soledad del último día de la primavera parecían una ciudad fantasma. Tras dejar atrás la solitaria montaña de Cullera, enfilaron hacia el Brosquil después de cruzar la desembocadura del Júcar. Allí el entorno ya era absolutamente rural, y avanzaban rodeados de naranjos y huertas perfectas como pentagramas, con melodías de melones, calabazas, pencas y bajocas. En la rotonda de Tavernes de la Valldigna siguieron recto por un camino agrícola, pero asfaltado. Se circulaba bien, aunque, conforme avanzaban, aquella senda iba estrechándose: cuando alcanzaron la playa de Gandía, las ramas de los naranjos ya arañaban como brujas la tapicería piel hueso del Saab.

En el Grao de Gandía tomaron la carreterita que va hasta Oliva, deteniéndose en el Bar Carol, en Miramar, a comprar tabaco. Unos kilómetros más adelante el hambre les asaltó; eran las tres de la tarde: cruzaron el barrio antiguo de Oliva, viejo y blanco, donde los ingleses habían comprado casas para beber pintas de cerveza mientras sus vecinos gitanos tocaban la guitarra las noches que hacía bueno, y se alejaron así de la ruta de la costa cinco kilómetros hacia el interior. Llegaron a un pueblito de cien habitantes, encajonado entre montañas y bosques, al pie de un castillo moro de mil años. Forná. En la terraza del único bar, el Nautilus, se comieron un arroz a banda y una ensalada de aceitunas amargas, tomates del terreno y rabanitos. Volvieron a la ruta de la costa, pero huyendo de nuevo de la autopista y la carretera nacional, por el camino viejo de Oliva a Denia. Bruscamente, en el guardacantón de un muro naranjero donde Bea vio dibujado un burrito, que era el logotipo de un camping, Víctor dio un volantazo y tomó una senda que atravesaba bancales de tierra blanca, llenos de frutales y tomateras que se bronceaban bajo el sol de junio. Llegaron así a una playa de arena reluciente completamente virgen, con la correhuela serpenteando por entre las dunas. Se bañaron desnudos y, al salir del agua, congelados, hicieron el amor sobre la arena.

Eran las siete cuando subían de nuevo al Saab. El camino viejo de Oliva a Denia desembocaba en la carretera de las Marinas, y esta en la ciudad de Denia. Cruzaron el puerto y en el desvío de Las Rotas, en lugar de dirigirse hacia ellas, tomaron la ruta del Montgó, cruzando la montaña que desova en el mar. Se detuvieron en el cabo de San Antonio para asomarse a contemplar con un nudo en el estómago cómo las aguas negras, cien metros más abajo, bateaban con furia los tobillos del acantilado, como si fuesen futbolistas con mal perder. Cruzaron el pueblo de Jávea y enfilaron la playa en dirección sur. Tras pasar frente al Parador Nacional y la playa del Arenal, tomaron la carretera del cabo de la Nao. Era ya de noche y a ambos lados del camino se sucedían chalés cerrados esperando la temporada de verano. Espolvoreados aquí y allá, se veían mechones de bosque y muñones de roca viva. El final del camino lo señalaba el faro, que enroscaba su haz obsesivo una y otra vez, incapaz de estrangular a la oscuridad. Ya estaban próximos a él, cansados y en silencio, cuando Bea le indicó a Víctor el camino.

—Por ahí..., sí, por ahí, por el camino de la torre de Ambolo.

Víctor detuvo el Saab en seco. Giró la cabeza y comprobó que, hasta donde alcanzaba la vista, no se veían en la carretera las luces de ningún otro coche.

—¿Qué haces?

—Solidifico el miedo... —musitó mientras oteaba ensimismado.

—¿Cómo?

—Nada, gilipolleces mías..., compruebo si alguien nos sigue. Aquí hay muchos kilómetros de perspectiva, sería difícil llegar sin ser visto.

—¿Y?

—No parece haber moros en la costa. Por lo visto, los que quisieron acabar

conmigo se han quedado en Madrid..., pero no podemos confiarnos, esa gente, sea quien sea, va en serio.

Bea traslucía preocupación en el rostro, pero no dijo nada. El Saab volvió a ponerse en marcha.

—Sigue hasta el final, el chalé es el último, el que cierra la calle.

Los faros del Saab se acabaron topando con dos portones de fortín que impedían ir más allá. Bea bajó del coche, escarbó entre el manajo de llaves que llevaba en el bolsillo y abrió con esfuerzo. Él metió el Saab mientras Bea volvía a cerrar. Estaban en medio de un jardín asalvajado con árboles centenarios. Tras ellos, minúscula junto al gran caserón, la corona de lo que parecía una vieja atalaya vigía con matacanes aspillerados sorprendió a Víctor.

—¿Qué hace esa torre ahí en medio? Parece muy vieja.

Observaba la fortificación gracias a la luz de la luna. El torreón, como un buen soldado, se precipitaba sobre el puro borde del acantilado para así custodiarlo mejor.

—Es la torre de Ambolo, una atalaya vigía contra los moros, lleva ahí quinientos años. Mi padre intentó tirarla para ampliar la piscina, pero llegó tarde: está protegida, no podemos tocarla. Cuando se hizo la casa, no había nada legislado al respecto y venía incluida en el terreno.

—¡¿Tenéis dentro de vuestra propiedad una torre vigía de quinientos años?! —La cara y la voz de Víctor delataban incredulidad—. ¿Y nadie ha tenido cojones para echar abajo este chalé y proteger la torre, para que todo el mundo pueda visitarla?

—No me mires así, Víctor. —Bea desplegó los brazos antes de proseguir—. Por mí, todo esto se puede ir al infierno; sin mi madre ni mi hermana por aquí, pensé que no volvería a pisar esta casa jamás. Además, tú eres de la zona, deberías saber que estamos en la tierra de los especuladores inmobiliarios. Aquí, untando a quien tienes que untar, puedes conseguir lo que quieras..., y mi padre en esa especialidad deportiva fue campeón olímpico, *recordman* mundial. Vamos dentro, estoy cansada.

Cargaron con las maletas y las bolsas de provisiones y caminaron hacia el caserón, sintiendo cómo la gravilla crepitaba bajo sus pies avivada por el viento de levante. En cuanto Bea abrió la puerta, un inconfundible olor asociado a la niñez tiró con fuerza de sus recuerdos, como si fuese un anzuelo insistente enganchado a la telina de sus párpados: a pesar de llevar diez años cerrada, la casa seguía oliendo a levadura húmeda. En cuanto el olor entró por las fosas nasales de Bea, esta levitó en volandas de vuelta a su infancia.

—¿Qué es eso?

En medio de un gran salón decorado con muebles castellanos, Víctor se había quedado mirando un cacharro que colgaba de una de las paredes. Tosco, de aspecto brutal.

—Es una ballesta normanda. Era de un cruzado, concretamente de un soldado mercenario a las órdenes de Luis IX, rey de Francia, que lanzó la séptima Cruzada contra Egipto, en el 1248.

—Una torre de quinientos años, una ballesta medieval... Este caserón es un museo, no sabía que te gustase tanto la historia.

Ella torció el gesto ante el guiño burlón de Víctor.

—No tengo ni puta idea de historia, pero mi padre nos ha contado ese cuento de la ballesta mil veces. Adora ese trasto, lo compró en una subasta de antigüedades en París. Está en perfecto estado de funcionamiento..., bueno, hasta hace diez años lo estaba. Todos hemos jugado con ella alguna vez..., incluido Hugo, anótalo para tu biografía.

Víctor tuvo la impresión de que el arco de la ballesta sonreía de forma macabra ante la broma de Bea.

—Vamos, lo más bonito de la casa es la terraza, te la enseñaré.

Abrieron unas puertas mallorquinas y salieron al balcón, que se volcaba sobre el acantilado. El mar bramaba cien metros más abajo.

—¿Y esa isla de ahí enfrente?

—Es la isla del Descubridor. Está deshabitada, pero en verano, algunas noches, cuando éramos niñas, acampábamos allí.

Volvieron a entrar y Bea fue a la cocina. Tras girar la llave de paso del agua, conectaron la nevera y metieron dentro las provisiones. El único saludo de bienvenida que recibieron fue el de las tuberías, que, como si fuesen ballenas en celo cortejándose las unas a las otras, rechiflaron en tonos graves ante las embestidas de la presión del agua.

—Ven, te enseñaré el resto de la casa.

Víctor no la escuchó. Permanecía de pie frente a una hoja de periódico enmarcada que colgaba de la pared de la cocina. Se puso a leer en voz alta:

—*La torre de Ambolo es una atalaya vigía de roca brava que desde el siglo XVI otea piratas. Antes, los berberiscos, cuyos capitanes enfilaban sus naves a poniente para asaltar en las noches sin luna las aldeas costeras cristianas del reino de Valencia, con promesa para sus tripulaciones de saqueo y raptos de mujeres. Ahora la torre de Ambolo otea a los piratas inmobiliarios, que vuelven a violar esta tierra hormigonando sin piedad los viejos banales de higueras y almendros. Pero su vigilancia, antes tan preciada, es ahora inútil ante estos nuevos corsarios. Ella misma, a pesar de que este país de pandereta la ha declarado Bien de Interés Cultural, está encerrada entre los muros de un chalé privado que se abalanza sobre las peñas del acantilado del cabo de la Nao, tan en el puro borde que parece que quiere desarraigarse de sus cimientos y lanzarse al mar ante la mirada boba de las gaviotas y los petreles que anidan en la cercana isla del Descubridor. H. M.*

Se hizo el silencio. Víctor miró a Bea con curiosidad.

—¿H. M. es quien creo que es?

—Sí. —Ella asintió con la cabeza—. Esa es una carta al director que Hugo envió a *El País* hace años. Le pasó como a ti, no se podía creer que un patrimonio histórico de ese calibre estuviese dentro de una propiedad privada y la Administración no



hiciese nada para evitarlo. Ana enmarcó y colgó ese recorte cuando Hugo murió. Papá se tuvo que aguantar; viendo lo mal que estaba mi hermana, no se atrevió a quitarlo... —Se quedó mirando pensativa el recorte, ya envejecido—. Es paradójico, al final el dinero de Hugo acabó comprando esta casa..., con la torre incluida.

Durante unos segundos ambos permanecieron en silencio contemplando el marco en la pared.

—Vamos, que aún te queda mucha casa por ver.

La planta baja de aquel caserón era inmensa. Además del salón y la cocina que ya había visto, Víctor creyó contar seis habitaciones y cuatro cuartos de baño. Al fondo del pasillo de la zona de habitaciones, una escalera de caracol arrancaba hacia el piso superior. Bea la ignoró.

—¿No me enseñas la planta de arriba?

Ella se giró y lo miró, dubitativa.

—Sí, vamos. Esos eran los territorios de mamá, su colección. Nadie ha subido ahí nunca, solo la familia. Pero la verdad es que a Hugo le encantaba esa planta y creo que no pasa nada por enseñártela. Además, mamá la pobre ya está..., ya da igual.

Subieron por la escalera de caracol y cruzaron a través de una puerta que al abrirse crujió como si fuese pan candeal tierno. Frente a ellos se abría un pasillo largo mal iluminado por apliques pasados de moda. Aquel corredor infinito estaba inundado de nostalgia: las paredes de ambos lados, desde el suelo hasta el techo, habían sido cubiertas por archivadores de madera vieja y relamida. Toda aquella tristeza estrechaba el paso hasta dejárselo escaso incluso a una sola persona que fuese corpulenta. O que fuese aprensiva. En los archivadores reposaban cientos de cajoncitos idénticos, con pomos de cerámica esmaltada sobre los que un tejuelo indicaba lo que había en su interior: «Álava», «Viudas», «Japón imperial»...

—Bea, ¿qué es todo esto?

Un silencio septicémico por culpa del polvo en suspensión, pareció chillar al ser violado por la voz de Víctor.

—Es la colección de mamá.

—¿La colección?

—Sí..., mamá se pasó la vida comprando y acumulando postales antiguas. —En el tono de Bea se evidenciaba que por su boca hablaba la pena—. Eso sí, siempre postales utilizadas, no le servían las postales nuevas. Debían haber sido escritas, enviadas y mataselladas.

Todas las habitaciones de la planta superior, al igual que el pasillo, estaban repletas de los mismos archivadores, iluminados todos ellos por bombillas con luz de salmuera vieja y ya rancia. Víctor creyó encontrarse en una inmensa mercería con miles de referencias, una mercería de la España a gasógeno, con sabor a chocolate de algarrobas.

—Bea, esto es impresionante..., debe de haber miles.

—Unas seiscientas mil. Esta colección era la vida de mamá... Aún me parece

estar viéndola, siempre buscando postales en tiendas de antigüedades, rastros, mercadillos... En verano, siendo niña, recuerdo llegar a esta casa con baúles llenos de ellas, compradas a lo largo del invierno, y a mamá semanas y semanas clasificándolas aquí arriba, sola, metódica, mientras todos estábamos en la playa. De niñas, Ana y yo la acompañábamos a los mercadillos de Jalón, o de Teulada, y la ayudábamos a rebuscar entre cachivaches... Ella era feliz así... —Se quedó pensativa—. Supongo que acumulando pedacitos de vidas de otros, olvidaba las miserias de la suya.

Los ojos de Bea titilaban por culpa de la pena. Aquellos archivadores le recordaron a Víctor los pasillos de un cementerio, llenos de cajitas de muertos apiladas a ambos lados. Con una curiosidad insana de profanador de tumbas, abrió una, cuyo tejuelo rezaba *Balnearios*.

—Víctor, nadie excepto mamá abría estos archivadores. Ella se hubiese enfadado.

—Disculpa, ha sido un impulso...

Bea reflexionó unos segundos, muy triste.

—No te preocupes, no importa. A mamá ya todo le da igual.

Un mazacote de postales descansaba dentro de su ataúd. Bea sacó una al azar y Víctor arrimó el rostro para contemplarla junto a ella: una familia posaba en blanco y negro con la columnata de un balneario renacentista como telón de fondo. El padre sacaba pecho orgulloso, intentando hinchar la botonadura de húsar de su traje militar. Parecía un general del Imperio austrohúngaro. Toda la familia sonreía, atravesando con su mirada más de cien años, sin saber que de nuevo los observaban siendo ellos ya cadáveres. Bajo el retrato, con letra de tipos germánicos, se podía leer una inscripción: *Karlovy Vary*.

—Eso creo que es una ciudad balneario en Chequia, ¿no?

—Sí... —Él no podía apartar los ojos del retrato—. Es un sitio precioso.

La postal era del tipo personalizado: la familia se había hecho el retrato y este había sido utilizado como soporte. Por detrás alguien escribió a alguien un siglo atrás palabras de felicidad, con letra finísima bordada en algún idioma eslavo indescifrable. Solo la fecha era comprensible: 1884. Ya nada quedaba de aquel viaje familiar al balneario de Karlovy Vary..., nada excepto aquella postal, que ahora volvía a existir gracias a que ellos la contemplaban, demostrando que Einstein tenía razón: condensando al máximo la velocidad de la luz, aunque sea sobre un papel, puedes viajar en el tiempo.

—Vámonos, Víctor. Este sitio me pone triste.

Bajaron y fueron a la cocina. Abrieron una lata de mejillones y otra de navajas, y comieron en la terraza, en silencio, sentados en el suelo a la luz de la luna como si fuesen dos sioux. Sacudieron las sábanas de la cama de matrimonio para espantarles el polvo y durmieron toda la noche: a ninguno le apetecía volver a hacer el amor, las postales les habían llenado el cuerpo de nostalgia.

## VERANO

Bea, Víctor y el guardia civil se apoyaban en la baranda. Como tres enamorados, contemplaban al sol esforzándose por amanecer sobre la isla del Descubridor. La mañana era fresca, humeante de rocío.

—Me alegré de hablar ayer con Rebeca..., es una gran guardia civil.

—Sí que lo es... y una gran mujer.

El comandante Carrasqueta, largo y aquilino, señaló con su dedo una covacha en la base del acantilado sobre el que estaban.

—Ahí es donde el equipo de rescate encontró los restos del *Quimera*. —Mientras hablaba, el militar empezó a alargar el cuello hacia fuera del balcón, escrutando la rocalla como si fuese una jirafa buscando magnolias frescas—. Allí, justo allí, ¿lo ven? Justo junto a esos arrecifes.

Volvió a introducirse cuan largo era en el balcón.

—Yo mismo acudí a examinar los restos del barco antes de que lo remolcasen al puerto de Denia. Estaba desarbolado y con dos vías de agua, el mar lo había vapuleado contra los acantilados. Se vendió como material de desguace... Fue un milagro que no se hundiese.

—¿Cómo se explica que mi cuñado saliese a navegar con una tormenta así?

El comandante Carrasqueta se desencasquetó el tricornio y lo dejó sobre la mesa de la terraza alrededor de la cual acababan de sentarse. En el regazo descansó su carpeta de piel.

—Señorita Cifuentes, no me lo explico. El señor Mendoza ya sabe usted que era un marinero experto, los partes meteorológicos eran claros... y, a pesar de eso, a las seis de la tarde se le vio salir por bocana de puerto. No, gracias, sin azúcar.

El comandante tomó la taza de café que Víctor le ofrecía. El profesor creyó estar ante un replicante del general Gutiérrez Mellado.

—Disculpe el atrevimiento, ¿no tendrán un poco de coñac para *bautizar* el café? Es el único vicio que tengo...

En el fondo de las gafas de pasta telescópicas que llevaba, sus ojillos parecieron sonreír. Bea se metió en la casa y al minuto salió con una botella polvorienta de *Le Voyage de Delamain*.

—¡Por favor! ¡¿Este coñac para un carajillo?! Si su padre se enterase, me mataba..., sería un sacrilegio, ¿no tiene nada más corriente?

—Comandante, no se preocupe, papá ya no viene por aquí, todo esto se va a echar a perder. De hecho, le regalo la botella.

—De ninguna manera, eso no sería correcto: en los más de cuarenta años que llevo en el cuerpo, jamás he aceptado un regalo.

Con ambas manos, tiró de las solapas de la casaca como si quisiese reafirmar su escrupulosa ética profesional. Tras hacerlo, removió el café, al que Bea ya había echado un generoso chorro de coñac.

—Como les decía, fue inexplicable que el señor Mendoza se hiciese esa tarde a la mar.

—¿Nadie en el puerto intentó detenerlo?

—Bueno, señor Vega, el puerto deportivo de Denia es muy familiar... En teoría, cada barco que sale debe pedir autorización al marinero de guardia que está en la garita junto a bocana, vigilando y atendiendo la radio, pero en la práctica todos se conocen y nadie sigue el protocolo. Sin embargo, cuando el *Quimera* embocó para salir de puerto en pleno temporal, al marinero de guardia le pareció tan increíble que intentó ponerse en contacto con él por radio, pero la tenía apagada.

—¿Y no hizo nada más?

—En la investigación yo mismo le interrogué. El hombre salió de la garita y, a pesar de la lluvia y el vendaval, empezó a vociferarle al señor Mendoza. Llegó a verlo de lejos entre el aguacero, pero su cuñado no le hizo caso. De inmediato dio parte a la comandancia del puerto y esta nos avisó. El procedimiento que se siguió fue el correcto. Por descontado, se optó por esperar a que escampara, hubiese sido una locura enviar una patrullera y poner en peligro la vida de diez hombres para salvar la de un loco... —Se quedó mirando a Bea—. Disculpe, señorita Cifuentes, ha sido un error imperdonable por mi parte. Lo que quería decir...

—Comandante, no tiene nada por lo que pedir disculpas, yo también creo que mi cuñado esa tarde no estaba del todo en sus cabales.

Víctor volvió a preguntar.

—Entonces ¿el marinero de guardia de la bocana fue el último en ver con vida a Hugo?

—Sí, en efecto. Estuvimos entrevistando a todo el personal del club, y nadie más le vio llegar o embarcar.

—¿Entrevistaron a todo el mundo?

—Señor Vega... —El comandante se irguió muy digno—, soy muy riguroso en las investigaciones de las que se me hace responsable.

Víctor de inmediato intentó aclarar el malentendido.

—Estoy seguro, además nos está siendo de gran ayuda. —El guardia civil esbozó una amplia sonrisa de satisfacción—. Entonces ¿nadie vio a Hugo cuando llegó al puerto? ¿O al embarcar? ¿Está usted seguro de eso?

—Nadie, pero es comprensible: la tormenta era muy fuerte, todo el mundo se refugió en el club social. Con ese tiempo los pantalanes estaban desiertos. El coche del señor Mendoza lo encontramos junto al amarre del *Quimera*, aparcó al lado de su barco, como hacía siempre.

—¿Quién era el marinero de guardia? Me gustaría conocerle.

Fue Bea la que respondió.

—Eso lo recuerdo, mi hermana y mi padre hablaron con él cuando todo sucedió. Era el Capellà, amigo de Hugo. De hecho, vivió con él en los primeros años tras su llegada a Denia, ¿no es así, comandante?

—En efecto, la señorita Cifuentes tiene razón. El Capellà enviudó muy joven, vivía solo y por lo visto hicieron buenas migas el señor Mendoza y él. Lo acogió unos años en su casa y..., malditas casualidades, fue el último que le vio con vida.

—¿El Capellà? ¿Si pregunto en el club náutico por ese nombre, sabrán a quién me refiero?

—Por supuesto, aquí todo el mundo le conoce por ese apodo. En realidad se llama Rogelio. El *capellà* es un tipo de pescado muy popular en esta zona, que se come seco o en salazón..., la verdad es que no sé cómo se dice en castellano... Por lo visto él era de joven el que más capturas conseguía de *capellà*, por eso se le quedó el apodo.

—Ya veo... Dígame, ¿por qué se tardó tanto en localizar el cuerpo?

El guardia civil volvió a erguirse muy digno mientras daba un sorbo a su café. Con su dedo largo de zahorí se ajustó las gafas empujándolas contra el rostro por el puente antes de hablar.

—Señor Vega, se nota que no es usted hombre de mar. Con una tormenta de esas características, teniendo en cuenta las corrientes que había, el cuerpo podría haber aparecido en cualquier parte.

Abrió la carpeta de piel que descansaba en su regazo y desplegó un mapa militar sobre la mesa. Con el mismo dedo de zahorí con el que se había aupado las gafas, empezó a señalar puntos sobre él.

—Todos los cuadrantes fueron cubiertos siguiendo la tradicional estrategia de rastreo por mancha de aceite: desde el punto donde se localizó el barco, fuimos ampliando poco a poco la zona de búsqueda, que, como puede entender, va incrementándose exponencialmente conforme uno se aleja del epicentro. Le aseguro que no fue por falta de medios: siendo el señor Mendoza yerno de quien era, de las comandancias de Alicante y Valencia se enviaron refuerzos. El mismo domingo a mediodía, en cuanto amainó algo el temporal, salieron las patrulleras y los helicópteros a rastrear. Creo que conseguir encontrar el cuerpo en tres días fue todo un éxito.

Bea ponía mala cara: la referencia a las conexiones de su padre no le había hecho gracia. Pero fue Víctor el que habló.

—¿El cadáver apareció entonces el martes?

—En efecto, el martes por la mañana. Recibimos una comunicación anónima vía telefónica con las coordenadas exactas. Acudí yo personalmente con la patrullera, en media hora localizamos el cuerpo.

—¿Un aviso *anónimo*? De eso no sabía nada.

—Señorita Cifuentes, no se extrañe, es muy habitual. Esta zona está llena de furtivos, van a la pesca de la gamba roja, los precios que se pagan por ella son astronómicos y no todo el mundo quiere estar sometido a los cupos de capturas. Una barca ilegal vería el cadáver y dio parte sin querer meterse en líos. Como le dije, no es nada extraño.

—Ya veo —Víctor volvió a la carga—, ¿y qué pasó con el cuerpo?

—Pues seguimos el protocolo. Se trasladó el cadáver al cuartel y...

—¿Al cuartel? ¿No se llevó al tanatorio, o..., o a un hospital?

—Bueno, en realidad no había nada que salvar..., estaba muerto. Queríamos adelantar el procedimiento, la señorita Ana estaba muy mal y, cuanto antes lo tramitásemos todo, mucho mejor. Un médico militar de la comandancia de Valencia, amigo mío, estaba esperando ya cuando llegamos. La identificación a través de las huellas dactilares o el rostro era imposible, las alimañas del mar se habían dado un banquete. Don Gabriel se personó y confirmó que la complexión le parecía la de su yerno, pero el semblante le pareció irreconocible. Las ropas también coincidían con las que el Capellà había descrito. Todo cuadraba, pero desde luego se siguió el procedimiento. Se solicitó el informe dental del señor Mendoza y su esposa lo proporcionó de inmediato. El médico militar confirmó la identidad sin género posible de dudas. Yo personalmente me encargué de todo... Don Gabriel, además de ser un hombre importante, es un buen amigo.

Sonrió a Bea, pero ella le devolvió una mirada fiera de legionario.

—¿Me está diciendo, comandante Carrasqueta. —Había estado acumulando tensión conforme la conversación evolucionaba—, que, según de quién eres hijo, usted actúa de un modo u otro?

—Seño-señorita Cifuentes..., eso..., eso no es lo que yo quería...

Víctor terció para suavizar la tensión creada por Bea.

—¿Qué hicieron a continuación, comandante?

El guardia civil, todavía contrariado, se giró hacia su interlocutor.

—Pues lo habitual. La familia no pudo proporcionar el DNI y es lógico, lo normal es que lo lleve encima el interesado. Pero en el cadáver del señor Mendoza tampoco apareció, seguramente el mar se lo arrancó. Seguimos el procedimiento previsto para estos casos: con el número, solicité a Madrid una partida de nacimiento del finado y un certificado de penales para saber si tenía causas pendientes con la justicia. —El rostro de lapicero del comandante dibujó una mueca—. La verdad es que me llevé una pequeña sorpresa, esperaba encontrármelo limpio como una patena, pero alguna cosilla había... Al parecer, antes de su llegada a Denia, el señor Mendoza había tenido una vida algo más agitada de la que llevó aquí.

—¿Qué tipo de antecedentes, comandante?

A Víctor le había asaltado la curiosidad.

—Yo en su momento le hice a don Gabriel copia de todo, pero como han pasado tantos años y viniendo ustedes de parte de quien vienen... —Miró a Bea muy serio—, me he tomado la libertad de hacerles una fotocopia de ambos informes, el médico y el de penales. Ustedes mismos podrán leerlos con calma. Verán que es solo anecdótico, pero el señor Mendoza sí tuvo algún problemilla con la justicia.

Sacó de la carpeta de piel un par de cuadernillos y se los entregó a Víctor. El comentario de Bea, que seguía con cara de perro, obviamente le había incomodado y

parecía tener ganas de irse.

—El resto de la historia creo que ya la conocen mejor que yo. La viuda decidió que se enterrara al señor Mendoza en el cementerio de Benisivá, un pueblecito en el interior de la comarca. Por amistad con don Gabriel, yo mismo di orden de que todo se organizase en el cuartel, para que el cuerpo no fuese arriba y abajo. El propio médico militar preparó el cadáver, que, francamente, resultaba muy desagradable. Por descontado no hubo velatorio, el cortejo fúnebre salió al día siguiente, el miércoles por la tarde, desde el cuartel hacia Benisivá. La misa se celebró en el propio cementerio, fue todo muy íntimo y rápido, don Gabriel quería que las cosas se liquidasen deprisa para que su hija pudiese descansar.

Parecía sinceramente compungido.

—Y ahora, si me disculpan... —Se levantó, cogiendo la carpeta y encasquetándose el tricornio—, tengo algo de prisa.

Bea se escabulló hacia el interior del salón. Víctor pudo escuchar con claridad cómo ella murmuraba entre dientes: «Facha de mierda».

—Comandante, le ruego que la disculpe. Revivir todo esto...

—Lo entiendo, lo entiendo, no se preocupe.

El militar se acercó al borde de la terraza y se quedó contemplando el horizonte con un rostro muy triste. El sol, todavía recién nacido y rojo de vergüenza, intentaba auparse tímido sobre la línea del mar: a Víctor le pareció que la congoja de ambos, militar y astro rey, ante el desafortunado comentario de Bea era excesiva.

—A veces nuestra labor es ingrata, señor Vega... No siempre se entiende bien que donde hay capitán, no manda marinero...

Un golpe de viento repentino silenció al guardia civil, arrancándole el tricornio de la cabeza. Al ver el comandante cómo la prenda se precipitaba al vacío, se arrojó instintivamente tras ella sacando medio cuerpo por encima de la balaustrada. Por fortuna, Víctor estuvo atento y, con rapidez, sujetó al militar por los correajes del uniforme justo a tiempo de evitar una desgracia. Por unos segundos ambos pudieron observarle las fauces al océano, salivando espuma de rompiente contra el acantilado.

—Gracias, gracias, no sé cómo ha podido pasar...

Los dos hombres, ya seguros, vieron caer el tricornio, que planeó lentamente hasta el agua como si fuese el paracaídas de un diminuto Darth Vader.

—Menos mal que es el de diario, si fuese el de gala..., herencia de mi abuelo... Bueno, encantado de conocerle, saludeme a Rebeca.

Descompuesto, cogió la carpeta y se fue precipitadamente.

Cuando Víctor volvió a entrar en la casa, no encontró a Bea por ningún lado. Subió por la escalera de caracol y a gritos la llamó desde la puerta que daba paso al cementerio de las postales viejas. Nadie contestó, y a él no le apetecía meterse en aquel pasillo siniestro atestado de pedacitos de vidas ajenas. Bajando las escaleras, sintió un regusto a ceniza mojada bajo la lengua. Intentó quitárselo con una cerveza.

«¿Dónde demonios se ha metido...?»

Prefirió no llamarla al móvil, ya la vería más tarde cuando ella decidiese volver a casa. Con la cerveza en la mano, Víctor se sentó en la mesa de la terraza y abrió el informe dental de Hugo. Era muy breve, el escritor parecía haber tenido una boca en general sana. Un metro setenta y tres de estatura, sesenta y seis kilos de peso. Le habían arreglado varias caries sin importancia; su grupo sanguíneo era el cero positivo. Por lo visto era alérgico a los éteres de glicol, razón por la cual bajo ningún concepto debía ser anestesiado con productos que contuviesen esa sustancia. Víctor no tenía la más remota idea de qué era un éter de glicol. En el informe aparecían las fotocopias de diversas placas dentales, que seguramente habían sido utilizadas para el cotejamiento e identificación del cadáver. También constaba la fecha de nacimiento: 3 de abril de 1958.

«Si siguiese vivo, tendría cincuenta y cinco años...»

Víctor empezó a hacer cálculos en voz alta.

«A Denia llegó en el año 88, tenía por tanto, treinta años. Ana lo conoció en el verano del 95. Treinta y siete años. Y desapareció en noviembre del año 2003, con cuarenta y cinco años.»

El certificado de penales era aún más breve. Constaba también su fecha de nacimiento y su número de DNI, que llevaba ya años caducado en el momento de su desaparición. Pero además aparecía el lugar de nacimiento y el nombre de sus padres.

«Nacido en Baracaldo, Provincias Vascongadas. Hijo de Ramón, fallecido, y Ermenegilda, fallecida...»

No tenía hermanos ni familiares directos vivos. Eran los primeros apuntes biográficos de Hugo de los que tenía noticia, cualquier revista literaria hubiese ofrecido un buen dinero por ese informe policial, obviamente confidencial. Al menos ya sabía que Hugo había nacido en el País Vasco, aunque hacer averiguaciones sobre su origen no iba a ser sencillo. Los únicos familiares de los que se tenía constancia, sus padres, habían fallecido. En los antecedentes penales solo aparecía una anotación muy breve: en el año 87 un juzgado de San Sebastián le había condenado por el impago de una partida de pinturas. La empresa Titanlux, para la que trabajaba como comercial, le había denunciado por haberse apropiado del montante pagado en efectivo por un cliente, cantidad que, por lo visto, Hugo no había ingresado en la cuenta de la empresa. 83.000 pesetas de la época. La sentencia obligaba al condenado a abonar esa cantidad a la empresa, con intereses, más una sanción equivalente al doble de lo estafado. Se hizo efectiva la sentencia y Mendoza, al parecer, liquidó la cuestión.

«Comercial de pinturas sisando a la empresa...»

A Víctor le sorprendió aquello. Nunca hubiese imaginado que su autor más idolatrado tuviese un pasado tan prosaico, una vida tan terrenal. El informe no contenía ningún detalle más.

Con todos esos datos rondándole por la cabeza, decidió que iría al Club Náutico



de Denia a preguntar por el tal Capellà. Salió a la entrada del chalé y comprobó el círculo de seguridad en torno al Saab: antes de acostarse había cogido el tubo de polvos de talco Ausonia para espolvorear sobre el cemento una circunferencia alrededor del coche. De noche era inapreciable a la vista, pero si alguien se arrastraba bajo el vehículo para manipularlo, era imposible no dejar huella: algo rudimentario, pero práctico.

El círculo estaba intacto. Subió al Saab, lo arrancó y cruzó los portalones de la entrada principal. Mientras conducía carretera del cabo de la Nao abajo, buscaba con la mirada la silueta de Bea en cada revuelta del camino. Pero no apareció. Víctor aprovechó el viaje para pensar: no se quitaba de la cabeza algunas incoherencias inexplicables del relato del comandante. Tanto en la forma como en el fondo. Diez minutos después aparcaba en el Club Náutico de Denia.

—*Bon dia. En que puc ajudar-lo?* —El conserje parecía un tipo amable.

—Hola, buenos días, venía buscando al Capellà. ¿Sabe dónde podría encontrarlo?

—¿El Capellà? Ese viejo loco está en el mar ahora, ha salido a buscar sepias. — Su castellano era trabajoso y lleno de tropezones—. No volverá hasta que llene dos capazos, calcule cinco horas.

—¿Sigue empleado aquí?

—*Eixe malparit?! No home, no... Déu ens guardi...* —Rio socarrón—. Está ya jubilado. Si quiere hablar con él, lo mejor es que se acerque a su casa mañana antes de las once. Si va temprano lo encontrará seguro, y no se preocupe por ser *matiner*, *eixe tros de suro s'alça amb el sol*.

—¿No tendrá usted su móvil? Por llamarlo y no presentarme sin...

—¿*El Capellà* utilizando un teléfono móvil?! —El hombre rio de nuevo—. Si lo conociera, sabría que eso es imposible. Con decirle que, cuando se jubiló, el club le regaló un GPS de los buenos para su barca y él lo vendió a la semana siguiente en el mercadillo de Teulada. *Mal fill de puta està fet...* No hace buenas migas con la tecnología. Usted no se preocupe, vive solo y, aunque lo disimula bien, agradece las visitas. *Viu en una barraqueta que trobarà al final de la Marineta Casiana*.

Víctor miró su reloj. Era la una. Compraría algo para preparar la comida y dar así una sorpresa a Bea. Su reacción había sido tan infantil que lo más probable es que se sintiese avergonzada. O tal vez no. Estaba empezando a conocerla y su temperamento era todavía un misterio. Un misterio atractivo, pero lleno de incógnitas. A él le gustaban las mujeres que supiesen volar, y Bea sabía volar, eso estaba claro. Sabía tanto volar que a veces su aleteo asustaba. Menudo genio. Sin saber por qué, el cerebro le jugó a Víctor una mala pasada y en su mente apareció Rebeca. La comparación entre ambas mujeres fue instintiva: estabilidad y aburrimiento, frente a emoción y angustia. El eterno dilema de las relaciones. La reflexión le devolvió a la boca el regusto a ceniza mojada.

En la lonja del puerto de pescadores estuvo un rato viendo la subasta y luego se

acercó a la pescadería que había allí mismo. Compró dos sepias en su tinta, un cuarto de calamares y morralla fresca para hacer un buen caldo de pescado. Se acercó paseando al centro del pueblo y en el Mercado Central fue de puesto en puesto hasta hacerse con el arroz bomba, los tomates, el laurel, las cebollas, el ajo, el perejil y el vino blanco que necesitaba. Luego buscó una ferretería para comprar algunas cosas que aquella noche iban a hacerle falta, y se metió en un cibercafé a consultar el correo electrónico y una dirección en Google Maps: no había aprendido aún a navegar con el i-Phone que Paloma le había regalado.

Media hora más tarde estaba en la inmensa cocina del caserón equilibrando la paella. A las tres en punto el arroz estaba listo, pero Bea no había dado señales de vida. Cogió su ejemplar de *Botavara*, que estaba releendo, y decidió hacer tiempo hasta que llegase ella: con el arroz le pasaba como con el fútbol, tomarlo sin compañía le hacía sentir un desgraciado.

*... todos elegimos a la pareja que es capaz de taponar los miedos por los que nos desangramos..., miedo a la soledad, miedo a la gente, miedo a la pobreza, miedo al enfrentamiento... Tu pareja siempre es en realidad un cirujano suturando heridas. Hay tan solo dos posibilidades, dos tipos de personas a la hora de elegir: los que eligen buscando que su pareja les permita esconder sus miedos, y los que eligen buscando que su pareja les evidencie esos miedos poniéndoselos delante de la cara. Ambas son técnicas de sutura, que, mal ejecutadas, producen una sangría fatal. Ese ha sido mi caso..., siento que me desangro, poco a poco, como un peluche mal cosido... Una vez leí, en un libro que ya casi no recuerdo, que cada día es el irrepentible acorde de una música que se ríe de la muerte..., hasta que la vida se va con la música a otra parte...*

Llevaba más de una hora leyendo y aquel párrafo le hizo detenerse: ¿qué tipo de suturadora era Bea para él? Como todo inseguro mal cuajado durante la infancia, Víctor conectaba cualquier actividad que realizase en el mundo real con las neuras de su mundo interior.

Empezaba a preocuparse. Llamó al móvil de Bea, pero nadie contestó. Siguió leyendo intentando quitarse el asunto de la cabeza, pero el pensamiento intrusivo fue inevitable: el sabotaje de los frenos del Porsche había puesto en peligro su vida, y ahora él estaba con Bea. Quizás ella, por puro contagio, había pasado a estar también en peligro. Sintió pavor. La llamó tres veces más, pero nadie respondió. Al final Víctor optó por aplacar la ansiedad comiendo de pie media paella de arroz negro, solo y en silencio, apoyado contra el banco de la cocina. Sintióse un desgraciado.

—Vaya, dichosos los ojos.

Bea había entrado en la casa, sigilosa. No dijo nada. Se acercó al sofá y, en

cuclillas, abrazándose las piernas con los brazos, se sentó en el extremo opuesto al que ocupaban Víctor y *Botavara*. Parecía querer buscar refugio entre los cojines.

—Te veo seria... y demasiado acurrucada, ¿te pasa algo?

—Ya tengo terapeuta, no me psicoanalices tú también. —Lo miraba altanera—. A veces cruzarse de brazos es solo cruzarse de brazos: estás helada de frío y se te han erizado los pezones. Punto pelota.

Víctor se armó de paciencia para intentar encajar el sopapo.

—¿Dónde has estado?

—Por ahí.

—Bea, son las nueve de la noche, ¿has estado diez horas *por ahí*?

Ella de nuevo le plantó cara con ojos felinos.

—¿Qué pasa? ¿Tengo que darte explicaciones de adónde voy? —El silencio de él la dejó en evidencia a los pocos segundos—. Perdona, soy una idiota. Necesitaba pensar.

—¿Pensar en qué?

—Nada. En mis cosas.

Víctor apartó el libro y se acercó a ella para acariciarle el cabello.

—Bea, me gustaría..., me gustaría que tus cosas fuesen un poco mis cosas. Te confieso que me tenías muy preocupado.

Ella alzó la cara y lo miró desafiante.

—Pues esa era una de las cosas en que quería pensar..., quería averiguar por qué cojones cuando no estoy contigo te echo de menos. Me he pasado todo el día echándote de menos, sin saber por qué, y me da rabia.

Víctor le dio un beso suave en la superficie de los labios.

—Sé que te parecerá una horterada, y yo un cacho ñoño, quién me lo iba a decir a mí..., pero creo que a eso que te pasa se le llama *amor*.

Bea hizo como si no lo hubiese escuchado, pero su rostro no reflejaba indiferencia.

—Por favor..., no te enamores de mí. —Víctor sonrió.

Ella le dio un puñetazo en el pecho y dejó que él la abrazase entre risas. Estuvieron así un rato.

—¿Qué es eso? —Bea señaló con la barbilla la carpeta que reposaba junto a ellos sobre el sofá.

—Los papeles importantes que voy guardando sobre Hugo, y mis anotaciones. —Víctor alargó el brazo y cogió la carpeta—. He estado releyéndolos y pensando sobre todo lo que hemos averiguado. Por cierto, ¿no te pasaste un poco con el guardia civil?

—Vaya, ¿ahora me vas a echar una bronca? ¿Tengo que pedirte permiso para enviar a alguien a la mierda?

—No, no es eso, pero creo que te has pasado tres pueblos. El pobre hombre es un poco chapado a la antigua, pero creo que no era necesario llamarle facha a la cara.

—Es un facha de mierda, y se lo dije porque lo pienso. En cuanto lo vi, me acordé

de él... No puedes imaginarte las buenas migas que hizo con mi padre cuando el accidente de Hugo, eran tal para cual. Igual de hijos de puta. —Volvía a estar llena de rabia—. No hay derecho a que, si eres hijo de alguien importante, la Guardia Civil redoble los efectivos para ayudarte, y en los hospitales públicos no tengas que esperar cinco meses como todo hijo de vecino para operarte, y en los Ayuntamientos te concedan las licencias que se deniegan a los demás. Todas esas cacicadas me dan asco, tal vez porque he disfrutado de ellas en mi casa desde niña. Que un tipejo como ese se ponga medallas delante de mí pensando que me va a halagar con los *privilegios* que me ha concedido me produce arcadas. Por eso le dije lo que pensaba.

A él le conmovía tanto instinto, tanta ingenuidad.

—Bea, soy de los que piensan que a veces la verdad no vale la pena. A veces la verdad es egoísta, y la utilizamos solo para sentirnos mejor con nosotros mismos.

Tragó saliva antes de continuar.

—Como cuando le cuentas a tu pareja que le fuiste infiel, creyéndote muy noble y sincero... y en realidad solo pretendes liberarte de la culpabilidad transmitiéndole a ella tu sufrimiento: le pasas la mochila llena de piedras... A veces utilizamos la verdad para disfrazar nuestro egoísmo de nobleza.

Se quedó pensativo, ensimismado, como si le doliese lo que estaba rememorando: tenía en la mente las discusiones con Rebeca, los lloros de ella ante sus confesiones de adulterio.

—Bea, no fue práctico decirle eso a Carrasqueta, la única que salió ganando fuiste tú, que te quedaste más a gusto que un arbusto, pero para la investigación hubiese sido más útil tenerlo de nuestra parte.

Ella bajó la mirada, ya desventada y sin furia.

—Lo siento..., estoy de acuerdo, debo aprender a controlarme. Además tienes razón, a veces es mejor no saber la verdad, que se quede difusa... Por ejemplo..., a mí me asusta saber...

Se trabó.

—¿Qué te asusta, Bea?

—Qué hay de verdad en toda esa historia de la que te acusan... —Elevó los ojos para mirarle fijamente—. Ya sabes, lo de tu alumna.

Víctor no podía disimular su sorpresa.

—¿Por eso no me has preguntado nada hasta ahora?

Ella asintió sin abrir la boca.

—No hay nada de verdad en todo eso. ¿Quieres que te cuente la historia?

—No, con eso me basta. No quiero saber nada más.

Se abrazaron. Al minuto él la cogió por los hombros con fuerza.

—En tu favor he de decir que creo que tienes toda la razón del mundo respecto a Carrasqueta: mucho me temo que el comandante nos ha mentado como un bellaco.

—¿Mentado en qué? —Ahora era ella la sorprendida.

—No tengo pruebas, pero hay muchos elementos en su relato que me parecen

incoherentes. Llevo todo el día dándole vueltas, y hay cinco cosas que no me cuadran, pero quisiera saber tu opinión. Al fin y al cabo, tú viviste en primera persona la desaparición de Hugo y su búsqueda.

—Bueno, mamá y yo nos enteramos de poco. Estuvimos todo el tiempo aquí, en la casa, apoyando a Ana. Estaba destrozada, ni siquiera fuimos al entierro. Pero cuenta, ¿qué puntos débiles has encontrado en la historia del picoletto?

—El primer elemento que no encuentro lógico es que se llevasen el cuerpo al cuartel de la Guardia Civil en lugar de al instituto anatómico forense.

—Quizá en Denia no hubiera anatómico forense.

—En efecto, ni lo había ni lo hay, pero podrían haber llevado el cadáver al de Alicante o Valencia. Y en cualquier caso, a un hospital o a un tanatorio, que es el procedimiento habitual en poblaciones pequeñas, según me ha confirmado Rebeca. Pero en lugar de eso, el comandante Carrasqueta llama a su *superamigo* el médico militar y entre los dos y tu padre lo arreglan todo. Es raro. Y ese es el segundo elemento: solo esas tres personas vieron el cuerpo. El resto de los miembros de la patrullera que supuestamente recogió el cadáver del mar son subordinados de Carrasqueta, no creo que su testimonio sea muy fiable, declararán lo que su superior les ordene. La Guardia Civil es una organización militar, conozco bien su funcionamiento interno por Rebeca. Además, están los supuestos descubridores del cuerpo, una barca furtiva que hizo una llamada *convenientemente anónima*.

—Estoy de acuerdo, Víctor, pero ¿adónde quieres ir a parar? ¿Crees que no hubo cadáver?

—Pues no tengo ni idea todavía, pero como mínimo me parece extraño. El tercer elemento: si era una desaparición tan obvia, donde todo estaba tan claro, ¿a santo de qué estuvieron interrogando a todos los trabajadores del club náutico, teniendo en cuenta que el tal Capellà ya les había dicho que había visto a Hugo salir solo a bordo del *Quimera*? Si realmente hubiesen localizado el cuerpo y lo hubiesen identificado con total seguridad, no creo necesaria una investigación tan pormenorizada.

Bea asintió.

—Llevamos tres cosas extrañas, y has dicho que veías cinco.

—El cuarto punto débil lo he comprobado esta mañana en Internet. Un cadáver que ha estado tres días en el agua no suele estar tan desfigurado como él nos ha intentado hacer creer. En noviembre el agua está fría, y en esta zona no hay peces carroñeros de gran tamaño. En esos tres días en los que el cuerpo estuvo flotando, los pececillos a lo sumo devorarían los globos oculares y alguna zona blanda superficial, como testículos o nalgas, quizás también los hollejos de las yemas de los dedos, lo que explicaría la pérdida de huellas dactilares, pero eso no es suficiente para dejar un cadáver irreconocible. El rostro podría haber sido identificado por alguien que conociese bien a Hugo. —Bea puso cara de asco, pero Víctor prosiguió—: Hacen falta más de tres días, con esa temperatura de agua, para que la carne esté lo suficientemente macerada como para que los carroñeros empiecen a comer músculo y

grasa, eso sí deja irreconocible una cara.

—Vaya, la verdad es que empieza a ser extraña toda la historia del comandante.

—Pero es el quinto elemento el que me despierta más dudas sobre su sinceridad.

—¿A qué te refieres?

Víctor hizo una pausa dramática y teatral: como todo hombre que se está enamorando, disfrutaba luciendo su cola de pavo real en forma de reflexiones inteligentes delante de su chica.

—Pues que Carrasqueta ha contestado a todas nuestras preguntas sin rechistar.

—Bueno, veníamos de parte de Rebeca...

—Pero la versión oficial de nuestra investigación es que estamos elaborando una biografía. Y, sin embargo, le preguntamos sobre detalles más propios de una investigación criminal, y él no plantea ninguna reticencia ni parece extrañado por nuestras preguntas. Todo lo contrario, nos fotocopia motu proprio informes confidenciales.

—Entiendo: es tan complaciente que resulta extraño.

—Eso es. Parece como si quisiera tranquilizarnos dejándonos muy claro que no hay nada sospechoso en la desaparición. Y esa excesiva generosidad es la mejor prueba de que *sí hay* algo sospechoso.

Bea asentía pensativa.

—Sé lo que quieres decir..., es como cuando una amiga, sin venir a cuento, no hace más que repetirme lo feliz que es en su matrimonio. A la tercera vez que te lo menciona, ya puedes estar segura de que su marido y ella no se soportan y queda poco para el divorcio.

—*Voilà*.

—¿Y qué sugiere Sherlock Holmes que debemos hacer para aclarar este entuerto?

—Bea, impresionada, volvía a estar de buen humor.

—Pues una excursión.

—¿Una excursión?

Él se levantó con expresión divertida en el rostro y se dirigió hacia la cocina mientras hablaba.

—Eso es. Esta noche, después de cenar, nos vamos de excursión.

—¿Y adónde vamos, si puede saberse? —Ella había ido tras él y ahora observaba sonriente cómo Víctor prendía los fogones.

—No, por el momento no puede saberse. Si eres una buena chica y te acabas la cena, quizás luego te lo cuente. ¿Cómo te gusta la carne?

Ella se acercó un poco más a él. Le retumbó una palmada en el trasero y dejó allí la mano, amasando: la cola del pavo real la había puesto caliente. Con voz cálida acercó los labios a su oreja y le susurró:

—Pues a mí la carne me gusta igual que me gustan los hombres: bien hecha por fuera... y tiernecita por dentro.

—¿Me vas a decir de una vez dónde vamos?

—Mira que eres pesada. Sube al coche y calla.

Eran casi las doce y la noche era veraniega, por lo que Víctor descapotó el Saab y se puso a conducir carretera del cabo de la Nao abajo.

—Bea, saca de la guantera una hoja que he dejado ahí esta mañana. —No se veía un alma por ningún lado—. Ve indicándome.

El folio era una impresión de Google Maps.

—¿A qué demonios nos vamos a Benisivá a estas horas?!

—Imagínatelo, eres una chica lista.

—Prefiero que me lo aclares tú, me da miedo que lo que estoy pensando sea cierto.

—Pues es cierto: vamos a ver qué hay dentro de la tumba de Hugo Mendoza.

Ella se puso lívida. Víctor habló con gesto burlón.

—Me alucinas, Bea, tienes una capacidad increíble para mimetizarte con tu entorno. ¡Y por anticipado! Se te ha quedado una cara de muerto que si te vieras...

Él reía mirándola a ella y a la carretera alternativamente.

—¡Víctor! ¡¿Vamos a profanar una tumba?!

—Bueno, dicho así no suena muy bien, pero... sí, en efecto, vamos a profanar una tumba. A la mierda los eufemismos.

—¿Estás loco?! ¡¿Por qué me da la impresión de que esto te divierte?!

—Menuda decepción, me habían dicho que Bea Cifuentes no le temía a nada. ¿Qué pasa? ¿Te dan miedo los cementerios por la noche? ¿De niña viste *La Noche de los Muertos Vivientes* y tienes un trauma? —Empezó a imitar el aleteo de una gallina.

—¡Víctor, por esto nos pueden meter en la cárcel! Yo he hecho muchas locuras en mi vida, pero abrir una tumba...

—Bea, nadie va a ir a la cárcel. —Se puso serio—. Creo que tenemos ya suficientes indicios para sospechar, y digo solo sospechar, que tu excuñadito no está muerto. Los manuscritos que recibe tu hermana, la carta que le metieron en el bolso, el borrado de archivos del ordenador de Hugo tras el naufragio, las incoherencias de Carrasqueta: ha llegado el momento de aclarar qué demonios hay dentro de esa tumba. Pero por si acaso el que hay dentro del ataúd sí es Hugo Mendoza, iremos con mucho cuidado para que nadie nos descubra, por eso vamos de madrugada. Si dentro de la tumba no hay ningún cadáver, tranquila, que no nos pasará nada: tenemos a Carrasqueta cogido por los huevos, él mismo será el más interesado en protegernos. Además, el cementerio queda dentro de su jurisdicción, no vamos a salir de la comarca.

Bea parecía enfadada.

—Estás loco... —Resoplando, cogió el mapa de un zarpazo y empezó a analizarlo—. Tuerce en el próximo cruce a la izquierda, dirección Pego.

A través de una carretera recta trazada a escuadra, cruzaron un marjal repleto de

cañizales y algún mechón de arrozal. Según Google Maps, era un humedal protegido.

—Luna llena..., vamos a tener suerte, podremos orientarnos.

—Sí, somos unos profanadores de tumbas *con mucha suerte*. —El tono de ella era sarcástico—. Sigue esa señal, dirección Atzúvia.

El Saab cruzó Pego, que a esas horas estaba totalmente en silencio, y tomó la carreterita en la dirección indicada por Bea. Pronto llegaron a Atzúvia, también desierto. En cuanto salieron del pueblito, el camino se estrechó y empezó a plagarse de curvas cerradas y en pendiente. Entraban en un valle de montaña.

—Creo que ya estamos cerca, Bea; aunque es de noche, todo esto me suena, de cuando vine a visitar la tumba de Hugo.

La carretera se hacía cada vez más revirada y sufrida, como los troncos de los olivos centenarios que se veían a los márgenes del camino.

—Acabamos de entrar en La Vall de Gallinera. —Bea analizaba el mapa con atención—. Por lo visto, el valle está compuesto por ocho aldeas, y en el orden ascendente que llevamos, Benisivá es la tercera, tenemos antes que pasar Benirrama y Benialí. Y son todo curvas...

—Demasiados *Benis* para mi memoria... Hace muchos años que vine por aquí y ya no me acordaba de esto. Todos los nombres de estos pueblos me parecen iguales. —Víctor hablaba mientras prestaba atención a la carretera.

—*Beni* significa en árabe «hijo de». El valle es de origen moro.

—Ya veo. Pues con tanto *Beni* y tanta montaña, ¿no vamos a pasar por Beny Hill?

—Muy gracioso estás tú..., se nota que el señor profanador de tumbas está cagadito de miedo, de tan bromista que le veo.

Bea miraba a Víctor con cara de pocos amigos. Antes de seguir hablando, respiró profundamente el aire fresco de la sierra, cargado de aromas de lentisco y bardaguera.

—A este valle no había subido nunca, pero conozco bien otros dos del interior de la comarca, La Vall de Ebo y La Vall de Laguar. Son todos muy parecidos, y preciosos. Entiendo que mi hermana y Hugo estuviesen enamorados de este lugar: estamos a media hora de la costa y parece otro mundo, sin turismo, ni hoteles, ni chalés... ¿Sabes lo que decía Hugo de este lugar cuando él y Ana regresaban a casa después de alguna excursión?

—No, ¿qué decía?

—Pues que cuando entras en los valles de esta comarca, hay que retrasar el reloj, al igual que cuando llegabas a Canarias, pero no una hora..., trescientos años.

Vides atormentadas se agarraban con desespero a las laderas.

—Según nos contaba Hugo, cuando en el siglo XVII fueron expulsados los moriscos, estos valles se quedaron desiertos, costó mucho repoblarlos. Al final fueron mallorquines, todos muy pobres, los únicos que quisieron venir a estas tierras tan duras... Y desde entonces siempre han estado bastante deshabitados; a pesar de estar tan cerca del mar, hay multitud de aldeas abandonadas.

En su penoso avanzar por la carretera, el Saab arrancaba grititos de goma a las



ruedas en cada revuelta. A ambos lados de la calzada podían verse iluminadas por la luna foyas y lomas abarrotadas de olivos, almendros, cerezos y algarrobos. Media hora después, sin que el paisaje cambiara, vieron la señal que buscaban: Benisivá.

—Ya hemos llegado... Cruzaré primero el pueblo para reconocer el terreno; debemos intentar no llamar la atención.

—Víctor, frena.

Con el coche parado en medio del caminó, Bea se quedó mirándole muy seria.

—¿Qué pasa?! ¡Habla!

—Pues que llevamos un Saab ultradeportivo descapotable color *champagne*, y estamos en un pueblo de cien habitantes que parece sacado de la Edad Media. Es la una de la madrugada: si hay alguien despierto, es imposible que no llamemos la atención; somos como Paco Clavel en una ceremonia de canonización.

Él reflexionó unos segundos.

—Tienes razón.

Echó un vistazo a su alrededor y vio tras él una trocha que, desde la carretera, se adentraba zigzagueante en la montaña, para desaparecer a escasos treinta metros entre zarzales. Manióbró con cuidado y metió el coche en ella. Con el Saab ya oculto, bajaron y abrieron el maletero.

—¿Qué llevas aquí? —Bea sostenía un macuto—. Pesa mucho.

—Herramientas. Aguanta mientras busco la linterna.

Un minuto después caminaban por la carretera en dirección al pueblito, iluminado a cachos por la luz hepática de las farolas.

—Pues estamos ya en el centro de Benisivá, en la plaza —Bea se detuvo a escudriñar el plano.

—¿Esto es el centro del pueblo?

La plaza no era sino la confluencia de la carretera por la que habían subido, que vertebraba el valle, con la única calle de Benisivá: Olmos Canalda. Esa calle era completamente recta y de unos cien metros de fondo por cinco escasos de ancho. La cerraba la iglesia con su campanario, y dos gatos en celo que enroscaban ronroneantes sus colas.

—Vamos hacia allí, en esa dirección... —Bea leía el mapa mientras avanzaba—. Calle Olmos Canalda, perfecto, según Google, el cementerio está detrás de la iglesia.

Caminaron arrimados a la acera y en silencio para no llamar la atención. Todas las casas eran de estilo valenciano, cuadradas y pegadas las unas a las otras, de dos o tres alturas, con tejados a dos aguas. Encaladas de arriba abajo. Las casas de rico se distinguían porque tenían jambaje y poyetes de piedra, con carrileras por las que en otras épocas entraba el carro hasta el fondo del corral. Las casas de pobre eran estrechas y ciegas.

—Al llegar a la iglesia, hay que torcer a la izquierda.

—¿Por dónde? La iglesia cierra la calle.

—No seas cabezón, san Google dice que hay una callejuela a la izquierda, ¿sabrás

tú más que san Google?

En efecto, aunque los portalones de la iglesia parecían engullir la calle, esta se estrechaba retorciéndose a la izquierda justo al llegar a ellos. Se metieron por allí para notar de inmediato el aroma de la humedad: a aquel requiebro parecía no alcanzarle nunca la luz del sol.

—Restaurant del Raval —Bea leía en voz alta un pequeño letrero en la pared—. Vamos bien, ¿pesa mucho la bolsa? ¿Te ayudo?

—No, puedo continuar... ¡Mierda!

El escandaloso politono de *La Macarena* empezó a sonar en el i-Phone de Víctor.

—¡Apaga eso! Vas a despertar a medio pueblo. —Ella le gritaba en sordina mientras Víctor se palpaba nerviosos los bolsillos.

—Ya voy, ya voy...

Al final lo encontró y cortó la comunicación.

—¿Quién era?

—Pam. No sé qué demonios querrá a estas horas...

Tras bordear la iglesia, el callejón retomó la misma dirección que tenía la calle principal del pueblo, como si fuese su continuación natural. Pero ahora atravesaba puro campo, y se había transformado en un senderito angosto de no más de dos palmos. Discurría entre cerezos, almendros y olivos, cuyas sombras leprosas parecían acecharles desde los márgenes del camino dispuestas a saltar sobre ellos.

—Ve con cuidado, Bea, esto está muy oscuro.

El silencio del valle podía verse gracias al zumbido de las chicharras refrescándose.

—Si lo sé, no vengo, estás loco... ¿Seguro que es este el camino?

A la luna le costaba penetrar entre el ramaje, por lo que la oscuridad, coagulada y sólida, devoraba la ridícula lucecilla de la linterna.

—Sí, es este. —Armado con ella, Víctor se sentía tan ingenuo como un niño que intenta vaciar el mar con su cubito de playa—. Seguro.

Tenían que hacer equilibristas sobre el senderito contra el que se abalanzaban la ajedrea y las siemprevivas intentando zancadillearlos. Tras trescientos metros caminando entre bancales de árboles dormidos, empezaron a vislumbrar las tapias de lo que debía de ser el cementerio: era un cubo minúsculo, formado por cuatro paredes, que parecía varado de cualquier forma entre los bancales. En medio de su masa negra, como si fuese una filigrana de encaje, se dibujaba diáfana una puerta enrejada.

—Ya hemos llegado. Ilumina la bolsa, voy a buscar la cizalla.

Víctor sacó unas enormes tenazas con las que en un segundo cortó la cadena que cerraba las dos hojas de la puerta de hierro forjado. Al entrar, se sintieron en un cementerio de juguete, una bombonerita cuadrada con sus cuatro paredes interiores forradas de lápidas: parecía un relicario minúsculo que le colgaba sobre el pecho a la montaña.

—No recuerdo dónde estaba la tumba de Hugo, hace ya muchos años... Bea, examina tú las lápidas de esas dos paredes, yo miraré estas.

El agujijón de luz de la linterna era tan afilado y nervioso que por un momento se sintieron avispas tajando asustadas la oscuridad. Desde las lápidas, sus propietarios les observaban con ojos abisales cargados de reproches, encerrados en retratos color sepia.

—¡Aquí, Víctor! Es esta.

Lo habían encontrado. Era un sepulcro que quedaba a la altura del pecho. Sin fotografía ni símbolo religioso alguno. Después de diez años de inclemencias, seguía conservando un precioso jaspe rojo borgoñés vetado de lapislázulis indefinidos. Algún admirador del escritor había dejado recientemente flores frescas.

—Bueno, ha llegado el momento. Apártate, Bea, no sea que alguna esquirla te salte a los ojos. Ilumíname con la linterna.

Víctor se encendió un cigarrillo para infundirse valor, se le habían pasado las ganas de hacer bromas. Rebuscó en el macuto y sacó una picola reluciente que agarró con fuerza con ambas manos. No era religioso, pero decidió santiguarse antes de estamparle en el entrecejo a la lápida un mazazo de director de orquesta: la piedra se vino abajo dejando a la luz la pared de ladrillos. Cinco minutos después de bregar con ellos, dos cabezas se asomaban a la boca negra del nicho abierto.

—Bea, deja la linterna en el suelo iluminando hacia aquí y ayúdame. Coge de ese extremo y tira con fuerza.

A pesar de haber transcurrido casi diez años, la estructura de madera del féretro se conservaba sólida. Entre los dos no fue difícil sacarlo, pero, cuando perdieron el apoyo del nicho y hubo que sostenerlo en volandas para depositarlo sobre el suelo, comprobaron lo pesado que era.

—Dios, esto pesa como un muer...

—¡Víctor, no! ¡No te atrevas a hacer esa mierda de broma! —Resoplaba dolorida.

—Era por relajar un poco el ambiente. —Forzaba entre jadeos una sonrisa desganada, sin tener muy claro si para animar a Bea o para infundirse él mismo valor.

—Este ambiente es imposible de relajar, déjalo estar... No sé cómo me has convencido.

—Pues te he convencido porque tienes tantas ganas como yo de saber qué pasa... ¡Apoya, apoya, que se me cae!

Con un gran estruendo, el ataúd medio carcomido se les resbaló de entre las manos y cayó al suelo sin perder su consistencia. Se quedaron de pie observándolo entre tinieblas.

—Bueno, más vale que no retrasemos lo inevitable.

Mientras Bea le iluminaba, Víctor hizo palanca con la picola. La tapa del ataúd se abrió sin oponer resistencia. Dentro, lo primero que vieron fue la sonrisa inquietante de una calavera, y bajo ella un incongruente traje oscuro que había soportado estupendamente el paso del tiempo. No se atrevieron a tocarlo, pero a simple vista se

intuía su consistencia fofa al haber desaparecido por completo la carne que en otra época le había conferido prestancia. Del cuello de la camisa blanca, bien ceñido años atrás por la corbata, brotaba ahora con holgura ridícula una ristra de vértebras que unían traje y cráneo. Los zapatos, todavía relucientes, cubrían los huesos de los pies del difunto.

—Vaya. —Bea habló iluminando la calavera—. Pues *sí hay* cadáver...

Los dos se habían quedado decepcionados.

—Cadáver es obvio que hay. —Víctor intentó hacer de tripas corazón—. Pero está por ver que sea el de Hugo Mendoza.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que yo no sé a ti, pero a mí con las calaveras me pasa como con los chinos, todas me parecen iguales. Y apuesto algo a que no nos hemos equivocado, este cadáver no es el de Hugo Mendoza.

—¿Y entonces de quién es?

—Hasta ahí no llego, no tengo ni idea. Pero me conformo con demostrar que no es el de Hugo. Si lo conseguimos, podríamos trabajar con la hipótesis de que tu cuñadito está vivo, y eso sería un gran avance. —Sonrió—. Y creo que se me ha ocurrido una manera de comprobarlo... A mí este muerto me parece muy grande, ¿no tendrás por ahí un metro?

—Sí, dentro del bolso, al lado de la tostadora... ¡Pues no, Víctor! ¡No suelo salir de casa con un metro en el bolsillo!

—Te veo un poco tensa...

—¡Pues claro que estoy tensa! Pero..., pero... ¡¿qué haces, Víctor?! ¡¿Estás loco?!

Mientras ella hablaba, él se tumbó boca arriba sobre el suelo, acomodándose justo en paralelo al ataúd y mirando a la luna.

—Ahora, Bea, quiero que me des indicaciones para yo moverme de manera que la suela de mis zapatos coincida exactamente con la suela de los zapatos del muerto.

Ella, sin entender nada, se arrodilló a los pies del ataúd y observó con cuidado las suelas de los cuatro zapatos.

—Acércate un poco más a mí, Víctor..., así, párate ya. Perfecto.

—Coge la picola y utiliza su mango como vara para rasar las suelas, es importante que estemos perfectamente alineados.

Hizo lo que le decía Víctor y comprobó, tomando como referencia el mango de la picola, que las punteras de los cuatro zapatos seguían una línea continua y recta.

—Estáis totalmente alineados, ¿dónde quieres ir a parar, Víctor?

—Ahora vente aquí, al otro extremo, y haz lo mismo, pero con la parte superior de los cráneos, ¿quién es más alto, el muerto o yo?

Ella se incorporó y repitió la operación en el otro extremo tal y como él le había indicado. Todo aquello era extremadamente tétrico.

—Ya veo lo que pretendes...

Víctor sintió el contacto del mango de madera de la picola en la cruz de su cráneo. Tumbado boca arriba, con el ataúd al lado, creyó estar contemplando una pintura enmarcada por los tejadillos de las cuatro tapias del cementerio: sobre el fondo estrellado de la noche se dibujaba el rostro de Bea, con sus facciones denotando un asombro que él no pudo percibir al verlas invertidas. Ella siguió hablando.

—El muerto es más alto que tú..., tenías razón, Víctor, ¿este no puede ser Hugo!

—¡Bingo! Según su ficha médica, Hugo medía uno setenta y tres de estatura. Yo mido uno noventa...

Bea le tomó la palabra.

—... y este cadáver aún es cuatro o cinco centímetros más alto que tú.

—Eso es: este tipo del traje no es Hugo Mendoza, a no ser que mi compañero de noche romántica a la luz de la luna haya crecido veinte centímetros en los diez años que lleva metido en esa caja.

Seguía tumbado boca arriba sonriente y satisfecho.

—Pero qué listo es mi chico.

Víctor vio cómo el rostro invertido de Bea se acercaba al suyo cubriendo el fondo estrellado. Le dio un beso, invertido también.

—¿Y ahora?

Él se incorporó de un salto antes de responder.

—Pues creo que tendremos que hacerle una visita intempestiva al señor comandante de la Guardia Civil. Tiene muchas cosas que explicarnos. —Se encendió otro cigarrillo y palmeó el madero del ataúd sobre el que estaba sentado—. Ven aquí a mi lado, sé que no es el sitio más romántico del mundo, pero...

Ambos se volvieron a besar bajo la atenta mirada hueca de las cuencas oculares de la calavera. Un ruido a sus espaldas les sobresaltó.

—¿Quién anda ahí?!

El grito de Víctor no obtuvo respuesta. Al girarse asustados, dos linternas les enfocaron el rostro deslumbrándoles: cegados por la luz, solo pudieron distinguir junto a cada linterna el brillo metálico de sendas Beretta 9mm Parabellum que les apuntaban directamente a la cabeza.

—Paloma, no sigas intentándolo que te vas a hacer daño, ¿pero es que no ves que no te entran los vaqueros?

La novicia observaba a su compañera de cuarto dar saltos desesperados para conseguir embutirse dentro de los pantalones. Paloma parecía enfadada con el mundo.

—No me entran ni los vaqueros... ni los indios... no me entra nadie, Santa, que es que soy muy fea y estoy muy gorda... —Dejó de saltar y el enfado se esfumó, para permitir que la tristeza espejearse sobre su rostro—. Ese idiota me envía flores, se las ingenia para averiguar mi dirección y mi teléfono... y ahora no me llama, ¿por qué,

Santa? ¡¿Por qué ese lerdo se hace de rogar?!

Aquellos pantalones vaqueros imposibles de abotonar parecían haberla derrotado, quebrando su habitual vigor: ahora recordaba a una niña pequeña haciendo pucheritos.

—Bueno, ¿y a ti qué más te da? —La religiosa la miró con ojos pícaros, pero llenos de bondad—. Cuando llegó ese precioso ramo de flores al convento, decías que ese chico era un idiota...

Paloma se sintió descubierta, y la vergüenza la forzó a tirarse sobre la cama, corcovando como un caballo salvaje al que un vaquero, nunca mejor dicho, quiere domar.

—Tienes razón, Santa, tienes toda la razón... Seguro que ese subnormal es uno de esos *tíos legaña* que se quitan los calzoncillos como si fuesen papeles de magdalena. ¡Estoy mejor sin él!

—Pero, Paloma, si nunca has estado con él...

—Pues claro que no, ¡ni ganas! ¡Que le den!

Volvía a mostrarse enfadada con el mundo. Por fin los vaqueros entraron y ella consiguió abotonárselos, dejándose caer sobre la cama jadeante tras el esfuerzo: sus caderas ahora parecían el tapón de una botella de *champagne* a punto de hacer *plop*.

—Y dime, Paloma, si el tal Benito es una *legaña de hombre*..., ¿por qué entonces últimamente te has olvidado del chándal y no haces más que comprarte ropa nueva... de tallas pequeñas?

Ante el tono cariñosamente sarcástico de la religiosa, Paloma intentó forzar una mirada de águila orgullosa, pero le salió un ripio.

—Bueno, tal vez... —Se sentó en el borde de la cama frente a su amiga, con el rostro descolgado ante la evidencia: estaba pasándolo mal—. Tal vez lo de las flores me hizo un poquito de ilusión... lo confieso.

—¡Lo sabía! ¡Estaba segura! —Santa Tecla se levantó de un salto y se sentó en la cama junto a Paloma, exultante de felicidad—. ¡Estás enamorada! ¡Aleluya! ¡Aleluya! ¡El Señor ha escuchado mis plegarias!

—No digas chorradas, qué cojones voy yo a estar...

—Conmigo no intentes hacerte la dura, te conozco bien: tú estás enamorada... y *lo sabes*. —La señaló con el dedo, guiñándole un ojo lleno de gracia—. ¡Qué alegría tengo! ¡Alabado sea el Señor! Te confieso que empezaba a preocuparme, creyendo que ibas a transformarte en una de esas mujeres que alargan su juventud como un chicle..., un chicle que ya va quedándose *desaborío* de tanto masticarlo.

Paloma renunció a mantener su pose gallarda: aquel *boy scout* con hábitos era intratable cuando se empeñaba en ayudar a un anciano a cruzar la calle.

—Pero, Santa, ¿por qué no me llama? ¡¿Por qué me hace sufrir así?!

—Pues no sé, Paloma, yo, de hombres, pocos consejos puedo darte... pero piensa que al menos el muchacho mostró interés por ti, puedes sentirte halagada.

—¿Mostró interés? ¿Halagada? ¡¿Eso es todo?! ¡¿Na más me voy a llevar?!

Mira, Santa, si lo sé, no me hago ilusiones... Esto viene a ser como que se te arrime un chulazo guapetón con ganas de guerra, y cuando te va a pegar *bocao*..., el aliento le huele a Anís del Mono y ves que lleva orégano pegado en el diente.

—Dios mío, qué barbaridades dices...

—No Santa, en serio. —El orgullo se había esfumado del rostro de Paloma, dejando paso a una enternecedora resignación bovina—. Yo desde hace cuatro días me estoy cuidando, ya ni pruebo el beicon en el desayuno, a ver si pierdo unos kilitos, que tengo a sor Asunción en la cocina *asustá*. Pero estoy gorda y soy fea... y él nunca se fijará en mí...

—¡Olvídate de tu cuerpo, Paloma, y ni se te ocurra llorar! ¡Tú eres bella, por dentro y por fuera! —Pretendiendo parecer más sabia y más mujer de lo que en realidad era, Santa Tecla se quedó mirando el infinito, como si pretendiese otear Bizancio al otro lado del mar—. Además, la gente obsesionada con parecer físicamente saludable suele no serlo mentalmente.

—Arrea, ya parió la abuela. —El rostro desolado de Paloma intentó reverdecer guasón, sin demasiado éxito—. Y un flujo de energía positiva manará de ti hacia mí y de mí hacia ti, y nos fusionaremos en un bucle infinito de paz y amor..., *Hakuna Matata*...

—No te burles, Paloma, lo digo muy en serio: hoy en día los chicos y las chicas están obsesionados con el físico, y basan en él sus relaciones de pareja. Pero ¿sabes lo que pasa con el físico?

Paloma bajó la mirada, incapaz de responder por culpa de la pena.

—Pues que el físico es como el hielo fino: cuando patinas sobre él, la única salvación es la velocidad. Por eso esas relaciones tan corpóreas, tan frívolas, emprenden huidas hacia delante y acaban estrellándose hechas añicos..., porque patinan sobre hielo fino.

A pesar de su juventud y del hábito, la religiosa había hablado deslumbrante, como esas actrices de los cuarenta que aparecían en el escenario bajo un foco y enguantadas hasta los codos, mientras sendos telones se replegaban sumisos cada uno hacia su lado.

—Santa Tecla... —Paloma, tímidamente, alzó la mirada para preguntar con miedo—. ¿Tú crees..., tú crees que a Benito... le..., le gustará?

—¡Por supuesto que le gustarás! ¡Ese hombre estaría loco si no viera la joya que se lleva!

—Me lo dices para tranquilizarme... —Entristeció aún más la mirada—. Soy una idiota, una auténtica idiota... Mi amiga la Seisdedos tiene razón, el secreto del amor es muy simple: si quieres que te busquen, escóndete..., y yo aquí estoy, como una tonta, ilusionándome y pensando en él todo el día, en vez de hacerme la dura...

Santa Tecla tomó las manos de su amiga y le habló muy seria, mirándola fijamente a los ojos.

—Paloma, no hagas caso a esa descerebrada amiga tuya, para patinar sobre hielo

grueso tienes que hacer todo lo contrario... Estoy segura de que Benito te llamará, y le gustarás... y se dará cuenta de que eres una buena mujer, que no manipula, que es generosa, *que no se esconde para que la busquen...* y justo por eso se enamorará de ti *de verdad*, porque lo hará por las cosas que le das, no por las cosas que no le das...

Eran las cuatro de la madrugada cuando el Patrol de la Guardia Civil, con Víctor y Bea esposados en el asiento de atrás, entraba en el cuartel de la Benemérita de Denia. Los dos cabos que acudieron al aviso estaban muy confundidos. Tan solo hacía cinco meses que habían salido de la academia y, como novatos que eran, normalmente asumían los turnos de noche. No entendían nada en aquel extraño caso: la dueña del Restaurant del Raval de Benisivá, que padecía de insomnio, tras oír un politono de *La Macarena* bajo su balcón, había visto a dos forasteros cruzar el pueblo de madrugada cargados con bártulos en dirección al cementerio. Temerosa de que se tratase de un par de rumanos buscando cobre, había dado parte por teléfono al cuartel. Pero, ante la sorpresa de los dos cabos, en el cementerio del pueblecito se toparon con una pareja bien educada y de ciudad, que obviamente no eran delincuentes habituales. Habían profanado una tumba sin sustraer nada de ella y frente a la detención no opusieron resistencia alguna. Todo lo contrario, parecían encantados de ser trasladados al cuartelillo.

—Disculpe, ¿cómo se llama?

Víctor, esposado en el asiento de atrás, se había dirigido al guardia civil que conducía el Patrol. Parecía más espabilado que su compañero.

—Cabo Ismael Contreras.

—Ismael, sé que todo esto le parece muy extraño, ¿verdad?

El guardia civil maniobraba para aparcar el vehículo junto al resto de los Patrols en el patio central del cuartel.

—A mí ni me parece ni me deja de parecer. Ahora rellenamos el atestado y mañana el juez ya decidirá qué hay de extraño en todo esto.

—Ismael, mañana será demasiado tarde.

—¿Demasiado tarde? —Su tono era inquieto—. ¿Qué quiere decir?

Recién incorporado al cuartel, lo único que quería era no meterse en líos, y aquel asunto tan raro parecía una fuente de líos enorme.

—Pues quiero decir que todos saldríamos ganando si despierta al comandante Carrasqueta ahora. Si esperamos a mañana y a que el juzgado intervenga, se puede armar una muy gorda. Le aseguro que esto estará plagado de cámaras de televisión en un santiamén. Además, el comandante es un buen amigo, se alegrará de vernos, se lo aseguro.

El cabo se giró hacia Víctor intentando componer, tal y como le habían enseñado en la academia, un rostro circunspecto que reflejara mando y convicción. Pero era obvio que no tenía ni de lo uno ni de lo otro. Y aquel tipo del asiento de atrás, con su aire chulesco, parecía sobrado de ambos. El guardia civil apagó el motor y



permaneció unos segundos pensativo. Se dirigió a su compañero.

—No rellenes ningún papel todavía, los llevo al despacho de Carrasqueta, que él se aclare con todo esto.

—¿Estás loco?! ¿Vas a despertar al *Carracas* ahora?!

—Cierra la boca y haz lo que te digo. Yo los llevo al despacho y espero allí con ellos, tú ve y avisa al comandante, dile que vas de mi parte, me cargas el marrón que yo ya lo hablo con él.

Bajaron todos del Patrol y Bea y Víctor fueron conducidos por el cabo Ismael a través de pasillos desconchados y húmedos, repletos de muebles destartados que evidenciaban el estado decrepito de las instalaciones. Subieron por unas escaleras a la planta superior y entraron en un despacho tan desolado como el resto del edificio. Una bandera de España y una fotografía del rey eran los únicos elementos decorativos de la estancia.

—Siéntense. Ahora esperaremos aquí a que venga el comandante.

Nadie habló durante la espera. Diez minutos después apareció por la puerta la silueta giráfica de Leopoldo Carrasqueta, enfundado en un batín verde militar con estampado de camuflaje. Llevaba el escaso cabello revuelto, y al fondo de sus gafas de pasta telescópicas podían atisbarse unos ojillos que destilaban mala leche.

—Contreras, espero que tenga una buena razón para despertarme a estas horas, porque si no es así, por mis muertos que le empapelo a...

Enmudeció al ver sentados frente a su mesa a Víctor y a Bea.

—¿Ustedes...? ¿Qué ha pasado?

Víctor iba a hablar, pero el cabo le tomó la delantera, cuadrado marcial frente a su superior.

—Si me lo permite, señor comandante, le explico...

—Cierre la boca, vámonos fuera a hablar usted y yo. Y, por el amor de Dios, quíteles las esposas..., no sé qué les enseñan en la academia. —Se giró muy serio—. Ustedes esperen aquí, ahora vuelvo.

Cinco minutos más tarde, con el pelo bien peinado, pero todavía con el batín verde militar de camuflaje, el comandante Carrasqueta regresó, cerró la puerta tras de sí y se sentó tras la mesa escritorio.

—Bueno, si les digo la verdad, esto es lo último que me esperaba, ¿en qué demonios estaban ustedes pensando al subir a ese pueblo?!

Fue Bea la que respondió, visiblemente alterada ante la presencia del guardia civil.

—¿Aquí el único que tiene que dar explicaciones es usted! ¿A quién hostias tienen enterrado en la supuesta tumba de Hugo?! Usted y mi padre me dan asco, no sé cómo pudieron engañar así a mi hermana...

Por un momento dio la impresión, abalanzada sobre la mesa como estaba, de que iba a abofetear rabiosa al comandante. Este la refrenó alzando con energía su mano abierta, con aspecto de fósil de palmípedo.

—¡Señorita Cifuentes, por ser usted hija de quien es hasta ahora le he tolerado ciertas faltas de respeto, pero bajo ningún concepto le permito que me alce la voz! — Se calmó—. Recuerde que *aquí* ustedes están *detenidos*... Deben de haberse vuelto locos para ir a profanar una tumba.

A pesar del tono solemne, su batín verde militar y el pijama de motivos navideños, contrastando con la fotografía altiva del rey de España al fondo, conferían al militar un aire grotesco.

—Comandante Carrasqueta, voy a ir directo al grano, es tarde y todos queremos descansar. —Víctor, más sereno, acalló a Bea, que parecía querer saltar de nuevo—. En la tumba de Hugo Mendoza no está enterrado Hugo Mendoza. Usted lo sabe, nosotros lo sabemos, y además lo podemos demostrar. De esta conversación depende el que no lo sepa nadie más o se entere medio mundo. Si sigue empeinado en negarlo todo, cuando el juez nos pregunte a qué subimos al cementerio de Benisivá, empezaremos a hablar y a hablar, y saldrá todo a la luz. Y a ver cómo explica, siendo usted el responsable de la localización e identificación del cuerpo, el que en la tumba de Hugo Mendoza haya enterrado un cadáver de un hombre de casi dos metros. Al juez quizás le llame la atención saber que el escritor medía poco más de uno setenta.

Como buen jugador de póquer, Víctor sabía que echarse un farol implicaba tener higadillos suficientes como para soportar que el contrincante no tragara: si todo salía a la luz, ellos tenían tanto que perder como el guardia civil. Sin embargo, antes de que el comandante abriese la boca, Víctor respiró tranquilo, porque en los ojillos del militar se evidenciaba que este se había tragado el farol enterito.

—Señor Vega, creo que debe de haber habido algún malentendido, la investigación se llevó a cabo con rigor... —Por el temblor de su voz, era obvio que toda su solemnidad se estaba desmoronando.

—Y una mierda, ¿qué pasó?! ¿A quién metieron en esa tumba?! ¿Por qué nos engañaron a todos?!

Los gritos de Bea acabaron por apuntillar al comandante. Tragó saliva mirando todavía con altivez, pero sabedor de que estaba atrapado. Tras unos segundos de reflexión estreñida, claudicó.

—Bien, supongo que tendremos que poner las cartas sobre la mesa... —Apoyó ambos codos sobre el escritorio y se quitó las gafas mostrando sus ojos de topillo—. Lo que aquí hablemos a partir de ahora es confidencial, y negaré en todo momento haberlo dicho, ¿estamos?

—Estamos.

Víctor respondió al instante, pero Bea permaneció en silencio.

—¿*Estamos*? —El comandante dirigió hacia ella sus ojillos.

«¡Por Dios, Bea! Recuerda el rollo ese que te solté sobre la sinceridad, el egoísmo... ¡Si este tipo nos lleva ante el juez, a tu hermana puede salpicarle la mierda!».

Ella pareció escuchar los pensamientos de Víctor.

—Estamos. —Lo dijo con rabia y desgana.

—Muy bien, confío en su discreción y en su palabra.

El militar se levantó de la silla y, calzándose de nuevo las gafas, se acercó a la ventana que daba al patio del cuartel. Mientras cruzaba las manos a la espalda contemplando la noche, habló apesadumbrado.

—No me siento orgulloso de lo que pasó, pero la verdad es que en esos momentos consideré que era lo más adecuado. Tal vez hoy..., bueno, seamos sinceros, seguro que hoy hubiese tomado decisiones diferentes..., pero qué le vamos a hacer, aprendemos de la experiencia. —Se giró hacia ellos y volvió a sentarse—. No quiero que piensen que soy de esas personas que se enrocan en el error, sin capacidad de autocrítica. Uno de esos idiotas que van diciendo por ahí, ufanos, que si volvieran a nacer no cambiarían nada de lo que han hecho en esta vida: me considero una persona inteligente que no teme enfrentarse con sus errores, yo sí que cambiaría algunas cosas de mi vida, y sin duda las decisiones que tomé durante esa semana en la que desapareció su cuñado estarían en las primeras posiciones de la lista. La dignidad de este uniforme exige un mínimo de humildad.

Carrasqueta, emocionado, miraba a Bea sin aparentemente darse cuenta de que lo que llevaba puesto encima era un batín estampado de camuflaje y un pijama con motivos navideños, no su uniforme militar.

—Como les digo, cambiaría las decisiones que tomé esa semana, pero les aseguro que fueron tomadas siempre con la mejor de las intenciones. Su padre y yo mismo solo pretendíamos ahorrarle a su hermana Ana un dolor innecesario. —Seguía mirando a Bea, que estalló.

—¡Menos lloriquear y aclare toda esta mierda de una vez!

El militar encajó el golpe pesaroso, pero estoico.

—Sí, tiene usted razón, tanto circunloquio no va a solucionar nada... —Su tono se ensimismó—. El temporal había sido descomunal, y además tenía una característica muy concreta: los vientos fueron de poniente. Eso significaba que las corrientes marinas habían empujado desde tierra hacia mar adentro, y cualquiera que se haya encargado de organizar una búsqueda tras una tormenta en estas costas sabe que eso son muy malas noticias. Si los vientos son de levante, el mar saca a los muertos, y en cualquier playa próxima te encuentras los cadáveres varados en la arena o entre la rocalla. Pero si las corrientes van mar adentro, los cuerpos pueden estar en cualquier lado. Es como buscar una aguja en...

—¿Por qué no nos informaron de esas cosas en su momento? —Bea interrumpió brusca, con rostro circunspecto.

—Su padre fue informado de todo. Si él consideró oportuno no compartir esos detalles preocupantes con ustedes, respeto su criterio.

—Está claro que localizar el cuerpo de Hugo era complicado —Víctor terció para evitar que Bea se enzarzara—, ¿qué hicieron entonces?

—¿Que qué hicimos? Pues trabajar durante tres días como cosacos. Le aseguro,

señorita Cifuentes, que es cierto que gracias a su padre tal vez conseguimos más medios, pero hubiese sido quien hubiese sido el desaparecido, en cualquier operación de este tipo a mi cargo habríamos hecho lo imposible por salvar a las víctimas, o al menos localizar sus cuerpos. Yo no hago excepciones en ese tipo de cosas, por eso me hice guardia civil, para ayudar a los demás... —Las lágrimas parecieron querer inundar el fondo de sus gafas telescópicas, pero se repuso con una pose digna, a la romana—. Bueno, como les decía, fueron tres días en los que no se escatimaron esfuerzos, pero tras setenta y dos horas de búsqueda ya había dos cosas claras: primero, el señor Mendoza no se había salvado, nadie aguanta malherido tres días en el mar o varado en una playa, y segundo, el cuerpo ya no iba a aparecer, las corrientes podían haberlo lanzado cincuenta millas mar adentro en cualquier dirección, y a esas distancias la superficie de búsqueda es tan amplia que solo por pura casualidad hubiésemos encontrado el cadáver. La agonía de su hermana podría haberse prolongado semanas, o quizás incluso para siempre... Las viudas de los marineros lo saben bien, no hay mayor desconsuelo que no tener una tumba a la que ir a llorar.

—Y entonces, ¿el cadáver del cementerio de Benisivá? —Era Víctor el que volvía a preguntar, muerto de curiosidad.

—Pues sucedió algo inesperado. La mañana del martes don Gabriel quiso salir conmigo en la patrullera, estaba preocupado y tenso, quería que todo acabara cuanto antes y el mantenerse activo le ayudaba. Embarcamos su padre, yo y dos cabos del cuartel. Cuando estábamos treinta millas mar adentro, en los caladeros de poniente, encontramos un cuerpo flotando en el mar, que ese día estaba calmado como una balsa de aceite. Lo izamos. El cadáver se encontraba en un avanzado estado de descomposición, pero era obvio que no se trataba de Hugo Mendoza. Ni sus ropas, ni la complexión...

—¿Quién era?

—Pues tras escarbarle bien los bolsillos, localicé el carné de conducir. Por radio me informaron de que se trataba de un delincuente habitual, un tipo con numerosos antecedentes no demasiado graves..., bueno, no demasiado graves considerando cómo está el mundo hoy en día. Trafico de drogas al menudeo, algún atraco a gasolinera con navaja, palizas... De tan desfigurado que estaba, no lo había reconocido en un primer momento, pero en cuanto confirmamos quién era, recordé que había pasado por el calabazo del cuartel en varias ocasiones. El caso es que alguien se lo había cargado, seguramente en un ajuste de cuentas por drogas, y se había deshecho del cadáver arrojándolo al mar.

—¿Y nadie había denunciado su desaparición?

El comandante miró a Víctor con sonrisa rota.

—Señor Vega, esa gentuza no tiene una esposa en casa haciendo galletas y esperando a que su maridito llegue a cenar. A esos desgraciados, cuando se mueren, casi nadie los echa de menos... La única denuncia por desaparición que tuvimos ese mes fue la del señor Mendoza. —El comandante miró a Bea antes de seguir hablando

—. Y entonces, con el cadáver ya en cubierta, a su padre se le ocurrió la idea.

—Puedo imaginarme la idea que tuvo *mi padre...*, digna de él.

Bea murmuró esas palabras más para sí misma que dirigiéndolas a los dos hombres. El guardia civil prosiguió su relato.

—Don Gabriel me llevó a un aparte en la proa de la patrullera y me pidió que hiciésemos pasar el cadáver de aquel desgraciado por el de Hugo Mendoza. No soportaba seguir viendo a su hija desesperada ante la incerteza, y si no aparecía el cuerpo, estaba convencido de que su hermana Ana acabaría volviéndose loca. Me argumentó que al tipo ese que habíamos encontrado nadie lo iba a reclamar ni echar de menos, todos saldríamos ganando. Además, en unos días más el cuerpo del verdadero Hugo Mendoza acabaría por desaparecer para siempre, devorado por las alimañas..., nadie nunca se enteraría del engaño.

—¿Y qué hizo usted? —Víctor tuvo mucho cuidado de no utilizar un tono acusador.

—Pues, la verdad..., la verdad es que al principio me negué en redondo, me pareció una barbaridad muy arriesgada..., pero el señor Cifuentes puede llegar a ser una persona muy persuasiva. Además, he de reconocer... —Ahora no se atrevía a mirar a los ojos a sus interlocutores— que don Gabriel se había portado muy bien con el cuerpo, y con este cuartel de Denia especialmente. De hecho, mi traslado aquí desde Valladolid se lo debía a él, si no hubiese intercedido su padre, en el ministerio a buenas horas me habrían destinado a esta plaza. Yo quería casarme y a mi mujer no la sacas de este pueblo ni con una pareja de la Guardia Civil, nunca mejor dicho..., pero bueno, eso no viene al caso y..., y no hay excusa. Al final accedí.

—¿Cómo lo organizaron?

—Fue muy sencillo, señor Vega. Los dos cabos de la patrullera eran de total confianza, sabía que no abrirían la boca. Lo único que hacía falta era un médico forense que certificara la defunción e identificara al cadáver. Antonio Suárez, amigo mío y comandante del hospital militar de Manises, lo hizo encantado, me debía varios favores y tras explicarle el caso se hizo cargo. Fue todo muy discreto y rápido. En aquel entonces el señor Mendoza era un desconocido, por lo que su desaparición solo interesaba a la familia.

Volvió a alzar el rostro, que parecía avergonzado.

—Creía que me olvidaría de todo eso en unas semanas... y tal vez lo hubiese hecho, pero Hugo Mendoza acabó siendo una estrella fulgurante de la literatura mundial, llorada por todos. Y eso me recuerda constantemente mi... —Le costó elegir la palabra—. Mi ilegalidad. Y desde entonces cada día me levanto y me avergüenzo de mí mismo cuando me afeito frente al espejo... Sufro, les confieso que sufro...

El comandante, visiblemente afectado, siguió conversando con su conciencia.

—No es temor a que alguien se entere y puedan expedientarme, o incluso expulsarme del cuerpo, que es mi vida..., no, no es eso. Es la sensación

inconfundible, diáfana, de que hice algo incorrecto. Creo que nunca volveré a descansar en paz sabiendo que hay gente que reza en una tumba falsa a un difunto falso... Mi único consuelo es que tal vez toda esa mentira haya ayudado a alguien..., a su hermana sobre todo.

Miró implorante a Bea buscando consuelo, pero el rostro de esta permanecía impasible. Habló calmada.

—¿Mi padre sabía que íbamos a venir a hablar con usted?

—Le telefoneé en cuanto Rebeca me llamó a mí. Me dijo que diese la versión oficial, y que estuviese tranquilo, todo estaba atado y bien atado. Ya sabe cómo es su padre, lo negará todo en todo momento... Juramos un pacto de silencio, pero las circunstancias son las que son.

Bea destilaba rabia. Víctor supo que debía volver a mediar.

—Bueno, ahora las cosas parecen más claras...

—Quiero..., quiero decirles algo más.

El comandante habló de repente, de nuevo con el rostro gacho. Parecía querer descansar, desprenderse de un lastre que llevaba años arrastrando.

—Esto no tendría por qué contárselo... De hecho, ni tan siquiera don Gabriel lo sabe, son averiguaciones que hice tras el entierro, cuando todo el mundo empezó a olvidarse del caso.

Bea y Víctor, intrigados, prestaron atención.

—Los primeros días tras todo aquello, yo no podía ni dormir, no me sentía tranquilo... —Se retorció las manos—, repasaba la documentación para asegurarme de que, en efecto, todo estaba atado y bien atado, no quería cabos sueltos. Fue entonces cuando me di cuenta.

—¿De qué?

Víctor preguntaba con ansiedad. El militar alzó el rostro y esbozó una mueca condescendiente, pero amable.

—Veo, señor Vega, que no reparó en la incoherencia, a pesar de que creo que se lo puse fácil.

—¿Cómo?

—No se culpe, le confieso que yo lo descubrí por pura casualidad.

El rostro de Víctor parecía implorar una explicación.

—Tres semanas después de todo aquello, mi mujer me pidió que repintara el muro de una casita que tenemos en la zona del Montgó, en lo que llaman vulgarmente *els collons de la muntanya*. Rebuscando en la ferretería y mirando etiquetas, vi por casualidad que uno de los componentes de la pintura que me interesaba era éter de glicol...

Bea no entendía nada, pero Víctor empezó a casar piezas en su cabeza y acabó la frase del comandante.

—... producto al que era alérgico Hugo Mendoza.

—Eso es. Yo no tenía ni idea de qué era el éter de glicol, ni le había dado la

menor importancia al leer el informe dental. Pero al ver ese componente químico en la pintura, me surgió una duda. Hice una consulta al laboratorio científico en Madrid y me confirmaron que gran cantidad de pinturas contienen ese producto en su composición. Tras hacer las correspondientes averiguaciones, confirmé también que un alérgico al éter de glicol no debe acercarse a la pintura fresca antes de su secado, ya que su inhalación le puede producir erupciones en la piel o ataques de asma, no demasiado graves, pero sí muy molestos. ¿Entiende ahora, señor Vega, dónde quiero ir a parar?

—Creo que sí... —Víctor asentía—. ¿Cómo un alérgico al éter de glicol puede trabajar de comercial en una empresa de pinturas?

—Correcto. El certificado de penales que nos enviaron de Madrid demostraba que en su vida anterior a Denia el señor Mendoza había trabajado para Titanlux, y resultaba que era alérgico a un componente químico básico de la pintura. Algo no encajaba.

—Quizás fue una alergia sobrevenida.

Era Bea la que hablaba, todo aquello la estaba sorprendiendo.

—También lo pensé, pero los médicos me dijeron que ese tipo de alergias tienen un componente genético muy fuerte, suelen despertar ya en la infancia. En cualquier caso, valía la pena hacer más averiguaciones. Obviamente, a la familia no le comuniqué nada, ya habían sufrido bastante y no iba a revolver más en su dolor, pero como profesional quería saber quién era realmente Hugo Mendoza. —Un vahído de orgullo no consiguió desbancar en su semblante al abatimiento—. Y mi sorpresa fue que, igual que yo había contribuido, con la ilegalidad que cometí, a confundir su identidad después de muerto, su cuñado nos había confundido a todos en vida.

—¿Confundido acerca de qué? —Bea seguía rígida, pero era todo oídos.

—Les explico. Aproveché una fotografía del señor Mendoza que su hermana Ana me había facilitado durante las tareas de rastreo, y se la envié a un compañero de Baracaldo para que localizase a la familia directa y confirmase una identificación visual. Sus padres habían muerto, y tan solo quedaba viva una tía solterona, una anciana de más de ochenta años que ya chocheaba en un asilo de Irún. La mujer no tuvo ninguna duda, ese chico de la fotografía se parecía a su sobrino, pero no era él. Por lo visto, el *verdadero* Hugo Mendoza fue despedido de su puesto de comercial en Titanlux en 1987 debido a la estafa que cometió. Ese mismo año, sin duda un *verdadero annus horribilis* para él, su novia de toda la vida le dejó plantado para largarse con su mejor amigo. El *verdadero* Hugo Mendoza decidió entonces romper con todo y embarcarse en su velero, el *Quimera*, para perderse por el mundo.

—¡¿El *Quimera*?! —Bea saltó.

—Sí, en efecto, el *Quimera*, y además no hay duda, coincidían los números de bastidor del casco, lo comprobé. Se trata del *Quimera* que nosotros conocimos y que quedó destrozado en la tormenta. Averigüé que zarpó del puerto de Gorniz el 2 de junio del 87, con las islas Maldivas como destino declarado en el libro de

Comandancia Marina. Por lo visto, quería ser como el pintor ese que se fue a Tahití a morir, ¿Renoir, se llamaba? Bueno, da igual. Lo que está claro es que el *verdadero* Hugo Mendoza también era buen marino, y zarpó del País Vasco con el mismo barco con el que *nuestro* Hugo Mendoza arribó a Denia un año y medio después, en las Navidades del año 88.

Bea estaba alucinando.

—Me está diciendo que..., que Hugo no era Hugo..., que..., ¡¿que mi hermana se casó con un hombre que no era quien decía ser?!

—Exactamente, señorita Cifuentes. Eso está confirmado.

Ella siguió hablando anonadada, por un momento parecía haber olvidado el desprecio que sentía por el guardia civil y sus engaños.

—Entonces, ¿quién era *nuestro* Hugo Mendoza?

—Pues si le digo la verdad... —El militar se rascó el cogote—, no tengo ni idea. Yo deduzco, pero no tengo pruebas al respecto, que *nuestro* Hugo Mendoza, al igual que el *verdadero* Hugo Mendoza, quería dejar atrás su pasado. Se embarcó en un velero y en algún lugar del mundo ambos hombres se conocieron. Eran de edades y físicos parecidos... Resumiendo: nuestro Hugo Mendoza adoptó entonces la identidad y el DNI, además del barco, del verdadero Mendoza. No sé si compró todo eso, o si fue un regalo porque se hicieron muy amigos. O si..., o si tal vez mató al verdadero Mendoza para hacerse con su identidad y el *Quimera*.

—¡Eso es imposible! —Bea saltó—. Hugo hubiese sido incapaz...

—Señorita Cifuentes, si usted trabajase en este oficio y viera lo que yo veo, sabría que *todo* es posible. En cualquier caso, yo me inclino también a pensar que el verdadero Mendoza está en Tahití bebiendo agua de coco en la playita, y le vendió su identidad y su barco a *nuestro* Hugo Mendoza, que siguió navegando alrededor del mundo y acabó recalando en Denia. De hecho, creo que nunca renovó el DNI, que llevaba varios años caducado en el momento de fallecer, porque eso hubiese puesto de manifiesto la no correspondencia entre huellas dactilares.

En el destartalado despacho, ahora en silencio, parecía poder escucharse a los cerebros de Bea y Víctor elaborar conjeturas.

—Comandante... —El profesor habló con un tono agradecido, casi con ternura—, ¿por qué me dio el historial con los antecedentes de Hugo Mendoza? No tenía ninguna obligación, y sin él yo nunca hubiese averiguado todo lo que nos ha contado. ¿Por qué se arriesgó?

El guardia civil curvó la mirada, intentando encontrar dentro de él la respuesta a esa pregunta. Al final habló.

—Supongo que quería, inconscientemente, que alguien me liberara de una u otra manera del peso que arrastro... —Su rostro, afligido, parecía haber envejecido veinte años—. Yo nunca he comentado con nadie la falsa identidad del señor Mendoza, a nadie importa ya cuál era su verdadero nombre... y a la señora Ana Cifuentes podría hacerle mucho daño todo esto. Entiendo que ustedes no puedan seguir guardando el



secreto, pero piénsenselo bien antes de tomar una decisión..., no por mí, me merezco cualquier cosa que me pase, sino por su hermana. Yo, al menos, hoy ya podré dormir tranquilo después de diez años... Para conseguir eso, señor Vega, para poder volver a descansar, por eso le facilité toda esa información.

Empezaba a amanecer. Víctor se puso en pie y el militar y Bea le imitaron.

—Comandante, gracias por todo. Nosotros no vamos a decir nada de todo esto más que a las pocas personas que consideremos que sabrán guardar el secreto. Pero le recomiendo que envíe de inmediato a alguien a Benisivá para que repare discretamente los desperfectos que causamos en el cementerio, antes de que algún vecino los descubra.

—Descuide, señor Vega, descuide. Antes de entrar a hablar con ustedes ya le dije al cabo que se encargara de eso, y que trajesen de vuelta el coche que ustedes alquilaron. —Se giró hacia Bea y le extendió la mano implorando un apretón—. Señorita Cifuentes, perdóneme por todo lo que he podido hacer mal. Le aseguro que fue con la mejor de las intenciones...

Añoró la mirada.

—Siempre he creído que a veces no vale la pena saber la verdad..., tanta sinceridad a veces no hace bien a nadie.

En dos días era la segunda vez que Bea escuchaba esa frase. Observó la extremidad del militar como se observa una moneda de cinco céntimos en el suelo cuando no se está dispuesto a recogerla porque el esfuerzo no compensa. Al final estrechó fugaz la mano y salió de la sala, sin pronunciar palabra.

Llamaron al interfono. Paloma, frente al espejo del baño, miró la hora y sonrió: le gustaba que la gente fuese puntual. Hacía ya muchos años que no se preocupaba por su aspecto antes de salir de casa, desde la época de su infantil enamoramiento de Hans. Se sentía un poco ridícula haciéndolo, casi avergonzada. Y muy inexperta. Después de ducharse, se había secado el pelo intentando alisárselo, con un resultado más que aceptable. También sustituyó su eterno atuendo chandalero por un peto vaquero que hubiese sido la envidia de cualquier granjero de Oklahoma. Bajo el peto se enfundó una camiseta de la selección española de fútbol con la que se sentía muy favorecida. Incluso se atrevió a comprarse una cajita de maquillaje en Mercadona con la que estuvo haciendo experimentos: nunca imaginó que utilizar un *eyeliner* fuese tan complicado. Al final más que una raya encima de cada ojo dibujó dos quebrados, pero teniendo en cuenta que era matemática, con una sonrisa consideró que el error era incluso simpático.

Se dirigió a la puerta del ático y, antes de salir, cogió del armario un bolso ajado y pasado de moda. Había sido el preferido de su madre. Paloma jamás llevaba bolso, pero esa noche se aferraría a él como si fuese un talismán.

*... cariño, hay ahí fuera un hombre maravilloso esperándote... y no lo*

*olvides, sabrás que es el correcto porque será un buen conversador, y mientras conversa contigo, te acariciará con las manos... y con el corazón...*

Retocándose los arreglos frente al espejo del ascensor, se intentó convencer de que no estaba ilusionada. No pudo, era demasiado lista. Tal vez por ello le asaltó el miedo al fracaso, que ella intentó sacudirse de encima con unos manotazos sobre la pechera del peto vaquero, manotazos que también espantaron unas migas de las rosquilletas que acababa de devorar: siempre que estaba nerviosa, le daba por comer.

En el portal la esperaba con pose chulesca Benito, vestido de manera exagerada, como si fuese el jefe de pista de un circo.

La vuelta al chalé de los Cifuentes en Ambolo fue en silencio. Bea parecía querer conversar solo con sus recuerdos, y Víctor respetó sus deseos. Se metieron en la cama y cerraron los ojos simulando que dormían. Tras un rato eterno, consiguieron conciliar la vigilia a la que esa noche estaban condenados: imágenes perturbadoras de cadáveres embutidos en ataúdes, lápidas fantasmagóricas y guardias civiles enfundados en pijamas navideños los mantuvieron inquietos toda la noche. Aunque seguían agotados, el sol de la mañana invadió sin ninguna consideración la habitación y los despertó con sendos bofetones.

—Buenos días, Sherlock, ¿cuál va a ser nuestro siguiente delito? —A Bea ese sol con olor salobre parecía haberle espantado las horribles imágenes del día anterior.

—Mi querido Watson, haremos todo lo que sea necesario para sacar la verdad a la luz. —Víctor la abrazó sonriendo pomposamente—. Nuestro siguiente paso será ir a buscar al Capellà. Veamos qué puede contarnos del misterioso Hugo Mendoza.

En el suelo de la habitación las maletas abiertas recordaban a un caramillo de cocodrilos esperando con las fauces abiertas a que pasase por allí un cervatillo despistado.

—Bea, ¿qué te pareció la historia que nos contó ayer Carrasqueta? ¿Crees que nos mintió?

—La verdad es que si fue capaz de fingir esa cara de culpabilidad, merece un Óscar. Lo que contó encaja con lo que encontramos en el cementerio... y encaja con la manera de ser de mi padre.

En su tono se podía percibir la amargura.

—Bea, ¿estás bien?

—¿A qué te refieres?

Víctor dudó.

—Me siento un poco culpable, te estoy metiendo en un laberinto en el que tras cada esquina hay una sorpresa que te hace daño. Las mentiras de tu padre, las mentiras de Hugo...

Ella le puso la mano en la boca.

—Cállate, Víctor, en realidad es todo lo contrario..., esto me está ayudando. Mi

hermana, mi madre y yo hemos vivido siempre rodeadas de mentiras. Pero ya sabes lo que dicen: la verdad duele solo una vez; las mentiras, cada vez que se recuerdan. —Respiró hondo—. Yo sí quiero saber la verdad, aunque duela. Que le den por el culo a la felicidad de los ignorantes, eso es jugar en segunda división.

Bea se había ensimismado. Él le acariciaba el cabello. Ana y Gabriel Cifuentes lo habían prevenido sobre el carácter salvaje de aquella mujer, pero no le dijeron que si se sabía buscar dentro de Bea había hueco para las inseguridades, para la debilidad. Para la ternura. Y él creía saber dónde buscar, para ser capaz de triunfar donde muchos habían fracasado: Víctor notó en la boca del estómago el regusto adictivo que produce la vanidad masculina.

—¿Y tu hermana Ana? ¿Soportará ella la verdad? Ana no es tan fuerte como tú, y ya tenemos indicios muy claros de que Hugo no era quien decía ser... y de que es posible que siga vivo. La carta que tu hermana encontró en su bolso cobra ahora todo el sentido, pero no sé si es inteligente contarle lo que averiguamos anoche. Al menos todavía.

Ella reflexionó antes de hablar.

—A mi hermana le van a doler mucho todas esas hipótesis y conjeturas... Tendrá sensaciones encontradas: el único hombre que ha querido en esta vida quizá esté vivo, pero le mintió... para alejarse de ella.

Víctor asintió.

—Bea, el secreto de todo este misterio está en saber quién era realmente Hugo Mendoza, por qué escondió a todos su verdadera identidad, por qué supuestamente sigue enviándole los libros a tu hermana, si es que es él el que se los envía. El misterioso personaje vestido de negro que lo rondaba en el ático de Alcalá creo que también juega un papel importante en toda esta historia. Hay muchos cabos sueltos todavía..., quizás deberíamos averiguar algo más antes de someter a tu hermana a esa tensión.

—Me parece bien. Pero no olvides otro cabo suelto: alguien intentó matarte.

Víctor se quedó pensativo, tomando conciencia de la brutal capacidad adaptativa del ser humano: él no se consideraba un hombre especialmente valiente, pero, a pesar del pavor que lo invadió al enterarse del sabotaje de los frenos de su Porsche, ahora, tras unas semanas, ya se había acostumbrado a convivir con esa incertidumbre.

—Bea, crees... —Dudó.

—¿Que si creo qué?

—¿Crees que Hugo sería capaz de matar a alguien? Lo planteo solo como posibilidad. Si sigue vivo y obsesionado por permanecer oficialmente muerto, un tipo como yo puede llegar a ser muy molesto. Quizás fue él quien sabotó mi coche.

Bea reflexionó.

—Creo que cualquier persona es capaz de matar a alguien bajo determinadas circunstancias. Hace unos meses hubiese creído que la única excepción tal vez fuese Hugo, pero después de todo lo que hemos averiguado ya no pongo la mano en el

fuego por nadie. Parece claro que estuvo engañándonos a todos todo el tiempo.

—Su anotación en el poemario habla precisamente de eso: «A veces inventamos personas...». —Víctor seguía pensativo—. Y, por lo visto, él inventó su propio personaje.

Se despabiló para seguir hablando con más energía.

—Tal vez el Capellà nos dé alguna pista, compartió casa con Hugo varios años, puede que sepa algo acerca de su verdadera identidad. Luego tendremos que ir a hablar con el editor de Barcelona. Son las dos vías más claras que se me ocurren para avanzar en este embrollo.

—Pues pongámonos manos a la obra. Andando, a ver qué nos cuenta el tal Capellà. —Mientras hablaba, se incorporó con energía.

—Me encanta tu entusiasmo, Bea. —Le pellizcó el trasero, comprobando una vez más que estaba hecho de roca viva—. Pero hoy no podrá ser.

—Vaya, ¿tiene el señorito algo que hacer más importante? —Ella, con sonrisa maliciosa, tiró con energía la sábana al suelo quedándose desnuda sobre la cama.

—Más importante no, pero sí más urgente... —Se besaron—. Hoy es el tercer jueves del mes y debo estar en mi casa de Valencia a las cuatro de la tarde, pase lo que pase.

—Vaya, nunca hubiese pensado que algún día me acostaría con un relojero suizo.

—Ni yo que la Comehombres de Serrano estuviese disfrutando tanto dándome cuerda... —El tono era guasón, pero con carga de profundidad.

—Menos lobos, Sandokán, no te queda a ti mili ni *na...*, esta carrera es muy larga y tú acabas de arrancar. —Su rictus chulesco evidenció que Víctor había tocado nervio con su comentario—. ¿Y qué es eso tan misterioso que tienes que hacer, pase lo que pase, el tercer jueves de mes a las cuatro de la tarde?

—No quiero inmiscuirte en otro lío.

Ella se separó de él y lo observó muy seria. Decididamente, el preludeo sexual se había cortado.

—¿Qué pasa? ¿Tienes otro lío... con otra?

Una vez más Bea le desconcertaba: ¿esa frase evidenciaba curiosidad, o celos? Confuso, decidió contarle a grandes rasgos la partida de póquer de Benidorm y el problema que tenía con los rusos que le hicieron el préstamo.

—... Y por eso el tercer jueves de cada mes, a las cuatro, debo estar en mi casa. Con el dinero que me ha dado tu hermana, podría saldar la deuda completa, pero no quieren oír hablar del tema: el acuerdo fue ese y hay que cumplirlo tal y como se pactó, deben de ser tradiciones mafiosas rusas. Ya ves, yo siempre aprendiendo nuevos folclores.

Él intentó suavizar la cuestión mostrando una sonrisa despreocupada.

—Joder, Víctor, eres una auténtica caja de sorpresas: te persigue la mafia rusa, estás acusado de violación... Y yo que creía que un profe de universidad me llevaría por el buen camino... No me pierdo el día de pago. Te acompaño a Valencia.

—Ni lo sueñes, Bea. —Su tono fue tajante.

—¿Por qué?

—Pues porque esos tipos son un poco... rudos. Prefiero pagarles y olvidarme hasta el mes que viene, no quiero que conozcan a la gente que...

Bea, desnuda y tendida junto a él, se quedó mirándole y sonriendo, divertida ante sus dudas.

—¿A la gente que...? Acaba la frase si te atreves, pechopalomo.

Ella le observaba con una sonrisa traviesa en los labios.

—Pues a la gente que quiero.

Ante la expresión burlona de Bea, él le cogió la mano y la llevó hasta su miembro.

—Vaya, vaya..., al relojero suizo le tocaba ya sacar el cuco a pasear...

Dimitri detuvo la Kawasaki ZX12R con un sonoro frenazo, se apeó tras quitarse el casco y aporreó con fuerza el portón de madera de la casona del barrio del Carmen. Nada. Repitió la operación dos veces más con el mismo resultado. «Дерьмо...» Se estaba poniendo nervioso, llevaba el tiempo muy justo y aún le quedaban ocho visitas. Y él odiaba ser impuntual. Miró el reloj por tercera vez. Las cuatro y dos minutos. Se giró tenso en todas direcciones sin saber cómo o con quién descargar su ira. No había ni un alma, era la hora de la siesta. El único ser vivo que vio fue la anciana vestida de viuda que siempre lo observaba todo desde el primer piso de la casa de enfrente. Pero no valía la pena preguntarle: era casi vegetal, al igual que los geranios con los que compartía balcón, que seguramente le hubiesen respondido cosas más inteligentes.

—Ублюдок!

A esas horas ya estaba cansado de discutir y lo que menos necesitaba era un retraso. Se había levantado a las cinco de la mañana en Benidorm y, tras tomarse sus doce claras de huevo matutinas, estuvo dos horas levantando hierro en el gimnasio. En el *cuartito de las vitaminas* ya había tenido el primer disgusto del día: Yuri, su *personal trainer*, le había dicho que no podía seguir suministrándole Anadrol a ese ritmo. El contacto de la farmacia hospitalaria se negaba a seguir sisando esas cantidades, el riesgo era muy alto.

—Yuri, dile a ese idiota que tiene dos opciones: le pago el doble o le reviento la cabeza a hostias. *It's up to him.*

Él no podía dejar el Anadrol. Era lo mejor que había probado... y había probado muchas cosas. Esa pócima mágica disparaba el líquido que retenían sus células musculares, hinchándole como si fuese un toro. Y además le daba una fuerza brutal; con el Anadrol corriendo por sus venas, se sentía capaz de despedazar un mulo con las manos desnudas.

«Дерьмо...»

Pero a pesar de los prodigiosos efectos de aquella sustancia, el cenizo de Yuri no

dejaba de taladrarle con el tema del hígado: su *personal trainer* decía que el Anadrol se lo estaba destrozando. Era cierto que últimamente al afeitarse notaba el rostro algo más amarillento de lo habitual, pero desde hacía varias semanas compartía con su novia Irina la base de maquillaje. Con eso el problema estaba resuelto. Lo que ya no compartían era la cama: en los últimos tres meses no había podido tener sexo con ninguna mujer, ni siquiera con las chicas del club, por muchas guarradas que les había obligado a hacerle. Su pene estaba siempre flácido por culpa del Anadrol. Pero a cambio, él se sentía *masivo*... Irina, que jamás se quejaba de nada, se lo había echado en cara: «Eres como un tráiler con una bocina de Vespino. ¿Para qué quieres tanto músculo si no puedes ponerme la mano encima?!». Él siguió sin ponerle la mano encima. Le puso el pie: la patada en la cara que le dio y la semana en el hospital estaba convencido de que habían enseñado a Irina cómo comportarse con su hombre.

—Puto profesorcito...

Ese era precisamente el único efecto secundario que a Dimitri le preocupaba realmente: el Anadrol le volvía agresivo. Mejor dicho, aún más agresivo. Él nunca había sido un angelito. Ya en Montenegro y Croacia, cuando fue infiltrado entre las milicias serbias para instruirles en técnicas de interrogatorio, tuvo problemas con algunos mandos locales y se vio obligado a enseñarles cómo guardar el debido respeto a un guerrero ruso descendiente directo de cosacos. Se le fue un poco la mano en un par de ocasiones, pero bueno, aquello era la guerra: todo estaba permitido, o si no permitido, al menos tolerado. En su trabajo actual, sin embargo, ciertos errores eran imperdonables. Y la agresividad que el Anadrol le generaba le hacía cometer errores, errores que el jefe, si se enteraba, podía no tolerar.

—Ублюдохк...

Y lo último que él querría en este mundo era enfadar a su jefe: Sergey Kutuzov era un hombre que había que tomarse muy en serio. A su lado, las atrocidades que Dimitri había vivido en Yugoslavia, donde mercenarios chiflados por la guerra y por el odio disfrutaban violando en grupo a mujeres y niñas mientras les amputaban los brazos a machetazos, eran travesuras de monaguillos que se divertían robándole el vino al cura.

—Дерьмо...

Mientras maldecía, sacó el móvil. Quería instrucciones precisas, quizás había llegado el momento de darle una lección definitiva al profesorcito. Pero para eso necesitaba que le autorizaran. Justo antes de que el aparato diera señal, escuchó una voz a su espalda.

—Mi hombretón favorito siempre puntual, ¿qué tal, osito Misha?

—Клоун... —Con cara de cangrejo, Dimitri se giró y atenazó furioso el brazo de Víctor—. Payaso, ¿no te han enseñado a ser puntual?

El ruso presionaba el brazo con tal fuerza que creyó sentir cómo su mano palpaba el húmero del profesor.

—Tranquilo, osito Misha. —Víctor, a pesar del dolor, intentaba mantener una pose digna—, aquí tienes lo tuyo. Ahora lárgate, este es un buen barrio y no queremos gentuza como tú por aquí.

Se sacó del bolsillo con el brazo libre el fajo de billetes y se lo puso ante los ojos a Dimitri. Al ver el dinero, el ruso se desentendió de su presa y empezó a contar los billetes: el negocio era lo primero. Ya habría tiempo cuando liquidase su deuda de darle una lección al profesor listillo.

—Así me gusta, que vuelvas a ser un buen chico. —Sonrió pendenciero—. ¿No ha venido hoy a cuidarte la gorda esa que te protege y paga tus deudas? Seguro que a cambio te obliga a que la folles.

Mientras se ponía el casco, sus ojillos, desolados en aquella cabeza de bisonte, reflejaban lo encantado que estaba ante lo que él consideraba una observación ingeniosa y brillante.

—No, hoy no ha podido venir. —A Víctor el comentario le había dolido más que el apretón en el brazo—, es que se ha ido con tu madre a comprarse ropa. Como comparten talla y gustos...

No pudo acabar la frase. Dimitri no entendió muy bien la broma, pero, al escuchar que hablaban de su madre, saltó como un resorte automático. Todo fue rapidísimo, sobre todo teniendo en cuenta la envergadura de aquella mole: Víctor sintió un mazazo en el hígado y se quedó sin aire, mientras doblado sobre sí mismo se observaba la punta de sus propios zapatos.

—Para ser profesor eres un poco tonto, ¿en el patio del colegio no aprendiste la lección básica? Si un chico más grande que tú te gasta una broma, nunca se la devuelves: te aguantas y sonríes. Ya sabes, el mundo no siempre es justo...

El ruso esbozaba una sonrisa rota en su cara de yunque, mientras se acariciaba el puño con el que acababa de doblar a Víctor. Este se incorporó buscando aire a bocanadas, todavía lívido.

—Dimitri, Dimitri..., que poco sentido del humor tienes... Por cierto, sí que me follo a mi amiga. —Víctor tosió antes de seguir hablando—. Cuando acaben las compras, he quedado con ella y con tu madre, creo que hoy me las trajinaré a las dos. ¿Todos en la familia sois tan cachondotes como mamá Dimitri? No, no creo que a ti, con toda la mierda que te metes, se te plante ya..., ¿verdad?

No era consciente de lo certero de su último comentario. El croché del ruso ni lo vio llegar. Solo notó un tremendo dolor en la mandíbula y a continuación sintió cómo su cuerpo se desplomaba sobre la acera. Cuando abrió los ojos, se topó, en las alturas, con los de la vieja viuda vestida de negro, que le observaba impávida sentada en su balcón. La Kawasaki ZX12R salió disparada quemando rueda, y Víctor se incorporó justo a tiempo de ver cómo doblaba la esquina del callejón, mientras él se palpaba la mandíbula dolorida: decididamente, iba a dejar de seguir los consejos de la negra honrilla, no eran buenos para su salud.

Víctor cruzó con el Saab bajo la umbela del caserón de la torre de Ambolo; ya había caído la noche. Su hija Sofía no le había querido dejar marchar bajo ningún pretexto, por lo que tuvo que esperar hasta que la niña se quedara dormida a su lado frente al televisor para irse de casa de Rebeca. Su exmujer, siempre tan discreta, no le había preguntado nada sobre la conversación con el comandante Carrasqueta. Afortunadamente, porque tendría que haberle mentido y las mentiras con Rebeca se habían acabado.

Capotó el coche y trazó a su alrededor el círculo de seguridad con el bote de polvos de talco. Abrió la puerta del chalé con sigilo por si Bea estaba dormida, pero se la encontró en el recibidor esperándolo.

—Te oí llegar. —Ella se sobresaltó—. ¡Víctor! ¡¿Qué te ha pasado en la cara?! ¡¿Quién te ha hecho eso?!.

—No es nada, estoy bien... —Él dibujó una mueca—. Ayer tuve que golpear bien fuerte a un tipo en el puño con mi mandíbula.

—¡Déjate de tonterías! —Ella se mostró alarmada—. Ven que te ponga un poco de hielo, y cuéntame ahora mismo qué ha pasado.

Víctor se sentó en el banco de la cocina, y mientras Bea le aplicaba compresas de hielo, le narró su desagradable encuentro con Dimitri.

—No crees que ya va siendo hora de que llames a la Policía.

—Olvídate de la Policía, Bea, ni es el momento ni tenemos tiempo.

—Pero, Víctor...

—Olvídate, la Policía no es una opción. Debemos ponernos manos a la obra *ya*. Mañana hay que levantarse temprano para ir a ver al Capellà.

—Pues entonces vámonos a la cama, tienes que descansar.

—¿A la cama?

—Sí, a la cama..., pero a descansar, ¿tú te has visto la cara?

Se levantaron al salir el sol. Iba a ser un día caluroso y completamente veraniego. Víctor desencajó la silla que atrancaba la puerta de la habitación y dejó sobre ella el orinal-alarma traído de Madrid. Tras vestirse desayunaron unas tostadas de pan candeal con aceite de oliva y mortadela de Parma rellena de olivas. Como dos apaches supersticiosos, comprobaron que el círculo protector de polvos de talco que rodeaba al Saab estaba intacto. Media hora más tarde entraban en Denia. Decidieron aparcar en el extremo de la Marineta Casiana opuesto al de la casa del Capellà: así podrían recorrer el paseo marítimo disfrutando del paisaje y la luz. Además, el coche quedaba así estacionado justo frente a la cristalera de una cafetería; sería difícil que lo manipularan sin llamar la atención.

Cogidos de la mano, caminaron en silencio, con el mar a la izquierda y las casonas de veraneo a la derecha, dejándose acariciar por la sal y los pinos. Al final del paseo marítimo, arrancaba un camino de cabras que serpenteaba junto a la costa,



haciendo de babero a los chalés de primera línea de playa. Justo antes, aún en el paseo marítimo, tres casitas minúsculas se abrazaban asustadas como si enfrente tuviesen no el mar, sino un pelotón de fusilamiento, apretando las espaldas contra el muretón de una enorme propiedad. Las casitas estaban casi encima del agua, y rompían de manera tierna la estética perfecta del paseo marítimo. Habían sido encaladas de un blanco impoluto, y por su altura a duras penas parecían permitir que una persona permaneciese de pie en su interior. Dos de ellas, aunque muy cuidadas, evidenciaban que estaban cerradas a cal y canto: persianas bajadas, puertas protegidas contra los temporales de invierno con maderos, las chimeneas enfundadas con sacos de abono a modo de preservativo para evitar que el agua de la lluvia se colase por ellas. El olor a sofrito de cebolla, ajo y tomate que les estaba embelesando solo podía provenir de la tercera casita, cuyas puertas y ventanas permanecían con los batientes abiertos al mar de par en par. Como si fuesen dos niños hipnotizados por la música del flautista de Hamelin, siguieron el rastro del olorcillo hasta atravesar la cancela del murito que rodeaba la casa, tras el cual tres gallinas aleteaban sueltas. Sin poder evitarlo, el olor les llevó a asomar la cabeza por una de las ventanas abiertas.

—Buenos días, ¿se puede pasar?

Un rostro de hombre redondo, de pie frente a los fogones, giró hacia ellos y se quedó observándolos sin aparentar sorpresa. Era sesentón, calvo y peludo. Retaco, pero con un torso mesetario.

—*Avant.*

Dentro, el olor del sofrito era intenso. En el pequeño salón-cocina nada recordaba que aquella era la casita de un marinero. Estaba atestada de libros.

—Eso huele de maravilla.

Víctor había intentado romper el hielo con el piropo, pero el Capellà se limitó a asentir sin levantar la cabeza del banco de la cocina. Sobre la piedra descansaban cuatro pimientos rojos y hermosos. El hombre les había recortado con cuidado la aureola de los pezones para poder limpiarlos por dentro. Ya sin una sola semilla, los había vuelto a encapuchar, tiesitos y en formación a la espera del relleno. En lugar de encajarles los pezones perfectamente, había preferido dejar estos ladeaditos como si fuesen boinas rojas y simpáticas, con su pitorrito verde.

—¿Qué es lo que prepara?

Ahora fue Bea quien lo intentó. El hombre siguió afanado en su tarea. Todo él, excepto la parte superior de su cráneo calvo, era pelo ya cano y crespo: su barba era de las que necesitaban dos afeitados diarios, y su camisa, abierta hasta el tercer botón, dejaba ver un Cristo en la cruz que se esforzaba por respirar entre todo aquel vellón entrecano.

—*Pebres farcits.*

Seguía sin levantar los ojos de la cocina. Sus dedos morcillones se movían con agilidad, con sus felpudines de pelo coronando cada falange. Se afanaban en desmigajar un pedazo enorme y reluciente de atún negro.

—*Jo a vosté la conec. No ets la filla del Cifuentes?*

—Sí, Gabriel Cifuentes es mi padre. Yo soy Bea Cifuentes, él es Víctor Vega.

Ahora el hombre miraba a Bea a la vez que revolvió en la sartén las migas de atún fresco con la cebolla, el tomate y los ajitos, que ya estaban casi dorados.

—Vaya, vaya..., hacía tiempo que esperaba que alguien de su familia se pasase por aquí.

No dio más explicaciones, se limitó a seguir cocinando. El castellano lo hablaba esculpiéndolo con buril, cada sílaba era un esfuerzo. Abrió un pequeño armario que había junto a la encimera y sacó un bote de piñones, un paquete de arroz y un tarro con lo que parecía ser una mezcla de albahaca y tomillo natural. Añadió al sofrito los piñones y las hierbas, y, tras revolverlo todo bien, echó cinco puñados grandes de arroz y siguió removiendo.

—¿Conoce usted a mi padre?

—Conocerle, lo que se dice conocerle..., sé quién es, eso es todo.

Aquel hombre parecía ser tan calmado como una tinaja de aceite almacenada mil años atrás en el cillero de un monasterio.

—También sé quién es su hermana.

—¿Conoce a mi hermana?

Suspiró y apago el fuego de la sartén.

—Mire, en esta vida uno no conoce en realidad ni a la madre que lo parió... De hecho, si te mueres conociéndote un poco a ti mismo, ya eres un artista. Me acuerdo de su hermana porque, cuando Hugo Mendoza murió, vino aquí con su padre a hablar conmigo y a preguntarme qué pasó el día de la tormenta.

Mientras decía esto, fue cogiendo uno a uno los pimientos, quitándoles las boinitas, y rellenándolos con la pasta de la sartén. Les dio la extremaunción con chorros de aceite de oliva y les volvió a calar sus tapitas. Víctor habló intentando romper el ensimismamiento del hombre.

—El arroz está crudo, solo lo ha dorado un poco en la sartén, ¿cómo se lo va a comer?

El Capellà se giró y sonrió por primera vez: por lo visto, las preguntas sobre cocina sí le interesaban, su tono era ahora más elocuente.

—¡Ah! Ese es el secreto *dels pebres farcits*. Ahora, en el horno, con los jugos del pimiento y el tomate, el arroz se tiene que cocer. Pero lo difícil, como siempre en el arroz, es pillarle el punto justo: cuando te lo comes, siempre tienes que poder sentirle la *animeta*, el corazón tieso.

Cogió la cazuela de barro que descansaba sobre un fogón calentándose, le puso encima con sumo cuidado los cuatro pimientos rellenos y pesadotes, y abrió el horno que ya estaba a la temperatura justa. Tras meter la cazuela y cerrar el horno, se lavó las manos en el fregadero, y al no ver por ningún lado con qué secarse, se limitó a frotárselas contra la pechera de la camisa.

—*Anem fora*. A esto le queda media hora y allí hablaremos mejor.

Al pasar frente a la alacena, cogió con sus manazas tres vasitos y una botella de mistela de Jalón. Salió fuera seguido por Bea y se giró hacia el interior de la casa, donde Víctor, rezagado, observaba con curiosidad las paredes del saloncito cubiertas hasta el último rincón por libros.

—Tiene usted una buena colección...

El Capellà, en la terracita y con el mar de fondo, habló tranquilo.

—Veo que es usted un hombre educado, y como hombre educado que es, no dice lo que piensa: «¿Qué hace la casa de un pescador ignorante llena de libros?».

Se sentó en una silla de madera desvencijada y dejó en el suelo la botella y los vasitos. Sacó un paquete de Ducados del bolsillo de la camisa y se encendió uno antes de seguir hablando.

—Pues esos libros están ahí gracias a Hugo Mendoza, que como saben vivió aquí conmigo varios años. Él me aficionó a leer, yo antes no abría un libro ni hartito de vino... —Dio una calada al cigarrillo y le sonrió a Víctor con sobriedad—, y no ponga esa cara de preocupación, esté tranquilo, que su sorpresa al ver tanto libro no me ha ofendido... Estoy ya acostumbrado, a los turistas les pasa lo mismo cada vez que asoman sus narizotas por la ventana.

Tosió bronco, como si intentase descascarillar los pulmones.

—Creen que, como soy pescador y vivo frente al mar, tengo que hacer como ellos y tener las paredes de casa llenas de cuadros de nudos marineros... Pobrecillos..., como si los oficinistas colgasen en el salón de sus casas máquinas de escribir. Ande, salgan a sentarse aquí fuera y hablaremos de Hugo, que es a eso a lo que han venido.

Espantó de un manotazo a las gallinas que trasteaban por entre las sillas y con un gesto les invitó a sentarse. Tras escanciar las tres mistelas en la repisa del murito, se quedó mirando al sol, que a esas horas todavía hacía equilibristas circenses sobre la cuerda del horizonte del mar, para intentar deslumbrar a su público.

—Hoy hará calor.

Sonó a sentencia, a aviso para navegantes. Estuvieron un par de minutos bebiendo en silencio. Por el paseo marítimo a esas horas todavía no había ni un alma.

—*Bé, anem per feina.* ¿A qué debo tan agradable visita?

Víctor habló sin saber muy bien por dónde empezar.

—Bueno, estamos documentándonos para escribir la biograf...

El Capellà dejó de mirarle y se dirigió a Bea, sorprendida ante la interrupción.

—¿Cómo lleva su hermana Ana la viudedad?

No se esperaba la pregunta.

—Bueno..., la lleva bien... —Iba a dar una respuesta de compromiso, pero dudó: aquel hombre tan directo y auténtico ofrecía refugio seguro—, razonablemente bien. Se ha vuelto a casar.

—Ha hecho lo correcto. —El Capellà dio una calada al Ducados y un sorbito a la mistela—. Su hermana es una buena persona, se merece tener la oportunidad de olvidar. Nunca vi a una mujer más enamorada de un hombre que a su hermana Ana

de Hugo, y esos amores solo se olvidan intentándote convencer a ti mismo de que has rehecho tu vida..., lo sé por experiencia.

El tono del comentario era tan brutalmente sincero, y el contenido tan certero, que Bea consideró ridículo defender a su hermana. El Capellà siguió hablando serio como una roca.

—Disculpe, antes le interrumpí. Me decía no se qué de una biografía.

—No se preocupe, no pasa nada... —A Víctor aquel hombre, tan tosco y sentencioso, le parecía el personaje de una novela de Miguel Delibes—. Le decía que precisamente la hermana de Bea, Ana, me ha contratado para escribir la biografía de Hugo Mendoza. Por eso estamos intentando recopilar todos los datos posibles sobre su vida, y como usted compartió casa con él y era uno de sus pocos amigos, hemos pensado que tal vez podría contarnos...

—Recuerde que también fui el último que le vio con vida. Quizás eso les interese para su biografía. Esas muertes siempre son morbosas para los fanes... y suelen transforman un genio en un pobre mito.

Ahora miraba socarrón a Víctor, que tartamudeó.

—Sí, bueno, es..., es otro aspecto importante.

Bea no soportaba las situaciones de ambigüedad. Decidió tirar por la calle de en medio.

—¿Por qué ha dicho antes que esperaba una visita de mi familia desde hacía tiempo?

El hombre apuró el Ducados con una calada profunda y tiró la colilla al suelo sin contemplaciones, despertando la curiosidad de las gallinas, que se acercaron a ver qué podían picotear.

—Señorita Cifuentes...

Antes de responder, el Capellà se quedó mirando el extremo de su zapato negro, que se retorció contra el suelo para apagar la colilla. Al aplastarla asomaron ligeramente bajo el dobladillo de su pantalón el calcetín y el alma del pescador, ambos blancos y usados.

—... antes han dicho que yo era uno de los pocos amigos de Hugo. Me halaga el comentario, pero creo que es incorrecto. No lo fui. Fui un buen camarada, pero no fui un amigo. Creo que Hugo nunca tuvo un verdadero amigo, al menos durante el tiempo que yo le conocí: Hugo era un hombre muerto de miedo, asustado hasta el tuétano, y cuando tienes tanto temor, la amistad es imposible. De hecho, normalmente, el amor verdadero también lo es, por eso me sorprendió tanto que se echara novia. —Dejó de observar a sus interlocutores y contempló el mar—. La gente asustada se ennovia para escapar de sus temores, pero en el caso de Hugo no fue así..., fue un amor honesto y generoso. Y eso demuestra que su hermana debe de ser una persona muy especial.

Bea y Víctor se quedaron tiesos mirándose, el uno al otro y hacia su interior. El Capellà parecía ser uno de esos hombres que soltaban frases de calado abisal con la

misma indiferencia con la que lanzaba mendrugos de pan a sus gallinas. Bea habló.

—Sí, Ana es muy especial. Pero ¿por qué cree que Hugo estaba muerto de miedo?

—Huía de algo o de alguien..., se podía ver en su mirada, tenía ojos de niño asustado. Y se podía ver también en su manera de vivir... —Seguía pensativo buscando la inspiración en el fondo del mar—. Mejor dicho, en su manera de no vivir. Nunca intimaba con nadie, ni se echaba unas risas alrededor de un vino, ni quería ir a fiestas, aunque tenía edad de salir y divertirse, y buscar mujeres... Nunca hablaba de su pasado. Ni de su pasado ni de nada, era muy callado. Todo el tiempo libre lo dedicaba a escribir, ahí, en su cuartito...

Con la cabeza señaló hacia uno de los ventanucos.

—Del club náutico a casa y de casa al club náutico, a darles clases a los niños. Adoraba a los niños, solo reía y se le veía feliz cuando estaba rodeado de niños...

Le dio un sorbito a la mistela.

—Por eso he dicho antes que esperaba la visita de alguien de su familia —miró a Bea—. Una mujer tan enamorada como su hermana Ana lo estaba de Hugo nunca podrá descansar tranquila si no sabe de qué escapaba su marido. Esas dudas le corroerán siempre por dentro si no las resuelve, y cuando vino a verme tras el accidente, me quedó claro que ella lo ignoraba todo respecto al pasado de Hugo. Por eso siempre he sabido que en algún momento se decidiría a afrontar sus temores e intentaría descubrir la verdad... Si ahora es una mujer casada, veo normal que no haya venido personalmente y les haya enviado a ustedes.

Bea habló con los ojos húmedos. Aquel hombre se expresaba con una sinceridad brutal y descarnada.

—¿Y..., y cuál es la verdad? ¿De qué huía Hugo?

El Capellà apoyó sus codos en las rodillas. Las manos del marinero se frotaron, pensativas, como dos muelas de molino.

—No tengo ni la más remota idea. Lo que sí sé es que debía de ser algo terrible, porque Hugo tenía miedo, mucho miedo, pero era un hombre valiente.

—¿A qué se refiere?

—Pues eso, que vivía asustado, pero era valeroso: el miedo es un sentimiento, el valor es una actitud. —Frunció los labios, exprimiendo sus ideas—. Hay pocos marineros que hayan doblado el cabo de Hornos en solitario, para hacer eso hay que ser muy hombre. Por estos puertos tan turísticos, te encuentras muchos bravucones que alardean de sus hazañas y que dicen no temer a nada ni a nadie. Suelen ser idiotas, o aun peor, inconscientes... Pobre de aquel que no teme a nada. Pero Hugo, tan calladito, tenía a sus treinta años más millas y más temporales a sus espaldas que todos esos *lobos de mar* con veleros relucientes y *niquelaos* que ves por aquí. Por no hablar de los que *navegan* a motor..., payasos de yate...

Tras unos segundos de silencio, Víctor habló.

—¿Cómo sabe que Hugo dobló el cabo de Hornos en solitario?

El Capellà frunció el ceño intentando recordar.

—En realidad, él no me lo contó, pero son cabos que yo he ido atando. —Se sonrió ante lo apropiado de la expresión en boca de un marinero—. Hugo llegó aquí a bordo del *Quimera* en las Navidades del año 88, lo recuerdo perfectamente porque yo hacía unos pocos meses que había enviudado...

Lo dijo con naturalidad, sin mudar el gesto.

—Creo que puedo decir que fui el primero en verle llegar a Denia. Amanecía, pero yo ya estaba remendando las redes en la bocana del puerto; la tristeza siempre me ha producido insomnio... Entonces apareció por entre las brumas del Montgó la proa del *Quimera*. Conozco todos los veleros de este puerto, supe que ese chico al mando del timón era forastero. Hugo se empleó en el club y, como no tenía dónde vivir, preguntó por ahí, para ver si podía alquilar algo. Yo, al enterarme, le ofrecí una habitación en esta casucha, me sentía muy solo sin mi mujer, y pensé que un poco de compañía me vendría bien. Resultó ser la persona ideal.

—¿En qué sentido? —Bea mostró curiosidad.

—Bueno... Hugo no era muy hablador, y yo, como pueden ver, tampoco soy la alegría de la huerta. No me gusta la gente que ríe mucho, prefiero a los que ríen poco, pero con risas muy densas... Soy más de gazpacho manchego que de gazpacho andaluz. Creo que por eso con Hugo me sentía tan a gusto.

En su tono de voz parecía echar de menos aquellos tiempos.

—En los siete años que pasó en esta casa, nunca tuve la necesidad de romper un silencio incómodo. De hecho, quizá lo más agradable de nuestra convivencia fueran los silencios..., si él estuviese aquí, estoy seguro de que estaría de acuerdo conmigo. A pesar de tener solo treinta años, tenía un cuajo muy hecho, de hombre vivido, y como tal solo abría la boca cuando tenía algo que decir..., por eso fue un compañero ideal.

Dejó pasar unos segundos antes de continuar, como si quisiera remarcar sus recientes palabras con un silencio solemne y coherente.

—Cada uno iba a lo suyo: vivir sin molestar, intentando tan solo hacerle la vida al otro lo más cómoda posible. Sin preguntas bobas ni alardes hipócritas de amistad. Yo era un alma en pena recién enviudada, tenía excusa para una vida tan apolillada... Ya les dije antes que hay amores que no se superan si uno no hace el esfuerzo de engañarse a sí mismo, convenciéndose de que ha rehecho su vida..., y yo no estaba por la labor..., ni estaba ni estoy. —De nuevo pareció ensimismarse, mientras observaba a una de sus gallinas—. Las razones de Hugo para el apolillamiento ya les dije que las desconozco, pero sin duda no estaban basadas en la nostalgia como en mi caso, sino en el miedo.

Volvió a escanciar mistela en los vasos antes de continuar.

—Por las noches solíamos cenar juntos. Él escribía hasta más o menos las diez, y yo cocinaba. Salía entonces del cuartito y, como en esta casa ya han visto que no hay televisor, charlábamos mientras comíamos..., y cuando dos marineros conversan,

siempre hay batallitas que contar. Las mías eran de ir por casa, el Mediterráneo es solo un charquito. Las tuyas eran otra cosa. Él nunca alardeaba de hazañas, sencillamente hablaba de lo que le había sucedido en el mar..., por eso sé que dobló el cabo de Hornos. Según me contó, los Cuarenta Rugientes habían desarbolado...

—¿Los Cuarenta Rugientes? —Víctor no tenía ni idea de qué podía ser aquello.

—Son los vientos que hay en el hemisferio sur, entre los 40 y los 55 grados de latitud. Son los vientos más fuertes del planeta, pueden arrancarte el mástil de cuajo si la madera está ya vieja. —Por primera vez el Capellà hablaba con pasión—. Como les decía, Hugo me contó cómo en un temporal en pleno canal Beaguel, los Cuarenta Rugientes le desarbolaron, y tuvo que refugiarse en Ushuaia esquivando icebergs para poder así reparar el mástil. Me describió la silueta del león dormido, que es como los marineros llamamos al cabo, las bandadas de ballenas y focas... y, ya le digo, todo con una sencillez...

Reflexionó.

—Les voy a decir más: estoy convencido de que cuando Hugo apareció por entre las brumas del Montgó venía directamente de circunnavegar el globo. —Asintió grave—. Tan tranquilo, como quien viene de tomarse un arrocito en Jávea. Pero sí, estoy seguro, venía de dar la vuelta al mundo.

—¿Y eso? —Eran todo oídos.

—Su barco estaba destrozado, se pasó seis meses reparándolo. Yo le ayudé mucho con el tema del casco, él calafateaba como los ángeles, pero no podía ni acercarse a la pintura, una alergia o algo así... —Bea y Víctor se miraron, pero no dijeron nada—. Físicamente Hugo estaba muy desmejorado cuando llegó, delgado y cansado, con ropas viejas y la piel quemada... Hablando aquí fuera en las noches de verano comiéndonos un melón, o ahí, dentro de la casa en invierno junto al fuego, me narró historias de puertos donde había estado: Brasil, las Malvinas, la Isla de Pascua, Filipinas, la India, Costa de Marfil... Ya les dije, yo até cabos y llegué a la conclusión de que venía de recorrer el mundo con un velero de once metros. Eso solo lo hace un valiente.

Las palabras del Capellà corroboraban la teoría del comandante Carrasqueta sobre el cambio de identidad de Hugo Mendoza, pero Víctor y Bea se abstuvieron de hacer ningún comentario. Eso permitió al pescador seguir hablando.

—Además de su compañía, Hugo me hizo el regalo más grande que jamás me han hecho.

—¿Regalo? —Víctor estaba intrigado.

—Sí, regalo. Aunque la palabra suene un poco pretenciosa, a mí no se me ocurre otro modo mejor para denominar lo que me dio.

Al marinero parecía gustarle crear expectación.

—¿Qué le regaló?

—Pues me regaló el gusto por la lectura. —Cruzó los enormes antebrazos sobre el pecho y guardó silencio unos segundos—. Me dejaba libros de su biblioteca, me

recomendaba, me ayudaba a entender... Yo, que jamás había abierto un libro en mi vida, en pocos meses me volví un lector empedernido gracias a él. Me di cuenta de que a través de la lectura, rodeándome de mundos de ficción, me resultaba más fácil seguir malviviendo en el mundo real, me resultaba más fácil seguir escapando de la pena..., y ahí sigo, escapando de la realidad y la pena.

Suspiró con resignación de picapedrero.

—Lo mismo que yo hacía con la lectura, Hugo lo hacía con la escritura. Escribía por la misma razón que navegaba, para escapar de...

Bea acabó la frase.

—... de sus miedos.

El Capellà la miró.

—Eso es. Para escapar de sus miedos. —Entre los pliegues de su piel áspera, se dibujó una tímida sonrisa—. Por eso tengo tanto que agradecerle a Hugo. El regalo que me hizo me está salvando la vida... Ya ven ustedes, un pobre marinero como yo que apenas sabía leer, escribir, sumar y restar, que en la vida había leído un periódico... De hecho, les voy a contar un pequeño secreto que en el pueblo no he contado a nadie, pero como ustedes son forasteros... —Su voz adoptó un tono conspirador—. Hace tres años, tras jubilarme, me matriculé en la universidad a distancia: estoy estudiando historia. Y todo eso se lo debo a Hugo.

De nuevo se obnubiló contemplando el mar. Un pelotón de ciclistas madrugadores cruzó raudo frente a ellos por el paseo marítimo, enfundados en sus *maillots* estridentes y sus cascos espaciales. El zumbido de colores fue un espejismo rápido, tan irreal como si se hubiese tratado de una comparsa de moscas vestidas de carnaval. Los tres, en silencio frente al mar, observaron a los ciclistas pasar envueltos por el siseo, conscientes de que aquella alucinación antinatural no iba a ser digna de comentario. El Capellà volvió a hablar.

—A Hugo le preocupaba mucho la educación. Decía que el problema fundamental de este país era ese, que la gente no tenía educación. Por eso le encantaba trabajar con niños, porque pensaba que es en la infancia donde se asientan las bases de lo que será una vida plena... o una vida truncada. Una vez me dijo una frase que en aquel momento no entendí, porque aún no estaba preparado para ello, pero que con los años he llegado a valorar como una gran verdad.

Le dio un sorbito a la mistela.

—«Capellà —me dijo una noche—, uno no sabe lo importante que es la salud hasta que la pierde... Con la educación pasa lo contrario, uno no sabe lo importante que es hasta que la tiene.»

Sentado junto a ellos frente al Mediterráneo, habitando su casita de cuento, aquel pensador metido en el cuerpo de un rudo marinero parecía estar metamorfoseándose por momentos en un filósofo griego. De haber estado los tres enfundados en túnicas blancas, aquella terraza podría haber sido la del templo de las Cariátides frente al Egeo.



—Sí, estoy completamente de acuerdo. —Era Víctor el que hablaba intentando reconducir la conversación—. Yo me dedico a la enseñanza y la verdad es que Hugo tenía razón, este país solucionaría muchos problemas solo con un poco más de educación.

El Capellà asintió.

—Pues sí, pero esto es lo que nos ha tocado vivir... —De nuevo suspiró resignado—. Ahora en una asignatura de la carrera estamos estudiando a Azaña, y aquel hombre ya lo dijo hace cien años: si en este país la gente hablara solo de lo que sabe, se haría un gran silencio nacional que podríamos aprovechar todos para estudiar un poco.

El Capellà soltó la primera carcajada de la mañana, extraña en su rostro solemne.

—¡Madre mía! Qué dirían de mí en los bares del puerto si me oyesen, con las horas y horas que me he pasado yo allí en mi juventud escuchando y diciendo sandeces.

Bea decidió cambiar de tercio.

—Capellà, si Hugo era tan buen marinero, ¿cómo se explica su muerte en la tormenta?

El hombre se giró hacia ella, observándola atentamente con cada una de los miles de arrugas que taraceaban su rostro curtido.

—Todavía me parece inexplicable. No tanto porque el *Quimera* reventara contra las rocas del acantilado, aquello era un verdadero huracán y, por buen marinero que fuese Hugo, en medio de aquel ciclón no había nada que hacer con una cáscara de nuez de once metros. Lo que me parece increíble es que se aventurara a meterse en el mar con la tormenta ya desencadenada. Era una locura, y él lo sabía mejor que nadie en este puerto.

—¿Qué pasó exactamente aquel día?

El hombre se quedó pensativo masticando los recuerdos.

—Pues la verdad es que yo fui el último que vio a Hugo con vida, pero poco más de lo que le conté a su hermana Ana puedo decir. En aquella época yo era el operador de radio del club náutico y vigilaba la bocana, dando los permisos de salida y entrada. Tenía mi garita en el extremo del espigón, para así controlar perfectamente la entrada a puerto. La tormenta era increíble, yo por aquí no había visto nunca algo así, los vientos superaban los ochenta nudos y las olas saltaban por encima de la escollera. Absolutamente todos los barcos estaban en puerto, y, por supuesto, bajo ningún concepto se autorizaba salida alguna. Mi garita, en el extremo del espigón, parecía que iba a salir por los aires en cualquier momento arrancada de cuajo por el huracán..., y allí estaba yo, acurrucado y deseando que acabase mi turno, cuando vi la proa del *Quimera* enfilarse hacia bocana. Me quedé de piedra.

—¿Qué hizo entonces?

—Pues primero intenté ponerme en contacto por radio. Pero no había manera, o Hugo la ignoraba o la llevaba desconectada, no respondía nadie. Al ver que su

intención era franquear bocana, salí de la garita y fui corriendo hasta el extremo del espigón, al puro borde para poder estar lo más cerca posible del barco cuando cruzase frente a mí. Aún recuerdo el miedo que pasé, el viento me tumbaba y la lluvia no me dejaba ver nada. El *Quimera*, por supuesto, iba a motor, las velas y el mástil no hubiesen durado ni diez segundos en medio de aquel vendaval. Incluso dentro del puerto cabeceaba con fuerza, pero su intención era clara: quería salir a mar abierto.

Se tomó unos segundos para encenderse otro Ducados.

—Yo no hacía más que gritarle con todas mis fuerzas, moviendo los brazos para que me viese..., pero dudo que escuchase ni una sola de mis palabras, el mar y el viento rugían con tanta fuerza que ni yo mismo casi me oía.

—¿Hugo le vio? —preguntó Bea ansiosa.

—Verme sí me vio, porque, cuando cruzó frente a mí, alzó el brazo. —En los ojos se le dibujó la nostalgia—. Ni siquiera giró el rostro, iba agarrado con todas sus fuerzas al timón del *Quimera*: estábamos en línea de bocana y allí las olas ya eran descomunales, el pobre bastante hacía con conseguir sostenerse en pie. A pesar de eso, alzó el brazo y me saludó como nos saludamos los marineros... A veces...

Bajó la mirada.

—A veces pienso que se estaba despidiendo de mí.

—¿Despidiendo... para siempre?

—Sí, eso es, despidiendo para siempre. No sé, es tan..., tan inexplicable. Hugo sabía perfectamente que se encaminaba hacia un naufragio seguro. Salir ese día era un..., un...

—Un suicidio. —Bea acabó la frase.

—En efecto, era un suicidio.

Se hizo un silencio. Víctor lo rompió.

—¿Vio usted la cara de Hugo?

—¿La cara? Pues no..., estábamos a unos treinta metros el uno del otro, y la lluvia era intensa, había muy mala visibilidad. Además, él llevaba la capucha del chubasquero bien calada, para protegerse, como les dije, el pobre estaba agarrado al timón con las dos manos haciendo equilibristas para no caerse, bastante hizo con alzar el brazo y saludarme. Ni siquiera pudo girarse hacia mí. Pero, aunque lo hubiese hecho, en medio de aquel aguacero no creo que le hubiese podido ver la cara.

—¿Cómo sabe entonces que se trataba de Hugo?

El Capellà pareció sorprendido ante la pregunta de Víctor.

—Bueno..., no sé, al mando del *Quimera* siempre iba Hugo, jamás dejó que ese barco lo patronease nadie más, ni siquiera a mí me pasó nunca el timón. Además, el cuerpo, la complexión física..., el chubasquero que llevaba, azul y viejo..., era el que él siempre se ponía cuando llovía. La verdad es que nunca pensé que pudiese ser otro el que patroneara aquel día el *Quimera*..., pero no entiendo la pregunta, ¿quién demonios iba a ser si no? Ese era el barco de Hugo...

El hombre ahora parecía confuso. Víctor y Bea se sintieron descubiertos, la

pregunta había sido demasiado directa.

—No me haga caso, tiene razón, la verdad es que ha sido una pregunta estúpida.

El Capellà no dijo nada. Pronto su rostro dejó de mostrar desconcierto y, de nuevo, contemplando el mar, pareció sumergirse en las honduras de su mundo interior. Víctor y Bea respiraron tranquilos al sentirse ya a salvo, pero la voz del marinero les quebró la calma.

—Aquella tarde todo fue muy extraño..., y no lo digo solo porque Hugo saliese a navegar en medio de un huracán. De esto no hablé con su hermana cuando vino a verme, la pobre ya llevaba bastante pena en el cuerpo.

Bea se adelantó a Víctor.

—¿A qué se refiere?

El Capellà, con un suspiro, abombó la voz y el pecho, anticipando que el que iba a hablar no era un triste pescador de Denia: el que iba a hablar era un griego del siglo de Pericles.

—La semana pasada estuve estudiando para el examen de Historia Antigua la vida de Hipócrates... La verdad es que estudiar me está cambiando la vida. Aprendo cosas en los libros que antes había sentido, pero que, al no reflexionar sobre ellas, me habían pasado desapercibidas. —Seguía contemplando el mar—. Cosas que había sentido, pero no había vivido... Ahora me doy cuenta de que los libros te permiten entender ese tipo de sensaciones, te permiten vivir con mayor intensidad, porque todo lo que te pasa lo quieres interpretar. Cuando oigo decir a algún idiota chirigotero que *el que lee no vive*, me entran ganas de gritarle: palurdo, es todo lo contrario, vive el que lee..., porque sin leer la vida te pasa por delante como han pasado antes esos ciclistas, de manera absurda..., imposible de interpretar.

—Capellà, no entiendo dónde quiere ir a parar con...

Ni siquiera escuchó las palabras de Víctor, sumergido como estaba en el fondo del mar.

—Hace casi dos mil quinientos años, Hipócrates, el padre de la medicina, ya describió un fenómeno extraño, una sensación indefinida, que llamó *el aura que precede a las migrañas*... —Sus ojos ahora parecían estar oteando el Peloponeso—. La semana pasada, al leer sobre esto, entendí algunas de las sensaciones que tuve la tarde que Hugo murió... El viento de aquel huracán era un viento enfermo, un viento que no podía traer nada bueno, era el viento que precede a las migrañas.

Dejó de mirar hacia el mar y encaró a la pareja.

—Todo fue muy extraño esa tarde... Cuando Hugo me rebasó para salir por bocana, me quedé pasmado viendo cómo se adentraba en el mar, me quedé de pie en el espigón como si aquel viento enfermo me hubiese dejado hipnotizado... y de repente ese mismo viento arrancó una tolda con la que Hugo había cubierto el talamete del *Quimera*. Y entonces lo vi..., allí, en medio de cubierta..., vi el baúl, un enorme baúl de esos antiguos... Ya se lo dije, todo fue muy extraño esa tarde... ¿Para qué demonios se llevaba Hugo un baúl mar adentro en medio de un huracán?

Paloma y Benito, apoyados contra la baranda en la terraza del ático de Ruzafa, contemplaban a la luz de la luna los tejadillos de la ciudad vieja, que parecían haber sido embastados con torpeza unos contra otros por una costurera loca. La cena en el coreano había sido encantadora, y el paseo hasta Ruzafa, divertido. Ahora los dos se sentían, cada uno por su lado, como monos en la selva ante un mar de lianas. Monos acaramelados capaces de cruzar aquella ciudad romana y seca que dormitaba a sus pies. Cruzarla de puntillas, vistiendo tutús de *ballet*, saltando de teja en teja.

—¿Te..., te apetece una copa?

Paloma lo dijo sin poder evitar que le temblasen las piernas. Toda la noche había estado sintiendo lo mismo cada vez que aquel hombre, redicho y zalamero hasta el ridículo, la desnudaba con sus ojos descarados.

—Jamás digo que no a una copa, reina mora. Hay beatos de sacristía que no necesitan beber para divertirse; a mí, sin embargo, me pasa justo lo contrario: nunca he necesitado divertirme para beber.

Seguro de sí mismo, la atravesó con ojos sagaces esperando a que su juego de palabras produjese el efecto deseado en Paloma: una sonrisa.

—Cómo eres..., qué tonto... —Una vez más, y sin saber por qué, se sintió intimidada por el brío arrollador de Benito—. Solo puedo ofrecerte un *gin- tonic*, no vengo mucho por aquí y ando escasa de provisiones...

Era cierto, al pisito de Ruzafa solo iba a practicar sexo de pago con Samuel. Por fortuna, su puto adoraba el *gin- tonic*, y ella siempre tenía un par de botellas y condimento para relajarse después del sexo.

—Un *gin- tonic* me sentaría genial.

Atrevido y con mucha delicadeza, como si acariciase las alas de una mariposa, rozó con el extremo de uno de sus dedos la mejilla neumática de Paloma.

—Pero nunca bebo solo... Me acompañarás, ¿verdad, sultana de mis sueños?

Ella ladeó la mirada avergonzada, intentando disimular que se le había erizado toda la piel del cuerpo ante el contacto físico: incomprensiblemente, junto a Benito, la Paloma indómita y ruda desaparecía, para ser sustituida por una colegiala ñoña y vergonzosa.

—Sí..., sí, claro, yo me haré otro *gin- tonic*, me encanta. Pasa al salón..., lo tengo todo en la cocina, preparo las copas y voy contigo...

—Ni lo sueñes. —Con el mismo dedo rollizo con el que le había rozado la mejilla, Benito ahora acalló a Paloma, al posarlo con suavidad sobre sus labios—. Donde vaya mi ángel, voy yo a hacerle compañía..., no sea que me lo roben.

—Qué tonto eres...

Incapaz de reconocerse a sí misma en el rol sumiso que le nacía de dentro cuando estaba con aquel hombre, Paloma cruzó la terraza intentando sin lograrlo un caminar etéreo. La volumetría de ambas humanidades a duras penas cabía en la cocinita. Ella empezó a trastear nerviosa por los armarios y en la nevera, buscando limón, ginebra, vasos, hielo, pepino y tónicas. Necesitaba decir algo para controlar el ansia.

—¿Has..., has visto a Víctor últimamente?

—No desde el día que te conocí en Madrid, el día más feliz de mi vida. —Galante y pinturero, Benito parecía estar disfrutando con el nerviosismo de Paloma—. Ese chico no hace más que meterse en líos, menos mal que sus amigos estamos siempre ahí para cuidar de él.

—Pues sí, tienes toda la razón... ¿Quieres limón?

—Sí, solo tres gotitas.

Benito apoyaba con aplomo su cuerpo rechoncho contra el marco de la puerta. Ensartada por sus ojos castigadores, Paloma no sabía dónde esconderse en aquella pequeña cocina.

—¿Te pongo pepino?

—Desde el primer instante en el que te vi, princesa, lamento que se me note tanto.

Ella tardó unos segundos en captar la broma, que, a pesar de su zafiedad, le hizo soltar una risita azorada.

—Cómo eres..., descarado. Me refería al *gin- tonic*...

—Ah, bueno, al *gin- tonic*... Entonces déjate de verduritas: Beefeater, Schweppes, hielo y cuatro gotas de limón. Nada más. Quiero un *gin- tonic*, no beberme el sombrero de Carmen Miranda.

—Como quieras, hombre, como quieras... Yo era por si te gusta un toquecito de...

Él la interrumpió, avasallador.

—Mi lucero del alba, hoy en día hay mucha mariconada con lo del *gin- tonic*: un *gin- tonic* bien preparado debe ser tan sobrio y tan inglés como el salacot del doctor Livingstone..., y que conste que un inglés sobrio, aunque lo parezca, no es un oxímoron. —Le guiñó un ojo.

—Ya..., pero, no sé..., como está tan de moda, he pensado que...

—Palomita blanca —él era todo arrogancia—, a mí me gustan las cosas tradicionales. Cuando me bebo un *gin- tonic*, quiero que me sepa a *gin- tonic*, no a frutas del paraíso... y cuando me como el sexo de una mujer, quiero que me sepa a sexo de mujer, no a magdalenas La Bella Easo.

—Mira que eres animal..., menudas cochinadas.

Por culpa del temblor de sus manos, originado por la tensión sexual que inundaba la cocina, Paloma se cortó ligeramente al partir el limón con el cuchillo.

—¡Ay!

Aprovechando el factor sorpresa, básico en la guerra de guerrillas, él se acercó para tomarla de la cintura con osadía y dificultad: sus bracitos eran cortos, y el perímetro para abarcar, amplio.

—Pero..., pero..., Benito...

Sin mediar palabra, primero le lamió el dedo ensangrentado y acabó introduciéndoselo completamente en la boca, mientras la atravesaba con una mirada inmisericorde de tanguero descreído que lleva una rosa mordida en la boca.

—No..., no, por favor, Benito...

—¿Te resistes? Me encanta..., adoro a las mujeres entregadas, no soporto a las ofrecidas.

Bien cogida por la cintura, Paloma se combó hacia atrás ante la embestida de su galán, que a duras penas aguantaba el peso. Benito entonces acercó sus labios a los de ella. El beso fue apasionado. Cuando sus rostros se separaron, Paloma le contempló arrobada.

—¿Por..., por qué has hecho eso?

—Porque a los dos nos apetecía.

Él vio en los ojos acuosos de Paloma una prueba evidente de que el beso le había gustado.

—No seas malo conmigo, no me seduzcas si luego..., si luego... No quiero sufrir. Sé que parezco fuerte y bruta, pero no quiero sufrir...

Lo dijo con un tono desvalido que hubiese exaltado a cualquier feminista. Benito le puso la mano en la boca para acallarla, actuando con un aplomo que a esa misma feminista la hubiese hecho vomitar.

—No pretendo ser malo contigo, Paloma, ni embaucarte. Si quisiera manipularte, te habría dicho que te olvidases de mí: «Soy un tipo complicado y extraño que tan solo te causará dolor, olvídame». Eso es lo que te habría dicho si hubiese querido manipularte. —La asaetaba con su pose más chulesca—. Las mujeres, cuando un hombre atormentado os dice que os hará daño y que es mejor que os alejéis de él, os vais directas con vuestra madre a elegir la tela para las cortinas del nuevo hogar.

Paloma protestó tímida.

—No somos tan tontas...

Benito de nuevo la acalló.

—Sí, sí lo sois..., encantadoramente tontas. Los hombres que se sienten, o fingen sentirse, angustiados por el absurdo agónico y terrible de la existencia humana os parecen irremisiblemente atractivos: todas las mujeres lleváis grabado en vuestras mentes el instinto de cuidadoras o de redentoras.

Ella, con los labios entreabiertos y escuchándole embobada, se había rendido ante aquel discurso machista. Tan solo esperaba otro beso.

—No, Benito, es mucho más simple..., nos gustan los raros.

Él le sonrió con mirada vivaracha.

—Pues *pa* raro, raro, el menda *lerenda*.

Doblegándole la cintura un poco más, con suavidad, cubrió a Paloma como si fuese el varón de una pintura de Klimt, y, fiel a su papel, le dio otro beso. Sin embargo, las leyes de la física, indiferentes como siempre ante cualquier frivolidad humana, decidieron acabar con todo aquel lirismo empalagoso.

—¡Benito!

—¡Cuidado, sultana!

El enorme peso de Paloma, y la gravedad, les precipitaron a ambos contra el suelo

de la cocina con estrépito. Ahora Benito, mientras reía, hacia equilibrista sobre la panza de ella, como si fuese el amaestrador de un delfinario jugando en la piscina con una orca volteada.

—Qué vergüenza, qué vergüenza..., menudo anticlímax. Es por mi culpa, soy una gorda asquerosa...

Paloma, a pesar de las risas divertidas de Benito, estaba a punto de llorar: nunca antes en su vida se había avergonzado en público de su cuerpo. Pero tampoco nunca antes había sentido lo que sentía por aquel hombre.

—Tengo que adelgazar, debo hacer régimen, y apuntarme a un gimnasio..., y tú también, Benito, juntos podemos conseguirlo...

Él, todavía tumbado encima de ella y muerto de risa, supo que tenía que animarla para evitar que estallase en llanto.

—¿Gimnasio? No digas tonterías, amor mío, eso es para nenazas. Mi maquina preferida del gimnasio es esa que metes un euro y te sale un Bollicao. —A Paloma aquella gansada de inmediato le volvió a alegrar el rostro—. Además, las mujeres tenéis vuestros *truquitos* para engañarnos a los hombres disimulando *defectillos*... He leído que en un sujetador hay más ingeniería que en la misión espacial a Marte.

Ella seguía muy triste.

—Pero esos son los sujetadores de las niñas monas. Cuando yo retiro los míos, los reciclan como carpas de circo.

Su cara de luna, siempre brava, ahora lucía avergonzada.

—Tontuela... ¡A mí me gustas así! ¡Que me entere yo que te pones a régimen! —Tenía que animarla fuese como fuese—. Lo que tienes que hacer es lo que hago yo, comer mucho, pero sano, fibra a tope: así luego se va todo *pa* bajo y te quedas ligerito, ligerito. Esta mañana mismo, sin ir más lejos, he cagado un mojón que no se lo salta un galgo... Para que te hagas una idea de su tamaño, por un momento creí que iba a salir él solito de la taza para desconectar el Brise un Toque, y, una vez desactivado el ambientador, marcharse a trabajar en metro.

Esta vez ella soltó una carcajada, y Benito se sintió poderoso: sabía que si una mujer se ríe contigo, ya solo necesitas hacerla soñar.

—Beni, eres aún más guarro que yo, no puedo creérmelo...

—Pues claro, amor mío, por las mañanas, al levantarnos, haremos concursos de pedos, fui medalla de plata en Pekín..., pero solo los sábados, no quiero que te acostumbres.

Trabajosamente, se levantaron entre risas. Cogidos de la mano poco a poco se fueron quedando en silencio, y el tercer beso llegó de modo natural. Casi natural, porque Benito tuvo que ponerse de puntillas para salvar los veinte centímetros que separaban sus bocas.

—Yo... Beni, yo no soy normalmente tan pava. Si alguien me viese comportándome así y hablando de este modo, creería que me he vuelto loca..., pero es que, desde que te he conocido, estoy muy confundida. Yo no sé muy bien lo que es

el amor, pero..., pero...

—Princesa, no te calientes la cabeza con ese tipo de cosas. —Miraba sus ojos con ternura—. Cuando una mujer se mete en la cama con un hombre que no se pasea por sus sueños, se está engañando a sí misma: por mucho que esa chica se mienta e intente convencerse de lo contrario, no está enamorada de él.

Benito hablaba con solidez de badajo.

—Las chicas os volvéis locas intentando discernir si estáis o no enamoradas de alguien, devanándoos los sesos en disquisiciones filosóficas y con enrevesadas conversaciones entre amigas..., cuando la respuesta la naturaleza os la ha puesto al alcance de vuestra mano, o mejor dicho, al alcance de vuestra almohada: la respuesta siempre está en vuestros sueños.

Paloma creyó por un momento que se iba a orinar encima de gusto. Él, torero, la dejó encandilada con un desplante.

—Y en tus sueños, ángel mío, el único que se pasea soy yo. No lo olvides.

Con esfuerzo hercúleo que a otro hombre menos apasionado le hubiese costado una hernia lumbar, Benito la cogió en brazos sin que ella opusiese resistencia alguna.

—Dulcinea del Toboso, ¿dónde se encuentran sus aposentos? —Sonreía con mueca de bellaco—. ¿Supongo que en este castillo habrá un tálamo que esté a la altura de nuestro amor?

—¿Qué..., qué pretendes?

—¿Qué pretendo? Hacerle caso al poeta, y que cometamos el único pecado imperdonable..., la impaciencia.

Ella, con los brazos alrededor de su cuello, tan solo fue capaz de sonreír ruborizada.

En la buhardilla de Alcalá los ventanales abiertos dejaban pasar la brisa y permitían ver el espectáculo nocturno: Madrid en verano.

—Víctor, no puedes ni imaginarte las ganas que tengo de que me cuentes todo lo que has averiguado..., ¿o debería decir habéis?

La sonrisa burlona de Ana tuvo que sortear la mirada asesina de su hermana.

—Cierra el pico, si me sigues tocando los ovarios, no te contamos nada. —Bea le puso cara de pantera a su hermana mientras Víctor, incómodo, se desentendía de la conversación.

—Bueno, bueno..., que haya paz. —Ana no dejó de sonreír—. Salgamos al balcón a ver si baja un poco la temperatura.

Cogieron sillas y un minuto después estaban los tres sentados bajo la columnata del balcón semicircular de la buhardilla, con todas las azoteas del viejo Madrid a sus pies.

—Mucho mejor aquí. Vamos, contadme, que me tenéis en ascuas.

—Ana, te anticipo que hemos averiguado cosas muy interesantes, pero... —Mientras elegía las palabras adecuadas, Bea le cogió la mano a su hermana—. Pero es



posible que te duelan.

La cara angelical de Ana se endureció.

—Ya sabes lo que dicen, Bea, cuidado con lo que deseas... Cuando decidí saber la verdad sobre todo este asunto, tomé la decisión de modo muy consciente. Sabía que la verdad podía llegar a ser dura, pero te aseguro que estoy preparada.

Al verlas con las manos entrelazadas y ojos llorosos, Víctor se sintió fuera de lugar. Ana lo notó y se dirigió a él con una sonrisa.

—Víctor, empieza tú. Los profes contáis historias la mar de bien.

Él le devolvió la sonrisa.

—Antes de explicarte cómo van las investigaciones, quisiera hacerte una pregunta. Hemos averiguado que Hugo había subido a bordo del *Quimera* un enorme baúl, de esos antiguos, hecho de madera y con herrajes. Lo llevaba en cubierta, pero tapado, como si quisiese evitar que alguien pudiera verlo. ¿Se te ocurre alguna explicación razonable? Cargar algo tan pesado en el *Quimera*, bajo aquel aguacero..., no tiene mucho sentido.

—El baúl...

La piel de porcelana de Ana se volvió todavía más tenue. Tenue como sus palabras. Los ojos de Víctor y Bea, ansiosos por culpa de la curiosidad, la flechaban sin conmiseración.

—El baúl de mamá...

Fue Bea la que saltó.

—Ana, ¿sabes de dónde ha salido ese baúl?!

Su hermana pareció despertar del ensimismamiento.

—Creo que sí. Seguramente habláis del baúl donde mamá empezó a almacenar su colección de postales viejas.

—Explícate, porque no estoy entendiendo nada.

Las dos mujeres ahora se miraban, mientras el murmullo de la ciudad, tras la baranda del balcón, crepitaba como huevos en una sartén.

—Tú no te acordarás, Bea, porque creo que estabas de viaje, pero tras el accidente y el funeral, cuando ya estábamos de vuelta en Madrid, mamá se fue un fin de semana a Jávea para cerrar el chalé. Sabía que no iríamos en mucho tiempo. Cuando regresó estaba disgustada, porque había echado en falta su baúl...

—¿Su baúl? —preguntaron al unísono Bea y Víctor.

—Era una pieza de anticuario que papá compró de joven en una subasta. Yo lo recuerdo entre sueños, era muy pequeña..., tú debías de ser un bebé... —Miró a su hermana—. El baúl estuvo siempre en el salón de la casa de Ambolo, como decoración. Allí mamá empezó a guardar sus primeras postales, pero cuando la colección creció y se acondicionó la planta alta, lo subió allí. Ninguno nos acordábamos de él, excepto mamá, que al no encontrarlo cuando fue a cerrar el chalé, se disgustó. La pobre ya empezaba a mostrar los primeros síntomas de demencia, por lo que papá y yo no le dimos mucha importancia, pensamos que había sido un

despiste... y resulta que la pobre tenía razón.

La voz de Ana languideció. Víctor se devanaba los sesos.

—Tiene que ser el mismo baúl que Hugo subió al *Quimera* el día de la tormenta, no puede ser una casualidad. ¿Se te ocurre, Ana, para qué podría querer tu marido llevarse al mar un baúl como ese?

Ella negó con la cabeza.

—Ni idea, pero ¿cómo habéis averiguado lo del baúl? En el listado de pertenencias localizadas entre los restos del naufragio, la Guardia Civil no menciona ningún baúl.

—Bueno, eso podría tener una explicación lógica, el barco estaba destrozado y el baúl pudo caer por la borda, montones de enseres del *Quimera* nunca se encontraron. —Víctor intentaba sonar razonable—. Lo que no tiene explicación es que Hugo, con la que estaba cayendo, dedicase tanto esfuerzo a subir a bordo un baúl tan pesado... Algo muy importante debía de haber dentro.

—Sí, supongo que sí, pero la verdad es que no acierto a adivinar qué... —Ana hablaba en un susurro—. ¿Cómo os enterasteis de lo del baúl? Papá estuvo muy encima de toda la investigación y nunca me dijo nada.

Fue Bea la que respondió, tras tomar de nuevo con ternura la mano de su hermana entre las suyas.

—Ana, papá nos ocultó muchas cosas. Lo que te voy a contar es duro, pero quiero que seas fuerte.

Bea le narró a su hermana, con la mayor delicadeza posible, la conversación que Víctor y ella habían tenido con el comandante Carrasqueta, y las averiguaciones hechas en el cementerio de Benisivá tras profanar la tumba. Ana se quedó lívida.

—No..., no lo encontraron... —Hablaba sin fuelle, como si fuese una rueda blanda—. El que enterramos en el cementerio... no era Hugo.

Bea apretó con fuerza las manos de su hermana para transmitirle ánimo.

—Así es, Ana, el cuerpo que hay enterrado en el cementerio de Benisivá no es el de Hugo. Tras la lápida no está él. Nos han tenido engañados a todos..., incluidos los millones de lectores que le adoran.

Ana fue incapaz de articular sonido alguno. Bea continuó.

—Esto da cierta verosimilitud a la hipótesis de que Hugo está vivo, y es posible entonces que sea él quien te envía los manuscritos, y que sea él también quien puso la carta en tu bolso.

—El cuerpo que hay en el cementerio no es el de Hugo. —Ana seguía en estado de *shock*, parecía no haber escuchado las últimas palabras de su hermana—. Nos engañaron a todos...

—Sí, Ana, vuestro padre y el guardia civil urdieron el plan, pero, bueno..., no sé cómo decir esto... —Víctor intentaba suavizar la situación—. Sé que tu padre es alguien muy... *especial*, pero piensa que lo hizo para ahorrarte sufrimientos.

Como por ensalmo, el rostro de Ana mudó desde el pasmo al enfado.

—Esto ya pasa de castaño oscuro. ¿Es que ese hombre no sabe dónde está el límite?! —Hablabla furiosa.

—Ana, yo también aluciné al enterarme, pero ya sabes cómo es papá...

—No, Bea, no ¡Ya está bien! No podemos excusarlo todo con la cantinela «ya sabes cómo es papá». —Víctor no recordaba haber visto nunca a Ana encolerizada como la veía ahora, parecía que las hermanas habían intercambiado los papeles—. Aborrezco a la gente que mete la pata y se disculpa con la frasecita mágica: «Perdona, ya sabes cómo soy». Y vuelta a empezar. Si eres así y sabes que estás destrozando la vida de los demás..., ¡cambia, demonios! ¡Lo que nos diferencia de los animales es precisamente eso, la capacidad de mirar hacia dentro y cambiar cuando lo que vemos no nos gusta!... Ese hombre es un cretino que ni siquiera es consciente del daño que hace.

Ni Bea ni Víctor se atrevieron a interrumpirla. Tras unos segundos pareció serenarse.

—Esto se ha acabado. Esta semana se va de casa.

—Ana, no te precipites, quizás deberías hablarlo con él...

—No, Víctor. Cómo se nota que no conoces a mi padre, él jamás reconocerá que ha sido capaz de hacer algo así..., sería como hablar con una roca. —El tono era cortante—. Es demasiado orgulloso para aceptar que ha podido equivocarse y causar dolor, y es de los que siempre justifican los medios si considera que el fin es el correcto. Si llegase a admitirlo, diría que fue por mi bien. Me niego a darle el gustazo de mostrarle mi enfado. Está decidido, no lo quiero en mi casa. Igual que él abandonó a mamá en cuanto ya no le fue útil, ahora es su turno... Ya es hora de que pruebe su propia medicina.

Víctor observaba a Bea creyendo que iba a decir algo, pero ella permaneció impassible sin abrir la boca.

—Ana, siento ser un poco tocapelotas, pero... —El profesor no sabía si sus palabras iban a ser malinterpretadas—, pero quizás parte de tu indignación pueda ser debida a que ahora sabes que Hugo no era realmente Hugo. No..., no es fácil digerir que tu marido te ha mentado sobre su identidad y que tomó prestada la de un desconocido en un viaje alrededor del mundo del que nunca te habló. Tal vez no debieras precipitarte en las decisiones sobre tu padre, deja que se calmen las aguas, quizás..., quizás estás mezclando sentimientos encontrados de rabia hacia tu padre y... hacia Hugo.

Durante unos segundos reinó un silencio tenso: Víctor se había metido en un jardín peligroso, pero apreciaba a Ana y consideraba que era su obligación expresarle su opinión. Además, tenía la sensación de que Bea estaba también demasiado implicada emocionalmente como para ver con claridad la situación.

—Quizás tengas razón, Víctor, quizás toda esta furia que tengo es solo una defensa para no afrontar que... —Tragó saliva, sin ser capaz de acabar la frase—. Dejaré pasar unos días, con emociones intensas en el corazón no se deben tomar

decisiones importantes...

Su voz ya no destilaba enfado, sino congoja. Aquella conversación estaba siendo una auténtica montaña rusa emocional.

—Y es verdad, a vosotros os lo puedo confesar..., hasta ahora, de hecho, no me lo había confesado ni a mí misma... —Empezó a darle vueltas a su anillo de casada como si estuviese abriendo la espita de la melancolía: de repente esta salió a borbotones y Ana rompió a llorar con la cabeza gacha—. Me siento tan humillada...

Bea se abalanzó sobre su hermana para abrazarla.

—Ana, no seas tonta, ya verás cómo al final todo tiene una explicación lógica...

—Bea... Hugo no me quiso, en realidad nunca me quiso. Nadie puede ocultarle todas esas cosas a una persona a la que quiere de verdad... —El llanto era incontenible.

—Claro que te quiso, no llores más. Ahora no puedo darte una explicación convincente, pero te prometo que Víctor y yo acabaremos averiguando la verdad. Hugo no era cruel, nunca lo fue.

Ana sollozaba, con el rostro hundido en el pecho de su hermana.

—Ya estoy bien, perdonadme, perdonadme..., menudo espectáculo. —Se incorporó y sacó un pañuelo de tela del bolsillo de su pantalón de *tweed*—. Lo siento, pero es que ahora más que nunca no puedo quitarme de la cabeza esas palabras que me dijiste que había escrito Hugo..., ¿te acuerdas, Víctor?

Él supo de inmediato a qué se refería, pero guardó silencio.

—*A veces inventamos personas, y las inventamos tan bien y tan a nuestra medida que se hace muy difícil olvidarlas. Y muy doloroso. Es como si mataras algo en tu interior, porque, en efecto, solo es allí donde han habitado...*

Ella las había recitado con una solemnidad de capitán de fragata.

—Cada vez estoy más convencida de que las escribió..., de que las escribió pensando en él mismo. Hugo se inventó un personaje y nos mostró a todos esa ficción..., a todos, incluso a mí.

Víctor decidió romper esa corriente de tristeza y nostalgia que no llevaba a ningún sitio.

—Ana, tu hermana tiene razón: te prometo que acabaremos encontrando una explicación lógica a toda esta historia. Y para empezar a trabajar tenemos que tomar alguna hipótesis como punto de partida. —Ahora miraba atentamente a las dos hermanas, que eran todo oídos—. Da igual si nos parece descabellada, pero tenemos que fijarnos alguna línea de trabajo para intentar contrastarla y así poder aceptarla o rechazarla.

—Estoy de acuerdo —apuntilló Bea—. Y en mi opinión, lo más sensato, a la luz de lo que sabemos, es suponer que Hugo sigue vivo. No solo porque no está dentro de la tumba, sino porque apareció una carta manuscrita por él en tu bolso. Parece también lógico pensar que es él quien te envía los libros. Si suponemos que pretendía simular su muerte para desaparecer, podríamos explicar su absurda travesía el día de

la tormenta. Todo nuestro esfuerzo debería ir encaminado a dilucidar por qué quiso simular su muerte, y por qué sigue enviándote los manuscritos de manera anónima.

Ana, más serena, reflexionó antes de hablar.

—La verdad..., la verdad es que ambos hechos, bajo las premisas de la hipótesis de partida, son contradictorios. Si quería desaparecer sin dar explicaciones, simular estar muerto, olvidarse de mí... —De nuevo los ojos se le humedecieron—. ¿Por qué entonces empezó a enviarme los manuscritos? Es lógico suponer que eso no me dejaría asimilar su desaparición, me pondría en guardia.

—Estoy de acuerdo. Pero tal vez pretendía, en vistas del éxito de *Botavara*, permitirte seguir disfrutando de los rendimientos económicos de su obra, que él no podía sacar a la luz por estar oficialmente muerto. Tú eras la única, como viuda, que podía seguir publicando su obra en su nombre. O tal vez..., o tal vez quien te envía los manuscritos no es Hugo, a pesar de seguir vivo. Esto encajaría con la misteriosa desaparición de los archivos de su ordenador un día después de su supuesta muerte. No tiene sentido que tu marido volviese a esta buhardilla a conseguir los archivos cuando podría haberlos copiado y borrado previamente a su desaparición con toda tranquilidad y sin correr el riesgo de que lo descubriesen.

Víctor recapacitó antes de seguir hablando.

—La verdad es que necesitamos más información para intentar componer el puzle, faltan aún muchas piezas.

—Pues hay dos piezas más en este puzle que aún no conocéis.

—¿Cómo? ¿Qué quieres decir, Ana?

Víctor y Bea se giraron hacia ella con los ojos como platos.

—La semana pasada entraron a robar en casa.

—Ana, ¡¿cómo no me lo dijiste?!

—Bea, no te asustes, por suerte no había nadie dentro, y Berto ni se enteró, estaba en el colegio. Fue todo muy extraño. La Policía confirmó que eran profesionales, no dejaron ni una sola huella dactilar y desconectaron la alarma con un decodificador electrónico o algo así... Pero lo más extraño es que no se llevaron nada. Esa casa tiene multitud de objetos de valor y ni tan siquiera los tocaron.

—Vaya —Víctor mostraba un semblante serio—, ¿y la segunda nueva pieza del puzle?

—Dos días después pasó algo muy parecido en el despacho de Antonio. Entraron de noche, lo revolvieron todo y no dejaron ni una sola huella ni se llevaron nada. La Policía opina que, por el modus operandi, se trataba de la misma gente. —Ana guardó silencio unos segundos—. ¿Estáis pensando lo mismo que yo?

—¿Y qué piensas tú?

—Pues que han entrado a buscar el manuscrito del supuesto próximo libro de Hugo, *Dejad que los niños se acerquen a mí*. El ladrón no tiene ni idea de que yo tampoco tengo el maldito libro.

Víctor cabeceó antes de hablar.

—La verdad es que sí, Ana, eso es justo lo que estaba pensando yo también... Esto se complica cada vez más, necesitamos información. Esta semana quisiera hablar con Rodrigo Botet, el editor de Hugo, ¿podrías llamarle y decirle que me reciba?

—Claro que sí, Rodrigo se desvive por ayudarme. —Sonrió sin alegría—. Os advierto que es todo un personaje... Pero, una cosa, quiero que en cuanto habléis con él me llaméis, me interesa saber todo lo que pasa.

—Yo no voy a ir a Barcelona, esta semana me quedo aquí contigo. Creo que necesitas unos pocos arrumacos, te he dejado abandonada demasiado tiempo. —Bea estrujó a su hermana con un abrazo cariñoso.

—Ni hablar, tú te vas con Víctor. Y si no fuese por Antonio, yo misma me incorporaba al equipo..., pero la cosa entre nosotros no está como para jugar. Solo faltaba que se enterase de que me dedico a recorrer España como una loca buscando a mi difunto exmarido...

Volvió a observarse pensativa el anillo de casada. Bea decidió romper el triste bucle en el que su hermana estaba cayendo de nuevo.

—Yo me quedo contigo, Ana, está decidido. Esta semana nos la pasamos juntas tú, yo y Berto, mi pobre hijo al final va a creer que no tiene madre.

Víctor intervino.

—Ahora que has nombrado a Antonio, ¿podríamos hablar con él la semana que viene?

—Tendrá que ser dentro de tres semanas, el próximo miércoles sale de viaje, a ver cómo van las ventas en México, Brasil y Colombia.

—Sin problemas, todo planificado. —Víctor se levantó con energía—. Voy a llamar para preguntar por los horarios del AVE a Barcelona.

Al quedarse a solas en el balcón, Bea encaró a su hermana.

—¿No están bien las cosas con Antonio?

—Ya sabes cómo es... —Ana suspiró—. Está empeñado en que tengamos un hijo y yo..., yo tengo tantas dudas.

—Pues dile que no y punto.

—No es tan sencillo. Me hago mayor..., y yo también quiero ser madre. Si decidí estar con él, debo asumir una serie de responsabilidades. Entiendo que Antonio quiera tener familia, pero...

—Pero ¿qué?

—Pues que cada vez tengo la sensación más clara de que me equivoqué de hombre... Y también me doy cuenta de que voy a tener que apechugar con mi error. Si ahora dejo a Antonio, sé que jamás tendré un hijo, me quedan pocos años y, la verdad, ya no tengo ganas de conocer a nadie... Me han hecho tanto daño.

—No digas bobadas. —Bea dibujó una enorme sonrisa en su cara—. Si me hicieras caso en vez de ser la monja que eres, tú y yo saldríamos de copas con un buen taconazo y un escote hasta aquí, y te garantizo que en un periquete te conseguiría un chulazo que te haría volar hasta el infinito... y un poco más allá.

Ambas rieron. Dentro, Víctor hablaba por teléfono.

—Bueno, ¿y tú? —Ana miró a su hermana con una media sonrisa cómplice—. ¿Cómo te va con el profe? ¿Progresas... adecuadamente?

—¿A qué te refieres?

—Déjate de historias, que te conozco, estás echando balones fuera: nunca te había visto esa cara de bobalicona... Solo hace unas semanas que le conoces. ¿Qué es lo que ha hecho este profe con mi hermanita la Comehombres?

Bea, ignorando el tono jocoso de las palabras de Ana, suspiró mientras observaba pensativa el rostro de granito negro de la diosa Minerva.

—La verdad es que estoy intrigada.

—¿Intrigada? —Ana se puso seria.

—Sí, intrigada. —Bea sacó el paquete de Fortuna y se encendió un cigarrillo—. Tú ya sabes lo que siempre he dicho medio en broma medio en serio: busco mi media naranja, pero mientras no la encuentro, me lo paso pipa comiendo mandarinas. Pero ahora estoy confusa: no sé si Víctor es una naranja o una mandarina.

—Ya veo..., ¿no será que esas dudas que sientes en realidad esconden miedo?

Su hermana intentó de nuevo robarle su sabiduría a la diosa Minerva, trepanándole con la mirada su cráneo de roca.

—Quizás tengas razón..., quizás es miedo, miedo a perder mi libertad.

—¡Pero, Bea! ¡¿Qué narices te pasa?! —Ana rechifló enfadada—. ¿Es que quieres seguir comiendo mandarinas toda la vida? ¡¿Qué quieres ser?! ¡¿Una sesentona siliconada hasta las orejas que va de carcamal en carcamal para no afrontar que se siente muy sola?! ¡Madura, Bea! Madura, por favor...

Suspiró llena de frustración antes de seguir hablando.

—Cuando dices esas cosas pienso que aún eres una cría. Trae ese pitillo, contigo no hay manera de dejar de fumar. —Cogió el cigarrillo y le dio una calada profunda—. Bea, el miedo es un mal consejero en temas de amor..., tanto para entrar como para salir: yo estoy con Antonio porque me da miedo arriesgarme y que otro hombre me vuelva a hacer daño; mamá estuvo toda la vida con papá por miedo a quedarse sola, y tú te planteas no intentarlo con Víctor por miedo a perder tu libertad...

Dio otra calada, dejando que el humo envolviese su pelo rojizo como si fuese el subproducto tóxico de su cerebro reflexionando.

—Tal vez lo que deberíamos hacer todas las mujeres de esta familia es dejar de hacerle caso al maldito miedo.

Bea se levantó y, apoyándose en la balaustrada, observó las luces de la ciudad.

—Ana, quizás yo no sea como tú, o como mamá, o como la mayoría de las mujeres. Quizás yo sea una de esas personas extrañas que se siente más completa estando incompleta. —Los bocinazos de los taxistas no consiguieron sacarla de su ensimismamiento—. Quizás mi destino sea hacerme vieja sola, reflexionando sobre si valió la pena no querer y no dejarse querer..., refugiándome en esas reflexiones para intentar no sentirme una anciana fracasada.

—No te pongas intensa y trágica, no es tu estilo: tú quieres lo que todas, alguien con quien compartir la vida.

Las palabras sólidas de su hermana la sacaron de su letargo, haciéndole girar el rostro hacia Ana.

—No sé... Quiero libertad, pero... tampoco es que quiera seguir tirándome a cualquier tipo que me apetezca sin darle explicaciones a nadie. Sí, la verdad es que..., que no me apetece tirarme a nadie. —Volvió a sentarse junto a Ana—. Mira, te lo explicaré con un ejemplo. He leído no sé dónde que un chimpancé en libertad en la selva vive ocupando el mismo territorio del que disponen los chimpancés del zoo de Madrid. Sin embargo, cuando veo a los chimpancés en el zoo, siento pena. No debería sentirla, porque tienen el mismo espacio que utilizarían en su vida en libertad, pero... no sé... ¡Joder! ¡Siento pena!

Su enfado era indefinido.

—Creo que la diferencia está en que, aunque los chimpancés salvajes en la práctica no hacen uso de esa libertad, a los del zoo alguien les ha limitado su independencia. Y eso es lo que me pasa, me asusta saber que si esto con Víctor llega a ser algo serio..., pues..., pues si quisiera, y sé que no querré, pero si quisiera... ¡Joder! ¡Que ya no podré ir al pedazo de selva que me dé la gana a comerme la puta mandarina que me salga de las narices! Estaré en un zoo, con mucho espacio y feliz como una perdiz, pero en un zoo al fin y al cabo, y eso..., eso me asusta.

Ahora fue Ana la que le cogió la mano a Bea.

—Bea, no te engañes: lo tuyo con Víctor *ya* es algo serio. Y querer siempre implica renunciar a algo. Ese algo puedes llamarlo mandarinas, libertad o como demonios quieras, pero que nadie te engañe, querer siempre implica renunciar, que no te engañen con milongas: no se puede hacer una tortilla sin romper los huevos. —Esbozó una sonrisa triste—. A veces la apuesta sale mal, ya ves, no hay más que verme a mí... Pero, a pesar de lo que estoy llorando, no cambio lo que viví con Hugo por nada en el mundo: los que no se arriesgan no se llevan el premio gordo, y arriesgarse no es ir de flor en flor como haces tú.

Ana siguió hablando, seria e intrusiva.

—Lo que tú tienes se llama miedo al compromiso, miedo a apostar por alguien, y es más viejo que la tos. Una vez... —El rostro se le entristeció aún más—, una vez Hugo me dijo una cosa que no olvidaré jamás. La noche que nos hicimos novios, me dijo: «Ana, hasta ahora comprometerme con alguien me asustaba..., me asustaba porque sentía que me acercaba a la muerte».

Bea no pudo ni hilvanar su réplica.

—Es todo lo contrario. Cuando superas el miedo al compromiso, te das cuenta de que comprometerte te aleja de la juventud, es verdad, pero alejarte de la juventud no tiene por qué significar necesariamente acercarte a la muerte. En realidad, te acerca a la verdadera esencia de la vida: por eso produce vértigo. —Endureció el rostro—. Bea, tus relaciones superficiales con los hombres son tan solo válvulas de escape con



las que pretendes engañarte... y, si te digo la verdad, el principal problema es que tienes a Víctor demasiado seguro, está loco por ti. Él haría mejor en no ponértelo todo tan fácil. Es una lástima, pero la gente como tú, y como él, en las relaciones funcionáis así: si no os asustan, os dedicáis a asustar.

—Sí, pero...

Víctor salió al balcón con semblante preocupado y se quedó de pie apoyado en una de las columnas.

—¿Con quién hablabas por teléfono? Se te ha puesto una cara de entierro... — Bea lo miraba mientras digería las últimas palabras de Ana.

—Me ha llamado Benito. Ya hay fecha para el juicio.

—¿Y? —las dos hermanas preguntaron al unísono.

—Dentro de mes y medio. —Su voz era avinagrada.

—Antes de lo que pensabas.

—Sí, la verdad es que creía que aún tardaría un tiempo.

—¿Te ha dicho tu amigo Benito cómo cree que irá la cosa?

—Pues sí, Ana, tras las conclusiones del juez en la audiencia previa, lo ve muy negro..., pero bueno, no se puede hacer nada. Ya veremos... —Alegro la voz intentando darse ánimos—. ¿De qué hablaban las hermanitas? ¿Confesiones a la luz de la luna?

Bea se levantó para darle un beso en la mejilla.

—De nada, cosas de mujeres. Nos vamos a poner a dieta y no pensamos probar ni una mandarina más.

Víctor dibujó una mueca de extrañeza.

—¿No vais a comer mandarinas? Si son sanísimas.

Las dos hermanas se miraron y rompieron a reír ante la cara de desconcierto de Víctor.

Paloma siempre dormía de un tirón. Era meterse en la cama y quedarse como un tronco hasta la mañana siguiente. Sin embargo, el amor la había alterado de tal modo que, sin saber por qué, esa noche los ojos se le abrieron a las tres de la madrugada. Se dio la vuelta arrebujándose entre las sábanas para ver si podía hilvanar de nuevo el sueño, pero un tenue reflejo de luz le hizo entreabrir los párpados: Santa Tecla, sentada tras el escritorio, se había quedado dormida frente al ordenador. Su cabeza yacía sobre el teclado, con los brazos y las mangas del hábito haciendo de almohada.

—Esta monja loca... Entre lo flaca que está por culpa de sus putas verduritas, y sin dormir lo que toca..., nos va a durar cuatro días.

Se levantó de la cama para despertarla. Si su compañera de cuarto no se acostaba y descansaba, al día siguiente estaría reventada: en tres horas debía ir a rezos de hora prima.

—Santa, despierta... Tienes que meterte en la cama.

Paloma estaba a punto de zarandear a la novicia cuando, aún medio adormilada,

se fijó en la pantalla del ordenador.

—No..., no es posible...

Se frotó los ojos por si el sueño le estaba jugando una mala pasada, pero no: eran cartas de póquer.

—Putra monja ludópata...

Santa Tecla tenía abierta una web de póquer *online* y mantenía cinco partidas simultáneas. A Paloma la mandíbula se le desplomó al ver el recuadro inferior izquierdo de la pantalla: «Posiciones netas conjuntas del jugador: saldo positivo de 124.742 euros».

—Hostia puta...

Como si la novicia tuviese un mecanismo de activación automático ante tacos sacrílegos, abrió los ojos y se topó con los de Paloma, desorbitados.

—Dios bendito, Dios bendito...

Sintiéndose descubierta, Santa Tecla intentó tapar a toda prisa la pantalla con la toca del hábito, pero el vozarrón de Paloma le congeló el atolondramiento.

—¡Zorra mentirosa! ¡Te pasas la noche jugando a cartas! Ahora lo entiendo todo... —Su poderoso cerebro matemático había trazado de inmediato la cadena causal—. Por eso cambiaste la disposición del cuarto, para que yo desde mi cama viese el culo del ordenador y no te descubriese... por eso siempre empiezas tus sesiones cuando yo me voy a dormir... y por eso, desde poco después de llegar tú al convento, un *misterioso benefactor* mete un sobre con diez mil euracos todos los meses en el buzón de las limosnas. ¡Te pillé!

Paloma no estaba enfadada, más bien encantada de conocerse al haber resuelto un acertijo: sentía la satisfacción troglodita que nos produce ensartar. Atravesar. Enhebrar. La misma satisfacción que sentía al resolver un problema matemático complejo. La misma que de niña experimentaba al ver cómo el balón recién salido de su carabina de aire comprimido atravesaba en la distancia el pecho de un gorrioncillo inocente, dejando una nube de plumas en el aire mientras el pajarillo caía al suelo muerto.

—No digas sandeces, Paloma..., esto..., ¡esto debe de haber sido un virus! —El gorrioncillo miraba asustado en todas direcciones, mientras temblaba con el ratón entre las manos—. Ahora mismo voy a comprobar todos los sistemas para acabar con ese bicho inmundito...

Las manazas de Paloma agarraron los cachetes de la novicia para encarar sus ojos con mirada lapidaria.

—Escúchame bien, Santa, voy a darte una cosa que en mi familia ha pasado de madres a hijas durante generaciones..., una cosa que mi abuela le dio a mi madre, y mi madre a su vez me dio a mí... y yo ahora te voy a dar a ti...

Su voz era solemne, y pareció calmar a la religiosa.

—¿Qué..., qué me..., qué me vas a dar, Paloma?

—¡Un hostión con la mano abierta como ahora mismo no me cuentes la verdad!

La religiosa entonces rompió a llorar desconsoladamente, escondiendo el rostro entre las manos. Gemía a la vez que tartamudeaba.

—No..., no me..., no me descubras, Paloma. ¡Por favor, no me descubras! ¡No quiero que me echen del convento! ¡Estoy condenada! ¡El juego es pecaminoso! ¡Iré al infierno! —aullaba desconsolada—. Pero te prometo que no es vicio, yo no disfruto, pero..., pero tengo un don. Y... no lo hago por mí..., es..., es todo para el convento y para obras de caridad..., no me descubras, Paloma, lo hago por los más necesitados...

Tras otra andanada de sollozos y frases deslavazadas, la novicia se calmó y alzó el rostro, embotado por culpa de las lágrimas y el miedo.

—Pa-Paloma..., ¿me..., me vas a delatar? Te juro por la Virgencita de Fátima, que a todos nos vigila y protege entre arcángeles y gloria bendita, que hasta el último céntimo que gano lo entrego anónimamente a obras de caridad...

—Menos pucheritos, y cierra de una puta vez la boca, cansina. —El rostro adusto de Paloma fue volviéndose poco a poco intrigante, apareciendo en él una sonrisa de mazorca—. No le diré nada a nadie con una condición.

Las hipadas de la religiosa cesaron al instante.

—¿Qué..., qué condición?

Paloma cruzó los brazos sobre el pecho, mientras acentuaba la sonrisa traviesa.

—Quiero que me enseñes a jugar a ese maldito juego.

—*El segon carreró a la dreta.*

Las Ramblas lucían esplendidas a pleno sol. Rebullían de gente mientras el guardia urbano, muy amable, seguía gesticulando para aclararle a Víctor dónde estaba la dirección que buscaba. En el callejón que le había indicado el policía, toda la luz del Mediterráneo fue de sopetón sorbida por el África más negra y sórdida. Dos putas senegalesas reían a colores apoyadas en el portal del número tres, justo sobre la chapita metálica que Víctor andaba buscando.

—A ver, por favor, perdón, señoritas, si me dejan ver...

—Chupar veinte *uros*, follar cuarenta.

—No, no os confundáis, solo busco una dirección...

—OK, OK, chupar quince, follar *trenta*.

Como pudo, las desplazó a un lado mientras ellas seguían riendo. «Ediciones Cariátides, tercero izquierda.» Apretó un timbre que no sonó, por lo que se decidió a entrar en el zaguán, ignorando a las chicas que, descaradas, le acariciaban la espalda. La escalera olía a orines y desconchados húmedos. Llamó con los nudillos y le abrió una especie de matusalén atildado con camisa de manga corta y pajarita.

—¿Sí?

—¿Ediciones Cariátides?

—Delante de usted las tiene todas.

Frente a Víctor, un anciano menudín en jarras intentaba inútilmente tapar el vano

de la puerta con su pequeño cuerpecito.

—Buenos días, soy Víctor Vega, creo que Ana Cifuentes le llamó diciéndole que vendría.

—Por supuesto, pase adelante —hablaba castellano con un fuerte acento catalán—. Rodrigo Botet Guitart, editor y jubilado, para servirle.

Mientras se estrechaban las manos, Víctor radiografió a su curioso anfitrión. El editor había envejecido de manera terrorífica, asincrónica: mientras la piel de su rostro seguía tersa como un tambor de tripa joven, sus orejas y sus ojos se habían descolgado de la cara. La corona de pelusilla larga alrededor de su cabeza parecía muselina empapada en linfa.

—*Passi, sense vergonya...*, hablaremos más tranquilos en mi despacho.

Aquel enanito giró sobre sus talones y se puso a caminar por el largo pasillo, cimbreando sus brazos con ostentación como suelen hacer los hombres muy bajitos, pero con aspiraciones, para así intentar ganar volumen y seguridad en sí mismos. Se adentró por una vivienda desaliñada que en nada recordaba a las oficinas de una editorial: el pisito era propio de un jubilado con pensión de miseria.

—*Compte amb aquesta rajola, està solta...*

Su anfitrión se detuvo al pasar frente a la cocina y abrió la vieja nevera Kelvinator que estaba junto a la puerta. En los estantes vacíos del frigorífico, dos puerros hacían compañía a unos quintos de Mahou.

—¿Qué le apetece tomar? ¿Cerveza? ¿Puerros? —Se carcajeó de su propia broma y agarró dos Mahou con su mano menuda—. No vienen muchos invitados a casa, entenderá que quiera tratarlo a cuerpo de rey.

Víctor guardó un silencio sonriente. «Ana tenía razón, menudo personaje...» El editor era menudo y esmirriado como el maíz de los pobres, pero, al hablar, el granito de maíz se envalentonaba y parecía querer transformarse en palomita: se lanzaba engolado a sacar pecho y ocupar espacio, levantando mucho el mentón e hinchándose de brazos y piernas como si llevase golondrinos en los sobacos y la entrepierna.

—*Passi, passi i segui, vol un cigarret?*

—No, gracias, no me apetece fumar ahora.

—Pues si usted no fuma, yo tampoco.

El enorme despacho, sin duda en origen el salón de aquel piso viejo, dormitaba en penumbras. Todas las paredes estaban cubiertas de estanterías repletas de libros y legajos desordenados. En el centro había un escritorio de caoba estilo Hausman sobre el que un flexo con tulipa de cristal *glassé* emitía una luz mortecina. Las persianas del balcón lucían gachas, pero los ventanales abiertos dejaban subir desde el callejón el olor a humedad y las risas de las putas senegalesas.

—Siéntese, siéntese, por favor... Aunque no lo crea, está usted en la sede social de Ediciones Cariátides, todo un imperio.

Sonrió ante su propia ironía mientras se sentaba menudín tras el enorme escritorio.

—El negocio, ya ve, no es lo que era... Con lo que yo he trabajado en esta vida pariendo libros: porque los escritores los conciben, pero nosotros, los editores, los parimos.

Víctor se arrellanó en la silla antes de hablar.

—Tengo entendido que no le ha ido mal del todo editando la obra de Hugo Mendoza.

El hombrecillo le miró esbozando una sonrisa de chino listo. Sin hablar, abrió las cervezas haciendo palanca en las chapas con el canto de la mesa: la preciosa caoba se descascarilló, pero el editor se limitó a mojarse los deditos y pasarlos por encima del entuerto para que el tono de la madera volviese a oscurecer.

—Bueno, eso es diferente. —Le tendió a Víctor una de las Mahou—. Hugo fue un genio, los libros como los suyos se venden solos. Y sí, la verdad es que, a pesar del aspecto de estas oficinas, con los libros de Hugo se ha ganado dinero. Mucho dinero. Pero ya ve usted, soy un catalán puro que cuando hace frío se acerca a la estufa, y cuando hace mucho, mucho frío... la enciende.

Víctor pudo comprobar que el editor, cuando reía, acurrucaba los ojos hasta transformarlos en sendas pipas de girasol, al estilo Zapata.

—Me parece que usted y Ana se tienen mucha confianza... La muy testaruda no quiso contarme el motivo de su visita por mucho que le insistí. Mira que es terca cuando quiere...

—Sí, lo sé, es tozuda como un mulo cuando se lo propone.

El hombrecillo guardó silencio durante unos segundos, en los que no dejó de sopesar visualmente a su invitado. Al final habló sincero.

—En cualquier caso, aquí estoy para ayudar en lo que pueda, señor Vega, a Ana no le puedo negar nada, es un sol. —Dio un sonoro sorbo a su cerveza antes de proseguir—. En primer lugar disculpe el desorden. Normalmente, no está tan revuelto este despacho, pero la semana pasada tuve... una visita inesperada.

—¿Una visita?

—Sí, una visita. Entraron a robar. Ya ve usted, hay que ser miserable, lo revolvieron todo y, claro está, no se llevaron nada. ¿Qué iban a llevarse de esta pocilga? Esos hijos de puta aprovecharon que mis dos secretarias, que tengo abajo en el portal, la Unka y la Tassa, estaban... almorzando. Bueno, si no almorzaban..., ¡seguro que algo tenían en la boca! —La carcajada fue estrepitosa—. Son buenas chicas, un poco salvajes, pero buenas chicas... y qué tetas tienen, ¿eh? ¿No me diga que no se ha fijado?

Víctor sonrió.

—¿Es la primera vez que asaltan esta casa?

—Pues la verdad es que sí, y no me lo explico. Llevo aquí cuarenta años y todos en el barrio me conocen. Es por culpa de la droga *dels collons*... Si no fuera porque no podría vivir lejos de las Ramblas, a buenas horas estaría yo aún por aquí.

Le dio otro trago a la Mahou y declamó con entonación ridículamente solemne.

—*Amic meu, les Rambles...*, las Ramblas son la aproximación máxima, lo más cerca que un hombre de nuestra era puede estar del ágora ateniense. Quien quiera hacer un viaje en el tiempo que no busque entre las ruinas de Éfeso o Siracusa, ni entre los pedruscos de la Acrópolis. Que acuda a las Ramblas de Barcelona. Las Ramblas son el Mediterráneo. Las Ramblas están llenas de fenicios y griegos, de romanos y cartagineses. Y todos ellos... —Pintó en su cara una sonrisa—, *i tots ells mengen pa amb pernil a La Boqueria*.

Esta vez, en lugar de reír, hinchó su pechito de palomo viejo y habló con aires de mariscal.

—Parezco un anuncio de la Agència Catalana de Turisme.

Víctor pensó que tenía mérito meter tanto espíritu en tan poco cuerpo. Decidió ir al grano.

—Señor Botet, voy a serle franco, creo que no vale la pena que me ande por las ramas.

Al editor le cambió el rostro, que se tornó serio y atento. Víctor no pudo evitar sonreír al cruzársele un pensamiento por la cabeza: si Rodrigo Botet hubiese sido capaz de levitar y hablar al revés, con su cabello de muselina y su rostro matusaleniano, habría pasado por el mismísimo Yoda.

—Sé que los libros de Hugo Mendoza, a excepción de *Botavara*, les llegan anónimamente desde después de su muerte. —A Yoda pocas cosas se le pueden ocultar, sus capacidades telepáticas son legendarias, por lo que Víctor creyó que lo más conveniente era soltar toda la verdad de un tirón—. Ana me ha contratado para que averigüe quién los envía, por eso he venido a hablar con usted. Necesito saber todo lo que pueda contarme de Hugo. Cómo le conoció, por qué vino a usted..., cualquier cosa puede ser importante.

El rostro del hombrecillo fue adquiriendo un gesto trascendente y adusto. Miraba tan reconcentrado a Víctor que por un momento este creyó que el cuerpo pequeñín del editor se elevaría levitando hasta la altura de sus ojos y le daría sabios consejos en el idioma de los *yedáis*. Pero en lugar de eso, Rodrigo Botet se quedó pegado a su sillón y habló con su fuerte acento catalán.

—*Collons...*, me deja usted de piedra. Entiendo que Ana no me contase nada, le hubiese pegado una bronca de aúpa.

—Señor Botet...

—Rodrigo, por favor, hay confianza..., sobre todo después de lo que me acaba de decir. —Ahora parecía preocupado—. Ana a veces es demasiado ingenua..., debería seguir los consejos de Voltaire: contar los secretos de los demás te transforma en un traidor; contar los propios, en un bobo.

Víctor, en las conversaciones no académicas, odiaba citar: le parecía pretencioso, redicho. Pero dado que el editor había abierto la veda, decidió lanzarse al ruedo.

—Rodrigo, entiéndala, Ana necesitaba desahogarse, lleva dentro mucha presión. Creo que, a la pobre, Voltaire le parece demasiado cínico, y ha preferido

encomendarse a Bioy Casares: para estar en paz con uno mismo, mejor decir la verdad...

El editor no dejó que Víctor acabase la cita. Lo hizo él.

—... para estar en paz con los demás, mejor mentir.

Su cabeza cubierta de huevo hilado parecía estar reflexionando, introducida en la rebotica que los buenos comerciantes llevan dentro de sí para, de ese modo, ser capaces de resolver comandas complejas.

—Rodrigo, quiero que esté muy tranquilo, sé que es un tema delicado y soy amigo de Ana y Bea Cifuentes, mi discreción respecto al misterioso origen de los manuscritos es y será absoluta.

El editor permaneció en silencio durante unos segundos más, escrutando a Víctor con sus ojillos-pipa de chino listo. Al final salió del ensimismamiento, abandonando su rebotica interior.

—Tiene usted razón, señor Vega, Ana tiene derecho a descansar, y criticándola he sido tan cínico como Voltaire..., y el cinismo no es un buen consejero para andar por la vida: para ser un gran filósofo, o un cretino ingenioso, tal vez sí, pero no para andar por la vida si quieres que la gente buena te aprecie. Pregúnteme, pregúnteme... Ayudará a Ana en lo que pueda..., la pobre no pierde la esperanza.

Ambos sabían a qué se refería.

—¿Quién cree usted que envía los libros?

Rodrigo Botet volvió a hablar con energía.

—Sinceramente, no tengo ni idea. Si no es porque Hugo Mendoza sabemos que está muerto, sin duda diría que él. La calidad de esa prosa es..., bueno, qué le voy a contar, Ana me dijo que es usted profesor de Literatura en la universidad. —Con un trago de sargento chusquero finiquitó su cerveza—. La homogeneidad estilística es innegable, en todos los libros se refleja a la perfección el universo Mendoza. Y la mejor prueba es que los lectores de todo el mundo los compran con devoción porque hasta ahora ninguno les ha decepcionado, todo lo contrario.

Se frotó el mentón pensativo.

—En realidad he dicho *los lectores* y debería haber dicho *las lectoras*.. No sé si Ana se lo dijo, señor Vega, pero la mayoría de los compradores de la obra de Hugo Mendoza son mujeres, ¿sabe por qué?

—Pues, la verdad... —Sí creía saberlo, pero prefirió mentir para que aquel hombre de verbo poderoso pudiese explayarse—. No se me...

—Yo se lo diré: las novelas de Hugo Mendoza cumplen dos requisitos fundamentales para atraer al género femenino. El primero, adjetivación perfecta y muy cuidada, ahí está el secreto de la elegancia de su prosa..., secreto que conocen bien las mujeres con clase: pocos complementos, pero perfectos, *finíssims i amb gust*. No tengas diez bolsos cutres, mejor tres buenos, a no ser que quieras parecer un árbol de Navidad. —Su sonrisa no tenía malicia alguna, era más bien resignada—. Y el segundo requisito, sin duda el más importante: la pasión femenina por imaginar, por

meterse en la mente ajena, es la responsable de que la mayoría de las novelas que se venden en el mundo sean compradas por mujeres. Y en eso, en meterse en la mente ajena, Mendoza fue un genio. Por eso encanta a las mujeres... y a los hombres listos y sin complejos.

Víctor compartía plenamente aquellas opiniones, pero creyó necesario recentrar la conversación: si no embridaba al editor, perdería el AVE de vuelta a Madrid sin sacar nada en claro.

—Rodrigo, si está usted convencido de la homogeneidad de la obra, ¿cómo se explica lo de los envíos anónimos?

—Pues ya se lo dije, no tengo ni idea. —Se quedó pensativo—. Mire, cuando Ana me entregó el primer manuscrito, el de *Pan con chocolate*, sin decirme cómo había llegado a sus manos, sentí una alegría indescriptible. Pensé que esa novela era una más que digna sucesora de *Botavara*, y que Ana la había encontrado entre los papeles de Hugo. La muy pilla quería que la valorara sin el sesgo de su misteriosa procedencia. No dudé ni por un instante de que se trataba de obra original, pero al confesarme ella lo del envío anónimo..., pues, qué quiere que le diga, mi primera reacción fue la de negarme a publicar el manuscrito. Aquello no era... ético. Y ella estaba de acuerdo conmigo.

—Entonces, ¿por qué lo sacaron a la luz?

Rodrigo Botet se mesó sus ralos cabellos de muselina como si intentase alisar sus pensamientos.

—Le aseguro que, al margen de la broma de antes, no fue por dinero. —Alargó su bracito para abarcar el destartalado despacho en penumbras—. Como puede ver, vivo de manera muy sencilla, nunca me dediqué a esto de la edición para hacerme rico... y menos mal, el negocio de los libros se va a la mierda. Como el de las magdalenas caseras.

El editor sonrió complacido al ver la cara de desconcierto que había causado en Víctor. Continuó hablando, encantado de escucharse.

—Señor Vega, ¿se imagina lo frustrante que debe de ser para una madre de hoy en día pasarse la tarde haciendo magdalenas caseras con ingredientes cien por cien naturales, confiando en que sus pequeños las devorarán al volver del colegio?

—¿Frustrante... por qué? —Víctor parecía confundido.

—Frustrante porque los jóvenes de hoy en día tienen las papilas gustativas totalmente hiperexcitadas por culpa de los intensificadores de sabor químicos que utiliza la bollería industrial. Lo más probable es que le tiren a su madre las magdalenas a la cara para irse a buscar un Bollicao..., por muy sanas y caseras que sean las *magdalenitas*, no les saben a nada.

Solemne y enfático, cabeceó para reafirmarse en sus ideas.

—Pues con los libros pasa lo mismo: los jóvenes han hiperexcitado sus cerebros con series de televisión y videojuegos, en los que en cinco minutos salvas tú mismo un continente entero, así que para ellos leer una novela que requiere de horas y horas



de contextualización, construcción de personajes..., bla, bla, bla, les parece tan insípido como una magdalena casera. Ese es el drama de nuestro sector a largo plazo, y para postre, a corto, la piratería le está dando la puntilla.

—Sí, la verdad es que no había pensado sobre ello, pero...

—Pues piénselo, señor Vega, piénselo y verá cómo tengo razón... Antes eran otros tiempos, muy diferentes. Ediciones Cariátides fue fundada por mi abuelo, un profesor de griego y latín, imagínese la visión comercial que tenía del negocio. Con decirle que sus *grandes éxitos editoriales* se limitaron al diccionario latín-hebreo-araméico del doctor Hoffman..., una auténtica joya, todavía lo reimprimimos hoy en día, es muy apreciado en las facultades de teología de todo el mundo. Mi padre era igual que mi abuelo, y la misma vocación me la transmitió a mí. Nunca estuvimos en este negocio por dinero..., gracias a Dios.

Acurrucó los ojos-pipa para recordar mejor, al igual que hubiese hecho un miope que intenta vislumbrar en la distancia.

—En casa vivimos siempre tan apurados que mi pobre padre me obligó a estudiar medicina para asegurarse de que cambiaría de vida. Pero a mí lo que me gustaban eran los libros, y en cuanto acabé la carrera, me vine a trabajar aquí de nuevo con él. Hace cincuenta años ya de eso, ahora ya no sabría distinguir un flemón de un juanete...; pero me lío a hablar y me olvido de las cosas. —Su rostro lucía ahora una expresión melancólica—. ¿A santo de qué le estaba contando yo todo esto?

—Intentaba explicarme por qué editaron *Pan con chocolate* si no estaban seguros usted y Ana de quién la había escrito.

—Ah, sí, eso... Bueno, la verdad es que nosotros sí estábamos seguros. Yo estoy convencido de que ese libro, al igual que *Cálido invierno* y *Para un ratón, los murciélagos son ángeles*, solo puede haber sido escrito por la misma mano que escribió *Botavara*. El problema radicaba en que no podíamos demostrarlo, por eso Ana y yo en un principio nos negamos. Pero Antonio se obsesionó y no paró hasta convencernos... ¿Conoce usted a Antonio, el marido de Ana?

—No, todavía no.

—Cuando le conozca, me entenderá, a Antonio le gusta demasiado el dinero. Los libros no tanto, pero el dinero... *més que l'arròs caldós*.

—Bueno, tengo entendido que es un gran abogado, experto en leyes internacionales, habla cuatro o cinco idiomas...

—Sí, es un hombre muy preparado para los negocios, y es cierto, habla cinco lenguas..., lástima que en ninguna de ellas sea capaz de decir nada interesante —se sonrió ante su propia maldad antes de seguir hablando—. Mire, Antonio Santamaría es de esos hombres previsibles y terrenales que le dan sentido a su vida tan solo amasando dinero. De esos pobres diablos que creen que hacerse mayor y madurar consiste en volverse solemne..., o sea, lo más alejado de un verdadero editor de libros que pueda usted imaginar. Por eso creo que no nos llevamos bien.

—Sin embargo, consiguió enamorar a Ana...

El editor rio a carcajadas, arruinando su estética Yoda.

—Por favor, señor Vega, no me tome por tonto. ¿Pretende ponerme los patines para que me deslice con mayor facilidad? Le aseguro que no será necesario, me gusta hablar y no tengo por qué callarme lo que pienso. —De nuevo calmado, volvió a componer un rostro levitante e intergaláctico—. A veces me siento culpable porque fui yo quien los presentó, a Ana y a Antonio, me refiero. Las ediciones internacionales de *Botavara* requerían de conocimientos legales que yo no tenía, y me apoyé en un despacho muy prestigioso de aquí, de Barcelona. Así es como él y Ana se conocieron. Ella utilizó a Antonio como refugio para olvidar. Él, que es más listo que el hambre y vio enseguida el potencial económico de la obra de Hugo, la utilizó a ella como trampolín hacia la riqueza...

Suspiró.

—Bueno, ya sabe, una historiaseudorromántica triste y manida que resultaría impublicable: demasiados lugares comunes.

Sacó del cajón de la mesa una vieja pipa de enebro y se la puso en la boca sin encenderla.

—*Botavara* fue una mina de oro, pero Antonio quería más y más. No paró hasta hacer la vida del matrimonio imposible, y entonces Ana vino a hablar conmigo y tomamos la decisión de publicar *Pan con chocolate*. La pobre estaba desesperada, y el buitre de su marido amenazaba con separarse... —Mordió la pipa con toda la fuerza de sus muelas, y esta, obediente, se entiesó en medio de su rostro—. Luego, al año siguiente, cuando llegó el manuscrito anónimo de *Cálido invierno*, pasó algo parecido, y lo mismo con *Para un ratón, los murciélagos son ángeles*. Si le digo la verdad, nunca he estado seguro de haber hecho lo correcto, pero me consuelo pensando que hemos ayudado a que millones de personas conozcan tres libros maravillosos..., libros que creo que fueron escritos por Hugo.

Se tomó un respiro que aprovechó para auparse en la silla.

—Si me pregunta quién los envía y por qué llegan de manera anónima, responderé que no lo sé. Ana ya le habrá dicho que Hugo siempre fue enfermizamente misterioso respecto a su pasado... Tal vez alguien de ese pasado consiguiese los manuscritos no sé de qué forma y, aprovechando la fama de Mendoza, decidiese compartirlos con el resto de la humanidad.

—¿Sin recibir nada a cambio?

—¿Por qué no? —se quitó la pipa de la boca y siguió hablando melancólico—. No todo en la vida puede comprarse con dinero, señor Vega. De hecho, las cosas más importantes de la vida las tenemos que hacer nosotros mismos, con nuestras manos, no podemos adquirirlas con la tarjeta de crédito... Una reputación, un matrimonio feliz, un hijo...

Su rostro compuso una mueca amarga.

—Yo perdí a mi esposa y a mi único hijo en un accidente de tráfico hace ya treinta años; un conductor borracho se salió de la carretera y se los llevó por delante.

Todo el dinero que esta editorial ha ganado con la obra de Hugo Mendoza se ha invertido en una fundación dedicada a la prevención de la alcoholemia... Me gusta pensar que he ayudado a que nadie tenga que pasar por lo mismo que yo pasé. No le cuento esto para vanagloriarme, tan solo lo hago para que entienda que alguien puede hacer algo sin esperar nada a cambio más allá de la satisfacción personal, que no es poca cosa.

De repente Víctor sintió cómo el cuerpecín del editor se engrandecía ante él. Y se vio a sí mismo minúsculo y sin nada que decir.

—Desde que sufrí ese pequeño drama familiar, mi única ilusión han sido los libros. Y creo que el regalo que me hizo la vida cuando cayó en mis manos la primera obra de Hugo fue lo que me permitió sobrevivir... Todos los editores soñamos con un escritor como Mendoza.

—¿Cómo le llegó *Botavara*? ¿Por qué Hugo confió en Cariátides?

Rodrigo Botet no dudó.

—Siempre he creído que fue un premio: a veces, llevando adelante proyectos desinteresadamente y sintiéndote un poco bobo por ello, en realidad, estás invirtiendo en tu futuro.

El rostro de Víctor reflejaba que no había entendido aquel intrincado acertijo. El editor se ajustó la pajarita antes de proseguir.

—Unos meses antes de su desaparición, Hugo Mendoza se plantó un día en este despacho. Lo recuerdo como si fuese ahora, era un jueves por la mañana, llovía a cantaros y hacía un frío de mil demonios. Llamó a la puerta de esta casa sin concertar cita ni nada parecido, sencillamente se vino de Madrid y se plantó en el rellano empapado hasta el corvejón pidiendo hablar conmigo. Ahí de pie, donde está usted, sin quitarse la gabardina y con el paraguas colgando del brazo como si le diese miedo ponerse cómodo por si tenía que escapar en cualquier momento, me dijo que había escrito unos cuentos y le gustaría enseñármelos.

El editor se levantó y caminó en silencio hacia un archivador. Empezó a rebuscar en él y volvió con una carpeta amarillenta tan vieja que no gastaba gomas, sino un lacito rojo anudado y ya descolorido.

—Parecía asustado, dubitativo, era como si... —Volvió a trepar hasta su butacón—. Me dio desde el principio la sensación de que él creía estar cometiendo un sacrilegio al entregarme su obra. Fue muy pudoroso con sus escritos, mucho, nada que ver con otros escritores de una mediocridad legendaria que siempre parecen encantados de conocerse. En este país de chulos, tenemos muchos de esa calaña, algunos bien cargaditos de premios literarios..., pobres diablos. Los escritores realmente buenos suelen ser gente sencilla y humilde, y Hugo sin duda era de esa raza.

—¿Estos son los cuentos que le trajo?

El editor asintió con la cabeza. Víctor ojeaba los folios que acababa de extraer de la carpetita tras desanudar el lazo. Eran hojas amarillentas mecanografiadas y llenas

de humanidad: estaban plagadas de tachaduras, cambios de tono según la presión ejercida sobre la tecla de la máquina de escribir, perceptibles saltitos en la alineación de los tipos... Empezó a leer el primer párrafo mientras Rodrigo Botet, observándole, acariciaba la cazoleta de su pipa creyendo que era su mentón.

—Estos son los cuentos que se publicaron en la separata que se adjuntó a *Pan con chocolate*.

—Sí, en efecto, señor Vega, tiene usted buena memoria. Son veinte hojas escasas, por eso nunca los publicamos como obra independiente. El caso es que Hugo me trajo esos cuentos y me dijo que le gustaría que los leyese. Le dije que estaría encantado de hacerlo, pero le pregunté por qué había pensado en una editorial como la nuestra, tan poco comercial. Sencillamente quería que supiese que la difusión y promoción de su obra sería necesariamente limitada con nosotros.

—¿Qué le dijo?

—Me dijo que eso a él le daba igual. Había leído una obra nuestra de la que estaba enamorado y que releía constantemente, por eso quería publicar en nuestra editorial.

—¿De qué obra se trataba?

—*Desamores*, de Hans Neustädter, un poeta romántico alemán del XIX, de origen checo. Lo publicó mi padre en el 56, ¿lo conoce?

Víctor recordó el volumen manoseado que había encontrado en la buhardilla de Alcalá, sobre el que Hugo Mendoza había escrito su misteriosa anotación a lápiz: *A veces inventamos personas...*

—Sí, lo conozco.

—De ese libro no habremos vendido ni mil ejemplares en cincuenta años, a eso me refería cuando dije que la obra de Hugo fue para Cariátides un premio. Mi padre publicó a Neustädter sabiendo que perdería dinero con él, pero adoraba la poesía romántica alemana. Para mi gusto, es un poco empalagosa, te sube el azúcar, pero al margen de cuestiones estéticas, fue gracias a *Desamores* como Hugo llegó a nosotros. Ya se lo dije: yo lo interpreto como una especie de premio que el destino nos concedió por trabajar por la literatura desinteresadamente.

—¿Qué pasó tras esa visita?

—¿Que qué pasó? Esa fue la primera y la última vez que vi a Hugo.

—¿Cómo?

—Lo que le digo. Me dejó tan solo una dirección de la calle Alcalá en Madrid. Ni siquiera un teléfono. Me dijo que le escribiese si me parecían buenos los cuentos; si me parecían malos, ni tan siquiera quería saberlo, no era necesario responder. Recuerdo una cosa que en su momento me pareció muy infantil: antes de irse, me advirtió que, en caso de publicar alguna obra suya en Cariátides, debía asegurarle que no tendría que realizar ninguna labor promocional. Ya sabe, entrevistas, firmas de libros, ruedas de prensa... A mí me hizo gracia, aún no había leído nada de ese chico y él ya ponía condiciones comerciales. Le tranquilicé y no pensé más en el asunto

durante semanas, estaba muy ocupado en otras historias y dejé para más adelante el tema de los cuentos de aquel muchacho asustadizo. Pero en cuanto los leí, empecé a ver a aquel pobre chico desvalido con otros ojos: los cuentos eran excelentes, la mejor obra inédita que había leído en mi vida. Le escribí de inmediato pidiéndole que me mandase más cosas.

—Fue entonces cuando le envié *Botavara*.

—En efecto. A las dos o tres semanas recibí una carta suya muy amable junto con el manuscrito de *Botavara*. En cuanto acabé de leerlo, le escribí eufórico expresándole mi absoluta admiración por la obra y mi total disposición a publicarla. Me gusta ser sincero y directo con los autores, especialmente con los malos, para que no pierdan el tiempo: la mayoría de los escritores noveles depositan en sus manuscritos todas las esperanzas para escapar de sus frustraciones, y creen que, si consiguen publicarlos, su vida dará un vuelco hacia la felicidad. Normalmente, es la señal más clara de que nos encontramos ante una mierda de libro y ante una mierda de escritor. Es lo mismo que les pasa a los malos jugadores de fútbol, no hacen más que correr para llamar la atención, pero nunca llegan a la pelota y acaban muy, muy cansados..., ellos y los espectadores.

Tomó aire antes de proseguir, como si fuese una metralleta descansando en silencio entre cargador y cargador.

—Pero ese no era el caso de Hugo, era obvio que él no tenía ningún ansia de fama y éxito. Él tan solo escribía bien, jodidamente bien. Y también con esa clase de escritores me gusta ser claro y sincero, para que se motiven... Escatimar halagos siempre he pensado que es propio de acomplejados.

Dejó la pipa sobre el escritorio, por lo que su dicción se aclaró.

—Por desgracia, no recibí respuesta a mi carta, yo entonces aún no lo sabía, pero Hugo ya había fallecido. Tras mandarle cuatro o cinco cartas más, acabé dándome cuenta de que algo sucedía. —De nuevo se metió la pipa en la boca—. Empecé a remover cielo y tierra, y al final localicé a los propietarios del piso a cuya dirección Hugo me pidió que enviase las cartas. Era la familia Cifuentes. Con ese dato ya no fue complicado obtener el teléfono de Ana. Me puse en contacto con ella y supongo que ya conoce el resto de la historia.

Víctor, con las hojas mecanografiadas aún en la mano, se quedó pensativo observando al editor. Volvió a introducir las cuartillas en la carpetita y, tras anudar el lazo rojo, le dio un trago a su Mahou.

—Rodrigo, ¿sabía usted que muchos años antes de venir a hablar con usted, Hugo Mendoza ofreció *Botavara* a Pilar Boluda?

El editor mostró tal sorpresa que, al quedarse con la boca abierta, no se aperció de cómo la pipa se deslizaba entre sus labios. Ni tan siquiera se agachó a recogerla del suelo.

—*Com diu?!* Ahora sí que me deja usted de piedra, señor Vega...

Le interrumpió el sonido de *La Macarena*.

—*Quina merda és aquesta?*

—Es mi móvil, disculpe, ahora lo apago. —Miró la pantalla.

—*No, agafi'l, agafi'l, hi ha confiança...*

«Número privado.» Tras dudar, al final descolgó.

—Dígame.

—...

«¡Mierda!»

—Disculpe, ¿puedo llamarla más tarde? Ahora estoy ocupado.

—...

Rodrigo Botet, divertido, observaba lo incómodo que se sentía su invitado al mantener esa conversación telefónica en su presencia.

Bea se había pasado las últimas dos horas entrenando combate con el monitor de jiu-jitsu brasileño. Quería dominar a la perfección la llave de brazo *ude garami*. Con ella, el mejor yudoca de todos los tiempos, el japonés Masahiko Kimura, había vencido en 1951 a Helio Gracie, el fundador del jiu-jitsu brasileño. Admirado ante la técnica del japonés, el brasileño adaptó la llave del gran maestro a su complejidad física, y la denominó, en honor al único hombre que le había derrotado, *llave Kimura*. Con ella vencería en numerosos combates a especialistas en artes marciales y boxeadores profesionales de todo el mundo.

—Buenos días, señorita Cifuentes.

En el vestíbulo del edificio Zurich, Eustaquio, el portero, leía el *Marca* tras la enorme mesa de mármol. El gimnasio estaba a doscientos metros de la buhardilla de Alcalá, pero a Bea no le gustaban los vestuarios compartidos. Ya en el ascensor, se sonrió al pensar que cuatro meses atrás había conocido a Víctor en esas mismas circunstancias, al ir a ducharse a la buhardilla, cansada y sudada tras una dura sesión de entrenamiento. Aún le parecía estar viendo la cara del pobre al verla desnudarse ante él con todo el descaro del mundo.

Salió del ascensor y subió ágil los escalones que llevaban a la buhardilla. Debía darse prisa si quería llegar puntual a la comida con su hermana Ana, había quedado con ella a las dos en Zalacain. Cerró de un portazo nada más entrar en el apartamento. Tras tirar la bolsa de deportes sobre el sofá, se quitó las zapatillas, los calcetines, la camiseta y el pantalón de chándal, dejándolo caer todo al suelo. En ropa interior, entró en la habitación camino del baño-cocina, y fue entonces cuando se sobresaltó al escuchar, justo tras ella, una voz varonil.

—Tan guapa como siempre.

La sorpresa la dejó aterrorizada. Pero después de haberse pasado las dos últimas horas en el gimnasio practicando la *llave Kimura*, el miedo de inmediato se tornó agresividad automatizada: como un rayo, se giró hacia el origen de la voz y, sin ni tan siquiera verle el rostro al intruso, le buscó la muñeca derecha para agarrársela con fuerza. Con el otro brazo, y de modo mecánico, le sujetó la axila para voltearlo con facilidad tomando el hombro como punto de apoyo. En escasos segundos, el hombre estaba sobre la alfombra boca abajo, y ella atenazaba su codo a la vez que lo bloqueaba con su propio antebrazo. Era un *ude garami* perfecto.

—Así me gustan a mí las mujeres, siempre dispuestas a echármeme encima.

—¡Benjamín!, ¿qué haces aquí? ¡Hostia! Menudo susto...

—Si vamos a estar mucho rato tirados sobre la alfombra uno encima del otro, a mí también me gustaría desnudarme. —El intruso seguía en el suelo bajo el cuerpo de Bea.

—¿Cómo coño has entrado?! —Ella no estaba para bromas.

—Bea, ¿ya no te acuerdas de que me diste una llave del pisito? ¿Y que me hice el remolón para no devolvértela? Nunca he perdido la esperanza de volver a tener nuestros dos encuentros semanales...

El hombre hablaba con buen humor a pesar de tener la cara aplastada contra la alfombra. Sus dientes eran perfectos, y contrastaban con la piel cetrina.

—Gilipollas...

—¿Amor mío, esto va a durar mucho? Después de un año me decido a venir a verte... ¡Y mira cómo me tratas!

Bea aflojó la presa y él pudo girar el rostro completamente hacia ella, con una sonrisa simpática en medio de la barba de dos días. Sus ojos húmedos de semental la miraron insinuantes.

—¿Siempre recibes a tus invitados en ropa interior?

—Déjate de tonterías.

—Ya que nos hemos puesto en faena, ¿no crees que deberíamos rematar el revolcón?

—Eres idiota, menudo susto me has dado...

Ambos se levantaron. Mientras se sacudía el uniforme, miraba a Bea con sonrisa juguetona.

—No vuelvas a hacerlo en tu vida, Benjamín, en tu puta vida.

—Era demasiado tentador, Bea, siempre quise ser agente secreto y hacer este tipo de cosas... Ya sabes, subir a un taxi y decir «siga a ese coche», entrar en el apartamento de una chica guapa y sorprenderla...

—¿Agente secreto? ¿Y te quedaste en sargento oficinista en Getafe? Ponte una medallita, campeón..., o mejor no, que igual te piensas que eres general.

Ella seguía muy enfadada por culpa del sobresalto. Salió al salón a recoger la ropa que había arrojado al suelo.

—Bueno, después de verte casi desnuda y con el refregón que nos hemos dado, al menos ya sé que no vas armada... Si en la *performance* gimnástica que has organizado hubieses llevado un cuchillo entre los dientes, no sé qué habría sido de mi pellejo.

Bea se vistió y, a pesar del tono burlón y un tanto cínico de las palabras del militar, no pudo evitar sonreír. Hiciese lo que hiciese, aquel hombre tenía una gran virtud: su buen humor siempre transmitía vibraciones positivas. Ella lo había comprobado concienzudamente durante los tres tórridos meses que Benjamín estuvo visitando dos veces por semana la buhardilla.

—¿Que no voy armada? Nunca menosprecies el poder de un tampón: me basta eso para estrangularte, mientras la otra mano zapea con el mando a distancia.

Él rio espontáneo a carcajadas. Cada uno de sus gestos transmitía una apabullante seguridad en sí mismo. La camisa de manga corta de su uniforme militar dejaba ver unos brazos fuertes que Bea ya casi había olvidado.

—Vaya imagen desagradable, ya no recordaba lo ingeniosa que eras. —Le guiñó un ojo—. Además de guapa.

Bea advirtió en Benjamín excitación, y recordó las increíbles sesiones de sexo que juntos habían compartido en esa misma buhardilla. El militar era un perfil de



hombre que ella conocía bien, con una tara genética que le imposibilitaba hablar de cosas abstractas: arte, sensibilidad, ideas, sentimientos, paradojas... Cualquier cosa que no fuese desmontable con las manos le resultaba tan ajena como un ectoplasma. Pero como amante era excepcional.

—Ya que casi me rompes el cuello, ¿no vas a invitarme a una copa de vino?

Su físico contundente ayudaba. Su profesión, también: el uniforme le sentaba que ni pintado.

—Siéntate en el sofá, ahora las preparo.

El sexo con Benjamín... Mientras iba al baño-cocina, ella intentó convencerse de que el temblor que le recorría la columna era frío. Pero no, no era frío, el agosto de Madrid es caluroso. Ese temblor era morbo: con aquel hombre había tenido un sexo primitivo, gimnástico. Émbolo y pistón bien engrasados. Benjamín tenía un instinto carnal del tipo Neanderthal, depredador. Y toda esa simplicidad a ella le atraía cuando su autoestima andaba un poco floja, o cuando su nivel hormonal sublimaba a su cerebro consciente y reclamaba no a un poeta, sino a un lobo estepario que la hiciese sentir empotrada. Hembra reproductora.

—Excelente... ¿Somontano?

—Deja de flipar, no distinguirías un [Moët&Chandon](#) de un tinto de verano. Y dime, ¿cómo están tu mujer y los niños?

En la voz de ella había ironía.

—No hablemos de mí, me aburre.

Benjamín dejó su copa en el suelo y se acercó a Bea.

—¿Sabes que el *ude garami* que me has hecho antes era casi perfecto? En el gimnasio del cuartel nunca he visto uno ejecutado con tanta precisión... Has mejorado mucho.

—¿*Casi perfecto*? —repitió las palabras con retintín.

—Bea, si hubiese querido... —Con suavidad, le quitó la copa de la mano y la dejó también en el suelo—, si hubiese querido, te habría aplastado en un abrir y cerrar de ojos. Pero me pareces demasiado guapa como para tratarte de una manera tan ruda..., soy un caballero.

Ella estaba muy confundida: la boca de Benjamín se acercaba a la suya y Bea no sabía si apartarse o acogerla.

—Eres un caballero... y un oficial, no te olvides, Richard Gere. —Hablabla sarcástica—. No has cambiado nada..., sigues siendo el típico machito condescendiente... ¿Y se puede saber por qué me has dejado hacerte el *ude garami*?

Aquel aroma a Dior la estaba volviendo loca. Lo había llevado almacenado en el fondo de su cerebro todo el tiempo, sin ser consciente de ello, asociado a las docenas de orgasmos que había disfrutado con aquel hombre..., y ahora ese olor, como si fuese un anzuelo insistente enganchado a la telina de sus párpados, tiraba de ella mientras él recogía carrete.

—Pues porque te conozco muy bien, Bea; las mujeres como tú, cuando os sentís

poderosas tras la victoria, os morís de ganas por hacer el amor. En eso sois muy hombres.

El aplomo de Benjamín la enrabiaba y atraía a partes iguales. No podía dejar de observar sus manos grandes y fuertes, sus antebrazos leñosos y recauchutados de venas. Al mismo tiempo, la imagen de Víctor estaba grabada en su cabeza..., pero ese maldito aroma a Dior Homme...

—Bea... —La cogió del cuello con decisión y acercó sus labios—, ¿tus piernas siguen midiendo 22 besos, o voy a tener que sacar la cinta métrica...?

Contradiendo a su instinto, ella se separó sin convicción.

—¿Esas chorradas te funcionan con alguna idiota?

A pesar del desplante, Bea empezó de modo incongruente a acariciar el antebrazo del militar. Y, sin saber por qué, a su cerebro confuso acudió una idea extraña: cuando acaricias a una persona, ¿a quién sientes? ¿A ella o a ti? Y se dio cuenta de que acariciando a Benjamín le sentía a él, pero cuando acariciaba a Víctor, se sentía a sí misma. A pesar de tenerlo claro, siguió adelante de modo suicida.

—A mí esos piropos me parecen ridículos. Eres un hortera de bolera...

Él volvió a tomarla por el cuello, y esta vez la besó sin encontrar resistencia alguna.

—Está bien, ya que no te gusta mi faceta romántica, cambiaré de estrategia... Cuando antes has dicho que llevabas puesto un tampón, estabas bromeando, ¿verdad?

Durante el largo beso, Bea había tomado ya su decisión.

—Creía que soñabas con ser agente secreto..., averígualo tú mismo.

En su despacho de la planta cuarenta y siete de la Torre de Cristal, Pilar Boluda apuraba su purito aromatizado Dux mientras contemplaba el imponente paisaje urbano. Faltaban diez minutos para las once de la mañana. A esa hora el teléfono negro de baquelita que reposaba sobre el escritorio sonaría. Era la línea privada, la que no pasaba por el filtro de Nati, su secretaria. Él solía ser muy puntual cuando acordaba llamarla, nunca se retrasaba. Y ella no tenía nada que ofrecerle. Aquel pensamiento doloroso la agujoneó hasta forzarla a marcar un número en su teléfono móvil.

—Dígame.

—Señor Vega, ¿se acuerda usted de mí?

Él se sorprendió ante el tono obviamente agresivo de la agente literaria.

—Disculpe, ¿puedo llamarla más tarde? Ahora estoy ocupado.

—Está disculpado, pero no, no puede llamarme más tarde. Quiero hablar con usted ahora. Teníamos un trato y desde hace semanas no sé nada de usted, ¿no será de los que no cumplen su palabra?

Pilar Boluda pudo intuir al otro lado de la línea de teléfono la incomodidad de su interlocutor: parecía que había alguien delante y no podía hablar con libertad.

—Estoy avanzando, no se preocupe, nuestro trato sigue en pie. En cuanto tenga

algo claro, le aseguro que lo sabrá al instante.

—Eso espero.

La agente colgó sin despedirse ni dar explicaciones, y sacó otro purito del estuche de palisandro que descansaba junto al teléfono negro. Cuando llevaba dos caladas, la baquelita de este vibró.

—¡Ringggggg!

Aplastó la colilla del Dux contra el cenicero, mientras observaba la esfera de su reloj de pulsera: las once en punto.

—Sí, dígame.

Su interlocutor ni tan siquiera se presentó.

—¿Cómo va nuestro asunto, mi querida Pilar?

—Siento decir esto, pero —ella tragó saliva— todavía no puedo darle noticias.

—Supongo que el señor Vega la estará manteniendo informada de sus avances tal y como acordaron.

Pilar Boluda decidió mentir. Odiaba decepcionar cuando había adquirido un compromiso.

—Desde luego, me está informando puntualmente. Pero sus avances por lo visto son nulos.

—Ya veo... Bueno, démosle un poco más de tiempo al profesor, no nos precipitemos.

—A ese respecto, tenemos un pequeño problema que quería comentarle. El juicio pendiente que tiene por ese asunto tan feo, el de la violación de su alumna, es el mes que viene. Si fuese condenado...

—Deje eso en mis manos. Usted infórmeme de cualquier avance en lo referente a los derechos sobre los libros, ya sabe que este tema es prioritario para mí. —Hizo una pausa—. Pilar, no lo olvide, quiero ese manuscrito sea como sea.

Colgó sin despedirse. La agente permaneció pensativa hasta que el zumbido del interfono la sacó de su abstracción.

—Señora Boluda, los hermanos Balan están aquí.

—Hágalos pasar.

Un minuto después apareció Nati, y tras ella la mastodóntica silueta del mayor de los Balan. Junto a él, insignificante, el cuerpo enjuto y articulado de su hermano menor lo observaba todo con sus ojos eléctricos. Pilar Boluda pensó que esta vez tenía enfrente a una mantis religiosa atildada con traje de predicador tejano vestido de domingo: americana negra entallada, camisa oscura abotonada hasta el cuello, pantalones pitillo, y, rematando, botas negras con puntera que parecían recién compradas en una tienda china.

—Puedes retirarte, Nati, y que nadie nos moleste.

Con un ademán, la representante literaria indicó a sus invitados que se sentaran. Se dirigió directamente al hermano menor, sabía que la mole que le acompañaba tenía un cerebro inversamente proporcional al tamaño de su cuerpo.

—¿Y bueno? ¿Cómo han resuelto el encargo que les hice?

—Mi querida señora Boluda, permita que consulte mis notas... —Pasaba las hojas de su libretita de camarero con rapidez—. Aquí está. La mansión de los Cifuentes en el barrio de Salamanca fue sin duda lo más complejo. Su sistema de alarma está muy actualizado: rayos láser perimetrales, volumetría y termodetección..., no fue nada fácil acceder. Y abrir la caja de seguridad nos llevó más tiempo del previsto...

Pilar Boluda perdió la paciencia.

—Señor Balan, si intenta justificar un aumento de tarifa, no pierda el tiempo: sabe que quien paga no va a escatimar dinero si el trabajo está bien hecho y hay resultados. Vaya directo al grano y no me haga perder el tiempo.

El mastodonte que había sentado en la otra silla confidente miró a la agente literaria y emitió un ligero gruñido.

—Bueno, bueno, no nos pongamos nerviosos... —Nicolae Balan cruzó las piernas de su cuerpo articulado a la vez que acariciaba el descomunal brazo de su hermano, intentándolo tranquilizar—. Si le digo la verdad, los resultados han sido decepcionantes. No hemos encontrado absolutamente nada, el manuscrito que nos pidió que buscásemos no ha aparecido por ningún lado. Le aseguro que no ahorramos esfuerzos, pero ni en la mansión de los Cifuentes, ni en el despacho del abogado, ni en las oficinas de Rodrigo Botet en Barcelona hemos encontrado el libro...

Sus pupilas globosas se clavaron en las de la anciana.

—Señora Boluda, *Dejad que los niños se acerquen a mí* es un secreto escondido dentro de un enigma y enterrado bajo un misterio.

La agente se quedó mirándolo muy seria. Sus ojos evidenciaban que por dentro la frustración, ayudada por el cáncer, estaba corroyéndola.

—Está bien. Váyanse.

—Siento no traer mejores noticias, pero...

—La reunión ha terminado. Lárguense.

El menor de los Balan habló compungido.

—Señora Boluda, un placer, como siempre.

Se guardó la libretita en el bolsillo y, tras ponerse en pie, estiró remilgado los faldones de su americana barata.

—Buenos días, ya sabe usted dónde encontrarnos si requiere de nuestros servicios.

Por toda respuesta la agente literaria hizo girar su butacón, dándoles la espalda a los hermanos Balan y enfrentando la vertiginosa vista de Madrid. Contemplar la ciudad desde las alturas le ayudaba a pensar, y Dios sabía bien que necesitaba pensar: aquella misión que le habían encomendado era la mejor manera de despedirse de este mundo con la conciencia tranquila. Pero si no se producía un milagro, iba a fracasar. Iba a fallar.

—Señora Boluda, qué despistado soy, casi se me olvida...

Sin duda, el Santo Padre Fundador había acudido en auxilio de la agente literaria, porque algo muy parecido a un milagro estaba a punto de producirse. Cuando de nuevo giró su butacón, frente a ella ya tenía esperándole la cara insectívora de Nicolae Balan.

—... casi me voy sin informarle de esto, esta cabeza mía... —El rumano sonreía cínico; obviamente, su memoria era excelente.

—Abrevie. De qué se trata.

—Pues tal y como usted nos ordenó, del palacete del barrio de Salamanca no nos llevamos nada durante el registro; a pesar de las preciosidades que hay allí dentro, lo dejamos todo tal y como lo encontramos..., pero yo soy muy profesional..., muy metódico.

—Al grano. No me haga perder el tiempo poniéndose medallas por no ser un vulgar ratero.

La mantis religiosa dibujó una sonrisa aviesa en su rostro, mientras se frotaba las zarpas de modo viscoso.

—Señora Boluda, en la inspección de la casa localicé un documento muy bien escondido, demasiado bien escondido, diría yo, lo cual evidenciaba su importancia... Consideré conveniente fotografiarlo y volver a dejarlo donde lo encontré, para que nadie sospechase nada. Creo que su lectura le resultará muy interesante.

Con aire solemne, sacó de uno de los bolsillos de su americana de predicador tejano un sobre, y lo dejó encima de la mesa. Sin decir más, giró sobre los tacones de sus botas rancheras y, ensombrecido por la silueta de su hermano, se zambulló en la biblioteca de incunables.

Cuando Bea se despertó, eran ya las cinco de la tarde. Estaba sola en la cama, Benjamín se había esfumado mientras ella dormía. Mucho mejor que ya no estuviese. Había sido un sexo increíble, muy instintivo y lleno de animalidad. Pero ahora ella se sentía mal. ¿Por qué había hecho aquello? En el teléfono móvil vio que había cuatro llamadas perdidas de su hermana Ana. Le envió un *whatsapp*: «Sorry x lo de la comida. Me he dormido en el móvil en silencio. Te llamo a la noxe».

Tendida desnuda sobre las sábanas, se quedó observando la orla de escayola antigua que bordeaba el techo de la habitación. En la mesita sonó el móvil.

«Joder...»

Era Víctor. Aún debía de andar por Barcelona. Le apetecía contestar, buscar cobijo, refugiarse en él para aclarar sus dudas... sobre él. Pero le fue imposible descolgar el teléfono, sabía que no hubiese podido disimular. Y sabía que buscando consuelo de un modo tan rastrero se hubiese sentido podrida por dentro. Aún más podrida por dentro.

Tras una docena de tonos, el aparato guardó de nuevo silencio. Bea necesitaba justificar lo que acababa de pasar. Necesitaba una excusa para no sentirse tan desamparada, tan confusa: no era la primera vez que engañaba a un hombre con otro

hombre, pero sí era la primera vez que se sentía así. Se levantó de la cama y salió al salón completamente desnuda. No notaba el frío, los remordimientos a flor de piel eran un abrigo natural lo suficientemente tupido. O quizás no fuesen remordimientos, quizás fuese la rabia por sentirlos.

A través de los ventanales, enfrentó la mirada pétrea de la diosa Minerva, sin encontrar consuelo alguno. Caminó hacia la mesa de trabajo de Hugo Mendoza y se sentó en el butacón. En un extremo seguían apilados los papeles manuscritos del escritor que Víctor había examinado semanas atrás. Eran anotaciones sin sentido aparente, frases desordenadas que conformaban las entretelas de la nueva novela en la que el escritor había estado trabajando antes de desaparecer. Bea empezó a ojearlas, intentando no pensar en las dudas que se le colaban por debajo de sus uñas hasta agujijonearle la carne. Como si el destino hubiese querido echarle un salvavidas, se fijó en una frase que, en medio de un folio atestado de anotaciones y tachaduras, destacaba por la pulcritud con la que había sido escrita.

*Cuando se trata de infidelidades, las mujeres solemos ser muy indulgentes con los hombres y muy severas con nosotras mismas. Los hombres funcionan al contrario, suelen ser muy indulgentes con ellos mismos y muy severos con sus mujeres. Ya va siendo hora de que esto empiece a cambiar.*

Sin duda, se trataba de una frase que el escritor pensaba poner en boca de algún personaje femenino de la novela. Bea la leyó un par de veces buscando consuelo, pero a pesar de intentar por todos los medios agarrarse al milagroso salvavidas en forma de papel que el destino le había arrojado, no logró encontrar ningún alivio.

## OTOÑO

El hombre amarillo observaba sus dedos largos y huesudos moverse deprisa sobre el ordenador. Aunque tecleaba con rapidez, cada palabra que escribía estaba muy meditada, no era fácil a su edad hacerse pasar por una cría de primaria. Al otro lado del chat, un niño de siete años, cuyo *nick* era *Spiderman*, respondía al instante a cada uno de sus comentarios. Solo unos padres irresponsables, pensó el hombre amarillo, podían permitir que un renacuajo de esa edad estuviese en su cuarto solo frente al ordenador sin la supervisión de un adulto, especialmente a esas horas de la noche: las horas en las que los lobos salían a cazar.

[LunaRosa. Envíame una foto tuya]

[Spiderman. ¿Para qué?]

[LunaRosa. Quiero saber si eres guapo]

[Spiderman. Y tú, ¿eres guapa?]

[LunaRosa. Mis amigas dicen que me parezco a Hanna Montana]

[Spiderman. Ya te vale]

[LunaRosa. Si te pones borde, cierro]

[Spiderman. Que no, no te enfades, era broma]

[LunaRosa. Bueno, ¿me envías la foto o qué?]

[Spiderman. No sé, me da un poco de vergüenza]

[LunaRosa. ¿Por qué? No se la voy a enseñar a nadie]

[Spiderman. Envíame primero una tuya]

En escasos segundos apareció cargado en el ordenador el pequeño archivo.

[LunaRosa. ¿A que me parezco a Hanna Montana? Te toca a ti]

El hombre empezó a excitarse y no tardó en hiperventilar. Con el dedo índice tembloroso por culpa de la ansiedad, no atinaba a picar dos veces con el ratón sobre el icono del archivo para poder abrirlo. Al final acertó. Mientras esperaba a que apareciese la imagen, pensó con emoción que la cacería iba a ser un éxito.

—Mi mujer a veces es una verdadera inútil.

Antonio Santamaría había pronunciado aquellas palabras con rictus desdeñoso. Se levantó de su butacón para dirigirse, cojeando ligeramente, hacia el mueble-bar que había junto al ventanal.

—¿Quiere tomar algo? —El tono era como su físico, atlético y hostil—. Después de lo que me acaba de contar, necesito un vodka.

—No, gracias, no quiero nada. —Víctor se removía incómodo en su silla—. Y tampoco quiero que se preocupe. Mi misión es tan solo averiguar de dónde vienen los manuscritos, el secreto sobre su origen anónimo sigue tan bien guardado como lo estaba antes...

—Y una mierda. Un secreto que se expande deja de ser un secreto. Quién le mandaba a esa loca abrir la boca... Cuando me contó la chorrada esa de la biografía

de Mendoza, ya me olí algo raro.

Se sentó de nuevo con la copa en la mano y enfiló con un dedo acusador a Víctor: con esa pose, Antonio Santamaría era el vivo retrato de Mario Conde recién llegado a Banesto.

—Le advierto que, como se vaya de la lengua, se arrepentirá.

Ante la abierta amenaza, a Víctor el cuerpo le pidió batalla: topetar contra aquel tipo con traje caro y cabellos untados de fijador. Pero el enfrentamiento no hubiese sido una estrategia inteligente.

—Ya se lo he dicho, Antonio, no tiene nada de qué preocuparse.

—¿Qué ha averiguado hasta ahora? —Hablaba destemplado.

—Bueno, no demasiado...

—Al grano. Si quiere que le cuente, cuénteme usted primero.

Víctor decidió ser prudente. Sabía que Ana no le había confesado nada a su marido sobre la posibilidad de que Hugo Mendoza siguiese vivo, y él no iba a destapar esa parte del pastel.

—Poca cosa. He estado hablando con su suegro, Gabriel, y con el marinero con el que Hugo estuvo viviendo en Denia antes de conocer a su mujer... —Advirtió que el posesivo *su* resultaba ambiguo—. Bueno, me refiero a Ana, que entonces era su mujer y ahora...

—No se preocupe, le he entendido. Tengo la autoestima muy sólida, no me importa ser el segundo marido de mi esposa. El primero está criando malvas hace tiempo, no le envidio en absoluto.

Hablaba con tal jactancia, que a Víctor le dio la impresión de que Antonio Santamaría pronunciaba esas palabras intentando convencerse más a sí mismo que a su interlocutor.

—Como le decía, tan solo he hablado con esas dos personas y no me han dicho gran cosa. La investigación está aún empezando.

—Pues no sé lo que Ana estará pagándole, la muy terca se negó a decírmelo, pero, con esos resultados, estoy seguro de que es demasiado.

Esbozó una sonrisa ácida, que diluyó en un trago de vodka. Víctor decidió no entrar al trapo.

—Antonio, ¿no le preocupa que se acerque diciembre y el manuscrito de *Dejad que los niños se acerquen a mí* no llegue a tiempo? Prometieron a sus lectores sacarlo para la campaña de Navidad y...

—No me preocupa en absoluto. Nuestro... *benefactor*, llamémosle así, suele apurar los plazos. Sencillamente espera al 3 de diciembre para enviarnos el material, y no me pregunte por qué elige esa fecha, porque no tengo ni la más remota idea de cuál es la razón. Pero nuestra obligación es confiar en él y tenerlo todo preparado para que en veinte días el libro esté en la calle.

—¿Y si esta vez no llegara el manuscrito? ¿No le asusta esa posibilidad?

Antonio Santamaría dejó el vaso sobre la mesa y, retador, atravesó a Víctor con



sus ojos vigorosos.

—Y a usted, ¿no le asusta la situación que se le viene encima, con un juicio en el que se le acusa de la violación de una alumna?

Al profesor el comentario le pilló fuera de juego. Su interlocutor advirtió de inmediato su sorpresa.

—No pensaré que es usted aquí el único que investiga. Ya le he dicho que mi mujer está un poco loca, si no velara yo por sus intereses... En cuanto me dijo que iba usted a entrevistarnos a todos, quise saber quién era, y le confieso que no me hace ninguna gracia su currículum. Prefiero dejar las cosas claras: si no es porque Ana se ha empeñado, usted no estaría ahora en este despacho. Si por mí fuera, ni le hubiese recibido ni cobraría un céntimo de esta familia, creo que se está aprovechando de la incapacidad de mi esposa para olvidar.

Sentado altivo en su butacón, parecía un mariscal de campo contemplando impasible a sus tropas desde lo alto del caballo. Víctor, viéndole, recordó de modo instintivo lo que su madre le había enseñado siendo él casi un crío: qué ridícula es la gente con tantas certezas. Y qué débil. Decidió contraatacar, ya estaba cansado de tanta sumisión.

—Señor Santamaría, ¿para olvidar *qué*? ¿O a *quién*? ¿Acaso cree que *su esposa* es incapaz de olvidar a Hugo Mendoza?

El puyazo alcanzó de lleno su objetivo. El rostro enjuto de Antonio Santamaría enrojeció de ira. Debió de apercibirse de ello e interpretarlo como un signo de debilidad, porque su tono fue comedido.

—Ana Cifuentes es ahora mi mujer, que no se le olvide. Y no vaya por ese camino, ya le dije que tengo una autoestima muy sólida.

—Es la segunda vez en dos minutos que me habla de su *sólida autoestima*. — Víctor le sostenía la mirada—. Mire, cuando alguien repite tres veces sin venir a cuento en una conversación lo feliz que es en su matrimonio, siempre pienso que su matrimonio es una mierda, ¿y sabe una cosa? Creo que con su estupenda autoestima me pasa lo mismo que con la felicidad matrimonial..., todo fachada.

Antonio Santamaría encajó el croché sin inmutarse.

—Señor Vega, ¿qué le hace pensar que me importan lo más mínimo sus opiniones sobre mí? En vez de vomitarlas, guárdelas para usted.

Se miraron acuchillándose el uno al otro a través de la magnífica mesa escritorio. Víctor, tras haberle dejado claro a su interlocutor que no estaba hablando con un imbécil, decidió que era momento de destrabar las cornamentas: seguir orinando testosterona pura para marcar el territorio no era sensato ni práctico.

—Bueno, nos hemos desviado de la cuestión. Le preguntaba, Antonio, si no le da miedo que el manuscrito no llegue en la fecha prevista.

—Ya le he dicho que no. —Con sequedad, le dio un sorbo a su copa—. Aún estamos en octubre, no vale la pena ponerse nervioso, estoy seguro de que el libro nos llegará el 3 de diciembre. Además, como dicen los americanos, yo confío en Dios,

pero cierro el coche por las noches.

—¿Qué quiere decir?

—Pues que, naturalmente, hay un plan B, nos jugamos mucho dinero. —Alzó el mentón—. Desde hace dos meses, tengo listo un libro que lleva el mismo título y que imita el estilo Hugo Mendoza. Lo ha escrito un negro, ya sabe, un escritor a sueldo que no consta en ninguna parte.

—Sé..., sé lo que es un negro, pero... no puedo... ¿¿Ha contratado a uno para que le escriba *Dejad que los niños se acerquen a mí*?!

—No ponga esa cara, la mitad de los libros que se venden en este país no los ha escrito quien los firma, sino negros a sueldo. Además, el manuscrito llegará, puede estar seguro. Tan solo se lo he contado para ver si consigue meterle en la cabeza a *mi señora esposa* que no tiene nada por lo que preocuparse..., está paranoica perdida.

—¿Qué opina Botet de ese... *plan B*? —Víctor seguía anonadado.

—¿Conoce usted a Rodrigo? No me había dicho que también se había entrevistado con él.

—Debe de haberseme olvidado.

Ahora era Víctor el que esbozaba una media sonrisa irónica.

—Pues si conoce a Botet, sabrá que es un pobre diablo incapaz de darse cuenta de que su época ya pasó. Él piensa que el manuscrito escrito por el negro es una basura que destrozaría la reputación de Hugo Mendoza. Se niega a publicarlo... —Asqueó el rostro—. El pobre idiota cree que su opinión pinta algo... Hará lo que yo diga.

—Bueno... —Víctor decidió bajarle de nuevo los humos—, en realidad hará lo que Ana diga, ella es quien tiene los derechos sobre la obra de Hugo.

Antonio Santamaría disimuló con una sonrisa postiza su rabia. Pero sus ojos de acero le traicionaron cuando su propietario los entornó como si estuviese amartillando un revólver.

—Exactamente, así es. Pero mi mujer, como buena esposa, se deja aconsejar por mí. —Pronunció muy lentamente esas últimas palabras, llenándolas de una serenidad ficticia—. En cualquier caso, estamos hablando de un sinsentido, el manuscrito llegará el 3 de diciembre, estoy seguro. Y ahórrese la pregunta de si puedo imaginar quién envía esos libros misteriosos. Escúcheme bien: no-ten-go-ni-i-de-a. Y escuche esto también: pe-ro-me-im-por-ta-u-na-mier-da.

Víctor no podía entender que una mujer como Ana se hubiese fijado en un hombre así: Antonio Santamaría no era un cretino, sino la parodia de un cretino, lo cual le volvía más siniestro al evidenciar que él era plenamente consciente de su podredumbre moral. Siguió hablando con su eterno tono jactancioso.

—El idiota que envía los libros sin pedir nada a cambio puede hacer lo que le venga en gana, yo legalmente tengo el asunto bien atado. El manuscrito de *Dejad que los niños se acerquen a mí* llegará, y eso es lo único que a mí me importa.

—Esperemos que así sea. —Sin duda, Bea se había quedado corta cuando le advirtió de lo desagradable que podía llegar a ser su cuñado—. Otra cuestión,

¿conoce usted a Pilar Boluda?

Si a Antonio Santamaría le había sorprendido la pregunta, no lo demostró en modo alguno.

—Por supuesto, todo el mundo que es alguien en este negocio la conoce. —Hinchó orgulloso su pecho de gimnasta—. He comido con ella un par de veces en los últimos meses, está empeñada en comprar los derechos de la obra de Hugo.

—¿Y a usted que le parece su empeño?

—Desde un punto de vista económico, lo veo claro. Ha ofrecido cantidades que están fuera de mercado, incluso considerando el nivel de ventas de Mendoza. Para ella, según dice, es un tema de orgullo profesional y todas esas zarandajas, y por eso está dispuesta a pagar el oro y el moro. Pero la inútil de mi mujer dice que no cede los derechos a nadie, y que el editor es y será Botet. Y no hay manera de sacarla de ahí.

—Vaya, creía que era una *buena esposa* y se dejaba aconsejar por su marido.

—Si la conoce un poco, sabrá que puede llegar a ser muy terca.

Víctor decidió cambiar de tercio aprovechando que su anfitrión se había levantado a ponerse otra copa.

—Veo que le gusta el *squash*. —Señaló con la barbilla una pared repleta de trofeos—. Un día de estos podríamos echar una partidita.

Antonio Santamaría respondió a la propuesta en el mismo tono sarcástico con el que esta había sido formulada.

—Sí, tal vez. Y después, bien sudados, podríamos besarnos bajo la ducha antes de ir a su pisito a pegar un revolcón. ¿Usted qué es? ¿Soplanucas o muerdealmohadas?

El abogado regresó hacia su butacón cargado con un poco de vodka en la mano y mucho desprecio en el rostro.

—Señor Vega —tras sentarse, se dio dos fuertes palmadas en el muslo derecho—, en primer lugar, ni usted me soporta a mí ni yo le soporto a usted, y en segundo lugar, esta pierna desde hace más de dos años la tengo inútil, ya no juego al *squash*.

—¿Qué le pasó?

—Un accidente de coche. Se jodieron los frenos y... prefiero no acordarme. El Mercedes estaba recién comprado y a la mierda, siniestro total.

—¿Se le rompieron los frenos de un Mercedes nuevo?

—Sí, la verdad es que debe de pasarle a uno de entre un millón, y me tocó a mí. No puede imaginarse la sensación de impotencia que se siente a ciento cincuenta por hora cuando aprietas el freno y está completamente blando...

Víctor sí podía imaginárselo, pero no hizo ningún comentario al respecto. Se había quedado petrificado. Enlazó ideas en su cabeza.

—Por suerte, a usted no le pasó casi nada, y el seguro se haría cargo...

—Sí, Mapfre se portó bien, y lo de la pierna dentro de lo que cabe es lo mínimo que me podía haber pasado... —Por primera vez a lo largo de la conversación, Víctor percibió algo de compasión en los ojos de Antonio Santamaría—, pero Ana estaba

embarazada, y con el estrés y la tensión... Yo estuve dos semanas en la UVI y ella perdió el bebé.

Pareció darse cuenta de que estaba mostrando dolor, y como buen acomplejado, lo asoció con debilidad. Se asustó instintivamente.

—Bueno, señor Vega, ha sido un placer conocerle, pero espero que entienda que tengo mucho trabajo.

—Solo una cosa más.

—Dígame —Antonio Santamaría suspiró impaciente.

—¿Qué piensa usted de Hugo Mendoza? Ya sé que no le conoció personalmente, pero me interesaría saber su opinión.

La pregunta pareció sorprenderle. Suavizó el rostro y se quedó pensativo durante unos segundos antes de hablar.

—Señor Vega, ¿conoce el baobab?

—Bueno... —El profesor no se esperaba aquella extraña respuesta en forma de pregunta—, creo que es un árbol africano.

—En efecto, es el mayor árbol de la sabana africana. El perímetro de su tronco puede llegar a medir cuarenta metros, y con sus frutos carnosos y su follaje se alimentan tribus enteras de negritos y manadas de elefantes hambrientos.

Víctor no sabía dónde quería ir a parar Antonio Santamaría. Este hinchó de nuevo el pecho, encantado de ser escuchado con atención. Tras acariciar su corbata Hermès, siguió hablando, sin imaginar la pregunta que cruzaba en aquellos instantes por la mente del profesor: ¿es posible ser elegante vistiendo ropa impecable y eligiendo con esmero el vino, cuando a la vez nadas en la inmundicia moral?

—No sé si lo sabe, señor Vega, pero el nombre científico del baobab es *Adansonia digitata*. La primera parte del nombre viene de Michel Adanson, el primer occidental que lo describió a mediados del XVIII. La segunda parte del nombre se inspira en la palabra latina para designar una mano con dedos. Y es que entre los bosquimanos se dice que los baobabs son gigantescas manos que surgen de las entrañas de la tierra para coger lo que es suyo. En efecto, si observa la silueta de un baobab al atardecer, no es difícil imaginarse que su tronco es una gruesa muñeca y sus ramas son dedos corpulentos intentando agarrar el aire. Pero los bosquimanos se ríen de los baobabs; a pesar de que son un pueblo muy supersticioso, no los temen en absoluto. Dicen que aunque los baobabs sean gigantes y podrían destrozar a una manada entera de elefantes, en realidad son manos sin ojos, y, por tanto, inútiles. Todo el mundo vive de ellos, y aunque han surgido de las entrañas de la tierra para coger lo que es suyo, son árboles tontos que no hacen otra cosa que alimentar a todos sin recibir nada a cambio. Los indígenas les arrancan la corteza a tiras para hacer cuerdas, utilizan su tronco como un gran tonel para almacenar miles de litros de agua, roban sus frutos para preparar una limonada muy rica, y con las hojas dan de comer a sus cabras. Pero los baobabs no solo alimentan sus estómagos, también alimentan sus espíritus: alrededor de sus enormes troncos, en las noches de plenilunio, se baila la

danza del fuego de los bosquimanos, que está catalogada como la ceremonia ritual más antigua de la humanidad. Fueron precisamente antepasados de los bosquimanos los que abandonaron hace cien mil años África para poblar el mundo... quién sabe si tras bailar esa misma danza ritual. Y la conclusión de todo esto es que los baobabs, que surgen de las desconocidas entrañas de la tierra, acaban muriendo sin piel, porque se la han arrancado, sin hojas, sin frutos... y pasan el resto de su existencia siendo cadáveres que se limitan a agarrar el aire con sus dedos muertos. Cadáveres que, incluso ya sin vida, siguen siendo utilizados por todos, que se refugian en sus enormes sombras cuando el sol aprieta...

Se incorporó en su butacón para apoyarse con los antebrazos en la mesa, mirando amenazadoramente a Víctor.

—... y eso es lo que pienso de Hugo Mendoza. Es un pobre y patético baobab, que vino nadie sabe de dónde, con tanto arte en el cuerpo que hubiese podido comerse el mundo. Pero su triste final fue el de los baobabs, murió asustado porque no estaba preparado para enfrentarse a la vida. No tenía ojos, ni capacidad para ver la realidad que le envolvía. Todos le utilizaron y le utilizamos. Todos vivimos de él, incluso después de muerto. Yo, al menos, lo reconozco; otros en esta familia, no. Seguimos comiéndonos sus frutos y refugiándonos en su sombra poderosa. A mí me trae sin cuidado de dónde vino, si de las entrañas de la tierra o del mismísimo infierno, pienso que fue un personaje patético, tan patético como los tristes baobabs.

Paloma se devanaba los sesos tumbada en su cama y rodeada de papeles, mientras Santa Tecla, frente al ordenador, pasaba el rosario a la vez que mantenía tres partidas simultáneas de póquer. El ejercicio que la religiosa le había encargado a su compañera de cuarto no era sencillo. Se trataba de dilucidar el porqué de la estrategia seguida por el gran maestro Daniel Wharton en una partida jugada en Atlantic City en 1997, cuando Temper Poker era todavía un desconocido. El genio de las cartas se encontraba jugando en la posición de *big blind* y tan solo tenía J-Q, con un *flop* sobre la mesa 10-K-3. El jugador que estaba en *cut-off* tenía un *stack* de 45.000 fichas y lanzó un *raise* de 9.500. El *stack* de Wharton era tan solo de 10.000 fichas, pero el campeón, en lugar de retirarse, fue a por la escalera. Paloma había calculado que el *odd* al que se enfrentaba Wharton era de 5 a 1. Tan baja probabilidad de éxito hacía inexplicable la decisión del campeón, que prácticamente se quedaba sin *stack*. Sin embargo, Temper Poker salió triunfador, como Paloma había comprobado que solía pasar tras revisar cientos de partidas del gran maestro: la capacidad de análisis in situ del jugador canadiense estaba a años luz de la de sus oponentes. Wharton era impresionante. Paloma estaba convencida de que si se hubiese dedicado a la investigación en física teórica o en matemática pura, seguramente ya sería candidato al premio Nobel. El sonido del i-Phone interrumpió sus cavilaciones.

—Dime, figura.

—Pam, necesito que te pongas en marcha ya.

—¿Qué quiere esta vez el señorito?

—Anota este nombre, Antonio Santamaría. Hace dos años y pico tuvo un accidente de coche grave, conducía un Mercedes. Seguramente de la gama más alta. Tras el accidente, el coche quedó hecho cisco, siniestro total. La aseguradora era Mapfre, quiero que me averigües a qué desguace le vendió los restos del coche, ¿podrás hacerlo?

—Pues espera y ahora te lo digo, tengo a la interfecta aquí a mi lado. —Apartó el i-Phone de su oreja y giró la cabeza hacia el escritorio—. ¡¡¡Chota reeeeeeeeeeeeeeeeeecia!!!

Santa Tecla saltó de su silla, asustada ante el grito.

—Paloma, no soy una cabra, no me llames como si...

—Oye, deja de murmurar entre dientes y escúchame, luego sigues con el rosario, ¿crees que podrías meterte en la base de datos de Mapfre? Es para averiguarle una cosilla a nuestro profe preferido, ese que me dijiste anoche que te pone *toa* bizarrona al imaginártelo en la playa untándote cremita por el cuerpo...

—¡Por Dios bendito, Paloma! ¡Tanta mentira te llevará de cabeza al infierno, sin pasar siquiera por el purgatorio! —La joven novicia, escandalizada, se santiguaba con la rapidez del rayo—. Qué pensará ese pobre chico si te está oyendo, Dios bendito, Dios bendito..., aclárale de inmediato que es una de tus bromas pesadas.

—Bueno, ¿qué le digo al guapetón que te trae loca? Te advierto que a los hombres se les conquista o con una buena comida... o con una buena comida. —Rio estrepitosamente—. Y tú eres vegana y monja, con lo que cocinar, poquito, y relamer carne en barra, me da a mí en la nariz que tampoco es lo tuyo: deberías hacerle el favor a Vic si quieres ligártelo.

—Pero, pero... —Santa Tecla, de nuevo escandalizada, volvía a persignarse—. ¡Paloma! ¡Me pides que cometa una ilegalidad!

—¡Señores y señoras, pasen y vean! ¡Concurso de obviedades! Ganadora... —Simuló un redoble de tambor—. ¡¡La monja con tanga de leopardo!! Bueno, que se hace tarde, ¿le digo a Vic que sí o que no?

La religiosa, cabizbaja, acabó asintiendo en silencio.

—Vic, dice que sí puede hacerlo, y que a ver cuándo la invitas a cenar. Es que la tienes *atrapá* a la pobre... Pero, dime, ¿para qué quieres saber lo del Mercedes y el desguace? ¿Quién es el tal Antonio Santamaría?

—Es el marido de Ana Cifuentes, pero a ella ni una palabra de esto. Tú límitate a llamarme en cuanto Santa consiga la información.

—Sí, señorita Escarlata, *usté* tranquila, que nosotras cuidamos de *to* aquí en la plantación, en cuanto *acabemo* de *recogé* el algodón...

Víctor no pudo escuchar la broma de Paloma, que con gran habilidad simulaba la voz de una esclava sureña. Había oído la señal acústica con la que su i-Phone le avisaba de que un nuevo *whatsapp* había entrado: al leerlo, se quedó lívido y le colgó a su amiga, dejándola con la palabra en la boca.

En cuanto abrió la puerta de la buhardilla, Víctor percibió un delicado aroma a café recién hecho. Dentro, Bea, en *shorts* y camiseta de tirantes, sostenía con ambas manos una taza mientras observaba la Gran Vía con la frente apoyada sobre el cristal de uno de los ventanales.

—Bea, no te vas a creer el *whatsapp* que acabo de recibir.

Ella se giró sonriéndole, pero no dijo nada.

—Ven... —Se desplomó sobre el sofá—. Léelo tú misma.

Tras sentarse junto a él, leyó en voz alta:

—«Víctor, caso cerrado. El putón de tu alumna ha retirado la denuncia. No habrá juicio. En unos días te ingresarán la pasta de la fianza. Felicidades, cabrón. A partir de ahora, mantén la bragueta cerrada en la universidad. Te quiere y respeta, pero no te la piensa chupar, tu amigo Benito.»

—No entiendo nada, Bea. He llamado a Beni y me ha dicho que esa zorra retiró la denuncia sin más explicaciones. Según él, podemos demandarla por falsas acusaciones y por mancillar mi honor, pero me aconseja que me olvide de todo. Serían tres o cuatro años de pleitos para, con suerte, acabar sacando una miseria de indemnización.

—Son buenas noticias. —Seguía seria y pensativa—. Ya no habrá juicio y no irás a la cárcel.

—Sí, eso sí..., pero no soporto no entender la razón de ser de las cosas. Desde el principio esta denuncia no tenía ni pies ni cabeza. Siempre me ha dado la sensación de que el objetivo de Jessica era denunciarme, le traía sin cuidado aprobar la asignatura. Su examen fue una mierda, era imposible hacerlo peor. Sus insinuaciones sexuales fueron siempre tan obvias... Algo no cuadra en todo este asunto.

—¿Como si pretendiese tenderte una trampa para hacerse famosa y forrarse con la historia?

—Más o menos... Y ahora, poco antes del juicio y con muchas expectativas de ganarlo y que a mí me jodan bien jodido, retira la denuncia. No tiene ningún sentido.

Bea le escuchaba atentamente sin saber muy bien qué decir.

—Tengo que aclarar esto.

—¿Y cómo piensas hacerlo?

—Mañana me voy a Valencia. Por las buenas o por las malas, Jessica me va a contar qué ha pasado.

—Víctor, ten cuidado. Ahora que te has librado del juicio, no vayas a cagarla.

—No te preocupes, está todo controlado. ¿Te vienes conmigo? Podríamos ir a la playa, en un par de semanas ya hará demasiado frío. —Él, mientras hablaba, le tomó la barbilla con suavidad y acercó los labios, pero Bea se levantó bruscamente esquivando el beso.

—No puedo, le prometí a Berto que mañana iríamos al cine. Me voy a la ducha, quería pasar por casa para darle la cena.

Se escabulló en dirección a la habitación. Entró en el baño-cocina y empezó a

desnudarse. Unos segundos después Víctor estaba apoyado contra el marco de la puerta.

—Bea, ¿pasa algo? Desde que volví de Barcelona te noto..., te noto rara.

Ella se siguió desnudando sin atreverse a mirarle a la cara.

—No me pasa nada. Son imaginaciones tuyas.

Se precipitó sobre el plato de ducha, corrió la cortina y abrió el agua con fuerza, intentando así evitar la mirada de Víctor.

—¿Te apetece que vayamos a cenar a algún lado?

Con la protección de la cortina, y estremecida por el agua fría, escuchaba a Víctor en sordina.

—Así te cuento la conversación que he tenido con tu cuñado. Me ha contado cosas muy interesantes.

Ella alzó la voz para cargarse de aplomo.

—Vale, me apetece japonés, ¿nos vemos en el Kabuki a las diez?

—Perfecto, en el Kabuki a las diez. *Ciao*.

Bea notó que su tono se había vuelto seco. En cuanto escuchó cerrarse la puerta, dio rienda suelta a todas sus dudas y dejó que se escurriesen por el sumidero en forma de lágrimas.

Después de que Víctor saliera del despacho de Antonio Santamaría suspiró aliviado. Con los ojos cerrados y recostado en su butacón, saboreó el vodka con deleitación mientras reflexionaba sobre tan extraño encuentro. Aquel profesorcillo había conseguido ponerle nervioso: si el 3 de diciembre no llegaba el dichoso manuscrito, podía tener problemas. Aunque jamás le daría la razón públicamente a Rodrigo Botet, lo cierto era que el negro había hecho un trabajo encomiable, pero ni de lejos se acercaba a la calidad literaria de Hugo Mendoza. En el hipotético caso de que el 3 de diciembre no llegase el libro y él se viera obligado a publicar al falso Mendoza, el descrédito para el escritor sería automático: los críticos lo acribillarían, y tal vez acabarían para siempre con la gallina de los huevos de oro.

—Señor Santamaría, tiene una llamada por su línea privada.

—¿Quién es?

—Pues... la verdad es que se ha negado a darme su nombre. Solo me ha dicho que es muy importante hablar con usted. «De vital importancia» han sido sus palabras exactas. Es una voz muy extraña...

Antonio Santamaría se incorporó en su butacón.

—Está bien, María. —Estaba intrigado—. Páseme la llamada.

Al instante sonó el teléfono de su despacho.

—Sí, dígame.

—¿El señor Santamaría?

—El mismo, ¿con quién hablo?

—Eso no tiene importancia. Le llamó para hablar de negocios. —La voz sonaba



maquinal, mecánica.

—No hablo de negocios con desconocidos que no dan la cara ni se identifican. Usted sabe quién soy yo, así es que lo mejor que puede hacer es decirme cuanto antes quién es usted o esta conversación se ha acabado.

—Como quiera. Es una lástima que no podamos seguir hablando, porque tenía entendido que estaba usted interesado en un manuscrito. *Dejad que los niños se acerquen a mí*, me parece que era el título.

El abogado se puso en pie y de un trago remató el vaso de vodka, tragándose el licor y su orgullo. Sin duda, la voz de su interlocutor estaba siendo distorsionada mediante algún sistema electrónico para hacer imposible su identificación.

—Está bien..., usted dirá.

—Hasta ahora he sido muy generoso, he propiciado que mucha gente se haga rica a mi costa sin recibir nada a cambio. Estará de acuerdo conmigo en que esta situación es algo injusta.

—¿Y qué es lo que plantea?

—Una condición, y usted no va a tener ningún problema en cumplirla: un millón de euros, en billetes de cincuenta, ni nuevos ni con numeraciones consecutivas.

El abogado tragó saliva.

—¿Y a cambio qué voy a recibir yo?

—A cambio, le entregaré el manuscrito de *Dejad que los niños se acerquen a mí*, incluso antes del plazo habitual. Creo que está ansioso por poner las rotativas en marcha.

El cerebro de Antonio Santamaría rebullía. Los escapes de información habían sido mínimos, nadie sabía nada sobre los manuscritos a excepción de Ana, Bea, Botet..., y ahora Víctor Vega.

—¿Cómo sé que tiene usted ese manuscrito? ¿Que no es un farsante?

—Tendrá que confiar en mí. Si le sirve de prueba, le diré que hasta ahora les he enviado los libros en una caja de zapatos Camper, con matasellos de Madrid, el 3 de diciembre, en hojas sueltas. A excepción de usted, Ana, su hermana Bea, Botet, y ahora ese imbécil de Víctor Vega, nadie más conoce esta información. Nadie excepto yo, que soy quien envía los manuscritos.

A Antonio le sudaban las manos. Por más que se esforzaba, no era capaz de reconocer aquella voz de ordenador.

—¿Qué tengo que hacer?

—Meta el dinero en una mochila. Solo el dinero. Nos veremos pasado mañana a las nueve de la noche en la dirección que le voy a dar. Vaya solo y, muy importante, nada de jugar a héroes. No me gustan los que se pasan de listos. Si inmiscuyen a la Policía o a algún detective, o mete en la mochila algún localizador, me enteraré, y le aseguro que tiene usted mucho más que perder que yo. El que siga proporcionándoles libros depende de que me tengan contento, ¿estamos de acuerdo?

La voz distorsionada era completamente inexpresiva, no traslucía emoción

alguna.

—Estamos de acuerdo. Dígame la dirección donde quiere...

Antonio Santamaría anotó con cuidado el lugar exacto y al instante la comunicación se cortó.

Bea le dio un beso a su hijo y cerró la puerta del cuarto con cuidado para no hacer ruido. Bajó las escaleras y se dirigió a la biblioteca, donde su hermana Ana leía un libro con una copa de jerez en la mano.

—Se ha dormido en un periquete.

—Normal, el primer día de colegio agota a todos los niños.

—Es ya tarde, ¿dónde está Antonio?

Ana cerró el libro antes de responder.

—Pues no lo sé..., debe de andar por ahí.

—¿Por... ahí? —El tono de Bea era incrédulo—. ¿Qué ha pasado, Ana?

—Desde hace tres días no he cruzado con él ni una palabra..., discutimos, y desde entonces, cuando sale de trabajar, se va a cenar por ahí y llega a casa ya de madrugada, oliendo a vodka, y se mete en la cama sin decirme ni mu.

Bea se sentó junto a su hermana en el sofá chéster. Intentaba mostrarse serena, pero su aplomo era a todas luces quebradizo.

—¿Por qué discutisteis? ¿Te apetece hablar de ello?

—¿Por qué vamos a discutir? Por lo de siempre. Él quiere que iniciemos el tratamiento ya, para lo del niño..., y yo no sé qué hacer. Pero no me apetece hablar de ello, me estoy volviendo un poco cansina con el temita. Oye. —Se quedó observando los ojos de su hermana—. ¿Has estado llorando? Tienes los párpados hinchados.

Bea no pudo resistirlo más y lo soltó a bocajarro, como si arrancase un esparadrapo y quisiese sufrir poco tiempo pero intensamente.

—La semana pasada me acosté con otro.

—¡Pero, Bea! —El rostro crispado de Ana poco a poco se le fue suavizando al ver a su hermana tan disgustada—. ¿Con quién te acostaste?

—Eso da igual. Con un tipo que me importa una mierda..., no sé por qué lo hice, soy gilipollas, todo lo que toco lo cago...

Se sentía culpable, y rabiosa por sentirse culpable: esa no era su actitud en las relaciones. En teoría, esa no era su manera de ser, Bea Cifuentes no lloraba si metía la pata con un hombre.

—No digas idioteces, Bea. ¿Víctor lo sabe?

—No.

—Mejor, ni se te ocurra contárselo.

—¿Ana?!

—¿Ana qué?

¿Qué demonios le pasaba? Aquellas lágrimas le hacían sentirse ajena a sí misma, como si habitase una nueva vida, una nueva piel a cuyas hechuras todavía no se había

acostumbrado.

—Hace días que no puedo ni comer por culpa de todo esto... Nunca me había sentido así... No me reconozco a mí misma... Si no se lo cuento, voy a reventar. Ahora he quedado con él en el Kabuki para explicárselo todo.

—Mira, hermanita, ya va siendo hora de que asumas responsabilidades y apechugues tú, y solo tú, con las decisiones que tomas.

Ana había hablado muy seria.

—Exacto, por eso se lo quiero contar. Y si me manda a la mierda, que lo haga, me lo merezco...

—Muy bonito: a eso yo lo llamo huir.

—No... —Bea estaba confundida—, no te entiendo, Ana.

—¿Le quieres? ¿Estás enamorada de Víctor? Y antes de responder, ten claro que no debes confundir la culpabilidad que sientes con amor.

Bea se quedó pensativa durante unos segundos.

—Ana, aún no lo sé... y te aseguro que no intento escabullirme de la pregunta.

Su hermana respondió contundente.

—Pues, mientras lo averiguas, que le cuentes a Víctor lo que has hecho no beneficia a nadie. Excepto a ti, ya que te permite relajarte y seguir huyendo del compromiso.

Bea tragó saliva y cogió la copa de jerez que su hermana había dejado sobre la mesa de café.

—¿Qué quieres decir? Explícate.

—No te hagas la tonta: te acostaste con ese tipo que no te importa nada para sentirte libre de nuevo. Estás asustada porque por primera vez en tu vida alguien te ha atrapado sentimentalmente, y tu reacción fue la de un animalito en una jaula, que muerde cualquier mano que se le acerca, ya sea amiga o enemiga. Muy bien, fue un error. Ahora apechuga con ese error y no le cuentes nada a Víctor, trágatele tú solita, ya que eres la única responsable. Contándoselo conseguirías lo que inconscientemente estás deseando: huir del compromiso, romper con todo. Y vuelta a empezar de cero.

Ana dejó macerar sus palabras en la conciencia de su hermana antes de continuar. Durante esa maceración, Bea se dio cuenta de que reaccionar a la defensiva estaba descartado: su hermana era una analista del alma demasiado fina.

—Te sugiero que crezcas de una vez y sencillamente aprendas la lección: toma el camino difícil, cuida a la gente que quieres e invierte en ella. En una palabra, madura.

—Pero, Ana, si Víctor y yo acabáramos juntos..., yo no podría vivir con ello.

—Tú tal vez no puedas vivir con ello, pero Víctor sí. Ya que tú rompiste la bicicleta, paga tú la factura de la reparación.

—Pero...

Ana la cortó, con un tono autoritario poco habitual en ella.

—Te lo pasaste bien, ¿verdad? Fue un sexo emocionante, lleno de morbo... ¿Y

sabes por qué? Pues porque te hizo sentir engañosamente libre. —Enfatizó las dos últimas palabras con cierta saña—. Ahora te hago una pregunta, ¿cómo crees que hubiese sido ese sexo si no estuviese ahí Víctor? ¿Si él no existiese? Yo te lo diré: hubiese sido sórdido, la nada, sexo vacío..., como la vida a la que te encaminas haciendo esas cosas.

Su solemnidad estaba mezclada con enfado.

—Aunque te parezca una barbaridad lo que voy a decirte, Bea, ese polvo fue emocionante gracias a Víctor. Y la mejor manera de agradecerse no es haciéndole pagar, además, la factura de la bicicleta.

Bea guardó silencio, intimidada por la contundencia de las palabras de su hermana: en aquella conversación, parecían tener los papeles intercambiados. Antes de hablar, le dio un largo trago a la copa de jerez y se quedó observando a Ana.

—Es curioso..., hace un tiempo Víctor me dijo lo mismo que tú me estás diciendo ahora. Sus palabras se me quedaron grabadas...

—¿Qué te dijo?

—Me... —Los ojos le volvían a lagrimear—, me dijo que a veces la verdad es egoísta, y la utilizamos para sentirnos mejor con nosotros mismos..., utilizamos la verdad para disfrazar nuestro egoísmo de nobleza.

El silencio congestionó la biblioteca durante unos segundos.

—Pues, Bea, ya sabes cuál es su opinión al respecto. Si yo fuese tú, la tomaría en consideración.

El Kabuki estaba esa noche casi vacío. El camarero les acababa de traer sendos hígados de rape al vapor con cebolletas y salsa *ponzu*.

—Esto que has pedido está de miedo, ¿vienes mucho por aquí?

Bea picoteaba la comida con los palillos, sin apetito.

—A veces. A Ana le gusta mucho.

—A mí lo del pescado crudo no me convence, pero la verdad es que este plato está de lujo. —Víctor se sirvió otro vasito de *awamori* y siguió hablando—. Menudo figura tu cuñado, te quedaste corta cuando me dijiste que era un gilipollas.

En su viaje hacia la boca de Bea, a mitad de camino, un trozo de rape se deslizó tembloroso entre los palillos y cayó sobre la salsa *ponzu*, salpicando el mantel y su blusa.

—Mierda.

—¿Quieres ir al baño a quitarte la mancha?

—No, da igual. —Ella dejó los palillos sobre la mesa, sin hacer amago siquiera de limpiarse la mancha.

—La verdad es que no tengo hambre. ¿Qué me decías de mi cuñado?

—Pues que es un auténtico imbécil. Pero me ha contado una cosa muy interesante. El accidente que tuvo hace dos años y pico.

—Eso ya te lo conté yo...

—Sí, pero no me dijiste que fue por un fallo en los frenos del coche.

—¿Cómo?!

—Lo que oyes. Antonio iba en su flamante Mercedes nuevo por la autopista y de pronto los frenos se quedaron totalmente blandos. Exactamente lo que me pasó a mí. ¿No crees que es demasiada casualidad? Estadísticamente la probabilidad de que dos personas que se conocen tengan un fallo de frenos tan radical es prácticamente nula.

—Me dejas de piedra.

—¿No sabías nada sobre las causas del accidente de Antonio?

—No, tan solo que había sido muy grave. No estaba en Madrid en esa época, había discutido con mi padre y me largué de casa..., hui como hago siempre, y no estuve junto a Ana cuando más me necesitaba. —Los ojos se le humedecieron—. Ni tan siquiera sabía que mi hermana estaba embarazada.

—No seas tan dura contigo misma... —Le cogió la mano para intentar animarla.

—Soy una gilipollas... Mi hermana me necesitaba y yo no estuve junto a ella... Y encima le *encalomé* a mi hijo y me largué tres meses por el mundo a disfrutar de la vida... —El retintín y la amargura flotaban sobre sus palabras—. Cuando volví, la pobre había perdido el niño y mi cuñado se había salvado de puro milagro. Nadie quería hablar del tema, se limitaron a decirme que Antonio había tenido un accidente de tráfico... y yo no estuve allí apoyando a Ana. Le fallé.

Víctor decidió cambiar de tema, Bea estaba rara. Parecía haber entrado en una dinámica victimista y autodestructiva impropia en ella.

—Mañana me voy a Valencia, necesito hablar con Jessica cueste lo que cueste. ¿Por qué no me acompañas?

—No, Víctor, ya te dije que quiero estar con Berto y...

—¡Ay, qué malita estoy y qué poco me quejo!

Él le hizo una carantoña, pero ella escuchaba sin alegría.

—Bueno, ¿te vienes conmigo o qué?

—No. —Bea bajó la cabeza como si hablase con la mancha de su blusa—. Mejor me quedo.

Víctor tomó con delicadeza su mandíbula para elevarle el rostro.

—Dime una cosa, ¿todo marcha bien?

—Claro, tan solo estoy cansada. Anda, vámonos a casa.

Diez minutos después, el Twingo avanzaba por la Castellana en dirección a Cibeles. Ninguno de los dos tenía ganas de hablar. Ya en la solitaria callejuela del Marqués de Casa Riera, justo a la altura de la Casa de Suecia, Bea encontró un hueco para aparcar. Apagó las luces y paró el motor, quedándose en silencio colgada del volante. Él, incómodo, se decidió a salir, pero ella lo detuvo tomándole con suavidad del antebrazo.

—Necesito contarte algo.

Víctor volvió a cerrar la portezuela y permaneció sentado, observando intrigado su perfil: Bea seguía con las manos y la vista aferradas al volante.

—No sé..., no sé cómo empezar...

—Dilo sin pensar, Bea. Puedes contarme cualquier cosa.

Ella se giró hacia él.

—La semana pasada, cuando estuviste en Barcelona, me...

—Habla, Bea.

—Me acosté con otro hombre.

Víctor se quedó inmóvil a pesar del hachazo. Su rostro no traslucía ninguna emoción. Ella prosiguió, ahora diarreica.

—Fue una idiotez, si pudiese dar marcha atrás, lo haría, pero no puedo. Necesitaba contártelo, necesitaba contártelo para saber si me puedes perdonar. Siento que, si no sabes esto, nunca podré volver a mirarte a...

—¿Quién es él? —La interrumpió muy calmado.

—No es nadie, es un cualquiera, no lo conoces y él no me importa nada..., no voy a volverlo a ver en mi vida..., fue..., fue una idiotez. —Su tono era suplicante.

—¿Por qué lo hiciste?

Ella volvió a mirar al frente para esquivar sus ojos.

—No lo sé. La verdad es que no lo sé...

Víctor abrió muy despacio la portezuela del Twingo y salió del coche mientras, con mirada resbalosa, pronunciaba una única frase:

—Vete a la mierda.

Con la frente apoyada contra una de las paredes del destartado ascensor del edificio Zurich, Víctor intentaba aclarar sus sentimientos. Sin duda, eran muchos y en cierta medida contradictorios. Las ganas que tenía de llorar fueron un buen indicio para distinguir el sentimiento dominante de aquella vorágine emocional: tristeza. Sentía una pena abisal, un desgarró que jamás había experimentado. Pero el segundo sentimiento que identificó fue el que le permitió contener las ganas de llorar: era rabia. Una ira irrefrenable contra Bea. Jamás había sentido algo tan especial hacia alguien, y en contraprestación... También notó dentro de su ser la sensación de ingenuidad: ¿cómo había podido ser tan estúpido, tan engreído? ¿Cómo pudo llegar a creer que, en tan poco tiempo, había sido capaz de transformar a Bea la Comehombres en una Candy Candy? Por último, en un rinconcito de su conciencia, casi sin atreverse a respirar en medio de sentimientos tan poderosos, Víctor sintió también el mordisqueo inconfundible que produce la culpabilidad en las personas muy autocríticas: por primera vez experimentaba en sus carnes, como víctima, aquello que tantas veces había infligido como verdugo. Le pareció una sensación desasosegante, una especie de navaja mal afilada empeñada en afeitarlo a contrapelo: los cuernos no eran tan divertidos cuando se los ponían a uno.

El ascensor se detuvo y Víctor descorrió las puertas antes de salir al rellano. Cabizbajo, empezó a subir las escalerillas que conducían a la buhardilla. Al llegar al descansillo, se colocó bajo la claraboya para distinguir la llave correcta. Fue entonces

cuando se dio cuenta: la puerta del apartamento estaba entornada. Dentro no había luz, pero un par de milímetros permitían distinguir el filo de claridad que evidenciaba que puerta y marco no encajaban. Una nueva emoción, mucho más primitiva, lo asaltó acallando todas las otras: miedo.

Observó la puerta. La cerradura no había sido forzada, fuese quien fuese, el que había entrado tenía llave o era un profesional..., y quizás aún estaba dentro. Respiró hondo y empujó con suavidad la madera. Con precauciones de gato, asomó la cabeza y afiló la mirada. La escasa claridad que entraba por los ventanales le permitió distinguir el desastre que el intruso había causado. Todo estaba revuelto: las lámparas por los suelos, los muebles vueltos del revés, los cientos de libros de Hugo Mendoza fuera de sus estanterías y tirados por el suelo... Sin duda, habían estado buscando algo. Un minuto después Víctor había comprobado que en la buhardilla ya no había nadie.

Se desplomó en el sofá y observó ensimismado la enorme librería de Hugo Mendoza. Cuando lo vio por primera vez, aquel mueble le pareció tan civilizado como un huerto de hortalizas bien acaballonado. Ahora, despojado de sus libros, que se amontonaban sin orden sobre la alfombra, recordaba también a un huerto, pero tras el paso de una horda de bárbaros que hubiese arramblado con todo tras violar a las mujeres y matar a los hombres. Las tres horas siguientes se las pasó volviéndolo a poner todo en su sitio, recivilizando la buhardilla.

Se volvió a sentar en el sofá y recapituló. Tan solo había echado en falta dos cosas: la fotografía de Hugo y el poemario con la anotación manuscrita por el escritor. Al recordar la frase «A veces inventamos personas...», le vino a la mente la imagen de Bea, pero un instinto de autoprotección lo obligó a borrarla de su imaginación con un manotazo violento. Sacó el i-Phone.

—Qué agradable llamada, siempre es un placer que te despierte un chico guapo... Espero que sea importante, cabrón. Son las cuatro de la madrugada. —La voz de Paloma era pastosa y somnolienta.

—Pam, necesito que me consigas un arma.

Ella se despabiló al instante.

—¿Ha pasado algo?

—Ahora no me apetece hablar..., te lo cuento todo en persona, mañana estoy en Valencia. Tan solo dime si podrás tener para entonces esa pistola que me dijiste que podías conseguir en el puerto.

—Cuenta con ella.

—Gracias, Pam, un beso. Y perdona por haberte despertado.

—Pero, Víctor...

Él colgó y se acurrucó en el sofá sin fuerzas siquiera para llegar a la cama.

—Menuda cara de agrio me traes.

En la terraza del ático de Paloma, la temperatura era perfecta, gracias a que el sol

ya se despedía por poniente.

—Pam, no me toques los cojones, no estoy de humor.

—Madre mía, cómo está el patio. Agonías, a ti te ha pasado algo, no es normal en ti esa cara de enterrador.

—¿Me has conseguido lo que te pedí?

Paloma se levantó con esfuerzo de la tumbona para meterse en el apartamento. Víctor, desde la tumbona gemela, observaba con las manos tras la cabeza las estrellas, que, como un sarampión repentino, empezaban a puntearle la cara al firmamento.

—Aquí llega Papá Noel con regalitos para todos... —Llevaba una bolsa de papel del Burguer King en una mano y dos tercios de Heineken helados en la otra—. Es un Ruger GP-100 de trinca, recién salido de fábrica, nuevecito, el que me lo vendió es de confianza. Tranquilo, que no han estado atracando gasolineras con él.

Soltó sin contemplaciones la bolsa del Burguer King sobre el estómago de Víctor y dejó las Heineken con cuidado en el suelo, entre las dos hamacas. Rebufando se repantigó de nuevo.

—Gracias, Pam.

Víctor abrió la bolsa con cuidado mientras se incorporaba en la tumbona. Envuelto en papel de estraza, había un revólver pequeño y compacto, reluciente. De la bolsa también extrajo una caja de balas del calibre 0.357 Magnum.

—Víctor, ten cuidado con eso, no es un juguete.

Él no respondió. Se limitó a extraer seis balas de la caja y las fue introduciendo lentamente en el tambor del arma. Al acabar, sopesó el Ruger y se lo metió en el bolsillo del pantalón junto con la caja de balas. Volvió a tumbarse, de cara a las estrellas.

—Lo sé, descuida, tendré cuidado. ¿Cuánto te debo?

Paloma alargó el brazo y cogió una de las Heineken del suelo.

—Nada, es un regalo. Pero dime tan solo por qué has cambiado de opinión respecto a lo de llevar armas.

—Anoche, cuando te llamé de madrugada, acababan de asaltar la buhardilla de Alcalá.

Paloma se incorporó de un tirón y soltó un silbido.

—¡Joder! ¿Te pillaron dentro?

—No, el que entró sabía lo que se hacía. Abrió la puerta sin forzarla y solo se llevó un libro, el poemario.

—¿El de Hans Neustädter?

—Sí, ese mismo, y la fotografía en la que aparecía Mendoza navegando. Eso es todo lo que se llevaron.

—¿Crees que es la misma persona que intentó matarte jodiendo los frenos de tu Porsche?

—Ni puta idea, pero sospecho que sí. Ese tipo se está tomando muchas molestias desde el principio y tiene sentido que siga averiguando cosas sobre mí. Tampoco sé si



es el mismo que entró en casa de Ana, en el despacho de su marido, en las oficinas de Cariátides..., pero de una cosa puedes estar segura, sea quien sea, la próxima vez que venga a buscarme lo estaré esperando con esto bien a punto. —Sin dejar de contemplar las estrellas, se dio dos palmaditas en el bolsillo del pantalón, justo donde el Ruger dibujaba su siniestro perfil: Paloma nunca había visto a su amigo tan pependenciero—. Por cierto, hablando del Porsche, ¿consiguió Santa Tecla la información que te pedí de Mapfre?

—Esa chica es una fiera..., le das un imperdible y te monta un centro comercial.

—¿Y?

—Esta es la dirección, es un desguace que hay cerca de Colmenar Viejo. —Se sacó un pósito del pantalón de chándal y se lo tendió a Víctor—. ¿De qué va este rollo?

Él seguía observando el firmamento con agresividad contenida.

—Hace dos años al marido de Ana, Antonio Santamaría, también le fallaron los frenos... como a mí.

—Joder, joder, este asunto se está poniendo retorcido. —Paloma lo miraba tensa—. ¿Cuál podría ser la razón por la que al mismo loco que intentó matarte a ti le interesara también matar al marido de Ana?

Víctor suspiró.

—No lo sé, Pam, en esta historia hay todavía muchas preguntas sin respuesta. Voy a seguir acumulando piezas de información, es la única estrategia que se me ocurre. —Ahora su mirada vertía injustamente rencor sobre el copón del universo, plagado de estrellas inocentes—. Pero por mis cojones que voy a encajar todas las piezas de este puzle, cueste lo que cueste.

Paloma observó a su amigo, llena de preocupación.

—Profe, nunca te había visto tan..., tan agresivo.

Él no respondió, seguía ensimismado como un loco que intenta escuchar el titilar de las estrellas. En contra de lo que en ella era habitual, Paloma habló con suavidad.

—Víctor, esta tarde me has contado un montón de cosas, pero tengo la extraña sensación de que esa rabia que veo en tus ojos no tiene nada que ver con ninguna de ellas.

Él dejó de mirar al cielo y giró la cabeza hacia su amiga. Esbozó una sonrisa dulce al ver aquellos ojillos de cacahuete intentando abrirse paso a machetazos por entre las carnosas frondas de los mofletes.

—Pam, a veces me das miedo de lo lista que eres. —Le dio un trago largo a su Heineken y se volvió a reconcentrar observando el firmamento—. Pero, de verdad, no me apetece hablar de ello.

Pasaron un par de minutos en los que tan solo las campanas de la iglesia de San Valero interrumpieron el silencio, como si fuesen pepitas en medio de una sandía.

—Pues yo sí que quiero contarte algo, Vic, agárrate los machos.

El silencio de él la autorizó a continuar.

—Estoy embarazada.

Víctor pegó un brinco sobre la tumbona a la vez que su boca, debido a la sorpresa, espolvoreaba cerveza vaporizada como si fuese un aspersor.

—¿Qué?! —Se le había esfumado toda la pose de poeta tísico obsesionado con su ombligo y furioso contra el mundo—. ¿Embarazada?!

Ahora era él quien la miraba pasmado, mientras Paloma permanecía tumbada muy seria observando el cielo estrellado.

—Sí, idiota, embarazada, no pongas esa cara de lerdo.

—Pero, pero... ¿cómo ha sido? ¿Qué ha pasado?!

—Ya sabes, papá le pone una semillita a mamá, la empuja con la punta de la polla bien empujadita hasta el fondo, y a los nueve meses nace un bebé. ¿Es que no te lo explicaron en el cole?

Ella, al acabar la frase, se giró hacia él y le sonrió condescendiente. Víctor seguía alucinado.

—No seas gilipollas, Pam, sé lo que es un embarazo. Lo que no sé es cómo te ha podido pasar a ti.

En cuanto acabó de pronunciarlas, se dio cuenta de que sus palabras habían sonado crueles por culpa del atolondramiento. Intentó disculparse, pero Paloma le acalló con su vozarrón de capitán de barco.

—¿Qué pasa?! ¿Es que las feas y gordas no tenemos derecho a quedarnos embarazadas?!

—No, Pam, no quería decir eso...

—Sé muy bien lo que querías decir, guapete de cara... —Estaba lanzada: era obvio que las bruscas palabras de su amigo habían tocado un nervio muy sensible en su interior, porque mientras hablaba se fue incorporando en la tumbona poco a poco, hasta ensartar a Víctor con ojos engarfiados y voz dolida—. Pues te voy a decir una cosa, a las feas y gordas como yo también nos pueden pasar cosas bonitas.

—Pam, no quería decir eso...

—Pam, los cojones. Cierra la puta boca, que te voy a cantar cuatro verdades. —Su tono cortaba como la hoja de una guadaña—. ¿Sabes qué os pasa a los guapetes como tú? ¿Lo sabes?! Pues yo te lo diré: que tenéis demasiado donde elegir y nunca habéis pasado hambre. No sabéis lo que es la soledad, no sabéis lo que es para una chica apretar los dientes y morderse la lengua llorando..., llorando porque nunca tienes nada que contar a tus amigas...

Hablaba llena de amargura. Era obvio que en su interior había estado acumulando tensión que ahora desfogaba a borbotones.

—... llorando porque nunca ningún chico te envía un mensajito a medianoche, porque tienes que reír y parecer alegre cuando una amiga te cuenta su último rollito, rollito que se ha montado con el tío que te gusta en secreto desde hace años... y que no sabe ni que existes. Y tú tienes que disimular y sonreír cuando en realidad lo único que sientes es envidia y ganas de llorar, y te ves rara y fea, y cansada de que en una

cena de clase los chicos nunca se fijan en ti excepto para acompañarlos a la barra a hacerse chupitos de tequila mientras te piden un chiste..., pero ninguno te pide nunca un beso.

Víctor jamás había visto a su amiga tan descarnadamente sincera. Tan dolida. Guardó silencio mientras le caía encima el chaparrón.

—Ya veo por tu cara llena de compasión lo que sientes... Pues métete la compasión por el ojete. ¡Bienvenido a mi mundo, campeón! Los guapetes cansados de follar como tú no conocéis ese planeta, no sabéis ni que existe, porque estáis tan problematizados con vuestro propio yo que no hacéis otra cosa que miraros el ombligo mientras los demás nos desangramos..., egoístas de mierda. Pero sí, te aseguro que hay otros mundos aparte del vuestro, pero están en este: ese secarral de soledad existe y es donde habitamos las chicas como yo, las gordas simpáticas con las que todos os reís tanto. En ese mundo, todo lo que te gusta o engorda o es ilegal, o solo te quiere como amiga. En ese mundo no aspiras a que te miren por tu cuerpo, aspiras a que no aparten la mirada por culpa de tu cuerpo. ¿Puedes llegar a imaginártelo, picha brava?

Él creyó que las lágrimas estaban a punto de brotar de sus ojillos, pero se contuvieron muy dignas. Lentamente, su amiga se recostó de nuevo en la tumbona para contemplar la bóveda celeste. Esta pareció acunarla susurrándole nanas, porque Paloma se calmó poco a poco hasta serenarse.

—Víctor, ¿te leíste el poemario que encontraste en la buhardilla de Mendoza? ¿Ese que han robado?

—¿El de Neustädter? Sí, claro que lo leí.

—Pues como me dijiste que pensabas que era importante, le pedí a Santa Tecla que me lo localizara por Internet y yo también lo leí. —Hablaba destilando tristeza—. Y aunque a ti te había parecido pretencioso y cargante, a mí me encantó. Ese tipo, el tal Neustädter, ese sí sabía exactamente cómo es el planeta que yo habito... Él sí sabía qué siente una chica como yo, una chica gorda y fea...

Sus ojos seguían bregando a machetazos, contra las lágrimas, ante las que no querían recular.

—Hay una estrofa que se me quedó grabada aquí, justo aquí. —Se señaló con el índice la cruz del entrecejo—. Se me quedó grabada porque refleja exactamente lo que siento muchas noches de invierno, cuando estoy metida en la cama, abrazada a una almohada, sola...

Muy lentamente, Paloma empezó a recitar, sin pretensiones, susurrando, mientras atravesaba la oscuridad del firmamento con el telescopio de su alma.

*Desfiló con mi tambor por playas invernales  
pasacalle espectral  
melodía de cristales rotos*

—Ese es mi mundo, Víctor, ese es..., una puta melodía de cristales rotos. Y resulta que por sorpresa ha venido alguien a alegrármelo..., aunque a ti te parezca increíble.

Como un rompehielos que hubiese llegado a mar abierto, se relajó y durante unos segundos guardó silencio tras el esfuerzo.

—Perdona, Víctor, me he desahogado contigo. Sé que no querías ofenderme —dibujó en su rostro una sonrisa desganada—, pero es que eres un hijo de puta, hubiese sido menos cruel por tu parte recomendarme una liposucción.

Él permanecía sentado en su tumbona observando a su amiga sin saber muy bien qué decir y mucho menos qué sentir ¿Culpabilidad? ¿Tristeza? ¿Admiración? ¿Pena? Se decidió por la rabia, rabia contra una sociedad posmoderna de la que él era un magnífico representante y que machacaba sin conmiseración a gente fantástica como Paloma, tan solo porque su físico no era *adecuado*. Por supuesto, ni se le pasó por la cabeza disculparse: él y ella se querían y conocían demasiado.

—Entonces deduzco que estás con Beni.

—Deduces bien.

—En cuanto esa mañana en la buhardilla de Alcalá vi la cara de pánfila que se te quedaba al conocerlo, lo supe.

Ella no dijo nada. Giró la cabeza hacia él y tan solo le sonrió.

—Paloma, ¿estás enamorada?

La respuesta tardó en llegar.

—¿Sabes de lo que me he dado cuenta, Víctor? Pues de que no tengo prisa en responder a esa pregunta... El amor es como un pedo, si tienes que forzarlo, seguramente acabará siendo una mierda.

No era una broma, lo dijo muy seria.

—Pam, conozco muy bien a Beni, y te conozco muy bien a ti... Y, si te soy sincero, nunca hubiese dicho que encajaríais. Sois muy diferentes.

—Ya ves.

—A ti nunca te ha gustado ese tipo de hombres. Beni es un facha misógino, y a ti te gustan los flautines delicados y desvalidos.

Los dos sabían que, después de que Paloma se hubiese desnudado tal y como lo había hecho, la conversación ya solo podía ser brutalmente sincera.

—¿Te crees que no sé que Beni no responde a mi prototipo de hombre?

Paloma frunció los labios intentando encontrar la manera de expresar con la máxima precisión sus sentimientos.

—Mi madre me dio un consejo antes de morir.

El profesor se sorprendió. No esperaba aquel giro en la conversación.

—¿Qué consejo?

Ella siguió hablando con voz cansada, contemplando las estrellas como si pensase que desde alguna de ellas su madre la observaba.

—*Busca a alguien que sepa conversar, y que mientras conversa contigo, sepa*

*acariciarte. Cuando envejecáis juntos, cuando seáis unos ancianos, lo único que quedará es eso, charla y caricias.*

Víctor no se atrevió a decir nada. Ella continuó conversando con las estrellas.

—A Beni y a mí nos amanece charlando, y él no deja ni un segundo de acariciarme como si yo fuese una mariposa... ¡Me hace sentir mariposa, Víctor! ¡A mí! —Su tono ahora era de sorpresa—. A Paloma, a ese ogro del pantano que todo el mundo cree que no tiene un corazón romántico, a esa gorda malhablada, Benito la Hoz la hace sentir mariposa, y le acaricia las alas durante toda la noche sin dejar de conversar con ella... Por eso sé que es el hombre de mi vida, Víctor, porque sabe conversar y porque sabe acariciarme..., por eso lo sé... Mi madre me lo dejó escrito antes de morir.

De nuevo parecía que iba a romper a llorar, pero esta vez tampoco claudicó. Víctor se recostó en su tumbona sin saber muy bien qué decir ante aquellas confesiones. Sus propios problemas con Bea lo tenían muy confundido, y se consideraba una de las personas menos capacitada para dar consejos sentimentales. Pero no podía dejar de preocuparse por Paloma, conocía el historial de Benito y sabía que su amiga, como casi todas las personas frustradas, pero con un corazón generoso, era frágil cuando se trataba de temas de amor.

—¿Te ha dicho Beni que se va regularmente de putas?

—Sí, pero me da igual. Yo también me zumbo a un negrazo con un rabo como un piano desde que tengo veinte años.

—¡¿Hace diez años que tienes un puto?! —Víctor volvía a alucinar.

—¡Sí, tengo un puto! ¡Y no me mires así, deja de analizar mi moralidad con tu rayo láser! ¡Creo que eres el menos indicado!

—Pero..., pero, Pam..., ¿por qué no me habías dicho nada?

—Sí, claro, y si te parece lo publico en Twitter, no te jode. —Guardó silencio unos segundos antes de seguir hablando con voz mucho más tenue—. Sí, Víctor, sí..., tengo un puto, las noches de invierno son muy largas. Pero ya le he dicho que no vuelva. Desde que estoy con Beni, me he dado cuenta de que no me hace falta nadie más.

Pasaron un par de minutos antes de que Víctor volviese a hablar.

—Pam, no creas que quiero ser un metemierda. —La miraba con toda la ternura que sus ojos eran capaces de condensar—. Solo quiero lo mejor para ti, me preocupa que te hagan daño.

—Lo sé, Víctor. Pero te aseguro que soy muy feliz. Nunca he sido tan feliz. Tan solo...

—¿Sí?

—Pues que hay una cosa que me preocupa con este embarazo..., no sé si..., no estoy segura de...

—¿No estás segura de qué, Pam?

Ella dudó mientras escarbaba por entre las estrellas alguna manera de expresar sin

avergonzarse lo que quería decir.

—Da igual, Víctor, ya lo hablamos otro día. Anda, vámonos dentro, que nos estamos enfriando.

Los Talleres Mecánicos Jaime Palafox estaban en los bajos de una finca que acarreaba más de cien años sobre sus espaldas de ladrillo, frente al bullicioso mercado de Ruzafa. Al ver a Víctor descender por las escalerillas del foso, el dueño del negocio, con las cervicales entumecidas de tanto mirar hacia arriba, se olvidó del carácter del coche que tenía entre manos y se fundió con su amigo en un abrazo que ennegreció la camisa azul cielo del profesor. En el transistor del taller sonaba Cadena Dial.

—¿Cómo estás, cabrón?! ¡Qué caro eres de ver!

—El que me sale caro eres tú, cada vez que vengo por aquí tiro una camisa a la basura.

Se rieron antes de volverse a abrazar. Cinco minutos después estaban sentados frente a dos cervezas en la bodega El Mercat. Jaime miraba muy serio a Víctor mientras buscaba algo en el bolsillo de su mono.

—Yo no lo he hablado con nadie, Víctor, ya sabes que en mí puedes confiar, pero lo que le hicieron a tu Porsche no es ninguna broma.

—¿A qué te refieres?

El mecánico dejó caer encima de la mesa un cajetín grasiento de plástico negro. Le colgaba un minúsculo manguito.

—Me pasé una semana averiguando qué era este juguetito. Es muy artesanal, una auténtica joya. Estaba instalado en el circuito de frenado, y quien lo montó te aseguro que sabía lo que se hacía.

Víctor había cogido el cajetín y lo observaba con curiosidad.

—¿Cómo funciona? —Lo volteaba como si fuese un apache ante su primera lavativa.

—Pues, a grandes rasgos, ese cacharro tiene dentro una pequeña bomba eléctrica que va extrayendo líquido del circuito de frenado. Pero no lo hace al azar. Está conectado con el velocímetro de tal modo que, cuanto más rápido vaya el coche, más líquido expulsa. Así su efecto es mucho más letal: te deja sin frenos cuando vas a máxima velocidad. Una maquinita muy ingeniosa y con muy mala leche, quien puso eso en tu coche muy bien no te quiere.

Víctor, con la boca seca, dejó el dispositivo sobre la mesa y se metió la mano grasienta en el bolsillo de la camisa. Le costó hablar, su paladar parecía forrado de corcho.

—Necesito que me hagas otro favor. Le vas a tener que dedicar un día entero, pero ahora tengo pasta y quiero que sumes todas las horas y me las factures bien facturadas.

—Olvídate del dinero, ya hablaremos de eso, ¿de qué se trata?

—En este pósito tienes anotada la dirección de un desguace en Madrid y el número de bastidor de un Mercedes de gama alta que está tirado allí desde hace dos años, supongo que para ir vendiéndolo por piezas. Quiero que, con cualquier excusa, consigas inspeccionar el sistema de frenado de ese Mercedes, di que necesitas una pieza para una reparación que estás haciendo. El conductor de ese coche tuvo un accidente parecido al mío, necesito que averigües si el que puso este cacharro en mi Porsche podría también haber manipulado los frenos del Mercedes.

Jaime cogió el pósito entre los dedos y habló solemne:

—Víctor, ¿estás metido en algún lío?

—Me conoces desde párvulos, ¿cuándo no he estado metido en un lío?

Le dieron el último trago a sus cervezas.

—Vamos, me muero de ganas por ver a *meine geliebtemaschine*. —Dibujó una sonrisa de oreja a oreja que recordaba a la de un niño al que su padre va a llevar al circo.

—Payaso, toda la vida serás un bárbaro, a ver qué día te queda claro que los alemanes solo saben hacer máquinas sin alma... *cuore sportivo, caro cuore, cuore matto...*, *sempre Ferrari*.

Rieron y salieron de la bodega. Tras caminar dos manzanas por las atestadas aceras del barrio, llegaron al portalón de carruajes de un antiguo palacete en la calle de Centelles. Cien años atrás, aquel inmueble modernista debía de haber tenido usos más nobles, pero ahora, destartalado y decadente como todo el barrio, hacía las funciones de garaje y se limitaba a guarecer los coches del vecindario. El portalón engulló a Jaime y a Víctor, que, acostumbrados al desquiciado sol mediterráneo de las doce del mediodía, sintieron una aprensión instintiva dentro de aquellas tripas oscuras y frías. Jaime zigzagueaba decidido por aquel laberinto repleto de vehículos, subiendo y bajando rampas, torciendo a diestra y siniestra y pasando de una nave a otra. Parecía un zahorí experimentado al que ninguna señal podía confundir. De repente Víctor tuvo una aparición, que reclamaba a gritos violonchelos de Bach: en un recoveco de aquel laberinto, justo bajo una cúpula de medio punto que antaño tenía toda la pinta de haber sido capilla, apareció reluciente su Porsche 911 Classic ST. Estaba impecable.

—Toma, conduce tú.

Jaime le lanzó las llaves y Víctor las cazó al vuelo. Sentado tras el volante, se sintió algo estúpido al darse cuenta de algo: sin saberlo, había estado echando de menos a un coche. En cuanto le dio al contacto, los ocho cilindros del motor empezaron a ronronear, recordando a un gato orgulloso que da la bienvenida a su dueño sin querer parecer sumiso.

Víctor aparcó frente al chalé de su exmujer justo en el momento en el que Jorge salía por la puerta de la casa.

—¡Víctor, ¿cómo va?! Aquí hay alguien que te echaba de menos.

Por la puerta entreabierta salió a la carrera su hija Sofía, que fue directa a colgarse del cuello de su padre. Su vestidito rosa se pringó con la grasa de la camisa de Víctor.

—¿Cómo estás, cariño?

—¡Muy bien! ¿Te vienes al cumple de Amparo?

—¿Te vas de cumple?

Jorge llegó junto a ellos y le tendió una mano amigable a Víctor.

—Vamos al McDonald's de Kinépolis, aquí al lado. Rebeca acaba de llegar de turno de noche y está agotada, no le apetecía venir.

—Papi, vente... —La pequeña tiraba con fuerza de su mano—. Vente, vente...

Sofía insistía y Jorge se sintió un poco incómodo sin saber muy bien qué papel jugar en aquella situación.

—Si quieres..., si quieres, ve tú con ella, por mí no te preocupes.

Víctor le sonrió, agradecido por el gesto, y se puso en cuclillas para estar a la altura de su hija.

—Papá va a saludar a mamá y esperará a que volváis del cumple.

—¿Me lo prometes?

—Prometido.

Se dieron un beso y un abrazo y Jorge cogió a Sofía de la mano.

—Vamos, sube al coche antes de que te vea mamá con ese vestido todo manchado de grasa, nos mata a los tres. —Se giró sonriente hacia Víctor y bajó la voz—: Antes de dos horas estamos aquí. Esas fiestas son de locos, a ver si nos escapamos pronto.

Hasta que el coche de Jorge no desapareció al torcer la esquina, Víctor no dejó de despedir a su hija con la mano. Después entró en la casa cerrando la puerta tras de sí.

Dentro había un silencio absoluto. Sin saber muy bien por qué, él tuvo cuidado de no romperlo. En la planta baja de la casa no había nadie, por lo que lentamente empezó a subir las escaleras con la mano apoyada en la baranda, mientras la moqueta amortiguaba sus pasos. Sin duda había sido idea de Jorge, Rebeca odiaba las moquetas, le parecían antihigiénicas. Al llegar a la puerta entreabierta del dormitorio, se detuvo a observar: Rebeca, ya sin pantalones, se quitaba la camisa del uniforme y, tras olerla, pareció dudar si echarla o no al cesto de la ropa sucia.

—Siempre has tenido muy buen gusto para la ropa interior.

Ella se giró tapándose instintivamente con la blusa.

—¡Víctor! ¡Eres un idiota, no me des esos sustos! —Hizo una bola con la camisa y fue andando hasta el extremo de la habitación donde estaba el cesto de la ropa sucia—. Algunos mandos creen que las guardias civiles llevamos bragas y sujetador con estampados verdes de camuflaje, pero tú sabes bien que no es así.

Sonreía mientras seguía hablando despreocupada.

—Madre mía, llevas una camisa que da pena verla... ¿Qué haces por aquí? ¿Por qué no has avisado? Sofía no volverá hasta dentro de un rato, está en un cumpleaños.

Se sentó frente a un precioso tocador de estilo colonial que no encajaba con la moderna decoración de la habitación, sacó una toallita húmeda y empezó a quitarse la



base de maquillaje.

—Ayer la niña quería llamarte. Trajo las notas a casa... —Compuso una sonrisa de satisfacción—. Todo sobresalientes menos un notable. Felicítala, que se alegrará...

Víctor se acercó lentamente, sin pronunciar palabra. No podía apartar la mirada de la espalda de Rebeca. Siempre le había gustado su espalda. Todo el ejercicio que tuvo que hacer para entrar en la academia militar había acabado definiendo unos músculos suaves y tersos que a él le parecían muy sexis.

—Dice que le encantan las mates, a lo mejor nos sale ingeniera...

De pie tras Rebeca, Víctor acarició con el dorso de la mano su hombro derecho. Los tirantes finos del sujetador de encaje no conseguían hincarse ni un milímetro en la carne aún firme.

—¿A quién habrá salido? Ni a ti ni a mí nos gustan los números...

Cuando Rebeca sintió el tacto de la mano sobre su piel, guardó silencio. Dejó de desmaquillarse y se quedó observando en el espejo los ojos de su exmarido. Él, sin embargo, parecía estar mirándola con la boca.

—No, Víctor, por favor...

Ignorando la falsa súplica, él se agachó y le besó el cuello, mientras deslizaba la mano derecha bajo la axila para atraparle el pecho.

—Sabes que esto no está bien, déjame tranquila, por favor...

Los besos fueron acercándose al rostro entre tenues quejas.

—... esto no está bien...

Hasta que Rebeca renunció a sus súplicas y soltó la toallita desmaquillante para agarrar el cuello de Víctor, que le cazó la boca entreabierta sin encontrar ya resistencia alguna.

Desnudos sobre la cama, observaban cómo el humo que salía por la boca de Víctor iba dibujando figuras perezosas, que se abombaban y deformaban al toparse con el techo.

—Eres un cabrón, sabes que esto no tiene ningún sentido..., y yo soy una gilipollas..., anda, pásame uno.

Víctor le puso su cigarrillo en los labios y se estiró hasta la mesita como un gato desnudo para alcanzar el paquete de Fortuna.

—A ver, Víctor, ¿a qué coño ha venido esto?

—No sé, la verdad es que te he visto y... me apetecía.

Tumbado, mirando el techo de la habitación, intentaba dibujar círculos de humo con el cigarrillo recién encendido. Ella se giró hacia él apoyando la cabeza sobre su propio brazo en escuadra.

—¿Te apetecía y ya está? ¡¿Crees que eso es una justificación?!

—Bueno, tampoco me ha parecido que tú opusieses mucha resistencia..., esto no ha sido exactamente una violación.

Seguía serio y reconcentrado, observando los círculos de humo. Ella suspiró y de

nuevo dejó caer la cabeza sobre la almohada.

—¿Y esa chica con la que estás? Bea, se llama, ¿no?

—Sí. —Tardó en contestar.

—¿Sí qué? —Rebeca, como él, ahora hablaba observando el techo.

—Que sí, se llama Bea.

—¿Y qué pasa con Bea? ¿Es que no te importa? Parecía que con ella habías cambiado, que habías sentado la cabeza...

—¿Y a ti? —respondió cortante—. ¿Es que ya no te importa Jorge?

Rebeca le atravesó al instante con una mirada furiosa.

—Eres un hijo de puta.

Se incorporó enfadada, apagó con saña el cigarrillo en el fondo de un tazón de café con leche de la noche anterior que reposaba sobre la mesita y se levantó en dirección al baño.

—Perdona, Rebeca, me he pasado. —Le alcanzó la muñeca para detenerla—. Soy un gilipollas, vuelve a la cama por favor.

Ella dudó, pero al ver la mirada suplicante de su exmarido acabó cediendo. Tumbados de nuevo, Víctor habló en un susurro:

—Bea se ha acostado con otro tipo.

Lo soltó sin emoción alguna, mientras seguía contemplando obsesivamente el humo del cigarrillo evolucionar hacia el techo de la habitación. Rebeca se giró hacia él, observándolo pensativa.

—Vaya...

Víctor seguía encajando con el apelativo con el que ella pretendía insultarlo en los momentos más delicados de su matrimonio: hombre isoterma. Pasase lo que pasase en su interior, por fuera siempre mostraba la misma temperatura. Pero esta vez sus ojos doloridos, que seguían observando el humo del cigarrillo incapaces de mirar a otra parte sin romper a llorar, dejaban claro que esa frialdad no era más que una pose, un mecanismo de defensa.

—¿Te lo ha contado ella?

—Sí.

—Al menos es una chica sincera. ¿Te ha dicho por qué se acostó con ese tipo?

—Dice que fue una locura, que no siente nada por él. —Víctor hablaba como un autómatas.

—Ya veo... ¿Y tú? ¿Cómo estás?

Por primera vez él se giró hacia Rebeca y enfrentó sus ojos.

—Pues yo estoy hecho una auténtica mierda. Nunca imaginé que una mujer podría llegar a hacerme tanto daño.

Ella sintió una ternura instintiva, que la impulsó a mesarle el cabello con cariño a la vez que hablaba.

—Mira que jode cuando te engaña alguien al que quieres... —No había rastro de reproche, ni mucho menos ánimo de revancha: tan solo nostalgia.

—La verdad es que estoy probando mi propia medicina. —Sonrió mustio—. Ahora me doy cuenta de lo hijo de puta que fui contigo.

—¿Que fui? —Abarcó con un gesto del brazo la cama sobre la que yacían—. ¿Por qué hablas en pasado? Yo diría que sigues siéndolo.

—Tienes razón, no sé por qué he provocado esto. Jorge es un buen tipo y no se merece...

Ella le puso dos dedos sobre los labios para así silenciarlos.

—Víctor, el polvo que acabas de pegar conmigo ha sido un polvo rabioso.

—¿Rabioso?

—Sí, rabioso. —Rebeca hablaba muy suave mientras volvía a acariciarle el cabello—. Sientes rabia hacia Bea. Ella te ha traicionado y tú, como la mayoría de los hombres, eres tan ingenuo, o mejor dicho, tan idiota, que piensas que follándote a otra vuelves a poner las cosas en su sitio: partido de fútbol empatado, ni *pa* ti ni *pa* mí. Tu hombría a salvo.

El silencio suplicante de él evidenciaba que quería escuchar más.

—Pero la mala noticia es que las relaciones personales no son un partido de fútbol... —Le dio un cachetito tierno en la mejilla—. ¿Sabías que en Estados Unidos han comprobado que las infidelidades femeninas se disparan cuando la fecha de la boda está ya fijada?

—¿Las femeninas? No, no lo sabía...

—Pues así es, Víctor. Y eso, aunque no lo creas, son buenas noticias para ti.

—¿Tú crees? ¿Cuál es la buena noticia? —El tono era sarcástico.

—No conozco a Bea, pero, si te contó todo eso, es porque te quiere de verdad.

—¿Me quiere? En efecto, no la conoces, Rebeca.

—No la conozco, tienes razón, y puede que te haya sido infiel físicamente, pero estoy segura de que emocionalmente te quiere con locura y debes sentirte feliz por ello... Ojalá a mí me hubiese pasado lo mismo contigo: tú me pusiste los cuernos sexuales y emocionales.

—No entiendo adónde quieres ir a parar, Rebeca, pero te aseguro que en esta última semana me he sentido de todo menos afortunado.

—Mira, Víctor, si Bea es como yo creo que es, he de decirte que el polvo que echó con ese tipo fue tan rabioso como el que tú acabas de echar conmigo. Seguramente es una mujer que nunca ha estado enamorada y contigo se ha vuelto loca. Os habéis encontrado horma y zapato: ella siente rabia de que alguien la haya cazado arrebatándole su libertad. Y sí, aunque es bastante injusto hacia ti, se ha revuelto como un animal atrapado dando bocados a diestro y siniestro, asustada. Por eso hay tantas infidelidades femeninas, y no digamos masculinas, antes del matrimonio... Fue un polvo sin importancia, ya te lo he dicho, un polvo tan rabioso como el que acabamos de pegar tú y yo ahora.

—Ya veo. —Víctor adoptó un tono irónico—. Entonces se supone que yo debo volver, darle dos palmaditas en la espalda y decirle que no ha pasado nada, y que la

próxima vez que se sienta *atrapada por mi amor*, se puede cepillar a todo un equipo de fútbol para sentirse libre. Eso sí, siempre que sea el Barça, porque como se tire a un merengón, la mato.

Rebeca observaba a Víctor y sonreía.

—Pues sí, si eres listo, eso es exactamente lo que le dirás.

—No me jodas, Rebeca.

Ella entonces se acercó a él y le cogió las mejillas con fuerza, mirándole directamente a los ojos y hablándole con energía.

—Vamos a ver, Víctor, no-se-as-gi-li-po-llas. Te conozco como si te hubiese parido, y nunca te había visto tan enamorado como lo estás de esa chica. Y te lo está diciendo tu exmujer, para que veas lo moderna que me he vuelto. Tienes la oportunidad de ser feliz, pero has de ser capaz de superar un millón de años de evolución masculina. Ese millón de años y todos los prejuicios sociales te están gritando que eres un cornudo, que eres un calzonazos y que con Bea nunca sabrás si tus críos son tuyos o del butanero. Pero ahora olvida esos gritos y escúchame a mí: ella te quiere, y su único error ha sido contártelo. Estoy segura de que está loca por ti y ahora debe de estar sufriendo el doble que tú. Estoy segura de que ha aprendido una lección que, si tú eres tonto y no sabes perdonarla, otro tipo que venga detrás de ti aprovechará. Menudo planazo, ha madurado contigo y tú, por miedo a sentirte menos hombre, vas a permitir que otro disfrute de esa madurez. —Rebeca abrió en su boca una sonrisa generosa—. La verdad es que sería un comportamiento muy propio de tu querida universidad española: formáis a la generación más cualificada de la historia de España para que se vaya a trabajar al extranjero y sean las empresas alemanas las que se aprovechen de vuestro esfuerzo.

Víctor suspiró y volvió a apoyar la cabeza sobre la almohada.

—No sé si seré capaz de perdonarla, de volver a creer en ella.

Rebeca se puso a horcajadas sobre él.

—Para eso ha servido este revolcón rabioso que has echado hoy conmigo. —Impostó la voz y habló con energía—: «¡Soy un hombretón, mi dignidad está a salvo, follo cuando quiero y con quien quiero!»

Volvió a cogerle las mejillas con fuerza.

—Muy bien, machote, gracias a mí, ya estáis empatados, pero no seas idiota: si Bea no te quisiera, no te lo habría contado todo poniendo en riesgo vuestra historia. ¿Cuántas veces me hiciste tú a mí lo mismo, pero con el agravante de no decírmelo jamás?

Él supo que no debía responder: mintiendo se hubiese sentido un cretino, y diciendo la verdad, un hombre cruel.

—Víctor, los hombres como tú no sabéis querer, no estáis hechos para querer... y sobre todo no dejáis que os quieran. —Lo miró con hondura—. Bea ha cometido un error, solo eso. Si eres listo, enviarás a la mierda ese millón de años de evolución, los complejos masculinos y todos los prejuicios sociales, y volverás a por ella: perdónala

y disfruta tú de la lección que esa chica ha aprendido contigo.

Salió de la cama y empezó a vestirse.

—Está el mundo como para ir haciendo regalitos a desconocidos.

Él se quedó muy serio durante unos segundos, observándola.

—Rebeca, y tú ¿por qué te has acostado conmigo hoy?

La guardia civil dejó de vestirse y se sentó en el borde de la cama.

—Víctor, el tuyo hoy ha sido un polvo rabioso. —Se acercó a él y le dio un beso suave en la comisura de los labios—. El mío ha sido un polvo nostálgico. Mi último polvo nostálgico. Esto hoy no ha pasado.

Le acarició la mejilla y se puso de nuevo en pie.

—Ale, arréglate de prisa, Jorge y la niña volverán en un rato.

Jessica descendía por las escaleras mecánicas del centro comercial Aqua en dirección al primer sótano del aparcamiento. Encantada, podía intuir posada sobre su trasero la mirada del guardia jurado, plantado tras ella en las escaleras: aquel hombre llevaba cinco minutos siguiéndola disimuladamente, excitado como un perro en celo. Sacó del pequeño bolso imitación Louis Vuitton un espejuelo y se retocó los labios mientras observaba su retaguardia. En efecto, allí estaba el guardia de seguridad, con ojos de perdonavidas y mirada sesgada de medio lado. Al sentirse observado, el hombre esbozó una sonrisa rota e hinchó el pectoral, mientras enganchaba el pulgar en el cinto y apoyaba la mano izquierda sobre el asa corta de su porra tonfa.

«*Segureta, segureta, ¿se te está hinchando la bragueta?*»

A Jessica le encantaban los hombres de uniforme. Le ponían a cien, especialmente si llevaban algún tipo de cinto de trabajo repleto de herramientas. Alicates, martillos, pistolas, porras, esposas... Su amiga la Vane, una auténtica intelectual, decía que el cinto de herramientas de un hombre trabajando causaba en una mujer el mismo efecto que unos zapatos con tacón *stiletto* en un hombre: fetiches sexuales irresistibles. Por eso la Vane y ella no se quitaban el taconazo ni para regar el jardín. Jessica le sonrió al guardia jurado a través del espejuelo, mientras se humedecía los labios con *gloss*. A continuación, volvió a meterlo todo en el bolsito falso de Vuitton y recogió del suelo las bolsas de Bershka y Stradivarius al ver que la escalera mecánica ya llegaba a su fin. Tambaleándose sobre sus tacones de vértigo, se acercó a la máquina del parking e introdujo el tique, mientras por el rabillo del ojo intuía la figura del guardia jurado aproximarse hacia ella.

—Señorita, ¿puedo ayudarla en algo? Veo que va muy... cargada. —Sin disimulo alguno, el hombre, apoyado sobre la máquina canceladora en una ridícula pose macho alfa, observaba el voluptuoso escote de Jessica.

—No, gracias. —Ella le lanzó una mirada gatuna que detuvo en la mandíbula: le encantaban los hombres con mentones cuadrados, duros, descomunales..., mentones con aspecto de lavadora—. Yo solita me apaño.

Recogió el tique ya cancelado de la máquina, giró sobre sí misma dándole la

espalda al guardia jurado, y se dobló de manera exagerada sacando trasero para recoger las bolsas del suelo: aquellos vaqueros de Mango habían sido una gran compra, le sentaban fantásticos. Una vez se aseguró de que su admirador ya estaba abrasado ante la visión de su retaguardia, se incorporó y empezó a caminar con caderazos de pantera hacia el interior del parking, dejando bien claro que aquel juego estaba zanjado.

«*Segureta, segureta...*, hoy no te vas a comer estas tetas...»

Disfrutaba haciendo ese tipo de cosas. Le subían la autoestima y se sentía poderosa. Se sentía diosa. Una Juana de Arco era la expresión que utilizaba la Vane, que era muy leída.

—¿Estabas aquí?! Coche cabrón, cada vez te escondes mejor...

Le habló al Mini, enfadada tras diez minutos de búsqueda. Tiró las bolsas en el asiento del copiloto, se acomodó tras el volante y cerró la puerta del vehículo. Con el cinturón de seguridad puesto, le dio al contacto.

—Hola, Jessi, cuánto tiempo sin vernos.

—¡Hostia puta! —Al girarse, totalmente lívida, pudo ver a Víctor sentado en el asiento trasero con cara de pocos amigos—. ¿Qué coño haces tú aquí?! Ahora mismo llamo a la Policía, te van a cruzir...

Intentó desengancharse el cinturón de seguridad para poder bajar del vehículo, pero Víctor metió el brazo entre los dos asientos y agarró con fuerza la muñeca de Jessica.

—Me haces daño, cabrón...

—Y más que te voy a hacer.

Le retorció el brazo hasta conseguir que lo apartara del enganche del cinturón de seguridad, rompiéndole de paso la pulsera Pandora. Los abalorios empezaron a rodar por el suelo del Mini.

—Ahora te vas a quedar quietecita con las manos apoyadas sobre el volante y mirando al frente, ¿estamos de acuerdo?

Jessica, a través del retrovisor interior, observó los ojos de Víctor. Nunca antes le había visto con esa determinación en la mirada.

—Estamos, pero date aire, que tengo pelu. ¿Qué coño quieres?!

—Quiero que me digas por qué has retirado la denuncia, y por qué la pusiste. Hay algo turbio en todo esto y quiero saber qué es.

Jessica se quedó mirándolo fijamente por el retrovisor. Empezó a hablar suave, con expresión claudicante y sumisa:

—Pues, Víctor, la verdad es que te mereces una explicación. He..., he retirado la denuncia por la misma razón por la que la puse..., porque... —Como si fuese la niña de *El exorcista*, de repente mudó el rostro componiendo la cara de desprecio que su idolatrada Belén Esteban bordaba—. ¡¡Porque me ha *salío* de la pipa *el* coño!! ¿Te ha *quedao* claro?!

Hasta el retrovisor se asustó ante aquella mirada asesina.

—¿Qué vas a hacer, machote? ¡¿Pegarme una paliza?! Pues date prisa, que la manicura no espera, y después he *quedao pa* cenar.

Víctor supo entonces que tenía que echar toda la carne en el asador: Jessica era más dura que el caballo de Atila.

—O me lo cuentas todo... —Sacó el Ruger del bolsillo del vaquero y lo encajó en la sien derecha de su exalumna—, o retapizo el coche con tus sesos.

Amartilló el revólver y esperó a que el siniestro crujido del metal hiciese efecto. Pasaron unos segundos antes de que Jessica volviese a hablar, esta vez en tono sarcástico.

—¿Retapizo el coche con tus sesos? Hasta para amenazar eres una maricona. Puedes meterte ese puto juguete por el culo, no tienes cojones para disparar. —Le aguantó la mirada a Víctor a través del retrovisor y sonrió antes de rematar—: Un tío que folla como tú follas no es capaz de hacerle daño ni a una mosca.

Él no esperaba esa reacción: en las películas y en los libros policiacos todo parecía más fácil. Ella siguió hablando.

—Vaya, vaya, mira quién viene por ahí... Te recomiendo que guardes tu juguetito si no quieres meterte en más líos.

Frente al coche, a unos veinte metros, hacía su ronda el mismo guardia jurado con el que Jessica había coincidido en las escaleras. Sin que a Víctor le diese tiempo más que a esconder el Ruger, ella apoyó una mano en el centro del volante y el claxon atronó.

—Señorita, es un placer volverla a ver. ¿Algún problema? —A través de la ventanilla bajada miró con desprecio a Víctor.

—Ninguno, señor agente.

—Guardia de seguridad diplomado.

—Pues eso, señor guardia..., ningún problema. —Puso voz de niña ingenua—. Mi amigo se iba ya y yo, al verle a usted, he pensado que quizás podría invitarme a una cerveza... o a una Coca-Cola, supongo que de servicio no podrá beber alcohol.

Cinco minutos después, Víctor salía humillado del centro comercial Aqua y buscaba su Porsche, que había aparcado junto al delfinario de la Ciudad de las Ciencias. Le sonó el i-Phone, era Jaime.

—Jaime, ¿qué te cuentas?

—Pues cosas muy interesantes. Estoy en Colmenar Viejo, en la puerta del desguace que me dijiste.

—¿Y?

—He estado echándole un vistazo al Mercedes, y me he encontrado exactamente el mismo juguetito que vi en tu Porsche. A tu amigo intentó joderle la misma persona que intentó joderte a ti, me juego los huevos. No creo que haya mucha gente por ahí montando esos trastos.

—Ya veo...

Se despidió de Jaime y siguió caminando hacia su coche. Una vez dentro del Porsche, se sacó el Ruger del bolsillo del vaquero y le abrió el tambor. De la guantera del coche cogió las seis balas que había sacado del arma una hora antes para evitar cualquier posible accidente. Una tras otra las volvió a introducir en el tambor. Se sentía un fracasado.

Víctor conducía hacia Madrid con la cabeza echando humo. No sabía qué iba a hacer con Bea. Y no sabía cómo escarbar más hondo en el misterio de Hugo Mendoza. Todo eran caminos sin salida, y él se sentía un inútil. Una auténtica mierda. Y la puntilla había sido que Jessica se burlase de él. Atronó *La Macarena*.

—Víctor, necesito verte, es urgente. —La voz de Ana sonaba nerviosa.

—Sí, yo también tengo que hablar contigo.

—¿Dónde estás?

—Camino de Madrid, vengo de Valencia, ¿qué sucede?

—No, por teléfono no. Necesito verte, ha pasado algo extraño.

Su voz temblaba al otro lado de la línea.

—Está bien, Ana, tranquilízate, ¿estás en casa?

—Sí.

—Voy directo, en dos horas estoy allí.

—Gracias, Víctor.

Encontró un hueco para aparcar en Ortega y Gasset. Mientras caminaba hacia la casa de los Cifuentes, tuvo sensaciones encontradas: por un lado, deseaba con locura toparse casualmente con Bea, pero, por otro, sentía temor, ¿cómo debía comportarse con ella? Fue la propia Ana quien le abrió la cancela.

—Pasa, Víctor. —Su mirada era huidiza—. Vamos a la biblioteca.

Mientras cruzaban el jardín, el profesor vio al anciano Gabriel Cifuentes echado sobre una tumbona al sol del mediodía, todo él vestido de lino blanco y protegido tras sus Carrera. Víctor lo saludó levantando el brazo, pero el viejo no contestó. Quizás dormitaba, como toda la casa, que parecía un animal somnoliento. Un minuto después estaban sentados en la biblioteca.

—¿De qué se trata, Ana? Te veo tensa.

Ella lo miró fijamente y fue directa al grano.

—Antonio ha desaparecido.

—¿Cómo?!

—Pues que nadie sabe dónde está. Desde hace cinco días no va por la oficina, y aquí tampoco ha venido a dormir. Tuvimos una discusión muy fuerte y dejamos de hablarnos, pensé que por no verme se habría ido de viaje o estaría durmiendo en un hotel... —Bajó el rostro y empezó a darle vueltas a su anillo de casada—. Pero lo llamé al móvil para intentar hacer las paces y siempre estaba apagado. En su oficina me han dicho que desde hace días no aparece por allí..., pero lo peor es que...

Parecía querer llorar, pero se contuvo.



—¿Qué es lo peor?

—Pues... me he asustado y he estado hablando con María, su secretaria de toda la vida, que también anda loca buscándolo. Me ha dicho que, el día antes de desaparecer, recibió una llamada muy extraña de alguien que no quiso identificarse. Tras contestar esa llamada, Antonio le dijo a María que se pusiese en contacto con la oficina del Barclays donde tenemos una de las cuentas, quería hablar con el director esa misma mañana. Hoy he ido a la oficina y he hablado yo también con él...

Víctor no era consciente de ello, pero ver a Ana tan desesperada le venía bien anímicamente, al hacerle sentir de nuevo útil e importante para alguien.

—¿Y?

—Antonio le dijo al director de la oficina que al día siguiente quería tener preparado un millón de euros en billetes de cincuenta, que no fuesen nuevos ni con numeraciones consecutivas.

—Vaya, suena a película con secuestros y rescates.

—Eso le pareció al director, que intentó disuadirlo, o que al menos le dijese para qué era el dinero, podía ser peligroso llevar esa cantidad encima. Incluso le sugirió que el servicio de seguridad del banco lo acompañase donde fuera que quisiese ir. Pero ya conociste a Antonio, le envió a tomar viento fresco.

—Sí, entra dentro de su perfil... ¿Para sacar el dinero de la cuenta, no necesitaba tu firma?

—No, nuestras cuentas no son mancomunadas. Nos casamos sin separación de bienes ni contrato prematrimonial, todo es de los dos.

—Ya veo... Una mala idea en los tiempos que corren... ¿Recogió el millón de euros al día siguiente?

—Puntual como un reloj. A primera hora se llevó el dinero y ya no ha vuelto a aparecer. Han pasado cinco días y... —Levantó el rostro y sus ojos dejaron caer dos lágrimas al encarar a los del profesor—. Víctor, ¿crees que..., crees que ha sacado el dinero para abandonarme? Primero Hugo y..., y después Antonio..., no lo soportaría...

Su rostro, delicado y asustadizo, inspiraba una ternura instintiva.

—No, Ana. —Le cogió las manos—. Eso no tiene ningún sentido.

Sacó un pañuelo limpio y le secó las lágrimas. Notó que su piel era suave y delicada

—Siento decirte esto, es duro, pero..., cuando lo conocí, Antonio me pareció una persona muy ambiciosa económicamente. Sin duda, si quisiese dejarte, no desaparecería con un millón en la maleta como un vulgar ratero, sacaría mucha más tajada separándose legalmente de ti.

—Sí, la verdad es que eso yo ya lo había pensado..., pero entonces... ¿qué ha pasado?

Rompió a llorar amargamente y Víctor la abrazó. Él tuvo la sensación de que aquella escena ya se repetía con demasiada frecuencia. Pero ella esta vez olía a

esencia de jazmín, suave y tenue.

—Ana, lo que voy a contarte te va a doler, pero tienes que afrontarlo.

Ante su tono solemne, ella se separó para verle el rostro.

—Hace dos años intentaron matar a Antonio.

—¿Cómo?!

—El accidente de coche que tuvo no fue un accidente: alguien manipuló los frenos del Mercedes para que fallaran, querían matarlo.

—Eso, eso es..., eso es imposible... —Estaba confundida.

—No, créeme. Y hay más: no te lo conté para no preocuparte, pero hace unos meses, cuando empecé toda esta investigación, a mí también intentaron matarme con el mismo método. Un mecánico de toda confianza ha comprobado que la técnica que utilizaron con Antonio fue la misma que utilizaron conmigo.

—¿Intentaron matarte y no me dijiste nada! —Asustada, ahora fue ella la que lo abrazó de modo instintivo—. ¿Por qué no me lo contaste?!

Él la tomó con delicadeza de los hombros.

—Ana, eso ya no tiene importancia, no quería preocuparte. Lo que quiero que entiendas es que... —No sabía muy bien qué palabras elegir, debía ir de puntillas para causar el menor estropicio—. Si hace dos años ya intentaron matar a Antonio, y ahora ha desaparecido..., una opción sería...

Ana se quedó contemplando la cara ahora tumefacta de Víctor, que fue incapaz de finalizar la frase. Ella lo ayudó.

—Una opción sería que lo hayan vuelto a intentar. —Se detuvo unos segundos, enroscando la mirada por entre los cortinajes y los infinitos volúmenes de la biblioteca—. Y tal vez en esta ocasión con éxito.

—Es una opción que no podemos descartar, pero no nos precipitemos. ¿Quién puede haber tenido interés en matarnos a mí y a Antonio? ¿Qué nos une a ambos?

—No sé, Víctor... —Seguía en estado de *shock*.

—¿Ana, espabila! —La cogió de los antebrazos y la agitó—. No ganamos nada lamentándonos, ¡tenemos que ponernos a trabajar!

Ella pareció reactivarse.

—Sí, es verdad, ¿qué me habías preguntado?

—¿Quién puede haber tenido interés en matarnos a mí y a Antonio? Ese punto de conexión puede ser clave.

Ella pensó intensamente durante unos segundos antes de hablar.

—Lo único que os une a ti y a Antonio son los manuscritos que me envían cada 3 de diciembre. —Su rostro aturdido intentaba concentrarse para hilvanar una argumentación—. Podríamos suponer que quien los envía quiere hacerte desaparecer a ti para no ser descubierto, ahí habría un buen móvil..., pero no tendría sentido que quisiese matar a Antonio: mi marido ha sido siempre el más proclive a la publicación de los manuscritos. La verdad es que, si no hubiese sido por él, esos libros jamás habrían visto la luz. Matarlo no es un buen negocio para quien los envía si quiere

verlos publicados, que es lo que parece, porque sigue prometiéndonos una nueva entrega.

Aunque ella no lo verbalizó, el espíritu de Hugo Mendoza había flotado en todo momento sobre su argumentación. Víctor se sintió en la desagradable obligación de invocarlo de manera directa.

—Puede que los móviles para ambos crímenes no sean los mismos. Si supusiésemos, y es tan solo una suposición, que es Hugo el que está enviando los manuscritos, podría querer matarme a mí para que dejase de intentar localizarlo. También podría haber querido matar a Antonio cuando supo que esperabas un hijo suyo, por celos.

Ana volvió a perder la mirada entre los libros de la biblioteca. A pesar de su aire ausente, habló con mucha precisión.

—Eso no tiene sentido, Víctor, nadie sabía de mi embarazo, ni tan siquiera yo estaba aún segura. No hablé del tema más que con Antonio. —Volvió a la realidad clavando de nuevo la mirada en Víctor—. Si es Hugo quien me envía los libros, he de asumir que me abandonó. Cuando Antonio tuvo el accidente, habían pasado ya siete años de su desaparición..., ya me había casado con otro hombre y, de repente, ¿le surgen celos? Eso no encaja en absoluto con la manera de ser de Hugo..., puede que me ocultara cosas, pero hay actitudes imposibles de disimular. Él jamás fue posesivo.

Víctor reflexionó.

—Sí, tienes razón, no encaja. Pero no se me ocurre qué otra persona podría querer vernos muertos a los dos... La verdad es que estoy en un callejón sin salida, el 3 de diciembre se acerca y tengo la sensación de que te voy a fallar. Me siento impotente.

Ahora fue ella la que le tomó las manos.

—Tú no me puedes fallar. Pase lo que pase, has hecho ya por mí más de lo que nadie ha hecho jamás.

Sus ojos miel actuaron como un bálsamo sobre la frustración de Víctor. Era imposible encontrar dos hermanas más opuestas, pensó él. Energía frente a bondad. Por un segundo, por un instante fugaz, al contemplar aquel cutis suave y delicado, sintió la tentación de acercar sus labios a los de ella. Sin saber muy bien por qué, se dejó llevar por esa tentación.

—Víctor, por favor, no hagas tonterías...

Ana se apartó enérgica. A él le asaltó la vergüenza.

—Perdona, Ana, no sé lo que me ha pasado...

Ella lo miró sin asomo de rencor. Tardó en responder.

—Yo sí sé lo que te ha pasado. Bea me ha contado vuestro..., vuestro desencuentro. No te puedes ni imaginar lo que está sufriendo, y, por lo que veo, tú también andas muy confundido.

Él, azorado, frotaba sus manos cabizbajo sin saber dónde mirar.

—Siempre he pensado que eres una mujer muy..., muy...

—Víctor, por favor. Sabes tan bien como yo que me has intentado besar porque

no puedes tener a Bea. Corrijo: porque crees que ya no puedes tener a Bea después de lo que ha pasado. Es tan solo tu desengaño el que me ha intentado besar.

Él se recostó en el sofá y suspiró profundamente.

—No, Ana, quizás te he intentado besar porque de repente me he dado cuenta de que tal vez me haya equivocado de hermana. Buscando la emoción, no advertí que tenía al lado el cariño de una persona buena...

Las risas de ella lo interrumpieron: eran simpáticas y espontáneas, en absoluto pretendían ser hirientes, pero lo confundieron.

—¿Pero de qué te ríes? No creo que sea el momento...

—No, de nada, perdona..., es que no es el piropero más galante que me han hecho en esta vida. —Le cogió la mano sin poder dejar de reír—. ¿Así es que me ves como una buena persona? Solo te ha faltado añadir que me encuentras feúcha, pero muy simpática.

Él echó atrás la cabeza para mirar al techo.

—Tienes razón, perdona... —Suspiró—. Soy un gilipollas.

Ana, ya sería, le habló suavemente.

—Víctor, yo no voy a ser para ti lo que Antonio ha sido para mí..., un refugio para olvidar, para olvidar a Hugo. Me has intentado besar porque estás confundido y quieres superar lo de Bea, pero mi ejemplo tendría que servirte de algo: el desamor no se tapa con otra persona, a no ser que quieras arruinarle la vida a esa otra persona y a ti mismo. —Hizo una pausa de unos segundos—. No voy a disculpar a mi hermana, lo que ha hecho no tiene nombre, pero quisiera que intentases entenderla. Siempre ha sido muy alocada, pero contigo ha cambiado... Te quiere de verdad, lo que pasó fue..., fue una tontería.

Él habló con rencor.

—Si tantas ganas tiene de que la perdone, ¿por qué no me llama?

Ana sonrió, intentando dulcificar la conversación.

—Víctor, el orgullo siempre ha sido uno de los principales problemas de la familia Cifuentes.

A él se le crispó el rostro.

—Pues, Ana, yo me cago en el orgullo, pero dignidad tengo mucha. Te aseguro que no pienso ir detrás de ella, solo faltaba eso. Además, no estoy seguro de nada..., estoy muy confundido.

Ella siguió hablando con dulzura.

—Mira, Víctor, te voy a contar un cuento: érase una vez un chico que pensó que si ella lo quería de verdad, lucharía por él. Érase una vez una chica que pensó que si él la quería de verdad, lucharía por ella. Y así fue como nunca se volvieron a ver, y no comieron perdices ni fueron felices. Colorín colorado, este cuento se ha acabado.

Ana tuvo que espolearlo para hacerlo reaccionar.

—¡Víctor, ¿qué más da quién dé el primer paso?! Si crees que no vale la pena volver a intentarlo, lo entenderé perfectamente y nuestra amistad será la misma, no te

puedes imaginar lo mucho que te quiero. Si vuelves con ella..., estoy segura de que seréis felices y comeréis perdices.

—Ana, insisto, me he equivocado de hermana. Eres tan buena...

Ella volvió a reír a carcajadas.

—Eso, eso, arréglalo, ahora di que además de buena sé planchar, coser y cocinar. ¿Pero nunca te explicaron que para galantear a una mujer jamás tienes que decirle que es una *buena chica*?

Lo miró con cariño y decidió que era hora de cambiar de tema.

—Bueno, dejémonos de tonterías y hablemos de cosas serias. Víctor, no sé qué hacer, ¿crees que debo ir a la Policía a denunciar la desaparición de Antonio?

Él se quedó pensativo.

—Creo que sí debes hacerlo, la Policía tiene medios para averiguar quién realizó la misteriosa llamada que tu marido recibió el día antes de desaparecer. Pero tenemos que tomar precauciones. No debes contar nada referente a los manuscritos, te podrías meter en un lío muy gordo. Además, quizás Antonio aparezca sin más en unos días y tan solo haya sido todo un susto. No podemos pillarnos los dedos.

—¿Y respecto al accidente que tuvo hace dos años?

—No cuentes nada, Ana, no podrías explicar cómo has averiguado ahora que no fue un accidente: sencillamente diles que tu marido sacó del banco un millón de euros en billetes y desde entonces no sabes nada de él. Habla con Botet y Bea, si les hacen preguntas, no deben decir nada sobre la procedencia de los manuscritos.

—Está bien.

—Otra cosa. La fotografía que me dejaste de Hugo navegando... —Compuso un mohín culpable—. Ya no la tengo. Lo siento.

—No pongas esa cara, Víctor, no es tan grave, tan solo era una fotografía. ¿Qué pasó? —Sonreía—. ¿Lavaste una camisa con ella dentro?

—No, alguien entró en la buhardilla de Alcalá. Se llevaron esa fotografía y un libro de Hugo. —La sonrisa de ella fue mudando hacia el estupor conforme Víctor hablaba—. Han asaltado esta casa, la buhardilla de Alcalá, el despacho de tu marido y el piso de Botet. Alguien cree que tenemos algo y parece dispuesto a todo para conseguirlo.

Ana entendió la insinuación y habló muy despacio.

—Sí, alguien está dispuesto a todo por conseguir ese manuscrito..., incluso a matar.

—Eso es, Ana, incluso a matar. Quiero que tengas mucho cuidado y tomes precauciones.

—Descuida, seré una chica *buena*... —Dibujó una sonrisa ajada, de segunda mano, y prudente.

El profesor le devolvió la sonrisa, también de segunda mano.

—Ana..., ¿me perdonarás... por lo de antes?

Ella contempló los ojos de Víctor y acabó abrazándolo.

—¿Antes? ¿Qué ha pasado antes? —Puso una voz muy tierna—. Pues claro que te perdono... Los hombres sois tan tontos...

Víctor se pasó la tarde en la buhardilla de Alcalá aclarando sus ideas: quería tener una visión global de todas las piezas del puzzle que hasta el momento había ido reuniendo y que se esparcían confusas y revueltas en su mente. Para ello, después de comer, bajó a la portería y le preguntó a Eustaquio dónde estaba la papelería más próxima. Con las detalladas indicaciones que el portero le dio, salió a la calle y se puso a caminar en dirección al callejón de Casa Riera. Cinco minutos más tarde localizó la papelería y compró tres cartulinas blancas de gran tamaño, una caja de chinchetas y rotuladores de colores. Todo el camino de regreso a la buhardilla se lo pasó mirando de reojo a ver si alguien le seguía, pero no advirtió nada extraño. Desde que Jaime le había enseñado el siniestro artilugio con el que habían saboteado los frenos del Porsche se tomaba más en serio su seguridad: era como si la visión de aquella grasienta cajita negra, física y real, le hubiese hecho entender que la cosa iba en serio. Había materializado su miedo. Por eso había dejado el Porsche aparcado en un garaje cercano con vigilancia.

—Buenas tardes, Eustaquio. Voy a pasarme la tarde arriba trabajando, si alguien viene a verme, avíseme por el interfono.

—Descuide, don Víctor, que aquí ni el Espíritu Santo entra sin que yo le averigüe las intenciones.

El portero se santiguó supersticioso y siguió leyendo el *Marca*. Ya en la buhardilla, Víctor se encaró con la única pared del salón que las estanterías de la biblioteca de Hugo Mendoza no cubrían. Apartó el sofá para dejarla diáfana y allí fue clavando las cartulinas con las chinchetas, una junto a otra solapándose de tal modo que formasen una especie de pizarra. Abrió la caja de rotuladores y se quedó contemplando la superficie blanca. Respiró hondo. ¿Por dónde empezar?

Trazó un plan de trabajo para elaborar el mapa conceptual. Empezaría escribiendo sobre las cartulinas, en negro y dentro de círculos bien separados unos de otros, los nombres o descripciones de todos los personajes de la trama. A continuación, haría lo mismo con los hechos más sobresalientes, en color azul. Y remataría el mapa conceptual con la fase más compleja: trazaría flechas rojas que indicaran relaciones causales entre hechos y personajes. Los mapas conceptuales eran una herramienta de investigación cualitativa muy utilizada en las ciencias sociales. A él le habían servido en otras ocasiones durante sus estudios para clarificar ideas confusas y disociadas, que, al aparecer en el mapa plasmadas gráficamente, cobraban un sentido global. No perdía nada intentándolo.

Presidiendo la parte superior de la cartulina central, en mayúsculas y con letras gruesas, escribió la pregunta que debía dirigir todas sus reflexiones: «¿Quién envía los manuscritos y por qué?». A partir de ahí, el mural empezó a llenarse de círculos y flechas: «Hugo Mendoza. Escritor. ¿Quién es realmente?», «Hugo Mendoza.

Comercial vasco de Titanlux, dueño del *Quimera*», «Carrasqueta. Guardia civil Denia», «Gabriel Cifuentes. Suegro de Hugo Mendoza», «Cadáver enterrado en la supuesta tumba de Hugo Mendoza. Delincuente habitual», «Hombre alto, cano, enjuto y siempre vestido de negro. Espía a Hugo durante el último año y le mete miedo en el cuerpo», «¿Qué hay en el baúl embarcado en el *Quimera* el día de la tormenta?»...

Dos horas después ya tenía listo el mapa conceptual. Eran las diez de la noche y el mural estaba atestado de círculos y flechas. Sobre estas abundaban los signos de interrogación: muchas de las relaciones entre hechos eran tan solo suposiciones no probadas. De pie, agotado, Víctor permaneció durante más de media hora frente a la pared estrujándose el cerebro y llenándolo de nicotina. Con cierto desespero, buscó la inspiración observando a través de los ventanales el rostro hierático de Minerva, cuyo granito negro a aquellas horas ya estaba iluminado por los focos del Círculo de Bellas Artes. La diosa pareció acudir en su ayuda, porque en ese mismo instante el i-Phone sonó con su estridente *Macarena*. Víctor miró con ansia la pantalla deseando que fuera Bea, pero, decepcionado, vio que era un número privado.

—¿Sí? ¿Quién es?

—Una mujer a la que se le está acabando la paciencia. —La voz de Pilar Boluda sonaba destemplada.

—Señora Boluda, hoy mismo quería llamarla...

—Con todos mis respetos, lo dudo. —Su tono no tenía nada que ver con la amabilidad del primer encuentro en la Torre de Cristal—. He de decirle que, considerando que le he prometido dos millones de euros, no me trata usted con demasiada consideración.

Estuvo tentado de responder con el mismo talante seco y afilado, pero se contuvo. En realidad fue el mapa conceptual que tenía frente a él quien lo contuvo: estaba metido en un laberinto inextricable, cualquier nuevo elemento podía ayudar a clarificar el camino.

—Señora Boluda, siento de veras no haberle llamado antes...

Ella le cortó brusca.

—Mire, señor Vega, voy a hacerle una pequeña confesión: los dos millones de euros que le he prometido son financiados por gente muy importante, gente cuyo poder e influencias usted no es capaz ni tan siquiera de imaginar. Esta tarde me han llamado pidiéndome explicaciones. Les he tenido que dar excusas, y se están poniendo nerviosos. Y eso significa que yo también me estoy poniendo nerviosa, y eso significa que usted puede tener problemas. Las Navidades se acercan, y ni ha conseguido lo que le pedí ni me ha informado del estado de sus averiguaciones, y eso demuestra una absoluta falta de seriedad.

El tono era descaradamente amenazador.

—Mañana paso por su oficina y le explico...

—Quiero hablar con usted ahora. Esta noche.

—Son..., son más de las diez...

—¿Qué pasa? ¿Tiene usted miedo a la oscuridad? Le espero en mi casa, llegue a la hora que quiera, el cáncer no me deja dormir. Pero venga esta noche, necesito hablar con usted y es urgente. —La anciana hizo una pausa para tomar aliento—. Calle Maldonado, es la finca que hace esquina con Príncipe de Vergara, frente al jardincillo.

Cuando ella cortó la comunicación, Víctor tragó saliva: sin el menor disimulo, Pilar Boluda le había amenazado. Tenía que ser prudente, la agente no era el tipo de mujer que convenía tener como enemiga. Debía reflexionar cuidadosamente sobre cómo enfocar la conversación con ella, y para hacerlo observó en el mural el círculo dedicado a Pilar Boluda y todas sus conexiones.

—«... gente cuyo poder e influencias usted no es capaz ni tan siquiera de imaginar...»

Tras murmurar las palabras que segundos antes había escuchado a través del iPhone, Víctor se acercó al círculo del mapa conceptual correspondiente a la representante literaria. En él escribió con letra pequeña: «*¿Qué poderosa gente la financia? Me mintió respecto a sus motivaciones para conseguir los derechos de la obra de Hugo: no siente remordimientos*».

Se puso en los pies unas Onitsuka Tiger amarillo chillón y cogió la americana de pana, ya empezaba a refrescar por las noches. Comprobó que el Ruger estaba cargado y se lo metió en el bolsillo antes de bajar a la calle y parar un taxi. Eran las diez y media cuando llegó a la finca de la calle de Maldonado. Víctor empezó a repasar los tejuelos del interfono.

—Pilar Boluda, sexto, puerta doce...

Presionó el botón y estuvo esperando un minuto. Nadie contestó. Volvió a apretar y de nuevo se quedó esperando sin recibir respuesta. Era extraño, no tenía sentido que la agente literaria se hubiese largado después de insistirle en ir a su casa a aquellas horas de la noche. Y él no tenía su teléfono privado, tan solo el de la agencia, Pilar Boluda siempre le había llamado con número restringido.

—Mierda..., ¿para qué cojones me ha hecho venir?

A través de las puertas de cristal, vio cómo el ascensor se abría al fondo del zaguán: apareció una pareja de ancianos atildados como si se fuesen a la ópera. Él, bajo el chaquetón de vicuña, llevaba esmoquin. Ella lucía un abrigo de zorro blanco que en el octubre madrileño resultaba ligeramente temprano en una señora elegante.

—Buenas noches.

—Buenas noches.

Víctor ignoró la mirada despectiva que la mujer lanzó a sus Onitsuka y aprovechó la salida de la pareja para colarse en el zaguán. Marcó el sexto en el ascensor y se observó en el espejo mientras subía: tenía el rostro arruinado, las emociones de todo tipo que había experimentado las últimas semanas estaban pasándole factura. Llegó a un descansillo de finca rica. Se acercó a la puerta doce, la de la derecha. Iba a llamar



con los nudillos cuando se dio cuenta de que no estaba cerrada, tan solo cuidadosamente entornada.

—Señora Boluda...

No obtuvo respuesta. Aquello era muy extraño, Pilar Boluda no parecía el tipo de mujer que va a las once de la noche a pedirle sal a una vecina dejándose la puerta de casa entreabierta. En las fincas de ricos nadie se pide sal. Empujó con cuidado la pesada puerta de roble y esta se abrió silenciosa sin oponer resistencia. Volvió a entornarla tras entrar, a la vez que escaneaba el recibidor. Una tulipa con motivos chinos emitía un tenue resplandor. Todos los rincones de aquel vestíbulo abigarrado estaban plagados de recuerdos, había montones de fotografías con la agente literaria posando junto a escritores famosos: Marsé, Rulfo, Gala... Todas en blanco y negro.

—Señora Boluda...

El silencio en la casa era absoluto. Un largo pasillo sin luz era la única opción para seguir avanzando, por lo que Víctor empezó a recorrerlo muy lentamente. La alfombra que cubría el parqué absorbía el rumor de sus pasos, mientras él observaba los techos altos y las paredes cubiertas de litografías, cuadros y fotografías imposibles de apreciar en la penumbra. Al fondo del pasillo, dos puertas acristaladas anunciaban el salón de la casa, única estancia junto con el recibidor que parecía iluminada. Dejó atrás, a ambos lados del pasillo, la cocina, cuatro o cinco habitaciones, dos cuartos de baño. Todo en penumbra. Cuando alcanzó el final del corredor, acercó el oído a uno de los cristales opacos y biselados de las puertas del salón. Dentro no se oía absolutamente nada. Bajó con suavidad el picaporte y empujó la puerta.

—¿Hola?

Al asomar la cabeza, pudo ver un salón inmenso en el que no parecía haber nadie. Estaba decorado con el mismo estilo recargado que ya había visto en el recibidor, pero su tamaño le había permitido a su dueña crear tres ambientes. Uno era el de comedor propiamente dicho, con una espectacular mesa de caoba negra *art déco* con su correspondiente juego de sillas y lámpara de araña. Ligeramente elevada por dos escalones para evidenciar que se trataba de otro ambiente, el salón se transformaba en biblioteca. De allí provenía la escasa luz que Víctor había distinguido desde el recibidor: rodeada de estanterías atestadas de libros, una preciosa lámpara de pie estilo Tiffany permanecía erguida y encendida junto a un butacón inglés de lectura. Su tulipa había sido decorada, mediante un fino trabajo en bronce sobre vidrio, con flores de adormidera y lilas, que, al filtrar la luz de la bombilla, meraban la estancia de una serena calidez.

El tercer ambiente del salón, justo a la derecha de la puerta en la que permanecía Víctor, era la zona de trabajo de Pilar Boluda. Tras una mesa de metacrilato repleta de papeles, se veía un butacón giratorio de grandes dimensiones. Permanecía de espaldas al salón y de cara a la pared, como si el asiento de piel estuviese contemplando muy interesado un cuadro de Miró que colgaba frente a él. Aún desde la puerta del salón y con la escasa luz, Víctor vio sobre el reposabrazos derecho del butacón algo que no

sabía muy bien qué era. Dio tres pasos en esa dirección.

—¿Señora Boluda?

No obtuvo respuesta. Al acercarse, pudo distinguir mejor la silueta que había visto sobre el reposabrazos del butacón giratorio. Era una mano. Aunque no dejaba de ser lógico que una mano descansase sobre un reposabrazos, un escalofrío recorrió el espinazo de Víctor: algo le decía que todo aquello no iba a acabar bien.

—Señora Boluda, ¿es usted?

Era obvio que alguien estaba sentado en el butacón giratorio dándole la espalda a él y de cara al cuadro de Miró, pero nadie respondió. Víctor se fue acercando lentamente a la mesa del despacho. Al llegar a ella la bordeó para alcanzar el butacón.

—¿Se-señora Boluda?

Dio la vuelta alrededor del sillón y entonces, frente a él, contempló una imagen que hizo que sus piernas temblasen. Una arcada cavernosa arrancó desde el fondo de su estómago dejándole un sabor agrio en la garganta: troquelado sobre la piel negra del butacón, podía verse el minúsculo cuerpecito contrahecho de Pilar Boluda, que se acurrucaba escorado en un extremo del asiento. Sus ojos cadavéricos permanecían abiertos, dibujando una cara de espanto. En medio de la frente, de un círculo rojo de silueta perfecta, manaban pausadas gotas de sangre: a Pilar Boluda alguien le había pegado un tiro en la cabeza.

—Se lo tienes que contar, Paloma.

—Ya lo sé..., pero tengo miedo, ¿y si me deja?

—Es un riesgo que tendrás que correr. Pero, vamos a ver, ¿tú estás segura? ¿Has hecho bien los números?

—¡Pues claro que he hecho bien los números, Santa! ¡Soy matemática joder! Pero estas cuentas no son tan fáciles de echar, el cuerpo no es un reloj. No puedo estar segura al cien por cien, fue cuestión de días... Hasta que no nazca el niño, no lo sabremos...

Estaba a punto de echarse a llorar.

—... y Beni es muy bueno, pero tiene mucho carácter, y es un hombre orgulloso..., seguro que me deja...

—Qué te va a dejar, mujer...

—Que sí, Santa, te lo digo yo, que lo conozco. A Benito lo suyo no se lo toca nadie, y él es muy hombre... Me deja, me deja seguro.

Santa Tecla depositó con cuidado las cartas de póquer sobre la colcha y tomó las manos de su amiga, que ya derramaba lágrimas. Ambas mujeres estaban sentadas sobre la cama de la religiosa, con las piernas cruzadas y en pijama.

—Hay personas que, cuando las conoces, son como el pan sin sal, te dejan indiferentes, ¿sabes por qué, Paloma? Pues porque es gente sin ilusiones. Pero ese no es tu caso, tú no eres pan sin sal, a ti cuando se te conoce, se te quiere... Me ha pasado a mí... y estoy segura de que le ha pasado también a Benito: él no te dejará.

Pero debes contárselo.

Paloma miró a su amiga, agradecida. Santa Tecla era casi una adolescente, pero en la solidez de sus palabras se vislumbraba cuajo, demostrando una vez más que hay actitudes ante la vida que si a un hombre o a una mujer no le brotan en su juventud, aunque pasen mil años, ya no le brotarán.

—Y si te dejara, pues...

—¿Si me dejara, Santa? —La papada de Paloma temblaba nerviosa.

—Pues si te dejara por esto, quizás sea mejor así, porque para querer hay que olvidarse de uno mismo..., del orgullo..., y si Benito no es capaz de hacer algo así, pues no te merece.

—¿No..., no me merece? —Seguía haciendo pucheros.

—Sí, Paloma, sí..., no te merece, que tú vales mucho. Además, cuando una chica elige a un chico como pareja, si es lista, lo evaluará también como expareja, para no quedarse con un cretino que le amargue la existencia si vienen mal dadas. ¿O es que no ves a todas las pobres infelices a las que ayudamos y acogemos en el convento porque sus maridos las maltratan? —Dibujó un rictus solemne antes de proseguir—. Si Benito quiere merecerte, tendrá que pasar la prueba: has de contárselo.

La sonrisa de agradecimiento de Paloma fue suficientemente locuaz como para que ella no tuviese que pronunciar palabra.

—Y ahora sigamos con la partida, que no me puedo creer que con una escalera de color hayas intentando machacar mi...

—Santa... —Paloma la interrumpió, ignorando las cartas—, ¿crees que Cristo será un buen ex para ti?

—Pero..., pero ¡¿qué dices, sacrílega?! —La novicia se santiguaba con vehemencia—. Cristo llena mi corazón y es todo lo que yo necesi...

—Déjate de zarandajas, Santa. Cuando alguien me da un consejo, suele hablar de sí mismo... y tú me acabas de dar uno, y muy bueno. —Seguía destripando con la mirada a su amiga—. ¿Cuándo te casaste con Cristo, evaluaste si va a ser un buen ex? Porque supongo que sabes que antes o después os vais a separar.

La religiosa, que segundos antes había mostrado una serenidad de montaña, ahora se agitaba nerviosa.

—No quiero hablar de eso... Al infierno irás por culpa de esas barbaridades que imagina tu mente calenturienta. Vamos, coge las cartas, que aún tengo mucho que explicarte sobre cómo conseguir echarte un farol con tan solo...

—Santa, ahora es mi turno de ponerme sentenciosa: hace ya tiempo que te veo sin ilusión, y tú tampoco eres pan sin sal, pero te estás convirtiendo en un mendrugo duro dentro de esos hábitos.

La novicia llevaba en aquellos momentos un pijama de ositos, pero entendió lo que su amiga había querido decir.

—¿Un..., un mendrugo duro? ¿Tanto..., tanto se me nota?

Paloma, a pesar de no practicar *kyudo*, el arte del tiro con arco japonés, parecía

conocer su esencia milenaria: para acertar al centro de la diana, para alcanzar ese difícil objetivo, hay que apuntarse a uno mismo.

—Mogollón: últimamente andas siempre más triste que Marco y el mono Amedio en el día de la madre.

—¿Quiénes son esos?

—*Na*, cosas de mi juventud... Al turrón: ¿a ti que te pasa?

Los papeles se habían intercambiado sobre aquella cama: las lágrimas de Paloma ya se habían secado, reapareciendo su habitual vigor, y eran ahora las de la religiosa las que parecían querer brotar.

—¿Qué me pasa? Pues..., pues que a veces, Paloma..., a veces tengo la sensación de que mi alma es más vieja que yo... y no me gusta.

—La frase es muy bonita, la enviaremos a unos juegos florales de poesía, pero no te he entendido un carajo. Explícate mejor.

—Tengo... —Bajó el rostro, abochornada— dudas.

—¿Dudas sobre qué?

—Dudas sobre, dudas sobre si este es mi camino. Si he elegido bien.

—Concreta.

—Siento vergüenza hasta de pensarlo, es un sacrilegio... —Las lágrimas ya corrían por sus mejillas—. A veces me siento atrapada en una especie de realidad virtual...

—¿Realidad virtual?!

—Sí, Paloma..., realidad virtual. Sabes que soy informática, durante la carrera programé *software* para juegos que reproducen mundos paralelos. Virtuales. El profesor nos decía que lo más importante era conseguir que dentro de esos mundos que solo existían en el ordenador todo tuviese una coherencia interna absoluta..., innegociable. —Cabizbaja, hablaba sin dejar de mirar el *patchwork* de la colcha—. A veces, dentro de este convento, metida en los hábitos, tengo la sensación de que vivo en un mundo donde internamente todo es muy coherente, pero absolutamente ajeno al mundo real. Un mundo regido por un *software* propio que te atrapa al definir tus referentes... y no te deja plantearte en ningún momento si esos referentes son ficticios.

Paloma guardó silencio, sabía que no debía interrumpir aquella dolorosa catarsis.

—Pero bueno, si estoy aquí supongo que es porque así debe ser, porque el Señor lo ha querido, todo pasa por algo...

—Sí, Santa, todo pasa por algo..., por idiota, por ejemplo —cogió los cachetes de la religiosa y, sonriendo de oreja a oreja, le alzó el rostro: no podía permitir que su amiga siguiese cayendo en aquel pozo—. Primero, alegre esa cara, aquí la única que tiene derecho a estar triste soy yo, que por gilipollas voy a perder al chicharroncito que me tiene loca. Y segundo, no me puedo creer que hace un minuto me estuvieses dando consejos a lo David Carradine en *Kung Fu*, haciéndome sentir un *pequeño saltamontes* de ciento cincuenta kilos, y ahora razones como una cría. ¡¿Qué coño

*software* y mundos virtuales?! En la vida nada está predeterminado, la decisión es tuya..., y ten claro que, dentro o fuera de este convento, eres una tía de puta madre.

Sin saber por qué, instintivamente, se abrazaron.

—Pero qué *rebonica* eres, Paloma...

—Si tú supieras, más que el sol del mediodía. —Se separaron, manteniendo todavía las manos engarzadas—. Ya sé que es meterme donde no me llaman, Santa, pero no puedo evitar ver la chispita que se te enciende en los ojos cuando te hablo de mis problemillas de amor... Si no quieres, no me respondas, pero... ¿qué te pasa por la cabeza cuando ves un hombre que te gusta? Porque no me creo que no te gusten los hombres, y sospecho que ese es el origen de gran parte de tus dudas.

De nuevo la novicia bajó la mirada, ruborizada.

—Pues si te digo la verdad, Paloma..., qué vergüenza, Dios mío..., la clausura evita tentaciones, pero a veces..., cuando durante el día he visto a través de los ventanales, en la calle, a un chico guapo..., a veces..., sueño con él. ¡Pero ninguna cochinada, no pienses mal!

—¿Qué sueñas?

—Pues siempre sueño lo mismo... Sueño que me dice siempre la misma frase. Aunque los chicos sean diferentes, la frase es la misma...

A pesar de la curiosidad, Paloma tuvo la paciencia y la sensatez de guardar silencio.

—En mi sueño siempre me dicen, con voz tierna..., «bésame como si tuvieses la boca llena de flores... o de peces».

—Que frase tan chula.

—La leí en un libro hace ya tiempo, argentino, no recuerdo el título. Y no puedo olvidarla. Y cada vez que sueño con ella, me siento culpable...

De nuevo se echó en los brazos de Paloma, llorando a moco tendido.

—Santa, haces bien en leer mucho... y en leer sobre besos, porque, ¿sabes lo que dice Benito?

—No, ¿qué dice ese novio tuyo?

—Pues... dice que leer es como besar: a quien no lo hace con frecuencia, se le nota en la lengua.

Ambas mujeres se separaron, mirándose profundamente a los ojos, y, sin poder evitarlo, rompieron a reír.

—¡Dios mío!

Víctor respiró hondo para intentar recuperar el valor. Se acercó tímidamente al cuerpo de la anciana y se arrodilló frente al butacón para estar a la altura de su cabeza. A escasos veinte centímetros, los ojos abiertos y espantados de la vieja aún causaban más pavor. Acercó el oído al pecho de Pilar Boluda, pero no escuchó nada. Estaba muerta.

—Mierda...

Se levantó, incapaz de apartar la mirada del cadáver. En la media hora escasa transcurrida entre la llamada que Boluda le había hecho y su llegada a aquella casa, alguien había sido capaz de entrar y matar a la vieja. Sin embargo, era incomprensible que hubiese dejado la puerta de la casa abierta, eso facilitaba el descubrimiento del cadáver..., a no ser que el asesino quisiera que él lo descubriese. Un escalofrío le erizó la nuca de nuevo: seguramente había sido cuestión de minutos que no se cruzaran en el zaguán. Se acordó entonces de la pareja de ancianos atildados.

«¡Joder! Menudo marronazo...»

Desde luego, no tenían pinta de asesinos, sin duda serían unos vecinos del inmueble, pero podrían reconocerlo cuando la Policía empezase a hacer averiguaciones. La Policía... ¿debía llamarla? Aquella situación lo superaba, y el rumor de la sangre bombeando con fuerza sobre sus sienes no le dejaba pensar con claridad. Todo a su alrededor parecía transcurrir a cámara lenta por culpa del colapso emocional, debía tranquilizarse. Respiró profundamente durante un par de minutos. Ya casi había logrado calmarse cuando un nuevo sobresalto a punto estuvo de paralizarle el corazón.

¡Riiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiing! ¡Ring! ¡Ring! ¡Ring! ¡Ring! ¡Ring! ¡Ring!

Víctor no sabía de dónde provenía aquel estrépito insistente.

«¿Qué demonios...?»

El fragor del timbre redobló sus esfuerzos, parecía empeñado en destrozarle los nervios: era un interfono que sonaba en el recibidor, y quien llamaba estaba perdiendo la paciencia.

Corrió por el pasillo mientras el interfono atronaba sin cesar. Cuando conectó el videoportero se quedó de piedra.

«Pero... qué...» Su cerebro no era capaz de darle un sentido a lo que sus ojos desorbitados veían en la pantalla. «¿Qué hace ella aquí?»

Jessica, muy enfadada, no dejaba de apretar el botón del interfono a la vez que gritaba. Víctor conectó el audio y al instante escuchó la voz aguda y chirriante de su exalumna:

—¡Boluda, ábrame! ¡Vengo a por mi dinero! ¡Por mis cojones que de aquí no me muevo hasta que me pague! ¡Vieja de mierda! —Presionó otra vez el botón y el interfono volvió a berrear.

Él era todo confusión: en su mente el «problema Jessica» estaba compartimentalizado en una bodega estanca, independiente del «problema Boluda-Mendoza». No entendía por qué ahora, de repente y sin previo aviso, ambos problemas se conectaban.

—¡Como me siga jodiendo la marrana, le van a caer cuatro hostias, vieja *podría!* ¡Ábrame ahora mismo o...!

Por culpa de la sorpresa, Víctor incluso había olvidado por un momento que en el otro extremo del pasillo le esperaba un cadáver.

«¿Qué coño hago ahora?»

Decidió que tenía que desaparecer discretamente, sin que Jessica ni nadie lo viesen. Con un poco de suerte, el matrimonio de vecinos que se iba a la ópera no sería capaz de trazar su retrato robot, había sido un cruce fugaz, con escasa luz. Pero él conocía bien a su exalumna: se quedaría en la puerta de la finca berreando hasta que algún vecino abriese o llamase a la Policía. Y a él no le convenía ninguna de las dos cosas.

«Qué coño hago, qué coño hago... Piensa, Víctor, joder, piensa... Tienes que largarte de aquí ya...»

Su cerebro empezó a rebullir buscando una salida a aquella situación imposible, mientras el interfono no dejaba de pitar impidiéndole pensar con claridad.

—¡Si no me da mi pasta, yo a *usté* la mato! ¡Vieja cabrona...!

Víctor se quedó pensativo escuchando a su exalumna. Por el videoportero, la vio alejarse hasta la acera, furiosa, mirando agresiva a ambos lados de la calle. Parecía un miura ansioso por salir a la plaza a cornear. En ese instante una figura joven enfundada en un chándal con capucha, a la que solo se veía la espalda por la pantalla del interfono, salió de la portería. La figura desapareció enseguida del monitor, perdiéndose en la acera con paso presuroso. Jessica, alertada por el ruido de la puerta, se dio la vuelta y corrió para intentar aprovechar la salida de aquel vecino y entrar en el zaguán. Pero llegó tarde, la puerta se había cerrado de nuevo: eso puso a la joven aún más furiosa.

—¡Yo a usted la mato y la remato! ¡Ábrame, vieja de mierda!

¡Riiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiing! ¡Ring! ¡Ring! ¡Ring! ¡Ring! ¡Ring! ¡Ring! ¡Ring!

En la cabeza de Víctor, surgió la idea. No fue repentinamente, no fue una iluminación, un *insight* revelador que eclipsara cualquier otro pensamiento. La idea surgió más bien de modo tímido, oculta tras la bruma creada por toda aquella situación kafkiana y confusa. Pero poco a poco, mientras Víctor seguía por la pantalla del videoportero las evoluciones de Jessica, esa bruma de confusión fue disipándose en su cerebro hasta permitir que la luz de aquella idea iluminara el interior de su cráneo como si fuese una catedral gótica.

«Es una locura, pero... ¿por qué no?»

Víctor se puso manos a la obra. Comprobó que la puerta de la casa seguía entornada, tal y como él la había dejado. A continuación, presionó el botón del interfono: al oír el zumbido, Jessica empujó la puerta y entró en la finca hecha un basilisco. Víctor tenía tres escasos minutos antes de que ella llegase al piso. Salió corriendo por el pasillo, entro en el salón y cerró las puertas. Se dirigió hacia el butacón y, plantado frente al cadáver de la anciana, rebuscó en los bolsillos de su americana la cajetilla de Marlboro y el mechero.

«¡Joder! ¡Nunca hay un mechero cuando lo necesitas!»

Tenía un cigarrillo en la boca, pero nada para encenderlo, y ya casi no quedaba tiempo, Jessica llegaría en segundos. A pesar de la tensión y el miedo, estaba eufórico gracias a la adrenalina que genera la ilegalidad y las ideas brillantes, especialmente

cuando van cogidas de la mano.

«Joder..., joder, joder, joder...»

Observó a la vieja lleno de escrúpulos, pero pensó que si había decidido echar toda la carne en el asador, debía ser consecuente: una fumadora compulsiva como Pilar Boluda seguro que llevaba encima un mechero. Con aprensión empezó a escarbarle al cadáver los bolsillos de la rebequita de lana fresca que llevaba puesta.

«¡Bingo!»

Un precioso encendedor de plata con una Virgen de Fátima engarzada fue su botín. Le temblaba el pulso y necesitó tres intentos antes de atinar con la llama. Con el cigarrillo ya encendido, le entreabrió los labios a la anciana. Sintió un repelús instintivo al notar la frialdad de la carne muerta, nunca antes había tocado un cadáver. El rostro de Pilar Boluda, con los ojos abiertos y espantados, pareció escandalizarse ante la profanación. Tras asegurarse de que el cigarrillo encendido quedaba firmemente atenazado entre los labios, volvió a cerrarlos. Para finalizar, como si la anciana fuese un tétrico polichinela, apoyó los codos de su cuerpo sin vida sobre los reposabrazos del butacón, de tal manera que sobresaliesen visiblemente.

«Perfecto...»

Salió corriendo hacia la puerta de la sala y desde allí contempló su obra. Quien entrase al salón, justo en la posición que él ocupaba ahora, podía ver la espalda del butacón giratorio, que seguía encarado hacia el cuadro de Miró tal y como él se lo había encontrado al entrar allí por primera vez. Pero ahora los brazos de Pilar Boluda eran perfectamente visibles, y el humo de su cigarrillo sobresalía por encima del respaldo creando un efecto muy aparente: todo hacía pensar que la agente literaria contemplaba su querido cuadro de Miró mientras fumaba.

Víctor se escondió a toda prisa tras la puerta del salón justo en el momento en el que empezó a escuchar los pasos furiosos de Jessica recorriendo el pasillo. Sacó del bolsillo el revólver Ruger y lo amartilló. El corazón amenazaba con desbocársele dentro del pecho: el éxito del plan solo dependía ahora de que él fuese capaz de interpretar de manera creíble su papel.

La puerta del salón se abrió con violencia. En cuanto Jessica vio el butacón giratorio, dio tres pasos vigorosos hacia él.

—¡Qué coño pasa con usted, Boluda! ¡Quiero mi pasta, y la quiero ahora! —Al no obtener respuesta, la joven dio un paso más hacia la mesa, amenazante—. ¡¿Qué le ocurre, vieja chocha?! ¡Le estoy hablando! ¡Dese la vuelta y dé la cara en vez de mirar esa mierda llena de manchas!

Víctor le dio una patada a la puerta del salón que Jessica acababa de abrir, y tras la que él permanecía oculto.

—Tan maleducada como siempre. —Empuñando el Ruger, se esforzaba por darle a sus palabras un tono amenazante—. Muy bien, puta de mierda, ahora vas a cerrar la boca mientras yo sigo hablando con la señora Boluda y tú escuchas calladita como una buena chica. Cuando acabe con ella, te tocara a ti contestar a mis preguntas.



Mientras él se acercaba al butacón giratorio sin dejar de apuntar a Jessica, esta compuso un gesto burlón.

—Ya está aquí el tontolaba que faltaba, y otra vez jugando a pistolero. —Puso los brazos en jarras y se quedó mirando a Víctor con desprecio y sin asomo de temor—. ¡¿Qué coño haces?! ¿No te das cuenta de que no asustas ni a un niño? ¡Ya te lo dejé claro el otro día en...!

—¡Cierra la puta boca!

Con su espalda apoyada sobre el Miró, tenía delante el cadáver de la agente literaria, que seguía soltando humo gracias al absurdo cigarrillo encendido. Tras la mesa del escritorio, Jessica, en jarras sobre sus tacones de vértigo y enfundada en unos pantalones de cuero, lucía desafiante: Víctor supo que era el momento de jugársela.

—¡Ahora no estoy hablando contigo, zorra de mierda! ¡Déjame aclarar mis asuntos con esta señorona y ya luego me encargaré de ti!

Gritó tan fuerte que Jessica se vio forzada a callar. Dejó de apuntar a su exalumna y redirigió el cañón hacia el cadáver.

—Boluda, no se lo voy a preguntar más que una vez —ahora hablaba pausado—, ¿qué se traen entre manos usted y esta puta?

Aunque la pregunta no iba dirigida a ella, Jessica rio.

—Boluda, no le haga ni caso, este tío es una nenaza que no tiene cojones ni *pa* matar una mosca. Dígale que se largue y hablemos de nuestras cosas. —Compuso una sonrisa retadora y quebró la cadera—. Ale, campeón, a casita, ya te has *divertió* bastante...

Víctor no prestó atención a las palabras de Jessica y siguió hablándole al cadáver, ahora en tono furioso.

—¡Boluda, si no me lo cuenta usted se lo sacaré a este putón! ¡¿Qué se traen entre manos?!

—Y vuelta a empezar... —Jessica lo miraba burlona—, pero ¿tú estás tontico o qué te pasa? Boluda, ni caso, el soplapollas este no tiene *güevos* para...

El ruido atronador del primer tiro retumbó en toda la casa. Víctor apretó el gatillo tres veces más y al instante, sobre el cuerpecito de Pilar Boluda, aparecieron cuatro manchas rojas. Como si fuese un fardo repleto de serrín, el cadáver soportó estoico las sacudidas de los impactos. Tras disparar, Víctor empujó con el pie el butacón para que este girase: Jessica pudo ver entonces por primera vez el cuerpo de la agente literaria, que seguía sosteniendo tétricamente el cigarrillo entre sus labios.

—Ya ves lo que les pasa a la mujeres calladas. —Con voz pausada encañonó a Jessica—. Vamos a ver si tú eres más parlanchina.

La sonrisa retadora de Jessica había desaparecido de su rostro, fulminada por los disparos. A pesar de su abundante maquillaje, el pavor la había dejado pálida. Si hubiese estado calmada, habría podido comprobar que el difunto cuerpo de Pilar Boluda presentaba cinco impactos de bala, pero Víctor tan solo había disparado el

Ruger cuatro veces. Sin embargo, Jessica no estaba calmada.

—Era..., era tan solo... una..., una vieja. —Cayó de rodillas sobre la alfombra en estado de *shock*, balbuceando—. Estás loco...

—Sí, una vieja poco habladora. Y a mí aún me quedan balas y no sé muy bien qué hacer con ellas...

—¡¡No dispaes, no me mates, por favor!! ¡¡Te contaré todo lo que quieras saber, pero no me mates!!

Él rodeó la mesa escritorio y se quedó de pie junto a Jessica, que seguía arrodillada sobre la alfombra. En cuanto ella sintió el cañón frío del revólver sobre su cráneo, de nuevo gritó despavorida.

—¡¡¡No, por favor, Víctor, no!!! ¡¡Te lo contaré todo, pero no...!!!

—Deja de llorar, puta histérica... —El truco parecía que iba a dar resultados, pero debía darse prisa, los disparos quizás habían alertado a algún vecino y la Policía podía estar de camino—. ¿A qué has venido aquí a estas horas?! ¿Por qué te debía dinero Boluda?!

—Por..., por retirar la denuncia, me..., me dijo que en la cárcel no le servías de nada, a cambio me prometió cien mil euros. —Hablaba atolondrada entre sollozos, sin atreverse a alzar los ojos, fijos en la alfombra—. Pero se hacía la longuis, no aflojaba la mosca y me daba largas, y a mí..., a mí se me han *hinchao* los cojones y he venido a reclamar lo mío. Sabía que a estas horas la pillaría en casa... Víctor, tienes que entenderlo, yo soy una *mandá*... ¡No dispaes, por favor!

—¡Calla! ¡Contesta tan solo a lo que te pregunto! ¿Cómo te localizó la vieja para ofrecerte dinero a cambio de que retirases la denuncia?

El rostro de Jessica, cortocircuitado por culpa del miedo, ahora además mostraba confusión.

—Boluda no..., no tuvo que localizarme, nos conocíamos.

Víctor se quedó pasmado.

—¿Tú..., tú conocías ya a Pilar Boluda?

Ella respondió tartamudeando por culpa del pavor, pero con total naturalidad, como si la respuesta le pareciese obvia.

—Sí, claro..., nos..., nos presentó don Claudio, era muy amigo de la vieja, y me dijo que cualquier cosa que me pidiese Boluda era como si me la pidiese él mismo.

—¿Don..., don Claudio, el catedrático? —Víctor no podía creer lo que escuchaba—. ¿Tú conoces a don Claudio?

—Sí..., claro.

—¿Qué tiene él que ver en todo esto?

Ella, sorprendida, alzó por primera vez la cabeza para observar a Víctor. Aterrorizada bajo el cañón, tartamudeó de nuevo.

—Él..., él es el que..., el que lo ha *montao* todo. Él me contrató.

Víctor estaba paralizado por el estupor. Las bodegas estancas de su cerebro hacían aguas por todos lados.

—¿Montar?, ¿montar el qué? —Recordó que debía seguir interpretando el papel de asesino colérico—. ¡¿Para qué te contrató?!

Jessica volvió a bajar la cabeza, sumisa. Balbuceaba aterrada.

—Pues para..., para seducirte, *pa* ponerte cachondo. Yo debía suspender el examen y conseguir que me follases en la revisión, y así denunciarte. Yo necesitaba el dinero, por favor, no..., no me mates...

El cerebro de Víctor intentaba pensar con rapidez para así encajar el papel del catedrático en toda aquella trama, pero, noqueado por la sorpresa, no mostraba el *reprís* al que él estaba acostumbrado.

—¿Por qué quería don Claudio que me denunciases por violación?

—A mí..., a mí de eso no me hablaba mucho, yo en realidad tan solo lo vi un par de veces..., pero me dijo que quería acabar con tu carrera de profesor, echarte del departamento, y la manera de hacerlo era una denuncia por violación de una alumna... Decía que eras *mu güeno* en lo tuyo, y que como investigador y profesor eras intocable, pero no quería bajo ningún concepto que llegases a hacerte funcionario y te quedaras en su departamento *toa* la vida... Él te odia.

—¿Me..., me odia?

—Sí, claro... Él es de esa secta que están *tos* muy locos, el Solarium Campus o como se diga...

—El Sacrum Corpus.

—Sí, de esa también..., pues ahí son muy casposos, y él dice que una persona como tú, a la que le gusta la mala vida, no tiene cabida en su departamento...

Víctor empezó a sentir una sensación de coraje y rabia, tan desagradable que por un momento creyó tener una rata enorme y peluda colgando del agujero de su ombligo, mordiéndoselo con saña para no caer. Pataleando en el aire. La rata ahora, tras desgarrar la carne con sus dientes, parecía retorcerse para penetrar en el interior de su vientre.

—¡¿Y Boluda?! ¡¿Qué tiene ella que ver en toda esta historia?!

—Eso fue mucho después... Don Claudio me llamó un día y me dijo que viniese a verla, que la vieja quería hablar conmigo de un asunto con el que podía trincar mucha pasta...

—¡¿Qué asunto?!

—Boluda..., Boluda quería que yo cediese los derechos de la historia de la violación, para poder lanzar un libro... A mí, con tal de ganarme algo... La vieja preparó el contrato y toda esa mierda legal, lo firmamos y me dio mi dinero. ¡Te juro que toda esa jodienda del libro fue idea de ella! ¡Te lo juro! ¡Era una bruja!

Víctor era todo confusión. Dirigió una fugaz mirada al cadáver, que como un espantapájaros tenebroso lo observaba todo desde su butacón. El humo del cigarrillo seguía envolviéndole el rostro en un aura difusa, como si fuese el alma resistiéndose a abandonar este mundo.

—¿Para..., para qué quería esos derechos? ¿Para ganar pasta?

—No, el dinero le daba igual a la vieja... De hecho, me dijo que con lo que me había *pagao* a mí era imposible rentabilizar ese libro en caso de publicarlo. Decía que lo que quería era tenerte cogido por los *güevos*. En cualquier momento podía arruinar tu carrera amenazándote con publicar y distribuir por todo el mundo ese libro...

—¿Arruinar mi carrera?

—Sí..., decía que con esa baza en su poder harías lo que ella quisiera, podría chantajearte. Como profesor, estarías *acabao*, y si algún día querías hacerte escritor, las editoriales ni se acercarían a ti, serías un *apestao*. Me dijo que de todo eso no debía decirle *na* a don Claudio...; iba de gran señora, pero en el fondo era una vieja muy cabrona. Pero, Víctor, te aseguro que..., que tan solo lo hice por el dinero...

Él, ansioso por conseguir más información, presionó con fuerza el cañón del Ruger contra el cráneo de Jessica.

—¡Cierra la boca! —Su exalumna se puso a temblar—. ¿Alguna vez te habló de alguien por encima de ella? Alguien que la financiaba, muy poderoso.

Jessica dejó de llorar sin atreverse a alzar la cabeza.

—Una vez, una vez... la llamaron por teléfono estando yo aquí. La vieja no parecía tenerle miedo a *na*, pero cuando recibió esa llamada, se puso blanca... Habló con mucho respeto... y..., y hablaron de ti.

—¿Qué dijeron?

—No sé, no recuerdo... Además, yo solo escuché lo que ella decía, pero mencionaron algo de un libro, que tenías que conseguir un libro fuese como fuese y costase lo que costase...

—¿El libro se llamaba *Dejad que los niños se acerquen a mí?*

—¡Sí! ¡Eso es! Dijeron ese nombre..., ese era el título. Y también dijeron que ese libro no debía publicarse bajo ningún concepto.

—¿Que no debía publicarse?! ¡¿Estás segura de eso?!

—Sí, Víctor, no sé con quién hablaba la vieja, pero te aseguro que debía de ser muy importante..., porque..., porque estaba *cagá*. Y ese tipo insistía mucho en que costase lo que costase ella debía conseguir ese libro, al precio que fuese... Antes de colgar, la vieja le dijo algo así como..., algo como... «No se preocupe, le aseguro que el libro nunca verá la luz».

Víctor no era capaz de procesar toda aquella información en tiempo real. Unas sirenas a lo lejos lo sacaron del ensimismamiento.

—¿Qué más sabes?! —Debía largarse de allí cuanto antes.

—Nada, Víctor... Lo juro, nada... Te lo he contado *to...*

—¡¡No me mientas!! —Le clavó el cañón del Ruger en la nuca.

—¡Te lo prometo, Víctor! No..., no me mates, por favor... —Se hizo un ovillo en el suelo y empezó de nuevo a gimotear.

—Muy bien..., buena chica, por hoy te voy a dejar tranquila. Lárgate de aquí cuanto antes y no abras la boca. Esta noche ni tú ni yo hemos estado en esta casa, tienes tanto que perder como yo y recuerda: si te vas de la lengua, te busco hasta

debajo de las piedras y te reviento.

Jessica, aún temblorosa, se puso en pie y echó a correr hacia la puerta de entrada. Víctor, antes de imitarla, inspeccionó cada rincón de la estancia con mirada afanosa: debía asegurarse de que no dejaba ningún rastro físico de su presencia en aquella casa. Los ojos hueros de Pilar Boluda le devolvieron burlones la mirada, y él, a pesar de la ansiedad, recordó un viejo verso de César Vallejo.

*Pero el cadáver ¡ay! siguió muriendo.*

Deseoso de huir de todo aquello, él también corrió por el pasillo y cerró de un portazo al salir.

—¿Y por qué no vamos directamente a su casa y le metemos cuatro hostias bien dadas a ese curita?

—Pam, no seas bestia. Al principio yo también me sentí tan indignado que hubiese ido a por él a darle su merecido, pero eso sería una barbaridad, no es inteligente. Le pondríamos sobre aviso. Lo que tenemos que hacer es recabar pruebas de todo lo que me ha hecho para así poder denunciarlo. ¡Ten cuidado, te vas a comer esa *furgona*!

Víctor, asustado, se agarró con fuerza al freno de mano del Volkswagen «escarabajo»: Paloma conducía fatal, él hubiese preferido llevar su Porsche, pero don Claudio conocía el coche, y teniendo en cuenta que iban a apostarse frente a su casa, no quería correr el riesgo de ser descubierto.

—Esta bien, Víctor, pero yo no descartaría en un momento dado lo de meterle las cuatro hostias...

—¿Dónde me llevas, Pam?

—El curita de los cojones mucho voto de pobreza y humildad, pero se ha calzado un pisazo en Jaume Roig que tira *patrás*. Es la finca que hay justo enfrente del Colegio Alemán.

Todo el mundo en Valencia sabía que la calle de Jaume Roig era una de las más elitistas de la ciudad.

—Bueno, Pam, en realidad él no es cura, es miembro custodio del Sacrum Corpus. Estuve en la residencia de estudiantes que dirige; si hubieses visto aquello..., era *pa* cagar y no limpiarse.

Paloma maniobró para aparcar el «escarabajo» tras un camión de reparto de El Corte Inglés que estaba descargando en el Colegio Alemán. Apagó el motor mientras observaba el cuidado jardincillo que había frente a la portería de la finca que les interesaba. Empezaba a anochecer.

—Ese es el portal. Ayer por la tarde me acerqué a echar un vistazo y, en un despiste del portero, me colé en la finca. El piso está en la novena planta, pero te aseguro que la puerta de esa casa no la abre ni el puto gran Houdini..., tiene un

blindaje que ya quisiesen en Fort Nox.

Se quedaron mirando el lujoso zaguán.

—Oye, aparte de dónde vive, ¿qué más ha averiguado Santa Tecla sobre él?

—Poca cosa, pero sustanciosa. A través de la IP o no sé qué mierda, localizó el ordenador del viejo en la universidad. Entrar en esa máquina por lo visto fue pan comido, la monja se quedó flipada, pero ya le expliqué yo que en la universidad tenéis el mejor sistema de seguridad informática que existe: lo que hacéis no le importa a nadie una puta mierda.

—Al grano, Pam. —Él no le quitaba el ojo de encima a la portería.

—Sí, *bwana*..., pues dentro de esa máquina Santa solo vio chorradas. Estaba prácticamente vacía. Ella cree que el tipo trabaja con un disco duro externo que se lleva con él a todas partes y que actualiza con el ordenador de casa. Pero cuando nuestra monja preferida intentó acceder a la máquina que ese cabrón tiene ahí arriba... —Señaló la finca de enfrente—, eso fue otro cantar. Santa dice que sin tener el ordenador físicamente va a ser imposible echar un vistazo, el puto viejo por lo visto se ha gastado mucha pasta protegiéndolo contra *hackers*.

Víctor reflexionó.

—Pam, si tiene tanta seguridad informática y física es porque ahí dentro, en ese piso, Yo Claudio guarda sus secretos más valiosos. Estoy seguro de que en alguna parte debe de haber constancia de toda la trama que montó con Jessica para echarme del departamento.

—Menuda zorra guarra..., y además le cedió a la vieja los derechos editoriales sobre el tema de la violación. Me juego mi colección de chándales a que Boluda te llamó la otra noche con tantas urgencias porque iba a amenazarte con ese puto libro que jodería tu reputación y meterte así más presión. Me alegro de que le pegases cuatro tiros al cadáver para acojonar al putón de Jessica... Me hubiese encantado ver cómo se le soltaba la lengua.

Ambos seguían observando la portería mientras hablaban.

—Sí, pero puedo haberme metido en un lío.

—¿Por la pasma? La vieja ya estaba muerta antes de que tú le metieras los cuatro tiros. Además, ¿cómo va la Policía a enterarse? El Ruger que te pasé estaba limpio, ¿acaso crees que Jessica hablará?

Víctor reflexionó antes de responder.

—No, seguro que no, le metí el miedo en el cuerpo. Además, ella tendría muchas cosas que explicar si todo este pastel se destapa...

Cabeceó antes de proseguir.

—... pero Boluda me llamó por teléfono media hora antes de que se la cargasen, la Policía no tardará en localizar esa llamada y vendrá a preguntarme, estoy seguro.

—Ya..., pues les cuentas cualquier milonga, ella era agente literaria y tú profesor de Literatura, hay mil excusas para justificar la llamada. —Paloma, muy concentrada, guardó silencio durante unos segundos—. ¿Y crees que el putón de Jessica alertará a

Yo Claudio? Si sabe que vamos detrás de él, tenemos un problema, se protegerá con uñas y dientes.

—Ni de coña. Ella ya no tiene relación con Yo Claudio, retiró la denuncia y santas pascuas, toda la historia de mi violación finiquitada. No querrá meterse en líos, sobre todo habiendo un asesinato de por medio. Además, de haberlo hecho, él ya me hubiese llamado para desmentirla.

Paloma asintió.

—Sí, tienes razón. —Sus ojillos de cacahuete se acurrucaban para pensar con mayor intensidad—. Hay algo que no entiendo, dices que Boluda quería los derechos de *Dejad que los niños se acerquen a mí...*

—Sí, eso me dijo Jessica.

—Pero para *impedir* su publicación. ¿Para qué querría gastarse esa pasta en enterrar un libro con el que se pueden ganar millones?!

—Pam, no tengo ni puta idea, pero creo que ahí está todo el cogollo de esta historia, en ese libro. —Él dejó de vigilar la finca y miró a su amiga—. Boluda quería silenciar el libro, y Antonio Santamaría apostaba por ella: esa podría ser una buena razón para que el misterioso personaje que envía los manuscritos se cargase a la vieja e hiciese desaparecer al marido de Ana. Aunque aún no acierto a entender por qué el asesino dejó la puerta del piso de Boluda abierta después de matarla...

—¿Quizás salió con prisas?

—No me convence, demasiado simple. Lo que está claro es que Boluda no tenía ni puta idea de que existiera ese misterioso personaje que envía los libros, estaba convencida de que el manuscrito de *Dejad que los niños se acerquen a mí* lo tenía Ana en una caja fuerte, por eso me contrató a mí, y sospecho que por eso mandó registrar la casa de Cifuentes, el despacho de Botet y Antonio Santamaría, la buhardilla de Alcalá...

Paloma se quedó pensativa.

—¿Crees que Yo Claudio tiene algo que ver con los manuscritos?

—Me da la sensación de que no, creo que son historias independientes. Por un lado, él intentó apartarme del departamento con la trama de la violación, y, por otro lado, conocía a Pilar Boluda a través del Sacrum Corpus. Pero cuando sus intereses chocaron y Boluda decidió que yo no fuese a la cárcel, es obvio que primaron los deseos de la vieja sobre los de Yo Claudio. Seguramente los *poderosos financiadores* de Boluda tienen mucha influencia y presionaron al *gran cátedro* para que cediera en sus intenciones de meterme entre rejas.

Hablaba mezclando sorna y rabia, mientras vigilaba la finca.

—O sea, Vic, que al curita se la metieron *doblá* y sin vaselina.

—Eso creo yo..., aunque son todo conjeturas. Pero si esas conjeturas fuesen ciertas, es más que probable que Boluda o sus superiores dieran alguna explicación a Yo Claudio para que desistiese en sus propósitos contra mí. —Víctor señaló de nuevo con el dedo hacia el otro lado de la calle—. Y quizás en esa casa y en ese ordenador

de ahí arriba, además de pruebas de la trama que montó con la Jessi para joderme, haya algún rastro que nos permita saber quién estaba tras Boluda. Yo Claudio es nuestra única conexión con la vieja.

La finca soportó imperturbable el dedo acusador de Víctor.

—Pues a ver qué hacemos, el castillo parece inexpugnable...

—Pam, por mis huevos que entraremos en esa casa... y ya sé cómo.

—¿Cómo, señor Spiderman? ¿Por el balcón de un noveno piso?

—No, es mucho más sencillo. La solución está en Madrid, y lo bueno es que sé dónde. Te llamaré desde allí en cuanto la localice.

—Supongo que eso significa que ahora no me vas a contar nada...

—Ya eras lista, pero con el embarazo te estás superando a ti misma, debe de ser cosa de las hormonas. —Le dio un beso en la mejilla a la vez que le frotaba la barriga—. Anda, llévame a cenar a algún sitio bueno, me muero de hambre.

—Serás cabrón... Tú y tus putos secretitos... —Entonó una voz grandilocuente, propia de un locutor de radio californiano de los sesenta presentando un *cartoon* de la *Hormiga Atómica*—. ¿Quién mató a Kennedy? ¿En qué idioma están escritas las canciones de los Gipsy King? ¿El tercer secreto de Fátima es una receta de Arguiñano? ¿En qué nuevo lío va a meterse el cenizo de Víctor Vega? Grandes misterios de la humanidad... ¡Y **no olviden supervitaminarse y mineralizarse!**

—Gilipollas...

—Hablando de otra cosa, mariposa, ¿y Bea? —Paloma arrancó el motor del «escarabajo», que con sus vibraciones hizo flamear la papada de su propietaria—. Antes erais uña y carne y ahora vas de lobo solitario.

Él miró por la ventanilla, melancólico.

—*No comment about it.*

Víctor esperaba a su amigo Benito sentado en un taburete de la barra del Bar Los Malagueños, junto a la plaza del Xúquer. Quería hablar con él antes de irse a Madrid. A pesar de que era la hora del desayuno, las cazuelas tras el mostrador ya estaban repletas de frituras aceitosas y calóricas, que, a aquellas horas de la mañana, lucían intragables.

—Un café con leche, por favor.

A los cinco minutos el cuerpo orondo de Benito hizo una aparición estelar. Su sonrisa diáfana contrastaba con el día gris y tosco que el amanecer ya empezaba a anticipar. Antes de sentarse junto a Víctor, e incluso de saludarle, se dirigió con vigor al camarero.

—Caballero, hágame usted el favor de servirme un platito de ese lomo con pimientos tan rico que veo ahí, otro de ensaladilla y unos flamenquines. Sí, creo que será suficiente. Pan y un doble de cerveza.

Satisfecho y ya relamiéndose, apartó la mirada de la comida y se giró hacia Víctor, abriendo los brazos en toda su envergadura.



—Dame un buen arrumaco, amigo del alma.

En su rostro sonrosadote brillaba la felicidad, en contraste con los semblantes pesarosos del resto de los clientes, que entraban y salían con prisas reclamando un café antes de irse a trabajar. Benito lucía espléndido: camisa de hilo blanco immaculado con sus iniciales bordadas, corbata Marinella de seda natural en tonos rosáceos, y traje de corte a medida en lana merina Super 160's Premier Cru de Harrison.

—Déjate de abracitos, ¿te vas de boda o qué? Estás hecho un brazo de mar...

La sonrisa de Benito no desapareció ante el desplante de su amigo. Cerró los brazos y se arregló con esmero el pañuelo que le asomaba por el bolsillo de la pechera.

—Tu hosquedad no conseguirá estropearme este maravilloso día. Y deberías estar más contento después de haberte librado del juicio, no entiendo esa cara de enterrador. —Le cogió los cachetes a su amigo y se los estiró con cariños enérgicos—. ¡Y, para tu información, visto como los ángeles porque hoy me siento un ángel!

Creyéndose un ser etéreo hecho para el *ballet*, y a pesar de sus ciento cincuenta kilos de peso, se elevó sobre las punteras de sus Ferragamo y realizó un desastroso, pero meritorio, *fouetté en tournant* que finiquitó con apertura de brazos.

—*La vie douce, mon grand ami!*

Víctor no pudo menos que sonreír ante las payasadas rimbombantes y teatrales de su amigo.

—Bueno, y a qué debo tanto interés y premura por reunirme conmigo. Siempre es un placer verte, pero creía que ahora, que ya no requieres de mis servicios jurídicos, me dejarías dedicarme con ahínco a los clientes que sí me dan beneficios y alegrías.

En cuanto acabó su discurso, agarró con decisión el doble de cerveza que ya le esperaba en la barra y se bebió de un trago media jarra.

—Pues quería verte porque está tarde me voy a Madrid, pero antes creo que tienes que regalarme un puro. Tengo entendido que es lo que se estila en estos casos.

El rostro de Benito se ensanchó orgulloso. Por tercera vez desde que había entrado en el bar abrió los brazos abarcando media barra.

—¡Mi sultana ya te ha dado la noticia! ¿No te parece maravilloso? ¡Entiendes ahora mi felicidad! ¡Voy a ser *papá!*

Los diez clientes taciturnos del Bar Los Malagueños, que a aquellas horas maldecían frente a un café su mala suerte por tener que madrugar, se giraron hacia Benito ante los gritos de este. Enseguida volvieron a sumergirse en la prensa del día.

—Benito, déjate de moñadas con tanto abracito, voy a ir directo al grano. —Endureció el rostro—. ¿Qué intenciones tienes con Paloma?

—¿Que..., que qué intenciones tengo? —Un rictus de desconcierto le había aniquilado la sonrisa.

—Sí, abogado. Paloma es mi mejor amiga, no tiene a nadie que cuide de ella, y te aseguro que la quiero un montón. No voy a permitir que nadie le joda la vida.

—Vic... —Remató su cerveza antes de hablar—, Paloma es lo más bonito que me ha pasado en la vida. He cambiado. Ella me ha cambiado.

Víctor se quedó observando fijamente los ojos de su amigo, intentando dilucidar la sinceridad de aquellas palabras.

—¿Pasarías la prueba del riñón?

—¿La..., la prueba del riñón? —De nuevo puso cara de desconcierto.

—Sí, ya sabes, la prueba del riñón.

—¿Qué demonios es *la prueba del riñón*? —Benito estaba intrigado.

—Una prueba irrefutable para saber si estás enamorado de alguien.

—¿Y... en qué..., en qué consiste esa... *prueba*?

Preguntó prudente y tímido, como si fuese una gacelilla Thompson en un guateque de cocodrilos.

—Si Paloma cayese enferma mañana y necesitase uno de tus riñones, ¿se lo darías?

La gacelilla Thompson se irguió, adoptando una pose napoleónica. Antes de hablar, atravesó con la mirada los ojos de Víctor.

—No solo le daría un riñón, mi querido amigo: le daría los dos si mi ángel los necesitase.

Su tono de voz fue contundente como un mazo. Tras casi un minuto en silencio, intentando valorar la sinceridad de aquella respuesta, el profesor sucumbió y le dedicó una sonrisa generosa a su amigo.

—Por tu bien, espero que sea cierto.

Benito, ante el rostro de aprobación de Víctor, de nuevo se elevó feliz sobre sus Ferragamo e intentó realizar otra pirueta de *ballet*, que casi acaba en tragedia. Entre risas y jadeos, y ayudado por Víctor, se levantó del suelo y atacó ansioso la fuente de lomo con pimientos.

—¿De verdad que no quieres?, ¡está riquísimo!... Vic, pásame una de esas servilletas... sí, una de esas que con el satinado esparcen perfecta y uniformemente sobre la piel el aceite que nunca absorben.

Benito tomó el servilletero de Coca-Cola que su amigo le tendía y siguió hablando con la boca llena y el rostro congestionado por la alegría.

—Vic, nunca he sido más feliz, Paloma me encanta... —Comía y hablaba derrochando júbilo—. Tú ya sabes que yo siempre he pensado que una pareja no se tiene confianza hasta que no se tiran juntos un par de buenos pedos en la cama. Pues agárrate, la primera noche, después de pegar un polvo de aúpa, la muy cochina se descerrajó dos cuescorros sin previo aviso que yo creo que estuvieron a punto de modificar el eje de rotación de la Tierra. ¡Y además muerta de risa! ¡¿Te lo puedes creer?!

—¡Por dios, Beni, no quiero saber eso! ¡Guárdatelo para ti!

El rostro del abogado era todo ilusión.

—La he encontrado, Vic, la he encontrado, es la mujer de mi vida... y ha sido

gracias a ti.

De manera pomposa, dejó el tenedor en el plato de flamenquines y se abalanzó sobre su amigo, fundiéndose en un abrazo con beso aceitoso en la mejilla incluido.

—Beni, hostias, déjame en paz..., pedazo bujarras...

Víctor estaba incómodo, no le gustaba el contacto físico: podía dar la vida por un buen amigo, pero no consideraba necesario sentir cómo sus corazones latían al unísono bajo la americana.

—Estamos en público y tú haciendo la maricona... —El profesor intentó desembarazarse de Benito, que seguía emocionado y atenazado a él—, ya sabes que yo no soy una persona física...

—No te preocupes, Vic, no te preocupes..., recuerda que mi despacho es civilista, estoy especializado en personas jurídicas.

Al abogado le salió del alma. Ambos se separaron y rieron la ocurrencia como chiquillos.

Víctor se fumaba un cigarrillo sentado frente a una taza de café humeante, mientras observaba en silencio el mapa conceptual que cubría toda la pared oeste del salón de la buhardilla. Intentaba concentrarse en él, pero su mente se enroscaba tozuda y obsesiva una y otra vez alrededor del recuerdo de Bea. Por más que se decía a sí mismo que ella le había fallado y debía, por tanto, olvidarla, era desesperante comprobar cómo lugares tan vulgares como aquella habitación le contradecían, empapados como estaban por la nostalgia de lo allí vivido. Desesperado, se puso en pie dispuesto a salir de casa, un poco de aire fresco le vendría bien. Además, tenía mucho que hacer en la calle: había ido a Madrid para encontrar la llave que abría la casa de Claudio Serratosa.

«¿Quién coño será?»

El estrepitoso ruido del interfono le sobresaltó justo cuando daba un sorbo al café. Con el susto, algo de líquido cayó de la taza manchándole la camisa de leñador.

—Mierda. —Víctor se frotaba con el pañuelo—. ¿Sí? ¿Quién es?

—Don Víctor, Eustaquio al habla, para servirle. Disculpe que le interrumpa, sé que está usted muy *ocupao*, pero aquí en la portería hay un señor que dice ser policía y que quiere hablar con usted.

—¿Policía?

El portero bajó la voz en tono confidente.

—Sí, don Víctor, me ha *enseñado* la placa y es de las de verdad, no de esas que puede uno comprar en el Rastro. Es un secreta. ¿Quiere que le diga que no está *usté* en casa? Si necesita una cobertura, avíseme sin problemas, que aquí estamos *pa* ayudarnos...

Víctor pensó con rapidez. Era mejor afrontar aquella conversación cuanto antes; si no lo hacía, podía incrementar las sospechas de la Policía: lo último que necesitaba era que lo considerasen sospechoso de asesinato y empezasen a pasear su fotografía entre los vecinos de la finca de la difunta Pilar Boluda.

—No, Eustaquio, dígame que suba.

Colgó el interfono y corrió hacia el mapa conceptual. Arrancó con energía las tres cartulinas y volvió a arrastrar el sofá para cubrir la pared. Llamaron a la puerta.

«Mierda, sí que es rápida la Policía... ¿Dónde meto esto?»

Hablaba consigo mismo mientras contemplaba las cartulinas

—¡¡Ya va!! ¡¡Abro enseguida!!

Hizo tres bolas de papel enormes y miró a su alrededor. Un pensamiento algo neurótico le asaltó: ¿y si inspeccionaban el apartamento?

«A la mierda con el mapa conceptual..., menudo coñazo inútil...»

Abrió las puertas del balcón y lanzó por encima de la balastrada las tres bolas de papel. Lejos, abajo en la calle, alguien gritó castizo: «¡Guarros!». Cerró de nuevo el balcón acallando el murmullo de la ciudad y se dirigió a la puerta de la buhardilla. Al abrirla, se topó con un hombrecillo cincuentón con bigote negro y pelo abundante que empezaba a encanecer. Era bajito y entrado en carnes, y su aire bonachón era

imposible de asociar con la imagen de un policía que Víctor tenía estereotipada en su imaginación. Tan solo la gabardina con la que cubría su traje barato y ajado, encorbatado con un nudo minúsculo, recordaba vagamente a la de un inspector de telefilme serie B.

—Señor Vega, disculpe que le moleste tan temprano. Florentino Andrada, para servirle. —Le tendió amable su mano regordeta, esbozando una sonrisa casi infantil—. Creo que el portero ya le ha informado de cuál es mi profesión, ¿puedo pasar?

—Por supuesto, por supuesto, adelante...

Entró con timidez, tras frotarse los zapatos sobre el felpudo.

—Siéntese en el sofá, inspector Andrada.

—Florentino, por favor. A secas.

Víctor dudó.

—Pues... siéntese usted en el sofá..., Florentino. Yo voy en un minuto, me he manchado la camisa con el café y me iba a cambiar, ¿le sirvo una taza? Está recién hecho.

—No, gracias, ya he desayunado. Y nunca tomo café, me altera.

Sonrió beatíficamente de tal manera que los cachetes se le inflaron dibujando dos hoyuelos.

—Vaya, vaya y cámbiese tranquilo. Un chico joven y con la buena planta que usted tiene no debe ir por ahí hecho un desastre.

Con aires de inspector Clouseau, le dio a Víctor dos golpecitos paternales en el brazo. Se dirigió hacia el sofá con mucha parsimonia, mientras sus ojillos escudriñadores lo observaban todo.

—Tiene usted un apartamento muy acogedor.

—Bueno, en realidad el apartamento es de una amiga. —Víctor hablaba desde la habitación mientras se cambiaba de camisa—. Me lo ha cedido temporalmente.

—Sí, eso me dijo. —La voz en *off* de Florentino Andrada le llegaba al profesor tras atravesar la puerta que separaba las dos estancias del apartamento—. Estuve hablando con ella, supongo que... *ya sabe de qué*.

Víctor se quedó paralizado con un brazo enmangado y el otro no: creía que el inspector estaba allí por el asesinato de Pilar Boluda. Con rapidez intentó reordenar sus pensamientos.

—Sí... Ana me pareció muy preocupada..., su marido, por lo visto, hace días que no aparece ni por casa ni por el trabajo, qué horror. Me contó también toda la extraña historia del dinero en billetes de cincuenta que fue a recoger al banco. —Con la máxima naturalidad que fue capaz de fingir, entró de nuevo en el salón ya con camisa limpia y americana, sentándose en el sofá junto al policía—. ¿Han localizado ya a Antonio?

—Estamos en ello, señor Vega, estamos en ello... —El policía no se había quitado la gabardina a pesar del calor que hacía dentro del apartamento: aquella temperatura a finales de octubre en Madrid no era normal—. ¿Me permite llamarle

Víctor? Es que los formalismos me parecen tan aparatosos...

Con su mostacho poblado y feliz, parecía sonreírle mientras, hecho un ovillo, se cogía con las manos entrelazadas las rodillas.

—Por supuesto, Florentino, llámeme Víctor.

Aquella muestra de confianza pareció esponjar de gusto al policía. Destrabó las manos y extrajo del bolsillo de su gabardina un bolígrafo Bic y una libretita que empezó a hojear mientras hablaba.

—Espero que no le importe que le haga algunas preguntas, cualquier información puede ser útil para localizar al señor Santamaría.

—Por supuesto, por supuesto, le ayudaré en todo lo que pueda. Ana es una buena amiga, un sol de persona.

—Sí, lo sé, y, si me permite decirlo, una gran mujer. Qué delicadeza, qué elegancia, qué saber estar, ni asomo de histerismo... En mi trabajo, es muy habitual ver a familiares que pierden los papeles, pero Ana Cifuentes... Ya no quedan mujeres así. —El policía hablaba con tono admirado, con aire de trovador, mientras observaba a través de los ventanales la azotea del Círculo de Bellas Artes—. Vaya, que gran visión tiene usted desde aquí de la estatua de Minerva. ¿Sabía que además de ser la diosa de la sabiduría, lo era también de la guerra? Sabiduría y guerra... ¿No le parece una yuxtaposición extraña, una especie de... oxímoron?

Ahora Florentino Andrada observaba con ojos meticulosos a Víctor, que cada vez se sentía más incómodo con un policía tan singular y extrañamente amable.

—Florentino, si..., si le digo la verdad, lo último que esperaba es a un inspector al que le gustase la mitología romana.

—¿Gustarme? ¡Me apasiona todo lo que tenga que ver con el mundo clásico! —Con sus mofletes regordetes coronados por hoyuelos, volvía a sonreír, feliz como un niño aplicado—. Le he de decir que la televisión ha hecho mucho daño a mi profesión, la gente a veces nos ve como bárbaros siempre pistola en mano. Yo, por ejemplo, *esta* no la he usado desde que salí de la academia...

Metió la mano en su sobaquera y sacó un pequeño revólver.

—Menuda carga, todo el día con ella encima durante treinta años para nada... —Volvió a guardar el arma reglamentaria sin quitarle los ojos de encima a Víctor—. Pero bueno, metámonos en faena, que seguro que usted es un hombre muy ocupado.

—Tranquilo, Florentino, si es para localizar al marido de Ana, tengo todo el tiempo del mundo.

—Bien, bien... —El policía volvía a repasar meticulosamente su libretita mientras hablaba—. Según la secretaria del señor Santamaría, usted fue la última persona a la que recibió antes de desaparecer. Al día siguiente de su encuentro, él se esfumó tras pasar por el banco y recoger un millón de euros. ¿Podría contarme el motivo de su visita?

Bic en mano, esbozó un gesto cordial mientras esperaba la respuesta, listo para tomar notas como un alumno empollón.

—Bueno, Ana se lo habrá dicho. Estamos preparando una biografía de su difunto esposo, Hugo Mendoza...

El policía alzó la cabeza y se detuvo en sus anotaciones.

—Adoro su obra.

Víctor se quedó sin saber qué añadir a aquella escueta frase, apuntillado como estaba bajo la mirada paternal y complacida del policía.

—Disculpe, le interrumpí. Continúe, por favor.

—Pues..., como le decía, Ana Cifuentes me contrató para preparar una biografía de Hugo Mendoza. Queremos que sea algo muy vital, con opiniones y puntos de vista de todo aquel que le conoció...

De nuevo el policía alzó la cabeza de su libretita para interrumpir, esta vez con suavidad.

—Disculpe si me equivoco, Víctor, pero creo que Antonio Santamaría no llegó a conocer a Hugo Mendoza.

—En efecto, cuando Antonio conoció a Ana hacía ya años que Mendoza había fallecido. Pero quiero también la visión de todos aquellos relacionados íntimamente con su obra. Como ya sabrá, Antonio Santamaría y Rodrigo Botet son los encargados de la edición y comercialización de sus libros. Por eso fui a entrevistarle.

—Entiendo... —El policía mordió la caperuza del Bic—. Y ¿fue bien la entrevista? ¿Hubo algún problema entre ustedes?

Su tono no escondía ninguna insinuación.

—En absoluto, todo fue muy cordial. Antonio me habló de los aspectos más comerciales de la obra de Hugo, él lleva las cuestiones técnicas y económicas de la edición.

—Ajá..., ya veo —el policía anotaba encorvado sobre la libreta, que seguía apoyada en sus rodillas—. No sé si lo sabe, Víctor, pero justo cuando salió usted de su despacho, el señor Santamaría recibió una llamada que su secretaria describe como..., a ver que lo encuentre..., aquí está: «una extraña voz que parecía de robot y que se negó a identificarse». Tras esa conversación con la «extraña voz de robot», el señor Santamaría encargó el millón de euros, ¿se le ocurre quién pudo ser el que realizara esa llamada?

—No tengo ni idea, ¿han intentado localizar el origen, desde qué teléfono se hizo?

Florentino Andrada alzó la cabeza y dejó de escribir.

—Por supuesto, Víctor, es lo primero que hicimos, somos muy profesionales. — Sus palabras no eran defensivas, tan solo tenían un tono amable y pedagógico—. Pero ha sido imposible, la llamada se realizó a través de Skype desde España, pero utilizando un servidor remoto radicado en Nueva Delhi. Además, seguramente llamaban desde el ordenador de un cibercafé, de modo que es imposible saber quién la hizo, tomaron muchas precauciones. Incluso si la tuviésemos grabada, con el distorsionador que utilizaron, sería imposible cotejar voces.

Víctor escuchaba con atención.

—Pues no puedo ayudarle, ni siquiera sabía nada de esa llamada.

—¿Desde su visita al señor Santamaría ha vuelto a saber algo de él? ¿Han tenido algún contacto de cualquier tipo?

—No, ninguno.

El policía mordisqueó de nuevo el Bic sin levantar la mirada. Por primera vez desde que se había sentado, guardó la libretita y cruzó las piernas tras abrir los faldones de su gabardina beis llena de lamparones.

—Sabe una cosa, Víctor, es usted un hombre con muy mala suerte.

Bajo el poblado bigote, y atravesada por el Bic, podía adivinarse una sonrisa traviesa.

—¿No..., no le entiendo inspector..., perdón, Florentino?

—Pues eso, que tiene usted muy mala suerte.

—¿A qué se refiere?

Las palabras del policía, al salir por su boca, se impregnaron del rictus travieso que su sonrisa llevaba ya rato dibujando.

—Ana Cifuentes le contrata a usted para elaborar una biografía de Hugo Mendoza, y resulta que se le ocurre entrevistar a su marido: al día siguiente, este desaparece. —Sus dos hoyuelos le traspasaban los cachetes como si fuesen chinchetas—. Al poco tiempo aparece asesinada en su casa la conocida representante literaria Pilar Boluda, y resulta que, ante mi sorpresa, la última llamada que se hizo desde el teléfono de la casa de la señora Boluda, justo antes de morir esta, fue... a usted.

Sin dejar de sonreír, Florentino Andrada atravesaba con sus ojos de niño empollón a Víctor.

—Amigo mío, espero que tenga usted suerte en el amor, porque lo que es en el trabajo... Persona con la que habla, persona condenada.

Víctor no se esperaba aquel repentino cambio de rumbo en la conversación, ni el tono totalmente falto de agresividad del policía: para aquel hombre todo parecía un juego.

—Bueno, sí..., leí..., leí la noticia en los periódicos. —Víctor se revolvía incómodo en el sofá—. La noche de su asesinato hablé con ella por teléfono, pero no sabía que había sido la última llamada que hizo la pobre mujer..., me deja, me deja usted de piedra.

—¿No se le ocurrió pensar que tal vez la Policía podía estar interesada en conocer ese dato?

—¿Se refiere..., se refiere a que la señora Boluda habló conmigo la misma noche en la que la mataron?

—Sí, eso es. —El inspector se abrazaba ahora de nuevo las rodillas con las manos entrelazadas, encogido como si fuese un chiquillo esperando su cuento de miedo ante un fuego de campamento.



—Pues la verdad es que no se me ocurrió. Pensé que, tal y como insinuaba el periódico, alguien entró en la casa de la señora Boluda para robar. Allí hay verdaderas maravillas...

—¡Ah! ¿Conoce usted la casa?

—Sí, estuve en un par de ocasiones.

—Vaya, qué curioso, ¿y cómo es eso? ¿Qué relación tenían ustedes dos?

—Bueno, la señora Boluda y yo estábamos en negociaciones. Como usted sabe, soy profesor de Literatura, y la verdad es que he empezado a hacer mis pinitos como escritor. —Víctor, mientras improvisaba, intentó parecer azorado para así disimular la tensión que experimentaba—. Fui a verla a sus oficinas y a su casa en un par de ocasiones, para hablar de sus condiciones como representante literaria.

Al policía se le iluminó el rostro.

—Víctor, ¡¿escribe usted?! ¿Prosa? ¿Ensayo? ¿Poesía?

—Novela.

—Novela, qué maravilla... —Florentino Andrada echó hacia atrás la cabeza cerrando los ojos—. La verdad es que le admiro, hace falta mucho valor para escribir una novela.

Se arrimó a Víctor en el sofá.

—He de confesarle que... me da un poco de pudor, pero... yo mismo he intentado..., bueno..., he escrito y tengo en casa dos libros de poesía. —Ahora miraba con ojillos llenos de fulgor—. Seguro que son horribles, pero algún día quizás me decida a enviárselos a un editor.

Parecía avergonzado a la vez que entusiasmado con aquella confesión. A Víctor aquel policía le resultaba surrealista.

—Nunca se sabe, Florentino. La poesía es difícil de publicar, pero lo importante es que usted disfrute escribiéndola.

—Es lo único que me relaja. En mi trabajo ves tantas barbaridades que luego necesito desconectar... —De repente, pareció despertar a la realidad—. Discúlpeme, Víctor, discúlpeme, por favor, seguramente a usted mis historias le parecen tonterías. Volvamos al tema, volvamos al tema, que estaba usted contándome cosas muy interesantes... Dígame, ¿cómo iban esas negociaciones con Pilar Boluda?

—La verdad es que la señora Boluda era muy dura. Me dijo que hasta que no acabara de escribir mi novela y ella pudiese valorar su calidad, no iba a fijar las condiciones de la representación, ni debíamos tampoco hablar de editoriales, distribución...

—Ya veo..., ¿y no le parecen unas horas algo intempestivas para telefonar sobre asuntos profesionales? ¿Tan urgente era?

De nuevo, a pesar de la carga de profundidad de la pregunta, no llevaba implícita en su tono ninguna acusación.

—Pilar era una tremenda trabajadora. No tenía horarios..., y no sé si sabe que padecía un cáncer bastante avanzado que no le dejaba descansar. Tampoco tenía

familia, supongo que en esas circunstancias en ocasiones no eres todo lo considerado que deberías con las horas de descanso de los demás..., pero es comprensible.

—Sí, eso es cierto. Pobrecilla. —Dibujó un gesto compungido y a continuación ensartó con sus ojillos a Víctor—. ¿Deduzco, por tanto, que *esa noche* usted *no estuvo* en casa de la señora Boluda?

Víctor se había preparado para ese momento, por lo que bordó una de sus mejores caras de póquer.

—No, qué va, estuve aquí toda la noche.

—¿Hay alguien que pueda corroborar eso?

Aunque el policía había hablado con su eterno tono melifluido, Víctor creyó que era su obligación mostrarse ofendido.

—No entiendo esa insinuación, parece que está usted sugiriendo...

—Por favor, Víctor, por favor... —Aturdido, tomó el antebrazo del profesor con gesto de preocupación—. En absoluto insinúo nada. Esto para mí es tan desagradable como para usted, pero debe entender que es mi obligación comprobar todos esos puntos. De escritor a escritor, le pido disculpas.

Si Víctor no hubiese estado tan nervioso, aquella cara entristecida y mofletuda de perro pachón le habría provocado la risa.

—Lo entiendo, Florentino, pero la verdad es que todo esto es muy desagradable... Respondiendo a su pregunta, estuve aquí solo toda la noche, no había nadie conmigo.

—Normal, tengo entendido que usted es un hombre soltero, y era un día entre semana y ya tarde. No se preocupe, no se preocupe... —Dio dos cabezadas de asentimiento con el rostro todavía lleno de embarazo—. Pues le voy a contar una cosa curiosa: a pesar de las maravillas que ya sabe usted que había en esa casa, el asesino no se llevó nada. A la prensa le filtramos el móvil del robo para no dar pistas sobre nuestras investigaciones, pero es todo muy extraño, no faltaba nada. Fíjese, tan solo el cuadro de Dalí que había tras la mesa del despacho nos han dicho los expertos que está valorado en más de dos millones de euros, y ahí seguía cuando llegamos. Intacto.

—La verdad es que sí que es extraño. Solo por ese cuadro hay gente que mataría..., aunque creo que se confunde, Florentino, no se trataba de un Dalí, es un Miró.

El policía volvió a sonreír travieso.

—Tiene razón, Víctor, tiene usted razón, llevo tantas cosas en la cabeza... Además, la pintura no es lo mío. A mí lo que me gusta es la literatura, la historia, la danza. —Suspiró bonachón—. Pues ya le digo, la señora de la limpieza, que llevaba toda la vida con Boluda, nos confirmó que no faltaba nada en la casa. Y nos dijo otra cosa muy extraña...

—¿A qué se refiere? —Víctor cada vez estaba más tenso.

—No sé si debería contarle esto, es parte de la investigación, pero la verdad es que me ha caído usted bien. —El policía se arrimó aún más a Víctor y puso voz

solemne a la vez que bajaba el tono—. Encontramos el cadáver de Pilar Boluda con un cigarrillo en la boca. El desalmado que la mató la pilló fumando y no tuvo ni siquiera el miramiento de..., prefiero no pensarlo. Pero bueno, vayamos a lo importante. La señora de la limpieza nos dijo que Boluda odiaba los cigarrillos, no podía ni verlos. Ella solo fumaba puritos aromatizados, esos que antes se llamaban...

Dudó avergonzado.

—... *putis*, en otras épocas solo las mujeres de mal vivir fumaban esas cosas. Y va y resulta que su cadáver aparece con un cigarrillo en la boca, odiándolos como los odiaba la pobre... ¿No le parece muy extraño?

—La..., la verdad es que resulta incomprensible.

—¡Pues eso mismo pensé yo, y decidí indagar! —Destilaba orgullo infantil—. Envié a analizar el cigarrillo al laboratorio y... menuda sorpresa.

—¿Sorpresa?

—Sí, Víctor, sí, no se lo va a creer cuando se lo cuente. Resulta que en el cigarrillo había dos tipos de saliva, una era la de la señora Boluda, y la otra desconocida.

Disimulando su inquietud, Víctor compuso cara de intriga.

—¿Quizás..., quizás el asesino y ella compartieran el cigarrillo?

—¡Equilicué! —El policía parecía ahora emocionado—. Esa saliva podía ser la conexión con el asesino, así que pedí que la cotejaran con la base de datos policiales de ADN, sin muchas esperanzas, la verdad.

—Ya..., y... ¿hubo suerte?

—¡Pues sí! ¡Sonó la flauta!

Tras agarrarse de nuevo tímidamente las dos rodillas con sus manos entrelazadas, habló en su tono habitual, amigable y pedagógico.

—El ADN de esa segunda saliva coincidía con el de un hombre con antecedentes policiales. Ya ve usted, qué suerte hemos tenido..., dentro de la desgracia, por supuesto. Ese tipo, por lo visto, fue acusado de violación y teníamos el ADN que se extrajo de su semen, recogido de la vagina y el tracto rectal de la denunciante, una joven alumna del flamante profesor universitario... —En su tono no había asomo alguno de sarcasmo— Víctor Vega.

Como un prestidigitador que acabara de sacar de su chistera un conejo, sonreía satisfecho, pero sin jactancia alguna. Víctor lo observaba sin saber qué decir, porque todas sus energías estaban centradas en decidir qué debía hacer: decididamente había subestimado a Florentino Andrada, no era tan inofensivo como sus modales infantiles y bobalicones le habían hecho pensar. El policía siguió hablando con su tono amable de cuentacuentos, aparentemente ajeno al hecho de que tenía frente a él al protagonista de aquella narración.

—A la vista de este hallazgo, creí oportuno incorporarle a usted, Víctor, a la lista de sospechosos del asesinato. Espero que no me lo tenga en cuenta, pero debe entenderlo, va usted dejando fluidos corporales allí por donde pasa: el semen dentro

de su alumna, la saliva en el cigarrillo de Boluda... Debería ser más cuidadoso con ese tipo de líquidos tan... *personales* —Soltó una risita tímida, como si se avergonzase del atrevimiento de la broma—. Para serle franco, he de decirle que usted encabezaba la lista de sospechosos, pero no me gusta precipitarme, por lo que intenté corroborar mis datos. Estuve visitando a los vecinos de la finca de la señora Boluda con una fotografía suya, y resulta que un matrimonio de ancianos muy amables, que además adoran la ópera wagneriana casi tanto como yo, le identificaron sin ningún género de dudas como la persona que entró en el zaguán de la finca la misma noche y a la misma hora en la que la señora Boluda fue asesinada.

Con un dedo golpeaba su rodilla para reafirmar cada palabra.

—Víctor, ¿sigue sin tener nada que contarme?

Seguía sin mostrar un atisbo de agresividad. Ni de ironía. Ante el silencio del profesor, el policía continuó hablando con su eterno tono infantil y pedagógico.

—Como soy muy meticuloso, encargué a los chicos de huellas que hiciesen un análisis exhaustivo de la casa de la víctima. Obviamente, había huellas de mucha gente en la vivienda, y entre ellas las suyas, Víctor. Eso estaría justificado, ya que usted mencionó antes que estuvo en la casa en un par de ocasiones..., pero lo que me parece muy curioso y ciertamente inexplicable, considerando que usted niega haber estado esa noche en el lugar del crimen, es que sus huellas estaban en el mechero de plata de la señora Boluda que encontramos sobre su mesa de despacho. Mechero con el que fue encendido el cigarrillo que esta se estaba fumando cuando la mataron: encontramos trazas de la piedra del encendedor en las cenizas. —Hizo una pausa y se incorporó hacia delante, apoyando los codos sobre las rodillas y la barbilla sobre sus palmas—. ¿Está usted seguro de que *esa* noche no estuvo en *esa* casa?

Víctor se sacó la cajetilla de Marlboro del bolsillo y se encendió un cigarrillo. Estaba nervioso y olvidó ofrecerle uno al policía.

—Florentino, con todo lo que sabe sobre mí, ¿a qué narices ha venido aquí? ¿Por qué no me ha detenido ya?

El policía suspiró y se puso en pie con su parsimonia natural. Se acercó a los ventanales y, con las manos en los bolsillos de la gabardina, se quedó de nuevo observando el rostro de la diosa Minerva.

—Sabe una cosa, Víctor, yo siempre he admirado más a los sabios que a los guerreros. Y como le he dicho antes, cuando hablábamos de la diosa Minerva... — Señaló con el dedo la escultura al otro lado del callejón—, la figura del guerrero sabio, tan abundante en la mitología clásica y en la moderna, me parece una contradicción en sí misma. Un oxímoron: hablar de un guerrero sabio es tan absurdo como hablar de un instante eterno. Sí, muy poético y evocador, pero absurdo y contradictorio. Creo más en el poder de la mente que en el poder de las armas.

Cabeceó pesaroso.

—Pensando de forma adecuada se avanza más que a sangre y fuego, por eso no envié una patrulla a detenerle. Antes le quería conocer. —Volvió al sofá y se

arremangó los faldones de la gabardina antes de sentarse—. He venido hoy aquí a verle a usted porque hay en todo este asunto algo que no me cuadra. La verdad es que abajo esperan dos agentes, porque es más que probable que, como usted dice, hoy acabe detenido, pero necesitaba conocerle a usted antes para saber qué tipo de persona es. De otro modo, sospecho que no voy a poder aclarar las contradicciones inexplicables que hay en este asesinato, y mucho me temo que, si eso pasa, no encontraré nunca a Antonio Santamaría.

—¿A qué..., a qué se refiere?

—Víctor, escúcheme con atención, porque se juega mucho en esto. El cadáver presentaba cinco impactos de bala. Sin embargo, el estudio forense ha revelado datos muy interesantes: los disparos fueron realizados con dos armas diferentes. Uno de los tiros provenía de una pistola Uzi sin antecedentes. Los otros cuatro tiros fueron realizados con un revólver Ruger, también limpio. —El policía se frotó el mentón antes de continuar—. Pero ¿sabe qué es lo más interesante?

Obviamente, era una pregunta retórica.

—Pues que los disparos no fueron realizados a la vez por dos asesinos trabajando en equipo. El tiro que acabó con la vida de la señora Boluda fue el realizado por la Uzi, que le atravesó el cerebro y dejó a la pobre mujer tiesa. De esa herida manó sangre abundante. Pero, aproximadamente media hora después, alguien le disparó al cadáver otros cuatro tiros, no acierto todavía a adivinar el porqué. De esos cuatro disparos manó mucha menos sangre, por culpa del *rigor mortis*.

Sonó el zumbido de un teléfono móvil. El policía empezó a palparse todos los bolsillos hasta que al final localizó el aparato. Habló susurrando, avergonzado por la situación.

—No, Pepa, no, no me esperes para comer... El arroz caldoso me lo guardas para la noche... ¿Que un arroz con caldo *se esclata* y no se puede guardar? Bueno, pues entonces hazme fideos...

El cerebro de Víctor bullía furioso intentando decidir qué hacer. La imagen del bigote de Florentino Andrada lleno de fideos secos se coló por entre sus pensamientos, pero la borró al instante.

—No te enfades, cariño, que tu caldo está igual de bueno con arroz que con fideos... Te tengo que dejar, nos vemos a la noche, un beso.

El policía se guardó el teléfono.

—Era mi mujer, es una santa, qué paciencia tiene que tener conmigo... Es de Valencia, como usted, me hace unos arroces increíbles. —Su poblado mostacho volvió a curvarse forzado por la sonrisa que su boca había dibujado—. Víctor, ¿está usted seguro de que no quiere contarme lo que pasó *realmente* esa noche?

El profesor le dio una calada a su Marlboro. Su cerebro había tomado ya una decisión, pero no sabía aún cómo implementarla.

—Vamos a ver, Víctor, puedo equivocarme, pero usted a mí no me parece un asesino, ni le veo matando a sangre fría a una anciana. He estado haciendo

averiguaciones sobre Boluda y, seamos sinceros, la viejecita tenía un pasado truculento, debió de ser más mala que un dolor. Sin duda alguna, tenía enemigos en el negocio editorial... ¿Quién se la ha cargado? Pues aún no tengo ni idea, pero necesito que usted me ayude a resolver esto, sospecho que está relacionado con la desaparición de Antonio Santamaría, pero aún no sé cómo. Entenderá que, aunque colabore, le voy a tener que detener, me jugaría mi carrera profesional si no lo hiciese, considerando los indicios..., pero mi intuición me dice que usted no mató a Pilar Boluda, por lo que, aunque ingrese en prisión preventiva, si colabora conmigo, en cuanto resolvamos este asunto, quedará en libertad. —Cansado, se frotó los ojos antes de rematar—. Creo que debería contarme la verdad, sería lo mejor para todos.

La mirada que ahora unía ambos rostros era tan trenzada que una colada recién sacada de la lavadora podría haber sido tendida al sol en aquel hilo invisible. Incluso sin centrifugar.

—Florentino, no voy a decir ni una palabra si no es en presencia de mi abogado.

El policía suspiró, dibujando en el rostro un rictus trascendente.

—Me decepciona usted, Víctor, me decepciona... —De repente, se ensimismó de forma teatral—, ya le dije antes que adoro la poesía, especialmente la oriental. Los *haikus* japoneses me parecen sublimes..., y esta reacción suya, tan infantil, me recuerda a uno de mis preferidos.

Florentino Andrada iba a recitar, razón por la cual parecía algo avergonzado. Tal vez por eso frunció los labios de tal modo que su poblado bigote se elevó, como si fuese el tejado de una choza balinesa a punto de ser arrancado por un huracán.

*Y el gatito, al que se pesa en la balanza, sigue jugando.*

Cuando consideró que la milenaria esencia del *haiku* había macerado en el cerebro de Víctor, el policía insistió.

—¿Por qué no es inteligente y colabora?

El sospechoso no lo dudó ni un instante.

—Ya le he dicho todo lo que tenía que decirle.

—¿Está usted seguro?

Por toda respuesta, Víctor le dio otra calada a su Marlboro mientras observaba la alfombra. El policía se puso en pie con cara triste.

—Pensaba que era usted más inteligente, Víctor, creo que no debería desaprovechar esta oportunidad. —Caminó cansino hacia la puerta de la buhardilla—. Es una lástima que me lo ponga tan difícil.

Tomó el interfono.

—¿Es el portero? Pásame con el policía que hay en la puerta... El calvo, sí... Durrutia, suba, por favor, hay que llevarse detenido al sospechoso, que Sánchez se quede abajo esperando.

Colgó el auricular y se giró hacia Víctor.

—Espero que no le importe que eche un vistazo al apartamento, aquí está la orden judicial de registro.

Sacó un papel arrugado del bolsillo de la gabardina y lo dejó sobre la mesa escritorio de Hugo Mendoza.

—Por supuesto, adelante, le enseño el resto del apartamento... —Víctor se puso en pie y caminó hacia la puerta de la habitación—. Puede usted registrarlo a conciencia.

—Tranquilo, tranquilo, espere usted aquí, prefiero mirar por mi cuenta. Además, supongo que puedo darle la espalda tranquilamente...

De pie frente a Víctor, alzó la mano para darle dos golpecitos amigables en el hombro derecho. Habló en tono irónico.

—No creo que me pegue cuatro tiros, yo aún no estoy muerto.

Sin esperar a la réplica, se metió en el cuarto y empezó a observarlo todo con las manos metidas en los bolsillos de la gabardina.

—¿Eso de ahí es el baño?

—Sí, hace también las veces de cocina.

El policía se dirigió hacia allí seguido por Víctor. Apoyó la mano en el marco de la puerta y asomó la cabeza dentro.

—Vaya, nunca antes había visto un baño-cocina...

Era el momento. Si iba a hacerlo, aquella era su oportunidad: Víctor puso la mano en la espalda del policía y, cuando este se giró, sorprendido por el gesto, ya fue tarde. Sintió cómo le empujaban violentamente hacia el interior del baño-cocina y perdía el equilibrio, cayendo al suelo.

—¡Lo siento, Florentino, no es nada personal!

Con el policía en el suelo, Víctor cerró con fuerza la puerta. Tanto el pestillo del baño-cocina como el de la habitación estaban por la parte de dentro de las estancias y no le eran por tanto muy útiles, pero ambas puertas abrían hacia afuera. No había tiempo que perder. Con todas sus fuerzas, tiro de la cama de matrimonio hasta conseguir arrastrarla de manera que bloquease la entrada del baño-cocina.

—¡No sea estúpido, Víctor, solo conseguirá empeorar las cosas!

La voz en sordina atravesaba la puerta cerrada. El policía la empujaba con fuerza, pero la pesada cama impedía su apertura. Víctor corrió hacia el salón y cerró la puerta que lo separaba del dormitorio. Se colocó en el lateral de la estantería más próxima y cogió con ambas manos el tablón de madera por su parte más elevada. Para hacer palanca, apoyó la punta del pie en la base y empezó a tirar con fuerza. Repleta como estaba de libros, pesaba una barbaridad, pero Víctor sabía que, una vez superado el punto de equilibrio de la estantería, esta caería por su propio peso.

«Vamos, un poquito más...»

El estrépito fue ensordecedor. Ahora la puerta de la habitación también estaba bloqueada: mientras el inspector salvaba ambos obstáculos y el agente conseguía echar abajo la puerta de la buhardilla, él dispondría de unos minutos para pensar

cómo escapar.

«Tranquilízate, Víctor, reflexiona con calma qué coño vas a hacer...»

No se podía permitir el lujo de pasar semanas o meses en prisión ayudando a la Policía a resolver el asesinato de Pilar Boluda, no ahora: tan solo faltaba un mes para el 3 de diciembre. Y además no podía explicar lo que había sucedido esa noche en la casa de la agente literaria sin involucrar a Ana y sin mencionar la publicación fraudulenta de los libros de Hugo Mendoza. Necesitaba tener las manos libres para aclarar todo aquel entuerto. Se lo había prometido a Ana, y se lo había prometido a sí mismo.

—¡Inspector Andrada! ¡Inspector Andrada! ¡¿Está usted bien?!

El agente Durrutia aporreaba la puerta del apartamento, alertado por el estruendo de la estantería al caer. Víctor no tenía tiempo que perder. Salió al balcón y se abalanzó sobre la balaustrada. Abajo, en la calle, frente a la portería de la calle Alcalá, un Z policial aguardaba. Apoyado en él, un agente se fumaba un pitillo tranquilamente. Víctor miró en todas direcciones buscando una escapatoria: la única alternativa era la azotea.

«¡¿Cómo cojones me subo ahí arriba?!»

Sin pensarlo dos veces, se dirigió hacia el extremo del balcón semicircular que se volcaba sobre el callejón de Casa Riera y se aupó a la baranda de piedra. En cuanto estuvo arriba, todo su valor fue anestesiado por la altura: treinta metros más abajo, los minúsculos viandantes y los vehículos seguían sus ajetreados quehaceres, ajenos al pavor que Víctor experimentaba. Nunca había sentido vértigo, pero ahora, en el puro borde de la fachada, le temblaban las piernas. Dos estruendos le sobresaltaron a sus espaldas. Eran disparos. Se puso en cuclillas sobre la balaustrada y pudo ver a través de los ventanales del balcón la puerta de la buhardilla astillándose. El agente Durrutia estaba disparando a la cerradura para acceder a la vivienda.

«A la mierda con todo...»

Se irguió de nuevo sobre la balaustrada y con sumo cuidado alargó el cuello para mirar, como si fuese un periscopio, la pared de la fachada de su izquierda. Un canalón de cobre bajaba desde la azotea hasta la calle a escasos setenta centímetros del extremo del balcón sobre el que él se erguía. La tubería estaba atornillada a la fachada y parecía sólida, su función sin duda era hacer de desagüe a las aguas pluviales de la terraza del edificio. Sí conseguía alcanzar el canalón, tan solo tendría que trepar por él un par de metros hasta llegar a la azotea. Las tuercas y abrazaderas que tenía la tubería cada medio metro podían servirle de apoyo para los pies. Con ellos se impulsaría mientras con los brazos se asía al canalón.

—Hostia... —No debería de haber mirado hacia abajo— puta.

Un tercer disparo a sus espaldas acabó de decidirle: el policía entraría en el apartamento de un momento a otro. Víctor alargó el brazo izquierdo hasta conseguir agarrarse al canalón. Parecía sólido. Intentó hacer lo mismo con la pierna izquierda, pero no alcanzaba la tubería. Inspiró profundamente para intentar tragarse el miedo.



Tendría que dar un salto, ese sería el momento clave: durante unas décimas de segundo, estaría casi completamente en el aire. Pero no había otra manera de hacerlo. Tan solo su brazo izquierdo extendido agarraría algo sólido, el canalón, y dirigiría así el giro de todo el cuerpo.

«Por Dios, que esta puta tubería aguante... Una, dos, tres...»

*Ale hop.* Se propulsó con ambos pies hacia el vacío a la vez que con todas sus fuerzas flexionaba su bíceps izquierdo, de tal manera que su cuerpo giró en dirección a la tubería. Tras impactar, se aferró a ella con ambos brazos a la vez que la sentía crujir. El viejo metal, oxidado y carcomido tras tantos años a la intemperie, se quejó dolorido ante el peso que se le acababa de venir encima.

«Aguanta, por Dios, aguanta...»

Sin atreverse a mirar hacia abajo, se abrazaba a la tubería con todas sus fuerzas. Los pies pataleaban locos buscando a tientas los tornillos de la abrazadera, para utilizarlos como primer punto de apoyo en el ascenso. Tras localizarlos, se aferraron a ellos como si fuesen estribos. El rugido de la ciudad, ajeno al pánico interior que estaba experimentando Víctor, apagó los crujidos del metal. El canalón estaba resistiendo. Poco a poco fue alzando un pie tras otro, buscando el siguiente anclaje. Se ayudaba de los brazos para mantenerse pegado a la tubería. Tras escasos minutos que se le hicieron eternos, logró alcanzar la barandilla de la azotea. Al caer en la parte interior de la terraza, con la respiración agitada por el esfuerzo, sintió el mismo alivio que suponía que debían de sentir los muertos al llegar al cielo.

—Inspector, ¿por dónde narices se habrá escapado ese cabrón...?

Echado sobre el suelo de la terraza, junto a la baranda, tan solo había tenido unos escasos segundos de respiro. La voz le hizo ponerse de nuevo en guardia: provenía del balcón del apartamento, tres metros más abajo. El agente había conseguido entrar en la buhardilla y, tras apartar los muebles, ya había liberado al inspector. Ambos estaban ahora en el balcón, cavilando por dónde había huido Víctor. No tardarían en detectar que la única vía de escape posible era la azotea, y seguramente ya habrían dado la alarma y numerosas dotaciones policiales estarían de camino. Debía hacer algo, y debía hacerlo de prisa.

«Piensa, joder, piensa...»

Víctor, casi histérico, se puso en pie y observó ansioso la terraza en todas direcciones. La puerta de acceso estaba descartada, no tenía la llave y además desembocaba en la escalera del edificio, que era por donde subiría la Policía. El patio de luces había sido acristalado con vidrios de seguridad y era inaccesible, al igual que las torretas de ventilación de los aparatos de aire acondicionado.

«¡Mierda!»

El edificio Zurich era cuadrado, y dos de sus laterales Víctor los conocía bien. Uno era la calle Alcalá y el otro el callejón de Casa Riera. Treinta metros de caída libre hasta el pavimento eran un buen argumento para descartarlos. Echó a correr hacia el lateral opuesto de la azotea y, al llegar, jadeante, se apoyó en la baranda:

frente a él, varios metros más abajo, se extendía la inmensa azotea del Banco de España, pero separando ambas terrazas estaba la calle del Marqués de Cubas. Solo le quedaba por inspeccionar uno de los cuatro laterales de la azotea. Al alcanzarlo, comprobó desesperado que esa fachada del edificio Zurich tampoco lindaba con ningún edificio contiguo, sino con el jardincillo francés lleno de parterres y filigranas arbóreas que meses atrás le había parecido encantador, pero que ahora, por culpa de la desesperación, veía como un maldito *castrati* vegetal que no le servía de ninguna ayuda: el edificio Zurich era una isla que por sus cuatro costados estaba rodeada de... aire. Un ruido ensordecedor le forzó a mirar al cielo.

—¡Le habla la Policía! ¡Arrodílese y levante las manos de forma que queden bien visibles!

Era un megáfono: a escasos veinte metros sobre su cabeza, un helicóptero de la Policía Nacional estaba suspendido en el aire en vuelo estacionario. Con los ojos acurrucados por culpa de la ventisca generada por los rotores, Víctor empezó a verlo todo muy negro.

Paloma, sentada en la mesita más discreta de La Tapinería, esperaba a Benito muy nerviosa. Aquella era, sin duda, la conversación más dura que jamás había tenido que afrontar.

—Señora, ¿vino blanco?

—Sí, por favor.

El *maître*, pomposo, se acercó y le llenó la copa por segunda vez con un excelente *chardonnay* de la casa. La Tapinería era un encantador restaurancito del barrio viejo, elegante y bohemio a la vez. Al tener tan solo seis mesas, el único camarero y el *maître* se veían obligados a intercambiar sus papeles, como si fuesen una pareja de actores bien avenidos encima del escenario.

—Gracias.

La puerta del restaurante se abrió para dejar paso al cuerpo orondo de Benito. Paloma, al verlo, sintió cómo el estómago se le encogía a causa de la culpabilidad.

—Disculpa el retraso.

Él, siempre bienhumorado, ahora miraba con ojos que entremezclaban enfado con amargura, como si en ellos se acabase de orinar un gato. Desplegó de un bofetón la servilleta y, sin disimular la violencia contenida, abrió la carta del restaurante: aquel menú redactado con caligrafía de filigrana se convirtió en el muro de Berlín. Ella intentó con un susurro echarlo abajo.

—Beni, déjame que te explique... No debería haberte dicho nada por teléfono, estas cosas hay que hablarlas personalmente...

La interrumpió el *maître*, que se había acercado sigilosamente armado con la botella de *chardonnay*.

—Señor, ¿vino blanco?

El pobre hombre, sin saberlo, se había metido en medio de un fuego cruzado entre

apaches y el Séptimo de Caballería. Benito giró su rostro carnosos hacia él y le propinó un flechazo certero en el entrecejo.

—No, no vine blanco, llegué con buen color de cara. La lividez que contempla en mi rostro es debida a los precios que observo en la carta: francamente, insuperables. Le felicito, es usted el atracador mejor vestido que he conocido jamás. Ahora, si nos disculpa, mi novia y yo quisiéramos un poco de intimidad.

El *maître*, no sabiendo cómo encajar aquel latigazo que sin previo aviso le había restañado en la cara abriéndosela por la mitad, se retiró confuso. Tan solo se había sentido así una vez en su vida, siendo todavía un niño, cuando su padre una noche le propinó un bofetón sin venir a cuento y él se fue a su cuarto humillado, con la inconfundible sensación de llevar marcada en la mejilla la silueta rojiza de una mano abierta.

—Benito, por favor, quiero que te tranquilices...

—¿Qué me tranquilice?! Iba a ser padre, me sentía tan feliz... y ahora... esto.

—¡No hables en pasado! ¡Vas a ser padre! ¿Y sabes por qué? Pues porque yo voy a ser madre, y tú eres el único hombre con el que quiero compartir mi vida...

Él la cortó con sequedad.

—Quiero que tengas clara una cosa: lo nuestro se ha acabado. Tan solo he venido para ofrecerte la oportunidad de darme una explicación, nunca me ha gustado sentenciar sin escuchar.

—Beni..., por favor..., el que habla es tu orgullo herido. —Paloma estaba a punto de romper a llorar—. No..., no es lo que parece... Fue unos días antes de que me llamaras para tener nuestra primera cita... Yo aún no sabía que lo nuestro..., llegaría..., llegaría a ser...

—¡No oponga resistencia, arrodílese y levante las manos!

El helicóptero atronaba sobre la cabeza de Víctor. Él, desesperado, se sentía como un ternero encajonado esperando al matarife: la puerta de hierro herrumbroso de la azotea se abriría de un momento a otro, llenándose todo aquello de policías.

«Piensa, Víctor... ¡Piensa, hostias!»

El helicóptero intentó posarse, pero el piloto rápidamente reculó al ver un grueso cable telefónico trenzado, que impedía que el rotor principal del aparato se acercase a la azotea.

«¡Joder! ¡Soy gilipollas! ¡¿Cómo no lo he visto antes?!»

Víctor había inspeccionado los cuatro laterales del edificio Zurich mirando siempre hacia abajo, con la esperanza de que alguna finca colindante le permitiese escapar, pero solo cuando el helicóptero se posó sobre su cabeza había mirado hacia arriba: el cable telefónico subía desde la calle del Marqués de Cubas pegado a la fachada del edificio Zurich, y, tras alcanzar la azotea, trepaba por un poste metálico hasta unos tres metros de altura. De poste en poste, cruzaba la terraza del edificio suspendido en el aire. El último poste se erguía en la baranda que se precipitaba sobre

el callejón del Marqués de Casa Riera. Desde allí el cable volaba hasta anclarse a un poste metálico que se erguía en medio de la azotea del Círculo de Bellas Artes, justo junto a la estatua de Minerva.

—¡Repito, arrodílese con las manos bien visibles y permanezca en esa posición hasta que los agentes accedan a la terraza! —El megáfono del helicóptero atronaba bajo el vendaval que generaban los rotores.

Ignoró las órdenes y echó a correr hacia la barandilla de la azotea, frente al Círculo de Bellas Artes. Con un brazo, agarró el poste metálico que sostenía el cable telefónico y comprobó que era sólido. Apoyándose en él, se subió a la baranda y miró al vacío. Las cabecitas insignificantes de los viandantes se movían por las aceras arriba y abajo. Asustado, volvió a mirar al frente. Unos veinte metros, calculó. Con pendiente ascendente. Miró hacia arriba y de nuevo el vendaval generado por el helicóptero le obligó a acurrucar los ojos y asirse con fuerza al poste.

«Víctor..., no puedes estar tan loco...»

Con un salto podía alcanzar fácilmente el cable telefónico y asirse a él con ambas manos. Lo que no sabía era si sus brazos aguantarían hasta alcanzar la azotea del Círculo de Bellas Artes.

«¡¿Qué coño hago?!»

La puerta de entrada a la terraza le dio la respuesta: se abrió de sopetón, dejando pasar a un agente uniformado calvo. Tras él apareció el inspector Andrada, con los faldones de su gabardina revoloteando al viento como si fuesen los de una ridícula Marilyn Monroe. No había elección.

—¡Deténgase, deténgase!

La voz de Andrada se elevó sobre el estruendo de los rotores mientras el policía corría hacia él. Ya era tarde: Víctor, suspendido sobre el vacío agarrado al cable telefónico, hacía esfuerzos sobrehumanos con sus brazos para atravesar la calle del Marqués de Casa Riera. Colgaba a treinta metros sobre el pavimento.

—¡Lárguense, lárguense!

Obedeciendo las órdenes del inspector Andrada, el helicóptero se alejó veloz Gran Vía arriba como si fuese una gigantesca libélula: el policía se había dado cuenta de que el vendaval que levantaban los rotores hacía oscilar el cable telefónico, poniendo aún más difíciles las cosas al sospechoso.

—¡No sea estúpido! ¡No se juegue la vida! ¡No tiene sentido huir!

Sin el estruendo del helicóptero, la voz del inspector se escuchaba más clara. Ignorándola, Víctor siguió penosamente avanzando, concentrándose tan solo en no fallar en ninguno de los agarres: le iba la vida en ello. Los hollejos de los dedos, desollados, le sangraban por culpa de la goma cuarteada y seca que recubría el cable.

«Joder, joder, joder...»

Debía darse prisa, sus brazos no iban a aguantar mucho más. Además, si tardaba demasiado en vadear el abismo, Los hombres de Andrada estarían ya esperándolo en la azotea del Círculo cuando llegase. Pero aún disponía de unos minutos, aquel

edificio era un mastodonte intrincado y laberíntico, no iba a ser tan sencillo para la Policía localizar la salida a la azotea y las llaves de la puerta de acceso: mientras avanzaba, Víctor pudo contar al menos seis terrazas y semiterrazas.

—¡Víctor, cuando llegue al otro lado, espere allí sin moverse! ¡No complique las cosas ni ofrezca resistencia! ¡Puede ser peor para usted!

La respuesta le salió del alma.

—¡Andrada..., que le jodan!

En realidad, el policía le caía bien, pero necesitaba insuflarse energía. A pesar de la chulería, empezaban a flaquearle las fuerzas. Necesitaba una referencia para calcular cuánto le faltaba para alcanzar la azotea del Círculo de Bellas Artes: miró hacia abajo y comprobó que llevaba ya casi dos tercios de la calle cruzados, y también pudo observar cómo un grupo de cabecitas, minúsculas, se arremolinaban observando sus evoluciones. Sin duda, los viandantes estaban alucinados de que un tipo colgase como un jamón de un cable telefónico a treinta metros de altura.

«Os gustaría ver cómo se me desparraman los sesos sobre el asfalto, ¿verdad?. Puto morbo..., puto *Sálvame Deluxe...*, que os jodan.»

Brazada tras brazada, iba avanzando trabajosamente. La diosa Minerva, displicente, miraba rígida en dirección a la Gran Vía sin prestarle atención a su esfuerzo sobrehumano. Cinco metros, cuatro, tres..., en escasos segundos ya tendría bajo sus pies el piso de la terraza y podría dejarse caer. Lo iba a lograr. Satisfecho, giró la cabeza hacia atrás por primera vez desde que se había colgado del cable telefónico, extrañado de que Andrada hubiese dejado de vociferar.

—¿Qué coño..., qué coño está haciendo ese gilipollas?

El susurro le salió entre jadeos tras detenerse para poder girar el cuello: en el borde de la azotea del edificio Zurich, el inspector sostenía su arma reglamentaria. Esta, amenazadora, contrastaba con el aire bonachón y despistado del policía. Tras unos segundos revisando el revólver, Florentino Andrada se arremangó la gabardina y, abriendo las piernas, se afianzó sobre el suelo de la azotea para tener mayor estabilidad. Alargó los brazos atenazando el revólver con ambas manos y empezó a apuntar meticulosamente hacia Víctor.

—¡Andrada! ¡¿Qué coño hace?! Sabe..., sabe... —Los jadeos no le dejaban gritar con facilidad—, ¡sabe que no va a disparar!

Volvió a mirar al frente con los brazos entumecidos: no debería de haberse detenido, ahora se sentía incapaz de reanudar la marcha. Su rostro era todo dolor resignado, como el de una tortuga desovando sin prisas a pesar de ser consciente del peligro que corre fuera del agua.

«Un pequeño esfuerzo más..., no puedes rendirte ahora...»

Estaba reventado. La cabeza se le descolgó y, al observar el vacío, comprobó que por tan solo un escaso medio metro seguía colgando sobre el abismo. Dos brazadas más y estaría a salvo en la azotea del Círculo de Bellas Artes: aquel le parecía el lugar más acogedor de la Tierra. Un pequeño esfuerzo más..., brazo izquierdo, brazo

derecho...

¡¡¡Bang!!!

En el instante en el que sobrevolaba la baranda, justo unas décimas de segundo antes de abrir las manos para dejarse caer sobre la terraza, escuchó el disparo. Casi al unísono, sintió un dolor inhumano en su antebrazo derecho: Florentino Andrada, tras asegurarse de que Víctor ya estaba sobre la terraza, había apretado el gatillo con increíble puntería.

—¡¡Agggggg!!

La bala había penetrado limpiamente la carne, justo por el hueco que separa cúbito y radio. Al atravesar el músculo, el proyectil había perdido tanta fuerza que ya no tuvo impulso suficiente para atravesar la pana de la americana: el metal había caído por dentro de la manga hasta alcanzar el hombro, donde quedó atrapado por entre los repliegues de la tela. Víctor, destrozado por el dolor, cayó a plomo sobre la terraza.

—Hijo..., hijo de puta... —murmuró mientras se levantaba tambaleándose—. Puto cabrón...

Por la herida manaba abundante sangre, que empezaba ya a empapar la manga de la americana. Al girarse hacia el edificio Zurich, solo vio las colas de los faldones de la gabardina de Andrada zambulléndose escaleras abajo. En unos minutos estarían allí, no podía perder ni un segundo. Se quitó el cinturón del vaquero y se lo anudó a la altura del bíceps derecho. Lo apretó tanto como pudo y de inmediato sintió cómo la sangre dejaba de manar por la herida. La extremidad se le empezó a adormecer con un inquietante cosquilleo: era un torniquete rudimentario, pero serviría. Con el brazo abrasado por el dolor, bordeó corriendo el pedestal de la estatua de Minerva y se dirigió a la puerta metálica que daba acceso a la terraza, era el único acceso que veía.

«¡Mierda!»

Estaba cerrada. Intentando no pensar en el dolor, corrió hacia la baranda de la terraza que se volcaba sobre la calle de Alcalá. Muy abajo, frente a la entrada principal del Círculo, cinco o seis coches patrulla habían aparcado de cualquier modo. No veía agentes por ningún lado, debían de estar ya en el interior del edificio. Una pequeña muchedumbre de curiosos se arremolinaba en la acera.

—¡Ahí está! ¡Ahí, ahí, en la barandilla! —Una señora sesentona y rolliza, empaquetada en un abrigo de *guatiné* barato, reclamaba a gritos su minuto de gloria—. ¡Ahí está! ¡¿No lo veis?! ¡En la azotea! ¡En la azotea!

«Putu bruja.»

Víctor la ignoró y se centró en los cuatro imponentes ventanales que se abrían en la fachada, de cara a la calle de Alcalá, justo debajo de la baranda sobre la que él se apoyaba. A esos ventanales se podía acceder con facilidad desde la amplia cornisa que ribeteaba todo el frontis del edificio. Era la única escapatoria que se le ocurría, y el tiempo apremiaba.

«Va-vamos allá.»

Con sumo cuidado, se sentó en la repisa de la baranda, con los pies colgándole sobre el vacío. La cornisa, tres metros más abajo, era amplia, un par de palmos, calculó: para alcanzarla le bastaría con dejarse caer, pero tendría que afianzarse en ella con tan solo un brazo. Intentó no pensar que, si fallaba, le esperaban otros treinta metros de caída.

«Que Dios reparta suerte...»

Tras un vuelo que duró medio segundo, aterrizó sobre la cornisa.

—¡¡¡Jodeeeeeeeeeer!!!

Había caído sobre el brazo herido y el latigazo fue insoportable. Acurrucado como un ovillo por culpa del dolor, se arrastró como pudo hacia el amplio alféizar de uno de los ventanales, buscando refugio. Sintiéndose más seguro, respiró hondo para recuperar fuerzas. Las jambas de aquel ventanal medían más de dos metros de altura, por lo que, mirando hacia la ciudad y sabiéndose observado por el centenar de curiosos que se arremolinaban muy abajo, Víctor empezó a ponerse en pie con sumo cuidado. Debía moverse con precaución, cualquier desliz le podía precipitar al vacío. Mientras iba incorporándose lentamente, se detuvo a contemplar el viejo Madrid: a la altura de sus ojos, coronando la cúpula del edificio Metrópolis que tenía justo enfrente, vio la Victoria Alada hecha de pan de oro. Lleno de envidia, deseó con todas sus fuerzas ser capaz de volar.

«No hay tiempo que perder, tienes que largarte de aquí ya.»

El dolor del brazo le atronaba en las sienes. Con cuidado de no trastabillar, fue girando 180 grados sobre sí mismo muy poco a poco para así enfrentar el ventanal. Debía intentar acceder al edificio; una vez dentro, ya vería cómo esquivar a la Policía.

—Pero..., pero... —No podía creer lo que veía—. ¿Qué coño es esto...?

A punto estuvo de perder el equilibrio y caer de espaldas hacia el vacío: una joven de unos veinte años, de pie frente a él sobre el alféizar interior de la ventana, lo observaba desde el otro lado del cristal con unos preciosos ojos azules muy abiertos por la sorpresa. Era rubia y guapa, y llevaba el pelo de la cabeza muy corto, a lo *garçon*, y el del pubis completamente rasurado. Estaba desnuda.

«¿Me..., me he..., me he muerto y he subido al cielo?»

El dolor no le permitía a Víctor pensar con claridad. Aquella figura al otro lado del cristal, erguida frente a la suya, parecía una ensoñación. Pero la realidad se abrió paso a codazos. A la altura de las rodillas de la chica desnuda, aparecieron cuatro cabecitas adolescentes que con pinceles en las manos se encaramaban para ver lo que pasaba. Víctor vio la luz: aquella era el aula de pintura del Círculo, y la joven, una modelo que posaba subida al alféizar para que los alumnos perfilasen un desnudo a contraluz. Al entender la situación, golpeó con los nudillos suavemente el cristal a la altura de los ojos de la joven, y de inmediato esta despertó de su pasmo.

—Por..., por favor, ¿puedes ayudarme? He tenido un accidente...

La chica abrió el ventanal de inmediato y ayudó a Víctor a entrar.

—Madre mía, qué susto nos has dado, baja por aquí, cuidado con los escalones, así... —Todavía desnuda, ayudó a bajar a Víctor por unas escalerillas de madera—. ¿Qué te ha pasado? Estás sangrando...

Los cinco o seis alumnos de la clase, unos adolescentes, revoloteaban alrededor intentando ayudar sin saber muy bien qué hacer.

—Gracias, gracias..., estoy bien...

—¡¿Bien?! ¡Mira cómo tienes el brazo! Siéntate ahora mismo... —A pesar de su juventud, hablaba con energía y seguridad. Parecía mostrar una sincera preocupación y no ser consciente de que estaba desnuda.

—Gracias, no te preocupes, estoy bien, he de irme...

—¡¿Irte?! ¡¿Irte adónde?! No digas bobadas, ahora mismo llamamos a una ambulancia. —Habló muy decidida mientras se ponía un albornoz—. ¿Qué te ha pasado?

Víctor pensó con rapidez. Era obvio que allí, en lo alto del Círculo de Bellas Artes, no se habían enterado todavía del despliegue policial, que seguramente ascendía ya por el edificio.

—Es..., estaba haciendo un reportaje fotográfico de la estatua de Minerva y... me apoyé en la barandilla para conseguir un plano muy original del rostro. Resbalé y caí a la cornisa, soy gilipollas, podría haberme matado..., pero creo que solo me he roto el brazo...

Sentada en la silla de al lado, la joven lo escuchaba mientras se anudaba unas deportivas. Los chavales se habían olvidado de sus atriles y, haciendo corro alrededor de Víctor, no perdían detalle: menuda aventura, un hombre herido entrando por la ventana de la fachada. La modelo habló sin dejar de anudarse las zapatillas a toda prisa.

—Pues debes de haberte astillado el brazo, porque tanta sangre no es normal. Lo mejor es que te acompañe abajo y yo misma te lleve al hospital, llegaremos antes que llamando a una ambulancia.

—¿Hay parking en el edificio? —Víctor la interrumpió nervioso y dolorido—. ¿Podemos bajar directamente hasta él en ascensor?

—No, ni de coña, este edificio es una reliquia, no tiene parking. Pero tengo el coche cerca, en un garaje aquí al lado. La verdad es que con la mierda que me pagan posando y lo caro que es aparcar en el centro, estoy haciendo la gilipollas, pero bueno... —Se puso en pie, con una amplia sonrisa en la boca.

A él le pareció que era una de esas chicas alocadas llenas de energía y compromiso social que ante una emergencia siempre son las primeras en ir a donar sangre.

—Yo en realidad soy actriz, trabajo en el grupo de teatro del Círculo haciendo sustituciones, una especie de becaria... Lo de posar desnuda es solo para llegar a fin de mes. —Parecía encantada de ir enfundada en un albornoz y deportivas—. En marcha, esa herida tiene muy mala pinta y debemos darnos prisa si queremos...



Un tintineo metálico la silenció: la bala que le había destrozado el antebrazo se había deslizado por dentro de la manga de la americana de Víctor hasta caer al suelo justo a los pies de la joven. Esta se agachó a recoger el pedazo de plomo sanguinolento y lo sostuvo en la palma de la mano, llena de extrañeza.

—¿Esto qué es? Ha caído de tu herida.

Víctor la miró suplicante sin saber qué responder. Uno de los chavales, un pecoso pelirrojo con cara de listo, lo hizo por él.

—Eso es una bala, mi padre hace tiro olímpico y yo siempre lo acompaño a la galería y veo...

La chica permanecía en cuclillas ensartando con sus enormes ojos azules a Víctor. Este, encogido por el dolor del brazo, habló muy despacio mientras le devolvía una mirada implorante.

—Puedo explicártelo..., te aseguro que no soy un...

—Desde luego, lo que no eres es un fotógrafo. —De las pupilas de la joven saltaban chispas—. Pero no me des explicaciones ahora...

Se puso en pie de nuevo con energía.

—Guárdate las fuerzas para lograr llegar al hospital. Andando. —Cogió a Víctor con decisión por las axilas y lo ayudó a levantarse.

—Gracias, de verdad, gracias...

—Ahórrate también las gracias, si acabaras desangrándote aquí, estos mocosos se pasarían el resto del curso sin prestarles atención a mis tetas y hablando tan solo de ti. Vamos, las escaleras están por aquí.

Empezó a caminar hacia la puerta del aula.

—Hace dos meses que no funciona el ascensor, así es que ahorra aliento, hay un buen trecho hasta llegar abajo. —Mientras ayudaba a Víctor a sostenerse en pie, giró la cabeza hacia los alumnos—. Vosotros no os mováis de aquí hasta que sea la hora y vengan a recogeros, podéis ir dibujando el marco de la ventana.

Salieron del aula y empezaron a bajar unas amplias escaleras de estilo monumentalista con baranda de mármol. Víctor apoyaba el brazo izquierdo sobre los hombros de la joven, mientras se esforzaba en mantener el derecho en cabestrillo para reducir el flujo de sangre perdida. El torniquete le generaba una sensación de entumecimiento que empezaba a irradiarle hacia el pecho.

—¿Cuántos..., cuántos pisos hay hasta la planta baja?

—Nueve, así es que aún nos faltan ocho.

—¿No hay otra escalera? O un montacargas...

La joven se detuvo y alzó el rostro para enfrentar el de Víctor. En sus ojos no se reflejaba temor alguno, más bien curiosidad.

—¿Qué pasa? ¿Te da miedo la escalera principal?

—No, pero...

—¿Y toda esa bulla?

El hueco de la escalinata hacía de chimenea a los gritos que subían desde el

vestíbulo. La chica, arrastrando a Víctor, se asomó a la baranda. Dos pisos más abajo se podían ver los brazos, cubiertos por mangas uniformadas, de cinco o seis policías que se hablaban a gritos. Parecían no ponerse de acuerdo sobre cómo dividirse para inspeccionar el edificio.

—Tío, tú debes de ser importante, esto está lleno de maderos...

Se giró y enfrentó el silencio de Víctor con una mirada sagaz.

—¿Pero tú qué eres? ¿Agente secreto o algo así? ¿Un James Bond a la española, en plan Alfredo Landa, pero en guapo? No pareces el típico yonqui que acaba de robarle el bolso a una vieja en la Gran Vía.

La mueca traviesa de su boca denotaba que no sentía temor alguno, más bien se estaba divirtiendo con todo aquello.

—¿Cómo... —Víctor la miró suplicante—, cómo te llamas?

—Ariadna.

—Pues, Ariadna..., aunque no te lo creas..., soy..., soy profesor de Literatura. Por favor, tienes que ayudarme, tengo que salir de aquí sea como sea..., pero la escalera y el vestíbulo están plagados de policías. —Se escuchó el estruendo de botas atronando sobre las escaleras a toda prisa—. Ya están subiendo, tienes que ayudarme...

Ella se quedó observando el rostro implorante de él durante unos segundos que a Víctor se le hicieron eternos. Con una mirada atrevida. Al final tomó su decisión.

—La Policía no me cae bien, y tú no pareces un violador ni un asesino. Además, por lo menos esto es más emocionante que posar desnuda para un grupo de adolescentes con las hormonas saliéndoseles por las orejas. —Habló decidida—. Esta escalera es la única salida para llegar al vestíbulo y a la calle. Métete por el momento en esa puerta, la primera a la derecha, siempre está abierta. Espera a que yo vaya a por ti, será cuestión de un minuto.

Con su dedo señaló hacia un pasillo que se abría en aquel rellano. Víctor se arrastró hasta allí mientras escuchaba acercarse a los policías escaleras arriba. En cuanto entró en aquel cuchitril oscuro, un penetrante olor a Zotal delató al cuarto de la limpieza. Cerró la puerta a toda prisa y pegó el oído sobre ella para escuchar lo que sucedía fuera.

—¡Señorita! —Un policía hablaba a gritos, jadeante por el esfuerzo—. ¿Se encuentra bien? Está usted llena de sangre.

—Estoy bien, estoy bien, ese hombre está loco, está loco... Qué miedo he pasado... —La voz temblorosa de Ariadna rompió a llorar desconsoladamente—. Menos mal que han llegado ustedes.

—¿Hacia dónde se fue?

—Hacia arriba, me empujó y me tiró al suelo, pero al verles a ustedes subir se fue escaleras arriba. Atrápenlo antes de que escape... Está herido, está herido, pero vayan con cuidado, ese hombre es un loco...

Los sollozos de la chica fueron apagados por el estruendo de las botas de los

policías al subir. Unos segundos después, la puerta del cuartito de la limpieza se abrió y asomó sonriente el rostro de Ariadna.

—Vía libre.

—Lo has hecho genial.

—Ya te lo dije, soy actriz. Y de las buenas. —Le guiñó un ojo—. El vestíbulo estará plagado de policías, pero se me ha ocurrido una idea.

—¿De qué se trata?

—Acompáñame... —Lo cogió de la mano—. Y confía en mí.

Echó a andar a toda prisa por aquel largo pasillo sin ventanas, seguida a trompicones por Víctor. Tras avanzar unos veinte metros, se detuvo frente a una puerta con una cerradura con código numérico de seguridad. Lo marcó a toda prisa y la puerta cedió. Entraron y ella cerró con rapidez.

—¿Qué..., qué es esto? —En aquel almacén polvoriento, la luz del día a duras penas era capaz de atravesar los ventanales encortinados.

—Es la sala de vestuario del grupo de teatro del Círculo. Después de cien años, se ha quedado pequeño y está algo desordenado, pero busco algo que utilizamos en una obra hace un mes. Sería perfecto.

De un salto, se zambulló en aquella selva de prendas de vestir colgadas en aparente desorden. Víctor, doblado por el dolor junto a la puerta, no se atrevía a penetrar semejante jungla multicolor. Observaba a Ariadna rebuscar con decisión por entre la espesura de los miles de disfraces que colgaban de las barras de hierro, atornilladas de pared a pared. Por los aires volaban piratas, cardenales, esquimales, romanos y todo tipo de personajes, pero la joven no parecía encontrar lo que buscaba. De repente, se quedó petrificada, como si hubiese experimentado una especie de iluminación.

—¡Ya recuerdo dónde lo guardamos!

A toda prisa se dirigió hacia el extremo de la sala donde arrancaba una escalera de caracol metálica que permitía subir a los altillos que coronaban las cuatro paredes del almacén. Con la decisión de un Tomahawk, corrió por uno de aquellos pasillos metálicos y se detuvo junto a un ventanal. Allí rebuscó con la cabeza hundida entre las perchas para, al final, asomarse a la baranda del altillo con una sonrisa triunfal.

—¡Lo tengo!

Diez segundos después estaba junto a Víctor sosteniendo una percha de la que colgaba la misteriosa prenda. No podía verse, al estar protegida por una funda guardapolvo.

—¿Qué es eso?

—Tu salvación.

Levantó de manera teatral el guardapolvo y Víctor pudo ver un uniforme del Cuerpo Nacional de Policía.

—Ariadna, eres..., eres increíble.

—Sí, lo sé. —Sonreía simpática y pletórica—. Déjame que te ayude, no vas a

poder quitarte la americana solo.

—Sí, además tendré que aflojar el torniquete...

En cuanto Ariadna soltó la correa del bíceps, la sangre volvió a fluir con fuerza y de nuevo Víctor sintió el brazo. Pero de inmediato la herida empezó a manar.

—Uf, qué mala pinta..., tienes que ir a un hospital cuanto antes.

Ariadna observaba con atención la herida: la bala, como si de un comensal melindroso se tratase, parecía haber encontrado entre el cúbito y el radio el hueco justo que necesitaba para devorar la carne del antebrazo sin rozar los huesos.

—Sí, debo darme prisa, ayúdame..., ayúdame, por favor, a ponerme de nuevo el torniquete...

Dos minutos más tarde, Víctor lucía como un flamante policía nacional, con correa, porra y pistola simulada incluidos. Tan solo le delataban la barba de cuatro días, las manchas de sangre y el rostro desencajado por el dolor. Ariadna se levantó descarada el faldón del albornoz y le limpió las manos con fruición para eliminar la sangre.

—Intenta mantener el brazo en cabestrillo. Solo te falta esto para ser todo un policía... —Se puso frente a Víctor de puntillas y alzó los brazos para ajustarle en la cabeza una gorra reglamentaria—. Ahora estás perfecto.

Él, con el rostro de ella tan cerca, pudo notar que olía a vainilla y talcos.

—Listo, andando.

Con sonrisa radiante, abrió la puerta del almacén, sacó el cuello para mirar a ambos lados del pasillo y se volvió hacia Víctor.

—Siempre detrás de la autoridad.

Le hizo una reverencia teatral y le invitó a salir. Dos minutos después estaban en el rellano de las escaleras del segundo piso. Víctor se asomó por el hueco y pudo ver el vestíbulo atestado de gente: estaban desalojando el edificio y por todas partes se veían policías. Un agente apostado en el arranque de las escaleras impedía que nadie subiese y vigilaba quién bajaba. Ariadna vio en el rostro de Víctor, junto a una mueca de dolor, preocupación. Le tomó la mandíbula y se encaró con él.

—Actúa con naturalidad y todo saldrá bien. Cógeme del brazo, aguanta el dolor como un machote y dirígete con decisión hacia la puerta de la calle. Cruza el vestíbulo como si toda la vida hubieses sido policía, conoces a todo el mundo y a nadie necesitas convencer de nada: si tú te crees tu papel, nadie lo pondrá en cuestión. Ese es el secreto del teatro.

La sonrisa final de ella fue el mejor bálsamo. Él se la devolvió.

—Ariadna, ese es el secreto del teatro... y de la vida.

El dramatismo de la situación había vuelto a Víctor trascendente.

—Ni siquiera sabes cómo me llamo, pero me estás ayudando de un modo que..., que jamás olvidaré.

Ella le cogió de la mano y con una sonrisa le reactivó.

—Déjate de pucheritos... Si a mí lo que me gusta es esto, ¡el teatro! ¡Vamos,

nuestro público nos espera! —Se abrió el escote del albornoz y empezó a bajar las escaleras arrastrándolo a él; sin avisar, se detuvo y, simpática, volvió la cabeza—. Por sí acaso caemos en el campo de batalla, ¿cómo te llamas?

—Víctor, Víctor Vega.

—Pues bueno, Víctor Vega, empieza a interpretar tu papel y tan solo déjate llevar. Recuerda la esencia del método Stanislavski, naturalidad: cualquier sobreactuación no es teatro, es farsa. La exageración y la elegancia son incompatibles. —Ante el miedo escénico reflejado en el rostro de Víctor, le apretó con cariño la mano y de nuevo lanzó un salvavidas con forma de sonrisa—. ¡Sin miedo! ¡Tú me estás salvando a mí!... Señor policía, sáqueme de aquí, sálveme, se lo ruego...

Víctor sonrió ante la exagerada teatralidad de aquellas últimas frases. Sabía que tenía que ponerse en acción: pasó delante y con el brazo izquierdo cogió con suavidad el derecho de ella. Erguido y con decisión, bajó el tramo que faltaba hasta el vestíbulo. En cuanto encaró los últimos escalones, el agente que los vigilaba se acercó.

—¿Le pasa algo a la chica? ¿Necesitas ayuda, compañero?

—Nada, me la llevo a un hospital para que le echen un vistazo. Ese hijo de puta le dio un empujón y la echó al suelo, se ha dado un golpe en la cabeza y es mejor que la miren para que se quede tranquila.

—Menudo cabrón...

El agente echó un vistazo fugaz al escote entreabierto del albornoz de Ariadna. Le guiñó a Víctor un ojo cómplice.

—Tú sí que tienes suerte, hay servicios que yo haría encantado incluso fuera de horario...

El policía despechugó con la mirada a Ariadna, mientras esta ponía cara de gatito asustado. Víctor intentó hablar con camaradería.

—Ya sabes, es un trabajo duro..., pero alguien tiene que hacerlo.

Dando por concluida la conversación, empezó a andar por entre el gentío del vestíbulo llevando del brazo a Ariadna. Pero cuando ya le había dado la espada al agente, notó que este le agarraba con fuerza el antebrazo derecho justo sobre la herida: un dolor abrasador se mezcló con el pánico de haber sido descubierto. Al girarse asustado, se topó con el rostro inexpresivo del agente.

—¿Tú de qué comisaría eres?

—Centro. —Víctor rezó para que no coincidiese con la del policía.

—Yo, de La Latina. Ándate con ojo, el inspector Andrada de Homicidios está a punto de llegar, y como te vea con esa media barba, te cruje.

—Gracias por el consejo, compañero, conozco bien a ese cabrón. Con la cara de perro pachón gilipollas que tiene, y luego te la mete doblada por detrás si te descuidas.

El agente rio y le dio una palmada en el hombro. En unos segundos, Ariadna y Víctor ya salían por la puerta del edificio, justo en el momento en el que Andrada

entraba a toda prisa sin tan siquiera reparar en ellos. Fuera, en la acera, numerosos agentes impedían que la muchedumbre de curiosos se acercase al edificio. La pareja atravesó el cordón policial para alcanzar el borde de la acera de Alcalá.

—¡Pero ¿qué haces, Víctor?! —Él alzaba el brazo sano—. ¡¿Dónde se ha visto un policía parando un taxi?! ¡Naturalidad!

Ante el pavor del profesor, Ariadna se dirigió con toda frescura hacia uno de los Z policiales que estaban aparcados sobre el carril-bus. Abrió la puerta de atrás y se sentó, mirando a Víctor con descaro.

—Estás loca...

Él tragó saliva y abrió la puerta del conductor. Las llaves estaban en el contacto. Arrancó y enfiló Alcalá en dirección a Cibeles.

—Un policía se mueve en coche de Policía. Son las leyes de la lógica. Ya te lo dije: naturalidad. —Por el retrovisor, Víctor observaba el rostro de la joven, que parecía estar pasándosele en grande—. Con un poquito de práctica, haría de ti un gran actor.

La herida le dificultaba a Víctor el cambio de marcha.

—¡¿Adónde vas?! ¡Al hospital de la Princesa se llega mejor por ahí!

Él torció a la derecha por Columela y frenó en seco frente a la puerta de un garaje. Se giró hacia Ariadna, que en el asiento de atrás se mostraba sorprendida. El dolor de la herida y la mampara de seguridad que dividía el habitáculo amortiguaron las palabras de Víctor.

—No puedo ir al hospital, es demasiado peligroso. Con una herida de bala, la Policía no tardaría ni un minuto en aparecer.

Bajó del coche y ella le imitó de inmediato.

—Pues esa brecha necesita que la cierren cuanto antes, estás perdiendo mucha sangre. Vamos a mi casa y...

Víctor la cogió por los hombros y le sonrió a duras penas.

—No, Ariadna, ya has hecho mucho por mí. No quiero involucrarte más en esto. Hay ya demasiada gente jodida por mi culpa.

Ella alzaba la cabeza para observarle, con una mezcla de atracción y curiosidad.

—Vaya con los profes de Literatura... ¿En qué estás metido?

Él negó con la cabeza.

—Ariadna, ya te lo he dicho, no quiero involucrarte más en esto, es mejor que no sepas nada. Has hecho por mí más de lo que..., gracias, de verdad..., gracias. —Le dio un abrazo mientras un anciano que paseaba a su perra observaba incrédulo el espectáculo desde un alcorque—. Cuando te vi desnuda al otro lado de la ventana tras la caída, pensé que había muerto y subido al cielo... Y resulta que estaba en lo cierto: has sido el mejor ángel de la guarda que podría haber soñado.

Le estampó sendos besos en las mejillas y, sin echar la vista atrás, corrió hacia el interior del garaje, donde le esperaba su Porsche. El viejo y su perra siguieron paseando, sin entender por qué un policía abrazaba a una joven en albornoz en medio

de la calle.

Sentado tras el volante del Porsche, Víctor estuvo cinco minutos decidiendo qué iba a hacer. El dolor no le dejaba pensar con claridad.

«¿Dónde coño me meto...?»

Necesitaba un lugar en el que la Policía no lo encontrase, pero sin involucrar a nadie: ahora era sospechoso de asesinato. Un hotel estaba descartado, diariamente notificaban al Ministerio del Interior las identidades de todos los nuevos clientes.

«¡Joder, ¿cómo no lo he pensado antes?! ¡El chalé de Ambolo!»

Tenía copia de las llaves, y el caserón de Jávea era una vivienda deshabitada y solitaria, a nadie se le ocurriría aparecer por allí. El único inconveniente radicaba en que estaba a más de cuatrocientos kilómetros de Madrid, y Víctor no sabía si aguantaría tanto tiempo consciente al volante por carreteras secundarias para evitar controles.

«A joderse toca... Cuando no hay lomo, de todo como.»

Salió del garaje y condujo hacia la carretera de Valencia. Paró junto a un pequeño ultramarinos de barrio en la calle de Pío Baroja y compró víveres para pasar al menos una semana encerrado. Evitaba las avenidas principales de la ciudad por si acaso la Policía ya había divulgado los datos y matrícula del Porsche, pero le quedaba por resolver el problema más complicado de todos los que tenía. Taponar la herida. Y a falta de hospital, solo había una solución. Antes de salir de Madrid, se detuvo en una farmacia y compró hilo de suturar, agujas, gasas, alcohol, una caja de Amoxil para prevenir infecciones y otra de Nolotil contra el dolor: él mismo se cosería la herida en la casa de Ambolo. En el i-Phone podía consultar a través de Internet alguna web que lo orientase sobre la técnica. No era una gran solución, pero no tenía otra alternativa.

«Vamos allá, campeón. Cuatrocientos kilómetros *pa* nosotros no son *na*.»

La vulnerabilidad que sentía en aquellos instantes le animaba a hablarle con cariño al coche, y, sin saber por qué, a recordar la mejilla tibia de su madre, muerta ya muchos años atrás. Las cinco primeras horas de camino fueron relativamente soportables. Cada quince minutos detenía el vehículo en el arcén para liberar parcialmente la presión del torniquete, debía prevenir la gangrena. Sentía así de nuevo el brazo derecho, pero a costa de pérdidas de sangre importantes. Lo peor era el dolor que sufría cada vez que debía cambiar la marcha del Porsche, así que optó por mantener tercera la mayor parte del tiempo.

Pero al entrar en la provincia de Valencia, la situación se agravó: la pérdida de sangre estaba empezando a generar un leve *shock* hipovolémico cuyas consecuencias podían ser fatales. Ante la falta de caudal sanguíneo, su corazón reaccionó incrementando el ritmo cardíaco, y los riñones empezaron a dolerle por la segregación de renina en un intento de su cuerpo por retener agua y sodio. Sin embargo, su actividad neurológica no estaba todavía afectada y pudo decidir con lógica la ruta para seguir hasta Jávea: entraría en la comarca de La Marina por el

interior de la provincia de Alicante, en Muro de Alcoy tomaría la comarcal CV-700 hasta el cruce en la aldea de Margarida, y allí torcería por la CV-712, que lo llevaría atravesando los valles de Alcalá y Ebo hasta Pego. Se trataba de parajes solitarios y sin presencia de la Guardia Civil, ya que, a pesar de ser zonas cercanas a la costa, estaban prácticamente deshabitadas y eran remansos de paz donde la delincuencia era mínima. De Pego iría a Denia y de allí, cruzando el Montgó, a Jávea.

A la altura de la peña Foradà, ya cerca de Ebo, empezó a tener los primeros síntomas cerebrales del *shock* hipovolémico. Le costaba mantenerse despierto al volante y sentía mareos y faltas de concentración constantes. Se detuvo al borde del camino junto a un mechón de carrascas y se bebió de dos tragos el litro y medio de Coca-Cola que había comprado. Rehidratado y con cafeína y azúcares abundantes, pudo alcanzar Denia cuando ya empezaba a anochecer. Pero en la zona de Las Rotas, justo antes de tomar la carretera del Montgó, empezó a tener alucinaciones en forma de nebulosas de colores. Pronto la visión se le empezó a nublar y el mareo le hizo pasarse al carril contrario varias veces, y confundir el desvío. Al darse cuenta de que iba a perder el conocimiento, pegó un volantazo para meterse en un pequeño sendero que conducía directamente al mar, muy cerca del paseo marítimo de la Marineta Casiana que semanas atrás había recorrido cogido de la mano de Bea.

«Esto..., esto se acaba, Víctor, esto se..., se...»

La humedad del mar confería un resplandor atomizado al halo que circundaba las farolas. Estaba a poco más de media hora del chalé de Ambolo, pero sentía que iba a fracasar. Había arriesgado demasiado. Al percibir cómo la cabeza empezaba a darle vueltas de manera alocada, detuvo el Porsche en medio de aquella senda que se desdibujaba ya entre sombras: iba a perder el conocimiento de un momento a otro, y de noche, en un camino solitario y con una herida que no dejaba de manar sangre, lo más probable es que no lo recuperase jamás. La imagen de su hija Sofía, como una aparición que se despide, espejeó en su mente. Gracias a ella, su instinto de supervivencia saltó, atizándole una última colleja: era mejor ir a la cárcel que al cementerio. Alargó el brazo para coger el i-Phone que descansaba sobre el asiento del copiloto y decidió que llamaría a una ambulancia. Sin ningún tipo de fuerzas ya, levantó el aparato para marcar. Nunca imaginó que un teléfono móvil pudiera pesar tanto. Al rozar la pantalla táctil, comprobó que el i-Phone no respondía, se había quedado sin batería. Y no tenía cargador de coche. Pocos segundos después, él mismo se quedó sin energía y también se apagó.

Cuando abrió los ojos, lo único que pudo vislumbrar entre las tinieblas fue el aroma de un sofrito de pescado. Estaba desnudo dentro de una cama con armazón de madera, envuelto en sábanas almidonadas que, de tan limpias, crujían cada vez que Víctor se movía. Frente a él, sentado a un lado del colchón, un rostro familiar lo observaba muy serio. Intentó recordar de qué conocía a aquel tipo, pero un terrible dolor de cabeza se lo impidió. El hombre le acercó una mano morcillona e intentó



reanimarlo con cachetitos de monja.

—Vamos, chaval, *que açò no ha sigut res*.

Aquel rostro acarreaba piel de bota de vino, vapuleada tras pasar una vida a la intemperie. Sobre ese cuero, dos ojales abiertos a navaja dejaban respirar unos ojos aún tiernos, por los que hubiese podido manar tinto Sangre de Toro. Al cerebro confuso de Víctor, todos aquellos elementos le resultaban familiares.

—Vamos, hostia, bueno estás tú *pa* hacer la mili.

Al oír por segunda vez aquella voz, el cerebro de Víctor reaccionó: el que estaba dándole cachetitos era el Capellà.

—¿Dónde..., dónde estoy?

—En mi casa. Llevas días delirando.

El marinero se levantó y descorrió la cortina que cubría el minúsculo ventanuco de la habitación: con la luz se coló en el cuarto el azul del mar, que al otro lado del cristal yacía sereno y terso.

—¿Cómo..., cómo he llegado hasta aquí?

—Hace cuatro días me levanté a las cinco de la mañana para ir a pescar sepias. — El Capellà volvió a sentarse en el borde de la cama y habló con su habitual tono sentencioso—. Al acercarme al garaje donde guardo las nasas, en la senda que hay justo aquí detrás, tu coche me bloqueaba la entrada. Estabas hecho un cristo.

—¿No me llevarías a..., a un hospital?

El hombre esbozó media sonrisa ante la cara asustada de Víctor.

—Tranquilo, no soy tan gilipollas. Sé distinguir una herida de bala y un disfraz de policía.

El Capellà lo miraba sin aparentes deseos de preguntar nada. Víctor se observó la herida, zurcida y cubierta de Betadine.

—¿Me..., me cosiste tú?

—Sí, y estate tranquilo, soy un buen remendador. Por ahí ya no se te va a salir nada, he cosido tajos mucho peores en alta mar.

A Víctor la boca pastosa y el mareo le impedían hablar y pensar con claridad.

—¿Y..., y mi coche? ¿Dónde está el Porsche?

El marinero, pacienzudo, cruzó los brazos sobre su pecho de legionario.

—Como por lo visto habías optado por desangrarte hasta morir antes que ir a un hospital, deduje que no tenías demasiadas ganas de que nadie te encontrase. Metí tu coche en mi garaje y lo cubrí con una lona para que nadie pueda verlo cuando voy allí a remendar las redes.

Víctor sonrió en señal de agradecimiento. Miró a su alrededor y pudo ver que estaba en una habitación minúscula con las cuatro paredes cubiertas por estanterías repletas de libros. Tan solo la pequeña ventana y el escritorio bajo ella estaban despejados.

—¿Es..., es este tu cuarto?

—No. Aquí es donde dormía y trabajaba Hugo durante los años que vivió en esta

casa. —El Capellà se levantó dando por concluida la conversación; desde el marco de la puerta, se giró y habló con su permanente tono de filósofo griego—. Hay alguien que quiere verte. Era la única persona que sabía que estaría preocupada por ti, por eso la llamé.

Antes de salir, creyó conveniente añadir algo más.

—No seas idiota, trátala bien. Ha estado tres días sin dormir sentada ahí a tu lado, empapuzándote y limpiando *cagallones*.

Cerró la puerta al salir y con él se fue el aroma a sofrito de pescado. Unos segundos más tarde, la puerta volvió a abrirse. Tímidamente, como si temiese molestar, entró Bea.

—¿Cómo..., cómo te encuentras, Víctor?

Su presencia, de sopetón después de tanto tiempo, lo dejó descolocado. Había soñado tantas veces con aquella belleza felina que, al sentir de nuevo su zarpazo en carne viva, no tuvo muy claro si era placer o dolor lo que estaba experimentando.

—Estoy bien.

Era mentira. Lo último que necesitaba su aún confuso cerebro era una situación como aquella, que había deseado y temido a partes iguales durante semanas.

—Estos últimos días me has tenido muy asustada... —Se metió las manos en los bolsillos del vaquero y con indecisión caminó hacia la cama—. Aunque ahora te veo mejor.

—Me ha dicho el Capellà que tengo mucho que agradecerte.

—Es a él a quien tienes que agradecerle estar vivo, se ha jugado el tipo por ti. Ese hombre es increíble, sabe de todo... —Se sentó en el borde de la cama contemplando a Víctor con ojos de bizcocho; no pudo contenerse y empezó a acariciarle el pelo—. Víctor, te..., te he echado tanto de menos en este último mes...

Él fue incapaz de decir nada. Evitó su mirada y se quedó oteando el mar a través de la ventanita que se abría a los pies de la cama. Incómoda, Bea retiró la mano de su cabello y cambió de tema.

—¿Qué pasó en casa de Boluda? ¿Quién te pegó ese tiro? La Policía no hace más que preguntar sobre ti, pero no cuenta nada.

Él apartó la vista de la ventana para posarla sobre Bea.

—No creerás que maté a la vieja...

—Sé que no eres un asesino. —Le cogió la mano—. Pero pudiste verte amenazado, involucrado en un tiroteo..., qué sé yo. La prensa dice que entraste a robar y mataste a Boluda al encontrártela dentro. Por lo visto, tus huellas y tu ADN estaban por toda la casa...

Víctor sonrió mustio y apretó la suave piel de la mano de Bea.

—Yo no maté a la vieja. Cuando llegué a la casa estaba ya muerta. Y respecto al tiro, me lo pegó un policía cuando escapaba.

Ella puso cara de horror.

—¡Víctor, esto tiene que acabar! No puedes seguir poniendo tu vida en peligro...

—Su rostro fusionaba preocupación con tensión—. Ana me ha encargado que te diga que quiere que dejemos todo el asunto, quiere que abandones. Está muy preocupada por ti.

Mientras ella hablaba, Víctor no podía dejar de observar sus labios carnosos moverse. Llevaba semanas soñando con ellos, imaginando que los besaba de nuevo.

—Bea, tú me conoces, sabes que voy a llegar hasta el final.

—¡Víctor, por favor! Abandona..., hazlo por mí aunque sea...

—¿Por qué no me llamaste?

Bea entendió entonces lo que había estado colapsando la mente de Víctor desde que ella entró en la habitación. De sus ojos de gata china rodaron dos lágrimas.

—Tenía miedo.

—¿Miedo a qué?

Ella dudó, mientras sus párpados seguían rezumantes de lágrimas.

—Miedo a que me rechazases.

Él permaneció en silencio viéndola llorar. Bea sacó un pañuelo del bolsillo del vaquero y se secó el rostro. Se ensimismó contemplando la tela, que ahora estaba empapada de vergüenza.

—Perdóname, por favor, yo..., yo te quiero.

Él la miraba lleno de confusión.

—Bea, siempre he pensado que..., que cuando alguien te dice «Te quiero», lo más sensato sería preguntarle... ¿para qué?

De nuevo al borde de las lágrimas, ella habló mientras le acariciaba el rostro.

—Te quiero para acompañarte siempre..., para cuidarte, para que me cuides... Te quiero más que a mi vida, y me ha hecho falta cometer un error para darme cuenta.

Él alargó su brazo herido para tomarla por el cuello y poder acercársela. Aquel beso le recordó al instante la ilusión con la que rasgaba de niño el papel que envuelve los regalos.

—¿*Querei un poquitico de jaco? E mu güeno, acabaíco de cortar.*

Sentados dentro del Porsche, Víctor y Bea observaban con rostro pasmado al espectro que se apoyaba en el marco de la ventanilla. El aliento del yonqui, mezclado con la visión de sus dientes podridos, había inundado el aire de olor a azufre y huevos podridos.

—No, no quiero jaco.

—¿*Farlopita de la güena? Un tiritito de esta canela en rama y tú y tu amiga sus pasáis la noxe follando como si na, frescos como lexuga.*

Aquel tipo había abandonado la hoguera junto a la que hacía guardia, renqueando a toda prisa para acercarse hasta ellos. Sus compañeros ni siquiera se inmutaron al verle partir, permanecían estáticos alrededor del bidón de petróleo observando el fuego como si fuesen zombis. Aquella hoguera no tenía por objetivo enfrentar los fríos del noviembre castellano: cada fogata de la Cañada Real Galiana indicaba que

aquel era un punto donde se podía comprar droga. Estaban encendidas día y noche, en invierno y en verano. Allí los yonquis, a cambio de un chute, hacían guardia las horas que hiciese falta. Captaban a los clientes y los conducían a las casas donde los gitanos y los rumanos cerraban la transacción sin ojos indiscretos que los observasen.

—No, tampoco quiero farlopa. —Víctor apartó el rostro intentando alejarse de la pestilencia que emanaba aquel pobre diablo, desnutrido y envuelto en harapos—. Busco a Traian, un chavalito rumano, ¿lo conoces?

El yonqui puso cara de contrariedad: ya se había hecho a la idea de haber conseguido una venta y perderla no entraba en sus planes.

—*Tol* mundo aquí conoce al Traian.

—¿Sabes dónde puedo encontrarlo?

Los ojos vitriólicos de aquel despojo humano parecieron hincharse, amenazando con reventar y salpicar de hieles vitales la tapicería del Porsche.

—*Pue* a lo *mejó* sí lo sé..., o a lo *mejó* no.

Víctor sacó un billete de cincuenta euros y lo sostuvo entre los dedos delante de la nariz espigada del yonqui. Este se abalanzó ansioso.

—No tan rápido, figura. —Con un gesto brusco apartó el billete, provocando un agudo pinchazo en su antebrazo, aún no del todo recuperado—. Tendrás que ganártelo.

Las pústulas que cubrían aquel rostro cadavérico parecieron supurar llenas de rabia. Rebufó antes de hablar.

—El Traian vive en donde *lo* rumanos. Sigue *palante* un kilómetro o así. *E* una casa del *lao* de la izquierda, la única que tiene el *tejao* verde, verde; verde como *lo* mocos. —Metió su mano sarmentosa a través de la ventanilla, estrujó el billete con furia y se largó a toda prisa hacia la hoguera.

—Víctor, esto es..., esto es el infierno...

—Y que lo digas...

Tardaron casi media hora en recorrer el kilómetro de distancia hasta la casa de tejado verde: eran las diez de la noche, hora punta en el mayor supermercado de la droga de Europa.

—¿Qué *mirái*, payos de mala madre?!

Desde la puerta de su casa, una gitana de aceituna, redonda y negra, los obligó a humillar la mirada. A ambos lados del camino polvoriento que constituía la Cañada, las chabolas ilegales rebullían de actividad. Una procesión tétrica de vehículos, en fila de a uno, circulaban por el camino central esperando su turno para conseguir una dosis.

—¡Métete ahí, Víctor! ¡Esa es la casa de tejado verde!

La puerta metálica resonó con estrépito: al abrirse, se toparon de bruces con el azul violento de los ojos del joven rumano.

—Hola, Traian, ¿te acuerdas de mí?

El chico, a pesar de sus hechuras de escoba, observaba erguido y muy digno.

Llevaba los mismos pantalones turcos con los que había huido meses atrás de Víctor por todo el centro de Madrid.

—Yo nunca olvidar una cara. Claro que acordarme de ti.

—¿Podemos pasar? Necesito pedirte un favor.

—¿Favor?

—Sí, pero aquí en la puerta no quiero hablar. ¿Podemos entrar?

Traian miró de arriba abajo a Bea, y volvió a encarar a Víctor.

—Por mí no problema, podéis entrar. Pero tú no debes tener mucho cariño por Porsche.

—No... —Víctor se giró hacia el coche—, no te entiendo, Traian.

—Ser sencillo: si dejas ese coche solo ahí fuera cinco minutos, cuando vuelvas, no encontrar ni ruedas. Y si lo dejas con esta chica tan guapa dentro, cuando vuelvas, no encontrar ni ruedas ni chica. —Traian cruzó un dedo bajo su cuello simulando ser degollado.

Víctor y Bea se miraron y tragaron saliva, sintiéndose cándidos.

—Mejor hablar dentro del Porsche. Me gusta tu Porsche. No debería haber devuelto a ti las llaves cuando yo quitártelas, ahora mío. —Sonrió de oreja a oreja dejando ver unos dientes perfectos de un blanco imposible.

Ya en el coche, se sentó en el asiento del conductor dejando claro que era Bea, la mujer, quien debía pasar atrás. Cerró la puerta y blandió el volante, aguzando la mirada hacia el infinito como si estuviese conduciendo un fórmula 1 en Le Mans.

—¿Aún tener tú mi regalo?

—Por supuesto, siempre la llevo encima. —Víctor, sentado en el asiento del copiloto, sacó del bolsillo de su vaquero la preciosa navaja con empuñadura de marfil labrado.

—Esa navaja ser muy buena. Traer suerte. Ya te dije que a mí me la regaló padre, tú no perderla jamás. Solo hay tres en el mundo, mi abuelo las hizo y dio a cada uno de sus hijos.

Se quedó observando al chico, que seguía blandiendo el volante mientras sus ojos azules se acurrucaban con expresión de velocidad: era tan solo un niño, un niño en medio de un pudridero.

—Traian, necesito pedirte un favor.

El chico soltó el volante y se giró hacia su copiloto.

—Tú decir.

Víctor se sentía algo incómodo proponiéndole a un niño algo ilegal. Pero era obvio que en aquel entorno dantesco, verdadero territorio apache, Traian era el menos ingenuo de los tres ocupantes del Porsche.

—Necesito que te vengas con nosotros a Valencia. Será cosa de un par de días, a lo sumo tres.

—¿Para?

—Necesito que..., bueno, hay un hombre al que me interesa mucho que le quites

una cosa sin que él se dé cuenta.

—¿Qué cosa?

Bea, impaciente en el asiento de atrás, saltó nerviosa:

—Unas llaves, necesitamos que le quites unas llaves...

Traian giró el rostro hacia ella y la interrumpió solemne.

—Callar. Mujeres no hablan cuando hombres hacen negocios. —Volvió a girar el rostro hacia Víctor y prosiguió hablando como si nada hubiese sucedido—. Sigue, escucho, ¿qué cosa yo quitar a ese hombre?

Víctor, antes de responder, miró a Bea en el asiento de atrás y le sonrió a modo de disculpas.

—Unas llaves, unas llaves es lo que quiero que le cojas del bolsillo cuando te lo cruces en la calle. Pero, Traian, es muy importante que él no se dé cuenta, ¿podrás hacerlo?

El chico respondió al instante, sin dudar.

—Por supuesto, Traian puede hacer cualquier cosa. Ese trabajo ser muy fácil. ¿Tú no querer algo más fuerte? ¿Tal vez necesitar cargarte a ese hombre y hacer desaparecer? Yo conocer gente para eso también.

Víctor sintió un escalofrío: aquel muchacho había dicho aquello con la misma naturalidad con la que su hija Sofía, de una edad parecida, le habría propuesto ir a comerse una hamburguesa al McDonald's.

—No, Traian, nadie tiene que desaparecer. Tan solo coger las llaves y ya está. Te pagaré por el trabajo, lo que me pidas, por anticipado.

—Si es por dinero, yo no hacer. —Compuso una cara agraviada—. El día que regalé navaja, tú y yo amigos. Me ofendes, a amigo no se paga.

Descolocado, Víctor miró a Bea de nuevo, sin saber qué decir. Esta se encogió de hombros: no quería hablar después de la reprimenda que el chico le había echado, podía enfadarse y no aceptar el encargo.

—Pero, Traian, necesito que me hagas este favor, y no tienes por qué correr riesgos sin una recompensa...

El chico interrumpió a Víctor, cortante.

—Tú tener que hacerme regalo a mí. Así funcionan las cosas entre mi gente cuando ser amigos, mi padre enseñarme eso.

Víctor, confuso, observaba los enormes ojos del muchacho.

—Y... ¿qué..., qué quieres que te regale?

—Algo importante para ti. Cuando tú hiciste favor a mí no denunciándome a policía, yo regalarte navaja. Navaja importante para mí, ahora tuya. Dame algo importante para ti y yo hacer trabajo.

—Importante..., no sé, Traian, ¿qué puedo tener yo que tú quieras?

El chico volvía a empuñar el volante del Porsche mientras blandía el cambio de marchas. Con su estatura, a duras penas conseguía alzarse sobre el salpicadero para mirar a través del parabrisas.

—Este coche.

Víctor tragó saliva.

—¿Mi..., mi Porsche?

—Sí, yo quiero tu Porsche.

—Pe-pero, Traian..., yo quiero a este coche..., lo quiero de verdad.

Una vez pronunciada, la frase le había sonado ridícula. Pero era cierta: él y el Porsche habían vivido muchas cosas juntos.

—Víctor, lo sé. Los hombres podemos enamorarnos de coches, las mujeres no pueden, las mujeres a veces tontas. Tú estar tranquilo, conmigo coche será feliz también, yo también querré él, yo cuidar él. —Dejó de mirar a través del parabrisas y se giró sonriente hacia Víctor—. Además, este coche a ti ya no servir: vi en tele que Policía busca por asesinato, encontrarán pronto si sigues haciendo idiota y yendo por ahí con este Porsche. Tú deberías tener cuidado, mi padre dar a mí antes de morir gran consejo... Si por la noche, al acostar, a ti picar el culo, por la mañana, al levantar, a ti oler el dedo.

Muy satisfecho, remató su discurso con rostro solemne.

—Yo sé mejor que tú qué hacer para Policía no encontrar coche.

El chico lo tenía muy claro: quería el Porsche. Derrotado, Víctor se resignó. Diez minutos después, casi con lágrimas en los ojos, vio de pie junto a Bea cómo su coche atravesaba las puertas metálicas hacia el interior de la casa de tejado verde, conducido por Traian. El chico bajó del Porche, volvió a cerrar las puertas y regresó sonriente junto a ellos.

—Bueno, ¿irnos ya a Valencia?

Sentados a bordo del Twingo de Bea, vigilantes frente al portal de la finca de don Claudio, tenían un aspecto ridículo: parecían sardinas en lata. Traian, ante la indignación de Paloma, había insistido en que él debía ir en el asiento del copiloto, junto a Víctor. En el pequeño universo del joven rumano, las mujeres jamás conducían un coche habiendo en él un hombre. Bea, arrinconada en el minúsculo asiento de atrás del Twingo junto a la ventanilla, no le quitaba el ojo de encima a la portería. Paloma, mientras tanto, desparramada a su lado, devoraba unos fideos chinos a la vez que intentaba disimular su desolación: no quería hablar con nadie de su reciente ruptura con Benito. Lo superaría como lo había superado todo en la vida, sola.

—Llevamos aquí toda la tarde y ese puto curita no aparece. Me estoy empezando a cansar..., *slurp*. —Hablaba con la boca llena.

—Tened un poco de paciencia, lleva dentro de casa cuatro horas, es probable que salga a cenar o a dar una vuelta antes de acostarse. —Víctor, aburrido también, no mostraba demasiada convicción.

—Y tú, ojito con joderla cuando aparezca el curita, a ver si toda la tarde esperando y luego te cagas en los pantalones..., *slurp*.

Traian, muy serio, giró el rostro hacia Víctor:

—Tu amiga la gorda no caerme bien. Deberías enseñarla a tener boca cerrada. En boca cerrada no entran moscas, ni tantos fideos.

—¡Oye, *joputa!* ¡Que sepas que estoy embarazada, tengo que comer por dos! — Paloma bramaba desde el asiento de atrás—. Y ya que estamos intimando, voy a hacerte una preguntita, ¿en Rumanía vive alguien?

—Yo no entiendo. —Traian ni se dignó a girarse para mirarla.

—Pues que si queda alguien en tu país, porque con toda la mierda que se ha venido *pa* España, yo creo que aquello debe de estar vacío.

—Tú no enfadar, yo quiero ayudarte. Si seguir comiendo fideos, acabar con culo tan gordo como tía mía Herta, que cagaba en bañera.

—¡Me parto el ojal! ¡Menudo *timing* cómico tiene el comendrugos este! ¡Voy a meterte dos hostias españolas y bien *pegás!*

—¡Callaos, ahí está! —Bea interrumpió a Paloma, que ya se abalanzaba sobre el chico—. Víctor, es ese, ¿verdad?

Por la puerta de la finca acababa de salir un hombre alto y delgado, vestido muy sobrio, con americana negra y camisa oscura.

—Ese es, señores. —Víctor se puso en guardia—. Ahí está el hijo de puta de Claudio Serratosa de León, ¿lo ves bien, Traian?

—¿El viejo cabeza blanca?

—Correcto.

—Esperar aquí, yo no tardar.

El chico abrió la portezuela del Twingo, pero Víctor lo cogió del brazo para detenerle antes de que bajase del vehículo.

—Recuerda, Traian, tan solo tienes que cogerle el manajo de llaves y traerlo. No quiero que corras riesgos, ve con cuidado.

El muchacho sonrió, luciendo unos dientes immaculados. Dos segundos más tarde, sus pantalones turcos cruzaron la calle a la carrera y se pusieron a caminar en dirección al catedrático.

—Pero... ¿qué coño hace ese mocoso? ¡Si se cruzan de frente el curita se va a quedar con su jeta! —Paloma apretaba su corpachón contra Bea para poder mirar a través de la ventanilla—. ¿No debería seguirlo hasta esperar el momento de echarle mano al bolsillo?

—No sé, Pam, confiemos en él, se dedica a esto.

—Menudo gilipollas eres, darle tu coche a ese niño..., flipo.

—¡Ya te lo dije, Pam, no seas tocapelotas! La Policía busca mi Porsche por toda España, ya no me servía para nada y...

—¿Qué narices pasa?! ¡Traian se ha puesto a hablar con Yo Claudio! —Bea los interrumpió nerviosa.

—¡Hostias!

En efecto, en la otra acera, a escasos veinte metros del Twingo, el joven rumano y



el catedrático charlaban. De repente, don Claudio se dio la vuelta y, acompañado por el chico, encaminó sus pasos de nuevo hacia la portería. Las dos siluetas, de estatura muy desigual, fueron engullidas por el zaguán ante el estupor de los tres ocupantes del Twingo.

El *pringao* parecía un hombre inofensivo y a él le apetecía impresionar a Víctor. Le demostraría, rematando el trabajo en un periquete, que había hecho bien confiando en Traian Zanfiri.

«*Nu sunteți de gând săafle...*»

Víctor le caía bien, algún día le gustaría llegar a ser como él: sofisticado, culto, con una novia guapa, un coche elegante. Por el momento el coche ya lo tenía, lo otro llegaría con el tiempo.

Mientras cruzaba la calle a toda prisa, decidió que utilizaría la estrategia del topetazo. Era la más rápida, aunque quizás algo más arriesgada, pero si salía bien, Víctor quedaría impresionado. Se acercaría al *pringao* de frente, simularía pedirle limosna y trastabillaría intencionadamente para tener una excusa con la que agarrarse al incauto: las llaves no tardarían en estar en su poder.

«*Idiotule vechi...*»

El catedrático, a escasos diez metros frente a él, paseaba distraído mientras jugueteaba con algo entre los dedos de su mano izquierda. Lo hacía rodar una y otra vez utilizando como eje su dedo índice, para acabar atrapándolo con el puño y vuelta a empezar.

«*Rahat...*»

Traian maldijo entre dientes ante la contrariedad: era el juego de llaves, con el arete del llavero introducido en el dedo, lo que rodaba una y otra vez. Así era imposible arrebatarse las llaves al *pringao*. Pensó rápido.

«Traian, hijo mío, el mundo es de Dios, no lo olvides nunca..., pero se lo alquila a los valientes.»

Él recordaba todos y cada uno de los consejos que su padre le había dado antes de morir, y además era un valiente: seguiría adelante con el plan. Si conseguía que el *pringao* se guardara las llaves antes de sacarse la cartera para darle limosna, sería incluso mejor, así sabría en qué bolsillo exactamente hurgar para arrebatarse el llavero.

—Señor, por favor, deme algo, deme dinero, tengo hambre...

El hombre, alto y enjuto, lo miró sorprendido. Parecía cautivado por los enormes ojos azules del chico, que ahora se entornaban tristes.

—Pero, alma de Dios, ¿qué haces a estas horas solo y en la calle? ¿No deberías estar ya en casa con tus padres?

—Yo solo, no padres. Deme algo, tengo hambre. Deme algo...

Intentando despertar lástima, alargaba la mano insistente esperando que el catedrático se apiadase de él.

—¿No te irás a gastar en drogas lo que te dé? Seguro que te vas directo a comprar pegamento y esnifar en cualquier callejón.

—¡No, yo drogas no! Comida, quiero comida.

El viejo sonreía desde las alturas, condescendiente.

—No me mientas, os conozco bien, os conozco bien, diablillo... Dirías cualquier cosa por unas monedas. Pero también por unas monedas Judas el Iscariote vendió a Nuestro Señor. Debo ser cauto, debo ser cauto para no dañarte creyendo que te ayudo.

Traian maldijo en su interior al *pringao*. Aquel viejo parlanchín, con las manos virtuosamente cruzadas sobre sus partes, seguía aferrado a su manajo de llaves mientras lo miraba sonriente con cara de curita puntilloso. El viejo no se largaba, pero tampoco sacaba la cartera.

—Deme algo, por favor, tengo hambre.

—No, haremos algo mejor. Yo vivo aquí al lado, justo en esa finca. Subamos y te prepararé algo para comer de caliente, así sé que no te gastarás el dinero en vicios. — El *pringao* miraba meticuloso alrededor para comprobar que, a esas horas, ya no se veía a nadie por la calle—. ¿Te parece bien?

Eso no era exactamente lo que Víctor le había pedido: el *pringao* quería que subiese a su casa y esos no eran los planes, pero si accedía, estaba seguro de que una vez allí podría conseguir el manajo de llaves.

—Está bien, yo subir, tener hambre.

Abrió mucho los ojos intentando transmitir candor.

—Buen chico, te prepararé una sopa que te hará entrar en calor, ya verás qué buena está. —El viejo le sonreía lleno de amabilidad empalagosa—. La sopa me sale riquísima.

A esas horas el portero ya no estaba, por lo que el hombre eligió la llave adecuada del manajo que seguía llevando en la mano y abrió la puerta del zaguán. Traian pudo ver que del llavero colgaba una pequeña Virgen de Fátima.

—¿Y de dónde eres tú? No, déjame que lo adivine, por tu acento debes de ser de..., de...

—Rumanía.

—¡Es justo lo que iba a decir! No me has dejado tiempo, bribonzuelo... —El hombre esperaba el ascensor con las manos siempre cruzadas al frente, sonriéndole melifluo con sus labios finos y descoloridos—. ¿Y cómo te llamas, si puede saberse?

—Traian.

—Traian..., bonito nombre, dime una cosa, ¿cuál es el diminutivo de Traian? ¿Cómo te llamaba tu mamá cuando quería ser cariñosa?

—Yo no conocer mi madre. Y Traian no tener diminutivo, Traian ser nombre de hombre.

El viejo rio indulgente y le puso una mano sobre la cabeza al chico, revolviéndole el pelo.

—¡Ay, diablillo! Qué gracioso eres..., ¿así que eres huérfano?

—Sí.

El ascensor llegó y ambos subieron. El viejo extendió una de sus manos y presionó el botón con un dedo largo y amarillo.

—Pues en otro tiempo te podría haber ayudado. ¿Sabías que yo hace muchos años dirigí un colegio para niños huérfanos en Madrid?

—No, yo no saber.

—Claro, cómo ibas a saberlo. —El hombre no dejaba de mirarlo fijamente a los ojos ni un solo instante—. Benditos años, fui tan feliz..., pero aquella labor ya la cumplí y el Señor me encomendó nuevos retos.

El ascensor llegó y ambos salieron al rellano. El hombre volvió a elegir la llave adecuada del manajo que seguía en su mano y abrió la puerta de seguridad del piso. Dentro, al encenderse la luz, Traian se topó con una fotografía en blanco y negro de un primer plano del Santo Padre Fundador, que sonreía beatíficamente aupado sobre un *chiffonier* francés.

—¿Quién ser ese? ¿Tu padre?

El hombre dejó por un instante de observar al muchacho y se quedó obnubilado frente a la fotografía.

—Sí, ese es mi padre..., es el padre de todos nosotros: es un santo.

El chico permaneció impávido ante el tono épico de las palabras. Se limitó a hablar calmado sin apartar la mirada del retrato.

—Ese no ser mi padre. Yo tuve padre, él enseñármelo a mí todo.

La puerta se cerró con tanto aplomo que dentro pareció hacerse el vacío. El hombre salió de su éxtasis y giró la llave, guardándose a continuación el manajo en el bolsillo de sus pantalones.

«*Rahat...*»

Aquello iba a ser más complicado de lo que había previsto.

—Adelante, pasemos al salón.

Al entrar en la gran estancia, Traian abrió los ojos de par en par: presidiendo el suntuoso y abigarrado salón, sobre la mesa de centro, una enorme maqueta de un Sopwith Camel de la Primera Guerra Mundial lucía orgullosa sobre su doble ala los emblemas de la Royal Air Force británica.

—Traian, veo que te gustan los aviones..., a todos los chicos os gustan los aviones.

El pequeño se había acercado como un autómata a la maqueta y la acariciaba delicadamente con el dedo. El hombre se colocó tras él y de nuevo le agitó la cabellera, mientras sus labios temblaban.

—¿Sabes que un compatriota tuyo con tu mismo nombre, Traian, Traian Vuia, fue el primero que consiguió hacer volar un avión de modo completamente autopropulsado? No como los hermanos Wright, que utilizaron una catapulta. Pero ya se sabe, unos cardan la lana... y otros se llevan la fama.

El chico alzó la cabeza para observar al viejo, que no perdía de vista ni un

segundo los ojazos azules del pequeño.

—Vuiá fue el mayor inventor de su tiempo..., el mayor de todos.

—Yo no saber. Pero parecerme normal si él ser rumano.

El hombre lanzó una carcajada.

—Quédate aquí, entretente un poco con el avión mientras yo me cambio, no puedo cocinar con esta ropa.

Se dio la vuelta y salió del salón por una puerta que parecía conducir al pasillo de la casa. La cerró cuidadosamente tras de sí.

«*Este increíble...*»

Traian se quedó solo contemplando la maqueta. Era fantástica. De mayor tendría un avión, lo tenía muy claro. Un biplano como aquel, pero de verdad, uno como el que había visto que pilotaba el protagonista de una película que transcurría en África, un aventurero que conquistaba a una chica blancucha, robándosela al marido. Él tendría un avión igual.

Cuando despertó de sus ensoñaciones, se dio cuenta de que hacía ya cinco minutos que el viejo se había largado y no daba señales de vida. Y él no tenía toda la noche, Víctor lo esperaba abajo en el coche y le había encomendado una misión.

«*Al naibii de vechi...*»

Con mucha calma se dirigió a la puerta del salón: un largo pasillo completamente oscuro se abría ante él. Mientras avanzaba con sigilo, comprobó que todas las puertas que dejaba atrás a ambos lados del corredor estaban cerradas. El pasillo giraba a la izquierda. Al doblar la esquina, Traian vio un fino haz de luz, irisado, como si proviniese de una pantalla. En esa habitación debía de estar el *pringao*, pero ¿qué hacía ese viejo idiota viendo la tele mientras él esperaba? Con cautela caminó hacia el haz. Conforme se acercaba, escuchó un murmullo rítmico, una especie de roce suave que salía de dentro de la habitación. Al arrimar la cabeza al hueco entreabierto de la puerta, pudo distinguir el origen del ruido: el viejo, sentado de espaldas a la puerta, frente a una pantalla de ordenador, movía rítmicamente su brazo izquierdo. El brazo lo tenía doblado sobre el regazo. Con la mano derecha sostenía el ratón del ordenador, pero la pantalla era imposible de ver porque la espalda tapaba la imagen.

«*Purceluș...*»

El viejo estaba totalmente desnudo excepto por una banda de tela negra que llevaba anudada al cuello y contrastaba con su pelo blanco. El brazo izquierdo seguía moviéndose rítmicamente cada vez con mayor velocidad, a la vez que podían empezar a escucharse jadeos muy tenues.

«*... dezgustător...*»

Apartó la cabeza y empezó a desandar el camino en dirección al salón. Sabía cómo acababa la escena que había empezado a ver, no necesitaba quedarse hasta el final. El viejo se estaba masturbando. Aquella situación no le gustaba, estaba encerrado en una casa con un perverso que le doblaba en tamaño y fuerza, y había perdido de vista las llaves. En la calle de vez en cuando desaparecían chavales como

él, a manos de degenerados, y rara vez volvía a saberse de ellos. Debía mantener la calma y ser prudente, pero desde luego una cosa estaba clara: él no se iba de allí sin cumplir su misión.

—Perdona el retraso, pero he tenido que ir al baño.

El viejo entró en el salón frotándose melindroso sus manos amarillas. Llevaba puesta una túnica color hueso con una cruz dorada bordada en el pecho. Le llegaba hasta los pies, que estaban desnudos.

—¿Qué ser eso?

—Esto se llama alzacuellos. Es una especie de... bufanda, me la pongo dentro de casa para estar cómodo. Y esta túnica es la casulla.

Se acercó al chico, que seguía sentado en el sofá junto a la maqueta del avión. Cuando estuvo frente a Traian, le alargó el brazo tendiéndole la mano: era una oferta para que la tomara.

—Vamos, antes de cenar debemos rezar nuestras oraciones.

Por vez primera, el rostro del viejo lucía severo: no era un ofrecimiento, era una orden. Sus ojos, entelados ya por la edad, desbordaban ansiedad.

—Yo no saber rezar.

—Vamos.

Apremiante y muy serio, el hombre agitó frente al rostro del chico la mano tendida. Este la ignoró, le daba asco, sabía dónde había estado minutos antes. Se puso en pie y adoptó una pose sumisa, dispuesto a seguir al hombre.

—Buen chico.

El viejo le puso la mano sobre el hombro y, uno junto al otro, caminaron hacia el pasillo sin pronunciar palabra. Orientándose en la oscuridad, enfilaron el largo corredor hasta que don Claudio se detuvo frente a una puerta. El chico se dio cuenta entonces de que el hombre seguía teniendo el manojito de llaves en la mano. En la oscuridad eligió la llave correcta y la introdujo en una cerradura de seguridad.

—Entra.

Una vez estuvieron los dos en el interior, cerró de nuevo la puerta y giró la llave. Traian podía escuchar la respiración agitada del viejo, envuelta en total oscuridad y olor a incienso. Una llama apareció de la nada: el hombre sostenía tembloroso un mechero de plata con una Virgen de Fátima engarzada. Con él empezó a encender cuatro velones pascuales que se erguían sobre un lampadario de iglesia hecho de madera tallada cubierta de pan de oro: aquello era una pequeña capilla, iluminada ahora con la luz trémula que emite la cera al arder.

—Arrodíllate ahí.

Con un dedo autoritario y huesudo, más amarillo que nunca gracias a la luz de los cirios, don Claudio señaló un reclinatorio cuyo reposo para las rodillas estaba forrado de terciopelo rojo y mullido. Al lado había otro idéntico, tan vetusto y raído como el primero. Eran los únicos muebles que se veían.

—¡Arrodíllate!

El chico se asustó. Obedeció dócil, apoyando los brazos sobre el pasamano del reclinatorio. Frente a él, un retablo finamente labrado, que cubría toda la pared del fondo de la capilla, cobijaba una gran talla de la Virgen María con un niño Jesús en brazos. Custodiándola, aparecían cupidos, amorcillos y caras de santos que a la luz de los velones titilaban entre sombras inquietantes.

—Vas a orar, las manos juntas.

El viejo, mientras daba la orden, se arrodilló en el otro reclinatorio junto al chico y bajó la cabeza en señal de plegaria. Las palmas de sus manos, unidas en cuña, apuntaban hacia el cielo.

—Ahora rezaremos un *Dios te salve, María* en honor de Nuestra Señora la Virgen de Fátima.

Traian observó de reojo al *pringao*. Enfundado en su ridículo disfraz, cabizbajo mientras mordisqueaba letanías con aquellos labios de enfermo, tenía un aspecto siniestro. A la luz de los velones, también pudo echarle un vistazo a la capilla. Excepto la pared ocupada por el retablo, el resto de la pequeña estancia estaba cubierto por estampas y cuadros religiosos de vírgenes, santos y cristos. Las paredes y la puerta parecían acolchadas, de tal modo que allí dentro la sensación era opresiva, parecía una cripta aislada e insonorizada. La voz autoritaria del viejo, que seguía con la cabeza gacha mirando al suelo, lo sobresaltó.

—Cierra los ojos y repite conmigo. Dios te salve, María...

Traian no sabía muy bien qué debía hacer. El viejo, sin alzar el rostro, alargó una de sus manos y la depositó sobre el cráneo del chico. Con energía, lo forzó con aquella garra de águila a agachar la cabeza.

—Cierra los ojos y repite conmigo. Dios te salve, María, llena eres de gracia...

—Dios salve, María, llena eres gracia...

—... el Señor es contigo, bendita tú eres entre todas las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús...

—... el Señor ser contigo, bendita tú ser entre todas mujeres...

El chico se sobresaltó al advertir la mano del viejo acariciándole la espalda, pero permaneció con los ojos cerrados.

—¡Sigue!

—... bendito... y bendito ser fruto tu vientre, Jesús...

—... Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros, pecadores...

La mano del viejo bajó hasta el borde de la camisola del chico y se introdujo bajo los pantalones turcos. Traian pudo sentir sobre sus nalgas el tacto frío y repulsivo de aquellos dedos largos.

—... Santa María, Madre Dios, ruega nosotros, pecadores...

—Ahora y en la hora de nuestra muerte. Amén.

—Ahora y en hora nuestra muerte. Amén.

El chico permanecía con los párpados cerrados, apretándolos con fuerza, mientras soportaba la mano del viejo masajeándole las nalgas. De sopetón, la otra mano del

hombre tomó a la fuerza una de las suyas.

—*Ave Maria, gratia plena, Dominus tecum...* —El viejo, sin dejar de orar, dirigía a la fuerza la mano del chico hacia la gran cruz dorada que lucía el pecho de su casulla—, *benedicta tu in mulieribus, et benedictus fructus ventris tui, Iesus...*

Las frases sagradas cada vez eran entonadas con más excitación. El viejo, que seguía de rodillas sobre el reclinatorio, pero ya totalmente encarado hacia Traian, fue bajando su mano desde el pecho de la casulla y arrastrando la del chico tras ella. Al llegar al dobladillo, ambas manos empezaron a arremangar los faldones.

—*Sancta Maria, mater Dei, ora pro nobis peccatoribus...*

El viejo forzó al chico a coger su miembro erecto. Traian, en medio de la oscuridad gracias a sus párpados apretados, percibió entonces un aliento tibio. Al abrir los ojos, se topó con un rostro ansioso que se acercaba hacia el suyo, mascullando.

—*Nunc, et in hora mortis nostrae. Amen.*

Con una mano, el viejo forzaba a Traian a masajearle el pene erecto, y, con la otra, ya fuera de los pantalones turcos, agarraba con fuerza las mejillas del chico para obligarle a abrir la boca.

—No te resistas, pequeño, no te resistas... —Posó sus labios sobre los de Traian mientras con la mano ejercía una presión enorme en las mandíbulas del muchacho, que al final cedieron—. Todo será más fácil si no te resistes.

De inmediato, una lengua ávida y musculosa entró con desespero en la boca del pequeño, y empezó a retorcerse como si fuese una anguila viva en la sartén.

«*Tu nu ar fi trebuit săfac asta...*»

Traian supo que había llegado su oportunidad. Llevaba ya rato esperándola. Aquel tipo era más alto, pesado y fuerte que él, pero como casi siempre pasaba con los que se creen superiores, había cometido una imprudencia: nunca debió haberle metido la lengua en la boca.

—iiiiAaaaagggggggg!!!!

El grito fue aterrador. Don Claudio, en total excitación, había relajado la presión de la mano que agarraba la mandíbula del chico. En cuanto este lo notó, esperó a que la lengua del viejo pasase sobre sus muelas y ordenó a sus músculos maxilares apretar con furia.

—iiiiAaaaagggggggg!!!!

Traian sintió el inconfundible sabor férrico de la sangre: había desgajado parte de la lengua del viejo, que ahora estaba desparramado en el suelo tapándose la boca con ambas manos.

—iiiHijo de Satanás!!! —Balbuceaba palabras ensangrentadas—. iiiVoy a matarte!!!

El chico, muy tranquilo, se puso en pie guardando silencio y escupió un par de veces al suelo. El *pringao* seguía sentado en el suelo maldiciendo y observándose asustado sus propias manos, como si entre la sangre temiese encontrar un pedazo de

lengua.

—Crío malnacido... Satán reencarnado...

Miró a su alrededor. Disponía de poco tiempo antes de que el viejo recobrase la calma.

—¡Hijo de mala furcia rumana, cobrarás tu merecido!

A los pies del retablo de la Virgen, el muchacho vio un cáliz dorado. Podía servir. Se acercó con calma y lo sopesó. Sí, en efecto, podía servir: su base era maciza y pesada.

—Vaya que si cobrarás..., ¡cobrarás pan de dolor!

Siempre en silencio, cogió el cáliz y se acercó sin prisas al *pringao*. Este seguía sentado en el suelo abierto de piernas, con el rostro y su extraño camisón ensangrentados. A la luz trémula de los velones, maldecía entre alaridos de dolor y se contemplaba las manos obsesivamente. A Traian la imagen le pareció patética: un hombre jamás debía lloriquear. Rodeó al viejo situándose a sus espaldas. Alzó el cáliz agarrándolo por el copón y, con todas sus fuerzas, estampó su base contra el cráneo del *pringao*. Al instante, este se desplomó inconsciente. Traian volvió a alzar el copón y descargó otro golpe aterrador sobre la frente del viejo, que, como un fardo de trapo, se limitó a convulsionarse.

—Yo sentir, yo sentir mucho haber matado tú. —Sin furia alguna, observaba aquellos ojos cerrados como si fuesen capaces de escucharlo—. Pero yo tener que hacerlo, palabras de padre mío fueron claras. Él decir mí: jamás permitas que otro hombre meta nada en cuerpo tuyo. Mujeres es distinto, pero hombre no puede meter nada dentro de ti..., ni odio, ni malos pensamientos, ni tampoco cuchillos..., ni nunca polla. Si eso pasar, mávalo.

Tras pronunciar esas palabras en tono solemne, el chico dejó caer el cáliz y le dio la espalda al viejo para recoger el manojito de llaves del suelo. Lo sopesó satisfecho. La misión había sido cumplida. No era exactamente lo que Víctor le había pedido, pero su amigo debería entender que las circunstancias no habían sido tampoco las previstas, había tenido que improvisar. Buscó la llave de la capilla y tras abrir la puerta salió al pasillo. Su intención era buscar la puerta principal para largarse de allí de inmediato, pero el tenue haz de luz que salía por la puerta entreabierta que ya había visto antes al fondo del corredor le hizo recordar una cosa: le parecía haber oído a Víctor y a la gorda de su amiga hablar de lo importante que era conseguir registrar el ordenador del *pringao*. Querían hacer una copia de su disco duro o algo así. Él no sabía muy bien qué era un disco duro, pero el ordenador lo había visto.

«Víctor *mi-a uimit...*»

Se dirigió hacia el fondo del pasillo, mullido por la oscuridad. Al llegar, abrió la puerta y se encontró frente a él de nuevo la mesa escritorio que ya había visto antes. Sobre ella descansaba el ordenador. Se acercó al monitor y contempló la imagen que la espalda del viejo antes no le había dejado ver: aparecía un niño rubio pequeño, casi un bebé, desnudo y lleno de magulladuras. Su mirada llena de terror se dirigía hacia



el viejo, que aparecía en la imagen de pie y completamente desnudo. Tan solo llevaba puesto el alzacuello. Miraba goloso al niño y le acariciaba el pequeño pene con una mano, mientras con la otra se agarraba el suyo.

«*Perverti...*»

Traian decidió que aquello podía interesarle a Víctor. Cogió con decisión el cajón de la CPU del ordenador y de un brusco tirón arrancó todas las conexiones. El monitor se apagó. Con el ordenador bien agarrado bajo el brazo, salió al pasillo y se dio un susto de muerte: frente a él, aparecido de entre las tinieblas, el viejo lo miraba con odio, sosteniéndose a duras penas contra las paredes del pasillo.

—¿Adónde..., adónde crees que vas con eso..., diablillo?

El *pringao* sonreía de manera demoníaca, pero Traian tan solo se fijó en el brillo de un filo que, surgido de entre las sombras, se abalanzó sobre su cuello a gran velocidad: eran unas tijeras.

—¡Viejo puto comerrabos!

El cuerpo de lagartija de Traian esquivó como pudo las tijeras, a la vez que soltaba el ordenador. Vio frente a él la estrategia a seguir: la tenía justo ante sus narices, tras el extraño camisón que portaba su captor.

—Joderte, viejo mierda.

Con todas sus fuerzas, dirigió un puñetazo directo a los genitales del *pringao*.

—¡Aggggggggg!

El cuerpo de don Claudio se desplomó. Gemía acurrucado de dolor en medio de la oscuridad del pasillo, aferrado a sus partes. Traian se quedó observándolo durante unos segundos. Creía que ya se había cargado con el cáliz a aquel viejo pervertido, pero parecía haber vuelto del infierno. Dudó unos instantes: tan solo dejando caer la caja del ordenador en la cabeza sería suficiente. El cráneo se haría añicos como una cascarita de huevo. Cogió la CPU del suelo y la sostuvo sobre la testuz del *pringao*.

—*Sayonara, baby.*

Le encantaba *Terminator*. Justo en el momento en el que iba a dejar caer la caja, el viejo abrió los ojos y lo miró suplicante a la vez que juntaba las manos temblorosas en señal de plegaria.

—No..., no lo hagas, hijo mío..., ten piedad de este pobre pecador...

Traian entonces reflexionó: no sentía ningún tipo de compasión, pero quizás matando a aquel tipo metería en un lío a Víctor. Su amigo ya tenía una acusación por asesinato sobre sus espaldas, y, según le había parecido entender, el viejo era su jefe en la universidad. Y además el ordenador, con el golpe, podía estropearse.

—Tú suerte hoy...

Volvió a dejar la CPU en el suelo y buscó entre las sombras las tijeras con las que acababa de intentar rebanarle el pescuezo. Las recogió del suelo y con absoluta frialdad se puso en cuclillas junto a la cabeza del viejo. Los ojos de este, al ver las hojas metálicas, se llenaron de pavor como si esperasen un descabello.

—No me mates, hijo mío..., te..., te lo suplico..., no me mates...

El chico ignoró los balbuceos. Tomó por el reborde con dos dedos la oreja derecha del *pringao*, estirándola de forma muy delicada, y con la mano que sostenía las tijeras le dio un tajo limpió a la carne, justo donde entoncaba con la cabeza. El cartílago se desgajó de cuajo, sin que el viejo emitiese ni un gemido: se había desmayado por culpa del miedo.

Sostuvo su trofeo mirándolo con curiosidad por ambos lados. Tras el regodeo, se lo metió en uno de los bolsillos de su pantalón turco, que de inmediato fue cubierto por una aureola rojo sangre. Traian recogió entonces del suelo el ordenador y se quedó observando el cuerpo inconsciente del catedrático.

—Tú suerte hoy, mi padre habría cortado ti otra cosa.

Muy tranquilo y satisfecho, se encaminó hacia el recibidor.

—¡Pero ¿estás loco?! ¡¿Tú sabes lo que podría haberte pasado?!

Era de madrugada y los cuatro estaban sentados en el salón del ático de Paloma, alrededor de la CPU. Al lado del aparato estaba la oreja del catedrático envuelta en un clínex y el manajo de llaves del que colgaba la Virgen de Fátima.

—Yo estar bien. Tú no preocupar, Víctor. Trato era yo conseguir llaves y ahí estar llaves. —Señaló con la barbilla la mesa—. Ordenador regalo mío, tú decir a ella ordenador importante, y yo traerte ordenador.

El chico se quedó mirando a Paloma, que, embutida en un chándal verde eléctrico y con una Heineken en la mano, estaba despanzurrada sobre uno de los butacones.

—Hay que reconocer que el chico tiene cojones..., y encima torea bien, ha salido de la plaza con oreja. —Señaló el clínex de la mesa con una sonrisa—. Chaval, ¡deberías haber cortado también rabo!

Paloma remató la broma con una escandalosa carcajada.

—¡Eso es, Pam, tú animalo! ¡Y sigue bebiendo cerveza estando embarazada! ¡Eres todo un ejemplo para la infancia!

—Pero si esto es aguachirle, y son solo dos traguitos de *na...*

—¡El chico no tiene cojones, el chico está loco! Si llega a pasarle algo, no me lo hubiese perdonado...

—Si tú querer, yo..., yo devolver Porsche. —Avergonzado porque creía haber fallado a su amigo, Traian abrió sus delgados bracitos y dibujó una sonrisa aún más enclenque.

—¡Me cago mil veces en el Porsche! ¡Lo que quiero es que entiendas que lo que has hecho está mal! Ponte en mi lugar, Traian, te llamé para...

—Y si yo ponerme en tu lugar, ¿dónde ir tú?

El rostro del chico reflejaba ignorancia genuina. Desesperado, Víctor iba a lanzar un improperio, pero lo interrumpió el sonido del interfono. Paloma se levantó a abrir.

—Bueno, tranquilicémonos. —Bea, sentada junto a Víctor, le puso la mano en el muslo intentándolo calmar—. Lo que ha pasado ya ha pasado, no tiene sentido lamentarse. Veamos cuál es ahora la situación.

—Pues la situación es muy sencilla —Víctor todavía hablaba muy excitado—. Queríamos conseguir las llaves para registrar la casa del puto Claudio, y ahora sabemos que ese cabrón es un pedófilo de mierda, pero un pedófilo asustado y paranoico... ¡que estará cambiando todas las cerraduras de casa para vivir blindado! ¡A ver quién coño entra ahora ahí!

—Sí, pero ahora tenemos... —Paloma, de nuevo despanzurrada sobre el butacón tras abrir la puerta de la calle, habló con halo misterioso mientras señalaba la CPU con su Heineken— eso.

—¡Y para qué coño nos sirve eso! ¡El hijo de puta de Yo Claudio...!

—Hombre de poca fe, todo hay que explicártelo..., hablando de fe, por ahí asoma la *recordwoman* mundial.

El espíritu etéreo de Santa Tecla levitó a lo largo del salón, dejándose acompañar por su cuerpo. Tras el velo negro, tan solo se intuían las facciones de su rostro, puro Modigliani.

—¿Eso ser..., eso ser monja? —Traian y Bea estaban boquiabiertos—. Víctor, tú ser muy grande...

—Para quien no la conozca, esta que está *plantá* detrás de mí es Santa. Si tenéis algún amigo buen mozo, pasarle su teléfono, busca novio.

La religiosa, cabizbaja y encogida, murmuró ofendida una letanía y empezó a persignarse con fruición.

—Como te decía, Víctor, eres un hombre de poca fe. Ahora nuestra monja preferida nos dirá si puede destripar o no ese cacharro..., pero eso tendría que importarnos una mierda. Lo único que tiene que importarnos es que tenemos la CPU.

Todos los ojos se dirigieron curiosos hacia Paloma, excepto los de Santa Tecla, que seguían cabizbajos tras el velo.

—¿Qué coño quieres decir?

—Pues muy sencillo, Víctor, y tú que juegas al póquer tendrías que ser el primero en haberlo pensado. —Sonreía ufana—. Iremos de farol.

El silencio que se hizo evidenciaba que todos esperaban una explicación. Hasta Traian prestó atención, a pesar de que no sabía muy bien de qué hablaban aquellos españoles locos, y además Paloma era mujer, lo cual la eliminaba como fuente de información interesante.

—Como decía Jack el Destripador, vayamos por partes. Parece claro que el Claudio de los cojones además de pedófilo es un obseso religioso, y por eso montó toda la pantomima con tu alumna, la Jessi, para echarte de la universidad alegando que eras un violador. Muy bien, eso, aunque te enfade y te humille, Víctor, vamos a tener que dejarlo en un segundo plano de momento, no es relevante para nuestro objetivo, que no es otro que averiguar quién envía los putos libros.

—Pero...

—Pero hostias. Cállate, escucha y aprende. Estás tan enfadado que no piensas con claridad. A veces lo más complicado no es encontrar información, sino discriminar

qué información es importante y cuál es accesoria. —Paloma hablaba con la seguridad de un pilón—. Y para eso, dejarse llevar por el orgullito herido es nefasto, y te lo digo yo, que sé que tengo un pronto de mil pares de cojones.

—¿Y cuál es esa información relevante, lista?

—Ahí vamos, Sandokán. Todos queremos enviar a ese puto pedófilo a la cárcel, y ya veremos cómo y cuándo hacerlo, pero ahora tenemos que averiguar la manera en la que puede sernos útil para alcanzar nuestro objetivo: saber quién envía los libros. —Le dio un sorbo a la Heineken antes de continuar—. Lo que nos interesa de ese pervertido es la información que pueda tener sobre la gente que financiaba a Boluda. Recordemos que él renunció a enviarte a la cárcel después de montar toda esa mierda con Jessica, y renunció porque Boluda y su gente te querían a ti en la calle, peleando por conseguir los derechos sobre la obra de Mendoza.

—Hasta ahí todo correcto, pero ¿dónde quieres ir a parar, Pam? Concreta, por favor, porque no estoy entendiendo nada.

—Estos letritas..., angelitos bobicos... —Suspiró burlona—. Como dice el clásico, voy a ser tan concreta como las ganas de cagar: en todo este enredo de los manuscritos misteriosos, Boluda es el único cabo del que podemos tirar. Todo lo que podamos averiguar sobre ella y sus conexiones es importante, y, para ello, que el señor catedrático hable y nos abra su corazón es esencial. ¿Cómo conseguirlo? Aprovechemos lo que sabemos sobre él, y él no quiere que sepa nadie.

—¡Explícate, hostia!

Víctor se desesperaba. Paloma recapacitó para ordenar mejor su argumentación: todas aquellas emociones le estaban permitiendo mantener su cerebro ocupado y no pensar en lo desgraciada que se sentía sin Benito a su lado. Nadie había notado nada, y eso la hacía sentir segura.

—Deberías hacerte una pajueta diaria, eso relaja... Escuchadme bien: dentro de un par de días, en cuanto salga del hospital, vamos a ir a hablar con el señor catedrático Claudio Serratos de León. No creo que tenga ningún inconveniente en recibirnos, él ni sospecha que nosotros estamos tras la Operación Traian. Pero antes de continuar, dejadme que haga una consulta técnica. —Se giró hacia la novicia, que, como un centurión fiel y siempre cabizbajo, hacía guardia tras Paloma—. Santa, ¿piensas que serás capaz de acceder al disco duro de ese ordenador?

La religiosa dobló el espinazo para acercar su velo al oído de Paloma. Durante dos minutos estuvo cuchicheando ante la curiosidad del resto de los miembros del equipo.

—Disculpad las escuchitas, pero es que Santa es una monja de clausura muy tímida..., fuera del convento solo habla conmigo, que soy como de la familia. ¡Por Dios, cómo cambia la gente! Antes se ganaba la vida como *stripper*, pero eso ya es agua pasada... —Paloma sonrió socarrona mientras la novicia se santiguaba de nuevo compulsivamente—. Bueno, que me ha dicho la menda que, con los protocolos de seguridad que descubrió en esa máquina cuando intentó entrar en ella por Internet,

cree que tendrá sistema de autobloqueo.

—¿Y eso qué coño es? —Víctor esbozó cara de jeroglífico.

—Pues que si ese cacharro detecta una desconexión brusca del equipo como la que nuestro rumanito torero realizó, sin seguir los procedimientos preestablecidos, el sistema interpreta una agresión y blindo los discos duros con códigos de encriptación endiablados. Santa dice que esta misma noche se pone a la tarea, pero no garantiza nada, ni sabe cuánto tiempo le llevará. Un mes o un año, *chi lo sa?* Eso es exactamente lo que acaba de decirme al oído, aderezado con docenas de *Ave María Purísima* y *Cristo Bendito*, *no me toques ahí que me irrita*.

Víctor se alteró.

—¿Y sin tener nada que echarle a la cara cómo quieres que vayamos dentro de dos días a visitar al puto Yo Claudio?!

Paloma dio un resoplido con el que pareció intentar deshinchar toda su impotencia.

—Uf... Ayudándote a razonar me siento más frustrada que el hombre invisible haciendo sombras chinescas... Angelito mío, cuando vayamos a ver a ese *joputa*, le plantearemos, con más descaro *quel* Guerra, que queremos saber todo lo relativo a Boluda y sus tejemanejes. Ante su previsible negativa, lo amenazaremos con enviar a la Policía ese ordenador. Desde luego es un farol, pero funcionará, me juego el solomillo del coño: aunque Santa Tecla no sea capaz de destripar la máquina, es suficiente con que Yo Claudio escuche de nuestros labios lo contrario. «Hemos visto las fotos que hay ahí dentro, pervertido de mierda.» ¿Por qué es suficiente? Pues porque sabemos, y él sabe, que las pruebas de su pedofilia sí están ahí dentro. Jugaremos con el miedo de ese degenerado. Cuando se entere de que la CPU está en nuestro poder, cagadito, cagadito cantará como un ruiseñor... Ya escucho sus trinos.

Se hizo el silencio. Fue Víctor el que, ya calmado, habló.

—Pam, me quito el sombrero. Al final vamos a ir a pegarle las cuatro hostias que querías darle a ese cabrón desde el principio.

—Pues sí, pero hostias de las que duelen de verdad, en *toa* la boca: lo amenazaremos no solo con ir a la cárcel, sino con acabar con su reputación. La lástima es que tú no podrás venir, Vic, iremos Bea y yo.

—¿Yo también querer ir!

Traian no entendía nada de toda aquella historia, pero le sonaba a aventura y sin duda quería participar. Víctor lo miró con severidad.

—De eso nada, mañana mismo te embarco en el AVE a Madrid, casi me muero del susto por tu culpa. —Víctor ignoró el rictus suplicante del chico y se volvió hacia Paloma—. A ver, a ver, explícame eso, ¿cómo que yo no voy a ir a apretarle las clavijas al puto pervertido ese?

—Víctor, Pam tiene razón, tú no deberías aparecer por allí, te buscan por asesinato. —Bea, más calmada, razonaba con sensatez—. La Policía ha venido a hablar con todos nosotros, si ha contactado también con ese cabrón, podría entregarte.

El profesor se irguió, mientras componía con las manos el gesto baloncestístico indicador de tiempo muerto.

—Escuchadme bien las dos: ese hijo de puta me ha acusado de violación y ha abusado de mi amigo. —Traian se hinchó de orgullo al oír aquellas palabras—. ¡Por nada del mundo pienso perderme su cara cuando lo amenacemos con destrozarle la vida! Sabiendo que tenemos el ordenador, se cuidará muy mucho de llamar a la Policía.

—Pero...

Víctor no dejó continuar a Bea. La miró con unos ojos severos y autoritarios, unos ojos que ella antes no le había visto jamás. Le gustaron.

—Chicas, aquí o follamos todos o lanzamos a la puta al río, y mucho me temo que la puta no lleva puesto el biquini. Así es que ya sabéis, pienso ir con vosotras, es algo personal, ¿lo-te-néis-cla-ro?

—Tú mandas, jefe. —Paloma descerrajó un eructo de corsario cervecero—. Me da la sensación a mí de que próximamente van a caer hondonadas de hostias.

En la recepción del colegio mayor, un joven con aspecto de seminarista consultaba solícito una agenda.

—Según mis notas, la entrevista con don Claudio la habían solicitado tan solo ustedes dos. —Observó a Bea y a Paloma, apoyadas sobre el mostrador—. El caballero no consta por ningún lado.

Víctor, en un segundo plano, guardaba silencio. Habían optado por no alertar sobre su presencia al catedrático hasta el último momento.

—Sí, el caballero estaba de viaje y ha vuelto de manera inesperada. —Paloma hablaba con aplomo—. Es íntimo amigo de don Claudio, es que queríamos darle una sorpresa..., ya sabe, para animarlo, nos han comentado que está algo delicado tras... el incidente.

El joven recepcionista puso cara de alivio y complicidad, a pesar de que era obvio que odiaba que las cosas no se ajustasen a lo previsto: la agenda era para él su segunda Biblia.

—Ah, ¿saben ustedes lo del incidente en casa de don Claudio? Deben de ser de mucha confianza... Dios bendito, este mundo está perdido. Esos delincuentes que asaltaron su casa no se conformaron con robarle, también le infligieron terribles heridas. La Virgen nos proteja...

Parecía sinceramente afectado. Paloma asintió con la cabeza mientras componía un rostro solemne acentuado por la papada.

—Unos auténticos hijos de... —Reaccionó a tiempo ante la patada que Víctor le propinó en el tobillo—. Hijos de Satanás, unos hijos de Satanás es lo que son esos desalmados.

—Ya puede usted decirlo, hija mía. —Giró su rostro de pajarillo vivaracho hacia Víctor mientras se ponía en pie—. Una sorpresa le vendrá bien, la visita de un amigo

siempre alegre el espíritu. Acompañenme.

Se adentró por un pasillo frío e impersonal que Víctor ya conocía de su anterior visita al colegio.

—Les agradecería, eso sí, que no fatigaran a don Claudio, está recuperándose de sus heridas físicas... y espirituales. —Mientras caminaba, se giró hacia ellos con una sonrisa pontificia y las manos entrelazadas—. Por aquí, por favor, por aquí. Les recibirá en sus apartamentos privados que siempre tiene dispuestos en el colegio. Todavía no se siente con fuerzas suficientes para volver a su piso, ni para despachar en la oficina.

En el lateral del pasillo aparecieron los enormes ventanales del comedor que Víctor ya conocía. A aquellas horas estaba casi completamente desierto. Tan solo dos hombres devoraban en una esquina con escasos modales los alimentos que tenían frente a ellos. Desentonaban en aquel ambiente sereno. Sentados uno frente al otro, ni hablaban ni se miraban, limitándose a ingerir la comida amorrados sobre el plato como chacales hambrientos. Uno enorme, el otro enclenque.

—Por aquí, por favor.

El joven recepcionista tomó unas pequeñas escaleras de caracol que se abrían a la izquierda del pasillo y subió con paso ágil. En el descansillo en el que desembocaban las escaleritas, no dudó en llamar con los nudillos a la única puerta que se veía, de madera oscura y estilo castellano. Sin esperar respuesta, abrió e introdujo la cabeza por el hueco de la puerta.

—Don Claudio, ¿da usted su permiso? Su visita ha llegado.

La voz del catedrático se escuchó débil:

—Adelante, adelante, haga pasar a esas señoritas.

El joven se volvió hacia ellos y bajo la voz.

—Recuerden, por favor, no fatiguen a don Claudio.

Tras decir eso, desapareció escaleras abajo ligero y sonriente como si fuese un gorrioncillo con el espíritu feliz.

—Adelante, hijas mías, adelante...

Las primeras en cruzar la puerta fueron Bea y Paloma. Se encontraron con el catedrático de pie, esperándolas sonriente en el centro de una sala sin luz natural que hacía las funciones de despacho y saloncillo. Tenía un tresillo a un lado y al otro una mesa escritorio llena de papeles. Llevaba en la cabeza un aparatoso vendaje que le cubría la oreja derecha y la frente, confiriéndole un aspecto grotesco de momia a medio hacer.

—Claudio Serratosa, para servirles. No tengo el gusto de conoc...

En cuanto apareció Víctor bajo el marco de la puerta, la sonrisa le desapareció. Se quedó lívido y tan solo pudo tartamudear.

—Vic-Víctor, ¿qué haces tú aquí?

Por toda respuesta, recibió una mirada torva.

—¿Cómo has osado...? ¿Cómo te atreves a venir aquí después de lo que le hiciste

a la pobre Pilar? Dios Santo, voy a llamar de inmediato a la Policía...

Se abalanzó asustado hacia la mesa y descolgó el teléfono. Paloma, de pie junto a él, fue rápida y cubrió con su enorme manaza el teclado del aparato, impidiendo que el catedrático marcara. Habló jactanciosa.

—Bueno, quizás a la Policía le interese también saber que al señor catedrático le gusta de vez en cuando trajinarse a algún churumbel. —Acercó su cara a la del hombre hasta casi poder olerle el aliento—. ¿A todos esos también te los intentaste follar, pedófilo de mierda?

Se refería a las numerosas orlas que colgaban de la pared tras la mesa de despacho: en cada una de ellas veinte o treinta chavales de sonrisas marchitas miraban a la cámara. Al catedrático se le mudó de nuevo el rostro, pasando ahora del miedo al estupor. Se dejó caer en el butacón.

—Señorita, no sé a qué se refiere, y sus insultos me ofenden profundamente. Esas fotografías son las promociones del colegio de huérfanos Salvación y Pureza, que tuve el privilegio de adoctrinar y dirigir en Madrid durante años. Están llenas de agradecimiento y candor infantil hacia el hombre que les...

—Y una mierda *pinchá* en un palo. —Paloma se sentó en una de las sillas confidente, mientras Bea ocupaba la otra y Víctor se quedaba de pie, entre ellas y en jarras—. Conozco a los curitas como usted, sonrientes y santurrones en público, y luego a solas se matan a pajas pensando en los niños. Me juego la pipa del coño a que en ese orfanato por las noches hacía visitas a los dormitorios...

—¡Deje de decir barbaridades! ¡Y sepa que yo no soy cura! ¡Soy custodio del Sacrum Corpus, téngame un respeto! —Rojo de ira, el catedrático se puso en pie y señaló la puerta con furia mientras se dirigía hacia Víctor—. ¡Largo! ¡Vete de aquí con tus amigas, por lo visto sois de la misma calaña! Y agradece que por la amistad que tuvimos en otra época no llame de inmediato a la Policía. Alguna vez me explicarás qué locura te llevó a matar a la pobre Pilar...

Víctor lo interrumpió muy calmado. Contenerse le estaba costando un gran esfuerzo.

—Don Claudio, es mejor que nos dejemos de teatros, voy a serle muy claro. Escúcheme bien, no sé si lo creerá o no, pero yo no maté a Boluda. —El rostro del catedrático, que seguía en pie señalando la puerta, permaneció impasible—. Y tampoco sé si está al corriente o no, pero cuando Boluda me hizo llamar a través de usted, fue para contratarme.

—¿Contratarte? —Bajó el brazo y, muy confundido, se sentó.

—Sí, contratarme.

Víctor apoyó ambas manos sobre el escritorio. Al otro lado, el catedrático reculó, ante el rostro amenazante que se le venía encima.

—Quería a toda costa que yo le consiguiese los derechos de la obra de Hugo Mendoza, y tenía tras ella a gente muy importante, de mucho peso y mucho dinero.

La cara de sorpresa del catedrático parecía sincera.



—¿Pilar..., Pilar te quería a ti para hacerse con los derechos de la obra de Hugo Mendoza? ¿Y cómo ibas tú a conseguir tal cosa?

—Pues negociando con la viuda, recuerde que la conozco a raíz de mi tesis. —A Víctor la paciencia se le estaba acabando—. Usted me la dirigió, ¿o es que está perdiendo la memoria, pedazo de mierda?

—¡No te tolero que...!

—¡Cierre la boca y escúcheme! —Víctor se iba alterando por segundos—. Sabemos que Boluda y la gente que la financiaba le obligaron a usted a renunciar al plan que había montado con la zorra de Jessica para meterme en la cárcel y echarme así del departamento. Va a decirnos quién era esa gente que estaba detrás de Boluda, porque si no nos lo...

—¡No sé de qué demonios me estás hablando!

—¡¿Qué pasa?! ¡¿Le cortan una oreja y se queda sordo?!

El catedrático se quedó lívido ante los gritos de Víctor.

—¿Cómo..., cómo sabes tú lo de la oreja?

—Vaya, parece que nos atenemos a razones... —Los puños de Víctor ya estaban crispados—. El chico que entró en su casa trabajaba para nosotros. ¡Sí, no ponga esa cara! ¡El chaval de grandes ojos azules que intentó violar es mi amigo, degenerado de mierda! Tenemos el ordenador y hemos visto el material que tiene dentro, así es que o nos dice todo lo que sabe sobre Boluda o se pasa lo que le queda de vida en la cárcel. Y ya sabe lo que les hacen en la cárcel a los violadores de niños...

El rostro del catedrático era una mezcla de pavor y asombro. Hundido en el butacón, no hablaba, tan solo mascullaba.

—Sois..., sois unos mentirosos, no tenéis ese ordenador...

Paloma, con pose arrogante de actriz negra de telecomedia sobreactuando, se echó mano al bolsillo del chándal y sacó una bola de papel que arrojó sobre la mesa.

—Ábrelo, gilipollas, es un regalo para ti.

El catedrático titubeó, pero poco a poco, temeroso, se incorporó en el butacón para acercarse a la bola. Lentamente fue desenvolviendo sus capas, formadas por servilletas y servilletas que se superponían.

—Hijos..., hijos de Satanás... —El viejo temblaba—. Mi..., mi oreja...

Con total frialdad, Víctor cogió entre sus dedos la oreja ya reseca y ennegrecida y se la echó a la cara.

—¡¿¿Quién financiaba a Boluda?!!

El viejo esquivó la oreja, que, gomosa, cayó al suelo rebotando.

—Vete al infierno... —Miraba con odio—, hijo de Satán.

Víctor no pudo contenerse, y Paloma y Bea no fueron lo suficientemente rápidas como para detenerlo: saltó por encima del escritorio y cogió del cuello al catedrático, levantándolo con fuerza del butacón y aplastándolo contra la pared. Algunas de las orlas cayeron al suelo haciéndose añicos.

—¡Hijo de puta! ¡Sé lo que tramaste con Jessi! Eres lo más rastrero que hay sobre

la faz de este mundo...

Apretaba con fuerza el cuello del cátedro contra la pared sin que Paloma y Bea, cada una cogida a uno de sus brazos, fuesen capaces de separarlo de su presa: la rabia le confería una fuerza descomunal.

—Habla o te mato aquí mismo. ¡¿Quién financiaba a Boluda?!

Gracias a la adrenalina, ni siquiera la herida de bala de su antebrazo, todavía no del todo cicatrizada, parecía dolerle a pesar del esfuerzo físico. El viejo empezaba a quedarse sin aire, y sus ojos color salmuera observaban a escasos centímetros los de Víctor, llenos de furia.

—¡Déjale! ¡Vas a matarlo!

Las palabras de Bea fueron inútiles. Víctor seguía presionando.

—Pervertido hijo de puta...

Pero de repente su mirada cambió muy ligeramente de dirección: se fijó en la pared que quedaba tras el cuello del viejo, donde una de las orlas amarillentas había atraído su atención. Paloma y Bea constataron entonces cómo los brazos de su amigo perdían el nervio, cayendo flácidos. Obnubilado por la sorpresa, Víctor se desentendió del catedrático para concentrar todas sus energías en la orla.

—No..., no es posible... —Sus globos oculares, como si fuesen bolas de billar sobre el tablero de su cara, habían saltado hasta casi chocar contra sus pómulos en una carambola tirada por la sorpresa.

—¡¿Qué sucede, Víctor?!

Él no le respondió a Bea, seguía pasmado. El viejo, ignorante de lo que pasaba, aprovechó el descuido para escabullirse entre los brazos de su atacante y correr hacia la puerta. Nadie lo detuvo. Víctor seguía con la mirada fija en la orla, mientras Paloma y Bea observaban atónitas aquel éxtasis místico de su amigo. No entendían nada.

—Víctor, ¡¿qué coño te pasa?! ¿Qué estás mirando?

Las palabras de Paloma tampoco obtuvieron respuesta. Tan solo cuando el catedrático dio un portazo al salir a toda prisa, Víctor despertó.

—Vamos, rápido, tenemos que largarnos de aquí.

—Pero..., pero Víctor...

Él ya no escuchaba a nadie. De un codazo rompió el cristal de la pequeña orla que había estado observando extasiado. Arrojó el marco al suelo junto a los otros que habían caído en su forcejeo con el viejo y dobló con prisas la orla para metérsela en el bolsillo de la americana.

—Chicas, tenemos que largarnos de aquí cuanto antes.

—Pero, Víctor, ese hijo de puta aún no nos ha contado nada...

—¡A la mierda con él, Pam! Corred, vámonos de aquí.

Abrió a toda prisa la puerta, pero en lugar de encontrarse con el descansillo que conducía a la escalera de caracol, se topó con un muro infranqueable: el tipo descomunal que había visto antes devorar con malos modos su plato en el comedor

apareció ante sus narices con los brazos cruzados y cubriendo todo el vano de la puerta. Tras él, su compañero, insectívoro, sonreía con aire diabólico.

—Bueno, si nos permiten pasar, nosotros ya nos íbamos...

Aquel titán malencarado alargó su monstruoso brazo y de un empujón lanzó a Víctor contra el suelo. Paloma y Bea no tuvieron ni tiempo de reaccionar. Alucinadas, vieron cómo en la caída su amigo se las apañó para sacarse del vaquero un revólver. Víctor intentó apuntar con él a su agresor, pero este, a pesar de su descomunal corpulencia, se movía ágil. Con dos zancadas rápidas se abalanzó sobre su presa y le propinó una patada en la cara, mientras agarraba el cañón del Ruger y con un hábil giro de muñeca desarmaba a Víctor. El coloso volvió su cabeza de yunque hacia las dos chicas y las miró sin ningún tipo de emoción. Señaló los butacones del tresillo.

—Sentarse.

Paloma y Bea obedecieron sin rechistar. La mole agarró entonces a Víctor por la cintura del vaquero y lo alzó con uno solo de sus brazos como si fuese un fardo. Ignorando los pataleos, arrojó su cuerpo con violencia sobre el tresillo y se quedó en pie con los brazos cruzados frente a sus tres prisioneros. El trabajo estaba hecho.

—Bien, parece ser que esta pequeña lección de humildad os ha venido bien, no os veo ahora tan arrogantes...

El cátedro había entrado en la sala, acompañado por el pequeño hombre de ojos saltones y eléctricos, tras comprobar que el mastodonte tenía la situación controlada.

—Humildad, virtud divina..., humildad...

Víctor, con la nariz ensangrentada por la patada, lo miraba lleno de ira desde el sofá. El catedrático siguió hablando con una sonrisa inquietante dibujada en el rostro.

—Bien, me comentabais, antes de esta lamentable interrupción, que teníais un ordenador que me pertenece. —Acentuó su sonrisa y adoptó un tono cínico—. Creo que unos buenos cristianos deberían devolver a su legítimo propietario algo que no es suyo, ¿no estáis de acuerdo?

Paloma y Bea se miraron asustadas. Fue Víctor el que respondió, mientras se limpiaba la sangre de la nariz con la manga de la americana.

—Que te den por culo, perverso de mierda.

El mastodonte dirigió sus ojillos de bisonte hacia él y emitió un ligero gruñido, pero la voz del catedrático lo silenció.

—Siempre tan intrépido e impetuoso, mi querido Víctor. —Acurrucó los labios mordiéndose la sonrisa—. Aún recuerdo lo fácilmente que caíste en la trampa que te tendió Jessica..., fue tan sencillo.

—Hijo de puta... —El profesor hablaba rabioso.

—Por favor, Víctor, no perdamos los modales. Esto va a ser todo mucho más sencillo si nos comportamos como personas civilizadas..., y como hombre educado que soy, voy a hacer las presentaciones. Estos son los hermanos Balan, este es Nicolae. —Señaló en un gesto teatral al hombrecillo de ojos saltones, que respondió cuadrándose y con una inclinación de cabeza igualmente exagerada—. Y el

grandullón que has conocido tan de cerca, mi querido Víctor, es Vlad, el mayor de los hermanos. Te recomiendo que no bromees con él, tiene muy poca paciencia y mal carácter.

El gigante permaneció inmutable ante el comentario.

—Los hermanos Balan han trabajado para mí durante años, los conozco bien y sé de lo que pueden llegar a ser capaces. —Nicolae Balan se hinchó llenó de orgullo—. Hijos míos, soy un hombre muy ocupado y hay asuntos que resolver, os agradecería que no me hicieseis perder el tiempo, ¿dónde tenéis el ordenador?

La sonrisa de curita empalagoso le había desaparecido del rostro. Miraba amenazador, pero sus tres prisioneros no abrieron la boca.

—Vosotros aún no conocéis bien a los hermanos Balan, pero os aseguro que tienen unas habilidades muy... particulares. —Su voz sonaba rígida y fría, alámbrica—. Nicolae, por favor, haz los honores, a ver si convences a nuestros invitados para que sean un poco más locuaces.

El cuerpo articulado del menor de los Balan se puso en funcionamiento. Como una mantis religiosa impulsada por corriente eléctrica, fijó sus ojos saltones en la víctima elegida: Bea. Era la ideal: guapa y enamorada de Víctor. No había más que observar cómo se miraban el uno al otro.

—Con permiso.

Pasó por delante del catedrático y de su hermano y se dirigió hacia ella con trancos decididos. Con la velocidad del rayo, se situó tras el butacón que ocupaba Bea y le agarró el cuello con sus manos fuertes y nervudas. Cuando ella quiso defenderse, la detuvo en seco el brillo de un estilete afilado, cuyo punzón de avispa enfocaba justo hacia una de sus pupilas.

—Mis queridos amigos, quizás deba ponerles en antecedentes. Con ese escalpelo he visto a Nicolae despellejar un rostro humano en diez minutos, con tal habilidad que el infeliz propietario de dicho rostro permanecía vivo y consciente, observando entre terribles sufrimientos cómo Nicolae depositaba sobre su regazo la máscara de piel que durante toda la vida él se había visto cada mañana al lavarse la cara frente al espejo. Les aseguro que no es una experiencia demasiado agradable... Víctor, no querrás que tu guapa amiga pase por todo eso, ¿verdad?

Bea escuchaba al catedrático completamente inmóvil, en absoluta tensión por culpa del pánico.

—¡Déjala, cabrón! —Paloma gritó furiosa, buscando a Víctor con la mirada para encontrar algún apoyo: sin embargo, no encontró los ojos de su amigo, porque estos, incomprensiblemente, se habían posado en el calendario que colgaba en la pared de enfrente.

—Bueno, es una lástima que no entréis en razón, con lo sencillo que sería decirme dónde está el maldito ordenador... —El catedrático, con una sonrisa cruel, se dirigió hacia el menor de los Balan—. Procede, Nicolae, y toma las precauciones necesarias para que esta joven no grite ni arme escándalo, recuerda que estamos en la

casa de Dios.

De inmediato, el escalpelo dejó de apuntar la órbita ocular de Bea y se dirigió hacia su cuello. El menor de los Balan desplazó ligeramente la mano que lo atenazaba para despejar el punto exacto que buscaba en la tráquea. Con una incisión rápida y precisa, el fino acero atravesaría la carne y cortaría las cuerdas vocales de la chica sin matarla, pero dejándola muda para el resto de sus días. En Montenegro, durante la guerra, esa técnica era muy apreciada y había revalorizado enormemente la reputación de los Balan: permitía torturar y violar en completo silencio durante horas sin escuchar los siempre molestos alaridos de terror.

—Adelante, Nicolae, no te demores en exquisiteces.

La punta de acero marcó el punto exacto donde debía hacerse la incisión. Una gotita de sangre apareció sobre la blanca piel, en cuestión de segundos la operación estaría realizada. Paloma miraba desesperada a Víctor, pero, ante su sorpresa, este seguía observando el calendario muy reconcentrado. Parecía estar haciendo cálculos.

—¡Déjala en paz, cabrón! El ordenador está...

Paloma había gritado, pero la voz de Víctor, sin previo aviso, se alzó sobre la de ella acallándola: por fortuna, el cerebro del profesor, al igual que los motores de alta competición, alcanzaba su par máximo de rendimiento a elevadas revoluciones.

—El ordenador está en mi casa. Llévame allí ahora y os lo daré.

Paloma lo miró pasmada. Era obvio que aquello era mentira, el ordenador estaba en su ático, pero Víctor se mostraba muy seguro y miraba al catedrático con ojos desafiantes. Este respondió con su eterna sonrisa llena de condescendencia y cinismo.

—Bueno, hijos míos, veo que habéis entrado en razón. —Cambió tono y rostro y, dirigiéndose al menor de los Balan, habló autoritario—: Nicolae, déjala. Coged a estos tres idiotas y metedlos en la furgoneta. Id a su casa. Si os ponen algún problema o no aparece el ordenador, ya sabéis lo que tenéis que hacer. Y salid por el garaje, no quiero escándalos aquí.

Se dio la vuelta y desapareció por la puerta. Sin mediar palabra, Nicolae Balan sacó de su sobaquera derecha un enorme revólver, incongruente con su pequeño cuerpo.

—Muy bien, ya lo habéis oído, andando.

Montados en un Chrysler Grand Voyager con los cristales tintados, circulaban en dirección al barrio viejo. Vlad Balan iba sentado junto a Paloma, Bea y Víctor, en la trasera del monovolumen. El profesor no dejaba de mirar su reloj de pulsera. Al estar las dos filas de asientos enfrentadas, el mayor de los Balan podía apuntar sin problemas con sus ojillos de bisonte y con el cañón de su revólver a sus tres prisioneros.

—Si quieres, te digo dónde vivo... —Víctor le habló a la mole.

—Calla. Mi hermano saber ya.

Aún faltaba un mes, pero las guirnaldas de luces de colores que adornaban las

calles ya anunciaban las próximas fechas navideñas. Paloma, apretujada entre Bea y Víctor, ladeó ligeramente el rostro hacia este último aprovechando un descuido del gigante, que en aquellos momentos miraba ensimismado por la ventanilla como si fuese autista.

—¿Qué coño vamos a hacer? Cuando estos tipos vean que no está allí el ordenador nos van a liquidar...

A Víctor el susurro de su amiga le hizo levantar la mirada, pero no dijo nada. Desde que habían salido del colegio mayor, no hacía más que observar su reloj de modo compulsivo.

—¡Víctor! ¡¿Es que no me has oído?! —Paloma estaba atacada—. ¡¿Qué coño vamos a hacer?!

Se acercaban ya al caserón del barrio del Carmen y su amigo no parecía tener otra ocupación mejor que mirar su reloj de pulsera. Sus grititos en sordina alertaron a Vlad Balan.

—Tú, gorda, cállate.

Víctor miró sonriente al gigante.

—Discúlpala, está nerviosa, a mi amiga no le apunta todos los días con su pistolón un gorila guapo.

Vlad Balan no entendió el sarcasmo y se limitó a gruñir. Unos minutos más tarde, el Chrysler pasaba bajo el Portal de Valldigna y aparcaba encima de la acera. El callejón estaba desierto, eran las cuatro menos diez de la tarde y los vecinos del barrio viejo todavía estaban de sobremesa o echando una siesta.

—Abajo.

Segundos más tarde, los cinco estaban en el salón de la casa, de pie frente a la chimenea, en la que todavía humeaban los restos de un tocador Estuardo que había alimentado el fuego la noche anterior. Víctor suspiró aliviado al comprobar que ni Helmut, ni Cécile, ni Kristien estaban en casa: como él había previsto, debían de andar todavía por la universidad.

—Bien, ¿dónde está el ordenador? —Nicolae Balan apremió a Víctor mientras le apuntaba directamente a la cabeza. Su hermano vigilaba a Paloma y a Bea.

—Enseguida os lo doy, pero... ¿no creéis que antes deberíamos hacernos un cafetito? Para limar asperezas.

Paloma y Bea se quedaron petrificadas: la situación era límite y Víctor parecía tener ganas de hacer amigos. ¿A qué demonios habían ido allí?

—Es que creo que no hemos empezado con muy buen pie, pero somos gente adulta y civilizada. Vamos, chicos, tomémonos un café y...

El menor de los Balan respondió a la provocación de modo fulminante: con un movimiento eléctrico que nadie tuvo ni tiempo de ver, le propinó en la sien a Víctor un culatazo brutal que hizo que el profesor se derrumbase.

—¡¿Crees que esto es un juego?! Mi hermano y yo no hemos venido aquí a perder el tiempo ni a tomar café, ¿dónde está el ordenador?

Víctor se incorporó ligeramente a la vez que se masajeaba dolorido el lado de la cabeza que había recibido el golpe. Desde el suelo miró su reloj. Los segundos avanzaban desesperadamente despacio, debía ganar tiempo como fuese.

—Tan solo pretendía ser amable... Si..., si no te gusta el café, podrías sencillamente haberlo dicho..., también tengo té.

La frialdad del rostro de Nicolae Balan se tornó pasmo. Con una brutal patada incrustó la puntera de sus botas de piel en la entrepierna del profesor, que se encogió de dolor con un gemido.

—No te lo volveré a decir, ¿dónde está el ordenador?

—¡Déjalo en paz, animal! —Bea hizo ademán de ayudar a Víctor, pero el gigante la detuvo alargando su descomunal brazo.

—Vaya, vaya, esto es conmovedor... La parejita de enamorados protegiéndose el uno al otro.

La sonrisa de mantis religiosa que dibujó Nicolae Balan mientras hablaba fue terrorífica. De pie, junto a Víctor, observaba con placer sádico a su víctima desde las alturas. El profesor seguía encogido en el suelo, haciendo esfuerzos para no tragarse su sangre y así conseguir que el oxígeno le llegase a los pulmones.

—Bueno, tú lo has querido..., habrá que tomar medidas drásticas.

El menor de los Balan se guardó el revólver en la sobaquera y escarbó en el bolsillo interior de su americana de piel. El reluciente escalpelo apareció de nuevo.

—Si nos has hecho venir aquí para nada, lo lamentarás... Se arrodilló junto a Víctor dejando en el suelo el escalpelo. Sacó del bolsillo del pantalón un fino cordón y con gran habilidad volteó a su presa y la maniató por las muñecas con los brazos a la espalda. De nuevo le dio la vuelta a Víctor y empuñó el escalpelo.

—¡¡Déjalo en paz, hijo de puta!! —Paloma y Bea bramaban impotentes, conscientes de que el revólver y la fuerza bruta del mayor de los Balan eran inexpugnables.

Víctor observó aterrorizado cómo la hoja de acero se acercaba a sus ojos.

—¿Qué..., qué vas a hacerme, cabrón?

—Mondarte como una manzana. —Nicolae Balan, con cara de sádico, parecía estar disfrutando con aquello—. Para desollar con precisión un rostro humano, hay que empezar siempre por hacer saltar primero la piel más delicada, la del contorno ocular. Con dos finas incisiones junto al lagrimal, verás, nunca mejor dicho, cómo sale sola..., luego es muy sencillo...

En algún lugar de la casa tañó un reloj de pared.

*Dong, dong, dong, dong.*

De inmediato atronaron en la puerta dos fuertes golpes.

*¡¡Toc, toc!!*

Víctor respiró aliviado: el plan había salido como él esperaba.

—¿Es que..., es que no vas a abrir, Nicolae? —Hablaba casi sin resuello—. Te aseguro que el que está tras la puerta no..., no se va a ir.

Noviembre. Cuatro de la tarde, tercer jueves de mes. Día de cobro.

—¿Quién eres tú? ¿Dónde está Víctor Vega?

Dimitri habló contundente, como si las palabras antes de salirle por la boca hubiesen sido mazadas a fuego de forja por su mandíbula.

—Víctor ahora no podrá atenderle, está ocupado. —Nicolae Balan no esperaba toparse con aquella mole al otro lado de la puerta, la sonrisa se le había descolgado de la cara—. Pase en otro momento.

Hizo ademán de cerrar, pero la mano descomunal del ruso se apoyó veloz sobre la madera. Ante la sorpresa del menor de los Balan, una patada certera le crujó en el pecho, proyectándole contra el suelo.

—Nadie le habla así a un hijo de cosacos. Y menos con ese acento rumano de mierda.

Dimitri, al ver que desde el suelo su oponente se echaba mano a la sobaquera, entró como un rayo en la casa dejando la puerta abierta. Con su manaza le agarró el cuello al menor de los Balan y lo alzó en el aire como si fuese un peluche. Escarbó en la sobaquera y arrojó el arma al suelo.

—Todos los rumanos sois ratas cobardes..., gitanos y ladrones.

Su víctima pataleaba impotente, ante la garra de hierro que lo sostenía en vilo. Fue entonces, al mirar alrededor para inspeccionar el salón, cuando el ruso vio al gigantón que apuntaba con un arma a Víctor, tendido en el suelo maniatado. Junto a ellos, Dimitri distinguió enseguida a la chica gorda que ayudaba al profesorcito con los pagos, y al lado de ella vio también a un bellezón que no conocía.

—Вот так сюрприз...

El ruso notó que el gigantón parecía nervioso. En efecto, el limitado cerebro de Vlad Balan se debatía entre ayudar a su hermano o seguir las precisas instrucciones que este le había dado: vigilar a los prisioneros.

—¿Quién eres tú?

Los dos colosos se escanearon mutuamente durante unos segundos, mientras el menor de los Balan seguía pataleando en el aire.

—Suelta a hermano mío.

La reacción de Dimitri fue instantánea: para evitar que su presa lo molestase, le propinó un codazo en la mandíbula que, tras un espeluznante crujido, dejó inconsciente a Nicolae Balan. Este había pasado a ser un muñeco de trapo entre los inmensos brazos del ruso.

—Así que esta mierda rumana es tu hermano...

Dimitri se dirigió hacia donde estaba el grupo. Arrastraba cogido por el cuello el cuerpo del menor de los Balan, que, como un pelele inerte, iba tropezándose con los muebles.

—Pues yo he venido aquí a por ese. —Señaló a Víctor con la barbilla—. Y me voy a ir de aquí con él por las buenas, o por las malas. Suelta el revólver o le rompo el cuello a esta rata.



El ruso hacía esfuerzos sobrehumanos para controlarse. El Anadrol que se había chutado en el gimnasio esa mañana estaba volviéndole loco al mezclarse con la adrenalina generada de manera natural por su cuerpo ante la situación de enfrentamiento. Tan solo tenía una cosa clara: nadie se saltaba el día de pago de un préstamo concedido por su jefe. Al menos, nadie que apreciase su vida.

—Deja Nicolae en paz o yo matar a este.

El obtuso cerebro de Vlad Balan estaba completamente bloqueado: jamás había desobedecido una orden de su hermano, pero tampoco nunca antes se había visto en la tesitura de tener que hacerlo para salvarle la vida. Y la vida de Nicolae era su vida, sin él estaba perdido. Tras la muerte de su hermano mayor Constantine, su hermano menor siempre había sido el cerebro de la familia. Él tan solo era el músculo ejecutor.

—Está bien, haremos una cosa. —Dimitri encajó el cuello del rumano entre su antebrazo y su colosal bíceps derecho: las vértebras de Nicolae Balan crujirían como una nuez si el ruso decidía tensar su descomunal brazo—. Tú dejas el revólver en el suelo muy despacio, y yo suelto a esta rata, ¿estamos de acuerdo?

Los ojillos de Vlad Balan contemplaban inquietos el cuerpo desmayado de su hermano, inerte y a merced de aquel maldito ruso.

—¿Te decides o me hago un llavero con la cabeza de esta mierda rumana?

Paloma, Bea y Víctor asistían atónitos, como convidados de piedra, a aquel duelo de titanes: cualquiera de aquellos dos hombres, con sus cuerpos de gimnasio desorbitados y sus conocimientos de combate, podría haberlos matado con tan solo un golpe.

—Estar bien, pero hacerlo a la vez.

—Мудак...

Muy lentamente, Vlad Balan bajó su arma hasta el suelo y volvió a incorporarse. El vozarrón de Dimitri atronó en el salón de nuevo:

—Ahora dale una patada.

—No, primero tú dejar mi hermano.

—Y una mierda, los rumanos sois mentirosos como cuervos. —Para convencer al mayor de los Balan, tensó el brazo alrededor del cuello de Nicolae, que seguía inconsciente con la mandíbula rota.

De inmediato, Vlad le dio una patada al revólver, que se perdió bajo los muebles del salón.

—Buen chico. —El rostro de yunque de Dimitri dibujó una sonrisa rota—. Ahora podría matar a esta rata..., pero estate tranquilo, gitano de mierda, ya sabes que un ruso siempre cumple su palabra. —Sin pensárselo lanzó a Nicolae Balan hacia donde estaba su hermano.

Como si fuese un fardo de serrín, el cuerpo voló por los aires y cayó junto a Víctor. Ahora ambos titanes estaban frente a frente en actitud desafiante. Parecía claro que ninguno de los dos iba a dejar que el otro se largase de allí con Víctor, que seguía maniatado en el suelo haciendo esfuerzos inútiles por aflojar el nudo que ceñía

sus muñecas: había conseguido sacar la navaja de marfil del bolsillo trasero de su vaquero, pero no era capaz de abrirla.

—Ya tienes a tu hermano. Si eres listo, te largarás con él sin darme más problemas, Понял?

El inmenso cuerpo de Vlad Balan se dispuso para el combate: rodó hombros y crujió su cuello de toro al torcerlo a derecha e izquierda, como si estuviese calentando antes de empezar un ejercicio gimnástico.

—*Nenorocitule...*

Con los ojillos encendidos de rabia y emitiendo un alarido, aquel corpachón de buey bragado se lanzó como un loco contra su oponente, en un placaje de *rugby* que alcanzó al ruso en la cintura.

El choque fue brutal. Ambas masas colisionaron como si fuesen dos icebergs, que ahora rodaban por el suelo destrozándolo todo a su paso.

—*Tâmpit...*

Se lanzaban codazos con furia, intentando luxar sin éxito el cuello o las articulaciones del oponente.

—Мудак...

El ruso y el rumano estaban desplegando una energía descomunal que irradiaba a su alrededor destrucción y caos. Paloma y Bea ayudaron a Víctor a ponerse en pie con la esperanza de poder aprovechar ese caos para escapar de allí, pero, justo entonces, aquella masa informe y violenta se destrabó. Ambos contrincantes se pusieron en pie, uno frente al otro, con las guardias levantadas en actitud pugilística: sus cuerpos masivos ahora se interponían entre la puerta abierta del caserón y el rincón donde estaban los prisioneros.

—Твоя мать шлюха...

Las palabras de Dimitri debían de haber sido muy ofensivas, porque Vlad Balan lanzó un furioso gancho de derecha buscando el mentón del ruso. Este lo esquivó parcialmente con un ágil juego de cintura, de tal manera que el puño no tocó su mandíbula, pero chocó contra el cráneo. Víctor, Bea y Paloma se estremecieron ante el impacto: para cualquier ser humano normal, semejante golpe hubiese supuesto un KO instantáneo y seguramente daños neuronales irreversibles, pero el ruso se limitó a relinchar como un mulo resfriado. Agitó su cabeza para despabilarse y de nuevo elevó la guardia.

—Цыганский...

Los dos gigantes empezaron a girar uno frente al otro escrutándose con furia, mientras esperaban la oportunidad de un flanco descubierto. Lanzaban *jabs* cortos intimidatorios para tentar al rival a atacar, pero los dos sabían que las fuerzas estaban muy igualadas. Debían ser prudentes. Por sus movimientos de pies bien coordinados y sus narices partidas, Víctor supo que ambos tenían experiencia de boxeo.

—Цыганский ублюдок...

El profesor controlaba con un ojo la puerta del caserón mientras con el otro

vigilaba a las dos moles, con la esperanza de poder salir disparado hacia la calle con sus amigas en cuanto los contrincantes se despistaran ligeramente. Nicolae Balan seguía inconsciente en el suelo.

—Chicas, atentas, en cuanto os lo diga, seguidme y corred...

Sin previo aviso, Dimitri lanzó un *swing* largo que pretendía atravesar la guardia del rumano. Este tuvo que doblar el cuerpo con violencia para esquivarlo y ambos luchadores se desequilibraron desplazándose hacia la derecha. Víctor vio su oportunidad.

—¡Ahora!

Todo sucedió muy rápido. Vlad Balan, el más cercano a la puerta abierta, vio de reojo cómo sus prisioneros corrían hacia la calle. Asustado, se giró hacia ellos, descuidando por unas décimas de segundo la guardia. Dimitri fue contundente y letal: lanzó un croché descomunal contra la mandíbula de su oponente, que crujió como un tronco desgajado. El rumano se desplomó haciendo temblar los cimientos del caserón.

—¿Adónde creéis que vais? —Con mucha habilidad, el ruso había alargado su pierna para cerrar de una patada la puerta del caserón—. ¿Tenéis prisa?

Su rostro galvanizado enfrentó al de Víctor, que seguía maniatado con los brazos a la espalda.

—Profesorcito, ¿tienes mis trescientos euros?

El ruso deseaba con todas sus fuerzas despedazar a aquel listillo impertinente que tantos problemas le estaba dando últimamente, pero sabía que eso hubiese enfadado a su jefe. Y lo último que él quería en este mundo era enfadar a su jefe, eso hubiese significado entrar en la peor de las pesadillas imaginables. Debía ser profesional.

—¡¿Tienes mis trescientos euros?!

—Dimitri, vamos al banco, los puedo sacar...

—Esas no son las reglas, ya lo sabes. —Miró a Paloma—. ¿La gorda de tu amiga no te puede ayudar esta vez?

—No los llevo encima..., pero Víctor tiene razón, vamos al banco...

Dimitri la ignoró y fijó sus ojos de husky sobre Bea.

—¿Y tú?

Ella negó con la cabeza, tampoco llevaba encima tanto dinero.

—Pues entonces, profesorcito, tú te vienes conmigo.

Alargó su brazo derecho y agarró por la pechera de la camisa a Víctor para atraerlo hacia sí con violencia. Con la mano izquierda empezó a cachearlo escarbándole todos los bolsillos. Al encontrar la billetera, la tiró al suelo junto con un manojito de llaves. También le quitó el reloj y la pluma Parker que siempre llevaba encima. Desechó el i-Phone y la fotografía con la orla que encontró en el bolsillo interior de la americana: un trozo de cartulina no podía ser peligroso. La navajilla de marfil, al seguir en el puño de Víctor, superó el registro.

—Muy bien, a ver qué tenemos por aquí...

Le dio un empujón al profesor y se arrodilló junto a los objetos. Abrió la cartera y vio que tan solo había cincuenta euros.

—¿Esto es todo?

Sin esperar respuesta, se metió el billete en el bolsillo y observó la pluma. Era bonita. También se la guardó. El resto le parecieron trastos inútiles.

—Andando. Despedíos de vuestro amigo, no lo volveréis a ver.

Con una mueca cruel se incorporó y cogió a Víctor por la nuca, dispuesto a salir a la calle. Lo detuvo la voz de Paloma a sus espaldas.

—Hasta para robar eres idiota, ese i-Phone vale más de quinientos euros y acabas llevándote un boli *cagao*... —Escupía las palabras como si fuesen gargajos densos—. Con paletos como tú, no me extraña que Rusia siga siendo un país de mierda lleno de muertos de hambre.

Dimitri no se esperaba aquella puñalada y Paloma lo sabía, la había meditado cuidadosamente. El ruso rotó muy despacio su cabeza, como si fuese la cañonera de un destructor. Su rostro patibulario encaraba ahora a Paloma lleno de odio contenido: nadie en su presencia insultaba a la santa madre Rusia.

—Putá, te salva tan solo que eres mujer, y en mi país quien pega a una mujer es un cobarde, si no... —Sus pensamientos lo interrumpieron; miró de arriba abajo el cuerpo de Paloma y dibujó una sonrisa burlona—. Pensándolo mejor..., tú no eres una mujer. No eres más que una bola de sebo.

El ruso se agachó y cogió el i-Phone para metérselo en el bolsillo de su cazadora: al incorporarse, abrió la mano y le propinó un bofetón descomunal en plena cara a Paloma. Esta cayó al suelo y, cuando se levantó ayudada por Bea, solo le dio tiempo a ver cómo el ruso cerraba la puerta del caserón llevándose a Víctor.

—Paloma, ¿estás bien? ¡¿Pero cómo se te ocurre decirle semejante barbaridad a ese tipo?! ¡No ves que está loco!

Bea le agitaba los carnosos mofletes, intentando reanimarla.

—Estoy..., estoy bien..., estoy bien, no te preocupes por mí..., vámonos de aquí antes de que se despierten estos dos tipos... —Paloma, todavía aturdida, hablaba como si fuese un boxeador sonado—. Tenemos, tenemos que salvar a Víctor..., esa..., esa gente lo va a matar. Vamos..., vamos al convento.

—¡¿Al convento?!

—Sí, deprisa..., Santa Tecla tiene que hacer un milagro...

Víctor nunca pensó que volvería a pisar el chalé de Benidorm donde tiempo atrás había perdido miles de euros en una infausta noche de póquer. Seguía maniatado, pero había optado por volver a introducir su navaja en el bolsillo del vaquero: contra aquel ruso mastodóntico no tenía nada que hacer incluso armado con un pequeño cuchillo. Buscaría su oportunidad negociando con su jefe. Por fortuna, Dimitri no le había quitado la fotografía con la orla conseguida en el despacho del catedrático, que seguía doblada en el bolsillo interior de la americana. Todavía no podía creer lo que

había visto en ella.

—Привет, ребята.

Eran ya las siete de la tarde cuando el Grand Cruiser con el que habían venido desde Valencia atravesó la cancela bajo la atenta mirada de dos matones malencarados.

—Baja.

No entraron en la mansión por la puerta principal, que con su soportal en arco con columnata neoclásica parecía que les sonreía dándoles la bienvenida y mostrando una dentadura perfecta. En lugar de eso bordearon la enorme construcción de ladrillo caravista y entraron por una pequeña portezuela que se abría en el lateral. La espalda del ruso a duras penas cabía por la escalerita que tomaron, que parecía encaminarse hacia el sótano de la casa. Cuando acabaron los escalones, Dimitri se detuvo frente a una puerta de hierro herrumbroso repintado de verde. Sacó una llave y abrió el portón ignorando el gemido de los goznes. Era un cuartito ciego hecho de puro hormigón, sin enlucimiento ni pintura. En medio de aquel cubo de pesadilla, bajo una bombilla desnuda, tan solo había una silla de hierro parecida a las que Víctor había visto en las fotografías de penitenciarías americanas donde los condenados a morir pasaban por la silla eléctrica.

—Siéntate.

El profesor obedeció y de inmediato el ruso le ciñó los tobillos a las patas de la silla con cinta americana. Al agachar la vista para ver lo que Dimitri hacía con sus pies, Víctor advirtió que la silla no se asentaba sobre el hormigón directamente, sino que estaba plantada encima de un plástico parecido al que él utilizaba para cubrir la ropa tendida cuando llovía.

—Dimitri, hostia, vamos a hablar... Esto es un malentendido...

El ruso comprobó las ataduras de las muñecas, que le parecieron sólidas. Se irguió y empezó a envolver la frente de Víctor, pasando la cinta americana por detrás del alto respaldo de la silla.

—Calla. No digas ni una palabra más.

Tras un minuto, Víctor sintió cómo su cabeza quedaba completamente inmovilizada, al igual que sus pies y sus manos. Satisfecho con su labor, Dimitri tiró el rollo de cinta al suelo y salió de la habitación. La puerta se cerró emitiendo un eco de submarino.

«Joder, joder, joder...»

Víctor intentó moverse: era imposible, aquella silla de hierro forjado debía de pesar mucho, porque, por más que impulsaba su cuerpo, la siniestra poltrona no se tambaleaba ni un milímetro. Se quedó inmóvil escuchando el latir loco de su corazón a través de las sienes, atenazadas por la cinta americana. Justo cuando empezaba a escarbar el bolsillo trasero de su pantalón vaquero buscando de nuevo la navaja, la puerta metálica volvió a abrirse.

«¡Mierda!»

Entró Dimitri llevando un maletín de piel negra, y tras él, su jefe. Víctor lo recordaba de la noche de póquer en la que le hizo el préstamo: era un hombre pequeño y delgado, con escaso pelo, de cara fina y amable presidida por unas elegantes gafas con montura de oro.

—Вы связали надёжно связаны?

Debía de rondar los sesenta años, y sus ojos y su tez delataban orígenes eslavos. Llevaba un traje tres piezas de fina raya diplomática, con un corte excelente, pero nada ostentoso: no parecía un mafioso vulgar y exagerado, más bien recordaba a un pulcro notario.

—Если голова, все в порядке.

Dimitri dejó el maletín en el suelo y se quedó haciendo guardia junto a la puerta, mientras su jefe daba tres pasos al frente. Se detuvo delante de la silla de Víctor, con los brazos cruzados a la espalda.

—Señor Vega, por favor, no se levante, se lo ruego. —Hablaban un español de dicción perfecta—. Odio los formalismos.

Su semblante era de naturaleza trágica, pero con una media sonrisa decoró su propia broma antes de seguir hablando.

—Confiaba en que jamás volveríamos a vernos..., y, por favor, no me malinterprete, mis clientes son para mí una prioridad. Pero este reencuentro significa básicamente... problemas.

Se elevó sobre la punta de sus zapatos italianos y frunció los labios antes de volver a dejarse caer: su semblante de notario pulcro ya no sonreía.

—¿Leyó usted el libro de Murakami que le regalé?

—Sí. —Víctor tragó saliva, temía más la crueldad disfrazada de amabilidad que la obvia y burda de tipos como Dimitri o los hermanos Balan—. En realidad, lo releí, siempre me ha encantado *Crónica del pájaro que da cuerda al mundo*.

—Buen gusto, tiene usted muy buen gusto... ¿Y entonces, Víctor? Esa noche le expliqué que si incumplía su parte del contrato, tendría que autorizar a Dimitri a poner en práctica los hechos que el libro narra a partir de la página ciento sesenta y nueve. No entiendo su comportamiento tan desconsiderado hacia mí y hacia mi negocio.

Si era una interpretación, pensó Víctor, aquel hombre era un actor excepcional. Parecía realmente dolido.

—Mire, puedo explicárselo, señor...

—Disculpe mi falta de modales, mi nombre es Sergey... El apellido carece de importancia.

—Sergey, puedo explicárselo... He tenido problemas, pero... si..., si me permite ir al banco, le daré el doble de lo estipulado...

El ruso alzó una mano exigiendo silencio. Tras hacerlo, volvió a llevar el brazo a la espalda, ceremonioso.

—Usted es un hombre inteligente. Sabe que no es un problema de dinero, es una

cuestión de *reputación*. Mi negocio se basa en mi reputación... —Volvió a sonreír—, yo soy mi reputación.

—Sí..., sí..., lo sé..., pero las circunstancias de estos últimos días...

—Víctor —de nuevo le interrumpió con gestos comprensivos, pero firmes—, soy consciente de que todos tenemos problemas personales. De hecho, Dimitri ya me ha explicado que no ha sido fácil traerle hasta aquí, han tenido un encuentro... digamos que un poco desagradable. A esto se suma que en algunos pagos anteriores ya dio usted problemas y siento decirle que todo esto es intolerable, no puedo permitirlo: afecta a mi reputación, y por tanto, afecta a mi negocio.

Hizo una pausa y cruzó los brazos sobre el pecho mientras parecía regodearse en su rostro aciago.

—Víctor, ¿sabe usted cuánta gente me debe dinero?

No esperó respuesta.

—Más de seiscientas personas, imagínese. Seiscientas personas que tienen una deuda acumulada conmigo de treinta y cuatro millones de euros. ¿Se imagina lo que le pasaría a mi negocio si se corriera la voz de que he sido indulgente con usted? Si Dimitri y el resto de mis colaboradores no se emplearan a fondo, mi reputación se desharía en cuestión de segundos, como un terrón de azúcar en el café.

—Sí, tiene usted razón, mi comportamiento es inexcusable, pero entienda que han sido circunstancias excepcionales, tengo el dinero...

El ruso le interrumpió, esta vez de forma más siniestra.

—La reputación es algo muy delicado... y frustrante: cuesta años construirla, es el trabajo de toda una vida, pero un pequeño y delicado vientecillo puede echarla abajo... como si fuese un castillo de naipes.

Dio por concluida la conversación con una mueca solemne.

—Lo siento en el alma, pero... *business is business*.

Giró sobre sus pies y se puso a conversar con Dimitri. Hablaban en voz baja y en ruso, por lo que Víctor no fue capaz de entender nada. Tenía la sensación de que había saltado de la sartén para caer en las brasas. En su encuentro con los hermanos Balan se había salvado por la campana, pero esta vez no veía ninguna salida a aquella situación: maniatado en un búnker subterráneo, dentro de una mansión recóndita perdida en la locura urbanística de Benidorm... Un sudor frío le recorrió el espinazo cuando el jefe de Dimitri salió sin despedirse, dejándole a solas con su empleado.

—Bueno, mi querido *profesor*..., al fin solos.

Los ojos del gigante ruso se le quedaron mirando llenos de sadismo. Víctor no supo qué responder. Dimitri ignoró la presencia de su prisionero y dejó cuidadosamente sobre el suelo el maletín que le colgaba del brazo. Se arrodilló frente a él y lo abrió con aire ritualista: bajo la trémula luz de la bombilla, el siniestro fulgor de docenas de hojas de acero dejó a Víctor petrificado. Las manazas del ruso empezaron a extraer una por una aquellas herramientas, depositándolas con cuidado sobre una de las esquinas del plástico que cubría casi todo el suelo del cubículo.

—Dimitri, ¿qué..., qué estás haciendo? ¿Podrías explicarme...?

—Calla.

El ruso ni tan siquiera levantó la cabeza. De modo muy metódico estaba concentrado en alinear por tamaños decrecientes sus utensilios de trabajo: parecía un gigante ridículo deshojando delicadamente con sus manazas una margarita. Machetas de golpe y de medio golpe, cuchillos de dientes de sierra, cuchillos de filo, minúsculos escalpelos... Más de veinte instrumentos de corte se desplegaron ante los aterrorizados ojos de Víctor.

—¡Dimitri, tengo..., tengo dinero! ¡Puedo darte lo que quieras si me dejas escapar!

El verdugo levantó su cabeza de yunque, le dedicó una sonrisa cruel, y siguió ordenando su utillaje de descuartizador. Porque eso era exactamente lo que Víctor había deducido que iba a pasar en aquel cuartito, le iban a trinchar: todos aquellos instrumentos de matarife servían para tajar y desmembrar, y el plástico que cubría el suelo bajo la silla permitía recoger la sangre y las vísceras de modo limpio y aséptico.

—Dimitri, escucha...

—¡Cállate de una puta vez!

Frenético ante aquel siniestro panorama, Víctor forcejeaba de nuevo con la navaja, que había conseguido sacar del bolsillo trasero del vaquero. Pero el nudo que le inmovilizaba las manos no le daba suficiente juego de muñecas para abrir el filo del arma. Sin ataduras quizás podría haber sorprendido a Dimitri cuando este se acercase a iniciar su *trabajo*, pero tenía ya las muñecas ensangrentadas por el esfuerzo y no había ganado ni un milímetro de holgura.

—Deja de moverte, hazte a la idea de que hoy de aquí ya no vas a salir vivo. Será todo más sencillo y te dolerá menos.

El ruso, calmado y sin levantar la cabeza, seguía ordenando obsesivo cada pieza. Víctor había entrado en pánico, se veía realmente en un callejón sin salida: nadie sabía que estaba atrapado en aquel zulo, e incluso de haberlo sabido alguien, aquella fortaleza era inexpugnable. ¿Qué demonios harían con su cadáver? Había visto una película en la que hacían desaparecer los cuerpos arrojándolos a pjaras de cerdos hambrientos..., por lo visto los cerdos hambrientos eran capaces de devorarlo todo, incluso los huesos. Con horror, elucubró que su masa encefálica, la misma con la que estaba elaborando aquellos pensamientos, iba a acabar en el estómago de un cerdo, y luego dentro de un fuet... No hay animal más despiadado que un cerdo hambriento. El cerebro de Víctor empezaba a desvariar.

—¡Esto es una locura! ¡Por trescientos putos euros no puedes...!

Un sudor frío le recorría todo el cuerpo ante la evidencia de que no iba a ser capaz de aflojar el nudo que le inmovilizaba las manos. Ante la evidencia de que nunca volvería a ver a su hija Sofía. Ni a Bea. Con lágrimas en los ojos, cerró el puño con fuerza para aferrarse a su única esperanza, la navaja con delicada empuñadura de marfil labrado que seguía cerrada y completamente inútil.



—Bien, ha llegado el momento.

El ruso se puso en pie poniendo de manifiesto su imponente envergadura. Empuñaba en su mano derecha la mayor de las herramientas de su instrumental, una macheta de golpe utilizada en carnicería para cortar gruesos cartílagos y desmembrar articulaciones. Víctor le vio acercarse y, mientras forcejeaba frenético, no pudo reprimir un alarido de terror: era la segunda vez a lo largo de la jornada que un tipo del este de Europa le amenazaba con desollarlo vivo. Decididamente, aquel no estaba siendo un buen día.

Sergey Kutuzov descolgó el teléfono en cuanto llegó a su despacho en la planta alta de la casa. Marcó el número de su jefe de obras mientras contemplaba las maravillosas begonias que decoraban la terraza que se abría ante él tras el ventanal: adoraba las begonias en flor, alegraban la decoración de velatorio con la que su esposa había amueblado el despacho. Al otro lado de la línea se oyó una voz castiza.

—Zeño Kutuzov, *uté* dirá.

Hacía treinta años que aquel emigrante manchego listo y con pocos escrúpulos trabajaba para él. Era el único español de su plantilla.

—Manolo, ¿habéis empezado ya la cimentación del ala este?

—*Etamo* en ello, jefe, acaban de llegar *tre* camiones cuba, *íbamo* a *empezá* a *abocá* ahorita mismo.

—Aguanta un par de horas. Dimitri te llevará un paquete.

—Sin problemas, a *mandá*.

Colgó el teléfono y se quedó contemplando las begonias. Aquel hotel ya era el quinto que construía en la Costa Blanca. La locura urbanística de la zona era el contexto ideal para blanquear dinero, y además la cimentación de aquellas moles de hormigón le era muy útil para hacer desaparecer cadáveres. Creía haber leído en algún lugar que los especialistas en *management* llamaban a aquello *sinergias positivas* entre los diferentes negocios de la cartera.

«Sinergias positivas..., suena bien.»

Meter un cadáver a trozos en la cimentación de un edificio de treinta plantas era la solución ideal. Sin cadáver no había crimen, y Sergey Kutuzov sabía que ningún juez español se atrevería a echar abajo un hotel para excavar y dejar al aire sus cimientos, con la esperanza hipotética de encontrar allí un cuerpo: el dinero que supondría ese proceso era inasumible para las administraciones públicas españolas, y los puestos de trabajo perdidos al echar abajo un negocio en funcionamiento era un coste inaceptable para los políticos, que, por otra parte, siempre estaban dispuestos a hacer un favor a cambio de la recompensa adecuada. El teléfono interior de la casa sonó estrepitoso resquebrajando en mil pedazos el bodegón de begonias en flor que el ruso contemplaba en éxtasis. Tal vez por eso contestó irritado.

—Что происходит!

Eran los vigilantes del perímetro exterior. El rostro de Sergey Kutuzov, conforme

escuchaba, se transfiguró pasando desde el enfado hacia la sorpresa, para volver de nuevo al enfado.

—Сразу привести его здесь.

Dio la orden intentando no alterarse. Aquello era la primera vez que le sucedía, Dimitri no había fallado jamás: por lo visto un Twingo verde había llegado a la puerta principal de la propiedad, conducido por una joven muy guapa a la que acompañaba una monja que ocultaba su rostro tras un velo y manejaba un ordenador portátil. Del coche bajó una tercera chica que sus hombres habían descrito literalmente como «una foca monje embutida en un chándal rojo eléctrico». Cuando el Twingo desapareció por donde había venido, la supuesta foca monje se encaró con sus hombres sin contemplaciones y muy enfadada. Afirmaba que un amigo suyo, Víctor Vega, había sido introducido a la fuerza en la propiedad media hora antes y que todavía permanecía allí. Exigía ser recibida por el mandamás de inmediato, y además lo hacía amenazando: por lo visto, sus dos amigas del Twingo se habían ido directas a la caserna de la Guardia Civil de Benidorm. Si antes de diez minutos ella no les hacía una llamada telefónica informándoles de que había sido recibida por el mandamás, la conductora del Twingo y la monja denunciarían de inmediato el secuestro de Víctor Vega y su retención ilegal en aquella propiedad.

—Мудак...

Sergey Kutuzov se puso en pie y salió a la terraza. La joven enfundada en un chándal rojo que cruzaba el jardín acompañada por uno de sus hombres era, en efecto, muy voluminosa. Caminaba resuelta con aires que recordaban al actor Bud Spencer en sus buenos tiempos. El ruso volvió a entrar en el despacho para esperar a la extraña visita.

—Мудак

La puerta se abrió y Paloma entró brusca, escoltada por un tipo de rostro avieso.

—Yuri, puedes irte. Hablaré con la señorita a solas.

Su empleado cerró la puerta al salir, mientras Sergey Kutuzov se levantaba de detrás de su escritorio y se acercaba hacia su invitada, alargando amable el brazo y dibujando la mejor de sus sonrisas.

—Sergey Kutuzov, para servirle. ¿Usted es?

—Paloma.

Dejó la mano que le tendía su anfitrión congelada en el aire, mientras miraba desafiante: el plan requería parecer en todo momento segura de sí misma.

—¿Paloma...?

—Paloma *a secas*. De los *Asecas* de toda la vida. ¿Dónde está mi amigo?

Sergey Kutuzov replegó su mano, humillada tras el desprecio.

—Señorita, no sé de qué me habla. ¿A qué amigo se refiere?

—Señor Kutuzov, déjese de monsergas —sin esperar a la invitación, se dejó caer en uno de los dos sillones *apolline* dispuestos frente al escritorio—. Vaya, menuda chocita se ha agenciado: eso de ser mafioso ruso parece muy rentable... Lástima que

me he decantado por la docencia y se me resisten las lenguas esclavas.

Con desparpajo miraba a su alrededor ignorando la cara de pasmo de su anfitrión: por todas partes se veían trofeos y fotografías de campeonatos de póquer en los que, por lo visto, Sergey Kutuzov había participado.

—Señorita... Paloma, discúlpeme, pero soy un hombre muy ocupado. Como le he dicho, ese supuesto amigo suyo no está aquí...

—Buen intento, campeón. Usted y yo sabemos que Víctor Vega está *aquí*. —Enfiló los ojos cerúleos del ruso mientras hincaba su dedo índice sobre el reposabrazos del sillón—, y cuanto antes le permita venirse conmigo, mucho mejor para todos.

Echó mano al bolsillo del chándal y sacó un fajo de billetes que dejó sobre el escritorio.

—Ahí hay quince mil euros, no he podido conseguir más en tan poco tiempo. Creo que cubren sobradamente la deuda que tiene contraída con usted.

Sergey Kutuzov, con mucha calma, se sentó en el otro sillón *apolline* y apoyó los codos sobre sus rodillas, sosteniendo su rostro trágico entre las palmas de ambas manos.

—Guárdese ese dinero, me está ofendiendo. —Suspiró con aire mártir—. Y dígame, ¿qué le hace pensar que ese tal señor Vega está en mi propiedad?

Paloma le habló con tono destemplado.

—Mire, a mi amigo Víctor lo quiero en el alma, pero el pobre es como un imán para los problemas, me lleva por la calle de la amargura. —Cruzó las manos sobre su voluminoso regazo y siguió hablando repantigada en el sillón—. Como necesita una madre que lo cuide, tuve que regalarle hace unos meses un i-Phone. Pero, antes de dárselo, me tomé la molestia de encargarle a una amiga que manipulase el teléfono para instalarle un *software* con el que yo pueda tener localizado el i-Phone a través de GPS siempre que el teléfono esté encendido, y sin que Víctor sepa nada o tenga que autorizarlo. De esa manera estoy tranquila... Ya se lo he dicho, soy como una madre para él.

Sergey Kutuzov no reaccionó ante la sonrisa insolente de Paloma.

—Cuando ese orangután sin cerebro que tiene empleado, Dimitri creo que se llama, vino a por él, me las ingenié para que se llevase el i-Phone de mi amigo. Hemos rastreado el teléfono y por eso sé que Víctor está aquí desde hace media hora. Su empleado lleva en el bolsillo el i-Phone que robó, y el teléfono sigue encendido. Llámeme si quiere y lo comprueba, puedo darle el número. Ya le digo que ese orangután no tiene demasiado cerebro, debería bajarle el sueldo.

El ruso, con cara sombría, se recostó en el sillón. A Dimitri no le habían seguido tal y como él sospechó en un principio, era algo peor: por un miserable teléfono móvil había puesto al descubierto la localización de la casa. Más tarde tendría que tomar medidas drásticas al respecto.

—Tiene usted mucha imaginación, señorita Paloma. —Sonreía sin ganas mientras

se frotaba el mentón—. Dígame, en el supuesto totalmente ficticio de que el señor Vega estuviese en esta casa, ¿qué le hace pensar que iba a dejarlo marchar, sobre todo teniendo en cuenta, según usted, las molestias que ese tal Dimitri se ha tomado para traerlo hasta aquí?

Paloma sabía que se la estaba jugando. Necesitaba mostrar todo el aplomo posible, y mucho descaro.

—Le explico, alma de cántaro bolchevique: por un lado, recupera su dinero con un muy generoso margen de beneficios —señaló el fajo de billetes que reposaba sobre la mesa— y, por otro lado, evita que se presenten aquí veinte guardias civiles dispuestos a rastrear hasta el último rincón de esta casa buscando a mi amigo. No sé si lo encontrarán o no, pero no creo que a usted le haga mucha gracia que escarben en el cajón de su mesita donde guarda los calzoncillos con la hoz y el martillo.

Sonreía ufana intentando aguantar el tirón, pero como buen jugador de cartas, Sergey Kutuzov la miraba sin transmitir ninguna emoción. Antes de hablar, el ruso juntó las yemas de los diez dedos de sus manos, para imbuir sus palabras de serenidad santoral.

—Como puede usted ver, soy un hombre muy aficionado al póquer. —Señaló con la mirada las docenas de trofeos y fotografías que adornaban el despacho—. De hecho, he de confesarle que esa es mi única pasión, y como buen jugador de póquer, y discúlpeme por favor la inmodestia..., creo que está usted marcándose un farol en toda regla.

—¡Oiga, pajarito...!

—En primer lugar —la acalló con una mano enérgica—, ya le he dicho que con ese dinero me ofende. En segundo lugar, si realmente estuviese dispuesta a llamar a la Guardia Civil..., ya lo habría hecho.

Con mirada glacial atravesó los ojos y el cerebro de su invitada.

—Por alguna razón que no me ha contado, señorita *Asecas*, creo que tiene tan pocas ganas como yo de ver por aquí a la Benemérita.

Paloma estaba petrificada: le habían pillado el farol y debía buscar una alternativa a toda prisa. Había ido a salvar a Víctor y ahora ambos estaban en manos de aquellos mafiosos. De repente vio una remota oportunidad colgada de una de las paredes del despacho. Decidió intentarlo, no veía otra salida posible a aquella situación desesperada.

—Ya que no acepta mi primera oferta, le propongo una segunda opción.

La curiosidad en el rostro del ruso la autorizó a continuar.

—Le propongo que juguemos una partida de póquer.

Una sonora carcajada inundó la sala. Tras dejar de reír, Sergey Kutuzov habló, todavía con el rostro congestionado por las risas.

—Y si puede saberse, ¿qué nos íbamos a jugar?

Paloma sabía que no podía perder los nervios. Respondió muy seria, agarrando con ambas manos los reposabrazos del sillón.

—Vamos a jugarnos la vida de Víctor Vega.

Su anfitrión volvió a componer un rostro trágico, pero en el fondo de sus ojos de hielo ella pudo ver la chispa del deseo: había dado en la diana. Llevaba meses estudiando partidas y biografías de jugadores, sabía que un verdadero obseso del póquer jamás rechazaba un reto.

—Señorita Paloma, una vez más debe disculpar mi arrogancia, pero dudo mucho que usted tenga el nivel requerido para afrontar una partida contra mí. Juego al póquer desde que tenía cinco años, y como puede ver... soy algo más que un buen aficionado.

Señaló los trofeos, orgulloso. Paloma supo ver en su vanidad la oportunidad que andaba buscando.

—Sí, ya he visto que conoce a Daniel Wharton. —Con su índice regordete señaló una fotografía en la que aparecía Sergey Kutuzov con rostro extasiado, y junto a él, el gran campeón sonriente y con un sombrero tejano calado hasta las cejas—. ¿Qué le parece su estilo de juego? ¿No cree que cuando va de *loose player* tiene poco aguante?

Los ojos del ruso se abrieron como platos.

—¿Conoce..., conoce usted a Daniel Wharton?

—Bueno, conocerle, conocerle...

Paloma se preparó para mentir con la máxima credibilidad: debía echar toda la carne en el asador, ese farol no podían pillárselo, era su última oportunidad... y la de Víctor. A su favor contaba con haber estudiado al detalle las partidas de los últimos diez años del gran campeón.

—He jugado contra él en un par de ocasiones, en las World Series de Las Vegas, hace seis años.

—¿Usted..., usted ha jugado contra Temper Poker?!

Toda la solemnidad del ruso se había desvanecido. Como un niño con ojos llenos de ilusión ante su primer día en el circo, a Sergey Kutuzov le temblaba la voz.

—Sí, coincidimos en dos rondas, y la verdad es que en una le gané yo. En la otra me machacó sin piedad con un *full house*. ¿Cómo le fue a usted?

El ruso intentó recuperar la compostura ajustándose la corbata.

—Bueno, la verdad es que nunca he jugado contra él..., esa es una de las mayores ilusiones de mi vida. Esa fotografía me la hice al finalizar un trofeo de exhibición al que fui ex profeso para verle jugar.

La prodigiosa memoria matemática de Paloma recordó haber analizado la partida final de ese campeonato tres semanas atrás.

—Sí, eso fue en Nueva York hace dos años, yo también estuve allí viéndole jugar, ¿recuerda cómo machacó en la última mano a aquel gabacho estirado con un *four of a kind*? ¡Fue increíble!

El ruso intentaba contener la emoción.

—Lo..., lo recuerdo..., no he visto nada igual en mi vida.

Guardó silencio y se quedó observando a Paloma directamente a los ojos: ella supo entonces que aquel hombre había caído en la trampa; la avidez ludópata de su mirada le delataba.

—Bueno, ¿hay trato o no hay trato?

Sergey Kutuzov, ceremonioso, alargó el brazo y cogió el teléfono que descansaba sobre su mesa. Hizo una primera llamada muy breve, tan solo pronunció dos palabras.

—Дмитрий для.

Al otro lado del teléfono alguien debió de llevarle la contraria, porque el rostro del ruso se alteró y su tono se volvió iracundo.

—Освободить его и ждать своей инструкции!

Colgó y volvió a marcar. Esta vez habló en español.

—Natasha, prepara la sala para una partida. Solo dos personas.

Tras colgar, cogió el fajo de billetes de encima de la mesa y observó a Paloma con su habitual rostro trágico y carente de emociones.

—Si gano yo, me quedo con este dinero y dispongo a mi antojo de su amigo. Si gana usted, se irán de aquí los dos libremente. —Carraspeó antes de ponerse en pie, atusándose el chaleco del traje—. Y por supuesto, le reitero que el señor Víctor Vega no está ni nunca ha estado en esta casa. Acompañeme, por favor, estoy deseando verla jugar.

Víctor contemplaba con ojos de espanto cómo Dimitri se acercaba con toda frialdad hacia él blandiendo la macheta de carnicero. Como un loco, forcejeaba con las ataduras de sus muñecas para poder abrir la navaja que seguía en su mano, pero era completamente inútil. Sin poder contenerse, lanzó un alarido suplicante que el ruso ignoró.

—iiii;Nooooooooooooo!!!!

El gigante se detuvo frente a su víctima y alzó el brazo dispuesto a descargarlo con todas sus fuerzas sobre el cráneo de Víctor, que gimoteaba con los ojos cerrados sin atreverse a ver el horror que se le venía encima. Intentaba esquivar su pavor apretando con fuerza los párpados para envolverse en su negrura interior, mientras comprimía las mandíbulas intentando anticipar con entereza el dolor del acero penetrando su cavidad craneal.

—iiii;Por favor, noooooooooooooo!!!!

En el último instante, con un temor supersticioso, abrió los ojos para llevarse una imagen desde este mundo al otro grabada en la retina: pero quedó decepcionado, porque ante sus pupilas gachas solo estaba el suelo de aquella madriguera, cubierto por un plástico transparente como el ala de una mosca.

—iiii;Por favor, noooooooo!!!!

Víctor creyó que esa imagen triste sería lo último que verían sus ojos antes de abandonar el mundo, pero en ese instante el sonido de un teléfono móvil detuvo el tiempo. Dimitri, congelado justo cuando iba a descargar el golpe mortal, parecía confundido. Era la melodía asociada a las llamadas de su jefe. Y a su jefe jamás se le hacía esperar. El gigante, descolocado por la interrupción, bajó el brazo sin soltar la macheta, mientras con la otra mano sacaba el móvil.

—Да?

Las palabras al otro lado de la línea transfiguraron el rostro de la mole. Su sadismo se tornó furioso. El Anadrol que le corría por las venas, combinado con las instrucciones que le estaba dando su jefe por teléfono, reaccionaron en una mezcla explosiva: jamás antes se había atrevido a contradecir, ni siquiera tímidamente, una orden de Sergey Kutuzov. La respuesta de su jefe ante la crítica fue tajante y no admitía discusión: «Освободить его и ждать своей инструкции!».

Derrotado, colgó el teléfono y lo lanzó con un aullido de rabia contra una de las paredes. Lleno de frustración y violencia, Dimitri sostenía todavía en su mano derecha la macheta de carnicero.

—¿Qué..., qué ha... —Víctor jamás había tenido la boca tan seca—, qué ha pasado?

El ruso no respondió. Volvió a la esquina del plástico donde había desplegado minuciosamente su instrumental y dejó la macheta en el lugar exacto que le correspondía. Cogió un cuchillo de filo de unos treinta centímetros y volvió a acercarse sin pronunciar palabra. La furia desbordaba las órbitas de sus ojos de husky.

—Dimitri..., ¡¿qué..., qué vas a hacer?!

Por un instante Víctor creyó horrorizado que el ruso tan solo iba a cambiar el método de ejecución: el descabello con macheta iba a ser ahora sustituido por un degüello con faca. Pero Dimitri, en lugar de buscar el cuello del profesor, rodeó la silla y empezó a cortar la cinta americana que envolvía la cabeza y los tobillos de su prisionero. A continuación, con un tajo limpio, cortó la cuerda que inmovilizaba las muñecas, sin apercibirse de la navaja que Víctor encerraba en el puño.

—¿Estoy, estoy... libre?

El ruso, de pie frente a él, le miraba lleno de cólera. Su cuerpo estaba metabolizando tal nivel de adrenalina que las venas de sus bíceps y antebrazos parecía que iban a estallar en cualquier momento.

—Eres un hijo de la gran puta con mucha suerte, *profesorcito*.

Víctor respiró aliviado. Era obvio que alguien había dado la orden de suspender la ejecución.

—¿Eso..., eso significa que no vas a matarme?

—Eso significa que *todavía* no voy a matarte. Esperaremos aquí instrucciones.

A Dimitri la cabeza le daba vueltas como una noria: el Anadrol y la frustración le estaban volviendo loco, tan solo quería despedazar con sus propias manos a aquel presuntuoso. Había estado tan cerca, tan cerca..., pero esa maldita llamada del jefe lo había fastidiado todo.

«Мудак...»

Dentro de su cabeza escuchaba su propia respiración agitada mientras podía observar cómo el profesor, sentado en la silla de ejecuciones, sonreía satisfecho al encontrarse de nuevo a salvo. Al ver esa sonrisa jactanciosa dibujada en el rostro del prisionero, un pensamiento demasiado audaz le inundó: incumplir la orden del jefe.

«Мудак!!!!!»

La camiseta que llevaba estaba empapada, el Anadrol y la tensión le hacían sudar como un cerdo. Apretó con fuerza el mango del cuchillo para conseguir contenerse: incumplir una orden de Sergey Kutuzov hubiese significado su propia muerte. No podría haberse escondido en ninguna parte, le hubiesen buscado por todo el mundo sin descanso hasta dar con él. Fue entonces, en medio de aquel inestable equilibrio mental del ruso, cuando Víctor Vega dijo una frase que jamás debería haber pronunciado.

—Bueno, osito Misha, otra vez será.

Al contemplar los ojos desorbitados del ruso, el profesor supo al instante que no debería haber soltado aquella fanfarronada.

«Soy un puto bocazas...»

Tras apercibirse de su error, el instinto le ordenó abrir la navajita que seguía escondida en el interior de su puño. Dimitri ni lo advirtió: loco por la humillación, acababa de alzar ambos brazos sosteniendo sobre su cabeza la faca de treinta centímetros. Sus descomunales dorsales, desplegadas por la rabia y los brazos alzados, cubrieron a Víctor como si este fuese un ratoncillo bajo la caperuza hinchada



de una cobra.

—Ублюдохк!!!

El ruso, desquiciado, iba a desahogar toda su saña sobre la cruz del cráneo de Víctor. Este reaccionó con rapidez. Sin pensárselo dos veces, empuñó su pequeña navaja y la hundió en el bajo vientre del gigante hasta la empuñadura. Dimitri, con los brazos todavía alzados, emitió un alarido de dolor. El profesor entonces se dispuso a ponerse en pie a la vez que sujetaba con ambas manos las cachas de marfil de su arma: sabía que los diez centímetros de hoja de la navaja no detendrían al mastodonte ruso, eran como un arañazo en su piel de rinoceronte. Por ello Víctor concentró toda la fuerza de sus muslos en conseguir elevar su cuerpo de la silla para así, al unísono, desgarrar en sentido ascendente los músculos abdominales de su oponente, que parecían hechos de acero.

—Lo..., lo siento, osito Misha..., lo siento.

Cuando completamente erguido enfrentó a escasos centímetros los ojos de Dimitri, este ya sabía que había perdido la batalla. Con la faca todavía sobre su cabeza, el ruso bajó la mirada para contemplar cómo su propio paquete intestinal empezaba a salirse del cuerpo por un tajo de unos cuarenta centímetros que le corría desde la vejiga hasta la base del esternón. Conocía bien ese tipo de heridas, de hecho, él mismo las había causado en más de una ocasión, por lo que sabía que tenía motivos para alegrarse y para entristecerse: las incisiones abdominales poco profundas eran muy dolorosas, pero no te mataban al instante. Dejaban a la víctima agonizando durante horas, retorciéndose entre horribles sufrimientos, pero viva, lo cual permitía la asistencia médica. Con esos inquietantes pensamientos en la cabeza, Dimitri Brusilov, descendiente directo de cosacos rusos, perdió el conocimiento y se desplomó.

«Víctor, esta vez te has librado por poco...»

Suspiró aliviado y, saltando sobre el cuerpo, se abalanzó hacia la puerta de hierro. De inmediato pudo ver que en su superficie no había ninguna cerradura o manivela: la puerta, una vez cerrada, tan solo podía abrirse desde fuera.

«Está bien, Víctor, podría ser peor... —Sacó un clínex, limpió la navaja y se la guardó—. Respira hondo y cálmate, esto no es tan grave...»

Tras mentirse a sí mismo para tranquilizarse, empezó a examinar la puerta con detenimiento. Pronto se dio cuenta de que era inexpugnable desde el interior: sus goznes estaban todos en la parte de fuera, y además los espigones de su bastidor se incrustaban directamente dentro del hormigón armado de los muros.

«Mierda..., mierda, mierda, remierda.»

Se le ocurrió una última opción: llamar por teléfono y pedir ayuda. Buscó con la mirada el móvil que Dimitri había estampado contra la pared, pero, al recogerlo del suelo, pudo ver que estaba destrozado. Se acercó entonces al ruso, que, todavía inconsciente y despanzurrado sobre el plástico que cubría el zulo, ya estaba en medio de un charco de sangre. Los intestinos, como si fuesen babosas liberadas por un día

de lluvia, avanzaban penosamente desde su madriguera hacia el mundo exterior.

«Qué asco, joder...»

Víctor empezó a registrar al mastodonte, pero no encontró nada. Ni tan siquiera la pluma o el i-Phone que Dimitri le había robado: el ruso se había quitado la cazadora al salir a buscar a su jefe, seguramente todas sus pertenencias estaban en aquella prenda que reposaba inalcanzable en algún rincón del caserón. Frustrado, Víctor se puso de nuevo en pie y aporreó la puerta, que le respondió con ecos macizos. Estaba encerrado en aquel búnker hermético, en el rincón más recóndito de la guarida de unos mafiosos rusos. Y acababa de destripar a uno de ellos con sus propias manos. Las cosas no pintaban bien.

Tres horas más tarde, un sonido metálico hurgaba en el portón. Víctor, acuclillado y cabizbajo en un rincón del zulo como si fuese un mexicano esperando a la muerte, quiso reaccionar para ponerse en guardia. No pudo, estaba petrificado: frente a él, en el umbral de la puerta recién abierta, Paloma y Sergey Kutuzov hablaban animadamente entre risas.

—Amiga mía, ¿cómo consiguió usted armar esa escalera de color?

—Si yo te contara, Sergey, si yo te contara...

Cuando la pareja giró las caras hacia el interior del cubículo, sus rostros se descolgaron al ver los intestinos de Dimitri desparramados en medio de un lago de sangre. El gigante seguía en el suelo, encogido sobre sí mismo y boqueando a duras penas, como si fuese un pececillo fuera del agua que se esfuerza por mantenerse vivo.

—Pa-Paloma, ¿qué haces tú aquí? ¿Cómo me... has encontrado?

Sergey Kutuzov, de nuevo con rostro inexpresivo, entró de puntillas en el búnker buscando con cuidado un hueco en el que sus zapatos italianos no se manchen. Cuando lo encontró, se quedó contemplando a Víctor, que seguía sin entender muy bien lo que estaba pasando allí. Paloma mientras tanto chapoteaba con sus deportivas en el charco de sangre, curioseando por entre las tripas de Dimitri.

—Veo que sabe usted defenderse solo, señor Vega.

El ruso remató la frase con una sonrisa rota llena de complicidad. Incomprensiblemente, parecía de un excelente humor.

—Le..., le aseguro que fue en defensa propia... Yo no... Si lo llevan a un hospital, aún pueden salvarle la vida... Tuve que hacerlo, iba a...

Sergey Kutuzov le hizo callar con un gesto elegante de su mano.

—No es necesario que se disculpe, mi querido Víctor, sé muy bien cómo se las gasta Dimitri..., yo mismo le contraté. —Miró displicente el rostro desencajado de su subordinado, que seguía concentrado en boquear oxígeno a la vez que se agarraba la herida para intentar retener dentro de sí las tripas—. Respecto a lo de llevarle a un hospital, permítame que sea yo quien tome la decisión. Dimitri ha cometido hoy una serie de errores que son imperdonables, he de meditar sobre el tema.

Cruzó las manos a la espalda y se elevó ligeramente sobre la punta de sus pies,

como si intentase sopesar la situación. Fue Víctor el que habló, con prudencia, sin saber muy bien si debía hacerlo.

—Pa-Paloma, ¿cómo..., cómo me has... encontrado?

Su amiga, sin embargo, parecía muy tranquila. Hablaba despreocupada, incapaz de apartar los ojos de las tripas de Dimitri.

—Fue fácil, Víctor, pero otro día te lo explico, a ti eso de la tecnología nunca se te ha dado muy bien —rechifló—. Madre mía, menuda escabechina has montado aquí... En cuanto volvamos a casa, me tienes que preparar unos zarajos o unos buenos callos.

Sergey Kutuzov rio de buena gana: aquella mujer le desarmaba.

—Paloma, es usted imposible... Unos zarajos..., qué ocurrencia... —De nuevo rompió a reír mientras ella seguía observando distraída el macabro espectáculo—. Señor Vega, su amiga es un genio..., un genio, además de muy divertida. Debe darle las gracias, hoy le ha salvado la vida.

El profesor, incrédulo, no sabía qué decir.

—¿Me ha..., me ha salvado la vida? ¿Eso..., eso quiere decir que..., que podemos irnos de aquí?

El ruso volvió a componer su habitual rostro trágico y, mirando al suelo, habló solemne y con humildad.

—Esta mujer juega al póquer como no he visto a nadie jugar jamás, señor Vega. Debería aprender de ella.

Paloma, en medio del charco de sangre, se metió las manos en los bolsillos del chándal y esponjó de gusto la cara, ya de por sí amplia.

—No me avergüenza reconocer que su amiga me ha dado una paliza en toda regla. Hoy he aprendido que el éxito en la vida te vuelve estúpido y engreído, el fracaso te enseña lecciones mil veces más importantes: te enseña a conocerte mejor a ti mismo, porque te preguntas en qué has fallado. —Esbozó una media sonrisa aciaga—. Su amiga me ha bajado los humos de un modo..., yo diría que de un modo muy saludable. Ya sabe, *sometimes you win, sometimes you learn...* Es usted libre, señor Vega, libre como un pájaro.

Miró con indiferencia el cuerpo despanzurrado de Dimitri, que se retorció con la parsimonia de una marea.

—Por este... pequeño inconveniente, no se preocupe, yo me encargaré de todo. *Esto* no ha sucedido jamás.

Víctor no acababa de creérselo.

—En... entonces, ¿podemos irnos?

—Ya le he dicho que sí, señor Vega, váyanse tranquilos. Uno de mis hombres les llevará a Benidorm; allí supongo que sus otras dos amigas les estarán esperando.

Tras decir eso, se dio la vuelta dejando ver que quería que le siguiesen. Unos segundos más tarde salieron los tres al jardín por la misma portezuela por la que horas antes había descendido Víctor hasta los infiernos. Ya era de noche y un

flamante Mercedes 500SL les esperaba.

—Mi querida Paloma. —El ruso se plantó frente a ella muy serio, tomándola con cariño por ambos hombros—. Antes de que se vaya, quisiera hacerle una proposición.

—¿Una proposición? No seas guarrete Sergey, que sabes que estoy embarazada... El ruso rio de nuevo, y, sin poder contenerse, abrazó a Paloma.

—Es una proposición decente, amiga mía, muy decente. Voy a hacerle una proposición que no va a poder rechazar...

Víctor, ya más tranquilo, contemplaba incrédulo la escena. Le parecía absurda y cómica, desquiciada tras el dramatismo de las últimas horas: el elegante mafioso, con su porte hierático y su traje impecable, rodeaba con sus brazos un chándal rojo eléctrico del Carrefour, mientras Paloma se dejaba hacer hinchando mofletes a lo trompetista, en actitud burlona.

—Tú dirás, campeón. Y ya te he dicho cien veces que aunque te chulee a las cartas puedes tutearme, que el *usted* me hace vieja.

—Jamás, no podría jamás, la admiro tanto..., y discúlpeme, los rusos a veces somos demasiado ceremoniosos...

—Sí que sois *acartonaos* y rancios, sí..., pero bueno, al turrón, ¿de qué proposición me hablabas?

Sergey Kutuzov, sin dejar de sostenerla por los hombros, hinchó el tono hasta transformar sus palabras en un mausoleo.

—Quisiera patrocinarla para que compita en las World Series de Las Vegas, el año próximo. Yo correría con todos los gastos, incluidos los 50.000 dólares para la inscripción en la gran ronda *H.O.R.S.E.* Naturalmente, los premios que consiguiese serían para usted, el dinero no me interesa: tan solo quiero tener el orgullo de verla jugar con los más grandes. Jamás he visto a nadie como usted en una mesa de póquer.

Ella estaba abrumada, no sabía qué decir.

—Lo consideraría un favor personal. Puede pedirme lo que sea, lo que sea a cambio de concederme el privilegio de patrocinarla.

Tras unos segundos de duda, Paloma tan solo dijo una palabra.

—Acepto.

Sergey Kutuzov no pudo contenerse y de nuevo la abrazó efusivamente, perdiendo su estampa de *gentleman* venido del hielo. Tras un instante muy emotivo, recompuso su estética hierática y se ajustó los gemelos de oro: parecía abochornado por no haber sido capaz de dominarse.

—Bueno, Sergey, ahora que somos socios, déjate del *usted* de los cojones y llámame *Pam*, mis amigos me llaman *Pam*.

El ruso contenía a duras penas lágrimas de alegría.

—Está..., está bien, lo intentaré. Pam... Tú a mí llámame *Sasha*... Es por mi abuelo Aleksandr... Solo mi madre me llamaba así... Me recuerdas tanto a ella...

—Pues ale, Sashita, nosotros nos vamos... —Le dio un par de cachetes tiernos—. Y tú, alegre esa cara..., menuda pinta de linotipista virgen me traes.

Víctor, como un convidado de piedra, asistía a aquella escena que empezaba ya a ser surrealista: a Paloma parecía no importarle estar convirtiéndose en la nueva mejor amiga de un criminal sin escrúpulos.

—Mi querida Pam, este coche os llevará donde queráis. —Sergey Kutuzov intentaba rehacerse para disimular la emoción—. Pero antes de irte, dime: después de haberme hecho el hombre más feliz del mundo, ¿qué puedo hacer por ti? Cualquier cosa que necesites es tuya, te lo garantizo.

—No sé, Sasha, en realidad no necesito...

—Te aseguro, Pam, que no hay nada que no pueda conseguir. Nada.

El ruso había hablado muy serio y sin jactancia alguna, mientras se aupaba sobre el rostro la montura de sus gafas de oro. A Víctor la idea le cruzó por la cabeza como un rayo.

—Señor Kutuzov... —Cogió del brazo a Paloma para acercársela—, si me permite, quisiera hablar con mi amiga dos segundos...

Víctor se alejó con Paloma un par de metros y le cuchicheó algo al oído. Ella no entendía a qué venía aquella extraña petición, pero al final asintió antes de regresar junto al ruso, que los miraba con su sempiterno rostro trágico.

—Pues, Sashita, pensándolo mejor, sí que necesitaría una cosa.

—Tú dirás. Lo que sea.

—Pues... —Paloma miró a Víctor con dudas, intentando recordar las instrucciones—. Hay un colegio religioso para niños huérfanos en Madrid que se llama Salvación y Pureza. En el año 1970 en ese colegio había un niño interno. Un niño que se llamaba...

Miró a Víctor dubitativa y luego de nuevo al ruso.

—Habla, Paloma, ¿qué es lo que necesitas?

—Ese niño se llamaba Camilo García, y necesito saber su paradero actual. Sé que es muy complicado, es un apellido muy corriente y no tenemos ningún otro dato sobre el chico...

Sergey Kutuzov la acalló con su ya habitual gesto de mano.

—Paloma, no digas más. Dame tan solo una dirección y un teléfono de contacto. En unos días tendrás la información que me has pedido, aunque tenga que ir personalmente a sacársela a puñetazos al Santo Padre en Roma.

Víctor y Paloma esperaron una sonrisa que no llegó: la gravedad con la que había sido pronunciada aquella frase, sin petulancia alguna, evidenciaba que Sergey Kutuzov era muy capaz de cometer semejante atropello con tal de cumplir su palabra.

—¿Quién hostias es ese tal Camilo García?

Paloma y Víctor, sentados en el asiento trasero del Mercedes, recorrían intrincadas calles por las que su chófer parecía moverse como pez en el agua. A través de aquel laberinto de urbanizaciones desquiciadas, se llegaba a Benidorm. Empezaba a llover.

—Camilo García fue compañero de clase de Hugo Mendoza en el orfanato Salvación y Pureza.

—¿Qué me estás contando?!

Víctor se echó mano al bolsillo y extrajo la orla robada en el colegio mayor. Era una especie de fotografía en grupo de fin de curso, en tonos sepia que acentuaban su aire nostálgico.

—Mira esto, Pam...

Veinticinco chavales de siete u ocho años, vestidos con pantalones cortos y camisetas de tirantes, observaban el objetivo de la cámara con ojos vivarachos. Estaban en lo que parecía un patio de colegio, alineados en tres filas como si fuesen un equipo de fútbol. En la hilera inferior los muchachos posaban sentados sobre un banco; en la intermedia, de pie, y en la superior había tan solo un hombre y dos chicos: los tres estaban subidos a un banco para sobresalir del resto. El adulto, enfundado en un elegante traje oscuro, extendía sus brazos largos y huesudos sobre los hombros de los dos chavales que le acompañaban en lo alto del banco. Sonreía satisfecho.

—No entiendo, Víctor...

Todos los chicos parecían estar deseando echar a correr, empezar un partido de fútbol y dejarse de fotografías. Seguramente celebraban el final del curso y estaban alegres. Todos excepto los dos muchachos que permanecían junto al hombre: miraban a la cámara con ojos mustios de velatorio. No solo no sonreían, sino que mostraban un terror en su mirada que parecía estar producido por la presencia del mismísimo anticristo.

—Pam, mira el tipo ese, el que sonrío mientras rodea con sus brazos a los dos chicos, ¿no te recuerda a alguien?

—¡Hostia sí! ¡Es el puto Yo Claudio! ¡Con más pelo y cuarenta años menos, pero es él! Tiene los mismos ojos de vicioso salido.

—Exacto. Ahora mira a los dos chicos que está agarrando. Tienen tal expresión de horror y tristeza que parecen dos almas en pena.

—Sí, la verdad es que sí...

Paloma observó que junto a cada figura humana había un pequeño número que remitía a la leyenda de la orla. En ella se podía leer que el retrato correspondía a la promoción de 1970 del colegio Salvación y Pureza, y el nombre de cada uno de los chicos que aparecían en la fotografía.

—Tienes razón, Víctor, esos chicos parecen distintos al resto. Ahí arriba, con caras tan tristes... Se llamaban Ezequiel Torres y... Camilo García.

—Eso es, Pam, Ezequiel Torres y Camilo García. Y te aseguro que, por sus caras, esos dos chicos eran los elegidos.

—¿Los elegidos?

—Sí, los elegidos por ese puto degenerado que dirigía el colegio. Los elegidos para garantizarse diversión y carne fresca. Míralos, envueltos por los brazos de ese

animal... Los pobres parece que están esperando el sacrificio en un matadero.

Paloma derramaba sus pupilas sobre la fotografía.

—Pero, Víctor, no entiendo nada. ¿Por qué dices que Camilo García fue el compañero de Hugo Mendoza en ese colegio? En toda la orla no aparece ningún chaval que se llame Hugo Mendoza.

—¡No, Paloma, porque Hugo Mendoza se pasó la vida intentando borrar esa parte de su vida! Cambió de nombre, no hacía vida social, tenía pánico a publicar su obra y hacerse popular, a aparecer en fotografías... —Conforme hablaba, Víctor se iba excitando—. ¡Y todo eso para que este demonio no le volviese a encontrar!

Con su dedo índice golpeó la fotografía justo en el punto donde aparecía la cara del catedrático: ambos miraron con asco aquellas nervaduras de liana vieja, su nuez enjaulada entre cartílagos, sus ojos óseos que miraban a codazos desde el retrato.

—Víctor, explícate, porque la verdad es que me estoy perdiendo.

—Pam, ¿cómo pudimos estar tan ciegos?! Lo tuvimos delante de nuestras narices todo el tiempo... —Respiró hondo para tranquilizarse—. La próxima novela de Hugo Mendoza, según anunció el misterioso personaje que le envía a Ana los manuscritos, se titula *Dejad que los niños se acerquen a mí*, ¿no es cierto?

—Sí.

—Muy bien, ¿por qué demonios iba a querer Pilar Boluda gastarse un pastizal para conseguirla... y que *no* se publicase?

Paloma retorció el silencio, estrujando hechos y suposiciones para encontrar una respuesta. Fuera arreciaba la lluvia.

—Pam, te doy una pista: Pilar Boluda era una importante miembro del Sacrum Corpus en España.

—Pues menuda mierda pista.

—Espera que no he acabado, ansiosa. El colegio de niños huérfanos Salvación y Pureza, fundado por La Misión, fue dirigido durante años por un custodio del que tenemos contrastadas pruebas de su pedofilia. Y el libro que va a publicarse estas Navidades, previsible *best seller* mundial escrito por uno de los chicos que estuvo internado en el colegio, se titula *Dejad que los niños se acerquen a mí*. —Víctor estaba tan entusiasmado que no dejaba hablar a su amiga—. ¡Está muy claro!

—Sí, claro como mi ojete.

—¡Pam, ¿no lo ves?! A Boluda la cúpula de La Misión, su *poderosa financiadora*, le encargó conseguir como fuese los derechos de *Dejad que los niños se acerquen a mí*. Me juego el pescuezo a que, teniendo en cuenta el título, en ese libro Hugo narra los abusos sexuales que sufrió en el orfanato. ¡Boluda debía conseguir los derechos para que ese libro durmiese por siempre el sueño de los justos en el fondo de un cajón!

Ante la mirada atónita de su amiga, Víctor siguió hablando.

—Pam, el Sacrum Corpus es de las pocas grandes órdenes religiosas que no se ha visto embrutecida por los escándalos de pedofilia: los jesuitas están machacados, los

Legionarios de Cristo no te quiero ni contar..., ¡pero el Sacrum sigue con una reputación inmaculada! ¡A toda costa quieren proteger ese buen nombre!

Paloma aprovechó que su amigo tomaba aire para meter baza.

—Víctor, todo tu argumento se basa en una suposición que yo no sé aún de dónde coño te has sacado, ¿por qué piensas que Hugo Mendoza estuvo interno en ese colegio? Solo si me demuestras eso, podré entender que el Sacrum esté aterrorizado ante la próxima publicación de un *best seller* mundial que lleve por título *Dejad que los niños se acerquen a mí*, les acojonaría pensar que el subtítulo fuese: *Porque si no les dejáis, voy a ir yo a por ellos*. Pero ese miedo sería explicable solo si el autor del libro, Mendoza, hubiese sido alumno del colegio y víctima de los abusos..., y ese conejo aún no me has contado de qué puta chistera te lo has sacado.

Él le agarró las mejillas a su amiga, atravesándola con la mirada.

—Pam, ¿aún no lo has reconocido?!

—¿Reconocer? —Su cara era todo confusión—. ¿A quién?

Víctor acercó la fotografía a la luz cenital del Mercedes y señaló con su dedo índice la carita de uno de los chavales. Habló muy despacio mirando fijamente a Paloma, que devoraba el retrato con los ojos.

—Ezequiel Torres es el verdadero nombre de Hugo Mendoza.

Ella aún estuvo diez largos segundos observando la cara asustada de aquel chico, que desde el pasado les observaba melancólico.

—¿Estás seguro?

—¡Completamente seguro! Obviamente, en esta foto es todavía un mocoso, pero el único retrato que teníamos de él, el que Ana me dio y me robaron al entrar en la buhardilla de Alcalá, mostraba exactamente los mismos rasgos. ¡Tú viste esa foto! Los ojos negros y profundos, ese pelo rizado, su físico delgado y fibroso... En cuanto Bea vea esta fotografía, me dará la razón, ella le conoció.

Caracoleando con la mirada, enroscó una pausa dramática.

—Y además está esto...

Volcada sobre la fotografía, Paloma observaba el dedo de su amigo, que señalaba de nuevo a Ezequiel Torres. Pero esta vez Víctor había desviado el índice ligeramente a la izquierda.

—¿Qué coño es eso?

—Esa marca en el hombro izquierdo del chaval es la misma que aparecía en la fotografía de Hugo que me dejó Ana. Es una especie de tatuaje, cuatro letras entrelazadas, recuerda a los hierros de las ganaderías. En esta fotografía se ve pequeña y borrosa, pero en la que le hizo Ana a su marido, ya adulto, la marca se podía distinguir muy clara.

Paloma apartó la mirada de la fotografía y se quedó observando la lluvia a través de la ventanilla, como si buscara ayuda para reflexionar.

—Entonces, si Ezequiel Torres es en realidad Hugo Mendoza...

En su excitación Víctor no dejó acabar a su amiga.



—... el misterioso hombre que apareció espiando a Hugo Mendoza el último año de su vida es Claudio Serratosa. El físico coincide: alto, delgado, pelo blanco..., ¡elegante y siempre vestido de negro! —Víctor, al verbalizar el encaje de piezas que en las últimas horas su cerebro había estado procesando, de nuevo hablaba con pasión—. Además, eso explicaría el cambio de carácter de Hugo durante ese último año: estoy seguro de que se pasó la vida huyendo de este tiparraco, que le atormentó durante la infancia, que estaba obsesionado con él y que le condenó con sus abusos a ser el resto de su existencia un ser asustado..., y de repente el viejo abusador reaparece un año antes del accidente. A Hugo le resucitaron todos los demonios interiores.

Paloma observaba el retrato de nuevo, ahora melancólica.

—La infancia en un orfanato debe de ser muy dura... Estoy segura de que o muerdes o te muerden. Y si encima el mandamás se mete en tu cama todas las noches sin que nadie haga nada para impedirlo, no me lo quiero ni imaginar: eso puede destrozar tu autoestima y tus ganas de vivir para siempre, te condena a flotar en el miedo.

Paloma aún estuvo contemplando el rostro desolado de aquel niño durante unos segundos.

—¿Te das cuenta, Víctor, de que si todas tus suposiciones son ciertas, Hugo Mendoza se reafirma como el principal sospechoso de enviar los manuscritos a Ana? —Hizo una pausa para enfilar los ojos de su amigo—. Y el principal sospechoso de intentar matarte a ti...

—Explícate, Pam.

—Todo cobraría sentido. Hugo era un escritor brillante que se había pasado la vida sin atreverse a publicar porque la fama hubiese significado correr el riesgo de ser descubierto de nuevo por su acosador. Pero un año antes del accidente, el pedófilo que le arruinó la vida vuelve a aparecer. Seguramente le ronda y le asusta de nuevo. Su delicado equilibrio emocional se desmorona, tiene que huir como sea, el pánico le asalta. Se le ocurre una solución radical: fingiendo su muerte, ya nadie le buscaría, se habría deshecho de la persecución de este perverso para siempre. —Con su meñique Paloma señaló en la fotografía la silueta del catedrático—. Podría de ese modo volver a reinventarse. Estando en Jávea, pasando el fin de semana solo, le surge la oportunidad. Cuando anuncian en los partes meteorológicos un brusco cambio de tiempo y la previsión de una gran tormenta, ve ante él la ocasión perfecta. Finge su muerte estrellando el velero contra las rocas y saltando antes al agua. Lo primero que hace al llegar a tierra, y solo Dios sabe cómo lo consiguió, es regresar a Madrid para recuperar lo que más ama en este mundo: sus libros, que están en el ordenador de la buhardilla de Alcalá, y que no se llevó consigo porque la oportunidad de la tormenta le surgió de repente. Y así vuelve a empezar una nueva vida en un nuevo lugar con una nueva identidad. Ya lo había hecho antes, cuando se transformó en Hugo...

Víctor la interrumpió.

—Ahora cobra todo el sentido la anotación en aquel extraño libro de poesía alemana. *A veces inventamos personas, y las inventamos tan bien y tan a nuestra medida que se hace muy difícil olvidarlas. Y muy doloroso. Es como si mataras algo en tu interior, porque, en efecto, solo es allí donde han habitado.* ¡Se refería a él mismo, a su propia existencia como Hugo Mendoza! Seguramente escribió la frase cuando ya preveía desaparecer: la suya era una vida inventada.

—Exacto. Quizás el baúl que embarcó en el *Quimera* era una lancha neumática deshinchada o algo parecido con lo que salvarse tras embarrancar el barco. —Paloma se mordió la lengua durante unos segundos—. Y ya desde el anonimato que le proporcionaba su falsa muerte, tendría una explicación el envío de los manuscritos a su viuda: podía superar la frustración de ser un escritor sin lectores..., y además, si lograba sacar al mercado varios *best sellers* previos, podía denunciar a través de su libro *Dejad que los niños se acerquen a mí* los abusos que sufrió.

Víctor recapacitó.

—Y por eso tendría interés en matarme: descubrir que sigue vivo significaría volver a despertar a ese monstruo que le atormentó durante toda su vida..., perdería su anonimato, que para él es su libertad.

Ambos miraban ahora la fila superior en la fotografía.

—Ya, y esta hipótesis también permitiría explicar el asesinato de Boluda: ella era la encargada por el Sacrum de silenciar su obra. Sin embargo... —Paloma esta vez se ayudó a pensar mordiéndose el labio superior—, la desaparición de Antonio sigue siendo un misterio. No le encuentro sentido, ¿por qué quiere Hugo verlo fuera de juego? Antonio es el mayor defensor de la publicación de sus libros.

El profesor reflexionó unos segundos.

—No, la verdad es que yo tampoco le encuentro sentido a eso...

Ahora fue él quien observó la lluvia tras los cristales. Ya se acercaban a la plaza del pueblo viejo de Benidorm, donde habían quedado con Bea y Santa Tecla.

—¿Te das cuenta, Pam, de que todas estas hipótesis tan solo se sostienen si consideramos que Hugo es un verdadero... monstruo? Un manipulador que con la mayor sangre fría engañó a todos, un asesino...

Paloma le respondió con ojos tristes.

—Víctor, lo veo todos los días cuando doy clase en el colegio de las monjas: los niños que necesitan más amor siempre lo buscan de las formas menos cariñosas.

Ahora hablaba ensimismada, sin dejar de mirar la orla.

—Una persona que vivió durante años lo que él vivió en ese orfanato no es ya responsable de sus actos. Esa sensación de impotencia, la humillación..., eso te destroza de por vida, estoy segura.

El retrato parecía haberla abducido.

—Yo no diría que es un monstruo, es un enfermo. Un enfermo loco por olvidar su pasado. El monstruo es este tipo... y todos los que le protegieron y le siguen protegiendo.

Con rabia contenida, ambos observaron la sonrisa de Claudio Serratosa en la fotografía. Conforme el Mercedes se acercaba al viejo pueblecito de pescadores de donde surgió el monstruo que hoy es Benidorm, se iba dibujando en el horizonte el sobrecogedor *skyline* nocturno de la playa de Levante.

—Ahora comprendo algo que llevo semanas preguntándome.

—¿El qué, Víctor?

—Por qué Yo Claudio me aceptó en el departamento. Cuando me presenté ante él, yo ya era un bala perdida, y, sin embargo, me apoyó en mi tesis y siempre respaldó mi contratación, ¿por qué lo hizo si luego se empeñó en echarme a toda costa montando toda esa trama de mentiras con Jessi? Hubiese sido más sencillo no dejarme entrar, estaba en su mano hacerlo.

—¿Por qué crees que te aceptó?

—Pues porque, cuando llegué al departamento, Hugo Mendoza era un escritor totalmente desconocido. Pero aparecí yo por allí dispuesto a hacer una tesis doctoral sobre él, y a Yo Claudio se le abrieron las puertas del cielo: él era uno de los pocos en este mundo que sabía que tras Hugo Mendoza se escondía su querido Ezequiel Torres. Lo había localizado un año antes del accidente, seguramente llevaba una eternidad buscándolo... Esos pedófilos suelen ser neuróticos obsesivos en toda regla. Tras acosarlo y asustarlo de nuevo, había sabido de su trágica muerte en un accidente náutico en plena tormenta. Y entonces un tipo como yo, un don nadie que Claudio Serratosa jamás hubiese aceptado en su departamento, le propone hacer una tesis doctoral sobre la obra y andanzas de su querido y desaparecido Ezequiel... El morbo pudo más que sus prejuicios sobre mí.

Paloma asentía en silencio.

—Víctor, ¿cómo vamos a poder confirmar todas estas teorías? No podemos ofrecerle a Ana todo esto sin alguna prueba.

Él no dudó.

—Por dos vías. La primera, hablando con Camilo García. Si su cara de espanto no nos engaña, él debió de sufrir algo muy parecido a lo que sufrió Hugo en ese colegio. Él podrá confirmarnos muchas cosas.

—¿Y la segunda vía?

—Pues la segunda vía llegará en poco más de una semana.

—No te entiendo.

—Pam, quedan diez días para el 3 de diciembre. Si el manuscrito de *Dejad que los niños se acerquen a mí* llega puntual a su cita, en su argumento encontraremos la mejor confirmación a nuestras teorías... Bueno, la mejor antes de que descubramos el paradero e identidad actuales de Hugo. Esa sí será la prueba definitiva, y te aseguro que voy a llegar hasta ella cueste lo que cueste.

No le dio tiempo a componer una pose épica: el Mercedes había llegado ya a la pequeña placita frente al mar y el chófer, servicial, bajó para abrirles la puerta. Ambos salieron y vieron en silencio cómo el lujoso coche se alejaba. Sesenta años

atrás, en aquella plaza acogedora se organizaban las verbenas del pequeño pueblo de pescadores, con farolillos de colores colgando de los balcones y charangas de pan duro animando el baile. Hoy la gigantesca ciudad de Benidorm había engullido entre sus fauces inhumanas todo aquel folclore tierno.

—Tortolito, ahí tienes a tu tórtola.

Bea y Santa Tecla esperaban nerviosas dentro del Twingo. La primera, en cuanto vio a Víctor descender del Mercedes, se bajó de su coche y salió corriendo hacia él. De un salto se colgó del cuello del profesor y le abrazó entre lágrimas.

—He pasado tanto miedo, creía que esos bestias te matarían...

Le daba besos, envolviéndolo sin casi dejarle respirar.

—Bueno, ya ha pasado todo, tranquila, tranquila... ¿Tú no sabes que la mala hierba nunca muere? —Víctor esbozó una sonrisa y giró la cabeza hacia Paloma—. Es a ella a quien tienes que darle las gracias de que siga vivito y coleando, menuda tahúr del Misisipi está hecha.

Bea no entendía de qué hablaba Víctor, pero parecía bastarle con tenerlo de nuevo a su lado. Paloma se dio cuenta de que allí sobrara.

—Romeo y Julieta, id a dar un paseíto y os magreáis a gusto, que con la carga hormonal que lleváis encima, acabaréis abriéndole otro boquete a la capa de ozono. Yo os espero en ese bar en compañía de nuestra monja favorita, voy a hacerme un café y un Soberano sin alcohol. Os aseguro que, después de las emociones del día de hoy, lo necesito.

Víctor y Bea sonrieron y se cogieron de la mano. Pasearon en dirección a la escollera, que, tras la lluvia y bajo el rielar de la luna, transpiraba bruma fresca.

—Cuéntamelo todo, Víctor, he pasado la peor tarde de mi vida.

Él le narró lo sucedido en la mansión de Sergey Kutuzov, mientras Bea le escuchaba en silencio y con mirada desbordada, sin percatarse ambos de que el frío húmedo del invierno mediterráneo se les estaba metiendo hasta el tuétano de los huesos. A continuación, Víctor le planteó las hipótesis sobre el verdadero pasado de Hugo Mendoza, y le enseñó la fotografía de la orla a la luz de una farola.

—Sí, es él, sin duda. Además, esa marca en el hombro es inconfundible... —Se quedó pensativa—. Solo hay una cosa que no me cuadra en toda esta historia, Víctor.

—¿Te refieres a la desaparición de Antonio? Ya hemos estado pensando en eso Pam y yo, y en efecto, no le encontramos sentido. Tal vez Hugo sienta celos del hombre que ahora está con tu hermana, pero después de tantos años...

—No, no me refiero a eso. —Bea no apartaba los ojos de la fotografía—. Hay algo que creo que es incoherente...

Víctor la miraba intrigado. Ella prosiguió.

—Puedo llegar a asimilar que Hugo nos mintiese a todos, puedo incluso aceptar que ninguno de nosotros fuese capaz de ver su lado oscuro, pero... —Levantó los ojos de la fotografía para estamparlos de plano contra el rostro de Víctor— ¿no crees que es incongruente que alguien capaz de todo eso, capaz de sabotear tu coche y el de

Antonio para veros muertos, capaz de descerrajar un tiro a Boluda, capaz de Dios sabe qué..., crees realmente que alguien así no sería capaz de enfrentarse a un tipo casi anciano que reaparece en su vida para volver a acosarlo?

Víctor no respondió de inmediato. Mientras pensaba, se entretuvo doblando de nuevo la fotografía y metiéndosela en el bolsillo interior de la americana. Cuando acabó, le pasó un brazo por encima del hombro a Bea para así pasear entrelazados sobre la escollera.

—No lo sé, Bea, no tengo una respuesta contundente para eso. —Pensativo, oteaba la oscuridad como si en el abismo del mar fuese a encontrar esa respuesta que andaba buscando—. No soy psicólogo, pero siempre he creído que todos tenemos muy, muy dentro de nosotros nuestro baúl de los miedos.

—¿Nuestro baúl de los miedos?

—Sí, yo creo que todos tenemos en nuestro interior, todos sin excepción, ese baúl de los miedos. Hay baúles muy grandes, como en el caso de Hugo, y otros más pequeños, pero yo creo que todos tenemos uno desde la más tierna infancia, y lo escondemos con celo para que nadie descubra aquello que nos atormenta a la vez que nos avergüenza. —Seguía hablando ensimismado, indiferente a la paliza que las olas propinaban a las rocas de la escollera—. Ese baúl repleto de miedos es el que hace que haya hombres capaces de escalar el Everest sin oxígeno, pero incapaces de invitar a una chica a bailar sin asfixiarse por culpa del miedo. ¿Incongruente? Sin duda..., pero detrás de cualquier vida está ese baúl repleto de miedos dirigiendo la función..., y a los miedos las incongruencias les traen sin cuidado.

Bea se detuvo y se plantó frente a Víctor, rodeándole el cuello con sus brazos. Le dio un piquito tierno en la fachada de los labios.

—Víctor, ¿qué hay dentro de tu baúl?

Él dudó, hasta que ella le convenció con otro beso suave.

—Me he pasado la vida pensando sobre eso, Bea... Creo que crecer como persona implica descubrir qué hay dentro de ese baúl... escondemos con tanto celo ante miradas indiscretas nuestro baúl de los miedos que, al final, mucha gente ni es consciente de que está ahí, agazapado en tu interior..., gobernándote la vida. Yo siempre he sabido que el baúl estaba dentro de mí, pero hasta que te conocí no fui capaz de abrirlo para saber qué contenía... Contigo he descubierto mis miedos.

—¿Conmigo?

—Sí, contigo. Y he de agradecértelo, porque nadie puede dirigir su vida de una manera madura si no es consciente de cuáles son los miedos que, sin él saberlo, le controlan desde la oscuridad. Conocerlos es la única manera de luchar contra ellos y vencerlos, en lugar de intentar taparlos y acallarlos ganando mucho dinero, consiguiendo fama y éxitos profesionales, casándote y teniendo hijos...

—¿Y cuáles son esos miedos que yo te he descubierto?

—Por fortuna, creo que solo tengo uno...

El mar embravecido orquestaba aquella catarsis.

—Desde que soy capaz de recordar, he tenido siempre la sensación de que pasaba por la vida como un espectador no participante. —Víctor, lleno de vergüenza, apartó sus ojos de los de Bea para así poder hundirlos en la oscuridad del océano—. Ya desde niño, sentía que veía la vida pasar ante mí desde fuera, en perspectiva..., como si yo fuese tan solo un visitante, un visitante en un acuario. La vida transcurría al otro lado del cristal, dentro de la pecera, y yo era capaz de analizarla, contemplarla y acariciarla con curiosidad..., pero no podía zambullirme en ella. Salía con mujeres, me emborrachaba con amigos..., hasta me casé. Pero todo lo hice sin compromiso. Todo lo hice como un cínico espectador incapaz de zambullirse *dentro* de la vida.

—¿Por qué?

—¿Por qué? Pues no lo sabía hasta que te conocí: ahora sé que tenía miedo a que los peces de dentro del acuario me mordiesen. Tenía miedo de implicarme, de sumergirme en la vida, porque eso podía significar salir con alguna dentellada... Estar calentito y refugiado tras el cristal era más cómodo y seguro. Pero ahora también sé que solo los que saltan dentro del agua son capaces de pasar a otro nivel de sensaciones, a otra dimensión..., a las grandes ligas de la felicidad. Y del dolor. —Acarició con ternura la mejilla de Bea—. Y la verdad es que sí, en efecto, me he llevado dentelladas. La que me diste tú me ha dejado muy tocado, mucho..., pero te aseguro que no me arrepiento de nada.

Ella bajó la mirada. Habló en un susurro lejano que a duras penas se salvó de ser engullido por el fragor del mar.

—En *Botavara* hay una metáfora que desde hace semanas, desde que pasó... eso..., no consigo quitarme de la cabeza...

Dudó. Temblaba de frío, o de miedo, no lo tenía muy claro.

—No sé si recordarás la escena del libro, pero cuando Germán descubre la infidelidad de su mujer, le dice a ella... —La voz de Bea era infinitamente triste—: «La confianza en tu pareja es como un jarrón: una vez roto, no puedes repararlo y pretender que no se vean las fisuras. Si tienes mucha paciencia y tiento, puedes conseguir recomponerlo de tal modo que en apariencia quede perfecto de nuevo. En la lejanía nadie percibirá el estropicio. Pero si te acercas, si te acercas mucho al jarrón cuando en la pareja haya problemas y discusiones, en las distancias cortas que la convivencia y el día a día generan, las cicatrices del jarrón vuelven a aparecer... siempre...».

Le temblaba la voz.

—Víctor, me da pánico pensar que el personaje de Hugo tenga razón, me da pánico pensar que sea imposible reparar un jarrón que alguien ha tirado al suelo..., sobre todo porque ese..., ese alguien fui yo.

Él, tomándole la barbilla, le alzó el rostro con suavidad.

—No te voy a engañar, Bea, ese es otro miedo que también está escondido en el interior de mi baúl. Pero solo el tiempo dirá si soy o no capaz de echarlo a patadas de allí...

De los ojos avergonzados de Bea brotaron dos lágrimas. Víctor se las secó con el dorso de la mano.

—Lo que sí te aseguro es que lo intentaré con todas mis fuerzas.

Se abrazaron mientras una ola, atomizada tras el impacto con la escollera, les sumergía en una neblina de agua de mar. Pasearon un par de minutos en silencio.

—Quizás..., quizás el misterioso baúl que Hugo subió al *Quimera* antes de zarpar era su baúl de los miedos.

—Puede ser, Bea... Por muy lejos que viajemos intentando huir, el baúl de los miedos siempre nos acompaña allá donde vayamos.

Durante unos segundos se quedaron contemplando la luna llena, imaginando cada uno por su cuenta, sin decírselo al otro, que el círculo blanco que miraban en silencio, lleno de siluetas de cráteres, era en realidad una mirilla a través de la cual los astronautas habían podido contemplar el revés del mundo derecho que ellos habitaban. Al final se cansaron de intentar poetizar la teoría de cuerdas.

—Volvamos, hace una humedad de mil demonios y nos vamos a resfriar. Y Pam debe de estar ya cagándose en nuestros muertos.

Ambos sonrieron y empezaron a caminar hacia la plaza del pueblo viejo. En el interior del bar, Paloma les esperaba con cara de ataúd, acompañada por Santa Tecla, que pasaba el rosario cabizbaja. Estaban solas, a excepción de un viejo tras la barra que limpiaba desganado la máquina de café.

—¿Qué te pasa, Pam? Parece que has visto un muerto, hemos tardado un poquito, pero no es para tanto.

Víctor sonreía, pero su amiga se limitó a extender la mano para alargarle a Bea *El Mundo* que tenía frente a ella. Esta, extrañada, empezó a leer en voz alta la noticia que Paloma le señalaba con el dedo.

*—En un descampado próximo al polideportivo de Carabanchel, la Policía encontró ayer el cuerpo sin vida de Antonio Santamaría. El cadáver estaba en avanzado estado de descomposición y presentaba dos impactos de bala en el pecho que fueron la causa de la muerte, según han confirmado los primeros análisis forenses. El arma utilizada es la misma con la que semanas atrás fue asesinada en su casa del barrio de Salamanca de la capital de España la conocida representante literaria Pilar Boluda. El inspector del Cuerpo Nacional de Policía encargado de la investigación confirmó a este periódico que el principal sospechoso de ambos crímenes es el profesor universitario Víctor Vega Estruch, sobre quien pesa una orden de busca y captura internacional. La Policía ruega la colaboración ciudadana para conseguir la detención del sospechoso, y advierte de que bajo ningún concepto se debe intentar retener o abordar a este individuo, que es peligroso y va armado. En caso de...*

Bajo el texto de la sección de sucesos, aparecía una fotografía en blanco y negro de Víctor. Bea estaba lívida.

—Ana debe de estar destrozada..., tengo que ir con ella...

—Coge el Twingo y vete a Madrid ahora mismo. Conduce con cuidado, estás muy nerviosa... —Él le tomó la mano.

Bea asintió, todavía sin color. Víctor siguió hablando.

—Creo que será mejor que todavía no le cuentes nada a Ana sobre nuestras averiguaciones, por el momento, y hasta que se recupere del *shock*, no necesita saber que creemos que todo es obra de Hugo. Si necesitas hablar conmigo, llama al móvil de Pam.

Le dio un abrazo y pudo sentir cómo ella temblaba.

—¿Dónde estaréis?

—A casa de Pam no podemos ir, seguramente la Policía estará husmeando por allí. He pensado que el sitio más seguro es vuestro chalé de Jávea, a nadie se le ocurrirá buscarme allí. Además, esa es la dirección que le dimos a Sergey. —Ella seguía sin reaccionar, aún pasmada por la noticia—. Todo irá bien, Bea, te lo prometo. Pam y yo esperaremos a que el ruso nos diga dónde está el compañero de colegio de Hugo y hablaremos con él. Mientras, tengamos paciencia. El 3 de diciembre, en teoría, llega el manuscrito, eso nos aclarará muchas cosas.

Bea asintió. Tan solo dijo dos palabras antes de levantarse e irse.

—Te quiero.

Víctor observó la sonrisa macabra que el arco de la ballesta le dirigía desde la pared. Aquella arma tosca y brutal no le gustaba, por lo que la esquivó acercándose a las cristaleras de la balconada. La condensación del aire era tan alta que la isla del Descubridor se desdibujaba casi invisible entre las brumas, como si fuese un barco fantasma varado en medio del mar.

La noche anterior, en cuanto Bea marchó, Paloma, Santa Tecla y él fueron a Hertz a alquilar un Mini Morris color burdeos. Dejaron a la novicia en la estación de autobuses para que pudiese regresar a Valencia, y, tras despedirse, se pusieron a buscar en Benidorm alguna tienda veinticuatro horas donde comprar algo de comida y ropa: los vaqueros de Víctor y su americana estaban ensangrentados y llenos de jirones tras las aventuras de las últimas horas. Al llegar a Jávea, ya de madrugada, pudieron comprobar que las urbanizaciones de chalés del cabo de la Nao estaban sumergidas en su letargo invernal. Tan solo muy de vez en cuando se veía alguna ventana iluminada, camuflada entre la niebla y tras las ramas de los pinos.

—Menuda choza tiene esta gente, aquí me pasaba yo un veranito de aúpa. —Paloma entró en el salón rechiflando, mientras tragaba a manos llenas palomitas de maíz—. ¿Has visto el mausoleo del piso de arriba? ¡Hay millones de postales! Todas escritas, mataselladas y ordenaditas por temas en sus archivadores de madera. Que cuca debía de ser la vieja de Bea, es como meterte en una mercería de *Amar en tiempos revueltos*...

Sonó un timbre: alguien llamaba desde el portón de entrada a la finca. Paloma y Víctor se quedaron paralizados mirándose el uno al otro.



—¿Quién puede ser?

—Tú quédate aquí dentro. A mí la Policía no me está buscando.

—Está bien, pero ten cuidado.

Ella se dirigió con decisión a la puerta de entrada del caserón. Un minuto más tarde volvía a aparecer cargada con una caja de gran tamaño envuelta en papel de estraza.

—Era Seur, venía a mi nombre.

Paloma dejó el paquete sobre la mesa de comedor y empezó a desgarrar sin miramientos el papel de estraza. Apareció entonces una caja de archivador con tapa dura, y sobre la tapa de la caja una carpetita amarillenta que llevaba un pósito adherido:

*Querida Paloma, la dirección actual de Camilo García es calle de Provença, 269, ático, en Barcelona. Quizás este archivador pueda serte de alguna utilidad. Mis hombres se vieron obligados a «tomarlo prestado» del colegio Salvación y Pureza. Ha sido un placer poder ayudarte. No olvides nuestro proyecto en común, te confieso que, desde que aceptaste participar en él, me siento inmensamente feliz. Un cordial abrazo, Sasha.*

Hizo una pelotita con el pósito y se la lanzó a Víctor.

—Este mafiosillo tiene unas cosas... Menudo moñas está hecho el *Sashita*. — Sonrió condescendiente—. Bueno, ya sabemos dónde encontrar a Camilo García, a ver qué tenemos por aquí...

Tomó la carpetilla entre las manos y la abrió, extrayendo la única hoja que había en su interior: las cuatro pupilas se volcaron con ansia sobre una cartulina mecanografiada con máquina de escribir antigua.

—Vaya, vaya, vaya...

Se trataba de la ficha escolar de Camilo García; la fotografía del muchacho aparecía grapada en la esquina superior derecha. En ella el chico aparentaba tener unos diez años. Seguía observando el mundo con ojos llenos de tristeza y miedo, los mismos ojos que Paloma y Víctor ya habían visto en el retrato en grupo de la orla.

—No hay mucha información sobre el chico que digamos.

En efecto, la ficha tan solo contenía cinco renglones.

Nombre: *Camilo García Sacromonte*

Fecha de nacimiento: *25-XI-1962*

Fecha de ingreso en la institución: *2-XII-1962*

Fecha de salida de la institución: *25-XI-1980*

Benefactor n.º: *524*.

—¿Qué demonios será eso de *benefactor*?

—No tengo ni idea, Pam, ni puta idea.

Víctor tomó la cuartilla y la sostuvo entre los dedos sin apartar la mirada de los ojos del muchacho. Sintió un escalofrío: aquel rostro de querubín seco, suspendido en el tiempo gracias al retrato, parecía suplicar ayuda desde el más allá.

—Echemos un vistazo a la caja, a ver si nos aclara algo.

Abrieron la tapa de aquel cajón de archivo y ante ellos aparecieron, comprimidas en vertical una tras otra, ocupando todo el espacio disponible, docenas de carpetitas idénticas a la primera. Pronto se dieron cuenta de que estaban ordenadas alfabéticamente en función del primer apellido. De inmediato buscaron la *T* de Torres: la fotografía, un primer plano en sepia, dejaba fuera de toda duda que el chico allí retratado era el niño Hugo Mendoza. Sus datos eran igual de escuetos que los de la ficha de Camilo García.

Nombre: *Ezequiel Torres Sigüenza*

Fecha de nacimiento: *21-III-1963*

Fecha de ingreso en la institución: *26-III-1963*

Fecha de salida de la institución: *25-II-1976*

Benefactor n.º: *573*.

Paloma murmuró en voz alta un pensamiento intruso.

—Camilo salió del colegio a los dieciocho años exactos, justo con la mayoría de edad. Pero Hugo..., bueno, Ezequiel, ya no sé ni cómo llamarlo..., salió del colegio con tan solo doce años. Era todavía un niño.

Víctor asintió sin decir nada. Las dos horas siguientes se las pasaron extrayendo al azar fichas del archivador y echándoles vistazos fugaces. Calcularon que en el cajón habría unas mil. Las sesenta o setenta que vieron eran todas idénticas a las de Ezequiel y Camilo; el maestro archivero había hecho una labor simple, pero metódica: fotografía, nombre, fecha de nacimiento, fecha de entrada, fecha de salida y el misterioso número del benefactor. Nada más.

—Esto es deprimente... Qué habrá sido de todas estas vidas...

Los rostros de los chavales, todos chicos, desfilaron ante sus ojos llenando el salón de melancolía vieja. La ficha más antigua que vieron mostraba una fecha de ingreso de 1944. La más reciente era del mes pasado: por lo visto, el colegio Salvación y Pureza seguía recibiendo huérfanos. Sistemáticamente, los niños ingresaban en la institución a los pocos días de nacer, y salían el día en el que cumplían dieciocho años. Todos excepto Ezequiel Torres.

—Víctor, ¿por qué demonios Hugo saldría antes que los demás?

—No tengo ni idea, Pam, pero mañana tú y yo nos vamos de viaje a Barcelona para averiguarlo.

Paloma se zampó las últimas palomitas que quedaban en el bol.

—Estupendo, la parejita se va de viaje. —Soltó un eructo con sabor a sal—. Voy a meter en la maleta mi salto de cama de encaje francés, tuneado premamá... El plan suena taaaaaaaan romántico.

Las gárgolas de La Pedrera observaban tétricas el Mini Morris, como si fueran enviadas del anticristo que de un momento a otro fuesen a orinar sobre el capó del vehículo desde las alturas. Víctor y Paloma, en su interior, no le quitaban ojo al portal del número 269 de la calle de Provença. La finca lindaba, pared con pared, con la famosa Casa Milà de Gaudí, y, al igual que su famosa vecina, era una construcción sobria y contundente característica de la burguesía catalana del XIX.

—Vaya con Antoñito, parece que le ha ido bien en la vida, vive en finca de ricos...

Desde el otro lado de la calle, Paloma, al volante del Mini, observaba el Ferrari rojo que estaba aparcado en doble fila: un hombre mayor, casi anciano, con gafas de sol a lo Alain Delon, esperaba sentado tras el volante. Del portal del 269 salió una señorona también de cierta edad arrebujaada en un abrigo de visón y portando un pequeño neceser de viaje Louis Vuitton. Por lo visto, era la Sofía Loren que esperaba Alain Delon sentado en el Ferrari. Paloma habló sarcástica.

—Un hombre, después de los cincuenta, no debería comprarse un coche de dos puertas.

La mujer subió con dificultad al Ferrari y los dos ancianos, hundiditos patéticamente en los asientos deportivos, salieron disparados a toda velocidad escapando de la edad y evidenciando que no eran ni Alain Delon ni Sofía Loren.

—Ni una mujer con dignidad debería subirse en él.

La réplica de Víctor fue rematada por unos golpes en su ventanilla: alguien desde fuera les llamaba la atención. Paloma y Víctor se giraron asustados y pudieron ver a un guardia urbano todavía con los nudillos sobre el cristal, gritando en sordina.

—*Senyoreta, la doble fila no és perquè vostè es quedi a viure damunt.*

—Disculpe, disculpe, señor agente... —Paloma arrancó el motor y se incorporó a la circulación con rapidez—. Hijos de puta, les pones un uniforme encima y se creen mariscales de campo...

—Busca un sitio donde aparcar —Víctor seguía lívido tras la visión del policía—, y tengamos más cuidado, mi cara empieza a ser popular.

Dejaron el Mini en un parking de Gracia y volvieron paseando a la calle de Provença. Eran las dos del mediodía y multitud de dependientas cerraban concienzudas las puertas de los comercios, ya decorados con motivos navideños. La mayoría de ellas eran empleadas jovencitas, poco abrigadas a pesar del frío, que se iban a casa a comer para volver a abrir la tienda por la tarde. Bajando los cierres metálicos a conciencia, parecían orgullosas de su pequeña responsabilidad.

—Madre mía, Víctor, menuda cola de turistas... Mira ese americano con rastas, alzando los brazos y haciendo fotografías con el i-Pad mientras baja las escaleras.

Parece Moisés descendiendo del Sinaí intentando iluminar al mundo con los *Diez Mandamientos*.

Al doblar la esquina de La Pedrera, Víctor y Paloma tuvieron que abrirse paso entre aquellas hordas que se agolpaban para hacer la visita del monumento. Las rebasaron y alcanzaron el portal del 269. El vestíbulo monástico de aquella finca de burgueses ricos estaba desierto: en medio de una ciudad atestada de turistas con ganas de diversión, su aspecto era aún más desolado.

—Joder, cómo vive esta gente...

Paloma silbó abrumada por aquel vestíbulo marmóreo.

—¿Buscan a alguien?

La voz de *castrati* provenía de un rincón, en el que un sofá turco inundado de cojines moros camuflaba entre sus repliegues a un joven de aspecto andrógino. Era extremadamente delgado y llevaba una especie de pijama de raso rojo con cuello Mao y ojales chinos, que le confería un aire excéntrico y ambiguo: parecía un embajador mandarín esperando el té en el Serrallo de Estambul.

—Buscamos..., buscamos a Camilo García. —Víctor, sorprendido por aquel ser de tez mortecina y mirada perdida, creyó que lo más conveniente era no andarse con rodeos—. Creo que vive aquí.

—Sí, Camilo vive aquí. —El joven habló como si fuese una *geisha*, sin mover un solo músculo de su rostro vertical y empolvado de blanco—. Es nuestro portero, ahora debe de estar arriba comiendo, vive en la buhardilla de la terraza. Si toman el ascensor, vayan al último piso.

Alargó su brazo enfundado de seda china y señaló las puertas del ascensor sin mirar a nadie, con sus pequeños ojos negros perdidos en el vacío del vestíbulo. Vagando en él con aire saturnino.

—Joder, menudo bujarraco de tío... o tía... o lo que sea. —Subían en el ascensor—. Bueno, al turrón, ¿cómo piensas abordar la cuestión con el tal Camilo? Supongo que tendrás tacto; no es plan soltarle al pobre hombre: «Hola, soy Víctor Vega, ¿es verdad que el director del colegio se divertía con vosotros? ¿Se zumbaba a Ezequiel?».

—Paloma, no seas bestia. No he pensado en nada concreto, todo dependerá de qué tipo de persona nos encontremos. Además, tú precisamente no eres la más indicada para hablar de tacto.

Ella emitió una pedorreta burlona justo en el momento en el que el ascensor se detenía con una sacudida. Bajaron y se toparon con un descansillo sin ventilación, tan solo iluminado por un candil de garabato, del que pendía una bombilla pelada: era obvio que la vivienda del portero no estaba en consonancia con el resto del edificio. Llamaron a la única puerta que se veía, cuya madera pedía a gritos un nuevo barnizado. A los pocos segundos apareció ante ellos el cuerpecillo de un viejo prematuro que empuñaba una espumadera casi más grande que él. Era sin duda el mismo rostro del retrato color sepia de la ficha, pero envejecido sin piedad.

—¿Camilo?

Aquel hombrecillo de hombros caídos se abotonó asustadizo la rebeca que llevaba para resguardar del frío su cuerpo de esparto. Obviamente, no eran dos caras desconocidas las que esperaba ver.

—¿Quiénes..., quiénes son ustedes?

—Hola, yo soy Víctor Vega y ella es Paloma Domenech, usted creo que es Camilo García.

Sus ojos, enturbiados por la tristeza, miraron huidizos. La piel fina y transparente era de pez abisal: a través de ella podían verse venitas azules y rojas, los globos oculares, las encías, casi el cerebro. Parecía un abuelo de cristal al que la vida le había negado hijos y nietos.

—Sí, yo soy Camilo García, pero ¿qué es lo que quieren? —Agarraba con fuerza la espumadera como si de una espada caída se tratase—. Si venden algo, he de decirles que no voy a comprar nada, y en esta finca no se puede entrar a hacer puerta a puerta, no sé quién les ha...

—Camilo, no vendemos nada. —Víctor intentó imprimir a sus palabras la máxima calidez—. ¿Podemos pasar?

—¿Pasar a qué? —Asustado, parecía estar deseando cerrar la puerta.

—Venimos a hablarle de Ezequiel Torres.

Ante las palabras de Víctor, el rostro del hombre se metamorfoseó: aquel nombre en boca de unos desconocidos pareció descolocarlo. Su instinto, ante la confusión, le forzó a cerrar la puerta aturullado, pero el brazo de Víctor sobre la madera se lo impidió.

—Camilo, no tiene nada que temer.

Los ojos del profesor debieron de convencerle, porque tras contemplarlos asustado durante unos segundos, el hombre volvió a despejar el vano mientras hablaba cabizbajo y con mirada resignada.

—Adelante y... disculpen el desorden.

Dentro olía a botiquín, a pesar de que en la pequeña cocinita un puchero de cerámica bullía al fuego. Toda la vivienda estaba recogida en aquel cuartito desteñido, en el que gruesas cortinas de arpillera amordazaban los ventanales para así asfixiar a la luz natural. Una cama de tubo de hierro, sosteniendo tan solo el colchón desventrado y sin cubrir, se arrinconaba contra la pared. Víctor, al entrar, sintió que aquello era un purgatorio amarillo en el que tan solo faltaba Van Gogh sentado en el borde de la cama con su oreja en la mano: pero no estaban en Arlés sino en Barcelona, y Camilo García tenía sus dos orejas pegadas al cráneo, que, como todo él, parecía una cascarita quebradiza y delicada.

—Siéntense, por favor.

Apagó el fuego de la cocina y dejó la espumadera en el fregadero. Apoyando los codos sobre el mantel de hule, se sentó a la mesa, junto a los fogones y bajo una bombilla raquíca.

—¿Quién les dijo que vivía aquí?

Víctor no quiso mentir, pero tampoco adentrarse en la enrevesada historia de los mafiosos rusos de Benidorm.

—Cómo conseguimos su dirección es una larga historia. Abajo, en la portería, un chico joven vestido de oriental nos explicó que usted era el portero de la finca y que vivía aquí arriba.

Camilo sonrió entre dientes y habló con timidez.

—Ese es el chico de los Ferragut. Su madre es viuda de notario y ahora bebe los vientos por un constructor que viene a recogerla todos los días en su Ferrari. —Hablabla delicado, con gestos lacios y boca melosa—. El chaval les salió rarito..., un poco sarasa. Madre mía, si su padre levantase la cabeza... Le gusta cantar vestido de *geisha* en locales de travestís, ya ves tú. Menudo disgusto tiene la familia...

Había soltado la parrafada como si se tratase de una especie de terapia contra la ansiedad, pero de repente pareció advertir que estaba siendo imprudente y la mirada huidiza reapareció en sus ojos sin lustre.

—Hablo demasiado, como paso mucho tiempo solo, hablo demasiado, y eso no está bien... Soy un estúpido, soy un estúpido... —murmuraba para sí mismo, rumiando neurótico como si no estuviese del todo en sus cabales—. No les he ofrecido nada, soy un maleducado, soy un maleducado... ¿Quieren un poquito de anís seco?

—No, Camilo, no queremos tomar nada. Esté tranquilo, cálmese, por favor, no hemos venido aquí más que a conversar con usted.

El hombrecillo tragó saliva y dudó antes de hablar.

—¿De..., de qué conocen ustedes a Ezequiel? ¿Está bien? No le habrá pasado nada malo, ¿verdad? Hace tantos años que no sé nada de él... —Se le perdió la mirada en el vergel de la casa: las flores de vivos colores estampadas sobre el mantel de hule—. Me van a perdonar, pero yo sí necesito una copita de anís, todo esto me está alterando.

Se levantó a trompicones y abrió uno de los destartalados armarios de la cocinita. Víctor y Paloma aprovecharon para mirarse sin pronunciar palabra: en aquel hostiario, el silencio era denso y aceitoso, opresivo como el turrón blando. Camilo cogió una botella de Anís del Mono y un vasito de Duralex de café antes de volver a sentarse a la mesa.

—Díganme, díganme, ¿de..., de qué conocen ustedes a Ezequiel?

Parecía ansioso por saber de su antiguo compañero de colegio. Víctor confirmó que aquel hombre no tenía ni idea de que tras el nombre de Hugo Mendoza se escondía Ezequiel Torres, ya que la muerte del gran escritor era *vox populi*.

—Camilo, nosotros no conocemos a Ezequiel. Estamos intentando averiguar su paradero, y supimos que ambos, usted y él, estudiaron juntos en el orfanato Salvación y Pureza, en Madrid.

Los ojos del hombre se cubrieron de una sombra negra al escuchar ese nombre.

Volvió a hablar de nuevo con tono cauteloso.

—¿Y... por qué quieren saber el paradero de Ezequiel?

Víctor se sentía incapaz de mentir a aquel hombrecillo indefenso y asustadizo, pero tampoco podía decirle toda la verdad sin comprometer la privacidad de las averiguaciones sobre Hugo Mendoza.

—Camilo, no sé si sabe que Ezequiel, muchos años después de abandonar el orfanato, se casó. A los pocos años de matrimonio, desapareció de modo misterioso sin darle explicaciones a nadie. Su mujer nos ha contratado para que lo localicemos. Somos una especie de... detectives privados. Nuestras averiguaciones nos condujeron al orfanato. —Víctor tragó saliva intentando suavizar sus palabras—. Camilo, creemos que la misteriosa desaparición de Ezequiel tiene relación con cosas que pasaron en ese colegio hace ya muchos años, cosas seguramente muy desagradables... Ustedes dos eran unos niños, lo sé, pero hemos venido porque nos gustaría que nos contase qué pasó en el Salvación y Pureza.

El hombre tan solo consiguió sostenerle la mirada a Víctor unos escasos segundos. A continuación se le desmoronaron los ojos y dos lágrimas surcaron sus mejillas, arrugadas y transparentes.

—Así que Ezequiel se casó... —Con las dos manos agarraba el vasito de Duralex, incapaz de mirar a otro sitio que no fuesen las flores de vivos colores del mantel de hule—. Zequi lo consiguió...

—¿Qué consiguió?

Paloma, arrebujaada por la congoja, habló espontánea. Camilo alzó la cabeza para acariciarla con sus ojos tristes.

—Pues..., pues consiguió enamorarse de una mujer. —Volvió a hundir su mirada avergonzada entre las flores de colores—. Muchas veces, sentados a esta misma mesa, hablamos de si podríamos alguna vez enamorarnos de una mujer... Superar todo aquello que pasó, poder compartir nuestra vida con alguien. Me alegro de que Zequi lo consiguiese, yo ya ven que he fracasado...

Esbozó una sonrisa mustia con sabor a aspirina disuelta en agua.

—¿Ven eso?

En un rincón del cuarto podía verse una maleta de España de posguerra, cuadrada y sólida como un cajón y con los cantos enlatonados. Camilo siguió hablándole ensimismado al mantel de hule.

—Salí hace treinta y tres años del Salvación y Pureza tan solo con la ropa que pude meter en esa maleta. De ese infierno me vine a esta cueva y... —La voz se le ahogó en la garganta—. Lo único bueno que me llevé de allí fue la amistad de Ezequiel. Luego él también desapareció... y hoy sigo tan solo como el día que llegué aquí.

Pasaron unos segundos vacíos que nadie se atrevió a rellenar.

—Camilo, ¿qué pasó en ese colegio?

El hombre alzó la mirada y enfrentó los ojos de Víctor.

—¿Sabe que estoy aterrorizado tan solo con pensar en contárselo, y a la vez lo deseo más que ninguna otra cosa en este mundo? —Hacía grandes esfuerzos por contener las lágrimas—. En el fondo creo que llevo treinta y tres años esperando que alguien venga a llamar a esa puerta para preguntarme por todo aquello. Que alguien venga a tratar de llevarse de una maldita vez ese fardo que llevo a la espalda...

Estalló en sollozos como un niño. Paloma, sentada junto a él, no pudo evitar pasarle la mano por encima de los hombros para consolarlo en silencio: cuando veía a alguien llorar, sentía una compasión instintiva, especialmente si el que lloraba era un hombre adulto.

—Discúlpeme, discúlpeme..., esto es muy duro para mí, llevo tantos años escondiéndome de todo y de todos en este zulo...

—Tómese su tiempo, Camilo, no se preocupe.

El hombre respiró hondo y le dio un pequeño sorbo al vasito de anís antes de volver a hablar, con ojos y voz enrojecidos.

—¿Han estado..., han estado en el colegio, ustedes?

Paloma y Víctor negaron con la cabeza.

—Está en plena sierra de Guadarrama, cerca del Valle de los Caídos... Desde las habitaciones se podía ver el extremo de la gran cruz. En invierno hace allí un frío de mil demonios, pero el entorno es precioso, lleno de bosques y montañas, muy aislado, pero maravilloso si te gusta la naturaleza. —Su mirada seguía sumergida en sus recuerdos y en los recovecos del mantel de hule—. Según nos contaban los curas, el propio Santo Padre Fundador creó el colegio en 1943 para dar cobijo a niños abandonados. Él mismo dirigió personalmente el proyecto... Aún recuerdo en un par de ocasiones, siendo un niño, haber visto a los curas histéricos procurando que todo estuviese perfecto ante *la visita*...

—¿Qué..., qué visita?

—La visita al centro del *Santo Padre Fundador*. —El retintín con el que pronunció las últimas tres palabras era obvio—. Aquella urraca daba miedo... Cuando murió, hace cinco años, no sabe lo que me alegré.

Le dio un traguito al vasito de anís y siguió hablando.

—Los curas le idolatraban, ni siquiera se atrevían a pronunciar su nombre..., lo tenían mitificado. Según decían, el Santo Padre Fundador había conseguido que el gobierno de Franco le donase al Sacrum Corpus un viejo monasterio benedictino, de la Edad Media, abandonado durante la desamortización de Mendizábal, con la condición de que lo rehabilitase para así dar cobijo a niños sin padres. Por eso debíamos estarle eternamente agradecidos, decían los curas, sin él seríamos ratas malviviendo en las cloacas... —Resignó voz y mirada—. En realidad, todos los que estábamos allí no éramos exactamente huérfanos, éramos niños abandonados a los pocos días de nacer. Nuestros padres nos habían repudiado..., eso nos decían los curas.

Guardó silencio y bebió anís para así intentar suavizar la amargura que le habían



dejado en la garganta sus palabras. Víctor habló.

—¿Los *curas*? Tenía entendido que La Misión no tiene sacerdotes...

El hombrecillo alzó la mirada para responder.

—Bueno, nosotros los llamábamos así porque llevaban sotana y todos venían del seminario que el Sacrum Corpus tiene en Aranjuez. Supongo que sabe que La Misión no depende de la Iglesia Católica, es una sociedad redentora capitular, cristianos bautismales. Pero bueno, eso no creo que tenga importancia, el caso es que eran unos desalmados... Luego también estaban las monjas custodias, que vivían en un pabellón independiente y solo acudían al colegio para limpiar y preparar las comidas. Ellas se encargaban del pabellón de los bebés, que cuando cumplían cinco años pasaban al colegio, donde ya eran cuidados..., es un decir..., por los curas. Cuando cumplíamos los dieciocho, con la mayoría de edad, todos debíamos abandonar el colegio.

—Entiendo..., y todo ese tinglado lo dirigía un custodio.

—Así es, señora..., discúlpeme, olvidé su nombre.

—Me llamo Paloma. Y suprima lo de *señora*, hay confianza.

Camilo, antes de proseguir, la miró sin ansia.

—Cada curso teníamos nuestros dormitorios comunes y nuestra aula. Luego, claro está, todos compartíamos el comedor, la capilla, el patio, la biblioteca... Éramos unos treinta muchachos por promoción, que nos habíamos pasado dieciocho años veinticuatro horas juntos. Recuerdo a Zequi desde que tengo uso de razón.

—Pero, Camilo, hay algo que no entiendo. —Era Víctor el que había tomado la palabra—. Dice que los chicos permanecían allí hasta la mayoría de edad, ¿no acudían parejas a intentar adoptar? En aquella época un matrimonio sin hijos era difícil de concebir por la sociedad, y las adopciones internacionales eran imposibles.

Camilo negó rotundo con la cabeza.

—No. Allí, en los dieciocho años que yo estuve, jamás hubo una adopción. En realidad el único chico que fue adoptado...

Se trabó, de nuevo con lágrimas en los ojos.

—Fue..., fue Ezequiel. Pero eso no fue en realidad una adopción, fue una especie de martirio. —Intentó calmarse rematando el vaso de anís—. Pero bueno, en respuesta a su pregunta, no, yo nunca supe de ninguna adopción..., ojalá, cualquiera de nosotros hubiese dado lo que fuera por escapar de aquella cárcel. Lo que sí teníamos era un benefactor.

—¿Un benefactor?

—Sí, un benefactor. —Hubo un minuto de suspense mientras Camilo rellenaba su vasito de anís—. Todos teníamos asignado uno, aunque no todos lo conocíamos. Yo, por ejemplo, a mi benefactor jamás le vi la cara, ni supe su nombre... Los curas, siempre tan casposos, nos obligaban a referirnos a ellos como *nuestro ángel de la guarda*.

—¿Y... cuál era la función de ese *ángel de la guarda*? ¿Quiénes eran?

—Bueno, como le dije, yo nunca conocí al mío, pero otros chicos sí que tuvieron esa suerte. Algunos días a lo largo del año..., ninguno en concreto, por sorpresa..., los curas nos daban tarde libre, sin clases. Nos la pasábamos jugando al fútbol en el patio, pero ya sabíamos que se trataba de la tarde de los benefactores... o, como nosotros las llamábamos en broma, la tarde de los *calefactores*.

—¿De los calefactores?

Ahora mordía con su sonrisa la amargura de los recuerdos.

—Sí, Paloma... Los curas llenaban de estufas de butano el comedor; solo en esas ocasiones se encendía la calefacción en el colegio, y encargaban a las monjas custodias café y pastas. Esa tarde, mientras nosotros jugábamos en el patio, el comedor del colegio se llenaba de señorones trajeados que charlaban y tomaban café animadamente mientras nos miraban jugar a través de los ventanales. Tenían muy buen porte, se trataban, sin duda, de gente importante..., empresarios, abogados, notarios...

—¿Todos hombres?

—Sí, los benefactores eran siempre hombres. Cuando ya se habían acabado las pastas, los curas nos hacían pasar al comedor, y algunos chicos entonces charlaban con su benefactor. Otros con menos suerte nos arrimábamos a un calefactor... para encontrar algo de calor humano en aquel monasterio lleno de corazones de piedra...

—La mirada se le endureció, llena de resentimiento—. ¿Quiénes eran aquellos hombres? Los curas siempre nos dijeron que los ángeles de la guarda eran miembros de La Misión que por caridad cristiana se ocupaban de uno de nosotros. A los que jamás recibimos la visita de nuestro benefactor se nos decía que por sus múltiples obligaciones y por vivir lejos de Madrid le era imposible venir a vernos, pero en la distancia rezaba por nosotros. El mío, por ejemplo, según me dijeron los curas, fue el que medió para conseguirme este puesto de trabajo.

Suspiró y guardó silencio.

—Camilo, ¿le dice a usted algo el número 524?

El portero miró a Víctor con extrañeza: era obvio que el número que aparecía en su ficha del colegio e identificaba a su benefactor le era completamente ajeno.

—No, ¿debería?

—En absoluto, no tiene importancia. Siga, por favor, siga...

Camilo recobró el hilo de su historia entonando de nuevo su hablar delicado y sus gestos lacios, todos ellos llenos de tristeza.

—Como les decía, esas eran las únicas tardes en las que venían extraños al colegio. El resto del año allí no entraba nadie... y de allí no salía nadie. Yo no pisé una ciudad hasta que cumplí dieciocho. Imagínense, por Madrid y Barcelona solo y con esa maleta después de pasarme toda la vida encerrado... Daba pena verme, parecía Tarzán en Nueva York. La única excepción, las únicas salidas permitidas por los curas, eran las que se hacían para recoger en el bosque la leña de las cocinas del colegio. Pero Zequi y yo nunca íbamos a esas excursiones...

Los ojos se le cubrieron de nubarrones. Para protegerse del temporal, agachó de nuevo la cabeza.

—¿Por qué ustedes dos no recogían leña con sus compañeros?

Paloma preguntó pausada, sin apremios. Camilo entonces empezó a conversar con sus recuerdos.

—Zequi y yo éramos especiales..., teníamos... *privilegios*... —Su voz era amarga—. Además, Zequi, en la primera salida a por leña que hizo, intentó escapar. Casi muere de frío en los bosques; la Guardia Civil lo rescató y lo trajo de vuelta, ante..., ante *él*. Ya nunca se nos volvió a permitir salir bajo ningún concepto.

—¿Quién era *él*? ¿Por qué intentó escapar Ezequiel?

Camilo ignoró la pregunta de Víctor y siguió hablando consigo mismo, ensimismado.

—Los curas eran unos demonios, cualquier problema lo solucionaban pegando palizas y mandando a los chicos al patio sin cenar en pleno invierno. Nunca les escuché una palabra de cariño, de comprensión... Si algún chico se descuidaba y se dirigía a alguno de los curas apeándole de su título de *reverendo padre*, el guantazo estaba garantizado. —Dibujó una sonrisa llena de dolor—. Pero a Zequi y a mí..., a nosotros tenían prohibido ponernos la mano encima. Él decía que éramos *especiales*... y nosotros hubiésemos dado nuestra vida por ser como cualquiera de los otros chicos, por recibir las mismas palizas, por ser castigados sin cenar, por...

Las palabras, infladas por la angustia, se atollaron en su garganta.

—Camilo, ¿quién era *él*?

El portero alzó la cabeza temeroso y miró a Víctor con ojos llenos de vergüenza.

—*Él* era don Claudio, el director.

La respuesta se quedó suspendida en el aire insano de aquella habitación durante unos segundos.

—Y... ¿por qué para él usted y Ezequiel eran especiales?

Respondió dirigiendo sus palabras a las flores del mantel de hule, incapaz de sostenerle la mirada a nadie, incluido él mismo.

—Todo empezó en las Navidades del 69, tenía yo entonces siete años recién cumplidos. No olvidaré jamás esas Navidades... El día de Nochebuena, para señalarlo, los curas encargaban a las custodias que preparasen de postre pastel de chocolate. El único momento del año en el que se comía chocolate en el colegio era esa noche. Después de cenar, fuimos a misa del gallo en la capilla... Ese..., ese fue el instante en el que empezó mi infierno. —Los párpados, merados y acuosos, no llegaron a desbordar—. Recuerdo que yo estaba arrodillado en unos de los reclinatorios, junto a Zequi y los demás chicos de mi curso. Entonces él, desde una de las sacristías, sumergido en la penumbra como hacía siempre, me señaló mientras todos rezábamos el *Dios te salve, María*...

Víctor y Paloma no podían imaginar aquella historia si no era en blanco y negro.

—Con el dedo me indicó que me acercase a él. Aterrorizado por si había hecho

algo malo, crucé la nave central... Él tan solo me pasó el brazo por encima del hombro y con una sonrisa me dijo que le acompañase. Mientras todos rezaban, salimos de la capilla y fuimos directos a los dormitorios de los curas. Don Claudio no pronunció palabra, cruzamos aquellos pasillos de monasterio en completo silencio..., no lo olvidaré jamás..., cuando llegamos a sus apartamentos privados, me hizo pasar y cerró la puerta con pestillo... —El fino hilo de voz se transformó en un llanto amargo—. Ya pueden imaginarse lo que sucedió a continuación allí dentro.

Durante unos minutos, en aquel cuartito desteñido tan solo se escucharon los sollozos de Camilo. Víctor y Paloma estaban sobrecogidos. Cuando se recuperó, aquel pobre hombre siguió hablando con palabras llenas de sal.

—Durante seis meses estuvo viniendo cada noche a los dormitorios para llevarme con él de madrugada..., cada noche, todas las noches, sin faltar ni un solo día a la cita. Yo estaba aterrorizado tan solo con pensar que se acercaba la hora de ir a dormir. En cuanto me metía en la cama, sabía que no podría ni cerrar los ojos... Me acurrucaba a esperar temblando de miedo... Sabía que en dos o tres horas escasas aquella sombra abriría la puerta de los dormitorios, atravesaría en silencio el pasillo de literas y vendría directamente a por mí. Zequi, en el camastro de abajo, escuchaba mis dientes castañetear de miedo, y me preguntaba cada día dónde iba con el director por las noches... —Suspiró para intentar desactivar su congoja, pero fue totalmente inútil—. Yo no le respondía, ni a él ni a ningún otro chico: estaba aterrorizado, muerto de vergüenza. Pero Zequi era mi mejor amigo y se preocupaba por mí, me veía cada vez más triste, más delgado, ya nunca me apetecía jugar al fútbol... Durante el recreo me iba solo bajo un pino a mirar los muros infinitos que rodeaban aquella cárcel, altos como campanarios... Solo soñaba con escapar de allí. Zequi venía y me hacía compañía, y me preguntaba qué me pasaba. Nunca flaqueaba ante mi silencio... Poco sabía el pobre que iba a averiguarlo muy pronto por sí mismo...

—¿Qué pasó con Ezequiel, Camilo?

Hizo una pausa y le dio un trago al anís.

—Una noche la sombra de aquel monstruo apareció en los dormitorios como de costumbre. Yo, temblando, la vi acercarse hasta mi litera. Pero, ante mi sorpresa, esa noche él, en vez de tomarme del hombro como hacía siempre, se agachó para despertar a Zequi en la litera de abajo. Me recuerdo a mí mismo suspirando de alivio, mientras me moría de pena al ver a mi amigo, tan inocente, irse en la oscuridad a sus seis añitos junto a aquel degenerado...

Miraba obsesivo las flores de hule como si entre ellas se escondiese el secreto para contener el llanto.

—A la mañana siguiente, Zequi ya sabía dónde había estado yendo yo cada noche... La sonrisa se le borró para siempre del rostro, y desde ese día él tampoco volvió a reír ni a jugar. Parecíamos dos autómatas, dos sonámbulos a los que les hubiesen arrebatado el alma y la inocencia de un zarpazo. En el patio nos sentábamos bajo un pino y nos aplicábamos con dedicación de orfebres a la conmisericordia mutua,

pero sin pronunciar palabra...

Guardó silencio y permaneció cabizbajo durante un minuto que a todos se les hizo eterno. Parecía haberse quitado un gran peso de encima.

—¿Nunca..., nunca denunciaron los abusos?

Camilo miró a Víctor y esbozó una sonrisa cansada.

—¿Denunciar? ¿Denunciar ante quién? —Su voz era casi burlona—. De allí no se podía salir, y las monjas custodias tenían terminantemente prohibido hablar con nosotros. Las pobres ni tan siquiera podían mirarnos a los ojos, los curas las abroncaban si se acercaban. Por lo visto eso nos prevenía de cualquier *tentación lasciva*... Aquella gente estaba enferma. Además, don Claudio fue listo a la hora de elegirnos, ni Zequi ni yo teníamos un benefactor que viniese a visitarnos. Al principio intentamos hablarlo con los curas, pero fue peor...

—¿Peor? ¿Peor por qué? —Paloma preguntó indignada.

—Pues porque los curas ya sabían lo de las visitas nocturnas del director a los cuartos, no les descubríamos nada nuevo..., pero preferían sencillamente mirar hacia otro lado.

—Pero eso..., eso es..., ¡eso es inhumano!

—Sí, seguramente esa es la palabra. Aún recuerdo la respuesta que me dio uno de aquellos tarados una vez que me vio llorando en un rincón del comedor. Se acercó a mí y, con malos modos, como siempre nos hablaban, me preguntó qué me pasaba. Le conté que el director me llevaba por la noche a su cuarto y... —La voz se le atragantó de nuevo—, y me tocaba por todo el cuerpo... Yo era tan solo un niño, tenía siete años, no sabía ni cómo explicar qué era una violación... El cura se limitó a darme un capón y a decirme muy serio unas palabras que no se me olvidarán jamás: «No es de buen cristiano contar a la luz del día las fantasías que vive mientras duerme por las noches. Tiene usted la mente enferma. Si vuelve a hablar mal del señor director, sabrá lo que es pan de dolor».

Un silencio abrumador, lleno de impotencia ante la injusticia, reinó durante unos segundos en aquel cuartito de leprosería.

—¿Erais..., erais vosotros dos los únicos que sufríais los abusos? —Paloma, con la intimidación creada al compartir aquella historia tan sórdida, había tuteado a Camilo inconscientemente.

—Al principio creíamos que sí, pero luego nos enteramos de que había otros tres chicos, ya mayores, que también habían pasado años atrás por lo mismo que nosotros...

—¿Cómo lo supisteis? ¿Hablasteis entre vosotros de lo que sucedía por las noches en los cuartos?

Camilo se tapó la cara con ambas manos intentando limpiar unos recuerdos que sin duda hacía tiempo que le atormentaban.

—No, Zequi y yo jamás hablamos con nadie de esto, solo entre nosotros... Sentíamos una vergüenza..., una vergüenza inexplicable. Éramos víctimas y, a pesar

de eso, no sé por qué, nos sentíamos culpables. Me parece que algo parecido les pasa a las mujeres maltratadas... Todavía hoy siento que fue culpa mía, que no supe reaccionar como debía, que...

—Camilo, no digas tonterías, no tuvisteis la culpa de nada. Eráis tan solo unos niños. —Paloma decidió que lo mejor era retomar las preguntas concretas para esquivar tantas emociones desgarradoras—. ¿Cómo supisteis que había otros chicos en el colegio que también habían sufrido los abusos?

—No..., no hubiese sido difícil adivinarlo, porque, como nosotros, parecían zombis vagando por el colegio, siempre tristes..., pero no fue por eso. Fue gracias... a la marca. En las duchas las vimos.

—¿La marca? —Víctor y Paloma preguntaron al unísono.

Camilo echó hacia atrás su silla y se arremangó la gruesa rebeca y la camisa de franela: el estómago lechoso y fofo de aquel anciano prematuro apareció ante ellos. En el centro, justo encima del ombligo, el contorno de una especie de tatuaje que recordaba al hierro de una ganadería aparecía dibujado sobre la piel.

—Esta es la marca de los chicos que éramos... *especiales*. De los elegidos, decía él. —Camilo se volvió a cubrir y siguió hablando, sobrecogido—. Zequi la llevaba en el hombro, yo en el estómago. Nunca supimos qué significaba, él no nos lo dijo. A los otros tres chicos más mayores se la vimos en las duchas... Entre nosotros, tan solo con descubrir la marca de *los elegidos*, ya sobraban las palabras...

Le dio otro trago al anís para sobreponerse.

—Cuando aquel monstruo nos llevaba a su cuarto, después de hacernos todo lo que le venía en gana, se pasaba horas tumbado desnudo a nuestro lado dibujando esa marca sobre la piel con un pequeño alambre. Decía que así recordaríamos toda la vida que éramos suyos... y tenía razón. —La voz casi se le apagó, agostada—. Llevo una vida intentando olvidar lo que pasó, pero cuando salgo de la ducha y me miro al espejo... y veo esto..., todo vuelve. Soy ganado marcado de por vida.

Cogió entre sus manos el vaso de Duralex, pero esta vez no bebió.

—Y para Zequi todavía fue peor.

—¿A qué se refiere?

—Don Claudio se obsesionó con él.

—¿Se obsesionó?

—Sí. Se volvió loco..., bueno, aún más loco de lo que ya estaba.

—Explíquese, por favor.

Camilo, antes de proseguir, miró a Víctor con ojos cangrenados por la edad y la pena.

—Cuando Zequi y yo descubrimos que había chicos más mayores que pasaron por lo mismo que estábamos pasando nosotros, vimos un rayo de esperanza: al director, por lo visto, le gustaban los niños, por lo que tan solo teníamos que ser fuertes y aguantar hasta crecer lo suficiente como para que aquel degenerado perdiese el interés por nosotros y buscase carne fresca más joven. Esa era nuestra única

esperanza, es triste y cruel, pero esa era nuestra realidad... No podíamos luchar contra aquel monstruo, debíamos resignarnos a que al menos cambiase de víctimas.

—¿No fue así?

—No. Don Claudio se obsesionó con Zequi. A veces me buscaba a mí, pero se pasaba la noche preguntándome por mi amigo, intentando sonsacarme las cosas que Zequi me contaba sobre él... Si no fuese tan escabroso, si no estuviésemos hablando de un monstruo, podría decirse que don Claudio desarrolló por mi amigo un amor obsesivo. Al final ya solo le buscaba por las noches a él, y a veces, al levantarnos por las mañanas, Zequi todavía no estaba en su litera.

—¿Cómo reaccionó Ezequiel ante eso?

—Imagínese. Estaba muy claro que el director había perdido el control, no iba a buscar otro *elegido* más joven. Zequi me contó que a veces, mientras con el alambre le dibujaba obsesivo la marca, aquel pervertido fantaseaba imaginando lo felices que serían juntos cuando Zequi fuese mayor y saliese de allí. Vivirían en un bonito apartamento en la ciudad, podrían compartir su amor todo el tiempo... Mi amigo sentía terror ante aquella perspectiva, y reaccionó encerrándose dentro de sí mismo más y más..., sin conversar con nadie. Vivía abstraído en su mundo interior.

Miró a Víctor con gesto derrotado.

—Hay gente que ante los peligros reacciona luchando, otros huyendo: Zequi era de los segundos, su naturaleza era bondadosa y sumisa... Yo creo que por eso empezó a leer de manera compulsiva. Y a escribir. Se pasaba todas las horas del recreo en la biblioteca, leyendo y escribiendo. Yo al principio pensé que se refugiaba allí para que don Claudio no le encontrase, pero luego entendí que Zequi, que era inteligentísimo, supo desde el principio que la única manera de sobrevivir a aquel infierno que le había tocado vivir era inventándose mundos imaginarios..., hacerse bola y soñar. Escribía como los ángeles, unos relatos maravillosos..., eran pura vida. El que mejor escribe sobre el amor es el que no se ha enamorado jamás, y lo añora..., y el que mejor escribe sobre la vida, es el que no la vivió más que encerrado: ese era Zequi.

A Víctor aquellas palabras quebradizas, pero de alma sólida, le trajeron a la mente, sin saber por qué, al maravilloso Jorge Luis Borges.

—¿Qué pasó entonces, Camilo?

—¿Que qué paso entonces? —Esbozó una sonrisa cáustica antes de contestar a Paloma—. Pues lo único que pasó fue el tiempo.

—¿Quiere decir que..., que nadie hizo nada?

Camilo, antes de responder, se acabó el vaso de anís y se puso en pie para dejarlo en el fregadero. Al sentarse parecía más sereno, como si al narrar sus recuerdos de pesadilla los hubiese aguado.

—Eso es exactamente lo que quiero decir. Nadie *hicimos* nada. —Enfatizó la forma verbal—. Los curas, los compañeros..., yo mismo. Dejamos que Zequi se fuese consumiendo poco a poco durante seis largos años. Aquel monstruo venía casi

todas las noches para llevárselo a su guarida, todos lo sabíamos... y nadie hizo nunca nada.

Un silencio culpable de nuevo inundó el cuartito. Víctor, incómodo, decidió romperlo.

—¿Qué sucedió seis años después?

—Pues que a aquel loco se le fue la mano.

—¿Se le fue la mano con Ezequiel?

—Sí, se pasó de la raya. Fue en el invierno del 75, Zequi entonces tenía doce años. Era ya un auténtico despojo, no le era posible mantener una conversación con nadie, ni tan siquiera conmigo. Se dedicaba tan solo a sobrevivir, a comer, a respirar... y a sus escritos. Leía una barbaridad, y escribía historias que nunca dejaba leer a nadie, excepto a mí de vez en cuando si le insistía mucho. —Sonrió sin alegría, con un leve orgullo flotando en su boca—. Una madrugada don Claudio vino a por él como de costumbre. La recuerdo perfectamente, había nevado y el frío era terrible, teníamos el cuerpo cubierto de sabañones. A la mañana siguiente Zequi no estaba en su litera, pero no nos extrañó, pasaba de vez en cuando. La novedad fue que al mediodía aún no había aparecido. Yo me empecé a preocupar y entonces vimos llegar al colegio una ambulancia..., entró en el patio y aparcó dentro del claustro de las habitaciones de los curas. No supimos nada de Zequi durante dos semanas, hasta que una mañana volvió a aparecer la ambulancia trayéndolo de vuelta. Tan solo nos dijo que había estado en el hospital, pero yo adiviné enseguida la verdad: a aquel degenerado se le había ido la mano y había causado desgarros al pobre Zequi. En el hospital empezaron a hacer preguntas incómodas y el Sacrum Corpus se vio forzado a reaccionar... y su reacción fue sin duda... *contundente*.

La ironía se dibujaba en los labios de Camilo.

—¿Qué medidas tomaron?

Cabeceó pesaroso.

—Pues juzguen ustedes. Una tarde, a los pocos días de la vuelta de Zequi, nos reunieron a todos los chicos del colegio en el patio. Hasta las custodias, con las que no se contaba para nada, estaban allí. Don Claudio, el sumo sacerdote de aquella panda de tarados, nos habló. Parecía muy apesadumbrado, tenía el rostro desencajado. Nos anunció que La Misión había decidido que su labor allí había finalizado, lo trasladaban a Valencia a dirigir un colegio mayor de universitarios. Seguramente sus superiores habían pensado que la mejor manera de desactivar a aquel pervertido era quitándole de su alcance a los niños tiernecitos que tanto le gustaban. ¿Castigarlo? ¿Denunciarlo ante las autoridades? No, eso hubiese sido demasiado: puede que fuese un hijo de puta. Pero era *su* hijo de puta... Los ultrajes que aquel monstruo le infligió a Zequi debían, por lo visto, taparse discretamente buscándole un retiro dorado a la oveja descarriada del rebaño.

Paloma estaba emocionada, la sordidez de aquella historia le había secado la boca.



—¿Con la marcha del director se acabaron los problemas?

—Eso pensamos nosotros, pobres ingenuos..., pero aquella serpiente no iba a permitir que su presa escapase sin luchar con saña. —Extendió las manos de piel traslúcida sobre el mantel de hule, y dejó caer la mirada para observarse los dedos—. Tras el anuncio del traslado, las cosas cambiaron. Don Claudio aún estaría en el colegio un par de meses esperando el relevo, pero sus visitas nocturnas se acabaron. Zequi, convaleciente todavía, no podía levantarse de la cama, y dos monjas custodias no se movían ni a sol ni a sombra de su lado. Yo creo que desde muy arriba habían dado instrucciones de que se protegiese a mi amigo hasta que don Claudio desapareciese del colegio. Se intentaba evitar el escándalo y, en el estado en el que estaba Zequi, nuevos abusos hubiesen significado probablemente su muerte. Por eso las custodias, como dos palos secos que nunca nos hablaban, estaban siempre plantadas junto a nuestra litera.

—¿Cómo reaccionó don Claudio?

—Enloqueció. Parecía fuera de sí. Andaba arriba y abajo por el colegio con ojos desorbitados, de madrugada y a la luz del día, con el rostro desencajado, siempre castigado por el insomnio. No parecía aceptar que le arrebatasen su juguetito y su colegio... Yo creo que perdió el control. Un par de noches, a través de los ventanales de los dormitorios, le vimos entrar de madrugada en el pabellón de los bebés. Seguramente buscaba un desahogo... No quiero ni imaginarme qué barbaridades haría con las pobres criaturas... Pero ese bastardo, aunque desquiciado, supo jugar sus cartas.

—¿A qué se refiere? —Víctor estaba ansioso por saber cómo acababa aquella truculenta historia.

—Un día, al volver del comedor, vi a Zequi en pie junto a la litera. Después de dos semanas, al fin se levantaba de la cama. Le di un abrazo y le dije que me alegraba de verle ya bien, pero él ni tan siquiera me respondió, se limitó a sonreírme con esa dulzura suya que nunca le abandonaba. Vi entonces que estaba preparando la maleta. «¿Dónde vas?», le pregunté. «Me voy del colegio, me han adoptado legalmente». Me quedé de piedra. Le volví a abrazar lleno de alegría, iba a salir al final de aquel infierno mucho antes que nosotros. Él entonces se sentó en la cama y, sin derramar una lágrima, mirando a la pared de los dormitorios sin ninguna expresión en el rostro, me dijo las palabras más terribles que he escuchado jamás en boca de nadie: «Don Claudio me ha adoptado. Ahora soy hijo suyo, me voy a vivir con él a Valencia».

Los rostros de Paloma y Víctor se llenaron de estupor.

—Pero eso..., eso es un crimen, eso es imposible...

—Ya lo creo que fue posible. Ese mismo día Zequi salió por la puerta del colegio con una maleta como esa bajo el brazo. —Señaló resignado con la barbilla el cajón de cantos enlatonados que descansaba en un rincón del cuarto—. Aún lo recuerdo dándose la vuelta para mirarnos a todos con ojos tristes de despedida desde el portón de entrada, con aquel monstruo a su lado tomándolo por el hombro como había

estado haciendo todas las noches durante los últimos seis años.

Víctor reaccionó con voz exasperada.

—Pero... ¿cómo lo permitieron?! Si querían evitar el escándalo...

Camilo le interrumpió, impertérrito.

—Creo que nunca sabremos cómo aquel monstruo lo consiguió, pero una cosa tengo clara, sin el apoyo de La Misión esa adopción no se hubiese producido. Sin duda, jugaron con las influencias que tenían en el ministerio y en la judicatura, los custodios están infiltrados por todas partes. ¿Por qué ayudaron a aquel degenerado a cumplir sus sueños enfermizos? ¿Cómo fueron capaces de enviar al pobre Zequi al matadero? Ya les digo, no creo que nunca lo sepamos, pero, desde luego, alguna baza muy buena debía de esconder ese demonio bajo la manga para conseguir que La Misión le protegiese de modo tan incondicional. Yo lo único que sé es que aquello fue un crimen por el que nadie ha pagado jamás.

Se hizo un silencio denso, lleno de grumos molestos.

—Y, tras la adopción, ¿cuándo volvieron a verse ustedes dos?

Camilo, por primera vez, sonrió con un resquicio de alegría.

—Muchos años después. Él me encontró. Fue aquí, en mi ratonera, sentados a esta misma mesa.

Las miradas ansiosas de sus invitados le animaron a continuar.

—Tras la partida de Zequi del colegio, no supe nada de él durante años. El nuevo director era un tipo osco y primitivo, pero al menos con él se acabaron los abusos y las visitas nocturnas. Cuando cumplí los dieciocho, me llamó a su despacho y me dijo que la misión de la institución conmigo había finalizado. Me dio mil pesetas, mi documentación y la dirección de esta buhardilla: por lo visto mi benefactor había movido los hilos para conseguirme la portería de la finca. Un cura me llevó en coche hasta la estación de Atocha y ya nunca más volví a saber nada del colegio Salvación y Pureza. —Poco a poco se le fue iluminando el rostro—. Dos años después, una noche muy calurosa del mes de agosto, llamaron a esa puerta. Al abrirla me quedé de piedra: Zequi estaba de pie, sonriéndome al otro lado. Habían pasado casi diez años y ahí estaba, hecho un hombre... Nunca me he alegrado tanto de ver a nadie.

Ahora miraba a Paloma satisfecho y con ojos acuosos.

—¿Qué había sido de su vida tras salir del colegio?

—No quiso hablar demasiado del asunto..., pero, con lo poco que me dijo, dejé claro que, tras abandonar el colegio con aquel monstruo como padre, su pesadilla continuó de modo más terrorífico aún si cabe: vivía con él en su casa, y aquel degenerado podía hacer con mi amigo lo que le viniese en gana. En cuanto Zequi cumplió la mayoría de edad, escapó y se fue de Valencia. Durante dos años vivió por toda España trabajando de cualquier cosa: camarero, acomodador de cine, pizzero..., cualquier cosa era buena con tal de sobrevivir. Me había estado buscando hasta que al final dio conmigo a través de la guía telefónica de Barcelona. Por lo visto, soy el único García Sacromonte de la ciudad condal..., es una suerte tener un segundo

apellido tan poco habitual.

—Esa es una curiosidad que tengo —era Víctor el que preguntaba—, ¿de dónde venían los nombres de los chicos del colegio?

—Él me lo contó en una de las visitas a su cuarto. —Cerró los ojos para zambullirse de nuevo en recuerdos lejanos y desasosegantes—. A tres monjas custodias, cuando llegábamos con tan solo días al colegio, se les pedía por separado que dijeran un nombre a una, un apellido a otra, y otro apellido a la tercera. Se juntaba todo y se nos inscribía en el registro civil como «abandonado, progenitores desconocidos».

—Y de vuestros padres, entonces, ¿no se sabía nada?

—Nosotros al menos, no. Llegábamos al colegio procedentes de hospitales, conventos y hospicios de toda España, donde nuestras madres nos habían abandonado. Según decían los curas, ellas eran pecadoras que habían concebido sin pasar antes por el santo sacramento del matrimonio, y por eso nos repudiaban. Nos intentaban convencer de que nuestra más pura esencia era pecaminosa... Imagínese, educar a unos niños bajo esas premisas.

De nuevo se ensimismó. Paloma decidió cambiar de tercio.

—Volvamos a su reencuentro con Ezequiel, ¿cuáles eran los planes de su amigo?

—Pues sus planes eran simples: seguir huyendo y huyendo.

—¿Huyendo? ¿Huyendo de quién?

—Pues de don Claudio.

—No entiendo, Ezequiel ya era mayor de edad, era un adulto...

Camilo la interrumpió, delicado.

—Eso al monstruo le traía sin cuidado. Según me contó Zequi, desde que escapó de la casa de don Claudio en Valencia, este había removido cielo y tierra para localizarlo. Adonde fuera que Zequi fuese, a los pocos meses aparecía aquel degenerado hablándole de su amor, machacándolo psicológicamente sin tregua... Mi amigo entonces dejaba el trabajo, cambiaba de ciudad y a empezar de nuevo. Don Claudio era su pesadilla, su lastre... Un lastre del que no se libraría jamás.

—¿Por qué no denunció a la Policía a ese hijo de puta?! —Paloma lanzó la pregunta enfadada con el mundo.

—¿Denunciar? —él la miró con incredulidad—. Como se nota que ustedes no han pasado por algo así: el miedo durante la niñez te bloquea de por vida... La ansiedad, la indefensión, la autoestima aniquilada... todo eso es paralizante. No importa la edad que tengas, ante el monstruo vuelves a ser un niño..., el niño que eras entonces. Yo mismo he estado más de quince años yendo a terapia, y, cuarenta años después de haber perdido de vista a ese degenerado, no me atrevo ni a cerrar los ojos por las noches para dormir por miedo a soñar con su cara. No me atrevo ni a dejar de llamarlo don Claudio, con el *don* delante como si fuese un caballero... ¿Denunciarlo? ¿Ir a un juicio contra él? Con los delitos prescritos y el Sacrum Corpus frente a nosotros con todas sus influencias y dineros..., no, gracias.

Parecía avergonzarse de su supuesta debilidad.

—Siempre supimos que ese demonio jamás pisaría la cárcel por lo que hizo, pero eso no me importa demasiado: no quiero venganza, tan solo aspiro a olvidar... y ya ven que sin demasiado éxito.

Abrió los brazos abarcando el entorno que le rodeaba, desolado y triste como un domingo pascuero en la ciudad.

—Le aseguro que si viese aparecer a ese monstruo por esa puerta ahora, a pesar de ser un adulto hecho y derecho, me daba un colapso el corazón... ¿Ven ese transistor?

Paloma y Víctor, sorprendidos ante la inesperada pregunta, observaron el viejo aparato que descansaba sobre el banco de la cocina.

—Lo apagué cuando ustedes llamaron..., pero... —Hablaba con el corazón en un puño—. Les confieso que desde que entré en esta cueva ha estado siempre encendido. Incluso cuando duermo. Como refugio, para intentar no escuchar mis propios pensamientos..., para no escuchar mis recuerdos..., para no quedarme en silencio conmigo mismo jamás...

Les miraba avergonzado. Víctor terció para sacar a aquel pobre hombre de una espiral autodestructiva sin sentido.

—Tras la visita de Ezequiel, ¿qué fue de él? ¿Volvieron a verse?

—Sí, ya lo creo. Se buscó un pisito en el Raval y encontró un trabajo en la marinería del club náutico. Limpiando sentinas y ayudando con los amarres, nada del otro mundo. —A Camilo se le había reavivado el rostro—. Cenábamos juntos un par de veces por semana, íbamos al cine... Paseábamos sin rumbo por Barcelona, confiando en dar esquinazo a todas nuestras miserias en cualquier chaflán del Eixample...

Sonrió triste ante su propia ocurrencia.

—Ya les dije que compartíamos mucho..., especialmente los silencios...

Víctor y Paloma recordaron las palabras del Capellà, idénticas.

—De hecho, nuestra relación era una amistad muy profunda basada en el silencio, en los dolores compartidos que ninguno se atrevía a verbalizar... Él seguía escribiendo, era lo que más le gustaba. Le animé a intentar publicar, pero le daba pánico. Exponerse ante el público... para él hubiese sido una pesadilla. Además, don Claudio hubiese podido localizarle de nuevo, y eso era algo que quería evitar a toda costa. —Suspiró—. Es una lástima, hubiese sido un gran escritor, sabía traducir a palabras exactamente las emociones que sentía.

Víctor, muy a su pesar, no creyó conveniente aclararle a Camilo la evolución de Ezequiel Torres hacia Hugo Mendoza.

—¿Por qué volvieron a perderse la pista?

Camilo pareció esforzarse en recordar sin pena.

—Fue de modo inesperado. Durante ese año, la vida fue agradable. De hecho, yo lo recuerdo como el mejor año de mi vida, y creo que Zequi también fue feliz..., con

sus libros, con nuestra amistad, sin don Claudio rondando... Además, apareció el mar en su vida, y ese fue el mejor bálsamo para sus heridas.

—¿El mar?

—Sí, el mar. En el club náutico trabó amistad con algunos socios. No hablo de una amistad fraternal, de un compadreo, eso hubiese sido imposible con los temores de Zequi para abrirse a los demás. Pero su carácter era dulce, noble, y en cuanto cualquiera le conocía, le cogía confianza. Empezó a navegar con socios que le subían a bordo en las travesías para que ayudase en la navegación, y a Zequi le encantó. Es la única vez que le he visto hablar con pasión e ilusión de algo. Volvía encantado de esas travesías... decía que dentro del mar, en cuanto perdía de vista la línea de costa, todos los miedos quedaban varados en el puerto y él volvía a sentirse libre. Sin pasado, tan solo con futuro ante sus ojos. —Camilo se emocionó hasta casi las lágrimas recordando a su amigo—. Pero Zequi no era un ingenuo, sabía que aquello no era una cura para sus males, tan solo una Aspirina... Recuerdo una frase que me dijo al respecto, que no olvidaré jamás: «Camilo, el tiempo en el mar pasa muy despacio, y si eres tan idiota como yo, puedes llegar a convencerte de que eso te ayuda a saborear la vida con más intensidad... En realidad es un escape, como cualquier otro..., como el de los urbanitas que se van a vivir al campo a criar nabos y chotos». Eso me dijo un día, muy serio...

La frase quedó suspendida en el aire, haciéndole compañía al olor a botiquín y a la luz color pleura de la bombilla.

—El club, ante la insistencia de algunos socios, formó a Zequi y le puso a cargo de un grupo de niños en la escuela de vela. Todo el mundo estaba encantado con Zequi..., pero entonces volvió a aparecer *él*.

—¿Claudio?

—El mismo. Una noche mi amigo llamó a esa puerta, blanco como la pared y con el rostro desencajado. Me contó que esa mañana temprano, cuando entraba por la puerta del club, vio a don Claudio esperándole, sonriente. Intentó abordarlo, pero Zequi se escabulló como pudo, presa del pánico. Paró un taxi y salió de allí pitando, pero aquel maldito demonio le amenazó con encontrarlo aunque se escondiese debajo de las piedras. Le dijo que jamás podría escapar de él, le perseguiría allá donde fuese, para estar siempre juntos. Zequi esa noche se sentó a esta misma mesa totalmente desmoronado. Estaba roto, no sabía qué hacer para deshacerse de ese lastre que en cuanto empezaba de nuevo a respirar volvía a hundirle la cabeza bajo el agua hasta asfixiarlo.

—¿Qué pasó?

—Esa noche, aquí, tomó una decisión drástica: desaparecería para siempre. Cuando se despidió de mí, abrazándome entre lágrimas, los dos intuimos que no nos volveríamos a ver jamás...

—¿Qué planes tenía? —Paloma se retorció las manos intrigada.

—¿Planes? Tan solo uno: escapar. Salimos juntos de aquí a las doce de la noche.

Zequi no se atrevía ni a pasar por su casa, *él* podía estar vigilando. Me pidió que unos días después fuese yo por allí para recoger sus cosas. Debía enviarlas al club náutico de Casablanca, en Marruecos; allí Zequi tenía un conocido, un monitor que había estado trabajando aquí en Barcelona. Él se las guardaría hasta que Zequi llegase.

—¿A Casablanca?! —A Víctor, al igual que a Paloma, le reconcomía la curiosidad—. ¿Se fue a Marruecos?

Camilo cruzó las manos sobre el regazo. Parecía orgulloso de contar aquella parte de la historia.

—Tras salir por esa puerta, subimos a mi coche y buscamos una gasolinera abierta. Allí compramos agua embotellada y conservas, y un bidón de veinticinco litros de gasoil. Zequi sacó un fajo de billetes del bolsillo para pagar: esa mañana había ido al banco a retirar todos sus ahorros. Una miseria, pero suficiente para sobrevivir unas semanas. Conduje entonces hasta el náutico, pero dando un gran rodeo para estar seguro de que *él* no nos seguía ni vigilaba la entrada del club. Allí... —A Camilo, emocionado, se le estragó la voz—, allí nos despedimos.

—¿Adónde se fue?! —Paloma no podía contener la curiosidad.

—Me dijo que uno de los socios del club tenía un velerito con el que él había navegado en multitud de ocasiones. El *Bamba* recuerdo que me dijo que se llamaba el barco. Zequi conocía bien al dueño, sabía que el velero estaba asegurado con una buena cobertura, y que su propietario tenía problemas económicos, hacía meses que intentaba sin éxito venderlo. La idea de Zequi era llevarse el barco de madrugada, sin pedir permiso de salida a puerto aprovechando que a esas horas nadie vigilaba y él tenía llaves de todo: en una palabra, iba a robar el barco, sabiendo que su dueño cobraría un buen dinero del seguro. Su idea era irse a recorrer el mundo y no volver jamás, haciendo trabajillos de puerto en puerto para poder sobrevivir.

—¿Lo consiguió? —Paloma y Víctor le miraron ansiosos.

—Pues supongo que sí, porque hasta que ustedes dos han llamado a mi puerta hoy no había vuelto a escuchar el nombre de mi amigo. Nunca más supe nada de Ezequiel. —La tristeza nubló de nuevo su mirada—. No pueden ni imaginarse la alegría que me han dado al decirme que se casó... ¿Eso significa entonces que volvió a España?

Víctor habló, ahora con prudencia.

—Sí, Ezequiel volvió a España años después de robar el *Bamba*. Se pasó mucho tiempo recorriendo el mundo, pero volvió sano y salvo.

Los ojos del hombre, llenos ahora de ilusión, demandaban información de manera tierna.

—¿Cuándo regresó? ¿Con quién se casó?

—Hasta donde nosotros sabemos, Ezequiel llegó a España con veinticinco años, en las Navidades del 88. Entró por el puerto de Denia y allí trabajó de monitor de vela durante años. Así fue como conoció a su esposa. Tras ocho años de matrimonio..., desapareció.

Al ver la cara de Camilo frente a él, anhelante, Víctor estuvo tentado de contarle todo lo que sabían: era imposible no sentir compasión por aquel ser indefenso.

—Me va a tener que disculpar, pero no podemos revelarle con quién se casó Ezequiel al regresar a España. Es un tema muy delicado, y su esposa nos ha exigido discreción.

—Entiendo... —La decepción en aquel rostro quebrado era evidente—. Entonces Zequi abandonó a su mujer sin darle explicación alguna... No es propio de él, era tan bondadoso... Díganme una cosa al menos, ¿saben si está vivo?

—Pues la verdad... —Víctor dudó—. No estamos seguros, pero creemos que sí.

El hombre le sonrió y tan solo añadió una frase en voz baja.

—Por favor, si le encuentran, denle un recado. Díganle tan solo que tengo muchas ganas de volverle a ver, que puede encontrarme aquí..., donde siempre.

Paloma, en un gesto cariñoso inusual en ella, le cogió la mano para intentar reconfortarlo: aquel tacto le supo a leche tibia.

—Camilo, puedes estar tranquilo: si encontramos a Ezequiel, le daremos tu mensaje.

El hombre se puso en pie, cabizbajo. Parecía tener unas ganas incontenibles de llorar en soledad.

—Espero haberles podido ayudar en algo. Les confieso que en estos momentos no sé muy bien cómo me siento. Dolorido, descompuesto por dentro, pero... pero también aliviado. Necesito estar solo, por favor... Además, en diez minutos debo bajar ya a la portería...

Escabulléndose de las miradas compasivas de sus invitados, se acercó a la puerta y la abrió. Sin saber por qué, a Víctor le acudió a la mente un pensamiento que había leído no sabía dónde: la angustia es la presencia de la nada. Habló con pudor.

—Solo una pregunta antes de irnos, ¿cree..., cree que Ezequiel sería capaz de matar a alguien?

—¡Ezequiel! —Camilo alzó la vista, sorprendido y alarmado—. No me haga reír, Zequi era tan delicado con todo el mundo que... Era el ser más bondadoso que he conocido jamás, no se atrevería..., no se atrevería a hacerle daño ni a una mosca.

Apoyó apremiante la mano sobre la puerta. Parecía estar a punto de resquebrajarse por culpa de las emociones.

—Gracias por atendernos, muchas gracias por todo.

Paloma salió al rellano tras Víctor, sintiendo una pena terrible al abandonar aquel hostiario dejando en su interior una oblea temblorosa y casi traslúcida, que parecía tener por única compañía las pesadillas nocturnas de su infancia. El hombrecillo, ya casi con la puerta cerrada, pareció leerle los pensamientos a Paloma.

—Da miedo mirar a la soledad directamente a los ojos, ¿verdad?

Ella no supo qué responder.

—Por favor, no sientan pena por mí. Solo hay algo peor que la soledad..., la compasión.

Camilo García Sacromonte agachó la cabeza y cerró la puerta con suavidad, desamparado como una almendra que orbita en el espacio exterior sin posibilidad alguna de germinar.

La autopista A-7, bajo un sol radiante, se desplegaba sinuosa coqueteando con los marjales de las playas y con las sierras litorales de Tarragona y Castellón. Como una mujer caprichosa, tras saborear las tomateras, los cardos y las enramadas de judías que crecían en huertos junto al mar, giraba brusca para penetrar un túnel y así olerle las entrañas de sílex a la montaña. El Mini Morris avanzaba por ella en dirección a Valencia. En la radio sonaba Led Zeppelin a todo volumen.

—Pone los pelos de punta la historia que nos ha contado ese pobre hombre. Parece mentira que cosas así pudieran pasar...

—¿*Pudieran pasar*? Fijo que hoy en día aún suceden cosas peores. —Paloma desahogaba su rabia pisando el acelerador—. Putos pedófilos...

El sol, descarado, deslumbraba en medio de un silencio de velatorio.

—Pam, ¿no crees que es extraño que no hubiese adopciones? En aquella época los orfanatos eran la única opción.

—Vete tú a saber... Esa gente del Sacrum Corpus es tan rara...

Traían de Barcelona mal sabor de boca y pocas ganas de charla.

—Bueno, por el momento no podemos hacer nada más. Todo lo que nos ha contado Camilo encaja con nuestras hipótesis... —Víctor suspiró mientras observaba el paisaje—. Si Hugo es puntual a su cita, la semana que viene a Ana le llegará el manuscrito de *Dejad que los niños se acerquen a mí*. Quizás allí encontremos alguna pista para localizarle.

—No confíes demasiado en ello... —Paloma parecía malhumorada—. Todo indica que Hugo Mendoza es un tipo inteligente, después de tomarse tanto interés en desaparecer no va a facilitarnos su localización en un libro que estará al alcance de todo el mundo.

—Ya... —El profesor rumió durante unos segundos—. Pues precisamente eso, junto con la muerte del marido de Ana, es lo único que no me cuadra.

—Explícate.

—A ver: Ezequiel Torres no parecía el típico paleta obsesionado por la fama. ¿Para qué, una vez finge su muerte ya como Hugo Mendoza, empieza a enviar los manuscritos a su viuda? Si tan obsesionado estaba por ocultarse, no le encuentro sentido a que corriera semejante riesgo. ¡De hecho, esos libros iniciaron esta investigación!

—Quizás cambió. —Las palabras sonaron solemnes.

—¿Cambió? ¿En qué sentido?

—Hugo, hasta la tormenta, fue un desconocido. La fama le llegó con *Botavara*. Tal vez el éxito le volvió ambicioso, quería ofrecer más a sus lectores, pero le era ya imposible, él mismo había provocado su muerte y por tanto no podía volver a



publicar libros *estilo Mendoza*: su única salida era hacerlo a través de su viuda.

—Sí..., puede ser. La gente cambia, sobre todo bajo el peso de la fama. —Suspiró de nuevo y se giró hacia su amiga—. Pásame tu i-Phone, quiero hacer un par de llamadas.

Ella rebuscó en su chándal hasta que encontró el aparato.

—En el convento tengo varios móviles *zapatófono* retirados. Te pasaré uno, no puedes ir por ahí sin cobertura.

—Sí, pero esta vez no es necesario que me instales un localizador... A veces me haces sentir como si fuese un bebé.

—Guapetón, de bien parido es ser agradecido. —Paloma refunfuñó con mal genio—. Si lo sé, te dejo con los rusos, Sasha te hubiese *apañado* bien *apañado*...

Víctor sonrió burlón y le dio un beso en la mejilla a su amiga.

—¿Cómo se desbloquea esto? La pantalla no responde...

—Los *letritas* sois lo peor... —relinchó—. Algún día me tendréis que explicar por qué si cometes una falta de ortografía eres un ignorante al que la sociedad desprecia, pero si no tienes ni puta idea de lo que es una raíz cuadrada o una ecuación de tercer grado eres un *simpático soñador* al que le interesa la parte humana del mundo.

—Madre mía, Pam, tantas emociones no le están sentando bien a tu cerebro lleno de numeritos...

Paloma ignoró a su amigo y siguió hablando con indignación: después de todo lo vivido aquella mañana, parecía tener necesidad de desahogarse, de escupirle al mundo a la cara. Pero como el mundo quedaba lejos, tomó como *sparring* lo que más a mano tenía, Víctor.

—Qué osada es la ignorancia... Como tú nunca te has asomado al precipicio de las matemáticas, jamás sentirás el vértigo que produce intuir, porque tan solo eres capaz de intuirlo, que son ellas, con sus poderosos engranajes, las que mueven el universo..., incluido tu pequeño corazoncito lleno de sentimientos generosos: también esos sentimientos que ahora intentas destripar están determinados por las matemáticas. —Pensativa, observaba el infinito de la carretera—. Y que conste que te lo dice alguien a la que le estás dirigiendo una tesis de poesía posmoderna.

A Víctor aquel sopapo que no venía a cuento le hizo sentirse idiota, un pobre *letritas* con ínfulas intelectuales humillado ante una verdad eterna: una verdad que ningún pobre diablo como él, con miedo a los números, podría jamás ni intuir. Exactamente lo mismo que sentía cuando veía un capítulo de *Cosmos*. Ante la mala leche de su amiga, decidió contraatacar sin malicia.

—¿Y tu corazoncito, *gran matemática*? ¿Eres tú capaz de entenderlo, ahora que bulle como una olla a presión gracias a Benito la Hoz?

Se lo dijo mientras le acariciaba lo que ya empezaba a ser una panza de embarazada.

—Vete a la mierda. —Ella intentó disimular el dolor que el comentario

bienhumorado de Víctor le había causado: tan solo Santa Tecla sabía de su ruptura, y de lo mucho que le estaba costando superarla.

—OK, me voy *pala* mierda, pero antes desbloquéame esto y baja la voz.

Paloma, por toda respuesta, manipuló el teléfono y luego conectó su i-Pod al equipo de música del Mini, poniéndose los cascos en las orejas. Los siguientes veinte minutos se los pasó conteniendo las lágrimas y conduciendo a doscientos por hora, mientras escuchaba a todo volumen las guitarras de Led Zeppelin. Todo, absolutamente todo, le recordaba a Benito. Tenía que hacer esfuerzos sobrehumanos cada mañana para sobreponerse a la pena y levantarse de la cama, aparentando ser la chica vigorosa y fuerte que todo el mundo pensaba que era. Con ese estado de ánimo basal, la conversación con Camilo García había sido la puntilla, sumiéndola en una melancolía aún más profunda: en general no soportaba la injusticia, pero le indignaba especialmente aquella ejercida contra niños indefensos.

—¡Eh, Fittipaldi! Levanta el pie, que nos vamos a matar.

—Caguetas... —Se quitó los cascos—. ¿Con quién hablabas?

—He llamado a Conchi, la secretaria del departamento.

—Pues cuidadito con hablar demasiado, recuerda que en estos momentos debes de ser uno de los hombres más buscados por la Policía.

—Descuida, Conchi es de confianza. Nunca creyó que fuera un violador, y no cree que sea un asesino. Aunque se ha quedado de piedra al oír mi voz.

—¿Y para qué la has llamado? ¿Retomando amistades?

—Payasa... Conchi me ha dicho que el puto Yo Claudio ha pedido una baja por depresión, y se ha esfumado. Debe de estar acojonado sabiendo que tenemos su ordenador y conocemos lo que hay dentro.

Oteó el horizonte con aire trascendente, como si fuese un apache hasta las trancas de peyote.

—Pam, es el momento de hacer efectivas nuestras amenazas.

—Estamos de acuerdo: hay que crujir a ese cabrón.

—Eso es. No puedo presentarme ante la Policía y declarar; tengo dos asesinatos a mis espaldas y necesito estar libre para localizar a Hugo: se lo prometí a Ana, y además, localizándole, podré exculparme de esos crímenes que no he cometido. —Hablabas con una ficticia seguridad en sí mismo—. Pero vamos a enviarle al inspector Andrada el ordenador. Antes de seguir hasta Jávea, paramos en Valencia y tú pasas por el convento y lo recoges. Aparcaremos lejos y yo te esperaré aquí en el coche, pero quiero que tomes precauciones, quizás la Policía esté vigilando el edificio si sospecha que estás ayudándome.

—OK.

—Voy a escribir una notita para Andrada. La adjuntamos al ordenador, pasas por correos y se lo envías todo a Jefatura Superior: ya va siendo hora de que ese puto perverso pague por lo que ha hecho...

—Me parece de puta madre.

Sin ser conscientes de ello, habían tomado aquella decisión azuzados por la necesidad de venganza tras la charla con Camilo García.

—Después de hablar con Conchi, he llamado a Bea. Le he dicho que mañana, en cuanto llegue el manuscrito, si es que llega, nos llame a tu i-Phone. Ya veremos cómo lo hacemos para que nos lo envíe.

—¿Cómo está Ana?

—Cómo va a estar..., destrozada. Y muy preocupada por nosotros. Andrada no hace más que husmear y preguntar, pero no ha aclarado nada sobre la muerte de su marido. El cadáver apareció en ese descampado de Carabanchel ya medio descompuesto, y sin el maletín con el millón de euros que había sacado del banco. El forense ha dicho que lo mataron el mismo día que desapareció.

—Pues, amigo mío... —Paloma se mordió el labio, pensativa—, ya tenemos el móvil para colgarle también este muerto a Hugo Mendoza.

Víctor la interrogó con la mirada. Ella solo dijo una palabra.

—Pasta.

—¿Pasta?

—Sí, pasta. Hugo Mendoza, sea cual sea su nueva identidad, necesita dinerito para vivir, y un millón de euros te puede solucionar muchos problemas. Su antigua familia vive a cuerpo de rey gracias a él, si está trastornado y no tiene escrúpulos en matar..., ¿por qué no coger un pedacito del pastel?

El Mini siguió su viaje hacia el sur con sus ocupantes en silencio.

Era ya de noche cuando aparcaron en la calleja del Tossalet, frente a una portalada que lucía con remilgos de anciana ida sus blasones imaginarios. En pleno barrio antiguo, aquel era un lugar discreto por el que nunca pasaba la Policía, pero relativamente próximo a la oficina de correos de la plaza del Ayuntamiento.

—No sé lo que tardaré, pero no te muevas del coche.

Paloma cerró de un portazo y se dirigió hacia la plaza de la Virgen. No era el camino más directo al convento, pero sabía que por allí no se perdería: la ciudad vieja podía llegar a ser laberíntica. A pesar del húmedo frío de finales de noviembre, aquel espacio urbano irregular con olor a barroco estaba repleto de turistas. Treinta minutos más tarde, apretando el paso, ya entraba en la calle de Císcar.

Con atención, observó el portal del convento: no parecía que hubiese moros en la costa. Subió a su cuarto sin encontrarse con ninguna hermana, era hora de completas y estaban todas rezando en la capilla. Cogió la CPU que Santa Tecla tenía sobre su mesa de trabajo, un teléfono móvil que ella había retirado dos años atrás y que a Víctor le vendría de perlas, y tres bragas limpias. Cargada con todo aquello, más su incipiente panza de embarazada, volvió a salir a la calle. Veinte minutos más tarde entraba rebufando y agotada en la oficina de correos de la plaza del Ayuntamiento, que permanecía abierta de guardia hasta la medianoche. Ella era el único cliente a esas horas: ya eran casi las diez.

—Quiero enviar esto a Madrid.

Mientras esperaba a que el empleado de correos comprobase las tarifas de paquetería urgente, Paloma leyó la nota de Víctor.

*Estimado inspector Andrada:*

*En primer lugar, quería pedirle disculpas por el desagradable incidente que tuvo lugar en el ático de Alcalá durante su visita. Todavía no puedo explicarle el porqué, pero me vi en la necesidad de huir. Le aseguro que eso no implica que sea culpable ni del asesinato de Pilar Boluda ni del de Antonio Santamaría, pero entiendo perfectamente que no atribuya a mis palabras demasiada credibilidad. Es precisamente por eso, para poder demostrar mi inocencia, por lo que no me entrego.*

*La razón de ponerme en contacto con usted es, sin embargo, otra muy diferente. Le adjunto un ordenador que pertenece a Claudio Serratosa de León, catedrático de la Universidad de Valencia. Por razones que ahora no vienen al caso, este ordenador llegó a mis manos, y he podido comprobar que en su interior hay archivos de contenido pedófilo. Sus técnicos informáticos tendrán que emplearse a fondo, porque los sistemas de protección y seguridad de esta máquina no son los habituales, pero le aseguro que, en cuanto los destripen, tendrán pruebas más que suficientes para echarle el guante a ese sujeto. Es probable que Claudio Serratosa esté en estos momentos intentando abandonar el país, él es consciente de que me he hecho con su ordenador y de que conozco su contenido.*

*Sin otro particular, que pase unas felices Navidades. Espero pronto poder verle y aclararle muchas cosas.*

*Víctor Vega*

*P. D. Lo de dispararme mientras colgaba en el vacío creo que no era necesario, hijo de puta.*

Paloma se sonrió ante la despedida de la posdata, y se puso a rellenar la dirección de destino. Pagó el envío y salió de nuevo a la calle. Un rayo anunció que se avecinaba tormenta. Creyendo que sería capaz de orientarse, se zambulló en la ciudad vieja en busca del Mini. Fuera del circuito turístico, aquel barrio moribundo era un entramado de calles estrechas y destartaladas que a aquellas horas estaban ya desiertas. Empezó a vagar por ellas negándose a reconocer que se había perdido. Se

detuvo frente a un viejo ultramarino que parecía sacado de la canción del Cola-Cao: dentro, bajo la luz de los fluorescentes, un vendedor ambulante camerunés compraba verduras y casquería de pollo para hacer un puchero o un conjuro.

«Putá lluvia...»

Miró a sus espaldas con precaución para ver si la seguía alguien, pero en el oscuro callejón solo sombras temblorosas parecían hacerle compañía al frío. La imagen de Benito, sin saber por qué, apareció en su mente, y entonces el torrente de miedo que fluía en su interior recibió el poderoso caudal de un peligroso afluente, la nostalgia. Por los imbornales, la lluvia, formando pequeñas torrenteras, se escurría hacia las entrañas de la tierra como si la ciudad estuviese desangrándose mientras todos sus habitantes dormían. Muriendo sola, en silencio.

Con las manos embutidas en los bolsillos del chándal para así estrangular la ansiedad, siguió caminando con decisión hasta que desembocó en la calle del Salvador: ya sabía dónde estaba. Torció por Trinitarios y, al llegar al callejón del Tossalet, empapada hasta el útero, suspiró con alivio al ver en el fondo de aquel embudo oscuro el reluciente color burdeos del Mini. Empezó a avanzar hacia el coche, pero cuando alcanzó la ligera curva que dibujaba la calleja se detuvo: un monovolumen de cristales tintados desaparecía de su vista al doblar a la izquierda por la plazoleta de San Esteve. ¿Por qué le resultaba familiar ese monovolumen? Un mal presentimiento le recorrió el espinazo. Avanzó presurosa hacia el Mini donde Víctor debía de estar esperándola ya impaciente. Mientras caminaba nerviosa por aquel callejón solitario, contempló las viviendas abandonadas, sin luz ni vida dentro, con sus ojos cubiertos por persianas de listoncillos retorcidos que algún día alguien barnizó por última vez. ¿Algún recién nacido había reído alguna vez en aquella calleja con atmósfera de bodegón muerto? La bombilla de una farola, esquizofrénica, parecía querer apagarse ante las embestidas del viento como si creyese ser una vela. Pensamientos absurdos asaltaban la mente de Paloma: sin saber por qué, estaba aterrada, tenía un mal presentimiento. Una calle no existe si nadie piensa en ella..., si nadie recuerda allí su infancia entre ropa tendida. Y aquella calle no existiría más que unos segundos, los segundos que ella tardara en recorrerla y salir de allí pitando, con Víctor a su lado. Sano y salvo.

—¡Mierda!

Al alcanzar el Mini, sus malos augurios se confirmaron: dentro del coche no había nadie, y en el asiento del copiloto, donde una hora antes había dejado a su amigo sentado, pequeñas manchas rojas de sangre se dibujaban sobre la tapicería de piel beis. Miró a su alrededor desesperada, pero aquel callejón mal iluminado estaba completamente desierto. Había dejado de existir.

Cinco minutos después de que Paloma se fuese, Víctor ya estaba aburrido de escuchar la radio. Su amiga tardaría más de una hora y él no tenía nada que hacer hasta entonces. Se acercó el sobaco a la nariz y aspiró con fuerza: llevaba días con la

misma ropa que había comprado en la tienducha de Benidorm, y el olor corporal empezaba ya a pasarle factura. Hubiese dado cualquier cosa por una ducha caliente y una buena camisa con su americana a juego. Su casa estaba a cinco minutos de allí, y en ella su armario, con toda su ropa y objetos de aseo personal. Al principio rechazó la idea, era demasiado arriesgada. Pero conocía el barrio y, si se acercaba con la suficiente precaución, podría detectar a cualquier desconocido que vigilase el caserón. Al final, de un ramalazo inconsciente, tomó la decisión.

«Qué cojones...; este puto olor a tocino rancio *sí* me va a matar...; la Policía, no creo.»

Salió del Mini y recorrió con paso rápido la calle del Almudín en dirección a Caballeros. Un rayo anunció que la tormenta se acercaba. Cuando torció por el callejón del Portal de Valldigna, las pocas almas que aún vagaban por el barrio viejo se esfumaron con los primeros aullidos del viento..., del viento que precede a las migrañas.

—Hogar, dulce hogar...

No se veía luz dentro del caserón; Kristien, Cécile y Helmut debían de andar por alguna fiesta Erasmus. A excepción de la vieja cotilla que pasaba día y noche sentada en el balcón de enfrente, no había ni un alma en la calleja. Víctor, desde la esquina, se dijo a sí mismo que era imposible que alguien estuviese vigilando la casa; lo hubiese detectado desde su posición. Con las primeras gotas de agua, la vieja enlutada se protegió de la lluvia metiéndose dentro de casa a través de unas puertas mallorquinas de fuelle, que dejó abiertas de par en par: con aquel brocal desplegado, el balcón de la anciana parecía un embudo esperando el agua de la tormenta.

Víctor decidió que no podía perder tiempo. Corrió hacia el caserón y entró a toda prisa. Cerró tras de sí y, sin encender la luz, subió hasta su cuarto. Gracias al reflejo de una farola que entraba por el ventanal, pudo ver que toda su ropa estaba esparcida por el suelo de la habitación. Los cajones revueltos y el armario boca abajo: la Policía o los hermanos Balan habían registrado la casa. Cogió una muda limpia y se metió en la ducha. Cinco minutos después salía del cuarto de baño con la sensación de haber rejuvenecido diez años. Sacó de su ropa sucia la cartera, la navaja de Traian y las llaves del coche, guardándose todo en el bolsillo interior de la americana. Cuando salió a la calle, echó a correr bajo la lluvia, sin mirar atrás y sin advertir la sombra que le seguía a una prudente distancia. Cinco minutos más tarde estaba ya en el callejón del Tossalet. Abrió la portezuela del Mini y entró en él suspirando, aliviado al encontrar al fin un refugio seco en el que guarecerse. Iba a cerrar cuando, sin darle tiempo a reaccionar, vio cómo un puño descomunal se abalanzaba sobre su cara dejándole en el acto inconsciente.

Cuando recobró el conocimiento, lo primero que vio fue el rostro pétreo de Vlad Balan, que lucía un moratón regalo del ruso Dimitri. El gigante le miraba inexpresivo desde el asiento de enfrente del Chrysler Grand Voyager que él ya conocía. Víctor, instintivamente, trató de llevarse las manos a su dolorida mandíbula, pero advirtió

que sus muñecas estaban inmovilizadas a la espalda: le habían maniatado. Y esta vez la navaja de Traian estaba en el bolsillo interior de su americana, inalcanzable.

—¿Adónde..., adónde me lleváis?

El gigante irguió el dedo índice de su mano derecha y se lo llevó a los labios. Víctor apoyó resignado la frente contra el cristal de la ventanilla, le dolía terriblemente la mandíbula debido al puñetazo. Fuera empezaba a amanecer, debían de ser algo más de las seis; había estado inconsciente varias horas.

«Víctor, eres un jodido gilipollas... Te has jugado la vida a cambio de una puta ducha.»

El monovolumen circulaba con dificultad por una pista forestal: a ambos lados del camino, bosques espesos se abalanzaban sobre el vehículo amenazando con zampárselo de un trago. La vegetación y la orografía montañosa le resultaban totalmente ajenas. Robles, sabinas y quejigos saludaban indiferentes el paso del monovolumen. Este, de repente, torció a la derecha por un camino aún más angosto que a duras penas dibujaba su contorno entre la maleza. Estuvieron diez minutos avanzando casi monte a través por aquella trocha hasta que el Chrysler se detuvo: el caminito había llegado a un pórtico de granito invadido por la arboleda y la maleza, cuyo vano estaba cerrado por un rejón de puertas oxidadas. A ambos lados del pórtico, un muro de mampostería de al menos cuatro metros de altura se zambullía por entre las breñas y el ramaje, cerrando la propiedad. Víctor vio a través de la ventanilla la figura de Nicolae Balan dirigirse resuelta con sus andares de insecto hacia las rejas. Lucía una visible hinchazón en la mandíbula, también regalo de Dimitri. Tras bregar con la cadena, abrió las puertas de par en par y regresó al Chrysler para sentarse de nuevo tras el volante.

—*Anno Domini MDCLXVI.*

Leyó con voz macilenta la inscripción latina labrada sobre el arco que unía las dos pilastras del pórtico. Los ojos entonces se le abrieron como platos, porque bajo la inscripción latina podía verse labrado en la roca un símbolo, un símbolo que él conocía bien: eran las cuatro letras entrelazadas que había visto en el hombro de Hugo Mendoza y en el estómago de Camilo García.

Durante otros diez minutos, el vehículo serpenteó siguiendo el camino, sin que el paisaje cambiase lo más mínimo. Un bosque impenetrable parecía cubrir las tierras de aquella finca, rodeada de montañas con sus cumbres nevadas. Detrás de cada curva de la senda podría haber estado emboscado un bandolero patilludo fumando hebra, dispuesto a desbarrigarlos de un tajo. Pero no, por ningún lado se veía ni un alma. De repente, sin previo aviso, se abrió un claro entre la arboleda y una construcción de enorme tamaño apareció ante ellos: un bloque con tres alturas, compacto y orgulloso, pese a su vejez, gracias a los sillares de granito con los que había sido construido, que por su estilo herreriano recordaba al monasterio de El Escorial.

«Joder... menudo caserón...»

Víctor calculó que aquel palacio decrepito, cuyas fachadas estaban invadidas por

la correhuela y moteadas con emparrilladas de rejonos retorcidos, debía de tener una planta de al menos sesenta por sesenta metros. El Chrysler ignoró la entrada principal y avanzó por uno de los laterales de aquel monasterio. Al poco se detuvo y, tras escasos segundos, el portón trasero se deslizó, abierto desde fuera.

—Baja, capullo.

El menor de los Balan parecía resentido con Víctor, seguramente los hermanos rumanos no habían quedado demasiado bien ante su jefe tras el desagradable encuentro con Dimitri. Víctor intentó conservar la calma y espantar el miedo a base de cinismo.

—Nicolae, qué alegría verte de nuevo. Tu hermano me ha contado tantas cosas durante el viaje... Me duele la cabeza de tanto hablar y hablar...

En cuanto salió del Chrysler e inspiró con fuerza el aire de la mañana, le asaltó un frío terrible: debían de estar a doce o trece grados bajo cero. Cada vez que inhalaba, parecía que las paredes de los pulmones se le perlaban de cristallitos, que crujían desechos en la exhalación.

—Cierra la maldita boca.

Con cara de limón amargo, Nicolae Balan le agarró del brazo y lo empujó, forzándole a caminar junto a él. Su hermano los seguía como una sombra obtusa y silenciosa. Se detuvieron frente a una pequeña puerta que se abría en la inmensa fachada de sillares graníticos. Estaba hecha de listones de madera vieja y herrajes oxidados, pero su cerradura era moderna. Víctor alzó la mirada para contemplar el imponente edificio, mientras el menor de los Balan forcejeaba con la cerradura.

—Menudo chalecito os habéis agenciado, va bien el negocio, ¿eh?

Víctor pudo ver cómo los alféizares escarchados daban fe de la lucha de las ventanas por proteger el interior del fortín de los ataques del frío, al igual que los canalones de los tejados, que habían perecido asfixiados tras reventar por el agua sólida que los embozaba.

—Entra.

En cuanto sus pupilas se acostumbraron a la oscuridad, Víctor advirtió que se hallaban en las cocinas de aquel castillo.

—Sígueme.

Nicolae Balan se deslizó entre las sombras seguido por Víctor, que maniatado con los brazos a la espalda caminaba con andar mocho, escoltado por el gigante. Pasaron revista a una batería inacabable de ojos de fogón, que les observaban descorazonados: aquellas cocinas cuartelarias parecían llevar siglos esperando a dar de comer a un ejército.

—Oye, gastaros algo en calefacción, hace más frío aquí dentro que fuera...

Salieron a un pasillo amplio, en el que el polvo parecía llevar lustros suspendido en el aire, inmóvil, esperando a que alguien lo sorbiese ya completamente desventado. La escasa luz provenía de los vanos que se abrían en uno de los laterales del corredor: eran ventanales de muro de monasterio, con retranqueos inmensos que



dejaban a la altura de los ojos unos alféizares donde se podía vivir. A través de ellos Víctor pudo distinguir un claustro porticado.

—Sigue caminando, y deja de mirar por las ventanas.

En aquel corredor medieval, sábanas guardapolvos guarecían los escasos muebles, confiriéndoles un aspecto de fantasmas quejosos.

—Por ahí.

El rumano abrió una portezuela y obligó a Víctor a cruzar primero: estaban en el claustro. Rodearon el patio protegidos por la arquería de las pandas, bajo la mirada leprosa de gárgolas y rosetones.

—¿Organizáis visitas? Seguro que Vlad hace de guía dicharachero.

Nicolae Balan siguió caminando indiferente, hasta que alcanzó una puerta de doble hoja claveteada. Al empujarla, la madera vieja suspiró. Una luz de incienso, tamizada por vidrieras, les susurró.

—Esto..., esto es la capilla..., qué preciosidad...

—Calla y camina... o aprovecha para rezar.

La iglesia era pequeña, recogida, como la talla de la Virgen María que con sus ropajes flojos lloraba bajo el ábside. En el altar, sobre un lampadario inmemorial, las ánimas de tres velones encendidos parecían hacer compañía a las de los muertos. Nicolae Balan empezó a caminar con decisión por el pasillo central, arrancando gemidos a los tablones que cubrían el piso. Al fondo del pasillo por el que avanzaban, entre tinieblas, Cristo sacrificado colgaba en la cruz. Bajo él, un retablo de madera en pan de oro, con mil hojas de vid, amorcillos tocando liras, cuernos de la abundancia y demás figuras de la imaginería cristiana, apolillaban el ambiente. En el centro de aquella flor se abría el sagrario de plata, cubierto de espigas de trigo y racimos de uva repujados.

—Párate.

Al llegar al altar, Nicolae Balan bordeó sin miramientos la mesa consagral y se dirigió hacia el retablo. Cuando topó con él, empezó a palparle las alas a un amorcillo finamente labrado. Ante la sorpresa de Víctor, el rumano, de sopetón, dio un tirón fuerte con los dos brazos. Una sección del retablo de forma irregular se abrió emitiendo un suave lamento: se trataba de una puerta secreta muy bien camuflada. Daba paso a una escalerilla de caracol hecha con sillares de granito, que se hundía negra como boca de lobo hacia el interior de la tierra.

—Pisa donde yo pise.

El menor de los Balan dio dos pasos hacia el lampadario, arrancó uno de los velones encendidos, y, tras doblar el espinazo para cruzar la minúscula puertecilla abierta en el retablo, se precipitó escaleras abajo. Víctor le siguió dubitativo, pero un empujón de Vlad Balan acabó de convencerlo.

—¿Adónde..., adónde me lleváis?

Una oscuridad mineral y húmeda, claustrofóbica, empezó a enroscársele alrededor del cuello conforme descendían dando vueltas y más vueltas a aquella

escalera de caracol. Alcanzaron un descansillo donde apenas cabían los tres hombres. Era una especie de cubo excavado en la roca viva de la montaña, en el que a la luz del velón tan solo se veía una pequeña puerta de madera mohosa.

—Vaya..., en esta casa vive una mujer, se nota el toque femenino.

Víctor estaba aterrorizado, por eso soltaba gracietas sin chispa, pero el menor de los Balan ni siquiera respondió. Llevaba en la mano un enorme llavero de aro que parecía sacado del cuento de *Hansel y Gretel*. Con él abrió la puertecilla, cuyos goznes cedieron quejumbrosos. El menor de los Balan se escurrió por el agujerillo de aquella madriguera.

—Entra. —Su voz de ultratumba sonó en *off*—. Deprisa.

De nuevo dudó, pero otro empujón de Vlad Balan fue muy convincente. Dobló la espalda y a duras penas pudo atravesar el minúsculo vano: al otro lado le esperaba Nicolae Balan, sosteniendo el velón y regalándole una sonrisa maquiavélica.

—Bienvenido a la cripta. Siéntete como en tu casa.

Víctor se quedó sobrecogido ante lo que sus ojos estaban contemplando: una sala abovedada de unos quinientos metros cuadrados, toda ella tallada en la pura roca, temblaba a la luz de docenas de cirios titilantes. En el centro, una especie de altar, que no era otra cosa que un enorme bloque de granito, presidía aquel búnker macizo. Aparte de la puertecilla que acababan de cruzar, no se veía ningún otro acceso.

—Hostia puta...

Aún anonadado por la magnitud de la cripta, Víctor sintió de nuevo el empujón del mayor de los Balan: le apremiaba para que se dirigiese hacia el altar, donde Nicolae ya le esperaba frotándose las manos.

—La paciencia es la virtud del hombre inteligente, ¿no dicen eso? Llevo tanto tiempo esperando este momento... permítame.

Mientras hablaba, sacó su temible escalpelo y lo abrió.

—¿Qué... —Víctor le miró horrorizado—, qué vas a hacer con eso?

El rumano se limitó a voltear al prisionero para cortarle las ataduras. Víctor respiró aliviado y, como le pasaba siempre que sentía miedo, dijo una frase impertinente de la que de inmediato se arrepintió.

—Tienes razón, Nico, la paciencia es la virtud del hombre inteligente... y del borrego. ¿Dónde está tu amo, el que te da el pienso?

El puño de Nicolae Balan, al impactar contra la vejiga, provocó que Víctor se doblase sobre sí mismo aullando de dolor.

—*Vlad, cravată-l la masa.*

En cuanto el mayor de los Balan escuchó las instrucciones de su hermano, se puso en acción. Víctor sintió cómo le levantaba en volandas, le quitaba la americana arrojándola al suelo, y le tendía sobre el bloque de granito. De los laterales de aquel altar colgaban cuatro argollas que pronto ciñeron sus muñecas y sus tobillos: en menos de treinta segundos, Víctor había pasado de estar en pie, a yacer sobre el granito sin apenas poder mover más que unos centímetros sus extremidades.

—Bueno, el pavo ya está en el horno..., dejemos que se ase en su propio jugo. — Nicolae Balan propinó tres cachetitos en la mejilla al prisionero y, seguido por su hermano, se encaminó hacia la puertecilla.

—¡Dónde hostias vais! ¡No me dejéis aquí!

Cuando Víctor escuchó el cerrojo correr, pudo sentir cómo un escalofrío le recorría el espinazo. Durante diez minutos estuvo forcejeando con los grilletes que le anclaban al granito del altar, logrando tan solo que la herida de bala de su antebrazo derecho volviese a dolerle: era una locura soñar tan siquiera con poder abrir aquellos armatostes centenarios, repletos de lascas de óxido y cagafierro.

«Víctor, tranquilízate. Respira hondo y evalúa la situación...»

Su cerebro empezó a ordenar pensamientos para no entrar en pánico. La situación le resultaba familiar: estaba en medio de un bosque perdido; encadenado de pies y manos a veinte metros bajo tierra; en una cripta de roca viva que seguramente poca gente en el mundo sabía ni que existía. Y vigilado por dos criminales rumanos a las órdenes de un pedófilo psicopático que le odiaba. Su única arma era una navaja poco mayor que un cortaúñas que se encontraba, completamente inalcanzable, en el bolsillo de su americana a cinco metros de él. Y esta vez Paloma, su ángel de la guarda, no iba a poder localizarlo gracias al GPS de su i-Phone: la electrónica más compleja que llevaba encima era la de su reloj de pulsera. Con rabia, dio una sacudida a las argollas para intentar desprenderse del justificado pesimismo, pero lo único que logró fue despellejarse muñecas y tobillos.

«Víctor, esta vez sí estás metido en un buen lío...»

Intentó tranquilizarse mediante un reconocimiento del entorno. Las paredes de la cripta estaban desnudas, tan solo se veían talladas en la roca docenas de repisas sobre las que descansaban enormes velones pascuales. Frente a él, junto a la puertecilla de entrada, una cortinilla de lino amarillento parecía cubrir una especie de hornacina excavada en la pared, pero era imposible distinguir qué había tras ella. Aparte de la tela, solo una trampilla de madera que cubría un par de metros cuadrados de suelo junto al altar rompía la monotonía de la roca viva.

«Respira hondo, Víctor, respira hondo...»

El pulso empezaba a acelerársele y el sudor le empapaba la frente a pesar del frío. Cada medio minuto una gota de agua, exudada por la roca, caía desde la bóveda chocando contra el suelo en algún rincón de la cripta, rompiendo así el hilo de sus pensamientos tenebrosos. Hacía por lo menos una hora que los hermanos Balan habían salido de allí, y la humedad ya le entumecía los músculos. Quizás el objetivo era dejarlo morir de hambre y sed en aquella tumba. Sin poder soportar la ansiedad, se acordó de su hija Sofía, y se acordó de Bea, y rompió a llorar tras orinarse encima como si fuese un niño.

Paloma no tardó ni diez segundos en atar cabos y deducir qué había pasado: el monovolumen que había visto desaparecer al fondo del callejón del Tossalet era el de

los hermanos Balan. De algún modo que ella no se explicaba, los rumanos habían localizado a Víctor y ahora lo tenían en su poder. Frenética, se puso a pensar bajo el aguacero. ¿Qué podía hacer? Su amigo iba sin duda a morir a manos de aquella pareja de criminales si ella no actuaba rápido.

«¡Víctor, hostias! ¡Me estás jodiendo la vida!»

Necesitaba ponerse en acción, aunque no sabía en qué dirección. Salió corriendo hacia el convento, sin acordarse de que estaba embarazada y debía tener cuidado. En cuanto llegó, se metió en la capilla y, ante el escándalo del resto de monjas, sacó a Santa Tecla a empujones.

—¡Paloma, por el amor de Dios! ¡Pero qué haces!

—Cállate y ven conmigo, es cuestión de vida o muerte.

—¡Pero, Paloma! Entiendo que estés disgustada por lo de Benito, pero debes mantener la calma... Reza, reza con nosotras y verás...

Cuando llegaron al cuarto, Paloma sacó el i-Phone y llamó a Bea.

—¡Lo han cogido! ¡Lo tienen!

—Cálmate Pam, ¿a quién han cogido? ¿A quién tienen?

—¡A Víctor, hostia! Esos dos rumanos que trabajaban para el puto pedófilo han sacado a hostias a Víctor del coche y se lo han llevado. Estoy segura de que ese cabrón lo va a matar, estoy segura...

Tras un grito asustado, la voz de Bea sonó preocupada y tensa.

—Pam, ¿qué podemos hacer?! ¿Has pensado algo?

—Sí, he pensado algo y voy a ponerme a trabajar ahora mismo con Santa, pero mientras quiero que vayas a hablar con Andrada.

—Pero, Pam, Andrada busca a Víctor por asesinato, le...

—¡Bea! ¡Más vale perder que más perder! ¿Qué prefieres, visitarlo en la cárcel o en el cementerio?! —Paloma intentó tranquilizarse—. Andrada es el único que tiene capacidad operativa para actuar con rapidez: puede registrar el piso de ese degenerado, el colegio mayor, activar una alerta nacional para localizar el monovolumen... ¡Tiene que hacer algo, pero tiene que hacerlo ya! No nos queda mucho tiempo...

—Está bien, Pam, me voy a Jefatura. Aunque tenga que sacarlo de la cama, te aseguro que encontraré a ese policía.

—Dile que a Víctor lo han secuestrado dos hermanos rumanos, Nicolae y Vlad Balan, aunque lo más probable es que sean nombres falsos. Van en un Chrysler Grand Voyager color plata con cristales tintados que hace media hora circulaba por el barrio viejo de Valencia. Dile que trabajan para Claudio Serratos, le das todos los datos que tenemos del perverso ese y le cuentas sus andanzas como violador de niños. Le dices que en dos días le llegará un ordenador con pruebas al respecto. —Paloma tomó aire, le faltaba el resuello—. No es necesario que le hables de Hugo Mendoza, no ayudaría en nada a localizar a Víctor y podríamos meter en un lío a tu hermana...

—OK. Me pongo en marcha ya.

—Si Andrada te pregunta qué relación tiene Claudio con Víctor y por qué quiere matarlo, le dices que Víctor está escribiendo una novela sobre casos de pedofilia en organizaciones religiosas. Ha descubierto que durante años Claudio Serratosa dirigió el orfanato Salvación y Pureza en Madrid. Andrada lo conocerá, todavía está en funcionamiento. Víctor descubrió que ese *joputa* abusó sistemáticamente en los sesenta de numerosos niños con la connivencia del Sacrum. Eso le convencerá.

Bea tomaba nota mental de todos los detalles.

—Cualquier cosa, me llamas al móvil. —Paloma cerró los ojos y suspiró—. Corre, Bea, solo nosotras podemos salvarle.

Tras colgar, se quedó observando a Santa Tecla.

—Se me ha ocurrido una manera de encontrar a mí amigo, muy remota y complicada, pero hay que intentarlo y tienes que ayudarme.

La novicia empezó a persignarse fingiendo estar escandalizada, pero en su mirada podía verse la chispa que produce la emoción.

—Dios bendito, Dios bendito..., y pensar que mis amigas me decían antes de entrar en la clausura que iba a morir de aburrimiento...

La desesperación, el miedo y tres horas de frío habían sumido a Víctor en un estado de semiinconsciencia, haciéndole creer que escuchaba los latidos minerales del corazón de la montaña.

—¿Quién anda ahí?!

La minúscula portezuela se abrió y entraron los hermanos Balan, que, una vez erguidos, inspeccionaron visualmente la sala. Nicolae se acercó hacia el altar y tiró con fuerza de las cadenas: seguían sólidamente amarradas al prisionero.

—¡Adelante, señor, todo está en orden!

Tras atravesar el vano, Claudio Serratosa irguió orgulloso su cuerpo de junco viejo: vestía sotana de negro riguroso con alzacuello. Una terrible cicatriz sustituía en un costado de la cabeza a una de sus orejas. Sobre la oblea rancia de su piel, se dibujó la sonrisa de un fauno.

—Vaya, vaya... Dios bendito, a quién tenemos por aquí. Si es el mismísimo Víctor Vega. —Hablaba orgulloso y altivo, como si creyese ser una estatua de emperador romano hecha de ámbar—. La providencia parece que ha sido misericordiosa con este humilde pecador.

—Claudio, será mejor que me deje ir. La Policía está alertada y medio país me está ya buscando..., nos van a encontrar...

El viejo se echó las manos a la espalda y emitió una carcajada que la cripta se encargó de multiplicar por mil.

—Mi buen amigo Víctor, siempre tan osado..., a la par que caballeroso. —Sin abandonar la sorna, empezó a caminar por la cripta mirando al suelo—. Observo que sigues hablándome de usted... Me alegra esa muestra de respeto; tras nuestro

desagradable encuentro en el colegio mayor me sentí muy decepcionado con tu comportamiento.

Víctor, tumbado y amarrado sobre el altar, irguió el cuello para engatillar al viejo con la mirada a través de toda la sala.

—Dime una cosa, ¿dónde está ese ordenador que robasteis de mi casa? No quisiera que cayese en manos inapropiadas.

—Lo tiene ya la Policía, degenerado de mierda, por eso le digo que mejor será que me suelte..., no tardarán en localizar esta cueva.

Claudio Serratos se acercó al altar y detuvo sus pasos justo cuando su cara flotó cenital sobre la de Víctor: a este le pareció estar contemplando el rostro de una gárgola medieval, elevada en las alturas.

—Mi querido amigo, descuida, no corremos peligro... Este pequeño refugio está a nombre de una sociedad suiza. Mi padre, antes de regalarme esta propiedad, tomó muchas precauciones: los suizos, siempre tan puntillosos y calvinistas, son ideales para estos menesteres. Te aseguro que ni para la Policía es sencillo averiguar quién está detrás de una sociedad constituida bajo la legislación helvética utilizando sociedades interpuestas protegidas bajo secreto bancario. —Dibujó una sonrisa inquietante y la mantuvo unos segundos—. Puedes estar muy tranquilo, Víctor, aquí no nos molestará nadie. Tal vez tenga que retirarme del mundanal ruido una larga temporada y este lugar es inmejorable, aquí se respira una paz... mística. La poesía medieval, que sabes que adoro, recitada en el claustro que has visitado antes, sabe a gloria...

En el rostro del prisionero apareció la desesperación.

—Dime una cosa, ¿cómo cometiste la estupidez de volver a tu casa en Valencia? ¿Nos imaginabas tan idiotas como para no vigilarla?

Víctor no supo qué contestar: se sentía un auténtico imbécil.

—En cuanto apareciste por allí, la anciana del balcón de enfrente nos llamó para darnos el aviso; ¿puedes creerte que no quiso cobrarnos nada por el servicio de vigilancia? Nos dijo que en esa casa erais todos unos degenerados, y que estaba encantada de colaborar... Esa pobre tarada hasta se creyó que Nicolae y Vlad eran policías.

—No se va a salir con la suya; puede matarme, pero le van a encontrar y se pudrirá en la cárcel, y pagará por todo lo que les hizo a esos pobres chicos del orfanato. ¡¿En la cárcel a los violadores de niños como usted sabe lo que les hacen?! El primer día...

Claudio alargó autoritario su mano amarilla y cubrió la boca de Víctor, exigiéndole silencio. Este entonces irguió el cuello todo lo que pudo para alcanzar el dedo meñique del catedrático y lo mordió con rabia: el viejo retiró la mano con rapidez emitiendo un grito de dolor, a la vez que el menor de los Balan se acercaba como un rayo.

—¡Detente, Nicolae! La sierpe que hemos capturado quiere morir matando, pero

su veneno no me afecta.

Se frotó con la otra mano el dedo mordido y volvió a acercarse a Víctor, de nuevo sonriente.

—Me hablabas del orfanato Salvación y Pureza... Qué tiempos aquellos: un verdadero cielo en este valle de lágrimas, así es como lo recuerdo... —Antes de seguir hablando, cerró los ojos como si estuviese paladeando un delicioso vino—. He de confesarte, mi querido Víctor, que jamás imaginé que serías capaz de relacionar a Ezequiel Torres con Hugo Mendoza. De haber sabido que eras tan buen investigador, nunca te hubiese dejado entrar en el departamento.

—Usted arruinó la vida de ese pobre chico, le convirtió en un juguete roto... No sé cómo es capaz de llamarse a sí mismo cristiano.

—¡Calla, víbora! ¡Calla y lee al Santo Padre Fundador! En uno de sus preceptos él nos enseña el camino: «Los niños son la luz de Cristo, aprended de ellos, tomad de ellos la luz..., mostradles a ellos la luz». —De nuevo dibujó una sonrisa de fauno antes de seguir hablando—. Yo no hice más que seguir sus enseñanzas... Ezequiel era mi hijo, y como hijo mío debía de mostrarle el camino. Tenía la obligación de instruirle sobre cómo luchar contra las tentaciones de la carne, contra el pecado que la mujer pone constantemente ante nuestros ojos. Y la única manera de vencer esa tentación femenina y diabólica es a través de la inocencia de los niños: mi padre me enseñó a mí esa lección, y yo debía transmitírsela a mi hijo.

Víctor sintió arcadas, no podía creer lo que escuchaba.

—El hecho de que su padre fuese un pedófilo y también abusara de usted no le exculpa de nada. Es usted un puto enfermo... —Tragó saliva, la indignación que sentía atragantaba sus palabras—. Ese chico no tenía culpa de nada, y aunque usted lo adoptara, eso no significa que fuese hijo suyo. Pero incluso de haberlo sido, eso no le daba derecho...

De nuevo las carcajadas de Claudio le acallaron. Eran risas impostadas, reverberantes, sobreactuadas. Dignas del malo malísimo de una película de James Bond.

—Víctor, no has entendido nada —el catedrático le dio la espalda sin dejar de reír, mostrándole sus hombros huesudos de secuoya seca, que parecían cargar con todo el peso de la cripta—, Ezequiel Torres era hijo mío no porque yo le adoptase: él era sangre de mi sangre, carne de mi carne.

La sotana negra giró como un derviche. Ya no sonreía.

—¿Ezequiel..., Ezequiel hijo suyo?

—Veo que no eres tan listo como creía..., pero dado que dentro de unas horas estarás muerto, creo que mereces al menos abandonar este valle de lágrimas liberado del yugo de la ignorancia. —Alzó el mentón, ufano—. Sé que estuviste indagando en el colegio, desaparecieron los archivos, y seguramente a través de ellos habrás contactado con algún antiguo alumno. No sé qué te habrán contado, pero te aseguro que allí se hizo una obra de caridad..., una obra de caridad cristiana inigualable.

—Lo que me han contado es que usted se dedicaba a meterse en las camas de los chicos...

—¡Silencio! Ya te he dicho que eso formaba parte del aprendizaje. Algunos de los elegidos debían de ser instruidos en el arte de evitar la tentación de la mujer. El regalo que les hice no todos lo valoraron en su justa medida, pero ya nos lo dice el Santo Padre Fundador: «Hay quien ve donde no hay, y hay quien, donde hay, no ve: no confíes en los ojos ajenos, confía en tu corazón». —Juntó las yemas de sus diez dedos en actitud votiva, asemejándose sus manos más que nunca a dos alas de murciélago a punto de desplegarse para emprender el vuelo—. Supongo que no te habrán dicho que yo también fui alumno del colegio.

—¿Usted?

—Sí, yo. Este humilde servidor de Dios fue el primer alumno que tuvo el colegio Salvación y Pureza.

El miedo que sentía Víctor había pasado a un segundo plano, desplazado a codazos por la curiosidad.

—Pero..., pero si me estaba contando que su padre le regaló esta finca. Usted no era huérfano, ¿por qué estuvo en el colegio?

El catedrático contemplaba ahora a su prisionero con condescendencia.

—Hijo mío, como cátedro tuyo que soy, debo enseñarte una lección docta y magistral: no juzgues lo que desconoces.

Cabizbaja, la sotana negra le dio la espalda al prisionero y habló de nuevo, sin darse la vuelta.

—Tú no eres consciente de ello, pero has hecho mucho daño escarbando en un mundo desconocido para ti, y difamándolo desde tu ignorancia impía. La labor que se hizo en ese colegio fue admirable, fue una labor cristiana digna de encomio. Pero la sociedad actual, tan paupérrima en valores cristianos, no está preparada para entenderla... Hijo mío, ¿no te extrañó que el único muchacho dado en adopción en setenta años fuese Ezequiel? Vamos, tú eres un chico listo...

Víctor no supo qué responder. Seguía con la mirada el deambular del viejo, intrigado por saber dónde quería ir a parar.

—Yo fui el primer niño que entró en el Salvación y Pureza. Allí se me enseñó todo lo que sé, allí me convirtieron en un orgulloso esclavo de Cristo... Y allí conocí a mi benefactor.

Con pasos apelmazados por los recuerdos, se dirigió de nuevo hacia el altar sosteniéndole la mirada a Víctor.

—Mi benefactor fue el que me regaló esta propiedad, el que puso a mi nombre una pequeña fortuna que me permite llevar la vida que se me antoje... También fue el que me introdujo en las prácticas amatorias que tú llamas perversiones y que en realidad son las que me permiten mantenerme puro y casto. Él terció y manejó los hilos desde las sombras para que se me concediese la cátedra de Valencia... Le debo todo, todo se lo debo... —Cerró los ojos a la vez que elevaba el rostro hacia el cielo



de la cripta—. ¿Entiendes ahora, hijo mío, cuál era la misión cristiana que el colegio tenía encomendada?

El cerebro de Víctor empezó a atar cabos, sin acabar de creerse las conclusiones a las que llegaba. Por eso habló, para afianzar los nudos.

—Su benefactor..., su benefactor era entonces su propio padre. Por eso cada niño tenía asignado un benefactor, eran en realidad..., ¡eran los padres de los chicos!

—*Voilà, mon jeune ami*. En efecto, los benefactores eran en realidad los padres de los chicos. El Santo Padre Fundador tuvo una idea magistral al crear el colegio..., él era un genio, un genio santo... Escucha y aprende, hijo mío, escucha y aprende... — Su sonrisa jactanciosa evidenciaba lo orgulloso que se sentía de la obra realizada—. Teníamos una red de hospitales afines a La Misión por toda España. En algunas ocasiones, afortunadamente escasas, algún adepto o incluso un custodio cometía un desliz. Solía tratarse de empresarios tentados por su secretaria, jueces o médicos con familias respetables a su cargo a los que una chica del servicio había seducido, ingenieros y notarios que habían cohabitado de forma impura con alguna chica desvergonzada... Si el desliz tenía consecuencias funestas en forma de embarazo, el pobre infeliz acudía a nosotros. En primer lugar, le tranquilizábamos: él era la víctima, el Antiguo Testamento ya nos enseña que la mujer fue puesta en este mundo para hacer pecar al hombre. A continuación, nosotros le indicábamos a qué hospital debía conducir a la pecadora para que fuese atendida con la máxima discreción. Normalmente, la madre estaba encantada de recibir una atención de calidad, pagada por el padre de su hijo. En el hospital, las monjas custodias, tras el parto, le comunicaban a la pobre pecadora que el niño había nacido muerto. Siempre tenían preparado un feto congelado que se les enseñaba a través del cristal de neonatos, así convencían a las más reticentes.

—Pero... eso..., ¡eso es monstruoso!

—¿Monstruoso? Caridad cristiana, diría yo... Recuerda, *para un ratón, los murciélagos son ángeles*... —Sonrió sarcástico—. Con el bebé nacido se podía hacer una de estas dos cosas, mi querido Víctor, siempre a criterio del padre: se daba en adopción a alguna familia de La Misión a la que Nuestro Señor, en su infinita sabiduría, no había tenido a bien conceder hijos naturales, o, si esta primera opción no era del agrado del padre, el niño podía ser ingresado en el orfanato Salvación y Pureza. En el primero de los casos, el verdadero padre renunciaba por siempre a tener contacto con el niño. Se confiaba en que la nueva familia enderezaría ese brote joven nacido del pecado, de la lascivia de mujeres jóvenes sin valores ni principios morales... Pero para los infelices padres que no podían hacerse el ánimo de renunciar a sus retoños para siempre, la opción del orfanato era perfecta: bajo la figura de benefactor, podían mantener contacto y ayudar en lo posible a sus hijos... tras jurar por lo más sagrado que jamás les revelarían su vínculo paterno-filial.

Con una sonrisa orgullosa guardó silencio.

—¡Eso es criminal! ¡Arrebataron los hijos a sus madres sin importarles...!

—¡Sus madres eran unas furcias! —Saltó como un resorte, con los ojos inyectados en sangre y el índice apuntando hacia el techo de la cripta—. ¡Es indigno llamar *madre* a una mujerzuela que seduce pecaminosamente a un hombre piadoso aprovechándose de sus armas de sierpe!

Víctor no podía creer la historia que acababa de escuchar.

—A ustedes..., solo les preocupaban los padres, no los chicos. No montaron un orfanato..., montaron un criadero de bastardos...

En la cara del viejo se dibujó una sonrisa llena de arrogancia, que también se acurrucó alrededor de su mirada en forma de arrugas.

—Bueno, es una manera un tanto desagradable de definirlo, pero... sí, en efecto, era un criadero de almas torcidas. Nuestra misión era conseguir que esas almas impuras se enderezasen, desprendiéndose de su pecado original mediante una correcta instrucción cristiana. Y además ayudábamos a los hombres más importantes del país: la oligarquía de la España franquista, ante la afrenta de que sus trapos sucios saliesen a la luz, acudía a nosotros en busca de ayuda..., y a cambio nos estaban *eternamente agradecidos*. —Hinchó el pecho orgulloso—. Las madres, ¿qué podrían haber ofrecido a esos pobres niños? Yo te lo diré, Víctor: mal ejemplo. Pobreza y mal ejemplo. Una víbora solo sabe criar víboras. Y además hubiesen avergonzado y chantajeado de por vida a los incautos padres, que permanentemente verían ante sus ojos las consecuencias de un momento de debilidad.

Víctor sentía náuseas.

—Usted es un enfermo... Dirigió un criadero donde ver crecer a los chicos sin importarle lo más mínimo destrozarles la vida... Si esto sale a la luz, más de una familia se morirá de vergüenza.

—Víctor, esto no va a salir nunca a la luz. —Su sonrisa se acentuó, llena de crueldad—. Este secreto te lo llevarás contigo a la tumba..., y eso sucederá pronto, muy pronto. Aunque te aseguro que tú seguirás siempre habitando nuestros corazones...

Una insoportable ironía zascandileaba por entre las últimas palabras del cátedro. Víctor sintió la necesidad de asestarle un machetazo de monologuista.

—Pues yo, si no le importa, pedazo de cabrón, preferiría seguir habitando mi casa del Carmen.

Escupió hacia el viejo, pero el salivazo se perdió entre las sombras de la cripta. Vlad Balan gruñó amenazante, pero Claudio Serratosa le detuvo con gesto firme.

—¡Vacíate de veneno, sierpe pecadora e impura!

—¡Que te jodan! —respondió rabioso—. Dígame una cosa, ¿su padre estaba tan trastornado como usted? ¿Quién engendró este trozo de mierda que tengo delante? ¿Cómo se llamaba el figura?

Al viejo se le secó la sonrisa en la boca, no sabía dónde mirar. Con una de sus manos de murciélago, acarició la mejilla de Víctor.

—¿Me preguntas quién fue mi padre? —Dejó pasar unos largos segundos antes

de proseguir—. Por favor, mi querido amigo, no me interrogues sobre temas tan personales: hay verdades demasiado grandes para caber en el cerebro de la gente sencilla. El Santo Pa...

—¡No me diga más! Otra frasecita del cansino ese, el *Santo Puto Padre Fundador* de los cojones. Pueden irse todos ustedes al maldito infierno, tarados de mierda. ¡Y deje de tocarme! ¡A saber dónde habrá estado esa mano hoy!

Lleno de furia, Víctor escupió de nuevo, pero esta vez el certero salivazo, sólido como un guijarro, impactó en la nariz del viejo. Vlad Balan emitió de nuevo un sonido gutural parecido a un rugido, pero el cátedro no dejó de sonreír. Alargó la mano que acariciaba la mejilla de Víctor y con ella acalló al gigante.

—¡Dejadlo! Dejadlo que eche todo su veneno, dentro de poco arderá en el infierno. —Mientras limpiaba con la manga de la sotana el salivazo, se dio la vuelta y de nuevo ofreció la espalda entoldada de negro a su prisionero—. Cambiando de tema, Víctor, siento curiosidad, ¿por qué mataste a Pilar? La pobre infeliz nunca quiso confesarme cuál fue el encargo que te hizo. Me pareció increíble lo que me contaste acerca de que quería que le consiguieses los derechos de las obras de Ezequiel.

—*Quid pro quo*, señor catedrático. —El tono de Víctor mezclaba sarcasmo y odio—. Antes tendrá que decirme cómo consiguió que le dejasen adoptar a ese pobre chico al que le destrozó la vida...

La sotana negra respondió con tono condescendiente.

—Como quieras, hijo mío, como quieras... Fue sencillo, creo que los americanos lo llaman *too big to fall*. Desde el principio, La Misión sabía de las enseñanzas que mi padre me transmitió a mí, y que yo transmitía a mis muchachos en el colegio... Bueno, no a todos, tan solo a *los elegidos*. Aunque no aprobaba esas prácticas, durante muchos años hizo la vista gorda: la cúpula del Sacrum Corpus reconocía mi excelente labor pastoral en el orfanato. Cuando Ezequiel tuvo su pequeño problemilla médico... y en el hospital empezaron a hacer averiguaciones, desde La Misión se me presionó. ¿Puedes creerlo, Víctor? Se me presionó *a mí*... —Enfatizó el pronombre con tono indignado y se dio la vuelta para de nuevo mirar cenitalmente a Víctor—. Tuve que hacerles entender que tan solo abandonaría el colegio si mi hijo venía conmigo. Al principio se opusieron, pero les amenacé con... *hablar*, y, por supuesto, temblaron de miedo. Como te he dicho antes, yo era *too big to fall*.

—*Too big to fall* además de un completo hijo de puta.

El religioso, a pesar del insulto, sonreía jactancioso.

—Naturalmente, mi benefactor, siendo quien era, también jugó una baza importante en el proceso. No fue complicado conseguir en el ministerio las autorizaciones para la adopción y para la cátedra en Valencia. Ya sabes lo que dicen, la sombra de La Misión es alargada..., más que la de los cipreses en los cementerios.

Ante el tono orgulloso, Víctor respondió con desprecio.

—Y así consiguió que ese pobre chico pasase a ser su prisionero.

—No blasfemes, Víctor, no blasfemes. Ya te lo he dicho, tan solo intenté transmitirle las enseñanzas que a mí me transmitió mi benefactor. Intenté protegerlo ante la maldad pecaminosa de la mujer: la pureza de los niños está ahí para que la tomemos, y hagamos buen uso de ella. Por desgracia, él no me entendió... y escapó. Llegué incluso a romper la promesa que me obligaba a no revelar nunca que yo era su verdadero padre natural... Se lo conté para retenerlo a mi lado, pero cuando le comuniqué que él era sangre de mi sangre, carne de mi carne, se horrorizó. Y me preguntó por su madre..., ¡su madre! —La voz se llenó de asco—. ¿A quién demonios podía importarle qué había sido de esa furcia?!

Su boca ahora hablaba como si escupiese espuma rabiosa.

—Conocí a esa pecadora impenitente estudiando clásicas en la Complutense, yo todavía era un pobre incauto recién salido del orfanato, y ella me sedujo con sus malas artes... En cuanto parió a mi hijo, me deshice de ella discretamente, al mundo ya le sobran almas impuras.

El aire calmo de la cripta se contaminó con el poso de aquellas palabras truculentas.

—Todo esto que te cuento, querido Víctor, Ezequiel no fue capaz de entenderlo... y huyó de mi lado. El resto de la historia creo que tú la conoces mejor que yo. Una tarde, paseando por Recoletos, me crucé con él. Ezequiel ni tan siquiera reparó en mí, pero yo a él le hubiese reconocido entre un millón de almas. Era ya todo un hombre, cuajado, de mirada profunda como siempre tuvo, serio... Recuerdo que en el colegio yo le llamaba *mi querido Agelaste*... Agelaste, el que nunca sonríe, maravillosa mitología griega... —Cerró los ojos con deleite para revivir con mayor intensidad sus recuerdos—. Siempre he creído que ese encuentro en Recoletos no fue casual, fue un milagro, un milagro orquestado desde el cielo por el Santo Padre Fundador, eternamente misericordioso conmigo..., él nunca duerme.

Entrelazó sus manos como si fuesen tentáculos de medusa y continuó hablando lleno de ensoñación.

—Desde Recoletos seguí a Ezequiel discretamente hasta un apartamento en la calle de Alcalá, al que luego supe que iba todos los días a escribir. Por lo visto, había cambiado de identidad y se había casado, pero era mi Ezequiel, siempre lo sería... No le agradó demasiado nuestro reencuentro, tuve que tener paciencia con él. Durante un año estuve intentando acercarme, poco a poco, para que volviese a acostumbrarse a mí..., pero, por desgracia, murió en ese horrible accidente náutico, y mi vida ya no ha vuelto a tener sentido desde entonces. —La mente enferma del viejo parecía sinceramente compungida—. Luego se hizo famoso con esos libros infames, indignos, llenos de lascivia... Le han hecho ser un escritor popular, pero a mí me llenan de tristeza. En ellos veo tan solo lo enferma que estaba el alma de mi pobre hijo. A veces creo que fue una suerte que Nuestro Señor lo acogiese en su seno tan joven...

Como Víctor suponía, el viejo no sabía nada de los manuscritos misteriosos:

estaba convencido de la muerte de Hugo Mendoza.

—*Quid pro quo*, hijo mío. Ahora es tu turno, tienes tantas cosas que explicarme... ¿Por qué mataste a la pobre Pilar? ¿Para qué requirió de ti a través de mí? Y, por supuesto, vas a tener que aclararme cómo llegó hasta ti el ordenador que el desgraciado ese robó de mi casa.

—Aunque no lo crea, yo no maté a Pilar Boluda.

—Víctor, vas a reunirte dentro de muy poco con nuestro Hacedor, ya no es necesario que mientas: él todo lo sabe y todo lo ve.

—Déjese de monsergas, ya le digo que yo no la maté.

—Ya veo... —Cruzó los brazos a la espalda y se quedó observando a su prisionero lleno de curiosidad—. Y entonces, ¿quién lo hizo?

Víctor se encogió de hombros. No pensaba revelar el secreto de los manuscritos y sus sospechas de que Hugo Mendoza seguía vivo y era un asesino. Eso hubiese significado poner en peligro a Ana.

—Vaya, te niegas a hablar... Dentro de poco verás como se te afloja la lengua, pero antes cuéntame para qué te hizo llamar Pilar. —Los labios del viejo tornearon una mueca de compasión—. He de confesarte que sentí su muerte. Era una fiel adepta a La Misión, además de una buena amiga..., aunque demasiado terca y cabezota. Mostró mucho interés por ti, y sé que quería contratarte para encomendarte algún encargo. Pero antes me pidió a Nicolae y a Vlad...

Se giró para mirar con desgana a los hermanos rumanos.

—... para que te siguiesen durante semanas, quería saber qué tipo de persona eras. La muy tozuda nunca quiso confesarme para qué quería conocerte tan en profundidad. Siempre que se lo pregunté, me salió con alguna excusa.

Víctor decidió que ganar tiempo era su única estrategia disponible. No veía ninguna otra alternativa para salvar el pellejo.

—Ya se lo dije en su despacho del colegio mayor, Boluda quería que yo le consiguiese los derechos de *Dejad que los niños se acerquen a mí*. De esa y de cualquier otra obra inédita de Mendoza.

El rostro cenital del viejo dibujó un rictus sibilino.

—Esa zorrón entrometida... Ya le dije que se olvidara del libro. Le expliqué que no había nada que temer, yo sabía que mi querido Ezequiel nunca traicionaría a su padre, nunca revelaría las enseñanzas que recibió de mí en el orfanato. Pero ella insistía e insistía...

Se puso a caminar por la cripta, enervándose poco a poco con cada paso que daba.

—Seguro que el Sacrum la azuzaba desde arriba, están obsesionados con tapar todo lo que pasó en el colegio. ¡Ahora se avergüenzan de la labor cristiana que hice allí! Fariseos..., debería expulsarlos del templo a latigazos como hizo Nuestro Señor Jesucristo con los mercaderes. —La ira ahora le desfiguraba el rostro—. ¡Bien que hicieron uso de mí mientras les fui útil para conseguir la fidelidad eterna a La Misión de los hombres más poderosos de España!

Víctor iba a alimentar el fuego: era obvio el desequilibrio del viejo, y quizás sacándolo de sus casillas consiguiese algo.

—Don Claudio, Boluda quería los derechos de la obra porque temía que fuese autobiográfica y en ella se revelase todo lo que sucedió en el colegio. Me confesó que su papel era de mera intermediaria, sus palabras textuales fueron: «detrás de mí hay gente cuyo poder e influencias usted no es capaz ni tan siquiera de imaginar». Me ofreció dos millones de euros si tenía éxito en mi misión... Seguro que el dinero lo ponía el Sacrum, o esos hombres tan poderosos de los que usted habla que no querían que se supiese nada de sus hijos ilegítimos.

Al escuchar la cifra, el viejo detuvo sus pasos y se giró hacia el altar con el rostro descompuesto por el odio.

—¡Dos millones de euros! Hijos de Satanás... Después de todo lo que he hecho por La Misión, después de mi labor en el orfanato reniegan de mí. —Su rostro estaba colapsado por el odio—. ¡Ya nos advirtió contra los fariseos Nuestro Señor con palabras sabias!: «Pedro, en verdad te digo que antes de que el gallo cante, me negarás tres veces». ¡Hijos de Satanás!

Parecía totalmente desquiciado. De repente la sotana dio un quiebro y se dirigió a toda prisa hacia el altar. Inyectado en sangre y perlado por el sudor a pesar del frío de la cripta, el viejo le habló al prisionero a escasos centímetros del rostro.

—¿Sabes lo que me obligaron a hacer esos bastardos? ¡¿Quieres que te muestre en qué me han convertido?!

Víctor no esperaba que sus palabras hubiesen desatado una tormenta de semejantes proporciones. El viejo, completamente fuera de sí, se dirigió a grandes zancadas hacia la cortinilla de lino amarillento que cubría un pedazo de pared junto al portón de entrada. De un tirón, la descorrió y dejó al descubierto una hornacina excavada en la roca: apilados de modo espeluznante, aparecieron treinta o cuarenta pequeños cráneos que observaban la cripta con sus órbitas oculares peladas.

—¡Yo, acostumbrado a tener la despena a rebosar, tuve que salir a cazar! —El catedrático hablaba agitado, ignorando la mirada horrorizada de Víctor—. Que Dios me perdone en su infinita misericordia... La cúpula de La Misión se olvidó de lo que yo había hecho por ellos, se olvidó de quién era mi padre y me expulsaron de *mi* colegio. ¡A mí! Me apartaron de mis chicos y me transformaron en un monstruo...

A pesar del pavor que sentía, Víctor aprovechó la evidente confusión mental del viejo para lanzarle una pregunta cuya respuesta estaba ansioso por conocer. Los hermanos Balan permanecían impasibles ante el espectáculo.

—Claudio, ¿quién fue su padre?

Ignoró la pregunta y siguió hablando entre sollozos.

—Ingratos... Me obligaron a salir a cazar mi sustento, tuve que quebrar vidas inocentes por culpa de ellos... Me arrebataron las almas pecadoras de los chicos del colegio y me obligaron a robar las de niños puros. Pero fueron ellos. ¡Fue ese sanedrín de víboras el que me obligó! —Se acercó al altar arrastrando los pies y las

palabras—; en esta finca hay treinta y siete cuerpecitos de pobres inocentes que fueron sacrificados porque ellos me obligaron. Si me hubiesen dejado seguir en mi colegio, con mis chicos nacidos del pecado, nada de esto hubiese pasado... Me quitaron mi sustento... Hago esfuerzos sobrehumanos por contenerme, bajo aquí y observo sus cabecitas, sus ojos huecos, prometiéndome que nunca más volveré a hacerlo... pero una y otra vez vuelvo a pecar, y es por culpa de ellos, me apartaron de mi colegio y de mis chicos que tanto me necesitaban...

Víctor supo intuitivamente que no debía pronunciar por el momento ni una palabra más. Estaba aterrorizado: el viejo no solo era un degenerado, también era un psicópata desquiciado, un asesino en serie que fuera de sí podía cometer cualquier barbaridad.

—Ellos, encumbrados en su actual poder, en su influencia, se han olvidado de quién les llevó hasta esas cimas.

Se dio la vuelta y caminó cabizbajo, con paso mortecino, hasta un extremo de la cripta. Allí se arrodilló frente a un velón encendido y juntó las manos en señal de oración. Tras diez minutos de rezos, se puso en pie y volvió hacia el altar ya sereno. Nicolae Balan, ante una señal imperceptible de su jefe, volvió a correr la cortinilla de lino para cubrir los cráneos infantiles.

—Ahora lo entiendo todo, mi querido Víctor: el Sacrum quería que estuvieses libre como un pajarillo y trabajando para ellos. Por eso recibí presiones tan intensas desde La Misión para que me olvidase de todo el tema de tu acusación por violación. Los mandé al infierno, por supuesto. Con lo mucho que me había costado montar toda la trama para conseguir deshacerme de ti de una manera limpia y elegante, sin ensuciarme las manos... No sabes los hilos que tuve que mover, a los *benefactores* que tuve que molestar, para conseguir que te impusiesen una fianza elevada que no pudieses pagar... Por cierto, me sorprendió que hicieses frente a semejante cantidad, un pelagatos como tú.

El prisionero mintió con precaución.

—La propia Boluda pagó la fianza.

—Claro..., te quería libre trabajando para ella. —Entornó los ojos, dolorido—. Esa vieja bruja me hizo creer que quería hablar con Jessica para conseguir los derechos de autor de tu sórdida historia con ella, pero había algo más. Maldita hija de Satanás.

Víctor decidió que, si quería salvar la vida, era más inteligente contemporizar con aquel demente en lugar de enfadarlo. Y la mejor manera de contemporizar era compartiendo información irrelevante.

—Don Claudio, Boluda le ofreció a Jessi mucho dinero a cambio de retirar la denuncia. Negociaba con ella a sus espaldas.

—Perra farisea..., y yo que creía que era una fiel amiga, piadosa y llena de fe en Cristo. —Con un gran suspiro pareció insuflarse estoicismo—. Dime, mi querido Víctor, ¿tuviste éxito en tu misión?

—No, no conseguí el libro. —Víctor tragó saliva—. Contacté con Ana Cifuentes, la viuda de Mendoza. No sé si recuerda que durante la tesis doctoral la conocí...

En el rostro del cátedro los ojos le lucieron vitriólicos.

—Como no voy a acordarme, mi querido Víctor, como no voy a acordarme..., tu tesis doctoral fue la única razón por la que te dejé entrar en el departamento, estabas loco por hacer averiguaciones sobre Hugo Mendoza. Tu amor por él tenía un origen diferente al mío, pero eso daba igual... Imagínate mi sorpresa: yo estaba deshecho de dolor tras el accidente en el que falleció mi hijo, y apareces tú enseñándome un libro escrito por él, bajo su nuevo nombre, un libro que yo ni conocía. Se me abrieron las puertas del cielo... Pero discúlpame, te he interrumpido, me contabas que contactaste con Ana Cifuentes.

El profesor supo que tenía que improvisar con rapidez para contar una historia creíble, pero sin revelar el secreto de los manuscritos.

—Sí, intenté convencerla de que me dejase leer el manuscrito de *Dejad que los niños se acerquen a mí*, pero Ana se negó en redondo. También se cerró en banda a ceder los derechos a Boluda.

Claudio reflexionó durante unos segundos antes de hablar.

—Entonces, si fracasaste, es previsible que estas Navidades podamos leer el libro.

—Sí, lo tenían todo previsto para lanzarlo en estas fiestas.

El viejo se puso a caminar, rumiante.

—¿Cómo llegó mi ordenador a tus manos? Ese chico, ese hijo de Satanás salió de mi casa con él, pero ¿cómo llegó hasta ti?

El cerebro de Víctor, a pesar del pavor, pensó con rapidez.

—A ese chico lo envié yo a su casa.

—¡¿Tú?! —Su rostro apergaminado se tensó por la sorpresa.

—Sí, yo. Cuando contacté con Ana Cifuentes por el asunto de Boluda, ella me cogió confianza. Me reconoció que estaba obsesionada por el misterioso pasado de su difunto marido. Él nunca le contó nada sobre su anterior vida...

—¿Ezequiel nunca le dijo a su esposa que se llamaba realmente Ezequiel? ¿Nunca le habló de su pasado? ¿De mí?

El rostro del viejo, lleno de ansiedad, miraba de nuevo cenitalmente a Víctor esperando una respuesta.

—No, nunca. Cuando usted le descubrió en el club náutico de Barcelona, Ezequiel robó un velero y salió a recorrer el mundo. Aún no sé cómo ni dónde, pero contactó con el verdadero Hugo Mendoza y tomó su identidad y su barco. Con él volvió a España, al puerto de Denia. Allí estuvo trabajado de monitor de vela y conoció a Ana. Se casaron, pero él jamás le reveló ningún dato de su pasado.

—¿Cómo..., cómo has sabido todo eso sobre Ezequiel?

Al viejo le temblaba la voz por la emoción.

—Pues porque Ana se había vuelto a casar y tenía una nueva vida. La obra que dejó escrita Ezequiel antes de morir la ha convertido en una mujer muy rica, pero está



obsesionada por conocer el pasado de su difunto esposo. Puso a mi alcance todos sus recursos económicos, me dejó inspeccionar sus papeles, sus fotografías..., todo. Así supe de su paso por el colegio Salvación y Pureza. Mandé robar los expedientes de los chicos, entrevisté a uno de ellos, y conocí los sufrimientos de Ezequiel... —Reconsideró las palabras elegidas, no era una buena idea alterar al viejo—, de sus experiencias y aprendizajes con usted. Yo necesitaba pruebas de todo ello, y contraté al chico que le agredió tras acceder a su casa. Por eso tengo el ordenador.

El catedrático reflexionó durante unos segundos con rostro sombrío: las palabras del profesor parecían haberle convencido.

—Bueno, mi buen amigo, creo que esta conversación ha llegado a su fin... —Alargó su mano amarilla y acarició con suavidad la mejilla de Víctor—, y eso, por desgracia, son malas noticias para ti.

—¿Qué..., qué quiere decir?

Con gesto teatral, el cátedro alargó un brazo hacia sus hombros.

—Ya conoces a los señores Balan. Sé que habéis tenido tratos previos no demasiado agradables, pero dado que ellos van a ser las últimas personas que veas en este mundo, creo que deberíais hacer las paces. —El rostro de Vlad Balan permaneció obtuso e impertérrito, mientras que Nicolae esbozó una sonrisa irónica e inclinó ligeramente su cabeza de mantis religiosa—. Los Balan llevan quince años conmigo, desde que llegaron de Rumanía. Son hombres fieles, y yo sé valorar la fidelidad.

A Víctor un escalofrío le erizó la nuca.

—¿Qué va..., qué va a hacer conmigo?

—Yo nada, mi querido Víctor, yo nada... Los señores Balan se encargarán de ti. —Habla con amabilidad exagerada—. Yo me limitaré a explicarte el proceso... Tengo comprobado que tan solo una cosa hace más daño que el dolor: la anticipación del dolor.

Se retiró hasta situarse junto a la trampilla de madera que cubría un par de metros cuadrados del suelo de la cripta. Se puso en cuclillas, agarró la aldaba de hierro y tiró de ella con fuerza.

—Creo que deberías echarles un vistazo a las que vas a alimentar, con tu alma... y con tu cuerpo.

Víctor, asustado a la vez que intrigado, alargó el cuello para alcanzar a ver el fondo del hueco en la roca que había descubierto la trampilla. La escasa luz de los velones no permitía distinguir con claridad el interior de aquella especie de fosa.

—¿Qué..., qué es eso? ¿Qué hay ahí?

Una masa informe y grisácea, de la que emanaba un ronroneo inquietante, parecía moverse de modo irregular dentro de la cavidad. Recordaba a la orilla del mar cuando las algas muertas y putrefactas lo inundan por completo, y las olas bambolean el agua sucia con suavidad.

—Mi querido Víctor, te presento a la *Cochliomyia hominivorax*. Y tú te

preguntarás, ¿quién demonios es la *Cochliomyia Hominivorax*? —Soltó la trampilla, que cayó con violencia dejando la oquedad abierta—. Pues la *Cochliomyia hominivorax* es un díptero, o sea, una especie de mosca..., en concreto, como su nombre científico indica, una *mosca devoradora de hombres*.

Antes de proseguir, se complació observando el efecto que sus palabras habían causado en el prisionero.

—Estas que ves aquí son sus larvas, llamadas en México *las barrenadoras*, ¿y sabes por qué? Pues porque son muy voraces, y, en cuanto las dejas sobre la carne, hincan sus fauces y empiezan a penetrarla, con un movimiento similar al de un sacacorchos. Y además de voraces son muy exquisitas: no les gusta la carne muerta, prefieren alimentarse de músculos, tejidos, mucosas, globos oculares, órganos internos... *vivos*.

Se acercó hacia el altar sonriendo.

—Y tú te preguntarás, ¿para qué demonios el bueno de don Claudio tiene una fosa repleta con millones de larvas hambrientas?

Un sudor frío empezaba a recorrer la frente de Víctor.

—Pues yo te lo diré, hijo mío: me son muy útiles para dejar los cráneos de mis pobres niños limpios como una patena. —Miró hacia la cortinilla de lino—. En un par de días estos curiosos bichitos que te he presentado los dejan mundos y lirondos. Pero hay que ir con cuidado con estas larvitas, si una vez devorado a su... *huésped*, permitimos que pasen a la fase de pupación y se transformen en moscas adultas, serían incontrollables... Te aseguro, Víctor, que no es fácil criar estos animalillos tan curiosos, no lo es, en verdad.

Caminó hasta el borde del agujero y se quedó observando aquella masa informe, embelesado con su siseo inquietante.

—¡Desnudadle!

Nicolae y Vlad Balan se pusieron en marcha de inmediato: caminaron hacia el altar y empezaron a arrancarle la ropa al prisionero con violencia. Nicolae la rasgaba con su escalpelo y su hermano Vlad propinaba tremendos tirones que la despedazaban. Víctor, aterrorizado, gritaba a la vez que agitaba con violencia las cadenas intentando inútilmente liberarse.

—¡Dejadme, hijos de puta! ¡Quitadme las manos de encima!

El viejo permanecía impasible, abstraído en su realidad interior. Treinta segundos después, Víctor estaba completamente desnudo.

—¡Claudio, se lo ruego! ¡Déjeme ir! No le contaré a nadie dónde está este lugar, déjeme ir...

Las súplicas no produjeron la más mínima reacción en el cátedro. Tardó otros treinta segundos en hablar, sin quitarle los ojos de encima a las larvas, que parecían haberle hipnotizado con su siseo.

—Víctor, tú y yo sabemos que eso no es cierto. Tú y yo sabemos que necesitas una penitencia, una penitencia que te redima de tus pecados... Ya nos lo dijo el Santo

Padre Fundador: el dolor os santificará.

Alzó la cabeza para contemplar el rostro despavorido de su prisionero.

—Utilizaremos a nuestras amigas, las *Cochliomyia hominivorax*, para purificarte a través de la penitencia, a través del dolor. Al igual que el calvario fue la antesala del cielo para Nuestro Señor Jesucristo, tu calvario te llevará al paraíso celestial. —Se acercó lentamente al altar y acarició la piel desnuda de Víctor mientras lo contemplaba con ojos vacuos—. Ahora Nicolae embadurnará tu cuerpo con el santo óleo que te redimirá de tus pecados. Las larvas empezarán comiendo tus partes blandas: tus globos oculares, tu lengua, tu glande... Notarás cómo penetran por tu orificio anal, por tu uretra, por tus fosas nasales... Notarás cómo te van mordisqueando por dentro y por fuera poco a poco, muy poco a poco... Te aseguro que, en cuanto consigan atravesarte la piel, todo irá más rápido; con suerte, dentro de seis o siete horas ya habrás perdido el conocimiento por culpa del dolor.

Elevó uno de sus brazos y chascó los dedos mientras se apartaba. Al instante, Nicolae Balan se acercó a la fosa para arrodillarse junto a ella. Alargó el brazo, se arremangó, y lo introdujo en el interior: segundos más tarde lo extraía sosteniendo el asa de un balde de cinc, que estaba repleto de la masa informe y grisácea que llenaba el fondo de la fosa. Algunas de las larvas rebosaban el cubo y caían al suelo, empezando de inmediato a retorcerse buscando inútilmente el calor de sus compañeras. Nicolae Balan se puso en pie y empezó a caminar hacia el altar con rictus desalmado.

—¡No! ¡Dejadme! ¡Haré lo que queráis, pero dejadme ir!

Víctor se retorcía intentando entre gritos liberarse de las argollas. Pero era inútil. Aquellas tenazas medievales eran inexpugnables.

—¡Hijo de puta! ¡No me tires eso encima!

Nicolae Balan ya estaba junto a él. Con sumo cuidado para no tocar las larvas, sostuvo sobre el cuerpo desnudo de Víctor el balde: poco a poco empezó a ladearlo hasta que las larvas se precipitaron al vacío. Cayeron sobre el estómago de Víctor, que de inmediato empezó a sentir el cosquilleo de miles de pequeños pellizcos mordisqueando su piel.

—¡Nooooooooo!

Horrorizado, pudo contemplar cómo los minúsculos bichitos, con aspecto de diminutos gusanos de seda, empezaron a corretear sobre su cuerpo buscando zonas vírgenes.

—¡Quitadme esa mierda de encima! ¡Dejadme ir!

Un minuto más tarde, Nicolae Balan había arrojado un segundo balde sobre el cuerpo desnudo de Víctor, que se retorcía aterrorizado al ver toda su piel cubierta por aquellas alimañas.

—Con eso es suficiente.

El viejo dio la orden mientras observaba a su prisionero con un deleite sádico. Víctor se retorcía entre bramidos, desesperado y lleno de pavor. Solo le quedaba una

baza: iba a traicionar a Ana, pero no era el momento de jugar a ser un héroe.

—¡¡Ezequiel está vivo!! ¡¡Está vivo y sigue escribiendo!! ¡¡Su accidente fue un montaje para escapar de usted!! ¡¡Sigue vivo, sigue vivo y, si me deja ir, le llevaré ante él!!

Del extremo de la sotana, de aquel cuello nudoso, surgió una risa diabólica que la cripta se encargó de agrandar.

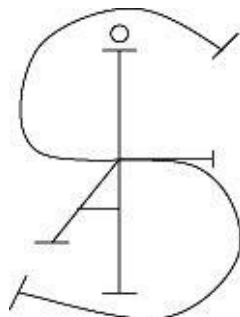
—Eres patético, mi querido Víctor, harías lo que fuese por salvar el pellejo. Mientes como una víbora... y como una víbora debes morir para redimir así tus pecados. —Se dirigió hacia los hermanos Balan y señaló con la barbilla los jirones de la ropa de Víctor, que se esparcían por el suelo—. Recoged todo eso y vámonos de aquí...

Sobre la córnea acuosa del prisionero, algunas *Cochliomyia hominivorax* ya buscaban el mejor sitio para mordisquear.

—Vámonos, porque para las almas pecadoras la soledad es la mejor antesala del purgatorio.

—Este es el símbolo, ¿cómo podemos saber qué significa?

Paloma le tendió a Santa Tecla el folio donde acababa de dibujar la figura que llevaban tatuada en la piel *los elegidos*.



—Cuatro letras entrelazadas. Déjame ver qué puedo hacer.

La novicia escaneó el folio y se puso a teclear como una posesa frente al ordenador.

—¿Y yo? ¡¿Qué puedo hacer yo mientras tanto, Santa?!

—Reza, Paloma, reza... por Víctor... y por Benito.

Con una sonrisa llena de dulzura y complicidad, la religiosa despachó a su amiga y se volcó sobre el ordenador. Una hora más tarde un grito glorioso retumbó en el convento.

—¡Aleluya!

Paloma corrió desde el otro extremo del cuarto. Sus ojos de cacahuete devoraron la pantalla del ordenador.

—¡¿Lo tienes, Santa?!

—Creo que sí... Los arcángeles se han apiadado de nosotras.

En el monitor se veía el primer plano de un libro con aspecto de incunable,

abierto sobre un atril. Parecía estar depositado en la biblioteca de algún monasterio o palacio antiguo: la hoja de la derecha del libro presentaba, claro y diáfano, el mismo símbolo que Paloma había dibujado sobre el folio. Sus trazos eran más gruesos debido a la escasa precisión de los tipos de madera anteriores al siglo XVII, pero sin duda se trataba de la misma figura. Bajo ella aparecía, con letra gótica, una leyenda: *Inter Arma Silent Leges*.

—¡Eres la hostia, Santa! ¡Ahí están! Una *I*, una *A*, una *S* y una *L*.

—Por Dios bendito, Paloma, no blasfemes, no blasfemes... —La novicia se persignaba mientras hablaba con satisfacción contenida—. He utilizado un *software* de identificación de imágenes. El símbolo aparece en esta web mexicana, que explica con detalle el origen de la figura. Se trata del emblema de la casa de Arístegui, *Inter Arma Silent Leges*: cuando las armas hablan, callan las leyes. La frase, originariamente, por lo visto fue pronunciada por el filósofo romano Marco Tulio Cicerón. Parece ser que Jorge de Arístegui fue un hidalgo vasco de medio pelo que en el siglo XVI se embarcó rumbo a América al servicio del emperador Carlos V, en busca de fortuna y honores. Su valor y arrojo fueron tales en las campañas americanas que buena parte de la zona selvática del interior del Perú fue conquistada para la corona gracias a él. A su regreso a España, Felipe II, el hijo del emperador ya muerto, en reconocimiento a sus actos heroicos, le recompensó con el Marquesado de Ultzama. Según pone aquí, la casa solariega de los Arístegui, el palacio de Ultzama, está enclavada en el corazón de los bosques de Navarra. Se trataba de un palacio del siglo XVI, con una finca anexa de doce mil hectáreas.

—¡Bingo, Santa! ¡Eres la mejor!

—No cantes victoria, Paloma, no te precipites... Aún no sabemos si esa propiedad tiene algo que ver con el pobre pecador que retiene a Víctor.

Los ojos beatíficos de la novicia contrastaban con el ansia que destilaban los de Paloma, que ahora parecían cacahuets torrefactos.

—No hay tiempo, Santa, no hay tiempo... y no hay alternativa.

Histérica, cogió el teléfono.

—¿Dónde estás, Bea? ¿Has tenido suerte con Andrada?

—Estoy con él en Jefatura. —La voz sonaba nerviosa—. Por el momento estamos dando palos de ciego. El juez de guardia ha autorizado hace dos horas el acceso al piso de Valencia y al colegio mayor, pero Andrada ha enviado allí a sus hombres y no han encontrado nada. Ninguna pista. El perverso ese tampoco ha utilizado nunca fuera de Madrid tarjetas de crédito, ni jamás ha tenido una multa de tráfico. Parece un santo. De los dos rumanos, con esos nombres que tenemos, no hay nada tampoco. Ahora estamos intentando averiguar a través del Registro si ese perverso tiene alguna otra propiedad...

Paloma la cortó, ansiosa.

—Tengo una pista, tal vez no nos conduzca a nada, pero... hay que intentarlo, Bea. ¡Hay que intentarlo o lo matarán! Toma nota: el palacio de Ultzama, en los

bosques de Navarra. Es una finca enorme...

Tras colgar, Paloma se sentó en su cama, agotada y con un mal presentimiento. A su cerebro matemático aquello le había parecido demasiado fácilón, le olía a truco informático al estilo Stieg Larsson: sustituyendo la varita mágica por un ordenador que todo lo puede, se consigue salvar al héroe, que a buen seguro agoniza en una cripta misteriosa. El cerebro matemático de Paloma, sin embargo, no fue capaz de desarrollar ese presentimiento, e intuir que, a veces, las apariencias engañan. A veces los ordenadores sirven tan solo para tranquilizar a la amiga del héroe. Y a veces ese héroe no es en realidad un héroe, sino un pobre diablo cuya principal virtud es llevarse bien con la suerte.

—¡Claudio, escúcheme! ¡Ezequiel está vivo! ¡Está vivo y yo puedo llevarle ante él! ¡Quíteme esta mierda de encima y volverá a ver a su hijo!

El viejo, impaciente junto a la portezuela de la cripta, ignoró los gritos asustados de Víctor y se dirigió altivo a Vlad Balan. El rumano, en cuclillas, recogía del suelo las ropas del prisionero.

—¡Vamos! ¡Date prisa! ¡No soporto los gritos de este pecador!

Víctor se retorció aterrorizado intentando quebrar los grilletes. Las larvas le hacían sentir sobre la piel un siniestro cosquilleo.

—¡Acaba de recoger todo eso de prisa, quiero largarme de aquí! —El cátedro se giró hacia el altar con los ojos inyectados de furia—. ¡Y tú deberías dedicar tus últimas fuerzas a rezar! ¡Esa lengua de víbora que tienes va a arder contigo por toda la eternidad en el infierno!

Sin duda, las palabras de Víctor estaban causando en el desequilibrado cerebro del viejo una tensión que este quería ahogar a toda prisa saliendo de la cripta.

—¡No os vayáis! ¡No me dejéis aquí!

Vlad Balan ya caminaba hacia la portezuela, donde le esperaban Claudio y su hermano. Pero un sonido metálico le detuvo.

—¡Soltadme! ¡Quitadme esta mierda de encima!

Su cabeza de bisonte giró para dirigir los ojillos hacia el suelo, justo donde el chasquido se había generado: allí, sobre la roca del piso, descansaba la pequeña navaja con cachas de marfil. Se había deslizado desde el bolsillo interior de la americana de Víctor.

«*Demoni...*»

Al rumano los ojos se le abrieron como platos. Dejó caer la ropa al suelo y se agachó para recoger la pequeña navaja, observándola sobre su palma como si de un tesoro se tratase. De repente ocurrió un milagro: el gigante habló.

—*Nicolae, vino aici.*

Tan extrañado como todos los presentes ante la voz de Vlad Balan, su hermano se dirigió hacia él. Al observar sobre la palma abierta del gigante la navaja que acababa de resbalar de la americana, los ojos también se le abrieron como platos al menor de los Balan. Víctor, junto a ellos, los observaba sin entender nada. Por un segundo se olvidó de las miles de larvas que recorrían la superficie de su cuerpo.

—¡Qué demonios hacéis, inútiles! —La voz del catedrático sonaba destemplada—. ¡Os he dicho que nos larguemos de aquí ya!

Nicolae Balan, con un movimiento eléctrico y autoritario, alargó su brazo para hacerlo callar.

—¡¿Cómo te atreves, desvergonzado?! ¡¿Cómo osas ordenarme que calle?! ¡¿A mí?! ¡Te juro que vas a pagar muy caro...!

El rumano giró su cabeza de mantis religiosa hacia el viejo, hablando calmado mientras Víctor seguía retorciéndose en el altar.

—Don Claudio, por favor, esto es importante. Será tan solo cuestión de un segundo... —Su mirada bulbosa destilaba hiel—: le aseguro que es necesario que mi hermano y yo aclaremos una cosa.

Sin esperar la respuesta del catedrático, tomó la navaja de la palma de la mano de su hermano y se acercó a Víctor. Este tenía ya el rostro cubierto de larvas.

—¿De dónde demonios has sacado esto? ¿Quién...?

—¡No me hagáis perder el tiempo, idiotas! —El catedrático le interrumpió—. ¡Os digo que nos vayamos ya de aquí! ¡Al infierno con esa navaja! ¡¿A quién le importa de dónde ha salido?!

Vlad Balan rugió guturalmente a la vez que le lanzaba una mirada torva al viejo. Este, intimidado ante la amenaza, dio un paso atrás: jamás había visto a sus empleados tan intratables. El menor de los Balan, ignorando a su jefe por completo, volvió a dirigirse al prisionero.

—Te lo preguntaré por segunda vez —su rostro era de una seriedad sacramental—, ¿de dónde demonios has sacado esta navaja?

Víctor intentó hablar, pero al abrir los labios docenas de larvas se le abalanzaron hacia el interior de la cavidad bucal.

—Me... —Empezó a escupir y a sentir arcadas—, me la regalaron.

Nicolae Balan miró a su hermano, que pareció entender sin necesidad de palabras: ambos se echaron mano al bolsillo de sus pantalones y sacaron sendas navajas idénticas.

—Víctor, te voy a explicar algo. Solo hay tres navajas así en el mundo. Una la tengo yo, la otra la tiene mi hermano Vlad, y la tercera la tenías tú. Y *tú* no eres el que debería tenerla. Quiero que me expliques exactamente cómo llegó a tus manos.

El rostro del rumano no dejaba lugar a dudas: aunque un maremoto inundase la cueva de repente, nadie iba a moverse de allí si él no recibía una respuesta convincente.

—¡Nicolae, te ordeno que nos vayamos de aquí de inmediato...!

Una mirada patibularia de su subordinado bastó para acallar al viejo. De nuevo enfocó sus ojos hacia Víctor. Este, incomprensiblemente, estaba sonriendo a pesar de tener las córneas repletas de *Cochliomyia hominivorax*: había entendido el interés de los hermanos Balan por la navaja.

—Esa navaja... me..., buag, putos bichos..., me la regaló Traian.

Como Víctor se llevaba bien con la suerte, el destino había acudido en su auxilio: al escuchar el nombre del muchacho, el cátedro saltó como un resorte.

—Mi-miente. ¡No le escuchéis! ¡Su lengua de víbora miente!

Nicolae Balan alzó el rostro y le atravesó el entrecejo con la mirada. Don Claudio de inmediato calló asustado. A continuación, el menor de los Balan se agachó y recogió del suelo una manga de camisa desgarrada. Con ella limpió de larvas el rostro de Víctor.

—¿Y tú de qué demonios conoces a Traian?



El prisionero, al atisbar una esperanza de salvación, seguía sonriendo a pesar de tener el cuerpo cubierto de larvas: aquella navaja había resultado ser un arma mucho más poderosa de lo que jamás hubiese imaginado.

—Soy..., soy muy amigo suyo, le hice un favor y en agradecimiento él me regaló esa navaja. Si vosotros tenéis las otras dos navajas deduzco que sois los tíos de Traian, él me contó que vuestro padre, su abuelo, os dio una a cada hermano antes de morir. El padre de Traian, vuestro hermano, a su vez se la regaló a él cuando falleció.

Conforme hablaba, Víctor podía ver cómo el rostro de Nicolae Balan demudaba a causa de la sorpresa, mientras que el de Claudio Serratosa lo hacía debido al terror. Vlad Balan, emocionalmente tullido y asintomático, mantuvo su habitual mueca neutra.

—¡¡Esta sanguijuela miente!! ¡¡El Santo Padre Fundador ya nos lo advierte!! ¡¡No escuchéis las palabras del pecador, porque ellas...!!

—¡Cállese! —Nicolae Balan miraba a Víctor con ojos escrutadores—. ¿Y por qué tú eres amigo de Traian? ¿Cómo le conociste?

Víctor tan solo pudo farfullar.

—Nicolae, no... tengo inconveniente en seguir conversando contigo, pero te..., te importaría quitarme estos bichos asquerosos de...

La mirada de Nicolae se tornó fiera.

—¡¿De qué conoces tú a Traian?!

El prisionero tragó saliva, y con ella dos o tres *Cochliomyia hominivorax* que sintió cómo se le atenazaban a la mucosa del esófago.

—Pues... Traian..., Traian hace meses intentó robarme al descuido en el centro de Madrid. Yo le cogí y llegó la Policía. En lugar de entregarle, le protegí... él, agradecido, me regaló la navaja. —Víctor lanzó una mirada hacia el catedrático, que asustado ante la actitud de sus esbirros, permanecía junto al altar en silencio y muy nervioso—. Meses después le pedí un favor a Traian. Le pedí que entrase en casa de tu jefe y le robase el ordenador.

—¡Miente! ¡No le escuchéis! ¡Esa rata escupe veneno...!

Nicolae Balan se echó las manos a la espalda y empezó a caminar lenta y pensativamente hacia la portezuela de entrada a la cripta. Al llegar allí se detuvo, y habló con una voz que parecía acunada por las sombras que los cirios pascuales hacían brotar de la roca viva.

—Esto lo vamos a aclarar ahora mismo. Vlad, aquí no hay cobertura, sube y llama a Traian. Nosotros tres te esperaremos aquí.

El gigante se encaminó con decisión hacia la portezuela ante las órdenes de su hermano. La voz de Víctor, animada, le detuvo.

—Vlad, dale recuerdos a Traian de mi parte, y pregúntale si el Porsche funciona bien...

Fue Nicolae el que le cortó con voz firme.

—Nosotros tres esperaremos aquí... ¡en silencio!

La mole desapareció por la portezuela. En la cripta tan solo se escuchaba el siseo de las larvas que emanaba la fosa, y el cuerpo de Víctor retorciéndose. El profesor, mientras intentaba olvidar el mordisqueo constante que sentía sobre la piel, pudo observar la expresión de pavor que se le había dibujado sobre el rostro al viejo catedrático: aunque intentaba permanecer altivo y orgulloso, era obvio que, bajo la sotana, su cuerpo temblaba de miedo. Dos minutos más tarde el gigante apareció de nuevo por la portezuela. Los dos hermanos cuchichearon en rumano durante un par de minutos, al final de los cuales Nicolae Balan dirigió una mirada asesina al cátedro.

—Parece ser, don Claudio, que amablemente usted invitó a cenar a Traian a su casa.

El viejo reculó tembloroso. Cuando la pared de la cripta le detuvo, ya tenía frente a él los ojos desbocados de una mantis religiosa.

—Don Claudio, sabe que para nosotros, los Balan, solo hay una cosa sagrada e intocable. Una cosa que si se mancha, ni tan siquiera el dinero puede limpiarla... Esa cosa es *la familia*.

Rápido como el rayo, su puño derecho se incrustó en la masa amorfa de la sotana, hasta alcanzar el hígado del viejo. Este se desplomó con un grito de dolor apagado, buscando el aire que le faltaba. Nicolae Balan giró sobre sus talones y dirigió sus pasos eléctricos hacia el altar. Sacó unas llaves y empezó a desarmar los grilletos.

—Has tenido suerte. Traian dice que eres su amigo. Lárgate.

Víctor, al sentirse libre, se puso en pie de un salto y empezó a frotarse con fruición el cuerpo y los párpados para desprenderse de las larvas. Nicolae no le prestaba atención. Miraba con un odio inmenso al catedrático, que se agarraba a la pared de la cripta para intentar sin éxito ponerse en pie. La sotana parecía una gelatina temblorosa y enlutada.

—¿Qué..., qué vais a hacer con él?

Nicolae le respondió a Víctor sin ni tan siquiera mirarle. Parecía que sus ojos llenos de odio y sadismo no podían apartarse del viejo.

—Eso es cosa nuestra; tú lárgate antes de que cambie de opinión.

El tono del rumano no admitía discusión. Víctor lanzó una última mirada al viejo, que arrodillado frente al rosario que colgaba de la pared balbuceaba susurros indescifrables. Se dirigió raudo hacia la portezuela y se agachó para poder atravesarla. Ya en la escalera de caracol, pudo escuchar en sordina los gritos descarnados del catedrático.

—¡Soltadme! ¡Soltadme, malditos! ¡Yo soy el hijo de un santo! ¡Respetad mi santidad, escoria!

No pudo escuchar más. La portezuela de la cripta se cerró y él, todavía asustado e incapaz de asimilar que era de nuevo libre, siguió subiendo a grandes zancadas la escalera de caracol, a oscuras, pero guiado por el instinto de supervivencia. Su cuerpo desnudo se rozaba con los sillares descarnados de granito, pero él no sentía el dolor: tan solo quería salir de aquella tumba. Al llegar al final de la escalera, empujó

violentemente la madera interior del retablo y la falsa puerta se abrió con estrépito. Se precipitó sobre el altar de la capilla, y entonces, tirado en el suelo por culpa del impulso, sintió por primera vez el frío sobre su cuerpo desnudo. Respiró hondo intentando recuperar el resuello, a la vez que contemplaba el rostro ensangrentado del Cristo en la cruz, cenital. Las vidrieras evidenciaban que fuera estaba oscureciendo. O amaneciendo, había perdido la noción del tiempo. Ni el frío, ni el hambre, ni el cosquilleo de las larvas que todavía recorrían su cuerpo le importaban. Solo quería escapar de aquel lugar.

Cogió uno de los velones del lampadario y echó a correr por el pasillo central de la capilla, cubriendo la llama con la mano para que no se apagase. Cruzó el claustro y pudo comprobar que ahora estaba completamente nevado: instintivamente se lanzó sobre aquel manto blanco retorciéndose con saña, para intentar eliminar la sensación de suciedad que las larvas le habían dejado en el cuerpo y en el espíritu. Salió a la carrera hacia el pasillo que conducía a las cocinas, donde desnudó sobre la marcha a los cinco muebles antiguos que allí habitaban, arrebatándoles las sábanas guardapolvo. Se envolvió con ellas y, todavía sosteniendo en la mano el cirio, cruzó las inmensas cocinas como si fuese un fantasma en procesión. Al salir al exterior, sintió en el rostro y en los pies desnudos el puñetazo del frío. No le importó. Echó a correr en dirección al bosque, justo hacia la boca del camino por el que había llegado hasta allí horas atrás. Aquella trocha siniestra se zambullía en el tenebroso monte, pero a Víctor le pareció que ese era el camino hacia el paraíso.

Sin resuello, empezó a trotar sobre la nieve que cubría la senda, con mucho cuidado de que el velón no se apagase. Al aspirar con fuerza el aire helado, creyó sentir cómo se le forraban de escarcha los pulmones. Media hora más tarde era ya noche cerrada, y a su alrededor el bosque y sus alimañas crujían siniestros. Él, envuelto en las sábanas, tan solo era capaz de mirar al frente para contemplar su propio aliento helado. Parecía un espíritu doliente vagando por el monte, pero estaba vivo. Estaba vivo y aún no podía creérselo. Cruzó bajo la porticada que daba acceso a la finca sin detenerse. Anduvo durante horas completamente helado, con los pies ensangrentados y con claros signos de congelación. Sentía dolor en todo su cuerpo, una necesidad telúrica de descansar, pero el miedo seguía impulsando sus piernas. Quería escapar cuanto antes y lo más lejos posible de la pesadilla que acababa de vivir. De repente, tras una curva del camino, el bosque mudó brusco: ante él, campos en barbecho, repletos de mechones nevados, se extendían hasta donde alcanzaba la vista. La última cera del velón se derritió entre sus manos, pero, por fortuna, el sol ya empezaba a auparse sobre la línea del horizonte. El camino serpenteaba sobre los campos sin aparente fin.

«No..., por favor..., no...»

Completamente extenuado, Víctor cayó de rodillas. Llevaba horas andando, estaba hambriento y congelado, y sabía que no iba a ser capaz de seguir caminando por aquella senda que se perdía en el horizonte. Las lágrimas empezaron a empañar

sus ojos: lo que las larvas no habían sido capaces de hacer lo iban a hacer el frío y el cansancio.

—No quiero morir...

Acurrucado sobre la nieve, lloró desconsolado sin fuerzas siquiera para sentir frustración. Tras salvarse por un milagro, iba a morir de modo patético, de hambre y frío.

«No..., por favor..., no quiero morir...»

De repente, como si de un espejismo se tratase, surgieron en lontananza dos faros con una lucecita verde sobre ellos. Víctor, al verlos, sacó fuerzas de algún rincón de su cuerpo y se puso en pie, agitando los brazos sin importarle que las sábanas cayesen al suelo: un Patrol de la Guardia Civil se acercaba por el camino.

—A-aquí..., estoy... aquí...

Renqueó hacia el vehículo desesperado y desnudo, sin ser capaz de dejar de llorar. Los dos guardias civiles se asustaron al ver aparecer, de entre las sombras del amanecer, a un tipo desnudo y cadavérico que corría sobre la nieve. Frenaron en seco en medio del camino. Víctor también se detuvo. El portón trasero del Patrol se abrió y apareció la figura de una mujer joven. Ella empezó a correr y le dio el abrazo más cálido que él había sentido jamás: Bea lloraba inundándole de besos llenos de alegría. Mientras aún estaban abrazados, Víctor vio la gabardina inconfundible de Florentino Andrada acercarse por el camino, custodiada por los dos guardias civiles.

—Víctor Vega, queda usted detenido acusado del asesinato de Pilar Boluda y Antonio Santamaría.

Uno de los guardias avanzó sosteniendo unas esposas.

—Andrada, por..., por favor... —Tiritando, Víctor se separó de Bea y encaró al inspector—, ¿podría hacer una llamada, tan solo una llamada...?

El inspector dudó.

—Se lo ruego, Andrada.

El guardia civil, en pie junto a Víctor con las esposas en la mano, esperaba las instrucciones del policía. Este hinchó los mofletes y se quitó la gabardina a pesar del frío que hacía.

—Está bien, pero dese prisa. Como detenido tiene usted derecho a hacer una llamada en comisaría, pero supongo que da igual si la hace aquí mismo... —El inspector adoptó su eterno tono paternal—. Si quiere un consejo, le recomiendo que llame a su abogado. Y por el amor de Dios, échese encima esto, va a coger una pulmonía.

Víctor se puso la gabardina del policía y cogió tembloroso el teléfono móvil que Bea le tendía. A duras penas sus dedos agarrotados fueron capaces de marcar el número.

—Pam..., soy yo...

Al otro lado de la línea pudo escucharse un grito de alegría.

—¡Víctor! ¡Estás vivo! ¡¿Cómo te encuentras?!

—Pam, estoy bien, pe-pero necesito hacerte una pregunta...

—Víctor, tu voz suena...

—Pam, no hay..., no hay tiempo, tan solo hazme un favor..., coge el archivo de los chicos del Salvación y Pureza y busca la ficha de Claudio, de Claudio Serratosa, corre, Pam...

Un minuto más tarde su amiga estaba de nuevo al teléfono.

—¿La tienes?

—La tengo. No sabía que ese hijo de puta hubiese estado de niño también en el colegio.

—Pam, ¿quién es su benefactor?

—Bueno, aquí al lado de benefactor tan solo pone un número, como en todas. No hay nombre alguno.

—¿Un..., un número?

—Sí, Víctor. Junto a benefactor aparece solo un número. El uno.

## INVIERNO

Todo el frío de la meseta toledana parecía haberse colado por entre los barrotes del penal de Ocaña. El funcionario de prisiones se asomó a la celda y habló sin contemplaciones desde la puerta abierta.

—Tú, profe, arriba. Te esperan en visitas.

Echado sobre el camastro, Víctor levantó la vista del libro que leía y miró al guardia con extrañeza: no esperaba a nadie esa mañana, y estaba disfrutando con la relectura de *Las memorias de Adriano*. ¿Quién sería? Dobló la esquina de la página, echó el libro sobre el colchón y se dispuso a cruzar la galería del módulo de preventivos siguiendo al funcionario. Cuando este le abrió la puerta de la sala de visitas asignada, se encontró al inspector Andrada sentado tras la mesa. En la pared, un espumillón deshilachado dibujaba de modo patético un lema que en aquel lugar resultaba incongruente: «Feliz Navidad y próspero 2014».

—Andrada, ¿otra vez usted por aquí?

Víctor tendió la mano al policía y este se la estrechó con desgana. El guardia de prisiones cerró la puerta al salir y los dos hombres se sentaron frente a frente.

—Chico, me estás dando mucho trabajo...

Las ojeras del policía y el tuteo evidenciaban que estaba cansado. Su gabardina ajada permanecía abotonada: en aquel cubículo ciego, el aliento se materializaba gracias al frío.

—¿Qué es lo que pasa ahora?

El inspector hinchó los mofletes y se rascó el bigote antes de hablar. Por más que lo intentaba, le era imposible parecer amenazante.

—Vamos a ver, Víctor, me han llegado los informes forenses del cadáver de Claudio Serratosa, y los informes de balística... Me gustaría que te replanteases tu postura... Llevas ya un mes encerrado aquí, no puedes seguir negándote a colaborar con la investigación, acabarás pudriéndote en este tugurio.

El profesor miró al policía y esbozó una sonrisa llena de autocomplacencia: aquello era tan solo un mal farol.

—Andrada, usted y yo sabemos que eso no va a pasar. No soy un ratero de tres al cuarto, tengo un buen abogado y gracias a él sé que todo lo que tienen contra mí es circunstancial. —Se recostó en la silla—. ¿No tendrá por ahí un cigarrito? Aprovechémonos de que el único establecimiento público donde se puede fumar en España son las cárceles...

El policía negó con la cabeza, su rostro era solemne y resignado.

—A ver, ¿qué dicen esos informes?

El inspector se puso en pie y habló con las manos metidas en los bolsillos de sus pantalones de tergal gris. Con pinzas.

—El informe forense es demoledor. Ese desgraciado sufrió lo indecible antes de morir. Cuando llegamos a la cripta todavía respiraba..., era un amasijo de piel

sanguinolenta, pero todavía respiraba, murió mientras la ambulancia lo trasladaba a Pamplona. El forense me dijo que no había visto tanto sadismo y crueldad en su vida. —Florentino Andrada contemplaba implorante a Víctor con su cara mofletuda—. Por lo visto, esos dos tipos de los que me hablaste lo desnudaron y lo maniataron sobre la misma roca en la que tú estuviste prisionero. Una vez inmovilizado, con un escalpelo muy afilado, de cirujano, lo desollaron vivo. Pero el forense dice que emplearon una técnica tan depurada que consiguieron que no perdiese el conocimiento en ningún momento. Parece ser que es una práctica que proviene de los pastores nómadas mongoles..., pero ellos la utilizan con las ovejas. Esos dos criminales fueron entrenados durante la guerra de los Balcanes por exmilitares soviéticos curtidos en Siberia, mercenarios sin escrúpulos..., seguramente así es como aprendieron la técnica: lo mondaron como si fuese una manzana. La cara, el cuero cabelludo, las extremidades, el pene y el escroto... Tan solo le dejaron las uñas, los globos oculares y las aureolas de los pezones.

—¡No es necesario que entre en tanto detalle, joder! ¿Qué quiere? ¿Que vomite el desayuno?

El policía suspiró y volvió a clavar la mirada en el suelo.

—La crueldad humana nunca deja de sorprenderme... Después de desollarlo, esos dos degenerados cubrieron el cuerpo con los bichejos asquerosos esos que había en la fosa. Cuando llegamos, el viejo aún se retorcía, pero era insalvable; sin piel que protegiese su carne, esas larvas se dieron un banquete rápido. Todos los órganos internos estaban medio devorados, el forense dice que murió por fallo hepático y cardiaco. Le faltaban medio hígado, un pulmón y uno de los ventrículos del corazón. Aparte, claro está, de los globos oculares, la lengua...

—Cállese, hombre, me está poniendo enfermo... —Víctor tragó saliva—. ¿Se sabe algo de los dos rumanos?

—Sí, sus huellas estaban por todas partes. La Interpol nos mandó ayer los informes. Nicolae y Vlad Balan son en realidad Nicolae y Vlad Zanzir. Junto con su hermano Constantine se alistaron muy jóvenes en el ejército rumano. Con el estallido de la guerra de los Balcanes, se transformaron en soldados de fortuna, unos auténticos desalmados. Lucharon en todos los bandos a cambio de dinero, y cometieron atrocidades que prefiero no repetir, yo tampoco quiero vomitar el desayuno... Llegaron a España con nueva identidad y se introdujeron en los bajos fondos. Constantine murió en un asunto de drogas hace tres años, unos sicarios colombianos le ejecutaron; estuvo agonizando dos semanas en el Gregorio Marañón de Madrid. Allí aún le recuerdan las enfermeras porque se pasaba el día soltándoles frasecitas sentenciosas y pellizcándoles el culo. Nicolae y Vlad fueron por lo visto más prudentes, en España no tienen ningún antecedente.

—¿Los van a localizar?

—No tengo muchas esperanzas, se han esfumado por completo y a estas horas deben de estar ya en algún país del este. Esa gente es muy lista y tiene contactos, no

creo que jamás volvamos a saber de ellos... —Volvió a sentarse y encaró a Víctor—. En el registro de la casona en la que te encerraron encontramos un Ruger. Tenía huellas tuyas y de uno de los rumanos. Las pruebas de balística han confirmado que los cuatro tiros que le pegaron a Boluda fueron realizados con ese revólver.

Víctor se encogió de hombros antes de hablar.

—¿Y? Ya le dije, y lo firmé en una declaración jurada delante de mi abogado, que reconozco haber disparado a Boluda. Estaba ya muerta, usted lo sabe, yo lo sé y el forense lo ha dictaminado: solo puede acusarme de disparar a un muerto, y ahora han encontrado el revólver con mis huellas, ¿y qué? Eso solo confirma mi declaración.

—¡Víctor, por Dios! —Andrada perdió los nervios—. ¡Hay dos cadáveres encima de la mesa y tú sabes más de lo que dices! ¡Ayúdame a aclarar este entuerto o te juro que te vas a pudrir aquí el resto de tu vida!

Víctor nunca había visto tan fuera de sí al inspector. Era obvio que estaban presionándolo desde arriba para que avanzase en la resolución de los dos asesinatos. Muy calmado, se levantó y miró de frente al policía.

—Menos lobos, Caperucita. Punto uno, en este país ni violando y matando en directo por televisión una guardería entera te pasas la vida en la cárcel. Punto dos: sí, le disparé a un muerto, ¡soy culpable! Ya lo declaré, me había citado con Boluda, llegué a su casa y me la encontré muerta, y se me fue la pinza... ¡Enajenación mental, joder! Había un revólver en el cajón de su escritorio, y como no soportaba a la vieja, le metí cuatro tiros en el cuerpo y luego me fumé el cigarrillo que le colgaba de la boca. Estoy como un cencerro, ¿y qué pasa? Eso, en un juzgado español, es tan solo una pro-fa-na-ción-de-ca-dá-ver, con la atenuante de enajenación mental transitoria. ¿Lo pillas o se lo vuelvo a explicar?

Su tono era jactancioso y retador.

—Jurídicamente cometí el mismo delito que cometen últimamente los gitanos cuando abren tumbas en los cementerios para llevarse dientes de oro y anillos. La sentencia máxima con nuestras leyes por una profanación de cadáver es de cinco meses: como no tengo antecedentes, antes de un mes estaré fuera de aquí. Lo sé yo y lo sabe usted. Así es que menos chulerías, Harry el sucio. Y si no le gusta lo que oye, se va a manifestarse al parlamento para que la mierda de políticos que tenemos cambien el código penal..., que, estoy de acuerdo con usted, es de chiste.

Florentino Andrada sabía reconocer una derrota. Ambos se sentaron y Víctor siguió hablando, más calmado.

—Y otra cosita. Gracias a mí se ha apuntado un buen tanto, ha resuelto treinta y siete desapariciones de niños. —El rostro de Víctor ahora era grave—. Creo que sus superiores pueden estar muy contentos con usted.

El inspector habló sin fuelle, incapaz de seguir encubriendo la humillación tras una pátina de enfado.

—En la finca, por el momento, tan solo hemos localizado cuatro cuerpos. Aquello es inmenso.



—Siga buscando. Tienen todos los cráneos, es la mejor prueba de que ese loco no mentía. Él me dijo que todos los niños los enterró allí.

Se hizo un silencio denso e incómodo en la sala de visitas, un silencio que el frío se encargó de congelar en el tiempo hasta hacerlo parecer eterno. Al final, Víctor habló.

—Mire, usted no me cae mal... No se tome mi falta de colaboración como algo personal. Tendrá que reconocerme que el tiro que me pegó cuando yo colgaba como un jamón del cable de teléfonos fue una chulada innecesaria, y confieso que ese tiro me dolió más que si me lo hubiese pegado en los cojones. Pero todo eso ya está olvidado, pelillos a la mar... —Dibujó una sonrisa truncada—. Soy inocente, usted lo sabe, yo no maté ni a Boluda ni a Santamaría. ¿Quién lo hizo? Tendrá que resolverlo usted... y sin mi ayuda.

—No entiendo por qué te obcecas en no colaborar...

—Deje ese tema, por favor. Ya se lo dije, eso es asunto mío.

Al policía le sonó el móvil en el bolsillo de la gabardina.

—Cariño, luego te llamo, ahora estoy liado.

Colgó brusco y se quedó mirando el teléfono, ensimismado.

—Se ha modernizado, Andrada.

—¿Esto? —Sopesó el Samsung nuevo que sostenía en la mano—. Regalo de mi mujer. Un desperdicio de dinero si le digo la verdad...

Antes de continuar, atravesó a Víctor con ojos cansados.

—¿No vas a cambiar de opinión?

El profesor permaneció en silencio. Florentino Andrada salió de la sala de visitas sin despedirse. Cinco minutos más tarde, el funcionario de prisiones abrió de nuevo la celda del reo. Víctor se desperezó y observó con curiosidad su camastro: sobre él, junto a *Las memorias de Adriano*, yacía un paquete. En su ausencia habían repartido el correo. Se sentó en el borde de la cama y sopesó el bulto. El envoltorio era de papel de estraza y llevaba pegada, junto a los sellos, una etiqueta mecanografiada con su nombre y la dirección de la prisión. Matasellos de Madrid y sin remite. Desgarró el papel de estraza, para toparse con una caja de zapatos Camper. Al destaparla, pudo ver unos seiscientos folios impresos a una cara sin encuadernar. En el primero podía leerse tan solo un título: *Dejad que los niños se acerquen a mí*. Por ningún lado aparecía el nombre del autor. Víctor retiró esa primera página, se alargó sobre el camastro y empezó a leer.

*Todo el mundo debería tener un lugar en el mundo donde ir a recoger, muy de vez en cuando, cachitos de melancolía. Trocitos de días de verano llenos de amor con sabor a sal y aceite de oliva. A ese rincón del mundo donde se vivió el primer amor de juventud, donde se dio el primer beso verdadero, habría que volver siempre solo: es el único modo de que ese lugar conserve su magia y te permita revivir una felicidad ficticia y triste,*

*entreverada de nostalgia, parecida al placer doloroso que de niños sentíamos al apretarnos las moraduras. Todo el mundo debería, por salud mental, tener ese lugar en el mundo en el que ir a recoger cachitos de tierna melancolía. Yo jamás lo tuve. No lo tengo y nunca lo tendré, porque mi juventud fue un infierno que tan solo me dejó en herencia unas incontenibles y perpetuas ganas de llorar. Con cuidado de que las lágrimas no emborronen estas páginas, voy a contarles mi historia...*

Las siguientes seiscientas hojas eran la autobiografía de Hugo Mendoza. Abarcaba exclusivamente sus años de niñez y juventud, finalizando a los dieciocho, cuando decidió escaparse de la casa de Claudio Serratosa. La obra estaba escrita en formato diario, en tiempo presente y primera persona, confiriendo así un dramatismo real y palpable a los episodios espeluznantes que el autor había vivido a manos de su abusador. Los nombres de los personajes eran los originales, incluido el del propio escritor. El lector podía llegar a creer que Hugo Mendoza había escrito una novela de ficción sobre un personaje llamado Ezequiel Torres.

El estilo diario, que arrancaba en la mañana del 26 de abril del 69, cuando el autor tenía seis años, había sido depurado de un modo tan magistral que el lector, en las primeras páginas, creía estar leyendo las notas confusas y asustadas de un niño, incapaz todavía de expresar de un modo coherente lo que vive y lo que siente. Víctor, al leerlas, llegó a pensar que Hugo Mendoza había rescatado para la novela las páginas de un verdadero diario que quizás el niño Ezequiel hubiese escrito durante su tormentosa infancia en el orfanato. Ese registro narrativo infantil iba evolucionando, hasta convertirse al final de la novela en un alegato bien armado estilísticamente. Un alegato contra la injusticia, contra el poder del fuerte sobre el débil, contra la indiferencia.

Tal y como Víctor había previsto, el manuscrito era una bomba de relojería contra el Sacrum Corpus. Denunciaba la pasividad de La Misión ante el sufrimiento de los internos del colegio, los apoyos e influencias que Claudio Serratosa había recibido para conseguir la adopción de Ezequiel, la función oculta del orfanato Salvación y Pureza como *criadero de bastardos*. El lector iba desarrollando una complicidad involuntaria con el dolor del protagonista, protagonista arrollado por acontecimientos desgarradores que poco a poco, conforme la novela ganaba en profundidad emocional, iban escarbando en los miedos más íntimos de Ezequiel Torres. La lectura acababa siendo una atractiva y enfermizamente morbosa sucesión de reflexiones psicoanalíticas impregnadas de un neuroticismo plenamente justificado, un neuroticismo con el que el lector iba empatizando más y más. ¿Cómo era posible que el ser humano pudiese llegar a ser tan retorcido y cruel? Por supuesto, Hugo Mendoza no respondía a esa pregunta. Ni tan siquiera la planteaba. Su escritura magistral era capaz de hacerla brotar de forma espontánea en la mente del lector, consiguiendo que este creyese que esas reflexiones metafísicas eran tan solo fruto de su propia

sensibilidad: justo lo que Víctor siempre había pensado que diferenciaba a los buenos escritores de los genios de la literatura. Nunca explicitan.

Ezequiel Torres sentía asco de sí mismo, a la vez que se esforzaba por salvaguardar resquicios de autoestima. El ser que le había engendrado era el mismo que le torturaba de manera enfermiza, y aquella dualidad le había transformado en un despojo emocional. Por ningún lado, sin embargo, había referencia alguna al padre de su progenitor, al benefactor número uno. Ese secreto seguramente Claudio Serratosa se lo había llevado consigo a la tumba. Todo el manuscrito supuraba soledad, derrota, amargura resignada. No era el diario de un valiente, era el retrato veraz y creíble de un ser al que le habían enseñado a temer a la vida. El único rasgo heroico de la obra residía en el propio hecho de haber sido escrita: Ezequiel Torres se desnudaba ante el lector como solo puede hacerse cuando el autor finge estar escribiendo ficción.

El párrafo final de la novela condensaba su desesperanza:

*La gente, los otros, son los que nos ayudan a superar el vértigo pavoroso que nos asalta al tomar clara conciencia de que estamos solos en la inmensidad del universo, y de que en cualquier momento una ráfaga de viento cósmico nos reducirá a polvo. Cuando no hay «otros», cuando estás condenado a la soledad mineral, ese vértigo pavoroso tan solo lo pueden combatir la locura, la religión o el arte. Yo elegí el arte. Y es entonces cuando te quedas ensimismado escuchando una sinfonía o contemplando un cuadro, sin darte cuenta de que, en realidad, frente a ese cuadro, te estás contemplando a ti mismo cruzando galaxias a la velocidad de la luz con un único destino: la nada.*

## PRIMAVERA

Víctor y Ana, arrebujados para combatir el frío y la lluvia, esperaban en la terraza del café Princesa un chocolate caliente. Bajo las arcadas desdentadas y negruzcas de la plaza Mayor de Madrid, a esas horas de la mañana, tan solo se veían oficinistas cabizbajos que cruzaban los soportales como si fuesen espectros: Felipe III, soportando estoico el agua sobre su montura, era el único que permanecía en el centro de la plaza bajo los nubarrones.

—¿Cómo estás, Ana?

—No, Víctor, *cómo estás tú*. No soy yo la que salió ayer de la cárcel.

Ella intentó sonreír, pero su rostro triste tan solo fue capaz de esbozar una mueca deslavazada.

—¡Yo estoy genial! En el fondo me han hecho un favor: ningún escritor que se precie puede permitirse ni una infancia feliz ni haberse librado de la cárcel. Carecería por completo de credibilidad.

Ana alegró la cara ante la broma, pero el gesto fue forzado.

—Víctor, perdóname por no haber ido a visitarte. Pensarás que soy una caradura, te meten en la cárcel por mi culpa y me olvido de ti...

—Ana, no digas tonterías...

—No, déjame que acabe, por favor. —Ella alzó ligeramente la voz para imponerse—. Sé cuándo debo pedir una disculpa, y a ti he de pedirte varias. Te he metido en un lío que casi te cuesta la vida, y al menos debería haberte ido a visitar a Ocaña. Te llamé por teléfono, pero eso no es suficiente. Solo espero que entiendas...

Bajó la mirada y empezó a darle vueltas al anillo de casada.

—Mi única disculpa es que estoy destrozada, Víctor. No duermo, no como. Se me cae la casa encima, me levanto y salgo a caminar sin rumbo por la ciudad, intentando olvidar, pero... He quedado contigo aquí a las ocho de la mañana porque sabía que desde las cinco estaría despierta recorriendo las calles sin saber dónde ir, sin saber qué hacer con mi vida... Nunca me he sentido tan desolada.

Empezó a llorar justo cuando el camarero traía dos chocolates humeantes. Ante la presencia extraña, se recompuso con dignidad y murmuró una sonrisa acompañada de un «gracias» suave.

—No hay por qué darlas, señora.

El camarero se dio la vuelta garboso y desapareció.

—Ana, es normal que estés destrozada. Acabas de perder a tu marido, necesitas tiempo.

Ella le miró contenida, sin prestarle atención al chocolate.

—Víctor, por favor, no me trates como a una niña. Sabes que fue culpa mía el que la caja de los truenos se abriese. Ojalá hubiese dejado descansar a los muertos... — Giró el rostro y se quedó contemplando ensimismada a las gotas de lluvia repiquetear sobre las losas de la plaza—. Antonio ha muerto, y tú y yo sabemos que lo más

probable es que haya sido a manos del que supuestamente era mi difunto exmarido.

Una sonrisa llena de dolor cínico apareció en su rostro.

—No deja de tener su gracia: pierdo un marido que estaba vivo, y gano otro que estaba muerto... y que es un asesino.

Sus labios finos se desdibujaron en una expresión indefinida.

—Ana, deja de torturarte. No puedes responsabilizarte por los actos de un pobre demente, del que además todo lo que tenemos son conjeturas. Quién sabe si está en realidad vivo, quién sabe si...

—Todo encaja, Víctor, todo encaja. —De nuevo encaró con ojos llorosos y derrotados a su interlocutor—. Hugo era un pobre enfermo que escapaba de su pasado, y no fue capaz de pedirme ayuda a mí para dejar de huir. A mí, a la persona que se suponía que era su... Tan solo fui un personaje más en su partida de ajedrez, y ahora Hugo tiene otro nombre y vive en otro lugar, y quizás está casado con otra mujer que también cree que es el centro de su vida. Y yo, idiota de mí, por querer saber la verdad, me encuentro más sola que nunca...

Víctor soltó el tazón de chocolate y le tomó la mano para evitar que volviese a llorar.

—Ana, te prometí que lo encontraría y lo haré cueste lo que cueste. Te juro que...

—¡No! No, Víctor, por favor. Ya está bien. —Por primera vez desde que se habían sentado, ella mostró energía y determinación—. Ya ha sufrido demasiada gente por mi culpa: si Hugo quiere permanecer oculto y anónimo el resto de sus días, dejémosle en paz. No puedes ni imaginarte el dolor que siento al pensar que la muerte de Antonio ha sido culpa mía, también la muerte de Boluda..., incluso la de ese degenerado que te torturó en la cripta. Todo eso no habría pasado si yo no me hubiese obsesionado con encontrar a Hugo... Has de prometerme que aquí acaba todo este asunto. Por favor, te lo ruego..., hazlo por mí.

Los ojos de Ana se clavaron temblorosos en los de Víctor.

—Prométemelo, Víctor, por favor, prométemelo.

—Ana..., pero... —Dudó unos segundos—, está bien, te lo prometo.

Ella, más tranquila, soltó la mano de Víctor y cogió su tazón.

—Pero, Ana, ten claro que no tienes culpa de nada. A Antonio ya lo había intentado matar años atrás saboteándole los frenos del coche, y en ese momento yo no había aparecido en escena. A Boluda seguramente Hugo la mató porque estaba empeñada en silenciar su obra y proteger así a la cúpula del Sacrum, que consintió y tapó las aberraciones que sufrieron los chicos de ese colegio. Y tú en eso no has tenido nada que ver. Además, honestamente, creo que el mundo es un sitio mejor después de la muerte de Claudio Serratosa, no tengas remordimientos.

Ella se limitó a dejar el tazón sobre la mesa para contemplar de nuevo la lluvia con rostro abstraído. Pasaron unos segundos largos y cadenciosos que Víctor no se atrevió a rasgar. Fue Ana la que habló de improviso sin dejar de contemplar la lluvia.

—¿Qué es lo que metería dentro del baúl?

—¿Cómo?

—Me pregunto qué podía ser tan importante para Hugo, qué metió allí dentro el día que decidió dejarlo todo..., dejarme a mí...

Víctor reflexionó antes de hablar.

—No creo que nunca lleguemos a saberlo, Ana. Quizás pertenencias personales, o, más probablemente, alguna lancha neumática hinchable con la que abandonar el *Quimera* tras encallar.

Pasaron varios minutos en los que el frío y la humedad fueron calando en los espíritus de la pareja, guarecida bajo los soportales, pero expuesta a los recuerdos.

—¿Cómo os va a Bea y a ti?

Él sonrió antes de responder.

—Cuéntame antes la versión de Bea, tengo curiosidad.

—No conozco la versión de Bea.

—¿No has hablado con tu hermana?

—Hace semanas que... —Abandonó la lluvia y encaró a Víctor—, que no he hablado con nadie de nada.

Ana cruzó las solapas del abrigo de piel para protegerse del frío.

—Pues la verdad es que como pareja de presidiario tu hermana se ha portado genial. Ha venido a verme todos los días a la cárcel, y me traía tabaco y comida decente, que es lo que se supone que debe hacer la novia de un reo. Tan solo eché de menos una lima dentro del bocadillo.

Él sonrió creyendo que con la broma podría esquivar la cuestión, pero no picó el anzuelo.

—Víctor, ¿cómo os va a Bea y a ti?

Su rostro sereno dejaba claro que la pregunta seguía suspendida en el aire: él podía responderla o no libremente, pero no esquivarla.

—Pues..., Ana, alguien me dijo una vez que un hombre cuajado es aquel que es capaz de mantener dos sentimientos opuestos en la cabeza sin que esta le estalle. —Ahora se miraban como si fuesen dos viejos púgiles ya sonados, con ojos descreídos y cansados—. Yo lo estoy intentando, Ana, me estoy esforzando..., te juro que me estoy esforzando, y Bea también. No sé cómo nos irá, pero por ahora estamos bien. Y aunque la gente crea que fue una locura casarnos el mes pasado, creo que es lo mejor que hicimos, es parte del esfuerzo: los dos sabemos así que esto va en serio.

Ahora fue Ana la que entendió que no debía romper el silencio. Tras unos segundos en maceración, los sentimientos de Víctor hablaron de nuevo.

—Cuando estaba en la cripta, convencido de que jamás saldría de allí con vida, mi único refugio fueron mi hija Sofía y Bea. Y además la sensación hacia ambas fue muy parecida: una pena inmensa, una lástima imposible de describir... Yo creo que sentía pena al saber que no podría disfrutar de ellas nunca más. ¿No crees que eso significa algo?

Ella sonrió antes de hablar.

—Sí, significa que eres un buen padre y que estás enamorado de mi hermana. — Su rostro esbozó un resquicio de alegría—. Sé listo, Víctor, sé listo, no hagas como yo... Dios nos puso los ojos delante para que mirásemos al frente... Olvídate del pasado, prométeme, por favor, que no le harás pagar a Bea algún día por..., por *aquello*. Prométemelo, ni ella ni tú os lo merecéis.

—Te lo prometo. —Le cogió la mano y dibujó una sonrisa divertida con la que intentó desbravar la solemnidad del momento, ya un poco rancia—. Pero si fuera listo, abandonaría a tu hermana ahora mismo... ¡en defensa propia! Y ya me has sacado dos promesas en una misma conversación... Esto de trabajar para ti es muuuuuy cansino.

Ana le devolvió la sonrisa.

—Eso, *mi querido empleado*, me recuerda una cosa. —Cogió el bolso que descansaba en la silla de al lado y rebuscó dentro de él—. Esto es para ti, te lo has ganado bien ganado.

Extendió el brazo sobre la mesa y le tendió a Víctor un cheque. Este lo tomó y durante varios segundos guardó silencio.

—Un..., un millón de euros.

—Sí, Víctor, un millón de euros. Te has jugado la vida por mí y creo que lo mereces de sobra. —Acentuó su sonrisa dulce—. Y te ruego que te olvides del orgullo, es *solo* dinero.

Él se echó mano al bolsillo del abrigo y sacó un mechero y un cigarrillo. Se encendió el cigarrillo y a continuación sostuvo con el pulgar y el índice el cheque por un extremo, mientras por el otro le prendía fuego. Arrojó el papelillo al suelo para ver cómo se consumía bajo un chirimirí incapaz de apagarlo.

—Víctor, ¿por qué has hecho eso?

—En primer lugar, porque no he cumplido mi misión: te prometí que averiguaría el origen de los libros, y no lo he hecho. Tan solo te he presentado conjeturas razonables, pero sin prueba alguna. Y en segundo lugar, porque en toda esta aventura he aprendido más que en el resto de mis años de vida. Solo con eso me siento ya muy bien pagado.

—¿Has aprendido? ¿Qué has aprendido?

Ahora fue él quien se quedó observando ensimismado la lluvia.

—He aprendido sobre mí mismo, sobre qué tipo de persona soy. En estos últimos meses la vida me ha puesto a prueba, y es ahí donde alguien inteligente es capaz de sacar conclusiones sobre quién es y qué quiere. Solo un idiota puede creer que sentadito en su casa, instalado en sus inercias y rumiando interiormente sobre ellas, va a conocerse a sí mismo... con la inestimable colaboración de Facebook y sus *memes* trascendentes a lo Paulo Coelho: *No necesitas explicar tus sueños, ellos te pertenecen...* 3.000.000 de *Me gusta*, 1.000.000 de *Comentarios*. —Pensativo, le dio una calada larga y cínica a su cigarrillo—. Todo eso es mierda, Ana, pura mierda..., parálisis por análisis. La vida está ahí fuera, y si no alargas el brazo para cogerla, te

pasa en un santiamén sin darte ni cuenta... Ve a buscar entonces al puto Facebook. Si John Lennon viviera ahora, nos diría que la vida es *eso que pasa* mientras tú estás mirando el móvil.

Intentó, sin conseguirlo, transmitir certeza con la mirada.

—Ana, sin acción no hay reflexión. Ya sé que parece un anuncio de neumáticos, pero es la puta realidad.

—¿Y qué has aprendido sobre ti gracias a *la acción* de los últimos meses?

Víctor frunció los labios antes de responder.

—Pues he aprendido que estoy lleno de miedos, pero que puedo llegar a ser valiente. Que a veces pecho de chulo, pero no soy una mala persona. Que soy un egoísta sentimental, pero que, si me enseñan, puedo ser generoso. He aprendido que soy..., que soy como todos los seres humanos, un cúmulo de contradicciones.

—Bienvenido al club de la autoconciencia, Víctor. Te advierto que esto es una secta; una vez que empiezas a reflexionar para conocerte a ti mismo, ya no puedes parar..., y ahí va otra frase de anuncio que ya quisiese haber escrito Paulo Coelho: cuando haces *pop*, ya no hay *stop*.

Ambos rieron. Ella entonces volvió a rebuscar en su bolso y extrajo un sobre por cuya solapa sobresalían varios folios doblados.

—¿Qué es eso?

—Víctor, soy más lista de lo que crees, sabía que no ibas a aceptar el cheque. Así es que esta va a ser tu retribución por todo lo que has hecho por mí. Y aquí sí que no admito discusión alguna: *eso...* —Señaló con el dedo el sobre que descansaba sobre la mesa— es tuyo.

Víctor, intrigado, sacó del sobre los folios y empezó a leer.

—Esto... parece un contrato.

—Sí, Víctor, es un contrato. Como verás, está firmado por mí. En él te cedo, sin contraprestación alguna, todos los derechos sobre la obra de Hugo Mendoza *Dejad que los niños se acerquen a mí*.

—Pero..., pero Ana... —Víctor estaba abrumado, no se esperaba aquello—, tú eres quien..., tú debes decidir qué va a pasar con el manuscrito, si debe publicarse o no. Además, esos derechos valen millones...

—Víctor, yo no sé si ese libro debe publicarse. Ni lo sé ni nunca lo sabré. ¿Y sabes por qué tengo esas dudas? Pues porque en realidad nunca conocí a mi marido. Gracias a ti me he dado cuenta de que conviví con él durante años, pero no fui capaz de rascar ni unos milímetros bajo su superficie, no me acerqué ni por asomo a su verdadero yo... —La nostalgia y unas gotas de angostura humedecieron su mirada—. Ahora he entendido que la frase que él mismo escribió es de una precisión que da miedo: *A veces inventamos personas, y las inventamos tan bien y tan a nuestra medida que se hace muy difícil olvidarlas. Y muy doloroso. Es como si mataras algo en tu interior, porque, en efecto, solo es allí donde han habitado.*

Suspiró triste antes de proseguir.



—El Hugo Mendoza maravilloso que yo conocí me lo había inventado. Tú me descubriste todo eso, y creo que has llegado a conocer a mi marido mejor de lo que le conocí yo, cegada como estaba por un amor ingenuo e infantil. Además, si Hugo decidió enviarte esta vez el manuscrito a ti en lugar de enviármelo a mí, fue por algo: yo creo que él quiere que seas tú quien tome la decisión. Así es que... haz con ese libro lo que quieras.

—Pero...

—Víctor. Ya te lo he dicho, esto no admite discusión. —Dibujó una sonrisa maliciosa—. ¿No querrás que perdamos la amistad por una tontería como esta?

Él la contempló aún aturdido. Con la lluvia como telón de fondo tras sus cabellos rojizos, y envuelta por la luz plomiza de la mañana, Ana parecía más que nunca una Lady Ginebra delicada pero tozuda.

—Me dejarás al menos que te invite al chocolate.

—Hecho. Por cierto, ¿tienes algo que hacer ahora?

—No, ¿por qué?

Víctor dejó un billete sobre la mesa, cogió el sobre, y empezó a caminar junto a Ana bajo los soportales de la plaza.

—¿Te apetece conocer el origen del *irresistible atractivo* de las hermanas Cifuentes? —A pesar de la amargura de su rostro, la sonrisa era divertida.

—¡Cómo no! ¿Dónde está ese elixir?

—Pues en una residencia para ancianos en Aranjuez. Me voy ahora a visitar a mamá, ¿te apetece acompañarme?

—Por supuesto, me apetece un montón conocer... a mi suegra.

Ana rio débil y tomó del brazo a Víctor, bajo la atenta mirada de Felipe III, que seguía montado en su caballo bajo la lluvia.

Ana y Víctor esperaban en silencio, sentados en un banquito en medio de un jardín inglés. La tormenta había escampado y el sol iluminaba una calma fresca y humeante de rocío.

—Ahí viene mamá.

Por el sendero que conducía al edificio principal, apareció una anciana con un abrigo de astracán que la cubría desde el cuello hasta los tobillos. La acompañaba un enfermero fornido que a pesar del frío tan solo llevaba encima una bata blanca de manga corta.

—Señora Cifuentes, aquí le traigo a su princesa. Cuídemela bien y que no coja frío, le viene bien airearse, pero la mañana es fresquita.

—Descuida Alfonso, está en buenas manos.

El enfermero, tras dedicarle a la anciana una caricia tierna que chirrió con su aspecto de estibador portuario, se marchó silbando alegre.

—Ven, mamá, dame dos besos y siéntate aquí a mi lado. Te presento a mi amigo Víctor. Víctor, esta es mi madre, Margarita.

Él se quedó observando a la anciana, que sonreía temerosa: Margarita tenía la misma cara angelical que su hija Ana, pero después de ser vapuleada sin conmiseración por los años. Era la abuelita buena de un cuento, con unos ojos dulces que ya estaban huecos. La enfermedad les había permitido sobrevivir, pero vaciándolos por dentro. Eran como dos flores cortadas y ya sin vida hincadas en un trozo de corcho amarillo.

—Hola, Margarita, ¿cómo se encuentra hoy? Se ha arreglado el día, qué solecito tan bueno nos hace...

La anciana desvió la mirada hacia su hija y de nuevo encaró el rostro del extraño que había venido a visitarla: parecía estar olfateándolo como un perro olfatea su nueva estera, con curiosidad y desconfianza.

—Mamá, no tienes nada que temer, Víctor es un amigo.

Al final, vergonzosa, agachó sus ojos fofos y se aferró al brazo de su hija como si fuese una niña tímida. El césped bien cuidado, y los macizos de crisantemos y begonias tras ella, la hacían parecer ya una habitante del paraíso celestial. De repente habló, acurrucando su cuerpecito menudo contra el costado de su hija.

—París.

Víctor miró a Ana intrigado. Esta se encogió de hombros.

—Mamá desde hace muchos años solo dice la palabra *París*. —Se giró hacia Margarita y le habló con mucho cariño—. Es porque te acuerdas de tu viaje de novios, ¿verdad, mamá?

La anciana, con la mirada perdida en el horizonte, se arrebujó con ternura contra el brazo de su hija y murmuró de nuevo entre dientes.

—París.

Parecía estar hablando consigo misma, como si intentase recordar retazos de su vida que se habían encasquillado para siempre entre los mil pliegues que plisaban su rostro y su cerebro.

—Vamos, mamá. Daremos un paseo, ya sabes que estirar las piernas le va muy bien a tu circulación.

Se pusieron en pie y empezaron a caminar en silencio entre los parterres del jardín. Margarita iba en medio, cogida del brazo de su hija y lanzando de vez en cuando recelosas miradas hacia Víctor. Ana rompía el silencio en ocasiones para formular preguntas sencillas: «¿Qué te ha preparado hoy para desayunar Alfonso?», «¿Has estrenado ya el camisón que te compré?», «¿Para tu cumpleaños quieres la tarta de chocolate de todos los años?». Margarita no respondía a esos estímulos, su estado degenerativo era a todas luces muy avanzado. Aparentemente, la única reacción neurológica ante los comentarios de su hija era pronunciar, como si se tratase de un mantra, su palabra talismán: *París*.

—Mamá, ¿sabes una cosa?

Ana soltó el brazo de su madre y se acercó a un macizo de siemprevivas en flor.

—¿Sabes quién es la mujer de Víctor?

Hizo un ramillete simpático y a continuación se irguió para plantarse ante su madre.

—Anda, adivínalo, mamá. No te puedes ni imaginar quién es la mujer de Víctor desde el mes pasado...

Con mucha gracia y entre sonrisas, Ana prendió el ramillete en el pelo mortecino de su madre. Con aquel tocado Margarita parecía una novia esquelética, triste y abandonada.

—Vamos, mamá, ¿no te atreves a intentarlo?

La anciana entonces se desentendió de su hija y se giró muy seria hacia Víctor. A este un calambre le recorrió el espinazo al sentirse descerrajado por aquellos ojos huecos. Margarita habló muy despacio: por primera vez desde hacía años, y ante los oídos estupefactos de su hija, compuso una frase dedicada al extraño que había venido a visitarla.

—Ten cuidado con París.

En cuanto Víctor abrió la puerta del apartamento de Alcalá, el aroma inconfundible de un arroz con bacalao le acarició el rostro. Bea estaba en la minúscula cocina-baño trasteando entre pucheros.

—¿A que no sabes a quién he conocido hoy?

—¿Barak Obama? ¿El pato Donald? Una pistita no estaría mal...

Entre sonrisas, ella seguía removiendo el arroz, cuando de repente sintió un azote en el trasero.

—Qué boba estás. He ido a conocer a tu madre.

Bea soltó el cucharón y se giró con rostro sorprendido.

—¿A mamá? ¿Has ido a ver a mamá?

—Sí. Después de hablar con tu hermana, me dijo que si quería acompañarla a la residencia. Y para allí que me fui a conocer a mi suegra.

Víctor compuso una sonrisa de oreja a oreja, cogió de la cintura a Bea y se la acercó con fuerza para darle un beso.

—Pobrecita, habrás visto que está fatal.

Él asintió sin soltarle la cintura.

—Sí, la verdad es que sí... —Cerró los ojos y aspiró con fuerza—. Ese arroz huele de maravilla, mmmm... tengo hambre.

La volvió a besar.

—Le faltan cinco minutos. Y suéltame o se me va a quemar, no lo quiero seco, lo quiero meloso.

Bea se desembarazó de los brazos de Víctor para girarse de nuevo hacia el hornillo. Él se apoyó contra el marco de la puerta.

—¿Sabes que tu madre nos ha dado un susto de muerte?

—¿Mamá? ¿Por qué? ¿Qué ha hecho?

—Pues ha dicho una frase entera.

—¿Una frase?! —Bea se giró de nuevo hacia Víctor, sorprendida—. ¡Si mamá hace años que tan solo pronuncia la palabra París!

—Sí, lo sé.

—Pasó allí la luna de miel. Nos dijo el neurólogo que es normal, los enfermos de alzhéimer en sus últimas fases acaban anclándose a uno o dos recuerdos muy fuertes de su pasado lejano. No puedo creerme que haya pronunciado una frase entera...

—Pues sí. Ha dicho una frase... y me la ha dicho a mí.

—¿Y qué te ha dicho?

—Me ha dicho muy seria: «Ten cuidado con París».

—¿Nada más?

—Nada. No ha habido manera de sacarle ni una palabra más.

A Bea se le llenó la cara de tristeza y volvió a girarse hacia la cazuela donde rebullía el arroz.

—Pobrecita, está ya completamente senil. A saber cómo se le ha ocurrido eso... Tendrías que haberla conocido de joven, mamá era guapísima, y la más inteligente de la familia.

Víctor se acercó por detrás y cogió de nuevo la cintura de Bea.

—¡Víctor! ¡Ahora no! —Le apartó con un codazo tierno—. Por tu culpa me he convertido en una amita de casa hacendosa y llevo dos horas preparando este arroz, no voy a permitir que se me queme porque tú vayas más caliente que este fogón. — Se giró hacia él sonriendo—. Haz algo útil, ve poniendo la mesa. Por cierto, un mensajero te ha traído una carta.

Víctor la miró con extrañeza.

—¿Para mí? No le he dado esta dirección a nadie.

—Pues ábrela y sal de dudas. Está junto al sofá. Yo voy en cinco minutos, esto ya está casi listo.

Víctor salió al salón y se sentó en el sofá. La carta llevaba el sello de UPS, su nombre y la dirección de la buhardilla de Alcalá, pero no constaba remite alguno. La abrió y sacó su contenido: una pequeña nota manuscrita y lo que parecía ser un billete de avión. Atónito, curioseó primero el billete. Era un pasaje a su nombre para un vuelo de Iberia Madrid-Londres que salía de Barajas el lunes de la semana próxima. Primera clase. Sin entender nada, leyó la nota manuscrita.

*Estimado señor Vega:*

*Me gustaría que me hiciese el honor de tomar el té conmigo el lunes de la semana próxima. Le espero a las cinco en punto en el salón Nelson del hotel Goring.*

*Un afectuoso saludo,*

*Augusto Castro de Hinojosa*

*Custodio Supremo del Sacrum Corpus*

*P. D. Le recomiendo encarecidamente que el taxi le deje en Westminster. El paseo hasta el hotel es encantador en esta época del año.*

Víctor desatendió el consejo del custodio supremo y en Heathrow le indicó al taxista que le llevase directamente al hotel Goring. Había hecho algunas averiguaciones y en efecto, Augusto Castro de Hinojosa dirigía el Sacrum Corpus, era su máxima autoridad desde la muerte del Santo Padre Fundador. Pero, a pesar de esas averiguaciones, que concordaban con la nota recibida, a Víctor no le pareció prudente pasear solo por las calles desiertas de un barrio desconocido de Londres: ya habían intentado matarlo, y Hugo Mendoza seguía suelto y nadie sabía cuáles eran sus intenciones. Era mejor ser prudente, podía tratarse de una trampa.

Las callecitas del selecto barrio de Belgravia, con sus álamos alfombrando de hojas secas las aceras, ofrecían un aspecto melancólico y encantador. El taxi le dejó frente a la fachada eduardiana del hotel Goring, coqueta y sobria como una anciana inglesa de clase alta. Un portero con chistera, enfundado en una estridente casaca amarilla, le abrió la puerta. Al entrar se hizo evidente para Víctor por qué el Goring era uno de los hoteles más lujosos y discretos de Londres: no se oía nada. Ni a nadie. A pesar del ir y venir de los empleados y huéspedes por el vestíbulo del hotel, el silencio era absoluto. Tan solo la moqueta emanaba un ligero rumor de pasos apagados.

Con su inglés macarrónico, Víctor preguntó en recepción por el salón Nelson y un empleado solícito salió de detrás del mostrador y le acompañó hasta las majestuosas puertas de caoba que daban acceso a una sala contigua al vestíbulo. Allí, tan silencioso como había llegado, el empleado de recepción desapareció. Víctor oteó el salón en busca de su anfitrión: una docena de personas se esparcían aquí y allá sentadas en butacones estilo inglés, conversando entre susurros imperceptibles bajo la severa mirada del almirante Nelson, cuyo cuadro colgaba en la pared sobre la chimenea encendida. Tres camareros vestidos de negro y con corbatas color canario trajinaban muy serios arriba y abajo. Aquel amarillo chillón parecía ser el color del hotel.

Víctor no tardó en localizar a Augusto Castro de Hinojosa, era el único hombre solo en la sala. Le delataba, además, el resplandeciente crucifijo de oro que reposaba sobre la pechera de su *clergyman*, que contrastaba con los tonos mortecinos y los rostros ocres de aquella merienda victoriana.

«Allá vamos... Contrólate y mantén la calma.»

Hubo contacto visual. El custodio supremo era delgado y nervudo. Mejillas

huesudas, perilla incisiva, ojos astutos, carnes magras. Al ver cómo su invitado se acercaba, el religioso se puso en pie y le ofreció una mano mustia volcada hacia el suelo.

—El señor Víctor Vega..., es un placer conocerle en persona.

En el dorso de la mano, la amatista del anillo que le identificaba como custodio supremo refulgía sin pudor: el gesto no parecía soberbio ni premeditado, sencillamente aquel hombre parecía acostumbrado a ofrecer la mano no para estrecharla, sino para que se la besasen.

—Augusto Castro, supongo. —Víctor decidió ignorar la mano, sentándose directamente en el butacón situado enfrente del de su interlocutor—. Usted dirá. No suelo hacer dos mil kilómetros para merendar.

El religioso no pareció ofenderse por la actitud hostil de su invitado. Sin borrar la sonrisa ácida del rostro, volvió a sentarse con parsimonia e hizo un gesto suave a uno de los camareros, que les observaba marcial bajo el cuadro de Nelson.

—Espero que le guste el té de canela acompañado con leche. Me he tomado la libertad de encargarlo, junto con un surtido variado de dulces. La repostería de este lugar es mi único vicio grave.

En su rostro severo se dibujó un gesto que pretendía ser, de manera suicida, cálido. El camarero llegó sigiloso y dejó sobre la mesita una bandeja de plata, sobre la que una tetera arremolinaba a su alrededor, como si fuese una gallina clueca, un juego de porcelana alemana.

—Adoro este hotel, señor Vega, se respira esa atmósfera civilizada que solo los ingleses son capaces de crear en medio del fragor de la batalla. Porque le aseguro que Londres hoy en día no es ni más ni menos que eso, un permanente campo de batalla.

Su amabilidad era viscosa.

—Sí, tiene usted razón. Los ingleses son únicos en el mundo *sentándose civilizadamente* a tomar el té sobre un campo de batalla humeante..., que se lo digan sino a todos los países de la Commonwealth. Entiendo que un miembro del Sacrum Corpus encuentre agradable *tanta* civilización.

El sarcasmo era obvio. El custodio supremo juntó las yemas de los dedos con ademán maquiavélico.

—A veces es necesario cortar árboles y abrir un claro en el bosque para así poder edificar un hogar, mi querido amigo.

Dibujó una sonrisa florentina con olor a incienso y siguió hablando con indiferencia. Parecía acostumbrado a enfrentamientos dialécticos sangrientos.

—La familia real británica se aloja en muchas ocasiones aquí. De incógnito, por supuesto. Yo hace años que vivo en la ciudad y vengo a menudo. En todas las zonas comunes del hotel, incluido este salón de té, está terminantemente prohibido utilizar teléfonos móviles. Y eso se agradece, es la única manera de mantener una conversación agradable hoy en día. Además, por si algún bárbaro incumple la norma, tienen instalado un distorsionador electrónico de última generación que elimina la

señal telefónica y bloquea cualquier sistema de grabación de voz. Ya se lo decía antes... —Acentuó la acidez de su sonrisa—, este es un lugar ideal para mantener una agradable conversación.

Se inclinó para tomar delicadamente de la bandeja de plata un pastelito *financer*.

—Pues bueno es saberlo, ¿pero para qué demonios me ha hecho venir hasta aquí?

—Señor Vega... —Masticó el dulce con deleitación—, no es necesario mencionar al maligno mientras saboreo esta obra de los ángeles.

Sonriendo, devolvió con exquisitez la mitad del pastelillo a la bandeja de plata.

—El Santo Padre Fundador nos dice en una de sus enseñanzas: «El dolor que te causa tu hijo al nacer es el dolor más feliz que puedas sentir. Del mismo modo, debes buscar la felicidad en el dolor que te causa un descarriado que intenta renacer al amor en Cristo». Usted, señor Vega, con toda esa fachada agresiva y llena de odio hacia mi persona y hacia la institución que represento, tiene en realidad un fondo compasivo. Aunque solo me muestra sus espinas, yo sé que su fondo es de cristiano bueno, y tarde o temprano seguirá al rebaño de Dios.

Víctor se quedó observando los labios finos del religioso. Habló pausado, pronunciando cada sílaba como si en ello le fuese la vida.

—El que sigue al rebaño acaba pisando boñigas. Escúcheme bien: váyanse usted y el Santo Padre Fundador al puto infierno. No admito ni una lección de moral de esa secta que dirige. Y un consejito, lea a Voltaire, ignorante de mierda: quienes nos hacen creer cosas absurdas pueden hacernos cometer atrocidades.

Augusto Castro encajó el bofetón con estoicismo. Tras unos segundos de tenso silencio, habló, eliminando por completo la condescendencia que hasta ese momento había impregnado sus palabras.

—*Nomen omen*, señor Vega, *nomen omen*... Llamándose como se llama, esperaba de usted un talante más *victoriano*. Pero bueno, iremos directos al grano y nos dejaremos de los preámbulos clásicos que todo hombre civilizado debe respetar. —Se acercó la taza a los labios con sumo cuidado para no derramar ni una gota—. Nuestra querida y difunta hermana Pilar Boluda nos informó de que usted estaba realizando las gestiones oportunas para conseguir los derechos sobre el anunciado libro de Hugo Mendoza *Dejad que los niños se acerquen a mí*. He comprobado que estas Navidades, en contra de lo que estaba anunciado, el libro no ha salido al mercado. Esto me hace intuir que algún cambio ha acaecido, y me preguntaba si...

—¿Qué coño es lo que se preguntaba?

—Me preguntaba si ha tenido usted éxito en la misión que Pilar Boluda le encomendó. —Volvió a dejar la taza sobre la bandeja de plata y devoró a Víctor con sus ojos absorbentes—. ¿Ha conseguido usted el libro, señor Vega?

Víctor le sostuvo la mirada sin pestañear.

—Sí. Tengo el libro.

—¿Tie-tiene usted... —No pudo disimular la sorpresa— el libro?

—No solo tengo el libro, además el libro es ahora mío.

—¿Suyo?!

—Sí, mío. Ana Cifuentes me ha cedido todos los derechos.

—Vaya... —Augusto Castro tuvo que hacer esfuerzos para no exteriorizar su satisfacción—, ¿cómo ha conseguido semejante proeza?

—Eso a usted no le importa.

El religioso aguantó el desplante sin inmutarse.

—Dígame, ¿qué cuenta el libro? ¿Cuál es... su argumento?

Víctor volvió a hablar muy solemne, ensartando con la mirada a su interlocutor al pronunciar cada palabra.

—Señor Castro, usted *ya sabe* lo que narra el libro. O al menos se lo imagina, de no ser así no se hubiesen tomado tantas molestias en intentar conseguir los derechos de esa novela a toda costa. —Tomó la taza de té y le dio un trago largo—. Hugo Mendoza, o Ezequiel Torres, como usted prefiera, cuenta en el libro con todo detalle cómo el colegio Salvación y Pureza fue su infierno particular en la tierra. Narra los abusos del degenerado Claudio Serratosa, narra cómo el Sacrum Corpus protegió a ese hijo de puta, narra cómo el orfanato era en realidad un criadero...

La indignación fue elevando el tono de sus palabras. Un par de miradas llenas de flema británica se clavaron sin disimulo en la extraña pareja de españoles.

—Señor Vega, baje la voz, se lo ruego. Y por favor, no vaya a creer todo lo que dice esa novela. Los escritores son gente con una imaginación enfermiza y calenturienta...

—Y una mierda. —Víctor había bajado el volumen de sus palabras, pero no su agresividad—. ¿Me va a decir que es mentira que ese colegio criaba a los bastardos de los señoritos de La Misión? ¿Y que los putos *benefactores* iban a visitar a sus hijos como si de un parque temático se tratase? Solo un desalmado arrebató un hijo a su madre con mentiras...

El custodio supremo volvió a juntar las yemas de los dedos y habló con cadencia de predicador.

—Señor Vega, se lo ruego, creo que debería ser usted más comprensivo. La Misión no está orgullosa de todos los miembros del rebaño, y quizás algunas decisiones no fueron del todo acertadas, pero entienda que eran otros tiempos y las sensibilidades eran diferentes. Hoy en día hemos tomado las medidas adecuadas para que ese tipo de..., de actos impuros no tengan la menor posibilidad de volver a producirse.

La rabia que Víctor sentía le abrasaba por dentro.

—¿Por qué demonios no denunciaron a Claudio Serratosa?! ¡¿Cómo permitieron que siguiese destrozando las vidas de esos chicos?!

Las emociones desgarradas de su interlocutor no activaron ni uno solo de los músculos faciales de Augusto Castro. Habló sereno.

—Señor Vega, dígame una cosa, ¿quemaría usted un bosque magnífico, al que le ha costado muchos años crecer y florecer, tan solo para dejar al descubierto la casa de



un pirómano que vive y se esconde en su interior? ¿Haría semejante barbaridad tan solo para poder castigar a ese pecador?

El religioso, antes de proseguir, dejó que la metáfora fuese calando en el cerebro de Víctor.

—Denunciar públicamente a Claudio no hubiese servido de nada. El mal ya estaba hecho, hacerlo público tan solo hubiese destrozado la reputación de La Misión, y eso no es bueno para nadie..., para nadie, señor Vega. —Encantado de escucharse, alzó su mentón de cristal antes de proseguir—. Los ingleses tienen una expresión de la que carecemos en castellano para describir esa situación. *Trade-off*. El *trade-off* entre hacer justicia y quemar el bosque no compensaba. Nuestra actitud fue más inteligente, no sé si más cristiana, y que Dios me perdone, pero sí más inteligente. Claudio era un demente, un pobre enfermo que se había apartado del camino del Señor. La Misión lo sacó del colegio y le ofreció una salida profesional digna donde no tuviese a su alcance criaturas indefensas. Le vigilamos, vaya si le vigilamos... ¿Por qué cree que esa pareja de rumanos trabajaba para él? ¿No le pareció extraño que también trabajasen para Pilar Boluda? ¿Por qué iba ella a contratar a los mismos matones que estaban al servicio de Claudio, con el riesgo de que le transfiriesen información sobre nuestros intentos por silenciar el libro?

Víctor, sorprendido por la pregunta, guardó silencio.

—Pues muy sencillo, señor Vega: porque los hermanos Balan trabajaban en realidad para nosotros... y le aseguro que no trabajaban barato; nos ha costado una fortuna intentar controlar a ese demente. Esos rumanos eran los encargados de comunicarnos las andanzas de Claudio, y en cuanto, gracias a ellos, llegó hasta nuestros oídos que seguía obsesionado con el pobre Ezequiel, y que volvía a acosarlo tras localizarle de nuevo en Madrid, hicimos lo imposible por controlarlo..., pero ya le digo, era un demente.

Años de tradición escolástica, de argumentación sutil, se habían desplegado ante Víctor dejándole sin una respuesta adecuada. Por fortuna, sus instintos más básicos seguían intactos.

—¿*Controlarlo*?! ¿Mató a treinta y siete niños y usted me habla de *controlarlo*? No puedo creer que...

—Eso no lo sabíamos. Los Balan no eran trigo limpio, también a nosotros nos engañaron, jugaban a dos bandas por pura codicia...

—¡Cierre la puta boca! ¡Me da usted asco! —Víctor intentó tranquilizarse—. Me cago en sus metáforas de bosques y leñadores pirómanos, en sus palabras de curita cínico: a ustedes, cuando supieron que Ezequiel Torres había cambiado de identidad y se había convertido en un famoso escritor tras morir, solo les preocupó que todo esto saliese a la luz. Por eso movieron cielo y tierra para conseguir los derechos sobre el manuscrito... Si realmente hubiesen querido proteger a Ezequiel, habrían denunciado a ese puto pervertido.

El custodio supremo escuchó en silencio, con los ojos gachos como si estuviese

meditando profundamente. Habló con cierto tono dubitativo.

—Hijo mío...

—Yo no soy su hijo. Ya sé lo que hace La Misión con sus hijos.

—Víctor, usted sabe que el mundo de hoy en día es terriblemente superficial y frívolo. No es lo mismo soportar acusaciones vagas y difíciles de probar sobre abusos en un colegio hace cincuenta años, que la aparición en el mercado de un *best seller* mundial escrito por un autor de culto narrando en tono autobiográfico su desgraciada infancia. Desafortunadamente, vivimos en una sociedad en la que la mujer del César, que antes debía ser y parecer decente, ahora tan solo debe parecerlo. Y sí, aunque negaré haber dicho esto, La Misión tiene que entrar en ese juego para poder sobrevivir rodeada como está por jaurías de lobos rabiosos dispuestas a devorarla a dentelladas. Y debemos jugar nuestras cartas con actitud cristiana..., pero no ingenua.

Bebió té y se acabó el pastelillo *financer* ya comenzado.

—Su secta me da asco. Yo no sé si hay vida después de la muerte, pero el problema con los curas como usted es que no se han enterado de que hay vida *antes* de la muerte. —A Víctor le costaba controlar su indignación—. Ya que nos estamos sincerando, dígame una cosa, ¿quién mató a Pilar Boluda? ¿Y a Antonio Santamaría?

Pretendía sondear al custodio supremo para saber si sospechaba algo de la falsa muerte de Hugo Mendoza. El religioso respondió clavándole una mirada escrutadora.

—Esperaba que eso me lo dijese usted, señor Vega. Es cierto que para lograr nuestro objetivo autorizamos a la buena de Pilar a hacer cosas de las que..., de las que no me siento especialmente *orgulloso*. Le confieso, como ya habrá supuesto, que es verdad que los Balan registraron la casa de la señora Cifuentes buscando el manuscrito, pero le aseguro que no hemos cruzado todas las líneas: no somos unos asesinos.

El profesor se sentía desnudado por aquellos ojos intrusivos.

—Disiento: hay muchos modos de matar a una persona.

—Sea razonable, señor Vega. Yo no sé quién mató a esos dos pobres hijos de Dios... El mundo está perdido, y ambos tenían un pasado... turbio, digámoslo así. —Se santiguó de una manera mecánica—. Quizás fue el propio Claudio, ya se lo dije, era un pobre demente..., pero, señor Vega, eso ya importa poco, seamos juiciosos, por favor. Juiciosos, y prácticos. Ese loco ya está en manos de Dios, y ahora lo importante es resolver las cosas de este mundo de un modo... conveniente para todos.

Un silencio quebradizo, agujoneado por el rumor de las cucharillas de plata repiqueteando contra la porcelana, reinó durante unos segundos. Víctor seguía impasible, por lo que el religioso insistió.

—Mire, señor Vega, pertenecer a La Misión no siempre es fácil. Socialmente estamos estigmatizados..., se nos intenta presentar como sanguijuelas elitistas que le chupan la sangre a la sociedad mediante ideas religiosas medievales..., cuando en realidad es todo lo contrario, tan solo pretendemos expandir la luz de Cristo entre los pobres pecadores... Esa incompreensión hacia nuestra labor cristiana hace que los

miembros de La Misión en ocasiones tengamos que escondernos, tengamos que disimular nuestra condición, ocultarnos como ya hacían los primeros cristianos cuando huían de los romanos en las catacumbas. Por eso, no podíamos permitir que ese libro llegase a publicarse, porque hubiese dado argumentos a nuestros enemigos. No podíamos permitir que nuestra reputación se mancillase. Recuerde, *trade-off*. Por eso pusimos tantos medios humanos, y económicos, a disposición de la pobre Pilar. Y por eso me hace tan inmensamente feliz que usted haya tenido éxito en su misión... y también por eso quiero reiterarle hoy la oferta que en mi nombre ya le hizo la señora Boluda en su día.

Con mucha parsimonia, dobló el cuerpo hacia un lateral del butacón, para abrir una cartera de piel que reposaba sobre el suelo. De ella sacó un paquete envuelto en papel de parafina blanco y un puñado de folios impresos y grapados. Dejó los folios sobre la mesita, junto al juego de té, y el paquete en su regazo.

—Eso que hay ahí es el contrato de titularidad de una cuenta cifrada en un banco suizo. Nos hemos tomado la libertad de abrirla a su nombre. Verá que en ella hay depositados dos millones de euros, tal y como se le prometió. Por el momento no están disponibles, pero estaremos gustosos de facilitarle las claves de acceso en cuanto redactemos y firmemos un documento de cesión de derechos de autor. Esto otro... —Sopesó el bulto que yacía sobre su regazo y se lo tendió— es un regalo que quiero hacerle como muestra de buena voluntad.

Víctor rasgó el papel disimulando la curiosidad que sentía: el *De summo bono* de Arnaldo de Colonia, la edición incunable de 1493 que él había admirado meses atrás en el despacho de Pilar Boluda, se abrió ahora ante él. Contuvo la emoción y dejó el libro junto a la tetera.

—No vayamos tan deprisa. Tengo algunas cosas que preguntarle.

—Usted dirá.

—Sé que los benefactores de los chicos del Salvación y Pureza eran en realidad sus padres naturales, y que...

—No vaya por ese camino, señor Vega. —Alzó vigoroso su mano huesuda para acallarle—. Eso son acusaciones sin ningún fundamento. Los benefactores del colegio eran personas de buen corazón afines a La Misión que colaboraban sin ningún interés propio. La mente enferma de Claudio imaginó toda esa fantasía de los hijos ilegítimos...

El custodio supremo, a pesar de su aparente autoridad, parecía incómodo. Hablaba sin convicción, removiéndose en su butacón. Víctor decidió arriesgarse y apostar fuerte: jugaría de farol.

—¡Diga la puta verdad por una vez en su vida! ¡El benefactor de Claudio, su padre biológico, fue el Santo Padre Fundador! Por eso Claudio fue el primer niño que acogió el colegio, seguramente incluso él fue la razón de que el colegio se fundara. Y en ese colegio, el Santo Padre Fundador introdujo a su hijo bastardo en la pedofilia. ¡Confiéselo!

—Claudio era..., era... —El custodio supremo, aturdido por culpa de la sorpresa, por primera vez hablaba desventado—, era un demente...

—¡Y una mierda! ¡Él mismo me contó todo eso antes de morir! —Víctor mentía con mucha agresividad; como buen jugador de póquer, sabía que solo conseguiría una reacción en su interlocutor si lo indignaba lo suficiente como para romper su contención—. ¡El Santo Padre Fundador era un jodido pedófilo! El propio libro de Hugo que usted quiere silenciar lo cuenta bien claro... ¡Abusó de su propio hijo Claudio!

—Si el libro dice eso, miente..., y, por el amor de Dios bendito, guarde silencio y no siga mancillando el nombre...

—¡No pienso callar! —Víctor se incorporó en su butacón, fiero—. Como ya debe de saber, del colegio desaparecieron las fichas de los alumnos. Ahora no viene al caso cómo, pero esas fichas las tengo yo. Y resulta que el benefactor de Claudio fue el primero, el número uno.

Los ojos vitriólicos de monseñor no expresaron emoción alguna.

—Señor Vega, está usted desvariando...

—Lo veo en su mirada. ¡Confiéselo! Protegían a Claudio Serratosa de una manera tan obsesiva porque era el hijo ilegítimo del Santo Padre Fundador. Sus perversas prácticas sexuales las había aprendido de su padre, por eso no podían permitirse el lujo de dejar que ese loco saliese a la palestra a contar todo lo que sabía. Pero a mí me lo dijo, en el momento en el que iban a matarlo lo gritó en la cripta: «¡Soy el hijo de un santo!». ¡Eso fue lo que gritó ese cabrón!

El custodio supremo no movió ni un músculo antes de hablar, sereno. Parecía haber recuperado la calma tras la embestida de Víctor.

—Mi querido señor Vega, tendemos a atribuir más credibilidad a aquello que nos da más morbo, minusvalorando o ignorando las evidencias causales objetivas. Por eso aún hay quien cree que Elvis Preysler vive en una isla en el Pacífico y que el rey de España fue el elefante blanco que estaba tras el golpe del 23F. Todo lo que usted ha dicho es una sarta de tonterías sin ningún respaldo.

—Déjese de zarandajas, sabe que he metido el dedo en la llaga. ¡El fundador de su secta era un puto perverso!

—¡Cállese! ¡Está usted hablando de un santo!

Algunos rostros se giraron hacia ellos ante los gritos. Lo que parecía imposible había ocurrido: el prelado había perdido los nervios, y apuntaba a Víctor con un dedo amenazador que recordaba a una vara de higuera tras la caída de las hojas. El profesor no se amilanó.

—Están aterrados ante la idea de quedar ante el mundo como una panda de pedófilos, de robaniños sin escrúpulos...

Monseñor aguantó el tirón y no pronunció palabra alguna: su indignación parecía sincera.

—Confiéselo, haga algo decente en su vida de mentira y fantasía, confíeselo...

Augusto Castro contempló hierático a Víctor y este supo que el farol estaba perdido: no tenía prueba alguna de las acusaciones que acababa de verter. Durante unos segundos la tensión, junto con las miradas de todo el salón dirigidas hacia ellos, solidificaron el silencio.

—¿Ha acabado ya usted con ese ejercicio de imaginación truculenta y morbosa? Víctor se limitó a mirarlo rabioso.

—Pues si es así, creo que esta conversación ha finalizado. —El religioso se puso en pie—. Ya sabe cuál es nuestra oferta. En ese documento encontrará un teléfono con el que puede ponerse en contacto con mi secretario para la redacción y firma del contrato de cesión de derechos.

Con rostro severo, se encorvó para tomar la cartera de piel. Al levantarse, atravesó a Víctor con la mirada.

—Solo un idiota le pisa la cola a un tigre dormido. —Su voz adoptó un tono lóbrego—. Si al final decide jugar a ser un héroe y publica el libro, le aseguro que se arrepentirá. Usted sabe mejor que nadie que el brazo de La Misión es largo. Largo y fuerte.

El custodio supremo del Sacrum Corpus se dio la vuelta y desapareció por las magníficas puertas de caoba vieja que comunicaban con el vestíbulo del hotel.

—¿Y qué vas a hacer?

Sentada frente a él en el sofá chéster de la biblioteca, Ana miraba a Víctor muy seria. En el jardín un chirimiri intentaba cuajar en lluvia.

—¿Que qué voy a hacer? Pues no tengo ni idea, Ana. Eres tú la que debería decidir si quieres que se conozca la infancia de Hugo...

—Olvídate, Víctor. Ya te dije que quiero enterrar todo eso. No quiero saber nada más de los libros de Hugo, ni de su vida, ni del pasado. He estado demasiado tiempo viviendo de recuerdos, y eso se acabó.

Su rostro delicado reflejaba la tozudez que él tan bien conocía.

—Pues menuda patata caliente me has *pasao*. —Rebufó desplomando la nuca sobre el lomo del chéster—. No quiero ir de chulo por la vida, pero te aseguro que me jiño en las amenazas del *custodio supremo*.

Pronunció con retintín el título.

—Y tampoco es por el dinero, ya te dije que me han admitido en la universidad aquí en Madrid, en la Complu, con eso me sobra para vivir. —Cerró los ojos y siguió hablando como si le doliese la cabeza de tanto pensar sobre el asunto—. El tema no es ese, el tema es si es correcto sacar a la luz toda esa mierda. Si me dejo llevar por lo que me pide el cuerpo, crujiría a esos hijos de puta del Sacrum, pero si lo pienso detenidamente... ¿Realmente hacer justicia a estas alturas, cuando las víctimas tan solo quieren olvidar, hace bien a alguien?

Ana se encogió de hombros.

—Víctor, eso tendrás que decidirlo tú.

—Sí, ya lo sé... Me hiciste un verdadero regalo envenenado. —Sonrió desganado—. Luego está la cuestión de Hugo. Si me envió el manuscrito, ¿no crees que puede que lo hiciese porque quiere que se...?

—No, Víctor —le cortó brusca—. No caigas en el mismo error en el que caí yo. No intentes imaginar qué ideas y deseos ocultos cruzan por la mente de alguien trastornado: haz lo que *tú creas* que es correcto.

De repente un niño de ojos negros y alegres apareció en el umbral de la puerta con un bocadillo de Nocilla en la mano. Ana le habló muy seria, pero afectuosa.

—Berto, la tía te tiene dicho que cojas un plato. Estás llenándolo todo de migas.

El niño dibujó en la cara una expresión de sorpresa con la que dejaba bien claro que no era capaz de entender la ignorancia de su tía.

—Tía Ana, si alguien no deja migas en el suelo, ¿qué van a comer las hormigas? ¡Se morirán de hambre!

Su semblante desolado ya parecía estar viviendo el cataclismo.

—Berto, a las hormigas no se les ha perdido nada dentro de casa, en el jardín están muy a gustito. Anda, ve a la cocina a por un plato.

El niño puso cara de contrariedad mientras se acercaba a Víctor.

—¿Te quedas a jugar un rato conmigo a la Play?

—Ahora no puedo, tengo que ir a por unos papeles, pero te prometo que en una hora estoy aquí y te doy una paliza con los Mini Ninjas. —Cogió al niño por las axilas con cariño y lo sentó sobre sus rodillas—. ¿Sabes esos papeles para qué son?

—Víctor, no seas bobo. —El niño le miraba con asombro—, ¿cómo voy a saberlo si tú aún no me lo has dicho?

Ana se rio ante la ocurrencia. Víctor habló en un susurro, con un tono confidente que encendió la chispa de la curiosidad infantil.

—No se lo puedes decir a nadie, es un secreto... Mamá y yo nos vamos de viaje, ¿y lo mejor de todo sabes qué es? —El niño, lleno de emoción, negó con la cabeza mientras Víctor miraba sigiloso a uno y otro lado simulando que no quería que nadie espiese su conversación—. Pues lo mejor es que ahora voy a recoger unos papeles para que *tú* también te puedas venir con nosotros.

A Berto los ojos se le abrieron como platos.

—¡¡¡Yupi, yupi!!! ¡¡¡De viaje!!!

Alzó los brazos sin poder contener la alegría y de inmediato el bocadillo de Nocilla, como si fuese un aspersor, roció de migas el salón.

—¡¿Dónde vamos?! ¡¿Dónde vamos de viaje?!

—Eso te lo cuento cuando vuelvas de la cocina con un plato como te ha dicho tu tía. Y recuerda que lo del viaje es un supersecreto, no se lo puedes decir a nadie, ni siquiera a mamá.

Antes de que acabase la frase, el niño ya corría entre gritos en dirección a la cocina. Ana habló con expresión divertida.

—Es un sol... ¿Dónde os vais de viaje?

—A Japón, sé que a Bea le hace ilusión. Ahora me voy a la embajada de Costa Rica a recoger la partida de nacimiento de Berto; en la comisaría me dijeron que era necesaria para poder hacerle el pasaporte.

—Os va a encantar, yo estuve allí con Antonio de luna de miel...

Una sombra triste cruzó su rostro, pero se esfumó con los gritos de Berto, que acababa de entrar en el salón llevando a la carrera un plato sobre el que descansaba el bocadillo de Nocilla.

—¡¡¡Nos vamos de viaje!!!

En la ventanilla de recogida de certificados de la embajada de Costa Rica, no había nadie esperando cuando llegó Víctor. Una joven de piel oscura y sonrisa de banano le recibió amable.

—¿En qué puedo ayudarle, caballero?

El habla, tan dulce, denunciaba unos mofletes caramelizados.

—Vengo a recoger la partida de nacimiento de Alberto Cifuentes Cifuentes. La solicité hace dos semanas.

—¿Es usted el padre?

—No, el padrastro. Su madre no ha podido venir. Este es el certificado de matrimonio; la boda civil se celebró el mes pasado.

—Qué afortunadas son algunas...

La joven le dedicó a Víctor una mueca coqueta mientras revisaba la documentación.

—Todo está en regla. —Rebuscó en una carpeta—. Aquí tiene.

—Muchas gracias, señorita, ha sido usted muy amable.

Cuando salió a la acera del paseo de la Castellana, Víctor revisó el certificado. Al observar la fecha de nacimiento, la sangre se le heló.

«No..., no es posible...»

Volvió de nuevo a entrar y muy nervioso habló con la misma chica, que seguía allí sonriente y solícita luciendo su sonrisa tropical.

—Señorita, esto es un error, esa no es la fecha de nacimiento del chaval. Se deben de haber equivocado...

—¿Un error? A ver, déjeme revisarlo.

Con el certificado frente a ella, empezó a teclear en el ordenador. Tras un minuto de consultas tendió de nuevo el papel a Víctor y le habló con la misma dulzura con la que hubiese acunado a un niño.

—Caballero, no hay error posible. El hospital del Santo Espiritu de San José emitió la cédula de nacimiento en regla, con todas las firmas. Está registrada en la gobernación civil de la ciudad.

—¿Está usted segura? No es posible que...

—Caballero, estoy completamente segura. En Costa Rica estas cosas se llevan muy en serio, no somos unos salvajes.

Su tono no mostraba atisbo de ofensa alguno. Víctor, lívido, cogió el papel entre las manos y salió de nuevo a la calle. No quería creerlo. Las ideas empezaron a amontonársele en la cabeza. No quería creerlo, pero... aquello no podía ser una casualidad. Había visto la luz, y el dolor en los ojos era insoportable.

—¡Taxi!

Un Skoda destartalado dio un frenazo que sonó a zarzuela.

—¿Dónde quiere ir el señor? —Con los acordes de *La Dolores* de fondo, el taxista habló muy castizo.

—A Jávea, y de prisa.

—¿A Jávea?! ¿Eso no está en Alicante?

—Sí. —Víctor no podía apartar los ojos de la partida de nacimiento.

—Caballero, ¿sabe que el asunto le va a costar a *usté* cuatrocientos del ala? Pagaderos por *adelantao*...

Sin pestañear, Víctor sacó la cartera y contó el dinero. El taxista lo cogió y se encogió de hombros.

—Pues *na*, a mandar. *Pa* la playita que nos vamos.

Recién tomada la Nacional-III, con Vallecas al fondo, Víctor escuchó su teléfono móvil. Era Paloma.

—Dime, Pam.

—¿Y esa voz? Parece que has visto un fantasma.

—Pues más o menos... Dime, ¿qué pasa?

—Te llamo porque he averiguado algo interesante. Ya sé que me dijiste que todo el tema estaba olvidado, y que Ana te pidió que dejásemos de averiguar cosas sobre Mendoza, pero este asunto lo puse en marcha hace meses y ahora me han llegado los resultados.

—¿De qué se trata?

—¿Te acuerdas de la nota que supuestamente Hugo le metió en el bolso a Ana? ¿Esa en la que le pedía que se olvidase de él?

—Sí, ¿qué pasa con esa nota?

—Tal como me dijiste, y para no dejar ningún cabo suelto, se la llevé a un amigo grafólogo para que cotejase las letras. El análisis confirmó lo que nos dijo Ana, la nota sin duda fue escrita por Hugo.

—Sí, eso ya me lo dijiste, ¿y?

—Pues que mi amigo aún es más friki que yo; hizo por su cuenta un análisis de composición química de papel y tinta. Y me acaba de informar de que, en efecto, la nota fue escrita por Hugo, pero no hace unos meses. Agárrate fuerte: esa nota la escribió hace más de diez años.

Él guardó silencio.

—¿Te has quedado de piedra, verdad? Mi amigo está completamente seguro. La degradación del papel y de no sé que putos compuestos químicos de la tinta



confirman la antigüedad. Pero eso es incomprensible, porque entonces...

A Víctor dos lágrimas empezaron a rodarle por las mejillas.

—Pam, yo sí lo entiendo. Ahora no puedo explicártelo, pero hemos sido unos idiotas. Sobre todo yo he sido un idiota.

Sin poder contener las lágrimas, apagó el móvil. A los sones de *La verbena de la paloma*, el Skoda siguió su camino en busca del mar.

Cuando el taxi lo dejó ante los portones del chalé del cabo de la Nao, empezaba a anochecer y llovía a mares. Víctor se refugió bajo la umbrela de tejas voladas que protegía la entrada, mientras observaba las luces del Skoda culebrear por el camino, alejándose. Abrió la cancela y a la carrera cruzó el destartalado jardín hasta llegar a la puerta principal de la casa. El chalé permanecía en silencio y oscuro, soportando dócil el aguacero. Cuando cerró la puerta para taponar la boca a la furiosa tormenta, fue envuelto por el olor a moho que desprenden las casas de veraneo clausuradas durante los largos meses de invierno. El arco de la ballesta normanda, desde la pared del salón, pareció saludarle con su sonrisa macabra.

Víctor subió las escaleras de caracol que conducían al piso superior. Al refugio de Margarita, a su reino de postales viejas. Los apliques de la pared inundaron aquel corredor de una melancolía con sabor a pleura: aquel pasillo, forrado a ambos lados de cajoncillos que parecían ataúdes, transmitía una tristeza opresiva.

Empezó a buscar la letra P en los tejuelos que presidían los frontales de cada uno de los cientos de ficheros. No le costó, seguían un orden alfabético por temáticas.

—París...

Fuera, la tormenta parecía querer arrancar de sus cimientos la casa. Víctor sostuvo durante unos segundos el pequeño pomo de cerámica esmaltada que abría el cajoncillo. Tenía miedo. Miedo a encontrar algo que confirmase sus temores. Al final se decidió y tiró con suavidad: un mazacote de un par de cientos de postales viejas apareció ante él. Empezó a pasarlas una tras otra sin saber muy bien lo que buscaba, muy despacio. Eran todas imágenes de París, la mayoría de ellas antiguas y en tonos sepia. Por detrás estaban escritas y mataselladas, en diversos idiomas y letras. Asustado y con dedos temblorosos, las iba pasando una tras otra después de observar durante escasos segundos aquellos pedacitos de vidas muertas, que resucitaban fugazmente gracias a él. El arco de Triunfo, el Sagrado Corazón, un puesto callejero de fruta, la torre Eiffel, rincones anónimos del Barrio Latino... El París de otra época iba desfilando ante él, indiferente a su miedo. Multitud de rostros ya difuntos le devolvían agradecidos la mirada. Media hora después, solo quedaban seis o siete postales que revisar. Una sensación de alivio empezó a inundarle. Cuatro, tres, dos...

La última postal fue la que le rompió el alma. Margarita la había dejado en ese lugar recóndito del archivador creyendo seguramente que jamás nadie rebuscaría tan hondo: a la pobre mujer aquel cartoncillo a buen seguro le había hecho incluso más daño que a él.

—¿Por..., por qué?

Con lágrimas en los ojos, Víctor introdujo la postal en el bolsillo interior de su abrigo. En ese momento escuchó el rumor de un coche aparcando frente a la casa. Sacó el i-Phone y dudó. Dudó unos instantes, pero sabía que tenía que hacerlo: marcó el número y realizó la llamada más dura de su vida.

Dos minutos después, con el teléfono aún en la mano, intuyó que tenía que irse de allí. Caminaba muy despacio, arrastrando el alma, sintiéndose uno más entre aquellos espectros de vidas pasadas que le envolvían. Apagó las luces y cerró la puerta del descansillo que daba entrada al reino de las postales viejas. Mientras descendía las escaleras de caracol, creyó habitar un cuerpo que no le pertenecía en realidad. Al llegar abajo, se topó con la escalofriante ballesta del cruzado normando, pero el arma había abandonado la pared y le apuntaba ahora directamente a la cabeza. Cargada y lista para disparar.

—¡Víctor! ¡Me has dado un susto de muerte! Vuelvo del pueblo de comprar y me encuentro las luces encendidas y la puerta de casa abierta... —Bea apoyó la ballesta contra el brazo lateral del sofá y corrió hacia él—. ¿Por qué no me has dicho que venías? ¿Querías darme una sorpresa? Qué romaticón es mi maridito...

Ella se abrazó a su cuello y le dio un beso tierno, pero Víctor no reaccionó. Con los brazos colgando a los lados, totalmente inerte, parecía un maniquí de corcho.

—¿Qué te pasa? ¿Te has encontrado ahí arriba con un fantasma?

Él no respondió. Empezó a caminar lentamente hacia los ventanales del salón y se quedó de pie frente a ellos, contemplando a duras penas el azote de la tormenta: la noche sin luna solo permitía atisbar la furia del mar cuando un relámpago la iluminaba.

—¡¿Pero que te pasa?! Me estás asustando...

Bea se acercó y le acarició la nuca, pero él se apartó brusco.

—Siéntate, tenemos que hablar.

Ella le miró con cara de asombro, pero no pronunció palabra. Se sentó en el sofá y esperó a que él lo hiciese a su lado. Pero, ante su sorpresa, Víctor dejó con cuidado su cartera y su i-Phone sobre la mesa de centro del tresillo, se metió las manos en los bolsillos del vaquero y, despectivamente, se alejó para sentarse en uno de los butacones.

—No sé cómo pude estar tan ciego... —La miraba con ojos llenos de rabia y tristeza—. La carta en el bolso de Ana, el baúl en medio de la tormenta, el accidente de Antonio, tus medallas de natación...

—Víctor, ¿qué es lo que estás diciendo? —El rostro de Bea era todo incredulidad y asombro—. Algo te pasa, me das miedo...

—Has estado jugando con todos nosotros. Todo el tiempo, con todos. Y tu hermana, tu pobre hermana confiando en ti...

—¡Víctor! ¡Ya está bien! —El asombro de Bea iba mudando hacia enfado—. ¡No sé qué demonios te pasa, pero deja de decir tonterías!

Por toda respuesta, él se metió la mano en el bolsillo interior del abrigo y sacó la

fotografía que acababa de encontrar en el piso de arriba. La lanzó hacia Bea con desprecio.

—¿Qué..., qué es eso?

—¿Eso? Eso es la prueba de que no tienes ningún escrúpulo. Eso destrozó a tu madre años atrás... y hoy me ha destrozado a mí.

Bea, confundida, alargó el brazo y tomó la fotografía, que reposaba boca abajo junto a ella sobre el sofá. La observó durante largos segundos, en silencio. El rostro se le fue entristeciendo, hasta que dos lágrimas brotaron de sus ojos de gata china y surcaron las mejillas.

—Víctor, no..., no deberías...

Sus pupilas seguían acariciando la imagen: en ella aparecían dos jóvenes besándose apasionadamente en blanco y negro, con el Sena y la isla de San Luis al fondo. A pesar de pertenecer a la colección de las postales olvidadas, no era una postal. Nada había sido escrito en su reverso. Era tan solo una fotografía.

—¿De..., de dónde la has sacado? —La voz de Bea era un susurro.

—Tu madre la guardaba en su colección, tras el tejuelo de «París». —Víctor dejó pasar unos segundos, doloridos—. Esa imagen la atormentó durante años y aún hoy, enferma, es incapaz de olvidarla.

—Ella no debería haber visto jamás esta fotografía.

Bea seguía abducida por la imagen, mientras las lágrimas le surcaban el rostro. Víctor adoptó un tono irónico y herido.

—Los dos cuñados de viajecito romántico por París... ¡¿Cómo pudiste hacerle eso a tu propia hermana?! Imagínate que esa fotografía en lugar de caer en las manos de tu madre cae en las de Ana. Tú y Hugo besándoos en París... *Hou là là!* Menuda sorpresita nos teníais reservada.

Ella alzó la cabeza y le miró, suplicante.

—Víctor, tú no lo entiendes... Esta fotografía jamás debería haber salido a la luz. Las revelamos en París para que nadie pudiera verlas aquí, pero en el vuelo de vuelta extraviaron mi maleta. Nunca apareció. Dios sabe cómo llegaría esta fotografía a manos de mamá... —Volvió a dirigir sus ojos hacia la imagen, llenos de amargura—. Se la encontraría por casualidad rebuscando entre cachivaches viejos en algún mercadillo de segunda mano, se pasaba la vida allí...

Bea parecía incapaz de apartar la mirada del retrato. Al final lo dejó caer sobre su regazo y miró añorante a Víctor.

—Tenías que seguir averiguando y averiguando... No podías quedarte quietecito, disfrutando de la vida, necesitabas llegar hasta el final... —Con el dorso de la mano se secó las lágrimas—. Habríamos sido tan felices los tres..., tú, Berto, yo...

Víctor la contemplaba ofuscado.

—Una vez me dijiste: «Bea, soy de los que piensan que a veces la verdad no vale la pena»... —Su voz era tan solo un hilillo—, ¿por qué demonios no seguiste tu propio consejo, Víctor, por qué..., por qué te empeñaste en averiguar toda la verdad?

Bea entornó una mirada suplicante, buscando en vano un gesto de comprensión en el rostro de él.

—He estado ciego, he sido un ciego y un estúpido: me he enamorado de una asesina sin escrúpulos...

—¡No digas eso! ¡Por favor, no digas eso!

Ella gritó entre llantos, pero Víctor siguió musitando las palabras, que salían de sus entrañas cargadas de dolor.

—Lo mataste, mataste a Hugo, y para deshacerte del cadáver lo metiste en el baúl. La tormenta te vino que ni pintada: ¿qué mejor sitio que una tempestad para deshacerse del cuerpo de un marinero? Teníais la misma complexión física, así es que te vestiste con su ropa, te calaste la capucha del chubasquero, y confiaste en que con semejante aguacero nadie se cruzaría en tu camino. Pero el mar te jugó una mala pasada, nunca devolvió el cuerpo.

—Víctor, por favor, no sigas, te lo ruego, no sigas... Yo no lo maté, fue un accidente...

—¿Y Boluda? ¿Y Antonio? ¡También fueron accidentes! —Su voz se agostó—. Y a mí..., a mí también me quisiste matar.

—¡No, Víctor, no! Yo a ti aún no te conocía. —No podía dejar de sollozar mientras contemplaba a su marido con ojos desgarrados—. Esos dos..., esos dos eran mala gente..., y lo de Hugo fue un accidente... Yo...

La tormenta y la voz de Víctor atronaban pesarosas.

—¡Mientes! Mataste a tu cuñado y a Boluda al igual que mataste a Hugo. ¡¿Por qué?! ¡¿Porque no quería pertenecerte?! ¡¿Porque no quería dejar a tu hermana y tú todo lo que deseas tienes que tenerlo?! ¡¿A mí también me habrías matado si te hubiese rechazado?! ¡¿Vas a matarme con esa ballesta para que nadie sepa nunca que eres una asesina?! —Señaló el arma, que reposaba apoyada en el lateral del sofá—. ¡¿Qué harás con mi cadáver?! ¡¿También lo arrojarás al mar?!

Respiró hondo para calmarse, virando a cínico su tono dolido.

—Esta noche no has tenido suerte, Bea, también hay tormenta, pero todo el mundo sabe que a mí no me gusta el mar: nadie te creerá, no conseguirás convencerles de que salí a navegar.

Humillada, inclinó la cabeza entre sollozos. Un rayo resquebrajó el cielo e hizo titilar la luz del salón, sin conseguir apagarla. Víctor se fue serenando y, tras un minuto en silencio, preguntó cortante.

—¿Qué pasó aquella noche?

Ella alzó el rostro, que flotó sobre un bisbiseo.

—Esa..., esa no es la pregunta, Víctor, esa no es la pregunta... La pregunta es qué pasó durante los tres años previos a la muerte de Hugo. Solo así podrás entender lo que sucedió esa noche.

—Pues adelante, creo que merezco una explicación.

Bea tragó saliva y reposó la cabeza contra el respaldo del sofá, suspirando sin

saber dónde mirar.

—Sí, tienes razón, lo mínimo que mereces es una explicación. —Volvió a encarar a Víctor, avergonzada—. Y es bastante simple, sencillamente..., sencillamente me enamoré de Hugo.

Lo dijo abochornada.

—¿Te enamoraste? ¡¿Y ya está?! ¡Era el marido de tu hermana!

—Lo sé, no estuvo bien, Víctor, lo sé, pero... —Incapaz de aguantar los ojos de reproche de su marido, bajó de nuevo la mirada—, pero pasó y no pude evitarlo.

Él guardó silencio para dejarla hablar: sentía dolor, pero a la vez necesitaba saber. Necesitaba con toda su alma saber qué había pasado en aquella casa diez años atrás. Bea empezó a balbucear, cabizbaja.

—Tres..., tres años antes de su muerte, una mañana después de entrenar en el gimnasio, fui a ducharme a la buhardilla de Alcalá. Mi hermana y Hugo no estaban en la ciudad, habían venido aquí, a esta casa, querían pasar un par de días navegando... —Un suspiro inundó sus pulmones de aire y de recuerdos lejanos—. Cosa extraña en mí, esa mañana en la buhardilla se me ocurrió salir al balcón a tomar un poco el aire antes de ducharme, estaba sofocada. Al volver a entrar en el salón, pasé junto a la mesa de trabajo de Hugo y la vi...; allí estaba. *Girasoles*.

—¿*Girasoles*?

—Sí, Víctor, *Girasoles*. —Alzó la mirada y contempló a su marido—. Aunque te duela lo que voy a decir, con...

Dudó.

—Con esa novela me enamoré como una idiota de Hugo. No pude evitarlo. Pasó, ya está. Sencillamente pasó.

Él guardó un silencio contenido. Al minuto, Bea continuó, más serena.

—Encima de la mesa de trabajo de Hugo estaban los cuatrocientos folios de *Girasoles*. A mí la literatura siempre me había traído al fresco, no había leído un libro en mi vida. Mi cuñado era un tipo tierno, pero raro, uno de esos hombres que tan solo podían gustar a chicas como Ana. Pero..., pero esa mañana, por primera vez en mi vida y por pura casualidad, me acerqué a un libro y... las siguientes diez horas las pasé leyendo. Esas páginas me atraparon, esa sensibilidad, esa... —Apretó los dientes para contener las lágrimas—. Desde ese día ya no pude mirar a Hugo con los mismos ojos. *Girasoles* me cambió la vida, Víctor, me... Es el único manuscrito que no pensaba enviar anónimamente, quería quedármelo para mí sola. Compartirlo solo yo con Hugo, con nadie más en el mundo, porque con ese libro me enamoré de él.

Pasaron largos segundos en los que Víctor no pronunció palabra alguna, aunque su mirada de reproche era todo elocuencia. Al final habló entre murmullos, musitando las sílabas.

—Era el marido de tu hermana...

Ella contempló fijamente aquellos ojos enlutados.

—Un día Hugo me explicó de dónde viene el amor. Según me dijo, él lo había

aprendido de Borges... —Su rostro suplicante empezó de nuevo a derramar lágrimas—. El amor nace de la compasión... y nace de la admiración...; la una sin la otra hacen un amor cojo.

Siguió hablando mientras la tormenta orquestaba sus palabras.

—Víctor, me enamoré de Hugo por la misma razón por la que me enamoré de ti: tú nunca me ocultaste tu debilidad, me mostraste sin tapujos eso que llamaste tan acertadamente tu baúl de los miedos. Yo estaba cansada de machitos pretenciosos que tan solo querían impresionarme y alardear..., y apareciste tú y conseguiste hacerme ver el mundo con otra luz, y como una tonta empecé a enamorarme de ti, porque te admiraba por tantísimas cosas..., y porque te compadecía por otras que tenías escondidas en el baúl de tus miedos. Y me apetecía cuidarte y abrazarte para ayudarte a sobrellevarlas...

Hablaba nostálgica, como si con sus palabras estuviese despidiéndose ya para siempre de él.

—Contigo me pasó exactamente lo que ya me había pasado con Hugo diez años atrás, admiración y compasión. Él nunca me mostró su baúl de los miedos tan abiertamente como me lo mostraste tú, pero estaba ahí, era obvio, dirigía y presidía toda su vida..., aunque yo nunca supe lo que había en su interior hasta que descubrimos su pasado. Por culpa de esos miedos, yo sentí por Hugo compasión..., y la admiración... —Suspiró, con media sonrisa amarga en el rostro—. Era tan fácil admirarlo, Víctor, tan fácil.

—Y qué hiciste, ¿intentar acostarte con él?

La pregunta fue descarnada, anticlimática.

—Víctor, por favor, no lo simplifiques, sabes que está hablando tu orgullo herido... No fue algo sórdido o escabroso..., fue..., fue algo muy natural, espontáneo. —Volvió a inclinar la mirada, de nuevo avergonzada—. Tienes razón, siempre he sido una caprichosa, todo lo que he querido he tenido que tenerlo, especialmente los hombres, pero conozco los límites. Durante el siguiente año no hice nada, te lo prometo, no hice nada para atraer a Hugo, no quería hacer sufrir a Ana. Pero una tarde... Recuerdo que hacía un frío terrible, y..., y coincidimos en la buhardilla. Sé lo que estarás pensando, me hice la contradicha..., y sí, tienes razón: sabía que estaría trabajando allí y me pasé con la excusa del gimnasio, pero tan solo pretendía hablar de *Girasoles* con él, preguntarle cómo había sido capaz de escribir esa maravilla. No te puedes imaginar la vergüenza que pasó al yo confesarle que lo había leído sin él saberlo...

—Así que tu cuñadito se enfadó.

Una melancolía diáfana inundaba el rostro de Ana, que ignoró la ironía.

—No se enfadó. Hugo jamás se enfadaba, era tan solo vergüenza. Y de nuevo en mí surgió la compasión al verlo tan débil, y se mezcló con la admiración, y..., y... no sé cómo pudo pasar, pero esa tarde nos besamos. —Guardó silencio mientras las lágrimas y los recuerdos recorrían su piel—. En realidad te confieso que fui yo, yo le

besé, no pude contenerme, fue instintivo..., y él acogió el beso con temor y curiosidad, y poco a poco...

A pesar de los poderosos sentimientos contradictorios que le inundaban, Víctor no se atrevió a interrumpir.

—Ya te he explicado antes por qué yo me enamoré de Hugo. Un día, muerta de curiosidad, le pregunté a él por qué se había enamorado de mí. —Le brotó una sonrisa marchita—. Me contestó que la respuesta a esa pregunta también había que buscarla en Borges, cuando se describe a sí mismo: tanto leído, tan poco vivido... Eso mismo le pasó a Hugo conmigo. Dentro de él sentía una necesidad irrefrenable de vivir emociones, pero su baúl de los miedos le tenía atenazado, le impedía salir de su caparazón: le hacía vivir a la defensiva, por eso no escribía sobre lo vivido, sino que vivía cada palabra que escribía... —Suspiró—. Soñaba con ser Hemingway, bravucón y mundano, pero se daba cuenta de que era James Joyce, neurótico y asustadizo..., y si él fue un James Joyce, yo fui para él su Nora Barnacle: yo le di la seguridad en sí mismo que necesitaba, le ayudé a que conociese lo que es sentirse hombre... Si no es por mí, jamás hubiese sido capaz de enviar *Botavara* a Rodrigo Botet, seguiría siendo un completo desconocido. Yo leía sus textos, los corregíamos juntos y le animaba constantemente a que los enviara para publicarlos... Conmigo se sintió vivo por primera vez, necesitaba de mi energía como yo necesitaba de su sensibilidad.

—¿Y tu hermana? ¿Os preparaba los bocadillos para vuestras tardes románticas en la buhardilla? —El tono irónico pretendía ser hiriente.

—Víctor, por favor, sé que estuvo mal, pero... —Bea le volvió a mirar con ojos abochornados—, los dos tuvimos mucho cuidado para que Ana no sufriese, no queríamos que notara nada... Los dos nos sentíamos culpables, pero no pudimos evitarlo.

—¡Por favor, Bea! «No pudimos evitarlo.» ¡Escúchate a ti misma! Pareces la protagonista de un culebrón barato. ¡Ni en una novela rosa de Barbara Cartland podría leer lo que acabas de decir sin sentir arcadas!

—Cállate, por favor, prefiero que me insultes a que seas cínico. —Por primera vez en aquella conversación, Bea se irguió, digna—. Antes te dije que me enamoré de ti porque sentí admiración y compasión. Me faltó añadir algo más: también me enamoré de ti porque me encantan los hombres sencillos, pero detesto los hombres simples.

Su semblante ahora delataba convicción.

—Deja de ver esto con ojos tan simples, Víctor, tú no eres un chulo de barra de bar..., haz un esfuerzo, por favor: sencillamente..., sencillamente Hugo y yo nos enamoramos, no es tan difícil de entender, y creo que no debo avergonzarme por ello. Tal vez por otras cosas que pasaron, sí, pero por enamorarme, no. Nadie es responsable de sus sentimientos. —Volvió a ensimismar la voz y la mirada, perdida ahora en los ventanales que enmarcaban la tormenta—. Somos responsables de

nuestros actos, pero no de nuestros sentimientos. No decidimos qué sentir, tan solo decidimos qué hacer, por eso resulta patético suplicarle a tu pareja: «Quiéreme, por favor, quiéreme y no me abandones». Pero por la misma razón, también resulta patético reprocharle: «¿Cómo pudiste hacerlo? ¿Cómo pudiste enamorarte de él?».

Ante ese arranque de dignidad, Víctor calló. En su interior había una vorágine emocional que no le dejaba pensar con claridad, ni analizar las palabras de Bea objetivamente. Al final habló imperativo.

—Sigue con la historia.

Ella cruzó las manos sobre el regazo, y, mientras las observaba quebrándose los dedos la una a la otra, prosiguió en un susurro.

—Fueron tiempos difíciles, andábamos siempre escondiéndonos, no sabíamos muy bien cómo evolucionaría todo aquello... Nos sentíamos culpables, los dos adorábamos a Ana y no queríamos verla sufrir, pero Hugo me decía que no podía dejar de verme, era superior a él... y a mí me pasaba algo parecido. Recuerdo una tarde en la que me lo explicó con un símil, me dijo que si tú metes a una rana en un cazo de agua fría, y pones el cazo sobre un fuego muy suave, la rana se siente confortable y segura y no se mueve. No nota cómo el agua va tibiándose muy poco a poco... y la pobre rana acaba muriendo sin ser del todo consciente de qué es lo que ha pasado. Y lo que ha pasado es que se ha cocido viva. —Bea seguía susurrando, mientras observaba a sus manos luchar la una contra la otra—. Sin embargo, cuando sumerges una rana en un cazo de agua hirviendo, salta con energía y sobrevive. La relación de Hugo con Ana había empezado siendo tibia y maravillosa, pero poco a poco había ido ahogándole, sin que él casi se apercibiese de ello. Mi aparición en su vida había sido ese revulsivo que le había hecho ver que acabaría cocido y muerto en vida si no saltaba fuera del cazo..., pero ninguno de los dos sabíamos cómo hacerlo sin destrozar a Ana.

Sus ojos se entelaron de tristeza antes de seguir hablando.

—Y entonces Hugo cambió.

—¿Cambió? ¿A qué te refieres?

El dolor de Víctor ahora estaba anisado por la curiosidad.

—Se volvió huraño, temeroso hasta extremos enfermizos. Cada vez nos veíamos menos, me evitaba, y cuando le preguntaba qué pasaba, todo eran respuestas esquivas. Yo en aquel momento no entendí nada..., pero ahora sé que todo fue culpa del viejo, de Claudio. Ese pervertido había vuelto a aparecer en su vida. Al igual que de niño en el orfanato, Hugo se refugió en sus libros para conseguir superar el miedo... y me apartó de su lado. —Sus palabras estaban cargadas de amargura.

—Fue entonces cuando te escribió la nota... —Víctor la miraba imperturbable—, nota que le metiste en el bolso a tu hermana.

—Sí, así fue. —Seguía susurrando—. Poco antes de morir, fui a verle una tarde al apartamento de Alcalá por sorpresa, tenía algo muy importante que contarle. Pero él había echado el cerrojo por dentro y ni tan siquiera abrió. No dijo ni una palabra. Los



dos sabíamos que estaba escuchando mis súplicas al otro lado de la puerta..., pero no se atrevió a abrir. Tan solo fue capaz de escribir una nota y pasármela por debajo. La nota, al no llevar mi nombre, la aproveché y se la metí en el bolso a Ana. Pensé..., pensé que sería lo mejor.

La voz se apagó sin ser capaz de acabar la frase. Víctor ya no la miraba con ojos llenos de reproche: seguían afligidos, pero el profesor había entendido que era idiota seguir interpretando el papel de macho con el orgullo herido.

—¿Qué era eso tan importante que fuiste a contarle?

—Pues que estaba embarazada de dos meses.

Él sintió una punzada en el estómago. Intentó no pensar en ella, preguntando con brusquedad.

—¿Cómo se lo tomó Hugo?

—Pues..., pues lo primero era intentar contárselo, tras la nota yo tenía muy claro que ya no quería volver a verme..., volver a verme a solas. Yo estaba desesperada. — La mirada se le perdió en la mesita de centro del tresillo, sobre la que reposaban la cartera y el i-Phone de Víctor—. Y aproveché un fin de semana en el que Hugo había venido aquí para navegar en solitario. Entré sin avisar, era una noche muy parecida a esta. Él estaba sentado justo donde tú estás sentado ahora, leyendo...

Alzó los ojos y, a pesar de las lágrimas, siguió hablando.

—Le conté lo del bebé, tenía la esperanza de que con ese niño él volviera a acercarse a mí..., pero...

—¿Te quedaste embarazada a propósito, Bea?

—¡No, Víctor! ¡Te juro que no! Fue un accidente, pero había pasado y..., y no puedo negar que tenía la esperanza de que eso atrajese de nuevo a Hugo a mi lado. Yo ya lo tenía todo pensado para que Ana sufriese lo menos posible, no debía saber nada de lo nuestro: en unas semanas, antes de que se me notase el embarazo, yo desaparecería de casa como ya había hecho otras veces, me iría a un país extranjero y montaría una nueva vida. A los pocos meses, para que Ana no relacionase ambos hechos, Hugo debía separarse de ella, dejarla, para reunirse conmigo y con su hijo. Con Bertito.

Tragó saliva y con ojos gachos volvió a hablar.

—Hugo no reaccionó como yo esperaba. Él, que me había enamorado con su sensibilidad, estaba muerto de miedo, en ese último año había cambiado..., habían vuelto todos los fantasmas que Hugo llevaba años intentando amordazar en su baúl de los miedos. Me dijo que lo mejor era que abortase, ese niño no debía nacer. Yo me ofusqué, discutimos... Me levanté furiosa y humillada, le abofeteé...

Volvía a llorar desconsolada sin atreverse a mirar a Víctor.

—Te juró que fue un accidente, yo no quería hacerle daño...

Él, instintivamente, estuvo tentado de abrazarla y consolarla, pero el orgullo le contuvo.

—¿Qué pasó?

—Le..., le abofeteé, yo no quería abortar, yo quería tener a su hijo, para criarlo juntos..., pero él parecía otro. —Bea se deshacía entre hipadas y sollozos, incapaz de articular con precisión las palabras—. Estábamos aquí, justo aquí, de pie junto a esta mesa, con la misma tormenta tras los ventanales, y yo entonces..., yo entonces le empujé, él perdió el equilibrio y se dio en la cabeza con el canto de esta mesa, y...

Se cubrió el rostro con ambas manos y lloró amargamente durante minutos. Víctor sabía que no debía pronunciar palabra, la tormenta ya hablaba en su nombre tras los cristales, con furia dolorida empapada en lágrimas.

—No supe qué hacer, no supe cómo reaccionar... Quizá debería haber llamado a la Policía, o a una ambulancia. Pero él estaba muerto, estaba muerto y ya nadie podía hacer nada. Te aseguro que la idea de simular el accidente no la tuve para protegerme a mí..., eso me daba igual..., pero quería proteger a Ana, no quería que sufriese, que conociese la historia que había tras la muerte de Hugo. Y también quería proteger a mi hijo. Habría quedado estigmatizado de por vida, con un padre que a la vez era su tío, con una madre que había traicionado a su propia hermana... Víctor, no sé si hice lo correcto aquella noche, pero decidí que nadie debía conocer jamás la verdadera historia de lo que había pasado en este salón.

Más serena, Bea alzó el rostro y siguió hablando mirando a su marido. Él seguía imperturbable, intentando procesar la información y los sentimientos que le lanceaban por todos los costados.

—Pensé primero en simular un robo en la casa, de manera que pareciese que a Hugo lo habían matado unos ladrones. Pero lo descarté de inmediato; la Guardia Civil hubiese abierto una investigación y mis huellas habrían aparecido sobre el cadáver: yo le había abrazado, le había besado, le había abofeteado. —Parecía que iba a volver a llorar, pero se rehízo y prosiguió con el relato—. Esa opción estaba descartada. Pensé entonces que lo mejor era simular un accidente creíble para que la Guardia Civil no abriese una investigación por asesinato, sino que se limitase a constatar una desgraciada defunción por golpe fatal en la cabeza. Tras mucho pensar, el aullido de la tempestad me dio la idea.

Como si supiese que había sido invocada, una ráfaga de viento brutal enviada por la tormenta golpeó los ventanales, sobresaltándolos.

—Me vestí con la ropa de navegar de Hugo y me calé la capucha de su chubasquero. Con aquella locura de vendaval, anocheciendo y diluviando, nadie en su sano juicio estaría en los pantalanos del club. Metí..., metí el cuerpo en el baúl de mamá y lo cargué en el *Quimera*.

Víctor la interrumpió, con voz seca.

—Saliste por bocana de puerto saludando al Capellà con el brazo, sabiendo que, en la distancia y en medio de aquella tormenta, eras irreconocible. Ya en mar abierto arrojaste por la borda el cuerpo de Hugo, confiada en que cuando apareciese el cadáver, cualquier golpe que tuviese el forense lo atribuiría a que fue vapuleado contra las rocas.

Ella tardó en replicar, susurrando.

—Bueno..., la verdad es que cualquier forense que no hubiese encontrado los pulmones encharcados habría sabido que la muerte se había producido antes de caer al mar. Cuando te ahogas, respiras agua. Pero con una tormenta así era perfectamente factible que algún elemento del barco hubiese golpeado la cabeza de Hugo dejándolo sin sentido y haciéndole caer al mar, inconsciente... o incluso muerto.

Víctor se debatía entre sentimientos enfrentados que le costaba gestionar. Amor, pena, rabia, odio, humillación. No podía dejar de querer a esa persona que tenía enfrente, pero a la vez se daba cuenta de que en ella había un lado oscuro que él ni tan siquiera había intuido.

—Lo tenías todo muy bien pensado... Arrojaste el cuerpo, encallaste el barco, y te lanzaste al agua confiando en que tus premios de natación te salvarían la vida.

—No fue..., no fue exactamente así. —La decepción en las palabras de Víctor la estaba martirizando—. Encallé el barco cerca de la isla del Descubridor. Me refugié en ella durante la noche y, al amanecer, con el mar algo más calmado, nadé hasta tierra firme.

El silencio de él parecía forzarla a proseguir.

—Lo primero que hice fue volver a Madrid. Esperé a que se hiciese de noche para no tropezarme con nadie, y subí a la buhardilla de Alcalá... Quería hacer una copia de los archivos del ordenador de Hugo.

—¿Por qué? —Víctor de nuevo inquirió cortante.

—Pues porque..., porque sabía que él, con lo temeroso que era, no había dejado nunca a nadie leer sus libros... a nadie excepto a mí. Pero me asaltó el pánico al pensar que quizás mi hermana, tras la muerte de su marido, inspeccionara el ordenador y tal vez encontrara algún escrito en el que Hugo narrase nuestra historia. Él utilizaba la literatura como desahogo vital, como válvula de escape, decía que escribiendo era como mejor pensaba... y como mejor sentía. Quizás sin decírmelo había escrito sobre..., sobre lo nuestro. —De nuevo su voz se llenó de amargura—. Por eso borré todos los archivos del ordenador tras copiarlos, para asegurarme de que Ana jamás supiese lo que había pasado entre él y yo.

Víctor habló sin emoción.

—Como no podías decirle a nadie que esperabas un hijo de Hugo, tuviste que desaparecer tras el accidente. Te fuiste a Costa Rica, tuviste el niño y volviste aquí simulando que Berto tenía un mes y medio menos de los que realmente tenía, de otro modo tu hermana hubiese sabido que ya te fuiste de aquí embarazada.

—Sí, eso es.

—¿Y por qué demonios cinco años después empezaste a enviarle a Ana los manuscritos?

Bea permaneció en silencio, con la cabeza apoyada contra el respaldo del sofá y contemplando las molduras del techo.

—Fue una mezcla de..., no sé muy bien de qué, pero, tras el éxito de *Botavara*,

algo dentro de mí me decía que la obra de Hugo no podía quedarse durmiendo el sueño de los justos, en un cajón sin que nadie pudiese jamás disfrutarla. El público de Hugo, vosotros, Víctor, vosotros que tanto le adoráis, teníais derecho a conocer sus libros: Hugo Mendoza, el padre de mi hijo, había sido un genio, y el mundo debía saberlo. La verdad, no se me ocurrió otra manera...

—Y no te importó condenar a tu hermana a no ser capaz de desconectar jamás del espectro de su difunto marido.

El comentario y el rostro de Víctor contenían obviamente un fuerte tono de reproche. Bea se irguió y respondió dubitativa.

—Víctor, sé que tal vez no hice bien enviando esos manuscritos, pero ahí creo que te equivocas. —Suspiró para intentar insuflarse valor—. Yo no he leído mucho, pero hay una autora que me encanta, ¿conoces a Marguerite Duras?

—Soy profesor de Literatura.

—Sí, lo sé..., perdona. Ella tiene una frase que explica a la perfección la manera de ser de las mujeres como mi hermana: «una mujer reclama para sí tantas tierras natales como amores dichosos ha tenido». —Sonrió sin alegría—. Ana solo ha tenido y tendrá un amor dichoso, una tierra natal, Hugo. Desde antes de que yo le enviase los libros, mi hermana estaba ya anclada de por vida a él. Incluso ahora, creyéndole un asesino, sigue estándolo.

Volvió a echar la cabeza atrás para contemplar el cielo raso.

—Pero te confieso que esos manuscritos que le envié a Ana tenían un doble objetivo además de dar a conocer la obra de Hugo. Mi hermana se había casado con el gilipollas de Antonio, para así olvidar a su verdadero amor, y ese cretino que tenía por marido le hacía la vida imposible. Solo iba detrás de su dinero, y la atormentaba y manipulaba día y noche. A pesar de que Hugo estaba muerto y enterrado...

—¿No sabías nada realmente de los tejemanejes de Carrasqueta y tu padre con el cadáver?

Ella, ante la interrupción, miró a su marido con energía.

—¡No, Víctor! Para mí eso fue una sorpresa tan grande como para ti, creía que en el cementerio de Benisivá realmente habíamos enterrado a Hugo.

Soportó durante unos segundos la mirada escrutadora de Víctor, y, de nuevo, echó hacia atrás la cabeza.

—Como te decía, con los manuscritos también quería que Ana abriese los ojos. Que se diese cuenta de que su matrimonio era una farsa, que fuese consciente de que era de Hugo de quien seguía enamorada. Ana es tan buena, tan... Ella *motu proprio* jamás hubiese dejado a Antonio. Yo pretendía que, espoleada por el recuerdo de Hugo, acabase abandonando a ese cretino. Quería que leyendo los libros maravillosos de Hugo volviese a enamorarse de él, como yo me había enamorado leyendo *Girasoles*...

—Y al no tener éxito tu estrategia, decidiste matar a Antonio.

Bea esta vez no se atrevió a mirarle a los ojos para responder a la provocación.

Siguió observando las molduras de escayola, que, sin saber por qué, le recordaban al ataúd de un niño. Muerto sin bautizar.

—Víctor, nunca he creído en lo de *poner la otra mejilla*, ni en la tontería esa de *yo perdono, pero no olvido*: yo ni perdono ni olvido al que me ha hecho daño. Al que me ha hecho daño a mí o la gente que quiero.

—Eso es, Bea, *cultura clan* —le rebatió con amargura—, ¿para qué escapar de la tribu? Ojo por ojo y diente por diente: si uno de los míos no tiene la razón, me da igual, se la doy, porque es *uno de los míos*. La fuerza de la sangre dirigiendo el mundo.

Víctor desahogaba su dolor merando las palabras con el peor de los azúcares: sarcasmo.

—Sé que tal vez te parezca primitivo Víctor, pero yo soy así, instintiva. Protejo lo mío a sangre y fuego. No sé si en el más allá hay justicia divina o no, lo que sí sé es que en este mundo hay gente muy ruin a la que hay que frenar cuando te hacen daño, frenar como sea. —Hablabla calmada, sin agresividad alguna—. A Antonio ya lo conociste, era un tipo de colmillo retorcido, estaba dispuesto a cualquier cosa con tal de satisfacer sus intereses, que no eran otros que enriquecerse a costa de quien fuese..., y como víctima eligió a mi pobre hermana. Se aprovechaba de su bondad y de su inestabilidad emocional para manipularla, para hacerla sentirse una inútil, para que la pobre creyese que sin él a su lado ella no valía una mierda. Yo no podía ver cómo ese tipo le amargaba la vida.

Seguía hablándole al techo, calma como una tinaja de aceite.

—Empecé a seguirlo y a averiguar cosas sobre él. El muy cretino tenía una amante, una zorrita que trabajaba de azafata en Iberia, con la que se veía todos los jueves en un hotel de Barajas. Juntos habían montado un tinglado financiero en las Islas Caimán para desviar los fondos de los derechos de autor que cobraba Ana por *Botavara*. Lo tenían todo muy bien pensado: en un momento dado, él desaparecería dejando sin blanca a mi hermana. La pobre firmaba todo lo que el cretino ese le ponía delante. Yo iba a alertar a Ana, pero entonces advertí cómo Antonio cambió radicalmente de estrategia: lo primero que hizo fue dejar plantada a la azafata.

—¿Cambió de estrategia? —La curiosidad que Víctor sentía le forzó a preguntar, tragándose el orgullo.

—Antonio no era tonto, él se encargaba de las cuestiones comerciales, y se dio cuenta de que los derechos de autor de *Botavara* eran una vaca muy gorda que podía ordeñarse durante muchos años: su zorrita de Iberia pasó a ser un lastre, y Antonio decidió quedarse al lado de mi hermana... y protegerse en caso de que ella decidiese abandonarlo.

—Por eso empezó a atosigarla para tener un hijo.

—Eso es. Yo sabía que aquello significaría un paso sin retorno, mi hermana con un hijo de Antonio jamás le abandonaría. Y ese cretino también lo sabía, con un hijo lograría su objetivo: hacerse con el dinero de Hugo..., dinero que en realidad

pertenece a Berto, su hijo.

Víctor la interrumpió brusco.

—¿Mataste a Antonio para que tu hermana se quedase viuda y sin hijos, y así todo lo suyo lo heredara algún día Berto?

Bea irguió la cabeza de inmediato.

—No, Víctor, yo no he dicho eso: si mi hermana se hubiese casado con un hombre que la quisiera de verdad, y hubiese tenido un hijo con él, yo habría sido la mujer más feliz del mundo. Pero pensar que la sanguijuela de Antonio iba a conseguir sus objetivos manipulando a Ana, haciéndola una infeliz, aprovechándose de que es débil..., se me revolvían las tripas. Yo debía protegerla. Y sí, decidí acabar con él. Hace años lo intenté manipulando los frenos de su coche, pero no tuve éxito. Antonio entonces se calmó, pero en cuanto tú apareciste en escena y Ana se ofuscó con la posibilidad de que Hugo estuviese vivo, Antonio se sintió amenazado y empezó a contraatacar con el tema del niño. Ana me confesó que había decidido quedarse embarazada, y entonces yo supe que tenía que..., que..., bueno, ya sabes.

Miró a Víctor suplicando comprensión, sin éxito.

—Acaba la frase, Bea: supiste que tenías que matarlo. —Sus palabras estaban cargadas de desprecio—. Ahora lo veo todo claro, quien desde el principio tuvo razón era tu padre. Me lo dijo en el Casino de Madrid y yo no quise creerle: «Mi hija Bea es como yo, por eso me odia tanto». Sois iguales. Lo único importante para vosotros es conseguir todo aquello que queréis, sin importar el cómo.

—No digas eso, Víctor, por favor..., no digas eso...

Él siguió hablando sin prestar atención a sus súplicas.

—Ahora entiendo perfectamente la frase que escribió Hugo, la escribió pensando en ti, sintiendo por ti lo mismo que siento yo ahora..., decepción. —Recitó con cadencia mustia—: *A veces inventamos personas, y las inventamos tan bien y tan a nuestra medida que se hace muy difícil olvidarlas. Y muy doloroso. Es como si mataras algo en tu interior, porque, en efecto, solo es allí donde han habitado.*

Durante un minuto ninguno habló. Ella lloraba, triste.

—La Bea que Hugo y yo hemos conocido solo existió en nuestra imaginación. Matar a Antonio, matar a una persona tan solo porque estaba haciendo daño a tu hermana... ¡¿Es que no ves que había otras maneras de solucionar las cosas?!

Ella, nerviosa, intentó defenderse sin saber muy bien cómo.

—Tú no lo entiendes, Antonio era malo, malo pero listo, Ana nunca le hubiese dejado —hablaba atropellada—, y además ya te lo he dicho antes, yo ni perdono ni olvido, creo que el odio contra quien te ha destrozando la vida es un sentimiento muy..., muy sano, sí, *sano* es la palabra. Cuando salen por la tele padres con hijas recién violadas, o viudas a las que un desalmado de mierda acaba de descerrajar un tiro en la nuca de sus maridos, y las veo rotas de dolor pero forzándose a no sentir odio, a perdonar, presionadas por el buenismo ridículo que cuatro idiotas bienintencionados le han impuesto a la sociedad..., si pudiera, les diría a esas mujeres

que se equivocan, les diría que eso no es ni sano ni natural: se equivocan no queriendo odiar, porque quien te hace daño debe pagarlo, y odiarle no solo no es malo, es saludable para así diferenciar a los buenos de los malos. La naturaleza es sabia, y nos enseña a odiar y a que temamos que nos odien, y así crea un incentivo para que nos comportemos correctamente con el prójimo. Odiar ayuda a que el mundo sea mejor..., filtra a los buenos de entre los malos...

Ella sollozaba, intentando justificarse aturullada, mientras Víctor la miraba con ojos abrasados por la decepción. Habló despacio, intentando que cada palabra fuese lo más hiriente posible.

—«Yo ni perdono ni olvido». Escúchate, menuda filosofía de vida, Bea, menuda filosofía de vida... Si yo fuese como tú, ¿qué crees que tendría que haber hecho cuando me contaste lo del polvo que echaste con ese tipo? ¿Tendría que haberte matado? «Quien te hace daño, debe pagarlo», esas han sido tus palabras.

Ella se calmó poco a poco, observando a Víctor sin saber qué decir. Con mirada sumisa de la que aún manaban lágrimas silenciosas.

—*Touché.*

Pasaron un par de minutos en los que nadie habló, dejando que el aullido constante de la tormenta se transformase en verdadero silencio. Al final Víctor, incapaz de digerir todo aquel dolor, preguntó grave.

—¿Por qué me contaste tu infidelidad, Bea? ¿Por qué lo hiciste?

Ella respondió tras cerrar los ojos, que enseguida se embozaron al no encontrar las lágrimas un desagüe.

—Dudé mucho. Víctor, dudé mucho... Ana me dijo que no te dijese nada, que siguiese tus consejos sobre la sinceridad y no te lo contase... —Abrió los ojos de nuevo para desatascarlos—. Pero no le hice caso, porque conozco a los hombres mejor que ella: tú eres un tipo con éxito entre las mujeres, y, paradójicamente, la única manera de retener a un hombre de éxito es demostrarle que no temes perderlo.

Con mirada desbordada ahogó a su marido.

—Por eso te lo conté, Víctor, porque sabía que al final volverías a mi lado..., pero de verdad..., no con engaños... Además..., además sabía que, si no te lo contaba, nunca más podría mirarte a los ojos como te estoy mirando ahora..., llena de admiración... y de compasión. Llena de amor, aunque te cueste creerme.

Él, por primera vez a lo largo de aquella conversación, no fue capaz de sostenerle la mirada. Intentó ingenuamente zanjar todo aquel dolor con una pregunta directa que cambiase el tercio.

—¿Por qué le metiste la carta a tu hermana en el bolso?

—Sentí pánico, sentí pánico al saber que Ana te había contratado para averiguar el origen de los manuscritos. Te seguí la noche que llegaste a la buhardilla, cuando casi me descubres tras la puerta, te seguí y supe que ibas a implicarte en esto al cien por cien, lo intuí... y me asusté: pensé que todo podía venirse abajo, que me descubriríais. Creí que con la carta, en la que Hugo pedía que le dejasen en paz, mi

hermana renunciaría a buscarle, pero fue contraproducente: esa carta reavivó en el corazón de Ana su amor por Hugo, y sus ansias por encontrarle.

Víctor habló de nuevo, sereno y con tono cínico.

—Entiendo, al saber que tu hermana me había contratado, y ante el riesgo de que todas tus mentiras saliesen al descubierto, primero intentaste matarme sabotando mis frenos. Como fallaste, decidiste que lo más prudente era unirme al enemigo: aquella mañana en la buhardilla te desnudaste delante de mí para seducirme y así acercarte a mí, y yo piqué como un idiota. —En sus palabras el dolor se mezclaba con el sarcasmo—. Fui un ingenuo... Me quito el sombrero, Bea, *chapeau*, una estrategia perfecta...

La congoja, poco a poco, le había ido estrangulando la garganta.

—Sí, Víctor, tienes razón, me acerqué a ti para controlarte, y... —Le miró con ojos cariñosos que de nuevo buscaban comprensión—, y, sin saber cómo, me enamoré.

Él le respondió con desprecio. Mintiendo a pesar suyo.

—Me das asco, Bea, me das asco... Intentaste matarme sin ningún tipo de escrúpulo. Tenía el asesino en mi propia cama, dentro de mi habitación, y yo como un imbécil protegiéndome con una silla y un orinal...

Víctor, además de dolor, notaba sobre su cerviz todo el peso de la humillación: se sentía un verdadero idiota.

—Trazando círculos de polvos de talco alrededor del coche...

—¡Me entró el pánico! ¡Yo no te conocía aún, y debía proteger a Berto, y a Ana! ¡Mi hermana hubiese muerto de pena si se llega a enterar de que...!

De nuevo rompió a llorar y se cubrió el rostro con las manos.

—Fue una locura, lo sé, pero yo aún no te conocía, Víctor...

Tras unos minutos en los que él no movió ni un músculo, Bea pareció calmarse.

—¿Y a Boluda? ¿Por qué la mataste?

Ella descubrió el rostro y habló más serena, mirando al suelo.

—Tuve que hacerlo... Se enteró de todo.

—¿De todo? ¿Qué..., qué quieres decir con... *todo*?

Bea respondió sin apartar la mirada del suelo del salón.

—Tres días antes de su muerte, Boluda me llamó por teléfono para que fuese a verla a su casa...

—¿Por qué no me dijiste nada?

—En ese momento tú y yo no nos hablábamos, recuerda que nos habíamos peleado... Además, cuando sepas la razón y las consecuencias que tuvo su llamada, entenderás por qué no te dije nada...

Sus manos se retorcían de nuevo intentando exprimir los recuerdos.

—Boluda estaba muy nerviosa, histérica... Se acercaba el 3 de diciembre y tú no habías conseguido resultados, por lo que decidió abrir otro frente de presión hacia Ana..., esta vez a través de mí..., chantajeándome.



—¿Chantajeándote?

—Sí, chantajeándome... Nicolae Balan era más listo y profesional de lo que parecía... Un malnacido, pero un malnacido inteligente... Gracias a él Boluda averiguó mi historia con Hugo, y esa vieja arpía intentó aprovecharse: me *exigió* que convenciese a mi hermana para que cediese los derechos de *Dejad que los niños se acerquen a mí*. Me dijo que si yo no lo conseguía, Ana..., Ana conocería toda la verdad... —Su rostro se ensombreció—, todo lo que había pasado entre Hugo y yo...

—¿Cómo se enteró la vieja de vuestra historia?

Víctor preguntó con aparente frialdad, a pesar de que estaba intrigado.

—Fue, fue una imprudencia mía... —Por un instante se ensimismó—. Los Balan, cuando asaltaron la casa del barrio de Salamanca, no se llevaron nada..., pero lo inspeccionaron todo con mucho detenimiento..., incluido mi cuarto. Nicolae Balan debe de ser un tipo meticuloso, muy profesional, porque sabía dónde buscar...

—¿Qué es lo que encontró en tu cuarto?

—Una carta, la única carta romántica que Hugo me escribió. Fue al principio, cuando los dos estábamos tan emocionados... Nunca me atreví a tirarla. Es un recuerdo demasiado especial —los ojos se le llenaron de una mezcla de ternura y melancolía—, pero yo sabía lo comprometedor que era esa carta, y por eso la escondí con mucho cuidado, en el interior de un viejo abrigo, entre el forro y la tela del paño. Sin embargo, ese maldito rumano fue capaz de localizarla, descosió las costuras, sacó la carta, la fotografió y volvió a coser el forro. Dobló de nuevo el abrigo y lo dejó en el fondo del altillo, exactamente tal y como lo había encontrado. Por eso yo no noté nada, y por eso Pilar Boluda se enteró de mi historia con Hugo...

—Y por eso tuviste que matarla.

El tono era obviamente acusador, pero Bea volvía a estar ensimismada, por lo que siguió hablando monocorde.

—La verdad es que esa fue una noche muy intensa, Víctor... Tomé muchas precauciones para llamar al timbre de Boluda sin que nadie me viese entrar en el portal. En cuanto le dije que era yo y que traía noticias alentadoras sobre las negociaciones con mi hermana, a la vieja se le hizo la boca agua. Una vez dentro de su casa, hice..., hice... —Bea no sabía muy bien cómo continuar, pero sostuvo muy digna la mirada de reproche de Víctor—. Hice lo que tenía que hacer. Pero no contaba con que, justo antes de entrar yo en la casa, Boluda te había telefoneado para que acudieses. Cuando llamaste al interfono, yo estaba aún dentro del piso. Al verte entrar, decidí dejar la puerta entornada, y esconderme en un cuarto para salir a hurtadillas mientras tú entrabas al salón.

—Entonces, ¿tú aún estabas dentro de la casa cuando yo llegué?

—Sí, estaba bajo la cama de una de las habitaciones. En cuanto te vi atravesar el pasillo en dirección al salón, me largué. Al salir por la portería, me encontré con tu exalumna Jessica, berreando como una loca por el interfono. Como ella no me conocía, me calé la capucha del chándal y agaché la cabeza, debía salir de allí

pitando.

—Yo sí que te vi —Víctor, mientras hablaba, volvía a sentirse un estúpido—, a través de la pantalla del interfono, pero pasaste rápida y de espaldas a la cámara.

Bea suspiró. Durante un par de minutos el aullido de la tormenta estuvo intimidando al silencio, que acabó acobardándose.

—Víctor, aún no me has dicho cómo me descubriste.

Él tardó unos segundos en responder, apabullado por la situación: su corazón y su cabeza chirriaban echando chispas, enfrentados por culpa de sentimientos incompatibles.

—Quería darte una sorpresa, un viaje a Japón, los tres juntos, Berto tú y yo. Como si fuésemos una familia. —Su voz sonó agrídulce—. En la comisaría me pidieron la partida de nacimiento de Berto para hacerle el pasaporte, y me fui a solicitarla a la embajada de Costa Rica.

—Pero ¿cómo van a darte a ti la partida de nacimiento de mi hijo?

—Bea, ¿te olvidas de que nos hemos casado? ¿Te olvidas de que me aceptaste como tutor legal del niño? —El dolor se mezcló con la ironía—. Ahora Berto es mi hijastro. Cuando recogí la partida, vi que la fecha de nacimiento no coincidía con la que tú inscribiste en el Registro Civil aquí en España, cuando llegaste con él recién nacido. Berto es mes y medio mayor de lo que tú le dijiste a todo el mundo aquí, su verdadera fecha de nacimiento es el 3 de diciembre. El 3 de diciembre. Por eso recibe un misterioso regalo de cumpleaños cada 3 de diciembre, ¿me equivoco?

Ella se recostó de nuevo y cerró los ojos antes de hablar.

—No, Víctor, no te equivocas. Esos manuscritos son un regalo para todo el mundo..., pero sobre todo son un regalo para Berto. Quiero que cuando sea mayor sepa lo grande que fue Hugo, aunque no sepa que es su padre, quiero que le admire como yo le admiré. Como yo le admiro.

Los dos guardaron silencio. Ella miraba obnubilada la fotografía de París, que ahora reposaba a su lado sobre el sofá. Un trueno brutal pareció despertarla de su ensoñación.

—Ahora que ya todo está aclarado, ¿qué vamos a hacer Víctor? —Su voz era tan solo un tenue murmullo—. ¿Qué vamos a hacer...?

La respuesta llegó del otro extremo del salón.

—Ahora, señora Cifuentes, usted va a tener que acompañarme. Queda detenida por el asesinato de Pilar Boluda y Antonio Santamaría.

La voz de cadencia marcial les asustó a ambos: Bea y Víctor giraron el rostro y, junto a la puerta de entrada, vieron el cuerpo de junco viejo del comandante Carrasqueta. Vestido de riguroso uniforme de guardia civil y observando a Bea a través de sus gafas telescópicas, lucía un semblante solemne de día de desfile.

—Me..., me has denunciado... —Pasmada, ignoró al militar y volvió a encarar a Víctor— sin darme la oportunidad de explicarme...

Su voz derrotada no acababa de creer lo que estaba pasando.

—Me has entregado...

—No, Bea, no fui yo. —Los ojos de Víctor iban a desbordar—. Quizás fue él.

Con el rostro cortocircuitado, señaló el i-Phone, que seguía encima de la mesa apoyado cuidadosamente sobre su billetera.

—¿Él? No..., no entiendo...

Dubitativa, alargó el brazo, tomó el teléfono y acarició temblorosa su pantalla táctil. De inmediato vio la cara del inspector Andrada frente a ella, circunspecta y presidida por su inconfundible mostacho: la imagen se estaba retransmitiendo en directo, y era obvio que el policía también observaba en su propio teléfono el rostro de Bea. Su habitual tono bonachón adquirió un sonido metálico a través del aparato.

—Fui yo quien llamó a Carrasqueta, señora Cifuentes, toda su conversación con el señor Vega ha sido grabada, así es que, por favor, le ruego que no oponga ningún tipo de resistencia...

Ella, asustada, dejó caer al suelo el aparato.

—Me..., me has entregado... Llamaste a Andrada antes de que yo entrara en la casa y dejaste tu i-Phone sobre la mesa para que él pudiese escuchar toda nuestra conversación. Me has entregado sin darme ninguna oportunidad, no puedo creerlo... Por qué..., por qué Víctor...

Hablaba desolada, mirando a su marido con ojos incrédulos.

—Me tenía que proteger, Bea, tenía que protegerme de mí mismo... —El dolor empezó a verter en forma de lágrimas—. En cuanto vi la postal, lo entendí todo, y..., y supe que o te denunciaba al momento o jamás lo haría. Te quiero demasiado.

—Señora Cifuentes, acompáñeme, por favor.

Ella ignoró al guardia civil, que se había acercado al sofá con trancos sólidos.

—Podríamos haberlo arreglado, Víctor, podríamos haberlo arreglado... Tú, yo y Berto podríamos haber sido felices...

Él ahora ya lloraba desconsoladamente, sin tapujos. No era un héroe. Nunca se había sentido héroe.

—Me conoces bien, Bea, sabes que eso no es cierto... Yo no hubiese podido mirar hacia otro lado el resto de mi vida.

—Pero, Víctor...

—No, Bea, no. —Parecía necesitar justificar su comportamiento no ante ella, sino ante sí mismo—. Tú lo has dicho antes, te enamoraste de mí porque soy sencillo, pero no soy simple. Estoy desgarrado por dentro, eres la única mujer en este mundo de la que me he enamorado y tengo que entregarte a la Policía... Me encantaría..., me encantaría ser un hombre simple para poder vivir con esto dentro de mí, saber todo esto sin hacer nada..., pero..., pero sabes que no puedo, sabes que lo único que podía hacer para ser capaz de seguir viviendo era denunciarte...

La tormenta machacaba inmisericorde al mar y a su conserje, el acantilado. Bea dejó pasar unos largos segundos, en los que se limitó a acariciar a su marido con la mirada.

—Lo sé, Víctor, lo sé. Sé que era lo único que podías hacer. Ya te lo dije antes hablando del amor, compasión, admiración. La compasión por ti salió de tu baúl de los miedos, pero no te dije de dónde salió la admiración. Salió de tu compromiso con la verdad, de tu extraño sentido de la justicia, de tu idealismo que te fuerza a hacer siempre lo que consideras que es lo correcto, aunque te duela. La admiración por ti surgió exactamente del fondo de tu ser que ahora me ha entregado.

Un relámpago fugaz, seguido por un trueno con el que la tierra parecía lamentarse, remató las palabras de Bea.

—Señora Cifuentes, póngase en pie y acompáñeme.

De nuevo un rayo prendió en medio de la tormenta, acompañado por un trueno titánico que pareció querer descoyuntar los cimientos de la casa: ambos habían estallado muy cerca del chalé, y sus consecuencias no se hicieron esperar.

—¡Que nadie se mueva!

El guardia civil bramaba, porque las bombillas de la araña que iluminaba el salón titilaron nerviosas y asustadas, para acabar apagándose: la noche oscura y sin luna hizo el resto.

—¡Señora Cifuentes, no se mueva! ¡Le ordeno que permanezca sentada sin moverse!

La voz autoritaria del comandante Carrasqueta se mezcló con rumores de movimientos ágiles y con el fragor de la tormenta. La oscuridad era total, nada podía verse en el salón.

—¡No intente nada! —El guardia civil había sacado su arma reglamentaria sin saber muy bien dónde apuntar en medio de aquella completa negritud—. ¡La casa está rodeada por mis hombres!

La luz volvió de repente trayendo consigo una imagen que el militar contemplaba con sus gafas telescópicas. Petrificado.

—Muy bien, ahora todos nos vamos a estar muy quietecitos, no sea que yo me ponga nerviosa y se me dispare sin querer esto...

Bea, moviéndose en la oscuridad como un gato, había atenazado el cuello de Víctor por detrás, forzándole a levantarse del butacón. Pero la esmerada llave de jiu-jitsu no era lo que había asustado al guardia civil: con su brazo libre aquella mujer sostenía la ballesta medieval que había estado apoyada toda la noche contra el sofá. Ahora la espeluznante flecha de hierro apuntaba directamente hacia el cráneo de Víctor.

—Señora Cifuentes, no haga tonterías, la casa está rodeada de agentes y no tiene ninguna posibilidad de...

—Cierre la boca y tire al suelo la pistola.

Víctor intentaba hablar, pero su garganta, estrangulada con habilidad por el brazo de Bea, estaba totalmente bloqueada.

—¡Tire el arma!

El guardia civil dudó. Seguía apuntando con su Beretta hacía Bea, pero esta, a

escasos cinco metros al otro lado del tresillo, le miraba con ojos bravos mientras apoyaba su dedo en el disparador de la ballesta.

—¡Suelte el arma o le arranco de cuajo la cabeza a este! ¡Ya sabe que he matado antes, no crea que no soy muy capaz de volverlo a hacer!

Tras unos largos segundos, el comandante Carrasqueta dobló su largo espinazo y dejó la pistola en el suelo.

—Señora Cifuentes, no tiene usted ninguna posibilidad de escapatoria, hay cuatro Patrols fuera con diez agentes rodeando el chalé, la única razón por la que he entrado solo es por el respeto que me merece su señor padre...

—Carrasqueta, cierre la boca, que está más guapo, le aseguro que conozco esta casa y todo lo que la rodea mejor que usted. Sé muy bien el flanco que no tienen cubierto, le aseguro que lo sé muy bien...

Mientras hablaba, Bea empujó a Víctor con fuerza contra el guardia civil y clavó ambos pies sobre el suelo del salón, abriendo las piernas para afianzarse con mayor estabilidad. Apuntaba con la ballesta a ambos hombres, saltando de una cabeza a otra con cadencia profesional.

—Ahora quiero que lentamente vayáis caminando, el uno junto al otro, muy pegados, como si fueseis siameses, hacia la chimenea.

—Bea, por favor...

—Víctor, o cierras la puta boca o te la cierro yo de un flechazo.

Daba órdenes con tal solidez que hasta la tormenta estuvo tentada de obedecer.

—No serás capaz de disparar...

—Ponme a prueba, tan solo tienes que ponerme a prueba. —La punta de aquella flecha de hierro centenario no dejaba de mirar fijamente al entrecejo de Víctor—. Puedes jugar a ser un héroe, y tras dispararte a ti, como solo tengo una flecha, el papa frita del comandante muy diligentemente me detendrá. O tal vez prefieras que sea el comandante el héroe... Tendréis que poneros de acuerdo. Eso en teoría de juegos se llama *el dilema del prisionero*, y te aseguro que no suele tener un final feliz. Pregunta, si no, a Pam, ella de matemáticas sabe mucho.

Víctor escudriñó el rostro de Bea intentando tirar del cabo de sus pupilas, intentando averiguar si en el fondo de aquellas dos simas negras había un alma dispuesta a matarle. ¿Estaba interpretando un papel para poder escapar? ¿O la frialdad que mostraba era real? Sus preguntas no obtuvieron respuesta, porque Bea le esquivó la mirada. Carrasqueta fue quien resolvió la duda.

—Haga lo que dice, señor Vega, no es momento de locuras.

Muy despacio, los dos hombres caminaron hasta la chimenea.

—Ahora, Carrasqueta, sáquese las esposas del cinto... Eso es, muy bien..., así me gusta, que sea obediente.

—Bea, esto es una locura...

—Víctor, ya te he dicho que cierras la puta boca, sé muy bien lo que me hago. Carrasqueta, espótese a su amigo el parlanchín, pero de manera que la cadena de las

esposas cruce el enrejado de la chimenea. Y cuidado con los truquitos, que nos conocemos... Eso es, perfecto. Ahora tire las llaves de las esposas hacia aquí. Y su teléfono móvil, también.

Bea, con los dos hombres ya inmovilizados, se pasó el cinto de la ballesta por la cabeza para colgársela a la espalda y se arrodilló.

—A ver que compruebe que está todo aquí... La Beretta, los dos móviles, la llave de las esposas..., perfecto.

De un brinco se puso en pie y caminó hacia los ventanales del balcón. Los abrió y de sopetón la tormenta entró en la casa. La ventisca era terrible, y el bramar del mar cien metros más abajo parecía querer engullir el salón con sus ocupantes dentro. Bea se quedó observando la pistola, indecisa: bajo aquel aguacero y teniendo en cuenta que iba a sumergirse en el mar, un arma de fuego no era muy fiable, pero más adelante podía serle útil. Se la metió en la cintura del pantalón y arrojó el resto de las pertenencias de ambos hombres por el acantilado. Cuando volvió a entrar, estaba empapada por la lluvia.

—Víctor, pedazo de idiota... —Se acercó a él y le cogió por el cuello, ignorando la cara de jirafa del comandante Carrasqueta, junto a ellos obligatoriamente—, ¿por qué tuviste que seguir averiguando y averiguando? Siempre la puta verdad, la puta verdad lo ha jodido todo...

—Bea, esto es una locura, vas a morir...

Ella le enroscó un beso ciclónico, furioso y húmedo como la espiral de la tormenta que atronaba sobre ellos. Víctor entonces lo tuvo claro: Bea había estado interpretando un papel cuando, minutos antes, le apuntó con la ballesta llena de frialdad. Y es que los besos, para quien sabe leer entre dientes, no engañan.

—Te aseguro que prefiero matarme a pasar treinta años en una celda. Si salgo de esta, lo sabrás, te llegarán nuevos libros... Si no salgo de esta, por favor..., cuida de Ana y Berto.

—Bea, no, no... —Él creyó ver dos lágrimas en sus ojos, pero no estaba seguro de si eran lágrimas o gotas de lluvia—, no lo hagas...

Le dio un cachetito tierno en la mejilla y salió disparada hacia el balcón. Los dos hombres pudieron ver cómo se encaramaba sobre la baranda para iniciar el descenso, agarrándose a la pared de roca brava.

—¡No lo hagas, Bea, no lo hagas!

—¡Vuelva aquí, señora Cifuentes!

No sirvió de nada, con el aullido del viento y el mar nada de lo que chillasen podía ya ser escuchado por ella, que había desaparecido de su vista engullida por la noche y el acantilado. Víctor se giró desesperado hacia el guardia civil.

—¡Los hombres que hay fuera, ¿van a entrar?!

—No, si no reciben mi aviso, tienen órdenes de esperar. Y con esta locura de tormenta no van a oírnos por mucho que gritemos.

—Pues tendremos que abrir nosotros mismos las esposas... —Víctor miró a su

alrededor con ansia—. Deme eso..., sí, eso.

El guardia civil le pasó a Víctor un espetón de forja.

—Apoye la cadena de las esposas sobre el rejón, eso es... Ahora no se mueva, no quisiera arrancarle la mano.

Víctor empezó a machacar los eslabones de las esposas con la punta del espetón, hincándolo con fuerza a base de golpes secos. Con tan solo una mano libre, la operación no era sencilla. El tañido de los metales al chocar se orquestaba con el bramar de la tormenta, como si fuesen platillos desafinados. Tras cinco minutos de chasquidos y chispas, las esposas cedieron.

—¡Voy a llamar a mis hombres y a pedir refuerzos a Alicante para que venga el grupo de escalada!

El comandante Carrasqueta corrió raudo, mientras Víctor se precipitaba hacia el balcón para asomarse al acantilado. El aguacero y el vendaval, junto con la escasa luz de una noche sin luna, impedían ver nada a más de cuatro o cinco metros: tan solo pudo intuir cómo, cien metros más abajo, el mar atronador parecía estar reclamando su tributo.

—¡¡Bea!!

Víctor escudriñaba ansioso la rocalla que rodeaba al balcón, intentando ver cualquier resquicio en el precipicio donde Bea pudiese haberse refugiado. Un relámpago cayó en el mar, iluminando durante unas décimas de segundo la noche. Fue suficiente: la cara desesperada de Bea, diez metros por debajo de la baranda del balcón, se topó con los ojos de Víctor. Ella intentaba asirse desesperada a las escasas matas que se atrevían a crecer en la roca casi vertical.

—¡Vuelve aquí! ¡Es una locura! ¡No tienes ninguna posibilidad de llegar abajo viva!

Bea ignoró los gritos y siguió bajando trabajosamente, centímetro a centímetro. Cualquier saliente en la roca le servía como punto de apoyo para los pies. Las manos las utilizaba para agarrarse a los matojos y pinos raquíuticos que crecían sobre la pared.

—¡Vuelve a subir, Bea!

Ella ni siquiera podía oírle. Víctor supo que tenía que hacer algo.

«Mierda..., mierda, mierda, mierda y mil veces mierda.»

A toda prisa se dirigió hacia las habitaciones de la casa. Deshizo todas las camas y volvió al salón portando con ambos brazos una enorme bola blanca hecha con más de veinte sábanas. Justo en ese momento empezaron a entrar guardias civiles en la casa.

—¡¿Qué está haciendo, señor Vega?!

El comandante observaba cómo Víctor, de rodillas en medio del salón, anudaba sábanas con desespero de condenado a muerte.

—¿Usted qué cree? No hay cuerdas en esta casa, al menos yo no las he encontrado...

—¡No puedo permitir que arriesgue su vida! ¡Y menos para salvar la de una asesina confesa! En menos de una hora estarán aquí los efectivos de operaciones especiales y...

Víctor se puso en pie y encaró al comandante.

—Carrasqueta, *una* hora es *una* eternidad. Y esa asesina confesa es *mi esposa*. Llame a una ambulancia por lo que pueda pasar.

Salió disparado hacia el balcón portando entre los brazos su precaria cuerda de sábanas blancas. Bajo la lluvia y la atenta mirada de los guardias civiles, ató uno de los cabos a un pilar de la balaustrada. A continuación, soltó la bola de sábanas por el precipicio y, gracias a un rayo que había caído muy próximo, vio satisfecho que la línea blanca bajaba en paralelo a la trayectoria de descenso que parecía estar siguiendo Bea.

—¡Señor Vega, no lo haga! ¡Sea prudente!

Víctor le respondió mientras se aupaba sobre la baranda.

—Carrasqueta, déjeme en paz... Hay momentos en la vida en los que la prudencia es cobarde... y no compensa. —Su cuerpo ya pendulaba sobre el vacío—. Usted debería saberlo, lleva diez años torturándose por ser demasiado prudente... y no atreverse a decir *no* cuando tocaba decir *no*. Ahora a mí me toca decir *sí*.

Empezó a rapelar sobre la pared del precipicio, agarrándose con las manos a las sábanas y apoyándose con los pies sobre la roca vertical, mientras rezaba para que la tela y los precarios nudos que había realizado a toda prisa aguantasen su peso. Todo en aquel muro de vértigo estaba oscuro, mojado por la lluvia y azotado por el viento.

—¡Bea! —Intentaba no mirar hacia el abismo—. ¡Bea, detente!

Ayudado por las sábanas, descendía a mucha más velocidad que su mujer. De nuevo un rayo acribilló el acantilado, iluminándolo: Bea estaba a unos quince metros por debajo de él, agarrada con desespero de pies y manos a la pared, como si fuese una lagartija a la que han chorreado para gastarle una broma pesada.

—¡Bea, no te muevas! ¡Ya llego!

Rapelando con cuidado para no despeñarse, Víctor calculó que podría en escasos minutos alcanzarla. Con un poco de suerte, más abajo encontrarían algún saliente o pequeño voladizo en el que poder refugiarse y esperar a ser rescatados.

—¡Agárrate fuerte, Bea!

Tenían la tormenta justo sobre sus cabezas, y los rayos asaetaban al océano sin conmiseración iluminando la noche de manera macabra.

—¡Cógete fuerte, Bea! ¡Ya llego! ¡No te sueltes!

Un relámpago que cayó cerca alumbró de nuevo la noche durante escasas décimas de segundo, como si de un *flash* fotográfico se tratase. Víctor gritó espeluznado: Bea caía al vacío como un polichinela loco, agitando los brazos en medio de la oscuridad buscando aterrorizada algo a lo que agarrarse.

—¡¡Víctor!!

Milagrosamente, consiguió asirse con una mano a un pimpollito raquíutico que



crecía en la pared de roca. El arbolillo a duras penas soportaba su peso y el pataleo de pavor.

—¡¡Aguanta, Bea!! ¡¡No te sueltes y aguanta!!

Aterrorizado, Víctor aceleró el ritmo de descenso. Dos minutos más tarde, cuando llegó a la altura de ella, la cogió por la cintura mientras con el otro brazo se agarraba con fuerza a las sábanas.

—¡Cógete a mí, cógete fuerte! —Ella le abrazó desesperada—. ¡Ahí hay un voladizo, dos metros más abajo!

Cuando alcanzaron la repisa, el vendaval y la lluvia casi no les permitían mantenerse en pie. Se trataba de un saliente de roca descarnada, de tres palmos escasos de ancho por cinco metros de largo.

—Aquí..., aquí podremos pasar la noche. —A Víctor le faltaba el aliento por culpa del esfuerzo y el miedo—. Nos rescatarán en cuanto amanezca.

Una vez sentados y seguros, Víctor intentó abrazarla, pero ella, con habilidad, se zafó de sus brazos y se alejó todo lo que pudo de él. Hacía equilibristas sobre el estrecho voladizo.

—¡Bea, ten cuidado! ¡Es mejor que estemos sentados!

La sorpresa le acalló.

—¿Pero..., pero qué estás haciendo?

Ella, con total serenidad, había vuelto a empuñar la ballesta y apuntaba con el arma directamente al entrecejo de Víctor.

—Bea, sabes que no vas a disparar...

—No lo haré si no me obligas.

A duras penas conseguían mantenerse en pie, vapuleados por la furia del viento y la lluvia. No se atrevían a mirar al abismo, que junto a ellos traía un olor inconfundible a salobre y muerte.

—¡¿Por qué me has entregado?! ¡¿Por qué me has entregado y ahora te juegas la vida por mí?!

Parecía que de la respuesta que diera Víctor dependía que la descomunal flecha de hierro saliese disparada hacia su cuerpo o permaneciese en reposo sobre aquel artilugio inhumano.

—Bea, sabes que tenía que entregarte. Pero también sabes que te quiero. Suelta eso, no hagas locuras, ven aquí a mi lado...

—No, Víctor, yo tengo que seguir bajando. Tú te quedas.

Ella pronunció esas palabras mirándole fijamente con pupilas acuosas. Víctor de nuevo no supo distinguir si era la lluvia la que mojaba aquellos ojos, o eran las lágrimas.

—Sabes que no te dejaré ir. Sabes que no permitiré que te mates.

—¡Víctor, quédate donde estás! ¡No des ni un paso más o dispararé!

Mientras avanzaba lentamente y con mucho tiento hacia ella, agarrándose a cualquier protuberancia de la pared de roca, Víctor habló sin convicción.

—Los dos sabemos que no dispararás, Bea, los dos lo sabemos...

Él no le quitaba el ojo de encima a la descomunal punta de hierro de la flecha, que le devolvía una mirada herrumbrosa.

—Víctor, por favor..., te lo suplico, no me obligues...

La flecha voló hacia él a toda velocidad: el latigazo de dolor fue tan violento que cayó de rodillas y rodó hasta precipitarse al abismo.

—¡¡¡¡Dioooooooooooooos!!!!

Tan solo un último instinto reflejo le permitió agarrarse con ambas manos al borde de la repisa, cuya roca brava le destripó de un tirón los hollejos de los dedos, su única conexión con la vida.

—¡¡¡¡Nooooooooooooo!!!! ¡¡¡¡Ayúdame!!!!

El dolor que la flecha le producía, atravesada en su muslo derecho, casi era más fuerte que su pánico.

—Eres un idiota...

Bea había dejado en el suelo la ballesta y de rodillas intentaba ayudar con todas sus fuerzas a Víctor. Él miraba aterrorizado hacia el abismo negro mientras hacía esfuerzos titánicos por conseguir auparse sobre la repisa.

—Puto cabezota. Vamos, arriba...

Tras unos segundos dramáticos, Víctor consiguió apoyar los codos en el borde del voladizo de roca y con gran esfuerzo elevó el resto del cuerpo. Instintivamente se hizo un ovillo, acurrucándose lo más pegado posible a la pared del acantilado para escapar del precipicio. La pierna le dolía tanto que sintió ganas de vomitar.

—Me has..., me has disparado...

Ella, de rodillas junto a él, agarraba con ambas manos el virote de la flecha, girándolo delicadamente.

—Tranquilo, te apunté a la pierna. Ya te lo dije, no te acerques..., pero eres un puto cabezón que nunca hace caso a nadie.

De repente, y con todas sus fuerzas, ella tiró de la flecha y la desgajó de la pierna de Víctor.

—¡¡¡¡Jodeeeeeeeeeeeeeer!!!!

El dolor fue insoportable y casi le deja sin conocimiento. Bea lo abrazó para intentar calmarlo, y cuando Víctor dejó de chillar, ella se puso en pie con mucho cuidado de no caer. Cogió la ballesta que reposaba sobre la roca y la apoyó boca abajo de tal forma que la cureña tuviese un sólido punto de apoyo, sujetándola por el estribo con el pie. Con el torno tensó trabajosamente la verga hasta su máximo arqueado y encajó el virote en el disparador: de nuevo el arma estaba cargada con la flecha, todavía ensangrentada.

—Víctor, amor mío... —En cuclillas junto a él le miró con ojos que pretendían ser fieros, pero que a todas luces eran desconsolados—. Ahora supongo que con la pierna así te estarás quietecito y no me seguirás. Donde yo voy tú no puedes venir.

—Bea, vas a matarte, es una locura...

—Te lo he dicho antes, Víctor, cualquier cosa es mejor que pasarme treinta años en una celda. —Ella le acariciaba el rostro dolorido mientras hablaba—. Espera aquí a que Carrasqueta y el equipo de rescate vengan a por ti. Por mí no padezcas, hace diez años ya conseguí salir de aquí con una tormenta muy parecida.

Bea le dio un beso suave en la comisura de los labios, delicadamente, como si estuviese acariciando los cuernos de un caracol atrevido e ingenuo que ha salido a pasear aprovechando la lluvia.

—Si no te llegan nuevos manuscritos por Navidad, sabrás que no he salido de esta. Por favor, si eso..., si eso llega a pasar, cuida de Ana y de Berto, ¿me lo prometes?

—Bea, no lo hagas...

—¿Me lo prometes?

Él supo que no había alternativa.

—Te lo..., te lo prometo.

—Adiós, cariño, no creo que nunca más nos volvamos a ver.

Sus ojos de gata china le miraron añorantes. Volvió a besarle suave tras echarse la ballesta a la espalda, se puso en pie de un salto y, agarrándose con fuerza a las sábanas, desapareció de su vista y de su vida tragada por la negrura del abismo. Cuando Víctor, arrastrándose, llegó al borde del precipicio, ya no alcanzó a ver su silueta: había sido absorbida por la oscuridad y por el bramar de las olas invisibles, que golpeaban con furia las paredes del acantilado allá muy abajo.

—Bea...

Tan solo lo murmuró. Volvió a acurrucarse hecho un ovillo, apretando con fuerza el cuerpo contra la pared de la montaña. Con la pierna herida era impensable intentar subir por la cordada de sábanas, y pasarían horas antes de que amaneciese. La noche iba a ser muy larga.

«¿Por qué me has entregado? ¿Por qué me has entregado y ahora te juegas la vida por mí?»

Sentado frente a la tormenta negra, no podía apartar de su mente esa pregunta, la última que ella le había hecho antes de desaparecer para siempre. La respuesta se la dieron sus lágrimas. Víctor estaba llorando. Entendió entonces que, por grande que sea la decepción sufrida, es imposible dejar de querer a una persona en tan solo unas horas. Ni siquiera en días o meses. Dejar de querer no depende de uno. Ni depende del daño que te hayan hecho. Víctor creyó escuchar cómo la tormenta le susurraba que, en este mundo, nadie sabe qué demonios hay que hacer para querer... y mucho menos para dejar de querer.

## EPÍLOGO

Un sol bravío hacía inhabitable la terraza del bar de la Facultad de Filología de la Universidad Complutense. Víctor, refugiado en su interior, mareaba con la cucharilla un café mientras observaba distraído a través de los ventanales. Ya no quedaba nadie por allí. Tan solo se veía algún que otro alumno que con paso desganado vagabundeaba por los corredores solitarios. El chico de la barra limpiaba ya la máquina de café; eran las dos, hora de cerrar: en verano solo se hacía turno de mañana. El profesor apuró su taza y se levantó dispuesto a irse.

—Toma, lo que sobra para bote.

—Se agradece..., joder, las hay que tienen suerte.

—¿Cómo?

Víctor, ya casi en la puerta, se giró hacia el chico. Mientras limpiaba la máquina de café miraba distraído el televisor, que estaba encendido y sin volumen.

—La menda *lerenda* esa. Ya ve usted, millón y medio de dólares entre pecho y espalda. Y con la cara de tonta que tiene...

El profesor se fijó en la pantalla: en ella unos brazos carnosos abrazaban un montón de fichas de colores sobre el tapete verde de una mesa de cartas. Conforme el plano de cámara se fue abriendo, y ante su sorpresa, toda la pantalla del televisor se cubrió con la cara de luna de Paloma. Sonreía de oreja a oreja abrazada a sus fichas. El rótulo de la noticia era muy elocuente: «Una española gana las World Series of Poker de Las Vegas y se embolsa millón y medio de dólares».

«Palomita, eres la puta ama...»

La cámara se desplazó hasta abarcar al público que había asistido al evento. Aplaudían entusiasmados. En primera línea, Víctor vio una cara conocida: era Benito, que sostenía en sus brazos a un bebé de escasas semanas. El niño era guapísimo, con ojos expresivos y unos mofletes sanotes. Y era también mulato.

«Palomita, Palomita..., tú y tu puto *puto* negro...»

El abogado, que sostenía a la criatura en brazos, la abrazaba con un cariño enternecedor mientras miraba a Paloma lleno de orgullo. Junto a su amigo, Víctor vio otras dos caras conocidas: a un lado estaba sentado Sergey Kutuzov, que, al estar llorando de alegría y presentar su habitual estampa de pulcro notario, daba la impresión de ser el padre de la novia asistiendo a la boda de una hija. Al otro lado de Benito estaba sentada Santa Tecla, aplaudiendo a rabiar y sonriendo llena de alegría. No llevaba hábito, sino una minifalda de infarto que dejaba ver unas piernas interminables rematadas con los *stiletto* más sugerentes que Víctor recordaba haber visto jamás. Enseguida apareció en pantalla la siguiente noticia, unas terribles inundaciones en China.

«Vaya, vaya, con la monja...»

Víctor sonrió, mientras su cabeza ataba cabos con rapidez. Semanas atrás, en cuanto se enteró de que Paloma había tenido el bebé, la había llamado a Estados

Unidos para felicitarla. Ella llevaba algún tiempo en Las Vegas, preparándose para el gran evento mundial del póquer. Él la notó triste al teléfono: el parto había ido bien, el niño estaba sano, pero Paloma no reía. Le preguntó por Benito y ella respondió con evasivas. Al llamar a su amigo, este no descolgó el teléfono. Hacía semanas que no conseguía hablar con él, era obvio que le evitaba. Víctor dedujo que la pareja había roto, y prefirió no escarbar en el asunto hasta que Paloma regresase a España. Al ver al bebé en el televisor, el profesor entendió la causa de la ruptura y las dudas que su amiga no se había atrevido a confesarle la noche que le anunció su embarazo: obviamente, el niño no era de Benito. Pero en la imagen del televisor también se reflejaba que las cosas habían cambiado, porque al abogado se le caía la baba con la criatura, y miraba a Paloma con ojos de cordero degollado.

*A veces inventamos personas...*

Víctor se sintió algo culpable por haberse dejado llevar por sus prejuicios. Por haber desconfiado de Benito: su amigo había necesitado algún tiempo para asimilar la situación, pero al final se había acabado comportando como el hombre inteligente y generoso que sin duda era. *A veces inventamos personas...* Aquella maldita frase por lo visto iba a acompañar a Víctor durante el resto de sus días.

—Pues sí, las hay que tienen suerte... Ale, a pasar buen verano, campeón.

Salió al exterior y se puso a caminar en dirección al parking. El sol era absoluto, lo abrasaba todo, incluida su mala conciencia: la visión del bebé de Paloma le había recordado que hacía dos semanas que no iba a visitar a Berto. Sacó el i-Phone y marcó el número de Ana. Mientras escuchaba los tonos repetirse, Víctor notó un nudo en el estómago. Desde hacía unos meses le pasaba cada vez que intentaba hablar con ella. Ese nudo se trabó en su vientre durante la complicada conversación que tuvo que tener con Ana a los pocos días de la desaparición de Bea, y desde entonces había permanecido allí, preñándole las tripas con su estopa prieta cada vez que tenía que hablar con su amiga. Ella no descolgó.

En aquella dura conversación tras la desaparición de Bea en el acantilado de Ambolo, él tuvo que explicárselo todo a su hermana. Pero Ana, imprudente, hurgó en esa realidad con un ahínco insano que a él le hubiese gustado evitar: no era necesario que ella conociese cada detalle. Ese sufrimiento derivado de hechos muy concretos era inútil, un sinsentido. Víctor sabía que, al igual que pasa con la belleza, el dolor se destila y reconcentra en los detalles. En los malditos detalles.

Él aún se estremecía al recordar aquella tarde en la casa del barrio de Salamanca. Ana le esperaba sentada en el sofá chéster de la biblioteca. Con su pelo rojizo suelto y enmarcada por el fulgor del sol y las rosaledas, parecía más que nunca una delicada virgen normanda. Una virgen normanda que demostró en aquella charla tener en su interior la fortaleza de todas las espadas de Camelot. Conforme Víctor progresaba en el relato, intentando suavizar los hechos sin mentir en ningún momento, ella le interrumpía serena y digna, preguntando con una valentía suicida sobre esos detalles que él sabía que iban a ser las púas que lacerarían el corazón de su pobre amiga

durante décadas. Probablemente hasta el final de sus días.

Sin derramar una sola lágrima, Ana quiso saber cómo Bea se había enamorado de Hugo, dónde se dieron el primer beso, cómo reaccionó él ante el embarazo de ella, por qué y cómo Bea había asesinado a Antonio... Detalles y más detalles. Exigió a Víctor que le enseñase la fotografía de los dos amantes en París, y cuando este argumentó que no la había traído consigo, mintiendo para protegerla, a Ana le bastó guardar silencio y sonreír con amargura: conocía demasiado bien a Víctor, por lo que sabía que esa fotografía estaba en el bolsillo de su americana.

—¿Estás segura de que la quieres ver, Ana?

Ella tan solo asintió, sin borrar de su rostro la sonrisa rota. Con mano y mirada firmes, contempló la imagen sin pronunciar palabra. Tras unos segundos en los que hasta al reloj de pared hubiese deseado enmudecer, guardó el retrato en el bolsillo de su cárdigan.

—Continúa, Víctor, por favor.

Cuando él hubo acabado de narrarle todos los hechos, Ana cruzó las manos sobre el regazo. Componiendo un rostro inescrutable, permaneció largos minutos contemplando la chimenea apagada. Al final habló sosegada y sin mirar a Víctor.

—¿Qué crees que debemos hacer con Berto? Sé que desde hace dos meses eres su padrastro, y seguramente tienes derecho legal a conservar su custodia, pero creo que lo mejor sería que el niño volviese a esta casa. Es aquí donde se ha criado, y ya va a ser bastante duro para él haber perdido a su madre como para además...

Víctor la interrumpió con delicadeza.

—Ana, no sabemos si Bea ha muerto. Su cadáver no se encontró y...

Fue entonces ella la que le interrumpió a él con una mirada brusca.

—Víctor, he perdido una vida esperando como una ingenua al hombre que más he querido. No voy a perder otra vida esperando a la mujer que más he querido.

Tras pronunciar aquellas palabras descarnadas, prosiguió en un tono más afable.

—Como te decía, creo que para Berto lo mejor sería volver a esta casa. Es un niño fuerte, con la rutina diaria y mucho cariño estoy segura de que lo superará sin problemas.

Víctor ya había estado reflexionando sobre esa cuestión y compartía totalmente la opinión de Ana. Adoraba a Berto, pero su vínculo con el chaval tras dos meses de convivencia no era ni por asomo tan íntimo como el que el niño tenía con su tía. Y en esos momentos lo más importante era la estabilidad emocional del pequeño, que a buen seguro estaba mucho mejor protegida con una segunda madre como Ana.

Al profesor le preocupaba el que ahora ella viese en ese niño no tan solo a su sobrino querido, sino a un recuerdo constante y viviente de la infidelidad de su marido y su hermana. Sin embargo, no se atrevió a plantear una cuestión tan tortuosa, ni lo consideró necesario. Observando los ojos miel de Ana, supo al instante que el corazón de aquella mujer generosa sabría discriminar a la perfección sentimientos encontrados: daba igual de quién fuese hijo Berto, ante todo era el niño que había

llenado de alegría aquella casa desde que llegó a ella siendo todavía un bebé.

Víctor recordaba perfectamente cómo, sentado en el chéster, había guardado silencio durante unos segundos en los que se limitó a coger la mano de ella con cariño.

—Tienes razón, Ana, Berto estará mejor aquí, y estoy seguro de que superará esta situación sin problemas. Pero..., pero eres tú la que me preocupa. ¿Me prometes..., me prometes que si necesitas ayuda, si quieres hablar conmigo de todo esto, me llamarás? Prométemelo, por favor.

Ella le miró con sus ojos miel, tan dulces como su sonrisa.

—Víctor, te prometo que si lo necesito, lo haré. Pero tú a cambio prométeme una cosa a mí.

—Lo que quieras.

—Prométeme que si yo no saco el tema, tú jamás volverás a hablarme ni de Hugo ni de Bea. Jamás.

Víctor vio en el fondo de los ojos de su amiga, junto al dolor, el empuje desbordante de una mujer valiente. De una Lady Ginebra que, a pesar de su apariencia delicada, perfectamente podría haber estado sentada en la tabla redonda junto a los caballeros de Camelot.

—Te lo prometo, Ana.

Ella de nuevo guardó silencio durante un par de minutos en los que se dedicó a observar la chimenea apagada.

—No me apetece odiar, Víctor. Ni me apetece ni me lo puedo permitir... —La voz era un susurro, que parecía querer escaparse por el tiro de la chimenea—. Una vez..., una vez hace ya años, fui al entierro del esposo de una amiga mía que había muerto en un accidente de tráfico. Ella estaba destrozada y..., y me contó que en el tanatorio no se había atrevido a entrar a ver el cadáver de su marido. El accidente lo había dejado desfigurado, y mi amiga se negó a quedarse con ese recuerdo, con esa imagen fea de él, que sabía que le acompañaría el resto de su vida...

Víctor recordaba cómo aquella tarde Ana no dejaba de secarse el rostro húmedo con el dorso de la mano. Y recordaba también las palabras del siempre genial Borges: «... yo no hablo de venganzas ni de perdones, el olvido es la única venganza y el único perdón...».

—No me apetece odiarlos, Víctor, no quiero odiar a Hugo y a Bea el resto de mi vida... Prefiero tenerlos a los dos para siempre en mi recuerdo como los tenía antes de esta conversación... Para mí esta conversación no será más que un accidente de tráfico en el que a las dos personas que más he querido en esta vida se les ha desfigurado el rostro, y esa imagen te aseguro que no la quiero llevar dentro de mí el resto de mi vida... Esta conversación la voy a olvidar, y para ello necesito que jamás me vuelvas a hablar de todo esto.

Desde aquella charla meses atrás, Ana ya no había sido la misma. Se encerró en sí misma, rumiando su dolor de una manera solitaria e insana que Víctor temía que

fuese a derivar en una depresión. Él, preocupado, regularmente pasaba por la casa del barrio de Salamanca para visitarla a ella y a Berto, y Ana era en aquellas visitas tan amable y cálida como lo había sido siempre. Pero en la tristeza de sus ojos, Víctor podía intuir que la misión que se había impuesto su amiga, olvidar la conversación de aquella tarde en la biblioteca, no estaba teniendo éxito. Ana había cometido un error, un error del que seguramente se arrepentiría el resto de sus días: durante aquella conversación había cargado sus recuerdos con una munición suicida. Detalles. Detalles que, como polillas devorando carne, estaban mordisqueándola por dentro llastándole de dolor. Impidiéndole olvidar. Y es que Víctor sabía que, al igual que pasa con la belleza, el dolor se destila y reconcentra en los detalles..., en los malditos detalles.

En aquellas visitas a la casa del barrio de Salamanca, Ana le daba la bienvenida y aparentaba una serenidad a todas luces fingida. Con mucha elegancia, se sentaba junto a Víctor y Berto sobre la alfombra del cuarto de los juguetes, y les acompañaba en sus bromas un rato. Pero invariablemente, pasados los minutos de rigor que garantizaban las buenas formas, desaparecía con sigilo y en silencio aprovechando cualquier descuido de ellos, espoleada por la tristeza que la empujaba hacia la soledad. Berto, despierto e inteligente, siempre esperaba a quedarse a solas con Víctor para poder así hacerle una pregunta que le obsesionaba: «Tío Vic, ¿dónde está mamá?».

¿Qué podía responder él? ¿Mamá está en el cielo? ¿Mamá está en un largo viaje, pero volverá algún día? Víctor sabía que el cerebro de Berto, al igual que el de todos los niños, era renuente a la ambigüedad. Buscaba certezas que le hiciesen sentir seguro y afianzado en el mundo. Sin embargo, Víctor tan solo podía ofrecerle incertidumbre. Al salir de la casa del barrio de Salamanca tras esas visitas, una sonrisa amarga se le solía dibujar en el rostro: bien pensado, y siendo sincero, la incertidumbre de Berto era muy parecida a la incertidumbre que él mismo habitaba desde la terrible noche en el acantilado de Jávea. Por eso cada vez que el chaval le hacía aquella pregunta, él se sentía como un ciego intentando guiar a un tuerto.

Con todos aquellos pensamientos viscosos rondándole por la cabeza, Víctor se guardó el i-Phone en el bolsillo del vaquero y siguió caminando hacia el parking de la facultad. Mientras paseaba abrasado bajo el sol, encendió un Marlboro y se puso las gafas de sol. Un Citroën Dos Caballos, destartado y color fucsia, cruzó frente a él justo en la entrada de la explanada del parking. Sin prestarle atención, Víctor siguió caminando en dirección a su reluciente Porsche 911 Targa 4S. Su agresivo rojo *racing* destacaba en el centro de la explanada casi desierta. Hacía una semana que lo tenía, pero aún echaba de menos a su viejo Porsche 911 Classic ST. Confiaba en que Traian estaría cuidándolo bien, tal y como le había prometido.

*¡¡Xiiiiiii!!!*

El Dos Caballos, sin previo aviso, había frenado en seco. Marcha atrás aceleró en su dirección y, cuando aquella mancha fucsia llegó a su altura, dio otro frenazo



brusco.

—Yo a ti te conozco.

Víctor se apoyó en la ventanilla abierta del copiloto para ver quién le hablaba. Una chica de sonrisa fresca y ojos azul mar le miraba desde el interior, tiritando a pesar del calor debido al traqueteo del coche.

—Y yo a ti, ¿sigues abriendo ventanas a desconocidos ensangrentados completamente desnuda?

—Y tú, ¿sigues jugando a Spiderman descolgándote por las fachadas para asustar a pobres modelos indefensas? —Parecía divertida—. Veo que sí, cojeas de la pierna derecha.

—No es nada, un pequeño percance en mi última misión. Pero el traumatólogo de nuestra mutua de superhéroes me ha dicho que con un par de meses más de rehabilitación estaré como nuevo, a brincar de nuevo por los tejados. —Se quitó campanudo las gafas de sol y sonrió—. ¿Cómo estás, Ariadna?

—Asfixiándome. Y con el climatizador del coche estropeado.

Víctor, al ver el espartano cuadro de mandos del Dos Caballos, que todavía llevaba estárter, rio la broma. Sobre el salpicadero del coche reposaba un libro, del que sobresalía un marcapáginas.

—¿Te está gustando?

Ella se mostró confundida ante la pregunta, pero al ver cómo Víctor miraba fijamente la cubierta, la entendió.

—Es muy triste, pero precioso... Lo único que creo que falla es el título: *Dejad que los niños se acerquen a mí*. Demasiado facilón.

—Sí..., seguramente... —Víctor seguía pensativo.

—Lo he leído todo de Hugo Mendoza, me encanta, y este ya me lo estoy acabando. Espero que saquen el próximo título pronto, tengo mono.

Él dejó de mirar el libro y encaró a la joven.

—No habrá próximo libro, Ariadna, ese es el último.

Ella quebró el rostro, extrañada.

—¿Y tú como lo sabes?

—Confía en mí. Ese es el último libro de Hugo Mendoza.

Aquellos maravillosos ojos azules le sonrieron con picardía.

—Víctor, ¿se puede saber por qué siempre que me cruzo contigo y te hago una pregunta, me respondes con aire misterioso?

El profesor le devolvió la sonrisa.

—Cosas de superhéroes... Nos gusta hacernos los interesantes, para así compensar que vamos todo el día embutidos en mallas de colores y con los calzoncillos por fuera.

Ella rio, entornando la mirada antes de preguntar.

—Oye, ¿puedo llevarte a algún sitio?

Víctor fue a contestar, pero el instinto le detuvo. Se quedó mirando aquellos ojos

lentos de luz azul. Luego observó su Porsche. Dudó unos instantes. Muy breves. Tiró el cigarrillo recién encendido al suelo, abrió la portezuela del Dos Caballos y, una vez dentro, se giró hacia Ariadna.

—Puedes llevarme donde quieras.